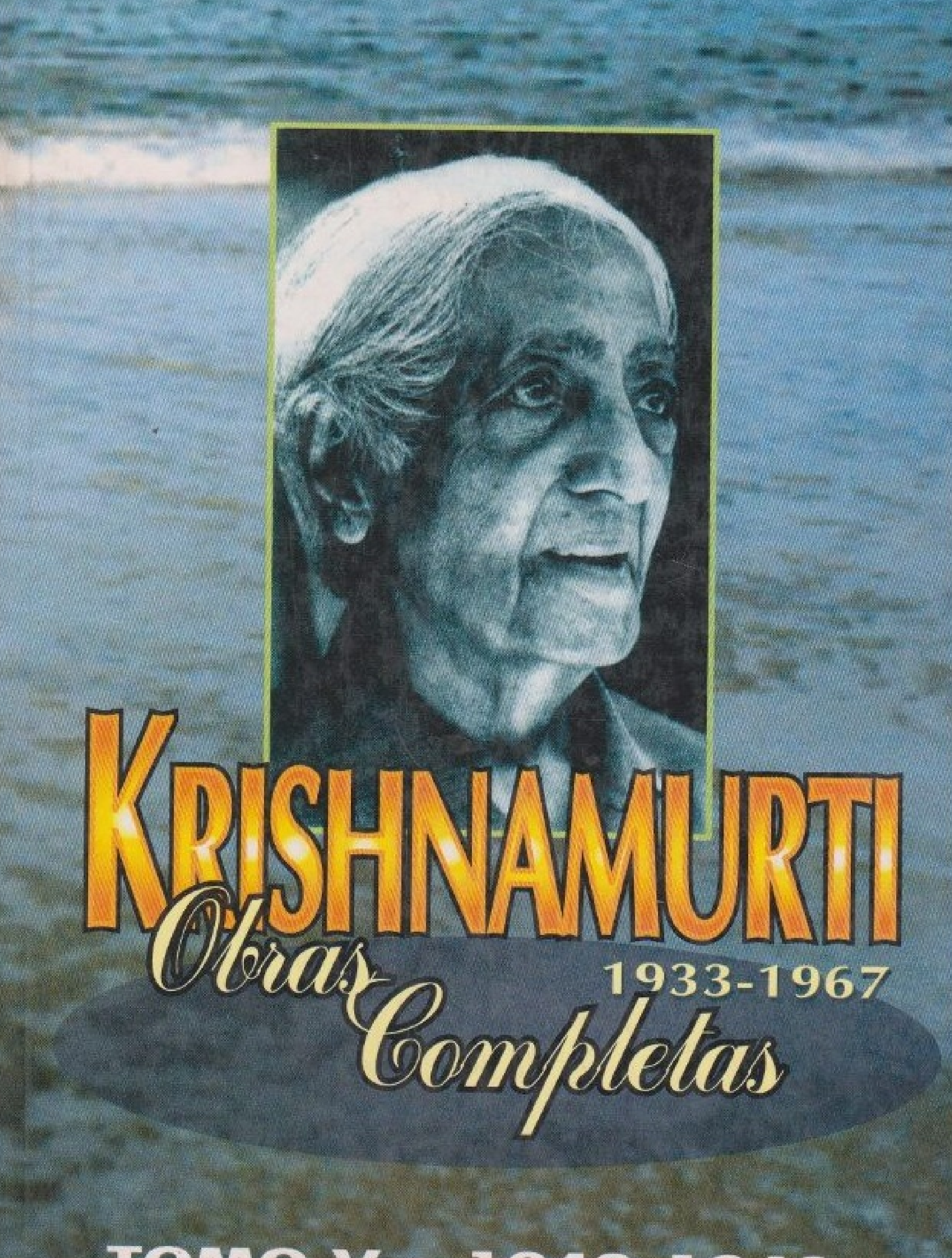


TOMO V • 1948-1949

PERCEPCION SIN OPCIONES

Títulos de los tomos que componen estas
OBRAS COMPLETAS DE J. KRISHNAMURTI

I) El Arte de Escuchar (1933-1934)
II) ¿Qué es la Recta Acción? (1934-1935)
III) El Espejo de la Relación (1936-1944)
IV) El Observador es lo Observado (1945-1948)
V) Percepción sin Opciones (1948-1949)
VI) El Origen del Conflicto (1949-1952)
VII) Tradición y Creatividad (1952-1953)
VIII) ¿Qué Buscan Ustedes? (1953-1955)
IX) La Respuesta está en el Problema (1955-1956)
X) Luz para sí Mismo (1956-1957)
XI) La Crisis en la Conciencia (1958-1960)
XII) No hay Pensador, sólo hay Pensamiento (1961)
XIII) Una Revolución Psicológica (1962-1963)
XIV) La Nueva Mente (1963-1964)
XV) La Dignidad del Vivir (1964-1965)
XVI) La Belleza de la Muerte (1965-1966)
XVII) Preguntas Perennes (1966-1967)

J. KRISHNAMURTI

OBRAS COMPLETAS AÑOS 1933-1967

Tomo V
(1948-1949)

PERCEPCIÓN SIN OPCIONES



J. KRISHNAMURTI

OBRAS COMPLETAS AÑOS 1933-1967

Tomo V
(1948-1949)

PERCEPCIÓN SIN OPCIONES

PRIMERA EDICIÓN

Traducido del inglés por
Armando Clavier



EDITORIAL KIER S.A.
Av. Santa Fe 1260
(1059) Buenos Aires - Argentina

Prefacio

Hijo de padres brahmines, Jiddu Krishnamurti nació en 1895 en el sur de la India. Cuando Krishnamurti tenía catorce años, Annie Besant, presidenta de la Sociedad Teosófica, una organización internacional que ponía énfasis en la unidad de todas las religiones, lo proclamó el próximo Instructor del Mundo. Adoptó al muchacho y lo llevó a Inglaterra, donde fue educado y preparado para su rol futuro. En 1911, se formó una organización mundial, con Krishnamurti como Jefe de la misma; tenía el fin exclusivo de preparar a sus miembros para el advenimiento del Instructor del Mundo. En 1929, después de muchos años de cuestionarse a sí mismo y de cuestionar el destino que le habían impuesto, Krishnamurti disolvió esta organización, diciendo:

> *La Verdad es una tierra sin caminos, y no es posible acercarse a ella por ningún sendero, por ninguna religión, por ninguna secta. La Verdad, al ser ilimitada, incondicionada, absolutamente inabordable por ningún camino, no puede ser organizada, ni puede formarse organización alguna para conducir o forzar a la gente a lo largo de algún sendero particular. Mi único interés es hacer que los hombres sean absoluta, incondicionalmente libres.*

Hasta el fin de su vida, a la edad de noventa años, Krishnamurti viajó por el mundo hablando como una persona privada. El rechazo de toda autoridad espiritual y psicológica, incluyendo la suya propia, constituye un tema fundamental. Es de interés prioritario la estructura social y cómo ésta condiciona al individuo. Sus pláticas y escritos ponen el acento en las barreras psicológicas que impiden la claridad de percepción. En el espejo de la relación, cada uno de nosotros llega a comprender el contenido de su propia conciencia, la cual es común a toda la humanidad. Esto podemos hacerlo, no analíticamente, sino directamente de una manera que Krishnamurti describe en detalle. Observando este contenido, descubrimos dentro de nosotros la división del observador y lo observado. Él señala que esta división, que impide la percepción directa, es la raíz del conflicto humano.

Su visión fundamental no vaciló después de 1929, pero durante el resto

de su vida, Krishnamurti se esforzó por hacer que su lenguaje fuera aún más simple y claro. En su exposición se advierte un desarrollo. Año tras año empleó, con matices diferentes, términos nuevos y nuevas maneras de abordar su enseñanza.

A causa del carácter global de esta enseñanza, las *Obras Completas* son de extraordinario interés. Dentro de sus pláticas de cada año, Krishnamurti no podía abarcar el campo completo de su visión, pero a lo largo de estos volúmenes pueden encontrarse extensas ampliaciones de temas particulares. En ellos echa los cimientos de muchos de los conceptos que usó en años posteriores.

Las *Obras Completas* contienen pláticas, discusiones, respuestas a preguntas específicas, y escritos desde el año 1933 hasta el año 1967 inclusive. Son un documento auténtico de sus enseñanzas, basado en transcripciones de registros literales taquigráficos y de grabaciones magnetofónicas.

La *Krishnamurti Foundation* de Norteamérica, un Trust benéfico, tiene entre sus propósitos la publicación y distribución de libros, videocasetes, filmes y grabaciones magnetofónicas de Krishnamurti. La publicación de las *Obras Completas* es una de estas actividades.

Bangalore, India, 1948

PRIMERA PLÁTICA EN BANGALORE

En vez de disertar, voy a contestar tantas preguntas como sea posible, y antes de hacerlo quisiera señalar algo con respecto a la contestación de preguntas. Uno puede formular cualquier pregunta, pero a fin de obtener una respuesta apropiada, la pregunta también debe ser apropiada. Si es una pregunta seria hecha por una persona seria, intensa, que está buscando la solución a un problema muy difícil, entonces, obviamente, habrá una respuesta digna de esa pregunta. Pero, lo que generalmente ocurre es que se me presentan muchísimas preguntas, algunas a veces muy absurdas, y luego se exige que todas ellas sean contestadas. Me parece que es una gran pérdida de tiempo formular preguntas superficiales y esperar respuestas muy serias. Tengo aquí varias preguntas y voy a tratar de contestarlas desde lo que, a mi entender, es el punto de vista más serio; y, si me permiten sugerirlo, como éste es un auditorio reducido, tal vez deseen interrumpirme si la respuesta no es muy clara, de modo que ustedes y yo podamos discutir el problema.

Pregunta: ¿Qué podemos hacer los hombres comunes y decentes para poner fin a nuestro problema de la propiedad comunal?

KRISHNAMURTI: Es obvio que el sentido del separatismo se está extendiendo por todo el mundo. Cada guerra que sigue a otra, está creando más separatismo, más nacionalismo, más gobiernos soberanos, etc. Este problema de los desacuerdos respecto de la propiedad comunal va en aumento, especialmente en la India. ¿Por qué? En primer lugar, porque la gente busca empleos, es evidente. Cuantos más gobiernos separados haya, más empleos habrá, pero ésa es una política muy miope, ¿verdad? Porque a la larga, el mundo tenderá más y más hacia la federación, hacia la unión, y no a fragmentarse constantemente. Por cierto, cualquier persona decente que de veras reflexione sobre esta situación —que no es tan sólo india, sino que es un problema mundial— debe, antes que nada, hallarse libre de nacionalismo, no sólo en asuntos de Estado, sino en el pensar, sentir y actuar. Al fin y al cabo, la cuestión comunal no es

sino una rama del nacionalismo. El hecho de pertenecer a un país, una raza o un grupo humano en particular, o a determinada ideología, tiende más y más a dividir a la gente, a crear antagonismo y odio entre los seres humanos. Obviamente, ésa no es una solución para el caos que reina en el mundo. Entonces, lo que puede hacer cada uno de nosotros es renunciar a lo comunal; podemos dejar de ser brahmines, dejar de pertenecer a tal o cual casta, a tal o cual país. Pero eso es muy difícil porque, a causa de nuestra tradición, de nuestras ocupaciones, de nuestra tendencia, estamos condicionados para una determinada norma de acción, y es sumamente arduo romper con ella. Tal vez quisiéramos hacerlo, pero la familia, la ortodoxia religiosa y demás, nos lo impiden. Sólo los hombres de buena voluntad buscan ser benevolentes, amigables, y únicamente ellos se liberarán de todas estas limitaciones que dan origen al caos.

Me parece, pues, que para poner fin a estas disputas que genera la propiedad comunal, uno debe comenzar por sí mismo; no esperar que actúe la legislación, el gobierno o alguna otra persona. Después de todo, ni la coacción ni la legislación resolverán el problema. El espíritu comunal, separativo, el hecho de pertenecer a determinada ideología o clase social, a una religión, engendra finalmente conflicto y hostilidad entre los seres humanos. La amistad no se genera compulsivamente, y acudir a la compulsión no es, por cierto, la respuesta. De modo que la salida a esto consiste, para cada uno de nosotros, o sea para el individuo, para ustedes y para mí, en romper con el espíritu comunal, con el nacionalismo. ¿No es, acaso, la única manera de salir de esta dificultad? Porque, en tanto la mente y el corazón no estén dispuestos a ser abiertos y amigables, la mera coacción o la legislación no van a resolver este problema. Es, pues, responsabilidad de cada uno de nosotros, que vive en una comunidad particular, en una determinada nación o un determinado grupo de personas, abandonar el estrecho espíritu de separatismo.

La dificultad radica en que la mayoría de nosotros tiene motivos de queja. Casi todos estamos de acuerdo con el ideal de que deberíamos abandonar dicho espíritu y crear un mundo nuevo, un nuevo conjunto de ideas, etc., pero al regresar a nuestras casas, la coacción que ejercen las influencias ambientales es tan fuerte, que nos retractamos; y ésa es nuestra dificultad, ¿no es así? Intelectualmente, convenimos en que son absurdas las disputas comunales, pero muy pocos se preocupan por sentarse a reflexionar sobre la totalidad del problema, a fin de descubrir las causas que contribuyen a él. El hecho de pertenecer a determinado grupo, ya sea de acción social o política, es lo que engendra hostilidad, espíritu separativo; y la verdadera revolución no se origina siguiendo alguna ideología en particular, porque la revolución basada en una ideología crea antagonismo en diferentes niveles; por lo tanto, es una continuación de lo mismo. Así, pues, es obvio que esta discordia respecto de lo comunal, podrá terminarse sólo cuando veamos el absurdo total de la acción separada, de una ideología o moralidad en especial, de la religión organizada, ya sea el cristianismo, el hinduismo o cualquier otra religión organizada y limitada.

Comentario: Todo esto suena muy convincente, pero es muy difícil llevarlo a la acción y, como usted dice, cuando regresamos a casa somos personas muy diferentes de lo que somos aquí. Aunque podamos escucharlo y pensar en lo que usted expresa, el resultado depende de cada uno de nosotros. Siempre existe este "pero".

Comentario: Este movimiento mismo para abolir la religión organizada, puede formar otra religión organizada.

KRISHNAMURTI: ¿De qué modo, señor?

Comentario: Por ejemplo, ni Cristo ni Ramakrishna Paramahamsa querían una religión organizada; pero los hombres, olvidando la esencia misma de las enseñanzas, han construido en torno de ellos una religión organizada.

KRISHNAMURTI: ¿Por qué hacemos esto? ¿No es a causa de que deseamos la seguridad colectiva, de que anhelamos sentirnos a salvo?

Comentario: ¿Es típico de todas las instituciones el ser separatistas?

KRISHNAMURTI: Por fuerza tiene que serlo.

Comentario: ¿Aun el pertenecer a una familia es algo perverso?

KRISHNAMURTI: Usted está introduciendo la palabra *perverso*, que yo nunca he usado.

Comentario: Nosotros repudiamos nuestro sistema familiar. Es un sistema anticuado.

KRISHNAMURTI: Si hacemos mal uso de él, es obvio que debe ser desechado.

Comentario: Entonces, ¿una institución no es, en sí, necesariamente separatista?

KRISHNAMURTI: Desde luego. El correo no es separatista, porque lo usan todas las comunidades. Es universal. ¿Por qué, pues, los seres humanos individuales encuentran importante pertenecer a algo: a una organización religiosa, a una sociedad, a un club, etc.? ¿Por qué?

Comentario: No hay vida sin relación.

KRISHNAMURTI: Es evidente. Pero, ¿por qué la búsqueda del separatismo?

Comentario: Hay relaciones naturales y relaciones antinaturales. Una familia es una relación natural.

KRISHNAMURTI: Yo sólo pregunto: ¿Por qué existe el deseo, el impulso de pertenecer a algo? Considérelo a fondo, no se limite a hacer declaraciones. ¿Por qué pertenezco a determinada casta o nación? ¿Por qué me llamo a mí mismo "hindú"? ¿Por qué tenemos este espíritu de exclusión?

Comentario: Es el egoísmo. El ego del poder.

KRISHNAMURTI: Intercalar una o dos palabras no implica una respuesta. Hay alguna fuerza motriz, un impulso, una intención que nos hace pertenecer a determinado grupo de personas. ¿Por qué? ¿No es importante descubrirlo? ¿Por qué se define uno a sí mismo como alemán, inglés, hindú, ruso? ¿No es obvio que este deseo de identificarnos con algo existe porque la identificación con algo grande hace que uno se sienta importante? Ésa es la razón fundamental.

Comentario: No siempre. Un "harijan", por ejemplo, pertenece a una comunidad muy baja. No se vanagloria de ello.

KRISHNAMURTI: Pero somos nosotros quienes lo mantenemos ahí. ¿Por qué no lo invitamos a nuestra casta especial?

Comentario: Estamos tratando de invitarlo.

KRISHNAMURTI: ¿Pero por qué los individuos se identifican con lo más grande, con la nación, con una idea que los trasciende?

Comentario: Porque ciertas ideas se inculcan en el individuo desde el instante en que nace. Estas ideas se desarrollan, y él cree que es un esclavo de ellas. En otras palabras, está condicionado de esa manera.

KRISHNAMURTI: Exactamente. Se halla tan condicionado que no puede romper con su servidumbre. La identificación con lo más grande existe porque uno desea estar seguro, a salvo, perteneciendo a un determinado grupo de pensamiento o acción. Señores, esto es obvio, ¿verdad? Por nosotros mismos nada somos. Somos tímidos, tenemos miedo de permanecer solos; por eso nos identificamos con lo más grande, y en esa identificación nos tornamos muy exclusivos. Éste es un proceso mundial. No se trata de una opinión mía, es exacta-

mente lo que ocurre. La identificación, tanto desde la óptica nacionalista como de la religiosa, es avivada en períodos de gran crisis, y el problema es enorme. Ocurre no sólo en la India, sino que en todas partes del mundo existe este sentimiento de identificación con un grupo particular, el que gradualmente se vuelve exclusivo y, de tal modo, genera hostilidad y odio entre la gente. Por eso, al responder a esta pregunta, tendremos que habérnoslas tanto con el espíritu nacionalista como con el comunal, ya que en ambos está implicada también la identificación con alguna religión organizada.

Comentario: ¿Por qué nos identificamos?

KRISHNAMURTI: Por la muy simple razón de que si no nos identificáramos con algo, estaríamos confusos, nos sentiríamos perdidos; a causa de ese temor, nos identificamos para estar a salvo.

Comentario: ¿Temor a qué? ¿No es ignorancia antes que temor?

KRISHNAMURTI: Llámelo como quiera, temor o ignorancia, es todo lo mismo. En realidad el punto que importa es éste: ¿Podemos usted y yo estar libres de este temor, permanecer solos y no ser exclusivos? La soledad creadora no es exclusiva; sólo la soledad del aislamiento es exclusiva. Por cierto, ésa es la única manera de salir del problema, porque el individuo es un proceso mundial, no es un proceso separado; y en tanto los individuos se identifiquen con un grupo o sector en particular, tienen que ser exclusivos y, debido a eso, crearán inevitablemente antagonismo, odio y conflicto.

Pregunta: El hombre, antes de que pueda conocer a Dios, tiene que saber qué es Dios. ¿Cómo va usted a presentarle la idea de Dios, sin traer a Dios al nivel del hombre?

KRISHNAMURTI: Es imposible, señor. Ahora bien, ¿cuál es el impulso que hay tras la búsqueda de Dios? ¿Es real esa búsqueda? Para la mayoría de nosotros es una manera de eludir *lo que es*. Por lo tanto, debemos tener muy en claro internamente, si este buscar a Dios es un escape o si es una búsqueda de la verdad en todo: la verdad en nuestras relaciones, en el valor de las cosas, en las ideas. Si buscamos a Dios tan sólo porque estamos cansados de este mundo y de sus desdichas, entonces es un escape. Entonces nosotros creamos a Dios; por consiguiente, eso no es Dios. El Dios de los templos, de los libros, no es Dios, evidentemente; es un maravilloso escape. Pero si procuramos encontrar la verdad, no en una serie exclusiva de acciones, sino en todas nuestras acciones, ideas y relaciones, si buscamos el exacto valor de nuestras necesidades esenciales —alimento, ropa y vivienda—, entonces, debido a que nuestras mentes son capaces de tener claridad y comprensión, cuando busquemos la realidad daremos con ella. Entonces no será un escape. Pero, si estamos confu-

sos con las cosas del mundo —alimento, ropa, vivienda, relaciones e ideas— ¿cómo podremos dar con la realidad? Sólo podremos inventarla.

De modo que una mente confusa, condicionada, limitada, no puede conocer a Dios, la verdad o la realidad. ¿Cómo podría una mente así pensar en la realidad o Dios? Primero tiene que liberarse de su condicionamiento, de sus propias limitaciones; sólo entonces podrá saber qué es Dios, no antes. La realidad es lo desconocido, y lo conocido no es lo real. En consecuencia, una mente que anhela conocer la realidad, debe liberarse de su propio condicionamiento, y ese condicionamiento le es impuesto tanto desde lo externo como desde lo interno. En tanto la mente engendre contienda y conflicto en la relación, no podrá conocer la realidad. De modo que, si uno ha de dar con la realidad, la mente debe estar serena, pero si se la compele, si se la disciplina para serenarla, esa serenidad es, en sí misma, una limitación, es tan sólo autohipnosis. La mente se libera y se serena únicamente cuando comprende los valores que la rodean.

Para comprender, pues, lo más elevado, lo supremo, lo real, debemos empezar muy abajo, muy cerca; o sea, debemos descubrir el valor de las cosas, de las relaciones y de las ideas con las que nos ocupamos todos los días. Sin comprenderlas, ¿cómo puede la mente buscar la realidad? Puede inventar una "realidad", puede copiar, imitar; habiendo leído muchos libros, puede repetir la experiencia de otros. Pero eso no es, por cierto, lo real. Para experimentar lo real, la mente debe dejar de crear, porque lo que ella crea sigue estando dentro de la esclavitud del tiempo. El problema no es si hay o no hay Dios, sino cómo puede el hombre descubrir a Dios; y, si en su búsqueda se desenreda de todas las cosas que lo sujetan, dará inevitablemente con esa realidad. Pero debe comenzar con lo que está cerca, y no con lo que está lejos. Obviamente, para ir lejos es preciso empezar cerca. Pero a casi todos nos gusta especular, lo cual constituye un escape muy conveniente. Por eso, las religiones ofrecen un narcótico tan maravilloso para la mayoría de las personas. En consecuencia, la tarea de desenredar la mente de todos los valores que ha creado, es extremadamente difícil. Debido a que nuestras mentes están fatigadas, o porque somos perezosos, preferimos leer libros sobre religión y especular acerca de Dios; pero eso no es, ciertamente, el descubrimiento de la realidad. La realización de lo real consiste en experimentar, no en imitar.

Pregunta: La mente, ¿es distinta del pensador?

KRISHNAMURTI: Y bien, ¿el pensador es distinto de sus pensamientos? ¿Existe sin pensamientos? ¿Hay un pensador aparte del pensamiento? Deje de pensar y ¿dónde está el pensador? El pensador de un pensamiento, ¿es diferente del pensador de otro pensamiento? ¿Está el pensador separado de su pensamiento, o el pensamiento crea al pensador, quien se identifica con el pensamiento cuando lo encuentra conveniente y se separa cuando no le conviene? O

sea, ¿qué es el "yo", el pensador? Obviamente, el pensador está compuesto de múltiples pensamientos que se han identificado como el "yo". Por lo tanto, los pensamientos producen al pensador; no es a la inversa. Si no tengo pensamientos, no hay pensador; no es que el pensador sea diferente cada vez, sino que, no habiendo pensamientos, no existe el pensador. Los pensamientos producen al pensador, tal como las acciones producen al actor. El actor no produce las acciones.

Comentario: Señor, usted parece sugerir que, si dejamos de pensar, el "yo" estará ausente.

KRISHNAMURTI: El "yo" está compuesto de mis cualidades, mi idiosincrasia, mis pasiones, mis posesiones, mi casa, mi dinero, mi esposa, mis libros. Todo eso crea la idea del "yo". ¿De acuerdo?

Comentario: Nos resulta difícil estar de acuerdo.

KRISHNAMURTI: Si cesaran todos los pensamientos, el pensador no estaría ahí. Por lo tanto, los pensamientos producen al pensador.

Comentario: Todos los pensamientos y todas las cosas que nos rodean están ahí, pero eso no produce al pensador.

KRISHNAMURTI: ¿Cómo nace el pensador?

Comentario: Está ahí.

KRISHNAMURTI: Usted da por hecho que está ahí. ¿Por qué lo dice?

Comentario: Eso no lo sabemos. Usted debe responderlo por nosotros.

KRISHNAMURTI: Yo digo que el pensador no está ahí. Sólo existe la acción, el pensamiento, y después aparece el pensador.

Comentario: ¿Cómo surge a la existencia el "yo", el pensador?

KRISHNAMURTI: Bueno, vayamos despacio. Tratemos todos de abordar el problema con la intención de descubrir la verdad; entonces valdrá la pena discutirlo. Estamos tratando de averiguar cómo el pensador, el "yo", "lo mío", surge a la existencia. Y bien, primero está la percepción, después el contacto, el deseo y la identificación. Antes de eso, el "yo" carece de existencia.

Comentario: En ausencia de mi mente, nada percibiré. A menos que haya

ahí un perceptor, no hay sensación. Un cuerpo muerto no puede percibir aunque los ojos y los nervios estén ahí.

KRISHNAMURTI: Usted da por sentada la existencia de una entidad superior y del objeto que ésta ve.

Comentario: Parece ser así.

KRISHNAMURTI: Es lo que usted dice. Da por hecho que la entidad existe. ¿Por qué?

Comentario: Mi experiencia es que, sin la cooperación del "yo", no hay percepción.

KRISHNAMURTI: No podemos hablar de percepción pura. La percepción está siempre mezclada con el perceptor, se trata de un fenómeno conjunto. Si hablamos de percepción, ello arrastra instantáneamente al perceptor. Hablar del puro percibir, está más allá de nuestra experiencia; jamás experimentamos eso. Podemos caer en un sueño profundo cuando el perceptor no se percibe a sí mismo, pero en el sueño profundo no hay percepción ni perceptor. Si usted conociera un estado en que el perceptor se está percibiendo a sí mismo sin que intervengan otros objetos de percepción, únicamente entonces, podría hablar válidamente del perceptor. En tanto ese estado sea desconocido, no tenemos derecho a hablar acerca del perceptor como algo separado de la percepción. De modo que percepción y perceptor son un fenómeno conjunto, son las dos caras de una misma moneda. No están separados, y no debemos separar dos cosas que de sí no están separadas. Pero nosotros insistimos en separar al perceptor y la percepción, pese a que no hay base valedera para hacerlo. No conocemos un perceptor sin percepción, y no conocemos una percepción sin perceptor. Por lo tanto, la única conclusión válida es que la percepción y el perceptor, el "yo" y la voluntad, son dos caras de la misma moneda, dos aspectos del mismo fenómeno, el cual no es ni percepción ni perceptor; pero un examen preciso de ello requiere una atención muy intensa.

Comentario: ¿Adónde nos lleva eso?

Comentario: Debemos descubrir un estado en el que perceptor y percepción no existan separadamente, sino que sean parte integral del mismo fenómeno. El acto de percibir, sentir, pensar, introduce la división del perceptor y la percepción, porque ése es el fenómeno básico de la vida. Si pudiéramos seguir de cerca estos instantes fugaces del percibir, conocer, sentir, actuar, y separarlos de la percepción por un lado, y del perceptor por el otro...

KRISHNAMURTI: Señor, esta cuestión surgió de la investigación acerca de la búsqueda de Dios. Obviamente, casi todos queremos conocer la experiencia de la realidad. Por cierto, ésta podrá ser conocida sólo cuando el experimentador deje de experimentar, ya que el experimentador es el que crea la experiencia. Si el experimentador crea la experiencia, entonces creará a Dios; por consiguiente, eso no será Dios. ¿Puede cesar el experimentador? Ése es todo el nudo en este problema. Ahora bien, si el experimentador y la experiencia son un fenómeno conjunto, lo cual es tan obvio, entonces el experimentador, el actor, el pensador, tiene que dejar de pensar. ¿No es eso evidente? Entonces, ¿puede el pensador dejar de pensar? Porque lo que crea cuando piensa no es lo real. En consecuencia, para descubrir si existe o no existe la realidad, Dios, o como prefiera llamarlo, el proceso del pensamiento tiene que terminarse, lo cual implica que debe cesar el pensador. Que éste sea producto de los pensamientos, no viene al caso por ahora. Todo el proceso del pensamiento, proceso que incluye al pensador, tiene que llegar a su fin. Sólo entonces daremos con la realidad. Ahora bien, antes que nada, ¿cómo ha de hacerse para poner fin a ese proceso, y *quién* ha de hacerlo? Si lo hace el pensador, el pensador sigue siendo producto del pensamiento. El pensador poniendo fin al pensamiento, es aún la continuidad del pensamiento. ¿Qué ha de hacer, pues, el pensador? Cualquier esfuerzo de su parte sigue siendo el proceso del pensar. Espero estar expresándome con claridad.

Comentario: Ello podría significar incluso resistirse al pensar.

KRISHNAMURTI: El resistirse al pensar, el reprimir todo pensamiento, es aún una forma del pensar; por lo tanto, el pensador continúa y, en consecuencia, él jamás puede dar con la verdad. Entonces, ¿qué puede uno hacer? Esto es muy serio y requiere una atención sostenida. Cualquier esfuerzo por parte del pensador, proyecta al pensador en un nivel diferente. Eso es un hecho. Si el pensador, el experimentador, hace un esfuerzo, positiva o negativamente, para comprender la realidad, sigue manteniendo el proceso del pensamiento. Por lo tanto, ¿qué ha de hacer? Todo cuanto puede hacer es darse cuenta de que cualquier esfuerzo de su parte, en uno y otro sentido, es perjudicial. Debe ver la verdad de eso, no sólo entenderla verbalmente. Debe ver que no puede actuar, porque cualquier acción de su parte sostiene al actor, lo alimenta; cualquier esfuerzo que haga, positiva o negativamente, fortalece al "yo", al pensador, al experimentador. De modo que todo cuanto puede hacer es no hacer nada. Aun el deseo, positivo o negativo, sigue siendo parte del pensar. El pensador debe ver el hecho de que todo esfuerzo que hace es nocivo para el descubrimiento de la verdad. Ésa es la primera exigencia. Si quiero comprender, debo estar completamente libre de prejuicio, y no puedo hallarme en ese estado cuando estoy haciendo un esfuerzo en cualquier sentido. Eso es extremadamente difícil. Requiere un sentido de pasiva percepción alerta libre de todo esfuerzo. Sólo entonces puede la realidad proyectarse a sí misma.

Comentario: ¿Debemos concentrarnos en la realidad proyectada?

KRISHNAMURTI: La concentración es otra forma de esfuerzo, que sigue siendo un acto del pensar. Por consiguiente, la concentración no nos conducirá a la realidad, es obvio.

Comentario: Usted dijo que, positiva o negativamente, cualquier acción por parte del pensador es una proyección del pensador.

KRISHNAMURTI: Eso es un hecho, señor.

Comentario: En otras palabras, usted distingue entre percepción alerta y pensamiento.

KRISHNAMURTI: Voy a abordar esto poco a poco. Cuando hablamos de concentración, ella implica coacción, exclusión, interés en algo exclusivo, y en eso está involucrada la opción. Implica esfuerzo de parte del pensador, esfuerzo que fortalece al pensador. ¿No es eso un hecho? Tendremos que investigar, pues, el problema del pensamiento. ¿Qué es el pensamiento? El pensamiento es la reacción a una circunstancia, lo cual implica que el pensamiento es la respuesta de la memoria; ¿cómo puede la memoria, que es el pasado, crear lo eterno?

Comentario: No decimos que la memoria lo crea, porque la memoria es una cosa carente de percepción.

KRISHNAMURTI: Es inconsciente, subconsciente; acude de manera espontánea, involuntaria. Ahora estamos tratando de averiguar qué entendemos por pensamiento. Para comprender esto, no recurra a un diccionario, mírese a sí mismo, examínese. ¿Qué entiende usted por pensar? Cuando dice que está pensando, ¿qué es lo que hace en realidad? Está reaccionando. Reacciona mediante su memoria. Ahora bien, ¿qué es la memoria? Es la experiencia pasada, el depósito de las experiencias de ayer, tanto colectivas como individuales. La experiencia de ayer constituye la memoria. ¿Cuándo recordamos una experiencia? Por cierto, sólo cuando no ha sido completa. Tengo una experiencia, y esa experiencia es incompleta, inconclusa, y deja una huella. A esa huella la llamo memoria, y la memoria responde a un reto ulterior. Esta respuesta de la memoria a un reto es llamada el pensar.

Comentario: ¿Sobre qué queda impresa la huella?

KRISHNAMURTI: Sobre el "yo". Después de todo, el "yo", "lo mío", es el residuo de todos los recuerdos: colectivos, raciales, individuales, etc. Ese haz

de recuerdos es el "yo", y ese "yo" con su memoria, responde. Llamamos "pensar" a esa respuesta.

Comentario: ¿Por qué forman un haz estos recuerdos?

KRISHNAMURTI: A causa de la identificación. Consciente o inconscientemente, pongo todo en una misma bolsa.

Comentario: Entonces, hay una bolsa separada de la memoria.

KRISHNAMURTI: La memoria es la bolsa.

Comentario: ¿Por qué los recuerdos se adhieren entre sí?

KRISHNAMURTI: Porque son incompletos.

Comentario: Pero los recuerdos son inexistentes, se encuentran en un estado de inercia a menos que haya allí alguien para recordar.

KRISHNAMURTI: En otras palabras, el recordador, ¿es diferente del recuerdo? Ambos son las dos caras de una moneda. Sin recuerdo no hay recordador, y sin el recordador no hay recuerdo.

Comentario: ¿Por qué insistimos en separar el perceptor y la percepción, el recordador y el recuerdo? ¿No es ésta la raíz de nuestra dificultad?

KRISHNAMURTI: Los separamos porque el recordador, el experimentador, el pensador, se torna permanente mediante la separación. Es obvio que los recuerdos son fugaces; por lo tanto, el recordador, el experimentador, la mente, se separa porque desea permanencia. La mente, que hace esfuerzos, que lucha, que escoge, que se disciplina, no puede encontrar lo real porque, como dijimos, gracias a ese esfuerzo mismo se proyecta y da sustento al pensador. Ahora bien, ¿cómo liberar de sus pensamientos al pensador? Esto es lo que estamos discutiendo. Porque, cualquier cosa que piense el pensador, tiene que ser producto del pasado y, por lo tanto, desde la memoria él crea un Dios, una verdad que, evidentemente, no es real. En otras palabras, la mente se mueve todo el tiempo de lo conocido a lo conocido. Cuando la memoria funciona, la mente puede moverse tan sólo en el campo de lo conocido, y cuando se mueve en ese campo, jamás puede dar con lo desconocido. Así que nuestro problema es cómo hacer para que la mente se libere de lo conocido. Cualquier esfuerzo para liberarnos de lo conocido es perjudicial, porque el esfuerzo sigue siendo lo conocido. Por consiguiente, debe cesar todo esfuerzo.

¿Han tratado alguna vez de actuar sin esfuerzo? Si comprendo que todo esfuerzo es inútil, que es una proyección más de la mente, del "yo", del pensa-

dor, si me doy cuenta de la verdad de ello, ¿qué ocurre? Si veo muy claramente el rótulo de "veneno" en un frasco, no toco ese frasco. No necesito ningún esfuerzo para que no me atraiga. De igual manera —y en esto radica la mayor dificultad—, si me doy cuenta de que cualquier esfuerzo de mi parte es perjudicial, si veo la verdad al respecto, estoy libre del esfuerzo. Todo esfuerzo de nuestra parte es nocivo, pero no estamos seguros, porque deseamos un resultado, un logro; y ésa es nuestra dificultad. Por lo tanto, seguimos esforzándonos y esforzándonos. Pero Dios, la verdad, no es un resultado, una recompensa, un objetivo. Tiene que venir a nosotros, no podemos ir hacia ello. Si hacemos un esfuerzo para ir hacia ello, estamos buscando un resultado, un logro. Para que la verdad advenga, uno debe estar pasivamente alerta. El alerta pasivo es un estado de percepción en el que no hay esfuerzo alguno. Implica estar alerta y percibir sin juzgar, sin optar —no en algún sentido fundamental, sino en todo sentido—. Es estar alerta a nuestras acciones, a nuestros pensamientos, a nuestras respuestas relativas; estar alerta sin opción alguna, sin condena, sin identificación ni negación, de modo tal que la mente comience a comprender, sin juzgar, cada pensamiento y cada acción. Esto suscita el interrogante de si puede haber comprensión sin pensamiento.

Comentario: Sin duda, si uno es indiferente a algo.

KRISHNAMURTI: Señor, la indiferencia es una forma de juicio. Una mente torpe, indiferente, no está alerta, no es perceptiva. La percepción alerta consiste en ver sin juzgar, en saber exactamente *qué* está sucediendo. Por consiguiente, es inútil buscar a Dios o la verdad, sin estar despierto y alerta ahora, en el presente inmediato. Es mucho más fácil acudir a un templo, pero eso es escapar hacia el reino de la especulación. Para comprender la realidad, debemos conocerla de manera directa, y es obvio que la realidad no pertenece al tiempo y al espacio; se encuentra en el presente.

4 de julio de 1948

SEGUNDA PLÁTICA EN BANGALORE

En una plática como ésta es más importante, creo, experimentar lo que se dice, que limitarse a discutir las cosas en el nivel verbal. Uno es propenso a permanecer en el nivel verbal sin experimentar a fondo lo que se está diciendo, y experimentar un hecho real es mucho más importante que descubrir si las ideas en sí son verdaderas o no, ya que las ideas jamás van a transformar el mundo. La revolución no se basa en meras ideas. La revolución llega sólo cuando hay una convicción fundamental, cuando nos damos cuenta de que debe haber una transformación interna, no meramente una exterior, por importantes que

puedan ser las exigencias externas. Lo que quisiera discutir aquí, durante estas cinco reuniones de los domingos, es la posibilidad de dar origen, no a un cambio superficial, sino a una transformación radical, tan indispensable en un mundo que se está desintegrando rápidamente.

Si somos algo observadores, debería ser obvia para la mayoría de nosotros —ya sea que viajemos o que permanezcamos en un solo sitio— la necesidad de un cambio o una revolución fundamental. Pero percibir el pleno significado de una revolución así es difícil, porque aunque pensemos que deseamos un cambio, una modificación, una revolución, la mayoría de nosotros recurre a un modelo particular de acción, a un sistema de la izquierda, de la derecha o del centro. Vemos la confusión, el desorden espantoso que nos rodea, la miseria, el hambre, la guerra inminente; es natural, pues, que las personas reflexivas exijan una acción. Pero, desafortunadamente, acudimos a la acción basada en determinada fórmula o teoría. La izquierda, al igual que la derecha, tienen un sistema, un modelo de acción. Pero, ¿puede haber revolución alguna conforme a un modelo particular de acción, a una línea establecida? ¿O la revolución surge desde el interés despierto y la percepción alerta individuales? Ciertamente, sólo cuando el individuo está despierto y es responsable, puede haber una revolución.

Ahora bien, es obvio que la mayoría de nosotros desea un plan acordado a fin de actuar. Vemos la confusión reinante, no sólo en la India y en nuestras propias vidas, sino a lo largo de todo el mundo. En cada rincón de la Tierra hay confusión, desdicha, luchas y sufrimientos espantosos. Jamás hay un período en que los hombres puedan sentirse seguros, porque, a medida que se desarrollan más y más las artes de la guerra, la destrucción se vuelve cada vez mayor. Sabemos todo eso. Es un hecho obvio que no necesitamos examinar. Pero, ¿no es importante que averigüemos cuál es nuestra relación con todo este caos, con esta confusión y desdicha? Porque, al fin y al cabo, si pudiésemos descubrir nuestra relación con el mundo y comprender esa relación, tal vez seríamos capaces de transformar esta confusión en que nos debatimos. Así, pues, primero debemos ver con claridad esa relación que existe entre el mundo y nosotros, y entonces, quizá, si cambiamos nuestras vidas, podrá haber un cambio radical y fundamental en el mundo en que vivimos.

¿Cuál es, entonces, la relación que hay entre nosotros y el mundo? ¿Es el mundo diferente de nosotros, o cada uno de nosotros es el resultado de un proceso total y no está separado del mundo, sino que forma parte de él? Es decir, ustedes y yo somos el resultado de un proceso mundial, de un proceso total, no de un proceso separado, individualista; porque, a fin de cuentas, somos la consecuencia del pasado, estamos condicionados por las influencias ambientales —políticas, sociales, económicas, geográficas, climáticas, etc.—. Somos el resultado de un proceso total; por lo tanto, no estamos separados del mundo. Cada uno de nosotros es el mundo, y el mundo es lo que somos nosotros. Por consiguiente, el problema del mundo es nuestro problema, y si resolvemos nuestro problema, resolvemos el problema del mundo. Es inútil, com-

pletamente ocioso tratar de resolver el problema del mundo sin resolver nuestro problema individual, porque ustedes y yo constituimos el mundo. Sin nosotros no hay mundo. De modo que el problema del mundo es nuestro problema; se trata de un hecho evidente. Aunque nos gustaría pensar que somos individualistas en nuestras acciones, que estamos apartados, separados de los demás, esa estrecha acción individualista de cada ser humano es, después de todo, parte de un proceso total al que llamamos "el mundo". Así, pues, para comprender el mundo y originar una transformación radical en el mundo, debemos empezar por nosotros mismos —cada uno consigo mismo, no con algún otro—. La mera reforma del mundo no tiene sentido sin la transformación de uno mismo, puesto que uno crea el mundo. Al fin y al cabo, el mundo no está lejos de uno; está donde uno vive, es el mundo de su familia, de sus amigos, de sus vecinos, y si nosotros podemos transformarnos fundamentalmente, entonces existe una posibilidad de cambiar el mundo; no ocurre a la inversa. Por eso todos los grandes cambios y las reformas que hubo en el mundo, comenzaron con unos pocos, con individuos, con ustedes y conmigo. La así llamada acción de masas, no es más que la acción colectiva de individuos convencidos, y la acción de masas tiene significación sólo si los individuos que componen la masa están despiertos; pero si se hallan hipnotizados por palabras, por una ideología, la acción de masas debe conducir, por fuerza, al desastre.

Al ver, pues, que el mundo se halla en una confusión espantosa, con las guerras que nos amenazan, con el hambre, con la enfermedad del nacionalismo, con la acción de corruptas religiones organizadas, al reconocer todo esto es evidente que, para originar una revolución fundamental, radical, debemos empezar con nosotros mismos. Ustedes podrán decir: "Yo estoy dispuesto a cambiar, pero si cada individuo ha de cambiar, ello llevará un número infinito de años". Pero ¿es eso un hecho? Dejemos que lleve un número de años. Si ustedes y yo estamos realmente convencidos, si vemos la verdad de que la revolución debe comenzar con nosotros mismos y no con alguna otra persona, ¿llevará mucho tiempo convencer al mundo y transformarlo? Debido a que cada uno de ustedes es el mundo, sus acciones afectarán al mundo en que viven, que es el mundo de sus relaciones. Pero la dificultad radica en reconocer la importancia de la transformación individual. Exigimos la transformación del mundo, la transformación de la sociedad que nos rodea, pero estamos ciegos y poco dispuesto a transformarnos nosotros mismos.

¿Qué es la sociedad? Por cierto, es la relación entre ustedes y yo. Lo que son ustedes y lo que yo soy, genera la relación y crea la sociedad. En consecuencia, para transformar la sociedad, llámese hindú, comunista, capitalista o lo que fuere, tiene que cambiar nuestra relación, y ésta no depende de legislación alguna, de gobiernos o de circunstancias externas, sino enteramente de ustedes y de mí. Aunque seamos un producto del medio exterior, es obvio que tenemos el poder de transformarnos, lo cual implica ver cuán importante es la verdad de que podrá haber revolución únicamente cuando ustedes y yo nos comprendamos a nosotros mismos, no tan sólo la estructura que llamamos

sociedad. Ésa es, entonces, la primera dificultad que debemos afrontar en todas estas pláticas. El propósito no es producir una reforma mediante alguna nueva legislación, porque la legislación requiere siempre una legislación ulterior; es ver la verdad de que ustedes y yo, cualquiera sea el nivel en que vivamos, dondequiera que nos encontremos, debemos dar origen a una revolución radical y duradera dentro de nosotros mismos. Y, como dije, la revolución que no es estática, que es perdurable, que se recrea de instante en instante, no puede surgir conforme a ningún plan, ya sea de la derecha o de la izquierda. Esa revolución constante que se sostiene a sí misma, puede generarse sólo cuando ustedes y yo comprendemos la importancia de la transformación individual. Desde ese punto de vista, voy a discutir con ustedes, voy a hablar y a contestar preguntas durante los próximos cinco domingos.

Ahora bien, si lo observan, encontrarán que en todas las revoluciones históricas la gente se rebela conforme a un modelo; y cuando la llama de esa rebelión se apaga, hay un regreso al viejo modelo, ya sea en un nivel superior o inferior. Una revolución así no es revolución en absoluto, es sólo un cambio, una continuidad modificada. Una continuidad modificada no alivia el sufrimiento; un cambio semejante no conduce a la terminación del dolor. Lo que termina con el dolor es el vernos individualmente tal como somos, el estar lúcidamente alerta a nuestros propios pensamientos y sentimientos y, de ese modo, originar en ellos una revolución. Por eso, como decía, aquellos de ustedes que acudan a un modelo de acción, me temo que estarán expuestos al desengaño durante estas pláticas. Porque es muy fácil inventar un modelo, pero es mucho más difícil examinar a fondo las cosas y ver el problema con claridad. Si nos limitamos a esperar una respuesta al problema, ya sea éste económico, social o humano, no comprenderemos el problema, porque estaremos concentrados en la respuesta y no en el problema mismo. Estaremos estudiando la respuesta, la solución. Mientras que, si estudiamos el problema en sí, encontraremos que la respuesta, la solución se halla en el problema y no lejos de éste. De modo que nuestro problema es la transformación del individuo, de cada uno de nosotros, porque el problema individual es el problema del mundo, no están separados. Lo que es uno, eso es el mundo; se trata de algo muy obvio.

¿Qué es nuestra sociedad actual? tanto en Occidente como en Oriente, es el resultado de la astucia, el engaño, la codicia, la mala voluntad, etc., del hombre. Ustedes y yo hemos creado la estructura, y sólo ustedes y yo podemos destruirla y dar origen a una sociedad nueva. Pero, para crear una nueva sociedad, una nueva cultura, deben ustedes examinar y comprender la estructura que se está desintegrando, la estructura que ustedes y yo hemos construido juntos. Y, para comprender lo que hemos construido, debemos comprender el proceso psicológico de nuestro ser. Sin tal conocimiento propio, no puede haber revolución, y una revolución es esencial, no una revolución de las de tipo sangriento —que es relativamente fácil— sino una revolución por obra del conocimiento propio. Ésa es la única revolución duradera y estable, porque el

conocimiento propio es un movimiento constante del pensar y del sentir; en él no hay refugio alguno, es un fluir continuo de la percepción acerca de lo que somos.

Así, pues, el estudio de uno mismo es mucho más importante que el estudio de cómo producir una reforma en el mundo, porque si uno se comprende y, de tal modo, se transforma a sí mismo, habrá naturalmente una revolución. Recurrir a una panacea, a un modelo para una revolución en nuestra vida externa, podrá producir un cambio transitorio, pero cada cambio transitorio requiere un cambio ulterior y más derramamiento de sangre. Mientras que, si estudiamos muy cuidadosamente el problema tan complejo que somos nosotros mismos, entonces sí, daremos origen a una revolución mucho más grandiosa, una clase de revolución más valiosa y perdurable que la mera revolución económica o social.

Confío, pues, en que veamos la verdad e importancia de esto: que, con el mundo sumergido en semejante estado de confusión, hambre y desdicha, si queremos generar orden en este caos, debemos comenzar con nosotros mismos. Sin embargo, casi todos somos demasiados perezosos o demasiado torpes para empezar a transformarnos. Es muchísimo más fácil dejar que lo hagan otros, esperar por una legislación nueva, especular y comparar. Pero nuestra responsabilidad consiste en estudiar el problema del sufrimiento, estudiarlo sensata e inteligentemente, ver sus causas, que no radican en circunstancias externas, sino en nosotros mismos, y así dar origen a una transformación.

Para estudiar cualquier problema, tiene que existir la intención de comprenderlo, de investigarlo, de descifrarlo, no de eludirlo. Si el problema es suficientemente grande e inmediato, la intención también tiene fuerza, pero si el problema no es grande o si no vemos su urgencia, la intención se debilita. Mientras que, si estamos plenamente conscientes del problema y tenemos la intención clara y definida de estudiarlo, no acudiremos a autoridades externas, a un líder, a un gurú, a un sistema organizado; debido a que el problema somos nosotros mismos, éste no podrá ser resuelto por ningún sistema, ninguna fórmula, ningún gurú, líder o gobierno. Una vez que la intención está clara, la comprensión de uno mismo se torna relativamente fácil. Pero establecer dicha intención es la mayor de nuestras dificultades, porque nadie puede ayudarnos en la comprensión de nosotros mismos. Otros podrán pintar verbalmente el cuadro, pero experimentar un hecho que está dentro de nosotros, ver sin juicio alguno un determinado pensamiento o sentimiento, una determinada acción, es mucho más importante que escuchar verbalmente a otros o seguir una norma particular de conducta, etcétera.

Por lo tanto, lo primero que hay que comprender es que el problema del mundo es el problema del individuo; es el problema de cada uno de ustedes y es mi problema, y el proceso del mundo no está separado del proceso individual. Son un fenómeno conjunto; por lo tanto, lo que uno hace, piensa y siente es mucho más importante que presentar leyes o pertenecer a un determinado partido político o a cierto grupo de personas. Ésa es, obviamente, la primera

verdad a comprender. Una revolución en el mundo resulta esencial, pero una revolución conforme a un modelo particular de acción no es revolución en absoluto. Una verdadera revolución puede tener lugar sólo cuando uno, el individuo, se comprende a sí mismo y, por consiguiente, crea un nuevo proceso de acción. No hay duda de que una revolución es necesaria, porque todo se está viniendo abajo: las estructuras sociales se desintegran, hay guerras y más guerras. Nos hallamos al borde de un precipicio, y es evidente que debe haber alguna clase de transformación, porque así como estamos no podemos seguir. La izquierda ofrece un tipo de revolución, y la derecha propone una modificación respecto de la izquierda. Pero tales revoluciones no son revoluciones; no resuelven el problema, porque la entidad humana es demasiado compleja como para que se la comprenda mediante una mera fórmula. Y, como es indispensable que haya una constante revolución, ésta sólo puede comenzar con cada uno de nosotros, con la comprensión de uno mismo.

Eso es un hecho, ésa es la verdad, y no es posible eludirla, cualquiera que sea el ángulo desde el cual la abordemos. Después de ver esa verdad, deben ustedes establecer la intención de investigar el proceso total de sí mismos, porque lo que son ustedes, eso es el mundo. Si la mente de ustedes es burocrática, crearán un mundo burocrático, un mundo estúpido de papeleo; si son codiciosos, envidiosos, estrechos de mente, nacionalistas, crearán un mundo en el que habrá nacionalismo, el cual destruye a los seres humanos, un mundo cuya estructura se basará en la codicia, en la división, en la propiedad, etc. Así, pues, lo que son ustedes es el mundo, y si no se transforman, el mundo no puede transformarse. Pero, el investigarnos a nosotros mismos requiere un cuidado extraordinario, una extraordinaria flexibilidad; y una mente abrumada por el deseo de un resultado, jamás podrá acompañar el rápido movimiento del pensar. La primera dificultad está, entonces, en ver la verdad de que el individuo es responsable, de que somos responsables por toda la confusión; y, al percibir nuestra responsabilidad, hemos de establecer la intención de observar y, de ese modo, originar una transformación radical en nosotros mismos.

Ahora bien, si la intención está ahí, pueden ustedes proseguir, pueden empezar a estudiarse a sí mismos. Ese estudio deben abordarlo con una mente libre de toda carga, ¿no es así? Pero tan pronto afirman que son el *atma*, el *paramatma*, tan pronto buscan cualquier clase de satisfacción, ya están atrapados en una estructura de pensamiento y, en consecuencia, no estudian su proceso total. Se miran a través de una pantalla de ideas, lo cual no es estudiar, no es observar. Si yo quiero conocer a alguno de ustedes, ¿qué debo hacer? Tengo que estudiarlo, ¿verdad? No puedo censurarlo porque sea brahmín o porque pertenezca a alguna otra malhadada casta. Debo estudiarlo, observarlo, observar sus estados de ánimo, su temperamento, su manera de hablar, las palabras que usa, sus peculiaridades y demás. Pero si lo miro a través de una pantalla de prejuicios, de conclusiones, entonces no lo comprendo. Sólo estoy estudiando mis propias conclusiones, las cuales carecen de significación cuando estoy tratando de comprender a otro. De igual modo, si quiero comprenderme

a mí mismo, tengo que descartar toda la serie de pantallas, las tradiciones y creencias establecidas por otras personas, no importa si se trata de Buda, de Sócrates o de quien fuere, porque el "yo" es una entidad extraordinariamente compleja que adopta máscaras y facetas diferentes según el momento y la ocasión, según la circunstancia, la influencia del medio, etc. El "yo" no es una entidad estática, y el conocernos y comprendernos a nosotros mismos es mucho más importante que estudiar los dichos de otros o miramos a través de la pantalla de experiencias ajenas.

De modo que, cuando existe la intención de estudiarnos a nosotros mismos, entonces las pantallas, las aseveraciones, los conocimientos y las experiencias de otras personas carecen, obviamente, de todo valor. Porque, si quiero conocerme a mí mismo, debo conocer lo que soy, no lo que debería ser. De nada vale un "yo" hipotético. Si quiero conocer la verdad de algo, tengo que mirarlo, no cerrar la puerta ante ello. Si estoy estudiando un automóvil, debo estudiarlo por lo que es, no comparar un Packard con un Rolls Royce. Debo estudiar el auto como Packard, como Rolls Royce, como Ford. El individuo es de máxima importancia porque él, en sus relaciones, crea el mundo. Cuando veamos la verdad de eso, comenzaremos a estudiarnos sin tener en cuenta las afirmaciones de otras personas, por grandes que sean. Sólo entonces seremos capaces de seguir, sin condena ni justificación, el proceso total de cada pensamiento y sentimiento que exista entre nosotros y, de ese modo, comenzaremos a comprenderlo.

Así, pues, cuando la intención está ahí, puedo proceder a investigar lo que soy. Evidentemente, soy el producto del medio. Ése es el comienzo, es el primer punto que debo ver. Para descubrir si soy algo más que un mero producto de las influencias ambientales y climáticas, debo liberarme primero de esas influencias que me rodean y de las que soy el producto. Soy el resultado de las circunstancias, los absurdos, las supersticiones, los innumerables factores, buenos y malos, que forman mi entorno; para descubrir si soy algo más, debo estar libre de esas influencias, ¿no es así? Para comprender algo más, primero debo comprender *lo que es*. Afirmar meramente que soy algo más, no tiene sentido hasta que me haya liberado de las influencias ambientales que ejerce sobre mí la sociedad en que vivo.

La libertad es el descubrimiento del verdadero valor de las cosas que me rodean, no el limitarme a rechazarlas. Por cierto, la libertad adviene cuando descubro la verdad respecto de todo cuanto me concierne: la verdad respecto de las cosas, de la propiedad, de las relaciones, de las ideas. Sin descubrir la verdad acerca de todo esto, no puedo dar con lo que uno podría llamar la verdad abstracta o Dios. Estando atrapada en las cosas que me rodean, es obvio que la mente no puede ir más lejos, no puede ver o descubrir lo que hay más allá. Un hombre que procura comprenderse a sí mismo, debe comprender su relación con las cosas, la propiedad, las posesiones, el país, las ideas, las personas inmediatamente cercanas a él.

Este descubrimiento de la verdad con respecto a la relación, no es un

asunto de repetir palabras, de lanzar verbalmente a otros ideas acerca de la relación. Es un descubrimiento que llega sólo mediante la experiencia de la relación que tenemos con la propiedad, las personas, las ideas; y lo que nos libera es esa verdad, no el mero esfuerzo de librarnos de la propiedad o de la relación. Uno puede descubrir la verdad acerca de estas cosas, sólo cuando existe la intención de descubrirla, sin que uno se vea influido por los prejuicios, por las exigencias de una sociedad o de una creencia en particular, o por ideas preconcebidas acerca de Dios, la verdad, o el nombre que quieran darle, porque el nombre, la palabra, no es la cosa. La palabra *Dios* no es Dios, es tan sólo una palabra; y para ir más allá del nivel verbal de la mente, del conocimiento, uno debe experimentar de manera directa, debe estar libre de esos valores que la mente crea y a los que se aferra. Por lo tanto, comprender este proceso psicológico de uno mismo, es mucho más importante que comprender el proceso de las influencias ambientales externas. Es esencial que nos comprendamos primero a nosotros mismos, porque al comprendernos daremos origen a una revolución en nuestras relaciones y, de tal modo, crearemos un mundo nuevo.

Me han entregado diversas preguntas, y responderé a algunas de ellas.

Pregunta: ¿Cómo podemos resolver nuestro actual caos político y la crisis que hay en el mundo? ¿Hay algo que un individuo pueda hacer para detener la guerra que nos amenaza?

KRISHNAMURTI: La guerra es la proyección espectacular y sangrienta de nuestra vida cotidiana, ¿no es así? La guerra no es sino una expresión externa de nuestro estado interno, una ampliación de nuestras acciones diarias. Es más espectacular, más destructiva, más sangrienta, pero es el resultado colectivo de nuestras actividades individuales. Usted y yo somos, pues, responsables por la guerra, y ¿qué podemos hacer para detenerla? Obviamente, la guerra que nos amenaza no puede ser detenida por usted y por mí, porque ya está en movimiento; ya está ocurriendo, aunque todavía lo haga principalmente en el nivel psicológico. Ha comenzado ya en el mundo de las ideas, aunque la destrucción de nuestros cuerpos pueda llevar un poco más de tiempo. Como ya se halla en movimiento, no puede ser detenida; los problemas son demasiados, son excesivamente grandes, y ya estamos comprometidos con ellos. Pero usted y yo, viendo que la casa se incendia, podemos comprender las causas de ese incendio, podemos alejarnos de él y edificar en un lugar nuevo, con materiales que no sean combustibles, que no produzcan otras guerras. Es todo cuanto podemos hacer. Usted y yo podemos ver qué es lo que da origen a las guerras y, si estamos interesados en detener las guerras, podemos comenzar a transformarnos nosotros mismos, que somos las causas de la guerra.

¿Qué es, entonces, lo que causa la guerra, ya sea religiosa, política o económica? Evidentemente, la creencia, que puede ser en el nacionalismo, en una ideología, en un dogma particular. Si en lugar de tener creencias, tuviéramos

buena voluntad, amor y consideración entre nosotros, no habría guerras. Pero nos alimentamos de creencias, ideas y dogmas; por lo tanto, engendramos descontento. La presente crisis es, sin duda, de una naturaleza excepcional, y nosotros, como seres humanos, o bien seguimos el camino del constante conflicto y las guerras continuas o, de lo contrario, tenemos que ver cuáles son las causas de la guerra y volverles la espalda.

Evidentemente, lo que da origen a la guerra es el deseo de poder, posición, prestigio, dinero, y también la enfermedad llamada nacionalismo, la adoración de una bandera, así como la enfermedad de la religión organizada, la adoración de un dogma. Todas estas cosas son las que dan origen a la guerra, y si usted, como individuo, pertenece a cualquiera de las religiones organizadas, si codicia el poder, si es envidioso, tiene que producir, por fuerza, una sociedad que dará por resultado la destrucción. Así que esto depende de cada uno de ustedes, y no de los líderes, no de Stalin, Churchill y demás. Depende de usted y de mí, pero no parecemos darnos cuenta de eso. Si alguna vez sintiéramos realmente la responsabilidad de nuestros propios actos, ¡cuán rápidamente podríamos terminar con todas las guerras, con esta desdicha espantosa! Pero ya lo ven, somos indiferentes. Tenemos nuestras tres comidas diarias, nuestros empleos, nuestras cuentas bancarias, grandes o pequeñas, y decimos: "¡Por el amor de Dios, no nos moleste, déjenos tranquilos!". Cuanto más alto estamos en la escala social, tanto más seguridad, permanencia y tranquilidad queremos, tanto más deseamos que se nos deje en paz, que las cosas se mantengan fijas como están; pero no pueden ser mantenidas como están, porque no hay nada que mantener. Todo se desintegra.

Nosotros no queremos enfrentarnos a estos hechos; no queremos afrontar el hecho de que somos responsables por las guerras. Podemos hablar acerca de la paz, pronunciar conferencias, sentarnos alrededor de una mesa y discutir, pero internamente, psicológicamente, lo que deseamos es poder, posición; estamos motivados por la codicia. Intrigamos, somos nacionalistas, nos atan las creencias, los dogmas, y por ellos estamos dispuestos a morir, a destruirnos los unos a los otros. ¿Piensa usted que hombres así —nosotros— pueden traer paz al mundo? Para tener paz, debemos ser pacíficos; vivir pacíficamente implica no engendrar antagonismo. La paz no es un ideal. Para mí, el ideal no es sino un escape, una evitación de *lo que es*, una contradicción respecto de *lo que es*. Un ideal impide que actuemos de manera directa sobre *lo que es*; esto vamos a examinarlo dentro de poco, en otra plática. Para tener paz, tendremos que amar, tendremos que empezar a vivir una vida no basada en ideas, sino en ver las cosas como son y en actuar sobre ellas, en transformarlas. Mientras cada uno de nosotros siga buscando seguridad psicológica, estará contribuyendo a destruir la seguridad fisiológica que necesitamos: alimento, ropa y vivienda. Buscamos la seguridad psicológica, que no existe, y la buscamos, de ser posible, por medio del poder, de la posición, de los títulos, de los nombres, todo lo cual destruye la seguridad física. Si lo consideran, verán que esto es un hecho muy obvio.

Así, pues, para traer paz al mundo, para poner fin a todas las guerras, tiene que haber una revolución en el individuo, en cada uno de nosotros. Sin esta revolución interior, la revolución económica carece de sentido, porque el hambre es el resultado del desequilibrio en las condiciones económicas, desequilibrio producido por nuestros estados psicológicos: codicia, envidia, mala voluntad y afán posesivo. Para poner fin al dolor, al hambre, a la guerra, tiene que haber una revolución psicológica, y somos pocos los que estamos dispuestos a afrontarla. Discutiremos sobre la paz, planearemos leyes, crearemos nuevas Ligas, Naciones Unidas, y así sucesivamente, pero no ganaremos la paz, porque no renunciaremos a nuestra posición, a nuestra autoridad, a nuestro dinero, a nuestras propiedades, a nuestras estúpidas vidas. Es totalmente inútil confiar en otros; otros no pueden traernos la paz. Ningún líder va a darnos la paz, ningún gobierno, ningún ejército, ningún país. Lo que traerá paz es la transformación interna, la cual habrá de conducir a la transformación externa. La transformación interna no es aislamiento, no consiste en retirarse de la acción externa. Por el contrario, la recta acción sólo es posible cuando hay un recto pensar, y no hay recto pensar cuando no hay conocimiento propio. No hay paz si no nos conocemos a nosotros mismos.

Para poner fin a la guerra externa, debemos empezar por poner fin a la guerra que se desarrolla dentro de nosotros. Algunos sacudirán afirmativamente la cabeza y dirán: "De acuerdo", pero se irán de aquí y harán exactamente lo mismo que han estado haciendo durante los últimos diez o veinte años. El acuerdo de ustedes es tan sólo verbal y nada significa, porque las desdichas y las guerras del mundo no van a acabarse merced al ocasional acuerdo de ustedes. Se acabarán tan sólo cuando ustedes se den cuenta del peligro, cuando comprendan su responsabilidad y no la deleguen en nadie más. Si toman conciencia del sufrimiento, si ven la urgencia de una acción inmediata y no la posponen, entonces se transformarán a sí mismos; y la paz llegará únicamente cuando ustedes mismos sean pacíficos, cuando cada uno esté en paz con su prójimo.

Pregunta: La familia constituye la estructura de nuestro amor y de nuestra codicia, de nuestro egoísmo y de nuestra división. ¿Cuál es el lugar que ella tiene en su esquema de las cosas?

KRISHNAMURTI: Señores, yo no tengo ningún esquema de las cosas. ¡Vean de qué manera tan absurda pensamos acerca de la vida! La vida es algo viviente, dinámico, activo; no podemos ponerla en un marco. El intelectual pone la vida en un marco, tiene un esquema para sistematizarla. No tengo, pues, un esquema, pero consideremos los hechos. En primer lugar, está el hecho de nuestra relación con otro, ya sea con nuestra esposa, nuestro marido o nuestro hijo, la relación que llamamos la familia. Examinemos el hecho, *lo que es* tal relación, no lo que nos agradaría que fuera. Cualquiera puede tener ideas apresuradas acerca de la vida familiar, pero si podemos observar, examinar,

comprender *lo que es* esa vida, quizá seamos capaces de transformarla. El limitarnos a usar una serie de hermosas palabras y disimular así *lo que es* llamándolo responsabilidad, deber, amor, etc., no tiene ningún sentido. Así, pues, lo que vamos a hacer es examinar eso que llamamos "la familia". Porque, señores, para comprender algo, debemos examinar *lo que es,* y no encubrirlo con frases agradables al oído.

Y bien, ¿qué es lo que ustedes llaman la familia? Evidentemente, llaman así a una relación de intimidad, de comunión. Pregunto: En sus familias, en la relación que sostienen con sus esposas, con sus maridos, ¿hay comunión? Por cierto, eso es lo que entendemos por relación, ¿verdad? La relación significa comunión exenta de temor, libertad para comprenderse el uno al otro, para comunicarse directamente. Es obvio que la relación significa eso: estar en comunión con otra persona. ¿Lo están ustedes? ¿Está usted en comunión con su esposa? Tal vez lo esté físicamente, pero eso no es relación. Usted y su esposa viven en lados opuestos de un muro de aislamiento, ¿no es así? Usted tiene sus propias actividades, sus ambiciones, y ella tiene las suyas. Usted vive detrás del muro y, en ocasiones, mira por encima de él; y llama relación a eso. Se trata de un hecho, ¿verdad? Puede agrandarlo, suavizarlo, introducir una nueva serie de palabras para describirlo, pero ése es el hecho real: que usted y la otra persona viven en aislamiento, y que a esa vida en aislamiento la llaman relación.

Ahora bien si hay verdadera relación entre dos personas, lo cual quiere decir que hay comunión entre ellas, las implicaciones de eso son inmensas. Entonces no hay aislamiento, entonces hay amor, no "responsabilidad" o "deber". Las personas aisladas detrás de sus muros son las que hablan de responsabilidades y deberes. Pero un ser humano que ama no habla de responsabilidad; ama. Por lo tanto, comparte con el otro su dicha, su dolor, su dinero. ¿Son así nuestras familias? ¿Hay comunión directa entre esposo y esposa, comunión con los hijos? Es obvio que no, señores. En consecuencia, la familia es tan sólo un pretexto para continuar con nuestro nombre, con nuestra tradición, para obtener de ella lo que deseamos, sexual o psicológicamente. Así, la familia se convierte en un medio de perpetuación propia. Ése es un tipo de inmortalidad, de permanencia. Además, la familia es usada como un medio de gratificación. En el mundo de los negocios, en el mundo exterior político o social, exploto despiadadamente a otros, y en el hogar trato de ser benévolo o generoso. ¡Qué absurdo! O bien el mundo es demasiado para mí; necesito paz y voy a mi casa. En el mundo sufro, y vuelvo al hogar en busca de bienestar. Uso, pues, la relación como un medio para gratificarme, lo cual implica que no deseo que mi relación me perturbe.

Esto es, entonces, lo que ocurre, ¿verdad, señores? En nuestras familias hay aislamiento y no comunión; por lo tanto, no hay amor. Amor y sexo son dos cosas diferentes —esto lo discutiremos en otra oportunidad—. En nuestro aislamiento, podemos desarrollar una forma de abnegación, de devoción, de bondad, pero siempre detrás del muro, porque uno se interesa más en sí mis-

mo que en los demás. Si estuviéramos realmente en comunión con nuestra esposa, con nuestro marido y, por lo tanto, abiertos a nuestro prójimo, el mundo no se hallaría sumido en esta desdicha. Ésta es la razón de que las familias en aislamiento se conviertan en un peligro para la sociedad.

¿Cómo acabar, pues, con este aislamiento? Para acabar con este aislamiento debemos darnos cuenta de él, no sentirnos separados de él o decir que no existe. *Existe*, es un hecho evidente. Dense cuenta de cómo tratan a sus esposas, maridos e hijos, tomen conciencia de la dureza y brutalidad, de las aseveraciones tradicionales, de la falsa educación. ¿Quieren decir, señoras y señores, que si amaran a sus esposas, a sus maridos, tendríamos este conflicto, esta desdicha en el mundo? Debido a que no saben cómo amar a la esposa, al marido, tampoco saben cómo amar a Dios. Quieren a Dios como un medio más de aislamiento, de seguridad. Al fin y al cabo, Dios es la seguridad suprema; pero una búsqueda semejante no es una búsqueda de Dios, sino tan sólo un refugio, un escape. Para encontrar a Dios, deben ustedes saber cómo amar, no a Dios, sino a los seres humanos que los rodean, amar a los pájaros, los árboles, las flores. Entonces, cuando sepan amarlos, sabrán realmente qué es amar a Dios. Sin amar a otro, sin saber qué es estar completamente en comunión unos con otros, no pueden ustedes estar en comunión con la verdad. Pero ya lo ven, no pensamos en el amor, no nos interesa estar en comunión con otro ser humano. Queremos seguridad, ya sea en la familia, en la propiedad o en las ideas, y donde la mente busca seguridad, jamás puede conocer el amor. Porque el amor es algo muy peligroso, porque cuando amamos a alguien somos vulnerables, nos abrimos a los demás; y no queremos estar abiertos, no queremos ser vulnerables. Queremos encerrarnos en nosotros mismos, sentirnos internamente cómodos.

Así que, señores, una vez más: Producir una transformación en nuestras relaciones no es un asunto de leyes, de coacción según los *shastras* y todo eso. Para dar origen a una transformación radical en nuestras relaciones, debemos comenzar con nosotros mismos. Obsérvense a sí mismos, la manera como tratan a sus esposas e hijos. La esposa es una mujer y ahí se termina todo: ¡existe para ser usada como un felpudo! No miren a las señoras, mírense a sí mismos. Señores, no creo que ustedes se den cuenta de cuán catastrófico es el estado del mundo en la actualidad; de lo contrario, no serían tan despreocupados con respecto a todo esto. Estamos al borde de un precipicio, un precipicio moral, social y espiritual. No ven que la casa se quema y que ustedes viven en ella. Si supieran que la casa se está quemando, que nos hallamos al borde de un precipicio, actuarían. Pero, desafortunadamente, están tranquilos así; son temerosos, se sienten cómodos, son insensibles, aburridos, y exigen satisfacciones inmediatas. En consecuencia, dejan que las cosas sigan a la deriva y, por eso, la catástrofe mundial está cada vez más cerca. Esto no es una mera amenaza, se trata de un hecho real. En Europa, la guerra ya está en movimiento: guerra, guerra, guerra, desintegración, inseguridad. Al fin y al cabo, lo que afecta a otro, lo afecta a uno. Uno no puede cerrar los ojos y decir: "En Bangalore estoy

seguro". Ésa es, evidentemente, una manera de pensar muy miope y estúpida.

Así, pues, la familia se vuelve un peligro donde hay aislamiento entre esposo y esposa, entre padres e hijos, porque entonces la familia fomenta el aislamiento general; pero, cuando los muros del aislamiento se derrumban en la familia, entonces uno está en comunión no sólo con su esposa y sus hijos, sino con su prójimo. Entonces, la familia no está encerrada en sí misma, no es limitada, no constituye un refugio, un escape. De modo que el problema no es el problema de otros, sino que es nuestro propio problema.

Pregunta: ¿Cómo se propone usted justificar su afirmación de ser el Instructor del Mundo?

KRISHNAMURTI: No estoy realmente interesado en justificarla. El rótulo no es lo que importa, señores. El grado, el título no tiene ninguna importancia; lo que importa es lo que son ustedes. De modo que descarten el título; tírenlo al canasto, quémenlo, desembarácense de él. Vivimos a base de palabras, no vivimos basados en la realidad de *lo que es*. ¿Qué importancia tiene el modo como yo pueda llamarme o no llamarme? Lo que importa es si digo la verdad; y si es verdad lo que digo, entonces descubran la verdad por sí mismos y vívanla.

Señores, los títulos, ya sean espirituales o mundanos, son un medio de explotar a la gente. Y a nosotros nos gusta que nos exploten. Tanto el explotador como el explotado disfrutan de la explotación. *(Risas)*. Ya lo ven, ¡se ríen! Y eso es todo lo que harán, porque no ven que ustedes mismos son explotados y, por lo tanto, crean al explotador —ya sea el explotador capitalista o el explotador comunista—. Vivimos de títulos, palabras, frases que no tienen ningún sentido; por eso estamos internamente vacíos y sufrimos.

Examinen, por favor, lo que se dice, o lo que yo digo, y no vivan tan sólo en el nivel verbal, porque en ese nivel no puede haber experiencia. Podrán leer todos los libros del mundo, todos los libros sagrados y los libros psicológicos, pero el mero vivir en ese nivel no los satisfará, y me temo que eso es lo que está sucediendo. Internamente, estamos vacíos, y por eso accedemos a las ideas de otras personas, a las experiencias, caprichos, lemas de otros, con lo cual nos estancamos; y eso es lo que está ocurriendo en todo el mundo. Acudimos a la autoridad, al gurú, al maestro, y todo eso se encuentra en el nivel verbal. Para experimentar la verdad por nosotros mismos, para comprender y no seguir la comprensión de alguna otra persona, debemos abandonar el nivel verbal. A fin de comprender la verdad por nosotros mismos, debemos estar libres de toda autoridad, no rendir culto a otro, por grande que sea, porque la autoridad es un veneno sumamente pernicioso que impide la experiencia directa. Sin la experiencia directa, sin comprensión, no puede haber realización de la verdad.

De manera que no estoy presentando nuevas ideas, porque las ideas no transforman radicalmente a la humanidad. Pueden generar revoluciones superficiales, pero lo que tratamos de hacer es algo por completo diferente. En

todas estas pláticas y discusiones, si les interesa asistir a ellas, procuramos entender qué significa mirar las cosas tal como son; entonces, al comprenderlas, hay una transformación. Saber que soy codicioso, sin buscar excusas para ello y sin condenarlo, sin idealizar el opuesto diciendo: "No debo ser codicioso", es ya el comienzo de la transformación. Pero, como ven, ustedes no quieren saber lo que son, sino lo que es el gurú, lo que es el maestro. Rinden culto a otros, porque eso les brinda satisfacción. Es mucho más fácil escapar estudiando a algún otro, que vernos a nosotros mismos tal como somos. Señores, Dios o la verdad está dentro de *lo que es*, no en las ilusiones. Pero comprender *lo que es* resulta muy difícil, porque *lo que es* nunca es estático, cambia constantemente, experimenta modificaciones. Para comprenderlo, necesitamos una mente rápida, no anclada en una creencia, en una conclusión o en un partido político. Y para seguir *lo que es*, tenemos que comprender el proceso de la autoridad —por qué nos aferramos a la autoridad— y no limitarnos a descartarla. No podemos descartar la autoridad sin comprender la totalidad de su proceso, porque si no lo hacemos así, crearemos una nueva autoridad para librarnos de la autoridad vieja. Por consiguiente, esta pregunta no tiene sentido si usted sólo toma en cuenta el rótulo, porque no me interesan los rótulos. Pero, si tiene ganas de hacerlo, podemos hacer juntos un viaje para descubrir *lo que es*; entonces, al conocernos a nosotros mismos, podremos dar origen a un mundo nuevo, un mundo donde exista la verdadera felicidad.

11 de julio de 1948

TERCERA PLÁTICA EN BANGALORE

Como hoy somos muy pocos, ¿podría sugerir que, en lugar de que pronuncie, como la última vez, una charla introductoria antes de contestar las preguntas, convirtamos esto directamente en un encuentro de discusión? Quizá podrá resultar más valioso que una disertación formal de mi parte, etc. Así, pues, ¿tendrían inconveniente en aproximarse un poco?

¿Qué tema discutiremos que valga la pena y sea provechoso? ¿Qué sugerirían, señores, como tema de discusión?

Pregunta: ¿Por qué realiza usted giras?

KRISHNAMURTI: ¿Realmente desea discutir por qué hago giras?

Pregunta: ¿Podríamos discutir el propósito de la vida?

KRISHNAMURTI: ¿Interesa eso a todos? ¿Discutir cuál es el propósito de la vida, qué es la reencarnación, el karma?

Comentario: Sí.

KRISHNAMURTI: Entonces discutiremos cuál es el propósito de la vida, y quizá más tarde daremos entrada a otros temas.

Antes que nada, al discutir cualquier tema de esta clase debemos, obviamente, ser intensos, no académicos, eruditos o superficiales, porque eso no nos llevará a ninguna parte. Por lo tanto, hemos de ser muy serios, y eso significa que no podemos meramente aceptar o rechazar, sino que debemos descubrir la verdad acerca de cualquier cuestión. Debemos estar atentos, abiertos a toda sugerencia; por consiguiente, debe existir el deseo de investigar y no limitarnos a aceptar la autoridad, ya sea la del estrado o la de un libro, la del pasado muerto o la del presente. Así, al discutir cuál es el propósito de la vida, tenemos que averiguar qué entendemos por "vida" y qué entendemos por "propósito"; no tan sólo el significado que dan los diccionarios, sino el significado que nosotros asignamos a esas palabras. Por cierto, la vida implica la acción de cada día, los pensamientos y sentimientos de cada día, ¿no es así? Implica las luchas, los pesares, las ansiedades, los engaños, las preocupaciones, la rutina oficinesca, la de los negocios, la de la burocracia, etc. Todo eso es la vida, ¿verdad? Por vida entendemos no tan sólo un sector o una capa de la conciencia, sino el proceso total de la existencia, que es nuestra relación con las cosas, las personas, las ideas. Eso es lo que entendemos por vida, no una cosa abstracta.

Entonces, si eso es lo que entendemos por vida, ¿tiene la vida un propósito? ¿O debido a que no comprendemos las modalidades de la vida —el dolor cotidiano, la ansiedad, el miedo, la ambición, la codicia—, a causa de que no comprendemos nuestras actividades cotidianas, deseamos tener un propósito, ya sea remoto o cercano? Necesitamos un propósito que nos permita guiar nuestra vida diaria hacia un fin. Eso es, evidentemente, lo que entendemos por propósito. Pero, si comprendo el modo como he de vivir, entonces ese vivir en sí es suficiente, ¿verdad? ¿Necesitamos, entonces, un propósito? Si yo amo a alguien, ¿no es eso suficiente en sí mismo? En tal caso, ¿necesito un propósito? Por cierto, necesitamos un propósito únicamente cuando no comprendemos o cuando queremos una norma de conducta con un fin en vista. A fin de cuentas, casi todos buscamos un estilo de vida, una norma de conducta, y, o bien acudimos a otros, al pasado, o tratamos de hallar un patrón de comportamiento basándonos en nuestra propia experiencia. Cuando recurrimos a nuestra propia experiencia para hallar un patrón de comportamiento, vemos que nuestra experiencia está siempre condicionada, ¿no es así? Por amplias que sean las experiencias que uno pueda haber tenido, a menos que estas experiencias disuelvan el condicionamiento pasado, cualquier nueva clase de experiencia sólo fortalecerá aún más dicho condicionamiento. Eso es un hecho que podemos discutir. Y si acudimos a otra persona, a un gurú, al pasado, a un ideal, a un ejemplo, en procura de un patrón de comportamiento, no hacemos sino forzar la extraordinaria potencia de la vida al encajarla en un molde, en una forma

determinada, y de ese modo perdemos el rápido fluir, la intensidad, la riqueza de la vida.

Debemos, pues, averiguar con mucha claridad qué es lo que entendemos por propósito, y si existe un propósito. Ustedes podrán decir que existe, que es el de dar con la realidad, Dios o como quieran llamarlo. Pero, para dar con eso, uno debe conocerlo, debe tener conciencia de ello, debe conocer su medida, su profundidad, su significado. ¿Conocemos la realidad por nosotros mismos, o la conocemos únicamente merced a la autoridad de otra persona? ¿Pueden, entonces, decir que el propósito de la vida es encontrar la realidad, cuando no saben qué es la realidad? Puesto que la realidad es lo desconocido, la mente que busca lo desconocido debe primero liberarse de lo conocido, ¿verdad? Si mi mente está empañada, agobiada por lo conocido, sólo puede medir conforme a su propia condición, a su propia limitación; por lo tanto, jamás puede conocer lo desconocido, ¿no es cierto?

Así, pues, lo que estamos tratando de discutir y averiguar es si la vida tiene un propósito, y si ese propósito puede ser medido. Sólo podemos medirlo en función de lo conocido, del pasado; y cuando mido el propósito de la vida en función de lo conocido, lo mediré de acuerdo con mis grados y desagrados. En consecuencia, el propósito estará condicionado por mis deseos y, debido a eso, deja de ser el propósito. Eso está claro, ¿no es así? Puedo entender el propósito de la vida sólo a través de la pantalla de mis propios prejuicios, anhelos y deseos; de otro modo, no puedo juzgar, ¿verdad? Así, pues, el metro, la cinta, la vara con que mido, es un condicionamiento de mi mente y, conforme a los dictados de mi condicionamiento, decidiré cuál es el propósito. Pero, ¿es ése el propósito de la vida? Se trata de un propósito creado por mi anhelo; en consecuencia no es, ciertamente, el propósito de la vida. Para descubrir ese propósito, la mente debe estar libre de toda medición; únicamente entonces puede descubrir. De lo contrario, uno está proyectando su propio anhelo. Esto no es mera intelección; si lo examinan a fondo, verán su significado. Al fin y al cabo, mi prejuicio, mi anhelo, mi deseo, mi predilección, son los que deciden cuál ha de ser el propósito de la vida. Por lo tanto, mi deseo crea el propósito. Eso, obviamente, no es el propósito de la vida. ¿Qué es más importante, descubrir el propósito de la vida, o que la mente se libere de su propio condicionamiento y entonces investigue? Puede ser que, cuando la mente esté libre de su propio condicionamiento, esa libertad sea, en sí misma, el propósito. Porque, después de todo, sólo siendo libres estamos en condiciones de descubrir cualquier verdad.

Por consiguiente, el primer requisito es la libertad, no buscar el propósito de la vida. Sin libertad, es obvio que no podemos encontrarlo; sin estar liberados de nuestros mezquinos e insignificantes deseos, de nuestras búsquedas, ambiciones, envidias, de nuestra mala voluntad, ¿cómo podemos investigar o descubrir el propósito de la vida? ¿No es esencial, pues, para alguien que está investigando acerca del propósito de la vida, averiguar primero si el instrumento que realiza la investigación es capaz de penetrar en los procesos de la

vida, en las complejidades psicológicas de nuestro propio ser? Porque eso es todo cuanto tenemos, ¿verdad?, un instrumento psicológico moldeado para acomodarse a nuestras propias necesidades. Y como el instrumento está formado por nuestros mezquinos deseos personales, como es el resultado de nuestras experiencias, preocupaciones, ansiedades y mala voluntad, ¿cómo puede un instrumento así dar con lo real? Por lo tanto, ¿no es, acaso, importante, si uno va a investigar el propósito de la vida, averiguar primeramente si el investigador es capaz de entender o descubrir cuál es ese propósito? No estoy eludiendo la pregunta, sino que eso es lo que implica la investigación acerca del propósito de la vida. Cuando formulamos esa pregunta, primero tenemos que averiguar si el que la formula, el investigador, es capaz de comprender.

Ahora bien, cuando discutimos el propósito de la vida, vemos que por vida entendemos el extraordinariamente complejo estado de relaciones recíprocas, sin el cual la vida sería imposible. Y si no comprendemos el significado pleno de esa vida, sus variedades, sensaciones y demás, ¿de qué sirve investigar el propósito de la vida? Si no comprendo mi relación con usted, mi relación con la propiedad y las ideas, ¿cómo puedo ir más lejos? Al fin y al cabo, señor, para dar con la verdad o Dios, o como prefiera llamarlo, debo ante todo comprender mi existencia, comprender la vida en mí y a mi alrededor; de lo contrario, la búsqueda de la realidad se convierte en una mera forma de escapar de la acción cotidiana, y como muy pocos de nosotros comprendemos la acción cotidiana y, para la mayoría, la vida es monótona rutina, pena, sufrimiento, ansiedad, decimos: "¡Por el amor de Dios, díganos cómo escapar de ello!". Eso es lo que anhelamos casi todos nosotros, un narcótico que nos adormezca e impida que sintamos los dolores y las angustias de la vida. ¿He contestado su pregunta acerca del propósito de la vida?

Pregunta: ¿Podría uno decir que el propósito de la vida es vivir rectamente?

KRISHNAMURTI: Se ha sugerido que el propósito de la vida es vivir rectamente. Señores, no quiero usar evasivas, pero ¿qué entendemos por una "vida recta"? Tenemos la idea de que vivir conforme a un modelo establecido por Shankaracharya, Buda, X, Y, o Z, es vivir rectamente. ¿Es así? Por cierto, eso es tan sólo una conformidad que la mente busca para sentirse segura, para no ser perturbada.

Comentario: Hay un proverbio chino según el cual el propósito de la vida es el deleite de vivir, la alegría de vivir. No es una alegría abstracta, sino el júbilo mismo del vivir, los placeres del dormir, del beber, la alegría de encontrarse con personas y hablar con ellas, de llegar, irse, trabajar. El propósito de la vida es el gozo de vivir, de experimentar los acontecimientos de cada día.

KRISHNAMURTI: Por cierto, señores, hay júbilo, hay verdadera felicidad en comprender algo, ¿no es así? Si comprendo la relación que tengo con mi prójimo, con mi esposa, con la propiedad por la que peleamos, reñimos y nos destruimos unos a otros, si comprendo todas estas cosas, no hay duda de que, gracias a esa comprensión, experimento un gran júbilo; entonces, la vida misma es júbilo, riqueza, y con esa riqueza es posible avanzar más allá y a mayor profundidad. Pero, sin esos cimientos, usted no puede edificar una gran estructura, ¿verdad? Al fin y al cabo, la felicidad adviene naturalmente, fácilmente, sólo cuando no hay fricción, ni dentro ni alrededor de nosotros, y la fricción cesa únicamente cuando comprendemos las cosas en su proporción exacta, en sus valores correctos. Para descubrir qué es lo exacto, lo correcto, uno debe conocer ante todo el proceso de su propia mente, la manera como ésta funciona. De lo contrario, si uno no conoce su propia mente, ¿cómo puede descubrir el exacto valor de cosa alguna?

Estamos, pues, confusos; hay confusión en nuestras relaciones, en nuestras ideas, en nuestros gobiernos. Sólo un tonto no advierte la confusión. El mundo se debate en un desorden espantoso, y el mundo es la proyección de nosotros mismos. Lo que nosotros somos, eso es el mundo. Estamos confundidos, terriblemente enredados en ideas, y no sabemos qué es verdadero y qué es falso; estando confundidos, decimos: "Por favor, ¿cuál es el propósito de la vida, qué necesidad hay de toda esta confusión, esta desdicha?"

Algunos, naturalmente, les darán una explicación verbal acerca del propósito de la vida y, si tal explicación les agrada, la aceptan y de acuerdo con ella moldean su vida. Pero eso no resuelve el problema de la confusión, ¿verdad? Sólo lo han postergado, no han comprendido *lo que es*. No hay duda de que comprender *lo que es* —la confusión dentro y alrededor de uno mismo— es más importante que inquirir acerca de cómo comportarse rectamente. Si comprendo qué ha causado esta confusión y, por ende, cómo ponerle fin, si comprendo estas cosas, surge con naturalidad una conducta verdadera basada en el afecto. Estando, pues, confuso, mi problema no es averiguar cuál es la finalidad o el propósito de la vida, ni cómo salirme de la confusión, porque si no la comprendo no puedo disolverla. Para poner fin a esta confusión, se requiere comprender *lo que es* en cualquier momento dado, y eso exige una atención enorme, interés en descubrir *lo que es*, y no limitarnos a disipar nuestras energías en la ocupación que desarrollamos en la vida, en nuestros propios métodos, en acciones conforme a un modelo en particular, todo lo cual es mucho más cómodo, porque así no abordamos nuestros problemas sino que, más bien, escapamos de ellos.

Entonces, como ustedes están confusos, todo aquél que se convierte en líder, ya sea político o religioso, no es sino la expresión de la propia confusión de ustedes y, debido a que siguen al líder, él se vuelve la voz de la confusión. Podrá conducirlos fuera de una confusión en particular, pero no ayudará a resolver la causa de la confusión; por lo tanto, seguirán confusos, porque son ustedes los que crean la confusión, y la confusión está donde están ustedes. De

modo que el problema no es cómo salirse de la confusión, sino cómo comprenderla. Al comprenderla, quizá descubrirán el significado de todas estas luchas, estas penas y ansiedades, esta constante batalla interna y externa.

¿No es importante, entonces, descubrir por qué estamos confusos? ¿Puede alguien, excepto unos pocos, decir que no está confuso, política, religiosa y económicamente? Señores, ustedes sólo tienen que mirar lo que los rodea. Todos los periódicos proclaman a voces la confusión, reflejan las incertidumbres, las angustias, las ansiedades, las guerras que nos amenazan; y la persona cuerda, reflexiva, seria, que procura hallar el modo de salirse de esta confusión, primero tiene que habérselas consigo misma, es obvio. Nos preguntamos, pues: ¿Qué causa la confusión? ¿Por qué estamos confusos? Uno de los factores obvios es que hemos perdido confianza en nosotros mismos y, por eso, tenemos tantos líderes, tantos gurúes, tantos libros sagrados que nos dicen lo que debemos y no debemos hacer. Hemos perdido la confianza en nosotros mismos. Desde luego, hay personas, los técnicos, que están llenas de confianza porque han conseguido resultados. Por ejemplo, entreguen cualquier máquina a un mecánico de primera clase y él la entenderá. Cuanta más técnica poseemos, más capaces somos de habérnoslas con cosas técnicas, pero eso no es, ciertamente, confianza en nosotros mismos. No estamos usando la palabra *confianza* tal como se aplica en asuntos técnicos. Un profesor, cuando trata su tema, está lleno de confianza —al menos cuando no lo escuchan otros profesores—, o un burócrata, un alto funcionario, se siente confiado porque ha llegado a la cima de la escala en la técnica de la burocracia y puede ejercer todo el tiempo su autoridad. Aunque pueda estar equivocado, está lleno de confianza, igual que el mecánico ante un motor sobre el que conoce todo lo que hay que conocer. Pero es obvio que no nos referimos a esa clase de confianza, ¿verdad?, porque no somos máquinas técnicas. No somos meras máquinas que funcionan conforme a cierto ritmo, girando a determinada velocidad, a determinado número de revoluciones por minuto. Somos vida, no máquinas.

Nos gustaría convertirnos en máquinas, porque entonces podríamos habérnoslas con nosotros mismos de manera mecánica, repetitiva y automática, y eso es lo que desea la mayoría de nosotros. Por lo tanto, levantamos muros de resistencia, practicamos disciplinas, controles, que son carriles por los que nos deslizamos. Pero aun habiéndonos condicionado y acomodado de ese modo, habiéndonos vuelto tan automáticos y mecánicos, sigue existiendo una vitalidad que persigue diferentes cosas y crea contradicciones. Señores, nuestra dificultad es que estamos vivos, no muertos; y, debido a que la vida es tan veloz y flexible, tan sutil, tan incierta, no sabemos cómo comprenderla. Por eso hemos perdido la confianza. Casi todos estamos adiestrados técnicamente, porque tenemos que ganarnos la vida y la civilización moderna exige técnicas más y más avanzadas. Pero con esa mente técnica, con esa capacidad técnica, no pueden seguir sus propios movimientos internos, porque ustedes son demasiado veloces, son más flexibles y más complicados que la máquina; por eso,

están aprendiendo a tener más y más confianza en la máquina y pierden confianza en sí mismos; en consecuencia, los líderes se multiplican. Como dijimos, pues, una de las causas de confusión es esta pérdida de confianza en nosotros mismos. Cuanto más imitativos somos, menos confianza tenemos, y hemos convertido la vida en un cuaderno de ejercicios. Desde la más tierna infancia nos dicen qué debemos hacer: debemos hacer esto, no debemos hacer aquello. ¿Qué esperan, pues? ¿No deben tener esa confianza a fin de poder descubrir? ¿No deben tener esa profunda certidumbre interna para saber *qué* es la verdad cuando se encuentren con ella?

Así, al haber convertido la vida en un proceso técnico, al amoldarnos a una norma determinada de acción, es natural que hayamos perdido confianza en nosotros mismos y que, por lo tanto, estemos incrementando nuestra lucha interna, nuestra pena y confusión internas. La confusión puede ser disuelta sólo a través de la confianza en uno mismo, la cual no puede obtenerse por intermedio de otra persona. Uno tiene que emprender, para y por sí mismo, el viaje del descubrimiento en el propio proceso interno, a fin de comprenderlo. Esto no significa que haya de apartarse, aislarse de los demás. Por el contrario, señores, la confianza llega tan pronto comprendemos, no lo que dicen otros, sino nuestros propios pensamientos y sentimientos, lo que ocurre dentro y en torno de nosotros mismos. Sin esa confianza que proviene de conocer nuestros pensamientos y sentimientos, nuestras experiencias —su verdad, su falsedad, su significado, su carácter absurdo—, sin conocer eso, ¿cómo podemos poner en orden todo el campo de confusión que somos nosotros mismos?

Comentario: La confusión puede ser disipada mediante el estado de alerta.

KRISHNAMURTI: Usted dice, señor, que estando uno alerta, consciente de la confusión, ésta puede ser disipada. ¿Es eso?

Comentario: Sí, señor.

KRISHNAMURTI: Por el momento, no estamos discutiendo cómo disipar la confusión. Habiendo perdido la confianza en nosotros mismos, nuestro problema es cómo recuperarla —si es que alguna vez la tuvimos—. Porque es obvio que sin ese elemento de confianza, seremos desviados de nuestro camino por cualquier persona con la que nos topemos; y eso es exactamente lo que está ocurriendo. ¿Cuál es el verdadero propósito en la política, y cómo vamos a conocerlo? ¿No deberíamos conocerlo? ¿No deberían ustedes saber qué hay de verdadero en ella? De igual manera, ¿no deben ustedes saber qué hay de verdadero en las cháchara de la religión? Y, ¿cómo van a descubrir qué hay de verdadero entre todos los innumerables dichos cristianos, hindúes, musulmanes, etc.? ¿Cómo van a descubrirlo en esta espantosa confusión? Es obvio que, para descubrir, uno debe hallarse en un gran aprieto, debe estar ardiendo por

conocerse internamente. ¿Están ustedes en esa situación? ¿Están ardiendo por descubrir la verdad acerca de algo, ya sea el fascismo, el comunismo o el capitalismo? Para descubrir qué es verdadero en las diversas actividades políticas, en las afirmaciones y experiencias religiosas que ustedes aceptan con tanta facilidad, para descubrir la verdad acerca de todas estas cosas, ¿no debe uno arder con el deseo de conocer la verdad?

Por lo tanto, jamás acepten autoridad alguna. Señor, después de todo, nuestra aceptación de la autoridad indica que la mente necesita sentirse cómoda, segura. Una mente que busca la seguridad, ya sea con un gurú, o en un grupo, político o de otra clase, una mente que va en pos de salvaguardas, consuelos, jamás podrá dar con la verdad, ni siquiera en las cosas mas pequeñas de la existencia. Así, pues, un hombre que anhela esta confianza creativa en sí mismo, debe arder con el deseo de conocer la verdad acerca de todo, no acerca de los imperios o de la bomba atómica —eso es tan sólo un asunto técnico—, sino la verdad en nuestras relaciones humanas, en la relación de uno con los demás, en nuestra relación con la propiedad y con las ideas. Si quiero conocer la verdad, comienzo a inquirir; y antes de que pueda conocer la verdad respecto de cosa alguna, debo tener confianza. Para tener confianza, debo investigar dentro de mí mismo y eliminar aquellas causas que, ante cada experiencia, impiden que ésta entregue su plena significación.

Pregunta: Nuestras mentes son limitadas. ¿Cómo podemos salir de este atolladero?

KRISHNAMURTI: Ahora espere un momento. Antes de investigar cómo es posible liberar a la mente de su propio condicionamiento, que genera confusión, averigüemos cómo descubrir la verdad acerca de algo, no acerca de cosas técnicas, sino la verdad de nosotros mismos en relación con algo, incluso en relación con la bomba atómica. ¿Entiende el problema, señor? No confiamos en nosotros mismos, no existe esa confianza creativa que da sustento, vida, vigor, comprensión. La hemos perdido, o jamás la hemos tenido y, a causa de que no sabemos cómo considerar a fondo cosa alguna, hemos sido llevados y empujados de aquí para allá, golpeados, manejados política, religiosa y socialmente. No sabemos, pero es difícil admitir que no sabemos. La mayoría de nosotros cree que sabe, pero en realidad es muy poco lo que sabemos, excepto en cuestiones técnicas —cómo manejar un gobierno, una máquina—, o cómo patear al sirviente, a la esposa, a los hijos, etc. Pero nada sabemos acerca de nosotros mismos, no nos conocemos, hemos perdido esa capacidad. Estoy usando esa palabra *perdido*, pero es probable que se trate de la palabra equivocada, ya que jamás hemos tenido tal capacidad. Puesto que no nos conocemos a nosotros mismos y, no obstante, queremos averiguar qué es la verdad, ¿cómo vamos a descubrirlo? ¿Comprende la pregunta, señor? Me temo que no.

Alguien quería que discutiéramos la reencarnación. Ahora bien, yo quie-

ro conocer la verdad al respecto, no lo que han dicho el Bhagavad Gita, Cristo o mi gurú preferido. Quiero saber cuál es la verdad acerca de esa cuestión. ¿Qué debo hacer, pues, para saberlo? ¿Cuál es el primer requerimiento? No debo estar ansioso por aceptarla, ¿no es así? No debo ser persuadido por los argumentos ingeniosos o por la personalidad de otro, lo cual implica que no me satisfago fácilmente con el tranquilizador consuelo que brinda la reencarnación. ¿No debe ser ésa mi posición? O sea, no ando en busca de consuelo; trato de descubrir qué hay de verdadero en esto. ¿Está usted en esa posición? Cuando uno está buscando consuelo, no cabe duda de que puede ser persuadido por cualquiera y, de ese modo, pierde confianza en sí mismo; pero cuando no busca consuelo, sino que quiere conocer la verdad, cuando está completamente libre del deseo de encontrar un refugio, entonces experimentará la verdad, y esa experiencia le dará confianza. Ése es, por lo tanto, el primer requerimiento, ¿no es cierto?

Para conocer, psicológicamente, la verdad de algo, no podemos buscar confortación, seguridad, un puerto para refugiarnos, porque tan pronto busquemos esas cosas, tendremos lo que deseamos, pero eso no será la verdad. Así, seremos persuadidos por otro que ofrece una confortación mayor, una mayor seguridad, un mejor refugio y, de ese modo, seremos llevados de puerto en puerto; ésa es la razón de que perdamos confianza en nosotros mismos. Ustedes carecen de esa confianza porque han sido llevados, de un refugio a otro, por su propio deseo de sentirse cómodos, seguros. Así, pues, un hombre que quiera buscar la verdad en la relación, tiene que estar libre del destructivo y limitador deseo de comodidad, de seguridad. Es indispensable que desaparezca este temor de sentirnos psicológicamente perdidos. Sólo entonces podrán ustedes encontrar la verdad con respecto a la reencarnación o a cualquier otra cosa —porque están buscando la verdad, no la seguridad—. La verdad les revelará, entonces, qué es correcto y, por lo tanto, tendrán confianza. Señor, ¿no es más importante descubrir la verdad que creer que hay o que no hay continuidad? Ésa es la cuestión, ¿no es cierto? Si anhelo conocer la verdad, me hallo en situación de no ser fácilmente persuadido.

Comentario: Cuando formulamos la pregunta acerca de la reencarnación, queríamos que nos aseguraran que la reencarnación existe, no queríamos saber acerca de la verdad y todo eso.

KRISHNAMURTI: Por supuesto, usted desea saber si hay reencarnación, si la reencarnación es un hecho, pero no desea conocer la verdad al respecto. Y yo quiero saber la verdad sobre la reencarnación, no el hecho; puede ser un hecho como puede no serlo. No sé si está clara la diferencia.

Comentario: No está clara.

KRISHNAMURTI: Muy bien, señor, discutámoslo.

Comentario; Cuando nosotros preguntamos acerca de la reencarnación es para que se nos asegure que la reencarnación existe. En otras palabras, hacemos la pregunta en un estado de ansiedad. Deseando que la reencarnación exista; estando ansiosos. Escuchamos con una mente que prejuzga. No queremos descubrir la real verdad al respecto; sólo queremos que se nos asegure que una cosa como la reencarnación existe.

*Comentario: ¿Usted quiere saber si hay tal cosa como la reencarnación o quiere saber la verdad? ¿Está ansioso de que haya reencarnación o procura encontrar la verdad, cualquiera que sea?**

Comentario: Ambas cosas.

Comentario: No puede hacer ambas. O quiere conocer la verdad acerca de la reencarnación, o quiere que le aseguren que la reencarnación existe. ¿Cuál es el caso?

KRISHNAMURTI: Seamos claros en este punto. Si estoy ansioso por saber si hay reencarnación o no, ¿cuál es el motivo detrás de esa pregunta?

Comentario: El motivo está muy claro, creo.

KRISHNAMURTI: ¡Cuál es, señor?

Comentario: El motivo es que la vida comienza en cierta etapa y termina en cierta etapa.

KRISHNAMURTI: ¿Y eso qué significa?

Comentario: Significa que el propósito se comprende y la meta se alcanza o no se alcanza.

Comentario: Cuando usted dice que la vida es limitada, ¿está ansioso?

Comentario: Yo no dije que la vida es limitada.

Comentario: Dijo que comienza en cierto punto y termina en cierto punto.

Comentario: Quiero decir con eso, nacimiento y muerte.

---

* Éste es, evidentemente, un diálogo que se suscitó entre dos participantes de la discusión muy allegados a Krishnamurti. En la India de 1948 había varias personas en esas condiciones. *N. del T.*

Comentario: La vida se halla amarrada por el nacimiento y la muerte. Es limitada.

Comentario: Sí.

Comentario: Cuando usted pregunta si hay reencarnación, ¿se encuentra en un estado mental que la desea?

Comentario: Me hallo en un estado de investigación.

Comentario: ¿Es usted creyente?

Comentario: Soy investigador, buscador.

KRISHNAMURTI: Si busco, ¿cuál es el estado de mi mente? ¿Qué es lo que hace que busque?

Comentario: No entiendo, señor.

KRISHNAMURTI: ¿Qué es lo que me impulsa a buscar?

Comentario: Deseamos conocer la verdad.

KRISHNAMURTI: Por lo tanto, no están ansiosos.

Comentario: No existe un motivo, únicamente ansiedad.

KRISHNAMURTI: ¿Dice usted, entonces, que está ansioso?

Comentario: Todos lo están.

KRISHNAMURTI: Entonces, no buscan la verdad. No se hallan en estado pasivo.

Comentario: la ansiedad obedece a que quiero conocer la verdad.

KRISHNAMURTI: ¿Sí? ¿Es eso, señor?

Comentario: ¿Respecto de qué está usted ansioso?

Comentario: No estoy ansioso con respecto a nada. Contemplo esto sólo desde un punto de vista académico.

KRISHNAMURTI: O discutimos de manera puramente académica, superficial o lo hacemos muy seriamente.

Comentario: Por supuesto.

KRISHNAMURTI: No estoy diciendo que usted sea superficial, pero es indudable que necesitamos saber si tan sólo discutimos por curiosidad. Una discusión así nos llevará en cierta dirección, y si discutimos para descubrir la verdad, entonces nos llevará en una dirección diferente. ¿De cuál se trata? Como dije esta tarde desde el comienzo mismo, si nos limitamos a discutir como si estuviéramos en un club para entretenimiento intelectual, me temo que no tomaré parte en eso, porque no es tal mi intención; pero, si nuestra búsqueda es para descubrir la verdad de algo, o sea, de nuestra relación, entonces discutamos.

Ahora bien, si formulo preguntas sobre reencarnación debido a que estoy ansioso, esa ansiedad surge, sin duda, porque temo a la muerte, temo llegar a mi fin, no realizarme, no ver más a mis amigos, no terminar mi libro, y todas esas cosas. Es decir, la base de mis preguntas es el miedo; por lo tanto, el miedo dictará la respuesta, determinará cuál ha de ser la verdad. Pero, si no tengo miedo y estoy buscando la verdad de *lo que es*, entonces la reencarnación tiene un significado diferente. Así que, interna, psicológicamente, debemos tener muy en claro qué es lo que estamos buscando. ¿Buscamos la verdad acerca de la reencarnación o, desde nuestra ansiedad, estamos buscando la reencarnación?

Comentario. No creo que haya mucha diferencia entre ambas cosas. Estoy buscando.

Comentario: Yo pienso que él usó la palabra "ansiedad" queriendo decir "seriedad".

Comentario: Es obvio que si usted busca la verdad a causa de que está ansioso por encontrarla, se halla predispuesto a favor de cierta respuesta que pueda aliviarlo de esa ansiedad; por consiguiente, no podrá dar con la verdad.

Comentario: Puedo decirle, honestamente, que no estoy a favor de esto ni de aquello. Quiero conocer la verdad. La pregunta surgió en mí cuando estábamos discutiendo el tema.

Comentario: ¿Por qué surgió?

Comentario: No puedo explicarlo. Espero que usted me lo explique.

Comentario: Por lo general, la gente formula preguntas acerca de la reencarnación, a fin de que le aseguren que la reencarnación existe.

Comentario: No todos.

Comentario: Es muy raro que alguien pregunte acerca de la reencarnación sólo para conocer la verdad.

Comentario: Usted podrá entender, naturalmente, que el tema me interesa muchísimo.

KRISHNAMURTI: Muy bien. No voy a contestar su pregunta por el momento. Estamos discutiendo en general. ¿Abordamos esto basados en la ansiedad, en el miedo? ¿O, sin que haya miedo, deseamos saber? Porque los resultados de nuestra investigación serán distintos en cada caso. Como lo ha señalado uno de ustedes, o bien estoy ansioso por saber, en cuyo caso mi ansiedad va a influir en lo que es, o, sin miedo alguno, deseo conocer la verdad acerca de la continuidad, independientemente de mis agrados y desagrados, de mis temores y ansiedades. Deseo conocer *lo que es*. Ahora bien, casi todos nosotros somos una mezcla de ambas cosas, ¿no es así? Cuando mi hijo muere, estoy angustiado, el dolor, la soledad, me consumen; y quiero saber. Entonces, mis indagaciones se basan en la angustia. Pero, sentarse a discutir en este salón y decir, como de paso: "Bueno, me gustaría saber", sin que haya en uno ninguna crisis... ¿puede saber una mente así?

Por cierto, uno puede dar con la verdad únicamente en medio de una crisis, no lejos de ella. Entonces es cuando tendrán que investigar, no cuando digan de paso: "Discutamos si la verdad existe o no". ¿No es así? Cuando mi hijo muere, deseo saber, no si continúa vivo, sino qué hay de verdadero acerca de la continuidad; eso implica que estoy en disposición de comprender. ¿No es eso lo que implica? He perdido a mi hijo, y quiero saber qué es lo que me hace sufrir y si el sufrimiento puede llegar a su fin. Sólo en esos instantes, cuando la crisis me apremia, daré con la verdad, si es que quiero conocer la verdad. Pero, en los instantes de crisis, de presión, anhelamos consuelo, alivio, deseamos reclinar la cabeza en el regazo de alguien; en momentos de angustia queremos que nos arrullen y nos adormezcan. Y yo digo lo contrario, que el momento de la angustia es el momento exacto para investigar y encontrar la verdad. Cuando deseo consuelo en momentos de crisis, no estoy investigando. Por lo tanto, es indispensable que conozca el estado de mi propio ser, de mi ser psicológico o espiritual; antes de que pueda investigar y descubrir qué es la verdad, debo saber en qué estado me encuentro.

Señor, la mayoría de nosotros está en crisis: a causa de la guerra, de un empleo, o porque nuestra esposa se ha fugado con alguien. Todo el tiempo hay crisis que se desarrollan alrededor y dentro de nosotros, ya sea que lo admitamos o no. Entonces, ¿no es ésa la oportunidad para investigar, en vez de espe-

rar hasta último momento, cuando nos arrojen la bomba? Porque, aunque podamos negarlo, estamos en crisis de instante en instante, política, psicológica y económicamente. Hay una presión intensa todo el tiempo y, ¿no es éste el momento indicado para descubrir? ¿No nos encontramos, acaso, en un momento así? Si dicen: "Yo no estoy en crisis, sólo me siento a contemplar la vida", eso no es sino eludir la cuestión, ¿no es cierto? ¿Se halla en esa situación alguno de nosotros? Por cierto, eso no es real para ninguna persona. Tenemos una crisis tras otra, pero nos hemos vuelto insensibles, impenetrables, indiferentes; y nuestra dificultad consiste en que no sabemos cómo enfrentarnos a las crisis. ¿Hemos de enfrentarnos a ellas con ansiedad, o las investigaremos y, de tal modo, descubriremos la verdad al respecto? La mayoría de nosotros, al encarar una crisis, lo hace con ansiedad; al sentirnos fatigados, decimos: "¿Tendría usted la bondad de resolver este problema?". Cuando conversamos, estamos esperando una respuesta, no la comprensión del problema. De igual modo, al discutir el problema de la reencarnación, el problema de si hay o no hay continuidad, qué entendemos por continuidad, qué entendemos por muerte... para comprender un problema semejante —el de la continuidad o no continuidad—, no debemos buscar una respuesta alejada del problema. Tenemos que comprender el problema en sí, cosa que discutiremos en otra reunión, porque hoy nuestro tiempo está a punto de agotarse.

Lo que planteo es que debe existir la confianza en nosotros mismos, y ya he explicado suficientemente lo que entiendo por confianza en uno mismo. No es la confianza que adquirimos mediante la capacidad técnica, el conocimiento técnico, la ejercitación técnica. La confianza que adviene con el conocimiento propio es por completo diferente de la confianza producto de la agresividad o de la destreza técnica; una confianza nacida del conocimiento propio es esencial para disipar la confusión en que vivimos. Obviamente, otra persona no puede darnos este conocimiento propio, porque lo que otro puede darnos es mera técnica. Esa confianza creativa en la que existe el júbilo del descubrimiento, la dicha de la comprensión, puede surgir únicamente cuando me comprendo a mí mismo, todo el proceso de mí mismo; y el comprendernos a nosotros mismos no es un asunto muy complejo, uno puede empezar en cualquier nivel de conciencia. Pero, como dije el domingo anterior, para tener esa confianza, debe existir la intención de conocernos. Si tengo esa intención, no soy persuadido con facilidad, deseo conocer todo lo que me rodea y, por eso, estoy abierto a todas las insinuaciones que me conciernen, ya sea que provengan de otra persona o de mi propia interioridad consciente e inconsciente, abierto a todos los pensamientos y sentimientos que se mueven sin cesar, apremiando, apareciendo y desvaneciéndose dentro de mí.

Ése es, por cierto, el modo de tener esta confianza: conocerse a sí mismo por completo, sea uno lo que fuere, y no perseguir un ideal de lo que uno debería ser ni suponer que uno es esto o aquello, lo cual es realmente absurdo. Es absurdo, porque entonces uno está tan sólo aceptando una idea preconcebida, ya sea propia o ajena, de lo que uno es o le agradaría ser. Para comprender-

se a sí mismo tal como es, usted debe estar voluntariamente abierto, debe ser espontáneamente vulnerable a todas sus insinuaciones internas; y, a medida que empiece a comprender el flujo, el movimiento veloz de su propia mente, verá que la confianza emana de esa comprensión. No es la confianza agresiva, brutal, dogmática, sino la confianza de saber qué ocurre dentro de uno mismo. Sin esa confianza, es imposible disipar la confusión, y sin disipar nuestra confusión interna y la que nos rodea, ¿cómo podemos descubrir la verdad acerca de cualquier relación?

En consecuencia, para averiguar qué es verdadero o cuál es el propósito de la vida, o para descubrir la verdad acerca de la reencarnación o de cualquier problema humano, el investigador que exige la verdad, que necesita conocer la verdad, debe ser muy claro con respecto a sus intenciones. Si su intención es la de buscar seguridad, consuelo, entonces no desea la verdad, es obvio, porque la verdad podría ser una de las cosas más devastadoras y desconcertantes. El hombre que busca consuelo no desea la verdad; sólo desea estar seguro, a salvo, desea un refugio donde no se lo perturbe. Pero aquél que busca la verdad, debe invitar a las perturbaciones y aflicciones que pudieran sobrevenir, porque sólo en momentos de crisis hay un estado de alerta, de vigilancia, de acción. Sólo entonces descubrimos y comprendemos *lo que es*.

18 de julio de 1948

CUARTA PLÁTICA EN BANGALORE

Como estuve diciendo la última vez que nos reunimos, los problemas del mundo son tan colosales, tan complejos que, para comprenderlos y resolverlos, es preciso abordarlos de una manera muy simple y directa; y lo simple y directo no depende de circunstancias externas ni de nuestros prejuicios y humores personales. Como lo he señalado, la solución no van a encontrarla por medio de conferencias o proyectos, ni mediante la sustitución de viejos líderes por otros nuevos, etc. La solución se encuentra, evidentemente, en el creador del problema, en el generador del daño, del odio y de la discordia que existen entre los seres humanos. El creador de todos estos problemas es el individuo, somos cada uno de nosotros, no el mundo tal como lo concebimos. El mundo es la relación de uno con el otro; no es algo separado de ustedes y de mí. El mundo, la sociedad, es la relación que establecemos o procuramos establecer los unos con los otros.

Así, pues, el problema somos cada uno de nosotros, no el mundo, porque el mundo es la proyección de nosotros mismos y, para comprender el mundo, tenemos que comprendernos a nosotros. El mundo no está separado de nosotros; *somos* el mundo, y nuestros problemas son los problemas del mundo. Esto no puede ser repetido con demasiada frecuencia, pero somos de mentali-

dad tan indolente, que tendemos a pensar que los problemas del mundo no son asunto nuestro, que deben ser resueltos por las Naciones Unidas o sustituyendo viejos líderes por nuevos. Es una mentalidad muy torpe la que piensa de ese modo, porque somos nosotros los responsables por esta desdicha y confusión que existen en el mundo, por esta guerra que nos amenaza. Para transformar el mundo debemos empezar con nosotros mismos y, como dije, lo importante al empezar con nosotros mismos es la intención. La intención debe ser la de comprendernos y no dejar para otros la tarea de transformarse a sí mismos —o producir un cambio modificado mediante la revolución de izquierda o de derecha—. Es importante, pues, comprender que ésta es nuestra responsabilidad, de ustedes y mía, porque por pequeño que sea el mundo en que vivimos, si podemos transformarnos nosotros, dar origen a un punto de vista radicalmente distinto en nuestra existencia cotidiana, entonces, quizás, afectaremos de manera amplia al mundo, las extensas relaciones con los demás.

Como he dicho, pues, vamos a discutir y a descubrir el proceso de comprensión de nosotros mismos, que no es un proceso aislador. No consiste en retirarnos del mundo, porque no podemos vivir en aislamiento. Ser es estar relacionados, y no hay tal cosa como vivir en aislamiento. La falta de una relación genuina trae consigo conflictos, desdicha y lucha; por pequeño que sea nuestro mundo, si podemos transformar nuestra relación en ese reducido mundo, ello será como una onda extendiéndose hacia afuera todo el tiempo. Creo que es importante ver ese punto: que el mundo es nuestra relación, por reducida que sea, y que si podemos originar una transformación allí —no una transformación superficial sino profunda—, comenzaremos a transformar activamente el mundo. La verdadera revolución no lo es conforme a ningún modelo en particular, ya sea de la izquierda o de la derecha, sino que es una revolución de valores, una revolución desde los valores sensorios a los valores no sensorios ni creados por influencias ambientales. Para descubrir estos valores genuinos que darán origen a una revolución radical, a una transformación o regeneración, es esencial que uno se comprenda a sí mismo.

El conocimiento propio es el principio de la sabiduría y, por ende, el principio de la transformación o regeneración. Para que uno se comprenda a sí mismo, tiene que existir la intención de comprender, y ahí es donde aparece nuestra dificultad. Porque, si bien casi todos estamos descontentos, deseamos producir un cambio súbito; nuestro descontento se canaliza meramente para alcanzar cierto resultado; estando descontentos, o bien buscamos un trabajo diferente, o sucumbimos ante el medio. Así, el descontento, en vez de hacernos arder instándonos a cuestionar la vida que vivimos —todo el proceso de la existencia—, se canaliza y, de tal modo, nos volvemos mediocres, perdemos el impulso, la intensidad necesaria para descubrir el significado total de la existencia. Por lo tanto, es indispensable descubrir estas cosas por nosotros mismos, porque el conocimiento propio no puede dárnoslo nadie, no podemos encontrarlo en ningún libro. Debemos descubrir, y para descubrir tiene que haber intención, búsqueda, investigación. Mientras esa intención de descubrir, de

investigar profundamente, sea débil o no exista, la mera aseveración o un fortuito deseo de comprendernos a nosotros mismos, tiene muy escasa significación.

La transformación del mundo se origina, pues, en la transformación de uno mismo, porque uno mismo es producto y parte del proceso total de la existencia humana. El conocimiento propio es esencial para transformarnos a nosotros mismos, porque sin conocer lo que somos, no hay base para el recto pensar ni puede haber transformación alguna. Uno debe conocerse a sí mismo tal como es, no como quisiera ser, lo cual es un ideal y, por lo tanto, ficticio, carente de realidad; sólo aquello *que es* puede ser transformado, no aquello que uno *desea ser.* Conocernos tal como somos requiere un alerta extraordinario de la mente, porque *lo que es* experimenta cambios constantes y, para poder seguirlos con rapidez, la mente no debe estar atada a ningún dogma, a ninguna creencia, a ningún modelo particular de acción. Si uno quiere seguir algo, no es bueno que esté atado. Así, para conocernos a nosotros mismos, nuestra mente debe hallarse en un estado de percepción alerta, libre de toda creencia, de toda idealización, porque las creencias y los ideales no hacen sino colorear y pervertir la verdadera percepción. Si ustedes quieren saber lo que son, no pueden imaginar o creer en algo que no son. Si soy codicioso, envidioso, violento, de poco vale que tenga un mero ideal de no codicia, de no violencia. Pero el saber que uno es codicioso o violento, el saberlo y comprenderlo, exige una percepción extraordinaria, ¿no es así? Requiere honestidad, claridad de pensamiento. Mientras que, perseguir un ideal alejado de *lo que es,* constituye un escape; nos impide descubrir lo que somos y actuar directamente sobre ello.

La comprensión, sin distorsión alguna, de lo que somos, feos o hermosos, perversos, dañinos o lo que fuere, es el principio de la virtud. La virtud es esencial, porque nos brinda libertad. Sólo en la virtud podemos descubrir, vivir; no así en el cultivo de una virtud, el cual sólo produce respetabilidad, no libertad y comprensión. Hay una diferencia entre *ser* virtuoso y *volverse* virtuoso. El ser virtuoso surge gracias a la comprensión respecto de *lo que es,* mientras que el volverse virtuoso es postergación, es encubrir *lo que es,* con lo que uno desearía ser. Por lo tanto, al "volvernos" virtuosos estamos eludiendo actuar directamente sobre *lo que es.* Este proceso de eludir *lo que es* mediante el cultivo de un ideal, se considera virtuoso, pero si lo observan bien de cerca, directamente, verán que no es así en absoluto. Es tan sólo una manera de postergar nuestro enfrentamiento, cara a cara, con *lo que es.* La virtud no es el devenir de lo que no es: es la comprensión de *lo que es* y, en consecuencia, libertad con respecto a *lo que es.* Y la virtud es esencial en una sociedad que se desintegra rápidamente.

A fin de crear un mundo nuevo, una nueva estructura alejada de la antigua, tiene que haber libertad para descubrir; y eso sólo es posible cuando hay virtud, porque sin virtud no hay libertad. La persona inmoral, que lucha para volverse virtuosa; ¿puede conocer alguna vez la virtud? La persona que no es moral jamás puede ser libre; por consiguiente, jamás puede descubrir qué es la

realidad. La realidad puede ser descubierta únicamente comprendiendo *lo que es*, y en esa comprensión *tiene que haber libertad, libertad respecto del miedo a "lo que es"*.

La virtud, ¿es, entonces, una cuestión de tiempo? La comprensión de *lo que es*, comprensión que es virtud porque brinda libertad, liberación inmediata, ¿es un asunto de tiempo? ¿Son ustedes benévolos, generosos, afectuosos a través de un proceso de tiempo? O sea, ¿serán buenos pasado mañana? ¿Puede la bondad ser concebida desde el punto de vista del tiempo? Después de todo, el afecto, la piedad, la generosidad, son necesidades de la vida, son lo único que puede resolver todos nuestros problemas. La buena voluntad es esencial, y carecemos de ella, ¿no es cierto? Ni los políticos ni los líderes ni los seguidores tienen verdadera buena voluntad, la cual no es un ideal; y sin buena voluntad, sin esa extraordinaria madurez del ser, que da origen al afecto, no hay conferencias mundiales que puedan resolver nuestros problemas. De modo que ustedes, como los políticos y la inmensa mayoría de los seres humanos en todo el mundo, no son bondadosos, no tienen esa buena voluntad que es la única solución; y puesto que no la tienen, ¿es ella una mera cuestión de tiempo? ¿Tendrán buena voluntad mañana, la tendrán dentro de diez años? Si pensamos en función del tiempo, de llegar a ser bondadosos en el futuro, ¿no es ése un razonamiento erróneo? Si no somos buenos ahora, jamás lo seremos. Podremos pensar que, mediante una práctica, una disciplina gradual y todo eso, seremos buenos mañana, o dentro de diez años, pero mientras tanto seguimos siendo crueles. Y la benevolencia, la buena voluntad, el afecto, son lo único capaz de disolver los problemas inmediatos de la existencia; son el único remedio que pondrá fin al veneno del nacionalismo, del sistema comunal, son el único adhesivo que puede unirnos a los seres humanos.

Ahora bien, si la benevolencia, la piedad, no son un asunto de tiempo, ¿por qué no somos inmediata y directamente bondadosos? ¿Por qué no somos bondadosos *ahora mismo*? Si podemos comprender por qué no somos bondadosos, comprensión que es inmediata, seremos bondadosos instantáneamente; olvidaremos cuál es nuestra casta, olvidaremos nuestras diferencias basadas en la propiedad comunal, nuestras diferencias religiosas y nacionalistas, y seremos de inmediato buenos, generosos. En consecuencia, debemos comprender por qué no somos buenos, y no practicar pacientemente la bondad o meditar acerca de la generosidad, todo lo cual es absurdo. Pero si yo sé por qué soy cruel y, sabiéndolo, quiero ser bondadoso, entonces, debido a que mi intención es ser bondadoso, lo seré. Así, pues, otra vez importa enormemente la intención, pero la intención es inútil si no conozco la causa de mi crueldad. Por lo tanto, debo conocer todo el proceso de mi pensar, de mi actitud hacia la vida. Así, el estudio de mí mismo se torna tremendamente importante, pero el conocimiento propio no es un fin. Uno debe estudiarse más y más, pero no con una finalidad en vista, no para alcanzar un resultado, porque si buscamos un objetivo, un resultado, ponemos fin a la investigación, al descubrimiento, a la libertad. El conocimiento propio es la comprensión del proceso de uno mis-

mo, el proceso de la mente; es estar alerta a todas las intrincaciones pasionales y a sus actividades; y, a medida que uno se conoce de manera cada vez más profunda, amplia y extensiva, surge una libertad, una liberación con respecto a las complicaciones del miedo, el cual engendra creencias, dogmas, nacionalismo, castas, y todas las horribles cosas que la mente inventa para mantenerse aislada dentro de su miedo.

Y, cuando hay libertad, hay descubrimiento de aquello que es eterno. Sin esa libertad, el limitarse a preguntar qué es lo eterno, o leer libros acerca de lo eterno, carece de todo valor. Es como los niños que juegan con sus juguetes. La eternidad, la realidad, Dios, o como prefieran llamarlo, puede ser descubierto únicamente por uno mismo. Se revela cuando la mente está libre, no trabada por creencias, prejuicios, no atrapada en la red de las pasiones, de la mala voluntad, del espíritu mundano. Pero, una mente enredada en el nacionalismo o en creencias y rituales, está presa en sus propios deseos, en sus ambiciones y búsquedas, y es obvio que una mente así no puede comprender. No está preparada para recibir.

Sólo el descubrimiento de la verdad traerá consigo dicha; para que ese descubrimiento ocurra, tiene que haber comprensión de uno mismo. Para que nos comprendamos a nosotros mismos, debe existir la intención de comprender; con esa intención surge una mente inquisitiva, pasivamente alerta, sin condena, identificación ni justificación alguna, y una percepción alerta semejante origina una liberación inmediata con respecto al problema. Por consiguiente, toda nuestra búsqueda no lo es para encontrar la respuesta a un problema, sino para comprender el problema en sí. Y el problema no está fuera de uno, es uno mismo, uno *es* el problema. Para comprender el problema, para comprender al creador del problema, que soy yo mismo, debo descubrirme espontáneamente a mí mismo de día en día, tal como soy, porque sólo en el instante en que surgen mis respuestas, puedo comprenderlas. Pero, si disciplino mis respuestas ajustándolas a un determinado patrón, ya sea de la izquierda o de la derecha, o si sigo una particular regla de conducta, entonces no puedo descubrir mis propias respuestas. Experimenten con ello y encontrarán que descubren sus respuestas estando atentos a cada una de ellas a medida que van presentándose, viéndolas sin condenarlas ni justificarlas y siguiendo hasta el fin toda la implicación de cada respuesta. La libertad radica en liberarse de la respuesta, no en disciplinarla.

Así, pues, toda nuestra investigación en el propósito de la existencia, nuestro inquirir acerca de si la realidad existe o no, poco significa si no comprendemos a la mente, que somos nosotros mismos. El problema, que es tan inmenso, tan complejo e inmediato, reside en uno mismo, y nadie excepto uno mismo puede resolverlo, ningún gurú, ningún maestro, ningún salvador, ninguna coacción organizada. La organización externa siempre puede ser desbaratada, porque lo interno es mucho más fuerte que la estructura externa de la existencia humana. Sin comprender lo interno, tiene muy poco sentido limitarse a cambiar el modelo de lo externo. Para originar una reorganización per-

durable en las cosas externas, cada uno de nosotros debe comenzar consigo mismo; cuando existe esa transformación interna, lo externo puede ser transformado con inteligencia, compasión y extrema cautela.

Hay varias preguntas, y trataré de contestar tantas como sea posible esta tarde.

Pregunta: ¿Tiene usted un mensaje especial para la juventud?

KRISHNAMURTI: Señores ¿hay, acaso, una gran diferencia entre jóvenes y viejos? La juventud, los jóvenes, si son vitales, enérgicos, están llenos de ideas revolucionarias, llenos de descontento, ¿no es así? Tienen que estarlo, de lo contrario, ya están viejos. Por favor, esto es muy serio, de modo que no concuerden ni discrepen. Estamos considerando la vida; no estoy disertando desde el estrado para satisfacción de ustedes o para mi propia satisfacción.

Como decía, si los jóvenes no tienen ese descontento revolucionario, ya están viejos, y viejos son aquéllos que alguna vez estuvieron descontentos, pero que ahora han terminado por asentarse. Ellos quieren seguridad, permanencia, ya sea en sus empleos o en sus almas. Desean la certidumbre en las ideas, en las relaciones o en la propiedad. Si en ustedes, que son jóvenes, hay un espíritu de investigación que les hace desear la verdad acerca de todo, de cualquier acción política, ya sea de la derecha o de la izquierda, y si no están atados por la tradición, serán, entonces, los regeneradores del mundo, los creadores de una nueva civilización, de una nueva cultura. Pero, como el resto de nosotros, como la generación pasada, los jóvenes también anhelan seguridad, certidumbre. Necesitan empleos, necesitan alimento, ropa y vivienda; no quieren discrepar con sus padres, porque ello significa oponerse a la sociedad. En consecuencia, se alinean con los demás, aceptan la autoridad de los mayores. ¿Qué sucede, entonces? El descontento, que es la llama misma de la investigación, de la búsqueda, de la comprensión, ese descontento se torna mediocre, se convierte en el mero deseo de un trabajo mejor, de un matrimonio rico o de un título académico. Así, el descontento de los jóvenes se ve destruido, se vuelve tan sólo el anhelo de más seguridad.

Lo esencial, para viejos y para jóvenes, es vivir de una manera plena, completa. Pero ya lo ven, hay muy pocas personas en el mundo que quieran vivir con plenitud. Para vivir plenamente, tiene que haber libertad, no una aceptación de la autoridad, y la libertad es posible únicamente cuando hay virtud. La virtud no es imitación, es el vivir creativo. O sea, el estado creativo adviene con la libertad que trae consigo la virtud, y la virtud no puede cultivarse, no llega por obra de la práctica o al término de nuestra vida. O somos virtuosos y libres ahora, o no lo somos. Y para averiguar por qué no somos libres, es necesario que haya descontento, que tengamos la intención, el impulso, la energía para investigar; pero ustedes disipan esa energía sexualmente o vociferando consignas políticas, agitando banderas, o simplemente imitando, aprobando exámenes para obtener un empleo mejor.

Por lo tanto, el mundo se encuentra en tal desdicha debido a que no existe esa creatividad. Para que haya un vivir creativo, no puede haber mera imitación, seguimiento ya sea de Marx, de la Biblia o del Bhagavad Gita. El estado creativo adviene con la libertad, y la libertad es posible sólo cuando hay virtud, y la virtud no es el resultado del proceso del tiempo. Llega cuando empezamos a comprender *lo que es* en nuestra existencia diaria. Por lo tanto, la división entre viejos y jóvenes es, para mí, más bien absurda. Señores, la madurez no es una cuestión de edad. Aunque casi todos nosotros somos personas mayores, somos infantiles, tenemos miedo de lo que piensa la sociedad, tememos al pasado. Los que son viejos buscan permanencia, garantía de bienestar, y también los jóvenes desean seguridad. De modo que no hay una diferencia esencial entre los viejos y los jóvenes. Como dije, la madurez no radica en la edad. Llega con la comprensión, y no hay comprensión en tanto estemos escapando del conflicto, del sufrimiento; y escapamos del sufrimiento cuando buscamos consuelo, cuando vamos en pos de un ideal. Pero, cuando somos jóvenes es cuando realmente investigamos, y lo hacemos con ardor, con un propósito intenso. A medida que envejecemos, la vida llega a ser demasiado para nosotros, nos embotamos más y más. Desperdiciamos inútilmente nuestras energías. Conservar esa energía para propósitos de investigación, para descubrir la realidad, requiere muchísima educación, no la mera conformidad a un modelo de conducta; eso no es educación. No es educación el mero aprobar exámenes. Un tonto puede aprobar exámenes, sólo necesita cierto tipo de mente. Pero investigar a fondo y descubrir qué es la vida, comprender toda la base de la existencia, exige una mente muy alerta, aguda y flexible. Pero la mente pierde su flexibilidad cuando es forzada a amoldarse, y toda la estructura de la sociedad se basa en la coacción. Por sutil que sea tal coacción, a través de ella la comprensión resulta imposible.

Pregunta: La confianza que usted tiene en sí mismo, ¿nace de su propia liberación con respecto al miedo, o se debe a su convicción de que se halla sólidamente respaldado por grandes seres como Buda y Cristo?

KRISHNAMURTI: Señores, en primer lugar, ¿cómo nace la confianza? Hay dos tipos de confianza. Está la que llega mediante la adquisición de conocimiento técnico. Un mecánico, un ingeniero, un físico, un violinista que conoce a fondo el instrumento, tienen confianza, porque han estudiado o practicado durante un número de años y han adquirido una técnica. Eso otorga un tipo de confianza, una confianza puramente superficial, técnica. Pero hay otro tipo de confianza que proviene del conocimiento propio, de conocerse uno por completo a sí mismo, tanto en lo consciente como en lo inconsciente, tanto la mente oculta como la manifiesta. Yo sostengo que es posible conocerse a sí mismo completamente, y entonces existe una confianza que no es agresiva, autoafirmativa, astuta, ni es esa confianza que aparece con el logro de algo; es la confianza de ver las cosas sin distorsión alguna, tal como son de instante en

instante. Tal confianza nace naturalmente cuando el pensamiento no se basa en la realización, el engrandecimiento o la salvación personal, y cuando cada cosa revela su verdadero significado. Entonces uno está respaldado por la sabiduría, ya sea de Buda o de Cristo. Esa sabiduría, esa confianza, esa extraordinaria y veloz flexibilidad de la mente, no es para unos pocos exclusivos. *La comprensión no tiene jerarquías.* Cuando usted comprende un problema de relación, ya sea con objetos físicos, con ideas o con su prójimo, esa comprensión lo libera de todo sentido de tiempo, de posición social, de autoridad. Por lo tanto, no existe la separación de Maestro y discípulo, del gurú que se sienta en un estrado y ustedes que se sientan allá abajo. Señores, esa confianza es amor, afecto; cuando uno ama a alguien, no hay diferencia, no hay arriba ni abajo. Cuando hay amor, cuando existe esta llama extraordinaria, ella misma es su propia eternidad.

Pregunta: ¿Podemos dar con lo real a través de la belleza? ¿O, en lo que a la verdad concierne, la belleza es estéril?

KRISHNAMURTI: Bien, ¿qué entendemos por belleza y qué entendemos por verdad? Ciertamente, la belleza no es un ornamento; la mera decoración de un cuerpo no es belleza. Todos queremos ser bellos, todos queremos tener buena presencia, pero eso no es lo que entendemos por belleza. Ser pulcros, aseados, limpios, corteses, considerados, etc., forma parte de la belleza, ¿no es así? Pero éstas son tan sólo expresiones de un estado interno exento de fealdad. Ahora bien, ¿qué está sucediendo en el mundo? Todos los días, más y más, estamos decorando lo externo. Las estrellas de cine, y ustedes que las copian, se conservan hermosas exteriormente, pero si no tienen nada adentro, la decoración externa, la ornamentación, no es belleza. Señores, ¿no conocen ustedes ese estado interno del ser, esa serenidad interna en la que hay amor, amabilidad, generosidad, compasión? Ese estado del ser es, obviamente, la esencia misma de la belleza; sin eso, el mero adornarnos a nosotros mismos es acentuar los valores sensorios; y cultivar los valores de los sentidos, como ahora lo estamos haciendo, debe conducir, inevitablemente, al conflicto, a la guerra, a la destrucción.

La decoración de lo externo es la naturaleza misma de nuestra civilización actual, basada en la industrialización. No es que yo esté en contra de la industrialización; sería absurdo destruir las industrias. Pero si nos limitamos a cultivar lo externo sin comprender lo interno, es inevitable que demos origen a esos valores que llevan a los hombres a destruirse unos a otros; y eso es, exactamente, lo que sucede en el mundo. La belleza es considerada un ornamento que puede comprarse y venderse, pintarse, etc. Eso, por cierto, no es belleza. La belleza es un estado del ser, y ese estado del ser adviene con la riqueza interior, que no es la acumulación interna de riquezas que llamamos virtudes, ideales. Eso no es belleza. La riqueza, la belleza interior con sus propios tesoros imperecederos, adviene cuando la mente está libre, y la mente puede estar

libre sólo cuando no hay miedo. La comprensión respecto del miedo llega a través del conocimiento propio, no de ofrecer resistencia al miedo. Si ustedes se resisten al miedo, es decir, a cualquier forma de fealdad, lo único que hacen es levantar un muro contra ello. Detrás del muro no hay libertad, sólo hay aislamiento, y lo que vive en aislamiento jamás puede ser interiormente rico, jamás puede ser pleno. De modo que la belleza se relaciona con la realidad únicamente cuando la realidad se manifiesta por medio de aquellas virtudes que son esenciales.

Ahora bien, ¿qué entendemos por verdad, o Dios, o como quieran llamarlo? Evidentemente, eso no puede ser formulado, porque lo que puede formularse no es lo real, es una creación de la mente, el resultado de un proceso de pensamiento; y el pensamiento es la respuesta de la memoria. La memoria es el residuo de las experiencias incompletas; por lo tanto, la verdad, o Dios, es lo desconocido y no puede formularse. Porque, para que lo desconocido sea, la mente misma debe dejar de estar atada a lo conocido; entonces sí, hay relación entre la belleza y la realidad, entonces la realidad y la belleza no son diferentes, entonces la verdad es belleza, ya sea en una sonrisa, en el vuelo de un pájaro, en el llanto de una criatura, o en la ira de nuestra esposa o de nuestro esposo. Es bueno conocer la verdad de *lo que es*, pero para conocer la belleza de esa verdad, la mente debe ser capaz de comprender, y la mente no puede comprender cuando se halla amarrada, cuando tiene miedo, cuando está eludiendo algo. Esta actitud de eludir adopta la forma de la ornamentación, de la decoración externa; siendo internamente insuficientes, pobres, procuramos ser hermosos exteriormente. Construimos casas magníficas, compramos muchísimas joyas, acumulamos posesiones. Todas estas cosas son indicaciones de pobreza interior. No es que no debamos tener bellos saris, buenas casas, pero sin riqueza interior ellas no tienen ningún sentido. Debido a que no somos ricos interiormente, cultivamos lo externo; en consecuencia, el cultivo de lo externo está conduciéndonos a la destrucción. Es decir, cuando cultivamos los valores sensorios, es necesaria la expansión, son necesarios los mercados; tenemos que expandirnos por medio de la industria, y la expansión competitiva de la industria significa más y más controles que, ya sean de la derecha o de la izquierda, conducen inevitablemente a la guerra; y tratamos de resolver los problemas de la guerra a base de valores sensorios.

Aquél que busca la verdad es aquél que busca la belleza; no son distintos. La belleza no es la mera ornamentación exterior, sino esa riqueza que llega gracias a la libertad de la comprensión interna, cuando nos damos cuenta lúcidamente de *lo que es*.

Pregunta: ¿Por qué critica usted a la religión, que contiene, evidentemente, granos de verdad? ¿Por qué tirar al bebé junto con el agua del baño? ¿Acaso no es necesario reconocer la verdad dondequiera que se encuentre?

KRISHNAMURTI: Señores, ¿qué entienden ustedes por religión? El dogma organizado, la creencia, los rituales, la adoración de una persona, por grande que sea, el recitar oraciones, repetir *shastras*, citar la Biblia... ¿es religión todo eso? ¿O la religión es la búsqueda de la verdad, de Dios? ¿Pueden encontrar a Dios por medio de la creencia organizada, o llamándose hindúes y siguiendo todos los rituales del hinduismo o de algún otro "ismo"? Lo que yo critico no es, por cierto, la religión ni la búsqueda de la realidad, sino la creencia organizada con sus dogmas y sus fuerzas e influencias separativas. Nosotros no buscamos la realidad, sino que estamos atrapados en la red de las creencias organizadas, de los ceremoniales repetitivos; ustedes ya conocen todo eso. Y es eso lo que yo llamo insensatez, porque son narcóticos que distraen la mente alejándola de la verdadera búsqueda; ofrecen escapes y, de tal modo, tornan a la mente torpe, ineficaz.

De modo que nuestras mentes se hallan atrapadas en la red de las creencias organizadas con su sistema de autoridades, sacerdotes y gurúes, todo lo cual es engendrado por el miedo y por el deseo de certidumbre; y, como estamos atrapados en esa red, es obvio que no podemos limitarnos a aceptar; debemos investigar, mirar las cosas y experimentar de manera directa, ver en qué estamos atrapados y por qué lo estamos. Debido a que mi bisabuelo practicó cierto ritual, o porque mi madre llorará si no lo practico, me veo obligado a practicarlo. Un hombre así depende, psicológicamente, de otros y, en consecuencia, es temeroso e incapaz de descubrir qué es la verdad. Puede hablar de ella, puede repetir innumerables veces el nombre de Dios, pero con eso no logra nada, no da con la realidad. La realidad lo rehuirá, porque está encajonado en sus propios prejuicios y temores.

Ustedes son los responsables por esta religión organizada, ya sea en Oriente o en Occidente, la cual, estando basada en la autoridad, ha separado a los seres humanos. ¿Por qué necesitan ustedes la autoridad, la autoridad del pasado o del presente? La necesitan porque están confusos, se debaten en la pena, en la ansiedad, se sienten solos y están sufriendo. Por eso anhelan una ayuda externa, y así crean la autoridad, política o religiosa; habiendo creado esa autoridad, siguen sus directivas, confiando en que quedarán eliminadas la confusión, la ansiedad, la pena que llevan en sus corazones. ¿Puede otra persona eliminar nuestras propias penas, nuestros sufrimientos? Otros pueden ayudarnos a escapar del dolor, pero el dolor está siempre ahí.

Son, pues, ustedes quienes crean la autoridad y, habiendo creado la autoridad, se convierten en sus esclavos. La creencia es un producto de la autoridad, y como ustedes desean escapar de la confusión, quedan atrapados en la creencia y, por ende, continúan en la confusión. Sus líderes son el resultado de la confusión de ustedes; en consecuencia, también tienen que estar confundidos. Si ustedes tuvieran claridad, si no estuvieran confundidos, jamás seguirían a nadie y experimentarían de manera directa. La confusión en que se hallan les impide la experiencia directa. Desde esa confusión crean al líder, crean la religión organizada, el culto separativo, que dan origen a la lucha que hoy en

día se desarrolla en el mundo. En la India, adopta la forma de conflictos comunales entre musulmanes e hindúes; en Europa, son los comunistas contra los derechistas, y así sucesivamente. Si lo examinan con cuidado, si lo analizan, verán que todo ello se basa en la autoridad; una persona dice esto y otra persona dice aquello, y la autoridad es creada por usted y por mí, porque estamos confusos. Esto, desde el punto de vista verbal, puede sonar exageradamente simplificado, pero si lo investigan, no es simple, es extremadamente complejo.

Estando confusos, desean que se los saque de la confusión, lo cual indica que no comprenden el problema de la confusión, sólo están buscando un escape. Para comprender la confusión, debe uno comprender a la persona que genera la confusión, la cual es uno mismo; y si uno no se comprende a sí mismo, ¿de qué sirve seguir a alguien? Estando confusos, ¿piensan que encontrarán la verdad en alguna práctica, que la encontrarán en la religión organizada? Aunque puedan estudiar los Upanishads, el Gita, la Biblia, o cualquier otro libro, ¿creen que son capaces de leer la verdad que contienen, cuando ustedes mismos están confusos? Traducirán lo que lean, y lo harán de acuerdo con la propia confusión, con sus agrados y desagrados, sus prejuicios, su condicionamiento. No entrarán, por cierto, en contacto con la realidad. Dar con la verdad, señor, es comprenderse a sí mismo. La verdad viene a usted, usted no tiene que ir hacia la verdad; y ésa es la belleza de ello. Si usted va hacia la verdad, aquello que aborda es proyectado por usted mismo; por lo tanto, no es la verdad. Eso se convierte en un mero proceso de autohipnosis, como lo es la religión organizada. Para dar con la verdad, para que la verdad venga a uno, es preciso que uno vea muy claramente sus propios prejuicios, sus opiniones, ideas y conclusiones; y esa claridad llega gracias a la libertad, que es virtud. Para la mente virtuosa, la verdad se encuentra en todas partes. Entonces, uno no pertenece a ninguna religión organizada, entonces es libre.

Así, pues, la verdad se revela cuando la mente es capaz de recibirla, cuando el corazón se ha vaciado de las cosas de la mente. En la actualidad, nuestros corazones están llenos de cosas de la mente, y cuando el corazón se libera de la mente, se torna receptivo, sensible a la realidad.

Pregunta: Algunos de nosotros que lo hemos escuchado durante muchos años, concordamos, quizá sólo verbalmente con lo que usted dice. Pero de hecho, en la vida cotidiana, estamos embotados y no existe el vivir de instante en instante del que usted habla. ¿Por qué hay una brecha tan enorme entre el pensamiento, o más bien las palabras, y la acción?

KRISHNAMURTI: Creo que confundimos la valoración verbal de algo, con la verdadera comprensión. Verbalmente, nos comprendemos el uno al otro, entendemos las palabras. Yo les comunico verbalmente ciertos pensamientos que tengo, ustedes permanecen en el nivel verbal y, desde ese nivel verbal, esperan actuar. Tienen que averiguar, pues, si la valoración verbal genera comprensión, acción. Por ejemplo, cuando digo que la buena voluntad, el afecto, el

amor son la única solución, la única manera de salir de este desorden, ustedes entienden eso verbalmente y, si son algo reflexivos, es probable que estén de acuerdo. Entonces, ¿por qué no actúan? Por la muy sencilla razón de que la respuesta verbal se identifica con la respuesta intelectual. O sea, intelectualmente piensan que han captado la idea, por lo cual, entre la acción y la idea existe una división. Por eso, el cultivo de las ideas genera, no comprensión, sino mera oposición, ideas contrarias; y, aunque tales ideas contrarias puedan producir una revolución, ésta no significará una verdadera transformación del individuo y, por ende, de la sociedad.

No sé si me expreso claramente sobre este punto. Si nos detenemos en el nivel verbal, producimos tan sólo ideas, porque las palabras son cosas de la mente. Las palabras son sensorias, y si permanecemos en el nivel verbal, las palabras sólo pueden crear ideas y valores sensorios. Es decir, un conjunto de ideas crea ideas opuestas, las que producen una acción, pero ésta no es sino una reacción, la respuesta a una idea. Casi todos vivimos tan sólo verbalmente, nos alimentamos de palabras; el Bhagavad Gita dice esto, los Puranas dicen aquello, o Marx dice esto y Einstein dice eso otro. Las palabras pueden producir únicamente ideas, y las ideas jamás darán origen a la acción; por eso tenemos esta brecha entre la comprensión verbal y la acción.

Ahora bien, el interlocutor quiere saber cómo se construye el puente entre la palabra y la acción. Yo digo que no es posible, que no podemos llenar el vacío que existe entre la palabra y la acción. Por favor, vean la importancia de esto, que las palabras jamás pueden producir acción. Sólo pueden producir una respuesta, una acción contraria o reacción y, por ende, una reacción ulterior, como una onda; y en esa onda están ustedes atrapados. La acción, en cambio, es algo por completo diferente, no es una reacción. Así pues, ustedes no pueden llenar la brecha entre la palabra y la acción. Tienen que abandonar la palabra, y entonces actuarán. Nuestra dificultad reside, entonces, en cómo abandonar la palabra, es decir, en cómo actuar sin reacción. ¿Entienden? Porque en tanto se alimenten de palabras, están obligados a reaccionar; por consiguiente, tienen que vaciarse de las palabras, lo cual implica vaciarse de toda imitación. Las palabras son imitación; vivir en el nivel verbal es vivir en la imitación, y dado que nuestra vida se basa en la imitación, en copiar, es natural que nos hayamos tornado incapaces de actuar. En consecuencia, tienen que investigar los diversos modelos que les hacen copiar, imitar, vivir en el nivel verbal; y, a medida que comiencen a desenmarañarlos, encontrarán que actúan sin reacción.

Señor, el amor no es una palabra, la palabra no es la cosa, ¿verdad? Dios no es la palabra *Dios*, el amor no es la palabra *amor*. Pero la palabra los satisface, porque les brinda una sensación. Cuando alguien dice "Dios", se sienten afectados en lo psicológico o nerviosos, y a esa respuesta la llaman comprensión acerca de Dios. Así que la palabra influye en sus nervios y sentidos, produciendo cierta acción. Pero la palabra no es la cosa, la palabra *Dios* no es Dios; ustedes han sido alimentados de palabras, de respuestas sensorias, ner-

viosas. Vean, por favor, la importancia de esto. ¿Cómo pueden actuar si se han alimentado de palabras vacías? Porque las palabras están vacías, ¿no es así? Sólo pueden producir una respuesta nerviosa, pero eso no es acción. La acción puede tener lugar únicamente cuando no hay respuesta imitativa, lo cual implica que la mente debe investigar todo el proceso de la vida verbal. Por ejemplo, algún líder político o religioso hace una declaración y, sin pensarlo, ustedes dicen que están de acuerdo, y entonces agitan una bandera, pelean por la India o por Alemania. Pero no han examinado lo que se dijo, y puesto que no lo han examinado, lo que hacen es tan sólo reaccionar, y entre la reacción y la acción no puede haber relación alguna. La mayoría de nosotros está condicionada para la reacción, de modo que deben ustedes descubrir las causas de este condicionamiento; y, a medida que la mente empiece a liberarse del condicionamiento, descubrirán que hay acción. Tal acción no es reacción; ella tiene su propia vitalidad, su propia eternidad.

La dificultad con todos nosotros consiste, pues, en que queremos tender un puente donde es imposible tenderlo, queremos servir tanto a Dios como a Mammón. Queremos vivir en el plano verbal y, no obstante, actuar. Ambas cosas son incompatibles. Todos conocemos la reacción, pero muy pocos de nosotros conocen la acción, porque la acción llega sólo cuando comprendemos que la palabra no es la cosa. Cuando comprendemos eso, podemos ir más a lo profundo; podemos empezar a descubrir en nosotros mismos todos los temores, las imitaciones, los escapes y las autoridades. Pero eso significa que debemos vivir muy peligrosamente, y muy pocos desean vivir en un estado de revolución perpetua. Lo que queremos es un rincón apartado y tranquilo, un refugio donde podamos establecernos y sentirnos cómodos emocional, física o psicológicamente. Tal como no hay relación entre un hombre perezoso y uno muy activo, así no hay relación alguna entre la palabra y la acción; pero, una vez que comprendemos eso y vemos todo lo que significa, entonces hay acción. Una acción así nos conduce a la realidad, sin duda alguna; es el campo en el que la realidad puede operar. Entonces no tenemos que buscar la realidad; se manifiesta directamente, de manera misteriosa, silenciosa y furtiva. Y bienaventurada es la mente capaz de recibir la realidad.

25 de julio de 1948

QUINTA PLÁTICA EN BANGALORE

En las dos últimas pláticas estuvimos considerando la importancia de la acción individual, que no es opuesta a la acción colectiva. El individuo es el mundo; es tanto la causa como el resultado del proceso total, y sin la transformación del individuo no puede haber una transformación radical en el mundo. Por lo tanto, lo importante no es la acción individual como opuesta a la

acción colectiva, sino darnos cuenta de que la genuina acción colectiva puede tener lugar únicamente por obra de la regeneración individual. Es indispensable comprender la acción individual, que no se opone a lo colectivo. Porque, después de todo, el individuo —uno mismo y su prójimo— forma parte de un proceso total; el individuo no es un proceso separado, aislado. Ustedes, a fin de cuentas, son el producto de la humanidad total, aunque puedan estar condicionados por el clima, la religión, la sociedad. Son el proceso total del hombre; por consiguiente, cuando uno se comprende a sí mismo como un proceso total —no como un proceso separado opuesto a la masa, a lo colectivo—, gracias a esa comprensión acerca de uno mismo, puede haber una transformación radical. De eso estuvimos hablando las dos últimas veces que nos reunimos.

Ahora bien, ¿qué entendemos por acción? Obviamente, la acción implica el modo como nos conducimos en relación con algo. La acción no existe por sí misma; sólo puede existir en relación con una idea, una persona o una cosa. Y es preciso que comprendamos la acción, porque el mundo actual está clamando por alguna clase de acción. Todos queremos actuar, todos deseamos saber qué debemos hacer, especialmente cuando el mundo se halla en semejante confusión, caos y desdicha, cuando hay guerras que nos amenazan, cuando las ideologías se oponen unas a otras con tanta fuerza destructiva, y las organizaciones religiosas incitan a los hombres a que peleen entre sí. Debemos saber, pues, qué entendemos por acción, y comprendiendo eso, tal vez seamos capaces de actuar rectamente.

Para comprender qué entendemos por acción —la cual es conducta, y la conducta es rectitud—, debemos abordarla desde un punto de vista negativo. Es decir, todo enfoque positivo de un problema debe, por fuerza, estar de acuerdo con un determinado modelo, y la acción conforme a un modelo deja de ser acción; es tan sólo amoldamiento y, por lo tanto, no es acción. A fin de comprender la acción, o sea, la conducta, que es rectitud, debemos descubrir el modo de abordarla. En primer lugar, hemos de comprender que, cualquier enfoque positivo que trate de ajustar la acción a un modelo, a una conclusión previa, a una idea, ya no es más acción; es tan sólo la continuidad del modelo, del molde; por lo tanto, no es acción en absoluto. Para comprender, pues, la acción, debemos aproximarnos a ella negativamente, o sea, debemos comprender la falsedad que implica el proceso de una acción positiva. Porque, cuando conozcamos lo falso como falso y la verdad como verdad, entonces lo falso se irá desprendiendo y sabremos cómo actuar. Es decir, si yo sé qué es una acción falsa, incorrecta, la acción que es tan sólo una continuación del amoldamiento, entonces, al ver la falsedad de esa acción, sabré cómo actuar rectamente.

Es obvio que en nuestra existencia cotidiana, en nuestra estructura social, en nuestra vida política y religiosa, necesitamos una transformación radical de valores, una completa revolución. Sin tratar con minuciosidad el asunto, creo que la necesidad de un cambio es evidente —o, más bien, no de un cambio, que implica una continuidad modificada, sino de una transformación—. Tiene que haber una transformación, una revolución completa en lo político,

social y religioso, en nuestras relaciones mutuas, en todas las fases de la vida. Porque las cosas no pueden seguir como están, lo cual es evidente por sí mismo para toda persona reflexiva, alerta, que observa los acontecimientos mundiales.

Ahora bien, ¿cómo ha de producirse esta renovación completa en la acción? Eso es lo que estamos discutiendo. ¿Cómo puede tener lugar la acción que transforme, no con el correr del tiempo, sino ahora? ¿No es, acaso, lo que nos interesa? Porque hay muchísima infelicidad, tanto aquí en Bangalore como en cualquier otra parte del mundo; hay derrumbes económicos, suciedad, pobreza, desempleo, luchas comunales, etc., con la constante amenaza de una guerra en Europa. Debe haber, pues, un cambio completo de valores, ¿no es así? No teóricamente, porque la mera discusión en el nivel verbal es inútil, no tiene sentido. Es como discutir sobre comida frente a un hombre hambriento. Así, pues, no nos limitaremos a discutir verbalmente, y les ruego que no sean como espectadores ante un juego deportivo. Experimentemos, ustedes y yo, aquello de que estamos hablando, porque si existe el experimentar, entonces quizá comprenderemos cómo actuar, y esto afectará nuestras vidas y, por ende, traerá consigo una transformación radical. Así que, por favor, no sean como los espectadores de un partido de fútbol. Ustedes y yo vamos a emprender juntos un viaje en el entendimiento de esta cosa llamada acción, porque eso es lo que nos concierne en nuestra vida cotidiana. Si podemos comprender la acción en el sentido fundamental de la palabra, entonces, esa comprensión fundamental afectará también nuestras actividades superficiales, pero primero debemos comprender la naturaleza fundamental de la acción.

Y bien, la acción ¿se origina en una idea? ¿Tienen ustedes primero una idea y después actúan? ¿O la acción viene primero y entonces, debido a que la acción genera conflicto, uno elabora en torno de ella una idea? Es decir, ¿la acción crea al actor, o el actor viene primero? Esto no es una especulación filosófica, no se basa en los *shastras*, el Bhagavad Gita o cualquier otro libro. Nada de eso viene al caso. No citemos lo que dicen otras personas, porque, como yo no he leído ninguno de esos libros, ustedes ganarán. Estamos tratando de descubrir directamente si la acción viene primero y después la idea, o si la idea viene primero y la sigue la acción. Es muy importante descubrir qué viene primero. Si la idea viene primero, entonces la acción no hace sino amoldarse a una idea; por lo tanto, eso ya no es acción sino imitación, compulsión conforme a una idea. Es indispensable que nos demos cuenta de esto, porque como nuestra sociedad está mayormente edificada sobre el nivel intelectual o verbal, con todos nosotros sucede que la idea viene primero y le sigue la acción. La acción es, entonces, la sirvienta de una idea, y la mera elaboración de una idea es, evidentemente, perjudicial para la acción. O sea, las ideas engendran más ideas, y cuando no hacemos sino engendrar ideas, hay antagonismo y la sociedad se torna inestable con el proceso intelectual de la ideación. La estructura de nuestra sociedad es muy intelectual; cultivamos el intelecto a expensas de todo otro factor de nuestro ser y, debido a eso, estamos sofocados por las ideas.

Todo esto puede sonar más bien abstracto, académico, profesoral, pero no es así. Personalmente, le tengo horror a la discusión académica, a las especulaciones teóricas, porque no llevan a ninguna parte. Pero es muy importante que descubramos qué entendemos por una idea, porque el mundo se está dividiendo a base de ideas opuestas de la izquierda y de la derecha, las ideas de los comunistas que se oponen a las ideas de los capitalistas; y sin comprender todo el proceso de la ideación, es infantil limitarse a tomar partido, no tiene sentido alguno. Un ser humano maduro no toma partido; trata de resolver directamente los problemas del sufrimiento humano, del hambre, la guerra, etc. Tomamos partido únicamente cuando nos hallamos moldeados por el intelecto, cuya función es fabricar ideas. Es, pues, muy importante, ¿verdad?, descubrir por nosotros mismos, y no proceder conforme a lo que dicen Marx, los *shastras*, el Bhagavad Gita o cualquiera de ellos. Ustedes y yo tenemos que descubrir, porque el problema es nuestro; es nuestro problema de todos los días descubrir cuál es la solución verdadera para nuestra dolorida civilización.

Ahora bien, ¿pueden las ideas producir acción alguna vez, o tan sólo moldean el pensamiento y, por ende, limitan la acción? Cuando la acción es impuesta por una idea, la acción jamás puede liberar al hombre. Por favor, es extraordinariamente importante para nosotros que comprendamos este punto. Si una idea moldea la acción, entonces la acción jamás podrá producir la solución de nuestras desdichas, porque antes de que la idea pueda ser traducida a la acción, primero debemos descubrir cómo nace la idea. La investigación acerca de la elaboración de ideas, ya sean ideas de los socialistas, comunistas, capitalistas, o de las diversas religiones, es de máxima importancia, especialmente cuando nuestra sociedad se halla al borde de un precipicio, invitando a otra catástrofe, a otra dolorosa escisión; y aquéllos que son realmente serios en su intención de descubrir la solución humana a nuestros múltiples problemas, primero deben comprender este problema de la ideación. Como dije, esto no es académico; es la más práctica manera de abordar la vida humana. No es filosófica ni especulativa, porque eso sería pura pérdida de tiempo. Dejemos que los estudiantes universitarios discutan asuntos teóricos en sus asociaciones o en sus clubes.

Entonces, ¿qué entendemos por idea? ¿Cómo nace una idea? ¿Pueden originarse juntas la idea y la acción? Es decir, yo tengo una idea y deseo llevarla a la práctica, de modo que busco un método para realizar esa idea; y nosotros especulamos, desperdiciamos nuestro tiempo y nuestras energías, disputando sobre la manera en que la idea debería llevarse a cabo. En consecuencia, es realmente muy importe descubrir cómo nacen las ideas y, después de descubrir la verdad al respecto, podremos discutir el problema de la acción. Sin discutir las ideas, no tiene sentido limitarse a averiguar cómo debemos actuar.

Bueno, ¿cómo llegan ustedes a tener una idea? Una idea muy simple no necesita ser filosófica, religiosa o económica. Una idea es un proceso de pensamiento, ¿no es así? Es el resultado de un proceso de pensamiento. Sin un pro-

ceso de pensamiento no puede haber una idea. Por lo tanto, tengo que comprender el proceso del pensamiento mismo antes de que pueda comprender su producto, la idea. ¿Qué entendemos por pensamiento? ¿Cuándo piensan ustedes? El pensamiento es, sin duda, el resultado de una respuesta, neurológica o psicológica. Es la respuesta instantánea de los sentidos a una sensación, o es la respuesta psicológica de la memoria acumulada. Están, pues, la respuesta inmediata de los nervios a una sensación y la respuesta psicológica de la memoria acumulada —la influencia de la raza, del grupo, del gurú, de la familia, de la tradición, etc.—, a todo lo cual llamamos pensamiento. De modo que el proceso del pensamiento es la respuesta de la memoria, ¿no es así? Si no tuviéramos memoria no tendríamos pensamientos, y la respuesta de la memoria a cierta experiencia, pone en acción el proceso del pensamiento.

Digamos, por ejemplo, que tengo recuerdos acumulados en relación con el nacionalismo, y me considero un hindú. Ese depósito de recuerdos con respecto a respuestas, acciones, implicaciones, tradiciones, costumbres del pasado, es lo que responde al reto de un musulmán, un budista o un cristiano; y la respuesta de la memoria al reto, genera inevitablemente un proceso de pensamiento. Observen el proceso del pensamiento operando en ustedes, y podrán comprobar directamente la verdad de esto. Es así: alguien me ha insultado y eso permanece en mi memoria; forma parte del trasfondo, y cuando me encuentro con esa persona, lo cual constituye el reto, la respuesta es el recuerdo de ese insulto. De ese modo, la respuesta de la memoria, que es el proceso del pensamiento, origina una idea; por consiguiente, la idea está siempre condicionada, y esto es importante que se comprenda. O sea, la idea es el resultado de un proceso de pensamiento, ésta es la respuesta de la memoria, y la memoria está siempre condicionada. La memoria se halla siempre en el pasado, y cobra vida en el presente cuando se enfrenta a un reto; carece de vida propia. Y todo recuerdo, ya sea latente o activo, está condicionado, ¿no es así?

¿Qué es, entonces, la memoria? Si observan su propia memoria y cómo la acumulan, notarán que ella es, o bien factual, técnica —teniendo que ver con la información: ingeniería, matemáticas, física y todo eso— o es el resultado de una experiencia inacabada, incompleta. Observen su propia memoria y lo verán. Cuando terminan una experiencia, cuando la completan, no queda recuerdo de esa experiencia en el sentido de un residuo. El residuo existe sólo cuando una experiencia no es plenamente comprendida, y no hay tal comprensión de la experiencia, debido a que miramos cada experiencia a través de los recuerdos del pasado; por lo tanto, jamás nos enfrentamos a lo nuevo como nuevo, sino que lo hacemos siempre a través de la pantalla de lo viejo. Es evidente, pues, que nuestra respuesta a la experiencia se halla condicionada y es siempre limitada.

Vemos, entonces, que las experiencias no comprendidas por completo, dejan un residuo al que llamamos recuerdo. Ese recuerdo, ante el estímulo de un reto, da como resultado el pensamiento. El pensamiento genera la idea, y la idea da forma a la acción. Por consiguiente, la acción basada en una idea, nun-

ca puede ser libre y, en consecuencia, jamás podemos liberarnos por medio de una idea. Por favor, es muy importante que esto se comprenda. No estoy elaborando un argumento contra las ideas; pinto el cuadro de cómo las ideas jamás pueden dar origen a una revolución. Pueden producir modificaciones o introducir cambios en el estado presente de las cosas, pero eso no es revolución; sólo es una sustitución o una continuidad modificada. En tanto yo sea explotado, poco importa que lo sea por capitalistas privados o por el Estado, pero nosotros consideramos que la explotación por el Estado es mejor que la explotación por unos pocos. ¿Es mejor, acaso? No hablo de los que mandan. ¿Es, en alguna forma, mejor para el hombre explotado? Así, pues, la mera modificación no es revolución; es tan sólo la reacción a un determinado estado de cosas. Es decir, el sistema capitalista puede producir una reacción en la forma de comunismo, pero eso sigue estando en el mismo nivel. Es la continuidad modificada del capitalismo en una forma diferente. No estoy abogando ni por el capitalismo ni por el comunismo. Tratamos de averiguar qué entendemos por cambio, qué entendemos por revolución. Una idea jamás puede producir una revolución en el más profundo sentido de la palabra, en el sentido de una transformación completa. Una idea puede originar una continuidad modificada de *lo que es*, la cual, evidentemente, no constituye una revolución. Y lo que necesitamos es una revolución; no una sustitución sino una transformación completa.

Para dar origen a esa revolución, a esa transformación completa, primero debo comprender las ideas y cómo surgen. Si comprendo las ideas, si veo lo falso como falso, entonces puedo proceder a investigar qué entendemos por acción. Si el pensamiento crea la idea —o, si el pensamiento mismo, al adoptar la forma verbal, es lo que llamo idea— y si ese pensamiento está siempre condicionado, ya que es la respuesta de la memoria a un reto siempre nuevo, entonces una idea jamás puede producir una revolución, en el más profundo sentido de la palabra. Sin embargo, eso es lo que siempre tratamos de hacer: recurrimos a una idea para generar una transformación. Espero estar expresándome con claridad.

En esto consiste, pues, nuestro problema: Si no puedo acudir a una idea, que es un proceso del pensamiento, entonces, ¿cómo he de actuar? Por favor, antes de que pueda averiguar cómo actuar, debo estar completamente seguro de que la acción basada en una idea es absolutamente falsa; debo ver que las ideas moldean la acción, y que la acción moldeada por las ideas será siempre limitada. Por lo tanto, no hay liberación posible mediante la acción basada en una idea, una ideología o una creencia, porque tal acción es el resultado de un proceso de pensamiento, que no es sino la respuesta de la memoria. Ese proceso de pensamiento debe crear, inevitablemente, una idea que será condicionada, limitada, y una acción que se basa en una limitación semejante, jamás puede liberar al hombre. Si recurro a una acción así como un medio para alcanzar la libertad, es obvio que sólo podré continuar en un estado de condicionamiento. Por lo tanto, no puedo recurrir a una idea como guía para la acción. No

obstante, eso es lo que hacemos, porque estamos muy apegados a las ideas, ya sean nuestras propias ideas o las de otras personas.

Lo que ahora tenemos que hacer, entonces, es descubrir cómo actuar sin el proceso del pensamiento, lo cual suena bastante chiflado, pero ¿lo es? Vean simplemente nuestro problema, es muy interesante. Cuando vivo y actúo sin el proceso del pensamiento, el cual da origen a la idea que, a su vez, plasma la acción, no hay liberación posible. Ahora bien, ¿puedo actuar sin el proceso del pensamiento, que es memoria? Por favor, no nos confundamos; por memoria no entiendo la memoria factual. Sería absurdo hablar de desechar todo el conocimiento técnico —cómo construir una casa, fabricar una dínamo, un avión a chorro, cómo desintegrar el átomo, y así sucesivamente—; ese conocimiento lo ha adquirido el hombre a lo largo de siglos, generación tras generación. Pero ¿puedo vivir, actuar, relacionarme con otro, sin la respuesta psicológica de la memoria, la cual da como resultado la idea que, a su vez, controla la acción? Para muchos de nosotros esto puede sonar muy raro, ya que estamos acostumbrados a tener una idea primero y después amoldar la acción a la idea. Todas nuestras disciplinas, todas nuestras actividades se basan en esto: la idea primero, y después amoldamiento a la idea; y cuando yo les formulo esta pregunta no tienen respuesta, porque nunca han pensado siguiendo esta dirección. Como dije, a muchos de ustedes puede sonarles absurdo, pero si de veras examinan muy atenta y seriamente el proceso total de la vida —porque desean comprender y no simplemente lanzarse palabras el uno al otro—, entonces es inevitable que surja esta pregunta acerca de qué entendemos por acción.

Ahora bien, ¿la acción se basa realmente en la idea, o la acción viene primero y la idea después? Si observan con más detenimiento aún, verán que siempre viene primero la acción y no la idea. El mono en el árbol siente hambre, y entonces surge el impulso de tomar una fruta o una nuez. La acción viene primero, y luego la idea de que sería mejor guardarla. Dicho en palabras diferentes: ¿qué viene primero, la acción o el actor? Sin la acción, ¿existe un actor? ¿Comprenden? Esto es lo que siempre nos estamos preguntando: *¿Quién* es el que ve? *¿Quién* es el observador? ¿Está el pensador separado de sus pensamientos? ¿Existe el observador aparte de lo observado, el experimentador aparte de la experiencia, el actor aparte de la acción? ¿Hay una entidad que esté siempre dominando, examinando, observando la acción, llámese esta entidad parabrahman o como prefieran llamarla? Cuando nombran algo, están meramente atrapados en una idea, y esa idea compele sus pensamientos; por eso dicen que el actor viene primero y después la acción. Pero si examinan realmente el proceso, si lo examinan con cuidado, detenimiento e inteligencia, verán que la acción está siempre primero, y que esa acción con un fin en vista, crea al actor. ¿Entienden?

Si la acción tiene un fin en vista, la obtención de ese fin da origen al actor. Si piensan muy claramente y sin prejuicio, sin conformidad, sin tratar de convencer a nadie, sin un objetivo previo, en ese pensar mismo no hay un pensador; únicamente existe el pensar. Sólo cuando en el pensar uno busca un obje-

tivo, es uno el que se vuelve importante, no el pensamiento. Quizás algunos de ustedes han observado esto. Es verdaderamente importante descubrirlo, porque a partir de ahí sabremos cómo actuar. Si el pensador viene primero, entonces el pensador es más importante que el pensamiento; todas las filosofías, costumbres y actividades de la civilización actual se basan en esta suposición. Pero, si el pensamiento viene primero, entonces el pensamiento es más importante que el pensador. Desde luego, están relacionados, no hay pensamiento sin el pensador y no hay pensador sin el pensamiento. Pero no deseo examinar esto ahora, porque nos saldríamos de la cuestión.

Entonces, ¿puede haber acción sin memoria? O sea, ¿puede haber una acción que sea constantemente revolucionaria? La única cosa constantemente revolucionaria es la acción sin la pantalla de la memoria. Una idea no puede generar revolución constante alguna, porque siempre modifica la acción conforme al trasfondo de su condicionamiento. Nos preguntamos, entonces: ¿Es posible la acción sin el proceso del pensamiento, el cual da origen a la idea que, a su vez, controla la acción? Yo digo que es posible, y que puede tener lugar de inmediato cuando ven que la idea no libera sino que obstaculiza la acción. Si veo eso, mi acción no estará basada en ninguna idea; por lo tanto, me encuentro en un estado de revolución completa. En consecuencia, se torna posible una sociedad que nunca sea estática, que jamás necesite ser derribada y vuelta a construir.

Yo digo que podemos vivir con nuestra esposa, nuestro marido, nuestro prójimo, en ese estado de acción que no se ajusta a una idea; y eso es posible únicamente cuando comprendemos el significado de la idea, cómo se origina y cómo moldea la acción. La idea, al moldear la acción, es perjudicial para la acción, y un hombre que acude a una idea como un medio de generar una revolución, ya sea en la masa o en el individuo, acude a ella en vano. La revolución es constante, jamás es estática. Las ideas originan, no una revolución, sino tan sólo una continuidad modificada. Únicamente aquella acción que no se basa en una idea, puede dar origen a una revolución que, siendo constante, se halla en perpetua renovación.

Hay muchas preguntas, y contestaré tantas como sea posible.

Pregunta: ¿Qué lugar ocupa el poder en su esquema de las cosas? ¿Piensa usted que los asuntos humanos pueden manejarse sin coacción?

KRISHNAMURTI: Bien, ¿qué quiere usted decir con "su esquema de las cosas"? Obviamente, piensa que tengo un molde dentro del cual pongo la vida. (*Risas*). Esto es importante, les ruego que no lo tomen a risa. La mayoría de nosotros tiene un esquema, un anteproyecto de cómo la vida debería ser, conforme a Marx, Buda, Cristo o Shankara, o según las Naciones Unidas, y forzamos a la vida dentro de ese molde. Decimos: "Es un esquema maravilloso, encajemos en él", lo cual es absurdo. Cuídense del hombre que tiene un esquema de la vida; cualquiera que lo siga, irá tras la confusión y el dolor. La vida es

mucho más inmensa que cualquier esquema que pueda inventar un ser humano, sea quien fuere. De modo que eso queda descartado.

"¿Qué lugar ocupa el poder? ¿Piensa usted que los asuntos humanos pueden manejarse sin coacción?". Bien, ¿qué entendemos por poder? Está el poder que otorga la riqueza, el poder que trae consigo el conocimiento, el poder de una idea, el poder del técnico. ¿A qué poder nos referimos? Evidentemente, al poder de controlar, de dominar. Eso es lo que entendemos por poder, ¿no es así? El poder que cada uno desea es el poder que ejercemos en el hogar sobre la esposa o el marido, sólo que ansiamos un poder mayor para controlar, para dominar a otros. También está el poder que ustedes otorgan al líder. Debido a que están confusos, entregan al líder las riendas de la autoridad, y él los guía y los controla; o a ustedes mismos les gustaría ser líderes, etc. Y está el poder del amor, de la comprensión, de la benevolencia, de la compasión; el poder de la realidad. Ahora bien, debemos tener muy en claro a qué poder nos estamos refiriendo. Existe el poder de un ejército, ese enorme poder para destruir, para mutilar, para traer el horror a la humanidad; y existe el poder de un gobierno fuerte, de una fuerte personalidad. Limitarse a ejercer un poder es relativamente fácil. El poder implica dominio, y cuanto más poder tiene uno, más perverso se vuelve, lo cual queda demostrado una y otra vez a lo largo de la historia. El poder de dominar, de moldear, de controlar, de obligar a los demás a que piensen lo que las autoridades quieren que piensen es, sin duda, un poder totalmente maligno, totalmente oscuro y estúpido. Así también es el poder del rico que se jacta de ello en su fábrica, y el poder del ambicioso en asuntos de gobierno. Obviamente, todo eso es el poder en su más estúpida forma, porque domina, controla, moldea y deforma a los seres humanos.

Ahora bien, está el así llamado poder del amor, el poder de la comprensión. El amor, ¿es un poder? ¿Domina, doblega, moldea el corazón humano? Si lo hace, ya no es más amor. El amor, la comprensión, la verdad, tiene su cualidad propia; no compele y, por lo tanto, no se halla en el mismo nivel que el poder. El amor, la verdad o la comprensión, llega cuando han cesado todas estas ideas de compulsión, autoridad y dogmatismo. La humildad no es lo opuesto de la autoridad o el poder. El cultivo de la humildad no es sino el deseo de autoridad, de poder, bajo un aspecto diferente.

¿Qué está ocurriendo, pues, en el mundo? El poder de los gobiernos, de los Estados, el poder de los líderes, de los ingeniosos oradores y escritores, es usado más y más para moldear al hombre, para obligarlo a pensar de una determinada manera, para enseñarle no *cómo* pensar, sino *qué* pensar. En eso se ha convertido la función de los gobiernos con su enorme poder de propaganda —que es la incesante repetición de una idea, y toda repetición de una idea, o aun de la verdad, se vuelve una mentira—. Debido a que hay confusión, infelicidad en nuestras mentes y en nuestros corazones, creamos líderes que nos controlan, nos moldean, y eso es lo que hacen nuestros gobiernos. En todo el mundo la gente se somete a los dictados de los militares, el medio social influye sobre nosotros para que nos sometamos; y ¿piensa usted que la compren-

sión o el amor llega por medio de la coacción? La coacción, ¿hace que tengamos buena voluntad? Si soy el dictador, ¿puedo obligarlos a que tengan buena voluntad? Así, pues, la coacción que se genera cuando ponemos un poder enorme en manos de aquéllos que pueden ejercerlo, no contribuye a unir a los seres humanos.

Como estuve explicando en mi plática, la compulsión es el resultado de una idea. Y el hombre embriagado por una ideología es, sin duda, intolerante; es el que genera la tortura de la coacción sobre los demás. Desde luego, jamás puede haber comprensión, amor, comunión entre los seres humanos, cuando hay coacción, y ninguna sociedad podrá edificarse a base de coacción. Una sociedad así puede, por un tiempo, tener éxito superficialmente en lo tecnológico, pero internamente, los seres humanos que la componen sufren la angustia de la coacción y, en consecuencia, como en el prisionero que mantienen encerrado entre cuatro paredes, siempre existe en ellos la búsqueda de una liberación, de un escape, de una salida. Así, pues, un gobierno o una sociedad que compele, moldea, fuerza al individuo desde lo externo, terminará siempre por generar desorden, caos y violencia. Es exactamente lo que sucede en el mundo.

Después, está lo que llamamos disciplina, que consiste en ejercer coacción sobre nosotros mismos a fin de encajar en un molde; eso es represión, y la represión nos confiere cierto poder. Pero, en ninguno de los extremos, en ninguno de los opuestos hay estabilidad, y los seres humanos van de un extremo a otro eludiendo la serena estabilidad de la comprensión. Una mente coaccionada, atrapada en la red del poder, jamás puede conocer el amor, y sin amor no hay solución para nuestros problemas. Ustedes podrán posponer la comprensión, intelectualmente podrán eludirla, con ingenio podrán construir puentes, pero todo eso es transitorio; sin buena voluntad, sin compasión, sin generosidad, sin benevolencia, es inevitable que haya destrucción y desdicha crecientes, porque la coacción no es el adhesivo capaz de unir a los seres humanos. La coacción en cualquiera de sus formas, interna o externa, sólo crea más confusión, más infelicidad. Lo que actualmente necesitamos en los asuntos mundiales, no son más ideas, más proyectos, líderes mejores y más poderosos, sino buena voluntad, afecto, amor, benevolencia. Por lo tanto, necesitamos a la persona que ama, que es bondadosa; y esa persona es cada uno de ustedes. El amor no es la adoración de Dios; ustedes podrán adorar una imagen de piedra o su propia idea de Dios, lo cual constituye una magnífica manera de escapar de un marido brutal o de una esposa regañona, pero eso no resuelve nuestra dificultad. El amor es lo único que la resuelve, y el amor es bondad hacia nuestra esposa, nuestro hijo, nuestro prójimo.

Pregunta: ¿Por qué somos tan insensibles los unos con los otros, a pesar de todo el sufrimiento que ello implica?

KRISHNAMURTI: ¿Por qué yo, o usted, somos insensibles ante el sufri-

miento de otro ser humano? ¿Por qué somos indiferentes ante el "coolie" que transporta una pesada carga, ante la mujer que lleva una criatura en brazos? ¿Por qué somos tan insensibles? Para comprender eso, debemos comprender por qué el sufrimiento nos embota. Por cierto, es el sufrimiento el que nos torna insensibles; debido a que no comprendemos el sufrimiento, nos volvemos indiferentes a él. Si comprendo el sufrimiento, entonces me torno sensible al sufrimiento, estoy alerta a todo, no solo a mí mismo, sino a la gente que me rodea, a mi esposa, a mis hijos, a un animal, a un mendigo. Pero nosotros no queremos comprender el sufrimiento y, al escapar de él, nos embotamos; por eso somos insensibles. Señor, el problema es que el sufrimiento, cuando no es comprendido, embota la mente y el corazón; y nosotros no comprendemos el sufrimiento, debido a que queremos escapar de él por medio del gurú, de un salvador, de los mantras, de la reencarnación, de las ideas, de la bebida y de toda otra clase de aficiones; cualquier cosa con tal de escapar de *lo que es.* Así, nuestros templos, nuestras iglesias, nuestra política, nuestras reformas sociales, no son sino maneras de eludir el hecho del sufrimiento. No nos interesa el sufrimiento, nos interesa la idea de cómo librarnos del sufrimiento. Estamos interesados en las ideas, no en el sufrimiento; buscamos constantemente una idea mejor y la manera de ponerla en práctica, lo cual es sumamente pueril. Cuando usted tiene hambre, no discute sobre el modo de comer; dice: "Denme comida"; no le preocupa quien la traerá, si es de la izquierda o de la derecha, o cuál ideología es la mejor. Pero cuando quiere eludir la comprensión de *lo que es*, o sea, del sufrimiento, entonces escapa hacia ideologías; por eso nuestras mentes, aunque en la superficie sean muy ingeniosas, se han vuelto esencialmente torpes, rudas, insensibles, brutales. Comprender el sufrimiento requiere ver la falsedad de todos los escapes, ya sea que se trate de Dios o de la bebida. Todos los escapes son la misma cosa, aunque socialmente cada uno de ellos pueda tener un significado distinto. Cuando escapo del dolor, todos los escapes están en el mismo nivel; no hay un escape "mejor" que otro.

Ahora bien, la comprensión del sufrimiento no reside en averiguar cuál es la causa. Cualquier persona puede conocer la causa del sufrimiento: es nuestra propia irreflexión, estupidez, estrechez mental, brutalidad, etc. Pero si considero el sufrimiento en sí, sin desear una respuesta, ¿qué ocurre? Entonces, como no estoy escapando, empiezo a comprender el sufrimiento; mi mente se halla en estado de atención alerta, es aguda, lo cual implica que me he vuelto sensible y, al ser sensible, percibo el sufrimiento de otras personas. Por lo tanto, soy bondadoso, no sólo con mis amigos; soy bondadoso con todos, porque soy sensible al sufrimiento. Nosotros somos insensibles porque nos hemos vuelto sordos al sufrimiento; los escapes nos han embotado la mente. El escape confiere muchísimo poder, y el poder nos agrada; nos agrada poseer una radio, un automóvil, un avión; nos agrada tener dinero y disfrutar de un poder inmenso. Pero, cuando comprendemos el sufrimiento, no hay poder, no hay escapes por medio del poder. Cuando comprendemos el sufrimiento, hay bon-

dad, hay afecto. El afecto, el amor, exige la más elevada inteligencia, y sin sensibilidad no hay gran inteligencia.

Pregunta: ¿No puede usted formar un grupo de seguidores y usarlos apropiadamente? ¿Debe permanecer siendo una voz en el desierto?

KRISHNAMURTI: Bien, ¿qué entiende usted por seguidores, y qué entiende por líder? ¿Por qué siguen ustedes a alguien y por qué crean un líder? Si les interesa, les ruego que consideren esto con mucha atención. ¿Por qué siguen? Siguen a alguien sólo cuando están confusos; cuando son desdichados, cuando se sienten abatidos, desean que alguien —un político, un líder religioso o militar— los ayude, los saque de su desdicha. Cuando tienen claridad, cuando comprenden, no desean ser conducidos. Quieren que se los conduzca sólo cuando ustedes mismos se hallan en estado de confusión, con todo lo que eso implica. ¿Qué ocurre, entonces? Cuando están confusos, ¿cómo pueden ver claramente? Puesto que no pueden, escogerán un líder también confuso. (*Risas*). No se rían. Esto es lo que está sucediendo en el mundo, y es desastroso. Podrá sonar como una conclusión ingeniosa, pero no lo es. ¿Cómo puede un ciego escoger al que ha de conducirlo? Sólo puede escoger entre quienes lo rodean. De igual manera, un hombre confuso sólo puede escoger un líder que está tan confuso como él. Y ¿qué ocurre? Estando confuso, el líder de ustedes los conduce, como es natural, a más confusión, más desastres, más infelicidad. Eso es lo que está ocurriendo en todas partes del mundo.

¡Por el amor de Dios, señores!, mírenlo, véanlo, es la infelicidad de ustedes. Se los está conduciendo a la matanza, porque se niegan a ver y disipar la causa de su propia confusión. Y, porque rehúsan verla, están creando, desde su propia confusión, a los hábiles y astutos líderes que los explotan. Y eso se debe a que el líder, igual que ustedes, está buscando su propia satisfacción. Por consiguiente, ustedes se convierten en una necesidad para el líder, y el líder se vuelve una necesidad para ustedes; es una explotación mutua.

Entonces, ¿por qué necesitan un líder? Y ¿puede haber alguna vez un liderazgo que sea bueno, recto? Usted y yo podemos ayudarnos a aclarar nuestra propia confusión, lo cual no implica que yo haya de convertirme en su líder y usted en mi seguidor, o que yo sea su gurú y usted mi discípulo. Simplemente, nos ayudamos el uno al otro a comprender la confusión que existe en nuestros corazones y en nuestras mentes. Sólo cuando usted no quiere comprender la confusión, escapa de ella, y entonces acudirá a alguien, a un líder o a un gurú. Pero, si desea comprenderla, tiene que prestar atención a la desdicha general, a los dolores, las preocupaciones, la soledad; y puede hacerlo únicamente cuando no trata de encontrar una respuesta, una salida para la confusión. Está atento a la confusión porque ésta, de por sí, conduce a la desdicha; por eso, quiere comprenderla. Y cuando la comprenda, cuando la esclarezca, estará libre como el aire, amará, no seguirá a nadie, no tendrá líderes; sólo entonces podrá surgir la sociedad verdaderamente igualitaria, sin clases ni castas.

Señores, ustedes no están buscando la verdad, sino que tratan de hallar una salida para alguna de sus dificultades; y ésa es su desgracia. Necesitan líderes que los dirijan, que los arrastren, que los fuercen, que los hagan amoldarse; y eso conduce, inevitablemente, a la destrucción, a mayores sufrimientos. El sufrimiento tiene lugar directamente frente a nosotros; sin embargo, nos negamos a verlo y queremos "buenos" líderes, lo cual es muy inmaduro. Para mí, todo liderazgo indica un deterioro de la sociedad. Un líder es, en la sociedad, un elemento destructivo. (*Risas*). No lo tomen a risa, no lo pasen por alto; obsérvenlo. Es algo muy serio, especialmente ahora. El mundo se halla al borde de una catástrofe, se desintegra rápidamente, y el limitarse a encontrar otro líder, un nuevo Churchill, un Stalin más grande, un Dios diferente, es por completo inútil porque, estando confuso, el hombre puede escoger tan sólo conforme a los dictados de su propia mente, que se debate en la confusión. Por lo tanto, de nada sirve buscar un líder, bueno o malo. No hay líder "bueno", todos los líderes son malos. Lo que ustedes deben hacer es aclarar su propia confusión. Y la confusión es desechada únicamente cuando se comprenden a sí mismos; con el comienzo del conocimiento propio, llega la claridad. Sin conocimiento propio, es imposible liberarse de la confusión; sin conocimiento propio, la confusión es como una ola que nos alcanza perpetuamente. En consecuencia, aquéllos que de verdad son serios, es esencial que comiencen consigo mismos y no busquen librarse o escapar de la confusión. Tan pronto comprendemos la confusión, estamos libres de ella.

Pregunta: Granos de verdad pueden encontrarse en las religiones, en teorías, ideas y creencias. ¿Cuál es el modo correcto de separarlos?

KRISHNAMURTI: Lo falso es lo falso, y mediante la búsqueda no puede usted separar lo falso, de la verdad. Tiene que ver lo falso como falso, y sólo entonces lo falso llega a su fin. No puede buscar la verdad en lo falso, pero puede ver lo falso como falso, y entonces hay una liberación respecto de lo falso. Señor, ¿cómo puede lo falso contener la verdad? ¿Cómo puede la ignorancia, la oscuridad, contener la comprensión, la luz? Sé que les agradaría que fuera así; les agradaría pensar que en alguna parte dentro de nosotros, están la eternidad, la luz, la verdad, la piedad, todo ello cubierto por la ignorancia. Donde hay luz no hay oscuridad, donde hay ignorancia, hay siempre ignorancia, nunca comprensión. Por lo tanto, la liberación llega únicamente cuando vemos lo falso como falso, o sea, cuando vemos la verdad respecto de lo falso, lo cual significa no insistir en lo falso. Nuestro prejuicio, nuestro condicionamiento, nos impiden ver lo falso como falso. Comprendido eso, prosigamos.

Ahora bien, el interlocutor pregunta: ¿No hay verdad en las religiones, en teorías, ideales, creencias? Examinémoslo. ¿Qué entendemos por religión? Por cierto, no la religión organizada, no el hinduismo, el budismo, el cristianismo, que son todas creencias organizadas con su propaganda, su conversión, su proselitismo, su compulsión y demás. ¿Hay verdad alguna en la religión orga-

nizada? Ésta podrá rodear la verdad, atraparla en su red, pero la religión organizada no es verdadera en sí misma. Por consiguiente, es falsa, separa a los seres humanos. Usted es musulmán, yo soy hindú, otro es cristiano o budista, y reñimos, nos matamos unos a otros. ¿Hay verdad alguna en eso? No estamos discutiendo la religión como búsqueda de la verdad, sino que consideramos si hay verdad alguna en la religión organizada. Estamos tan condicionados por la religión organizada para pensar que ella contiene la verdad, que hemos llegado a creer que si uno se llama hindú, es "alguien", o que encontrará a Dios. ¡Qué absurdo, señor! Para encontrar a Dios, para dar con la realidad, tiene que haber virtud. La virtud es libertad, y sólo siendo libres podemos descubrir la verdad, no estando atrapados en manos de la religión organizada, con sus creencias. Y ¿hay verdad alguna en las teorías, en los ideales, en las creencias?

¿Por qué tienen ustedes creencias? Obviamente, porque las creencias les brindan seguridad, consuelo, protección, una guía. En sí mismos están atemorizados, quieren que se los proteja, necesitan apoyarse en alguien; por consiguiente, crean el ideal, que les impide comprender *lo que es*. De tal modo, el ideal se vuelve un obstáculo para la acción. Señor, cuando soy violento, ¿por qué deseo perseguir el ideal de la no violencia? Por la obvia razón de que quiero eludir la violencia, escapar de la violencia. Cultivo el ideal a fin de no tener que hacer frente a la violencia y comprenderla. ¿Por qué necesito, en modo alguno, el ideal? Es un impedimento. Si quiero comprender qué es la violencia, debo tratar de hacerlo directamente, no a través de la pantalla de un ideal. El ideal es falso, ficticio, me impide comprender lo que soy. Obsérvenlo más detenidamente y lo verán. Si soy violento, para comprender la violencia no necesito un ideal; para considerar la violencia, no necesito una guía. Pero me agrada ser violento, me da cierta sensación de poder, y seguiré siendo violento aunque lo disimule con el ideal de la no violencia. De modo que el ideal es ficticio; simplemente, no existe. Existe sólo en la mente; es una idea que debe ser llevada a cabo, y mientras tanto puedo ser violento. Por lo tanto, un ideal, lo mismo que una creencia, es irreal, falso.

Ahora bien, ¿por qué deseo creer? Un hombre que comprende la vida no necesita creencias, es obvio. Un hombre que ama no tiene creencias; ama. El hombre consumido por el intelecto es el que tiene creencias, porque el intelecto busca siempre la seguridad, la protección; está siempre evitando el peligro y, por eso, elabora ideas, creencias, ideales, detrás de los que pueda ampararse. ¿Qué ocurriría si ustedes abordaran la violencia ahora, directamente? Serían un peligro para la sociedad; y, debido a que la mente prevé el peligro, dice: "Dentro de diez años alcanzaré el ideal de no violencia", lo cual es un proceso sumamente falso, ficticio. Así, pues, las teorías —no estamos tratando con teorías matemáticas y todo eso, sino con teorías que surgen en relación con nuestros problemas humanos, psicológicos—, las creencias, los ideales, son falsos porque nos impiden ver las cosas como son.

Comprender *lo que es*, resulta más importante que crear y seguir ideales, porque los ideales son falsos, y *lo que es*, es lo real. Comprender *lo que es*

requiere una capacidad enorme, una mente rápida y libre de prejuicios. Debido a que no queremos afrontar y comprender *lo que es*, inventamos las numerosas vías de escape y les damos hermosos nombres, tales como "ideal", "creencia", "Dios". Por cierto, sólo cuando veo lo falso como falso, mi mente es capaz de percibir lo verdadero. Una mente confundida en lo falso, jamás podrá dar con la verdad. En consecuencia, debo comprender qué es falso en mis relaciones, en mis ideas, en las cosas que me rodean, porque percibir la verdad exige comprender lo falso. Sin eliminar las causas de la ignorancia, no puede haber iluminación, y buscar iluminación cuando la mente está a oscuras, es totalmente vano, carece de sentido. Por lo tanto, debo empezar a ver lo falso en mi relación con las ideas, con las personas, con las cosas. Cuando la mente ve lo que es falso, se revela aquello que es verdadero, y entonces hay éxtasis, hay felicidad.

1° de agosto de 1948

SEXTA PLÁTICA EN BANGALORE

Durante estas reuniones hemos estado tratando el problema de la transformación, que es lo único capaz de originar la revolución tan necesaria en los asuntos del mundo. Y, como hemos visto, el mundo no es diferente de ustedes y de mí; el mundo es tal como nosotros lo hacemos. Somos el resultado del mundo, y somos el mundo; por lo tanto, la transformación debe comenzar en nosotros, no en el mundo, no mediante una legislación externa, proyectos oficiales y esas cosas. Es esencial que cada uno se dé cuenta de la importancia que tiene esta transformación interna, la cual dará origen a una revolución externa. Sin la transformación interna, el mero cambio en las circunstancias exteriores de la vida, muy poco significa; y, como he dicho, esta transformación interna no puede ocurrir sin conocimiento propio. El conocimiento propio implica conocer el proceso total de uno mismo, las modalidades de nuestro propio pensar, sentir y actuar; si no nos conocemos a nosotros mismos, no hay base para una acción más amplia. El conocimiento propio es, entonces, de primordial importancia. Es obvio que uno debe comenzar por comprenderse en todas sus acciones, pensamientos y sentimientos, porque el "sí mismo", la mente, el "yo", es muy complejo y sutil. Son tantas las cosas que le han sido impuestas a la mente, al "yo", tantas las influencias —raciales, religiosas, nacionales, sociales, ambientales— que la han moldeado, que el seguir cada paso, analizar cada huella, es extremadamente difícil; si no analizamos apropiadamente, si pasamos por alto una huella, si omitimos un solo paso, se malogra todo el proceso del análisis. Nuestro problema consiste, pues, en comprender el "sí mismo", el "yo", no sólo una parte del "yo", sino todo el campo del pensamiento, que es la respuesta del "yo". Tenemos que comprender el campo

total de la memoria, del cual surgen todos los pensamientos, tanto los conscientes como los inconscientes; y todo eso es el "yo" —lo oculto y lo evidente, el soñador y lo que él sueña—.

Ahora bien, para comprender el "yo" —y sólo así puede originarse una revolución radical, una regeneración— tiene que existir la intención de comprender la totalidad de su proceso. El proceso del individuo no se opone al mundo, a la masa, cualquiera que sea el significado de ese vocablo, ya que no hay tal masa aparte de nosotros; nosotros somos la masa. Así, para comprender ese proceso, tiene que existir la intención de conocer *lo que es*, de seguir cada pensamiento, cada sentimiento, cada acción; comprender *lo que es*, resulta sumamente difícil, porque *lo que es* jamás se halla quieto, está siempre en movimiento. *Lo que es*, es lo que somos, no lo que quisiéramos ser; no es el ideal, porque el ideal es ficticio, sino lo que de hecho hacemos, pensamos y sentimos de instante en instante. *Lo que es*, es lo factual, y comprender lo factual requiere percepción alerta, una mente muy despierta, muy rápida. Pero si empezamos por condenar *lo que es*, por censurarlo o resistirlo, no comprenderemos su movimiento. Si yo quiero comprender a alguien, no puedo condenarlo; debo observarlo, estudiarlo. Si quiero comprender a un niño, tengo que amarlo y no condenarlo. Tengo que jugar con él, observar sus movimientos, su idiosincrasia, sus comportamientos; pero si me limito a condenarlo, a resistirlo o a culparlo, no comprendo al niño. De igual manera, para comprender *lo que es*, debemos observar lo que pensamos, sentimos y hacemos de instante en instante. Eso es lo factual. Cualquier otra acción, cualquier acción ideal o ideológica, no es lo factual; es tan sólo un anhelo, un deseo ficticio de ser uno otra cosa que *lo que es*.

Por lo tanto, comprender *lo que es* requiere un estado de la mente en el que no haya identificación ni condena, lo cual implica una mente alerta y, sin embargo, pasiva. Nos hallamos en ese estado cuando de veras queremos comprender algo; es un estado que surge cuando el interés es muy intenso. Cuando uno está interesado en comprender *lo que es*, o sea, el estado real de la mente, no necesita ningún tipo de esfuerzo, disciplina o control, al contrario, hay un estado pasivo de percepción alerta, de vigilancia. Si quiero entender una pintura o a una persona, debo dejar de lado todos mis prejuicios, mis preconceptos y estudiar la pintura o estudiar a la persona, directamente. De modo que este estado de percepción alerta llega cuando hay interés, cuando existe la intención de comprender.

Ahora bien, la cuestión siguiente es si la transformación es un asunto del tiempo. Casi todos estamos acostumbrados a pensar que el tiempo es necesario para la transformación: yo soy tal cosa, y cambiar lo que soy en lo que debería ser, requiere tiempo. Soy codicioso, con las consecuencias de la codicia, o sea, confusión, antagonismo, conflicto y desdicha; y, para producir la transformación, o sea, no codicia, pensamos que se necesita tiempo. Es decir, consideramos que el tiempo es un medio para desarrollar algo más grande, para llegar a ser esto o aquello. ¿Comprenden el problema? El problema es éste: Uno es

violento, codicioso, envidioso, vicioso o pasional. Entonces, para transformar *lo que es*, ¿se necesita tiempo?

Antes que nada, ¿por qué deseamos cambiar *lo que es*, o producir una transformación? ¿Por qué? Porque nos disgusta lo que somos; ello genera conflicto, perturbación; y como ese estado nos desagrada, queremos algo mejor, más noble, más idealista. De modo que deseamos la transformación porque hay pena, incomodidad, conflicto. Ahora bien, el conflicto, ¿puede ser superado por medio del tiempo? Si dicen que el conflicto será superado a través del tiempo, siguen estando en conflicto. O sea, quizá digan que llevará 20 días o 20 años librarse del conflicto, cambiar lo que son, pero durante ese tiempo siguen estando en conflicto; por lo tanto, el tiempo no produce transformación alguna. Cuando usamos el tiempo como un medio de adquirir una cualidad, una virtud o un estado del ser, estamos tan sólo postergando o eludiendo *lo que es*; y creo que es importante comprender este punto. La codicia, o la violencia, causan dolor, perturbaciones en el mundo de nuestra relación con otro, relación que constituye la sociedad; conscientes de este estado de perturbación, que calificamos de codicia o violencia, nos decimos: "Me libraré de eso con el tiempo. Practicaré la no violencia, la no envidia; practicaré la paz". Así, desean practicar la no violencia porque la violencia es un estado de perturbación, de conflicto, y piensan que, con el tiempo, lograrán la no violencia y superarán el conflicto. Y ¿qué es lo que sucede realmente? Encontrándose en un estado de conflicto, desean alcanzar un estado exento de conflicto. Y bien, ese estado de no conflicto, ¿es el resultado del tiempo, de una duración? Obviamente, no. Porque, mientras están tratando de alcanzar un estado de no violencia, siguen siendo violentos y, por ende, siguen en conflicto.

Así que nuestro problema es éste: ¿Podemos superar un conflicto, una perturbación, en un período de tiempo, ya sea de días, años o vidas? ¿Qué ocurre cuando decimos: "Voy a practicar la no violencia durante cierto período de tiempo"? La práctica misma indica que estamos en conflicto, ¿no es así? No practicaríamos si no estuviésemos resistiendo el conflicto, pero decimos que la resistencia al conflicto es necesaria a fin de superar el conflicto, y que para esa resistencia debemos contar con el tiempo. Pero la resistencia misma al conflicto es, de sí, una forma de conflicto. Empleamos nuestra energía en resistirnos al conflicto, el cual toma la forma de lo que llamamos codicia, envidia, violencia, pero nuestra mente sigue en conflicto. Lo importante, pues, es ver la falsedad del proceso que implica depender del tiempo como medio de superar la violencia y, al ver dicha falsedad, librarnos de ese proceso. Entonces, somos capaces de ser lo que somos: una perturbación psicológica que, en sí misma, es violencia.

Ahora bien, para comprender algo, cualquier problema humano o científico, ¿qué es lo importante, lo esencial? Una mente quieta, ¿verdad? Una mente resuelta a comprender. No una mente que excluye, que trata de concentrarse, lo cual es, de nuevo, un esfuerzo de resistencia. Si de veras quiero comprender algo, la mente se serena de inmediato. Es decir, cuando ustedes quieren escu-

char música, o contemplar una pintura que les agrada, por la cual sienten algo especial, ¿cuál es el estado de la mente? Se genera de inmediato una quietud, ¿verdad? Cuando están escuchando música, la mente de ustedes no divaga por todas partes: están escuchando. De igual manera, cuando quieren comprender el conflicto, ya no dependen en absoluto del tiempo; están simplemente enfrentados a lo que es, es decir, al conflicto. Entonces, surge de inmediato en la mente un estado de quietud, de silencio. Así, cuando ya no dependen más del tiempo como medio de transformar *lo que es*, porque ven la falsedad de ese proceso, entonces se enfrentan directamente a *lo que es*; y, como se interesan en comprender *lo que es*, resulta natural que la mente se aquiete. En ese estado alerta y, no obstante, pasivo de la mente, hay comprensión.

En tanto la mente se halla en conflicto —censurando, resistiendo, condenando— no puede haber comprensión. Si yo quiero comprenderlos, no debo condenarlos, es obvio. Entonces, esa mente quieta, silenciosa, es la que da origen a la transformación. Cuando la mente ya no resiste más, cuando ya no elude ni descarta ni censura *lo que es*, sino que sólo está pasivamente alerta, entonces, en esa pasividad de la mente, si de veras investigan a fondo el problemas, descubrirán que adviene una transformación.

Así, pues, la transformación no es el resultado del tiempo, sino el resultado de una mente silenciosa, serena, pasiva. La mente no es pasiva cuando está buscando un resultado, y buscará un resultado en tanto desee transformar, cambiar o modificar *lo que es*. Pero si la mente sólo tiene la intención de comprender *lo que es* y, en consecuencia, está quieta, en esa quietud descubrirán que hay comprensión de *lo que es* y, por ende, una transformación. Esto es lo que hacemos, en realidad, cuando nos enfrentamos con algo que nos interesa. Obsérvense a sí mismos y verán que ocurre este proceso extraordinario. Cuando estamos interesados en algo, nuestra mente esta quieta. No se ha adormecido, se halla extremadamente alerta y sensible; por consiguiente, es capaz de recibir sugerencias, insinuaciones de lo profundo; y esta quietud, esta pasividad alerta, trae consigo una transformación. Esto no involucra el uso del tiempo como medio de transformación, modificación o cambio.

La revolución sólo es posible ahora, no en el futuro; la regeneración es hoy, no mañana. Si experimentan con lo que he estado diciendo, encontrarán que hay una regeneración inmediata, algo nuevo, una cualidad de frescura, porque la mente está siempre quieta cuando se halla interesada, cuando su deseo o su intención es comprender. La dificultad con la mayoría de nosotros es que no tenemos la intención de comprender, porque nos atemoriza pensar que, si comprendiéramos, ello podría dar origen a una acción revolucionaria en nuestra vida; por consiguiente, nos resistimos. Es el mecanismo de defensa que funciona cuando usamos el tiempo o un ideal como medio para una transformación gradual.

La regeneración sólo es posible, pues, en el presente, no en el futuro, no mañana. Un hombre que confía en el tiempo como medio para lograr la felicidad, o realizar la verdad o Dios, sólo está engañándose a sí mismo; vive en la

ignorancia y, por lo tanto, en conflicto. Pero aquél que no ve al tiempo como la salida para nuestras dificultades y, debido a eso, está libre de lo falso, es alguien que, naturalmente, tiene la intención de comprender; en consecuencia, su mente está quieta, sin compulsión, sin práctica alguna. Cuando la mente está quieta, serena, cuando no busca respuestas ni soluciones, cuando no resiste ni elude, sólo entonces, puede haber regeneración, porque entonces la mente es capaz de percibir lo verdadero; y esta verdad es lo que nos libera, no nuestro esfuerzo por ser libres.

Contestaré algunas de las preguntas que me han entregado.

Pregunta: Usted habla muchísimo acerca de un incesante estado de alerta. Yo encuentro que mi trabajo me embota tan irresistiblemente, que hablar de un estado de alerta después de un día de trabajo, es simplemente echar sal sobre la herida.

KRISHNAMURTI: Señor, ésta es una cuestión importante. Por favor, examinémosla juntos con cuidado y veamos qué implica. Casi todos estamos embotados por lo que llamamos nuestro trabajo, el empleo, la rutina. Tanto los que gustan del trabajo como los que se ven forzados a trabajar por necesidad, están ambos embotados. Lo está el que ama su trabajo, y lo está el que se resiste a él; ambos se hallan embotados, ¿no es así? Un hombre que ama su trabajo, ¿qué es lo que hace? Piensa en él de la mañana a la noche, está constantemente ocupado en eso. Se identifica tanto con su trabajo, que no puede mirarlo; él mismo es la acción, el trabajo. Y ¿qué le ocurre a una persona así? Vive en una jaula, aislada en su trabajo. En ese aislamiento puede ser muy hábil, muy ingeniosa, muy sutil, pero sigue estando aislada; y se va embotando porque se resiste a todo otro trabajo, a todas las otras propuestas. Su trabajo es, por lo tanto, una forma de escapar de la vida —de su esposa, de sus deberes sociales, de las innumerables exigencias, etc.—. Y está el hombre de la otra categoría, el hombre que, como la mayoría de ustedes, está obligado a hacer algo que le disgusta y se resiste a hacerlo. Es el obrero de la fábrica, el empleado de banco, el abogado, el que desempeña cualquiera de nuestras diversas ocupaciones.

Ahora bien, ¿qué es lo que nos embota? ¿Es el trabajo en sí? ¿Es nuestro resistirnos al trabajo? ¿O es el evitar otros impactos de la vida? ¿Entienden el problema? Espero estar expresándome con claridad. O sea, el hombre amante de su trabajo está tan encerrado, tan enredado en éste, que el trabajo se vuelve una adicción. Por lo tanto, su amor al trabajo es una manera de escapar de la vida. Y quien se resiste al trabajo que hace, que desearía estar haciendo otra cosa, sufre el conflicto incesante de la resistencia. Nuestra pregunta es, entonces, ésta: El trabajo, ¿embota la mente? ¿O el embotamiento lo produce, por un lado, la resistencia, y por el otro, el uso del trabajo para evitar los impactos de la vida? Es decir, lo que embota la mente, ¿es el trabajo, la acción? ¿O la mente se embota a causa de la evitación, del conflicto, de la resistencia? Es obvio que lo que embota la mente no es el trabajo, sino la resistencia. Si usted no ofrece

resistencia al trabajo y lo acepta, ¿qué ocurre? El trabajo no lo embota, porque sólo una parte de su mente funciona con el trabajo que usted debe realizar. El resto de su ser, lo inconsciente, lo oculto, está ocupado en los pensamientos que a usted realmente le interesan. De modo que no hay conflicto.

Esto puede sonar más bien complejo, pero si lo sigue con cuidado verá que la mente se embota, no por el trabajo, sino por la resistencia al trabajo, o por la resistencia a la vida. Digamos, por ejemplo, que usted debe realizar cierta tarea que podrá llevarle cinco o seis horas. Si dice: "¡Qué fastidio, que terrible, desearía estar haciendo alguna otra cosa!", es obvio que su mente ofrece resistencia a esa tarea; una parte de su mente desea que usted haga otra cosa. Esta división, que se produce a causa de la resistencia, genera embotamiento porque usted está desperdiciando su esfuerzo en el deseo de hacer algo diferente. Pero, si no se resiste a ello, sino que hace lo que es realmente necesario, dice: "Tengo que ganarme la vida, y me la ganaré rectamente". Pero el recto medio de vida no significa el ejército, la policía o la abogacía, porque estas profesiones prosperan con los litigios, los disturbios, la astucia, el subterfugio, etc. Esto es, de sí, un problema harto difícil que consideraremos más tarde si hay tiempo.

De modo que, si usted se halla ocupado en algo que necesita hacer para ganarse la vida, y se resiste a ello, es obvio que la mente se embota, porque esa resistencia misma es como hacer funcionar una máquina con el freno puesto. ¿Qué le sucede a la pobre máquina? Su rendimiento disminuye, se debilita, ¿verdad? Si usted ha manejado un automóvil, sabe qué ocurrirá si mantiene el freno puesto: no sólo gastará el freno, sino que terminará con el motor. Eso es exactamente lo que está haciendo cuando se resiste al trabajo. Mientras que, si uno acepta lo que tiene que hacer y lo hace del modo más inteligente y pleno que sea posible, ¿qué ocurre? Debido a que ya no se resiste, las otras capas de la conciencia están activas prescindiendo de lo que uno hace; uno dedica a su trabajo tan sólo la mente consciente, y la parte inconsciente, oculta, se ocupa de otras cosas mucho más vitales, mucho más profundas. Aunque uno afronte el trabajo, lo inconsciente se hace cargo de lo suyo y funciona.

Ahora bien, si usted se observa, ¿qué es lo que de hecho ocurre en su vida cotidiana? Digamos que está interesado en encontrar a Dios, en tener paz. Ése es su verdadero interés, el cual ocupa tanto su mente consciente como la inconsciente: hallar la felicidad, la realidad, vivir con rectitud, claridad y belleza. Pero tiene que ganarse la vida, porque no hay tal cosa como vivir en aislamiento; *lo que es*, lo es en relación. Estando, pues, interesado en la paz, y puesto que su trabajos cotidiano interfiere con eso, usted se resiste al trabajo. Dice: "Desearía tener más tiempo para pensar, para meditar, para practicar el violín", o lo que fuere. Cuando hace eso, cuando simplemente se resiste al trabajo que tiene que hacer, esa resistencia misma es un esfuerzo desperdiciado que embota la mente; mientras que, si se da cuenta de que todos hacemos diversas cosas que tienen que ser hechas: escribir cartas, conversar, quitar el estiércol de vaca, etc., y, por lo tanto, no se resiste sino que dice: "Tengo que

hacer esa tarea", entonces la hará gustosamente y sin fastidio. Si no hay resistencia, tan pronto termina esa tarea encontrará usted que la mente está en paz; dado que las capas inconscientes, profundas de la mente se hallan interesadas en la paz, descubrirá usted que la paz comienza a llegar. De ese modo, no hay división alguna entre la actividad que puede ser rutinaria, carente de interés, y su búsqueda de la realidad; son compatibles cuando la mente ya no ofrece resistencia, cuando ya no se embota a causa de la resistencia. La resistencia es la que genera división entre la paz y la actividad cotidiana. La resistencia se basa en una idea, y la resistencia no puede originar acción. Sólo la acción libera, no la resistencia al trabajo.

Así, pues, es importante comprender que la mente se embota a causa de la resistencia, de condenar, censurar o evitar cosas. La mente no se embota cuando no hay resistencia. Cuando no culpamos, cuando no condenamos, la mente está despierta, activa. La resistencia no es sino aislamiento, y la mente de un hombre que, consciente o inconscientemente, se aísla todo el tiempo, termina por embotarse a causa de esta resistencia.

Pregunta: ¿Ama usted a las personas a quienes se dirige en sus pláticas? ¿Ama a la torpe y fea multitud, los rostros deformes, la atmósfera hedionda de deseos rancios, de recuerdos putrefactos, el deterioro de tantas vidas inútiles? Nadie puede amarlas. ¿Qué es lo que le hace afanarse tanto a pesar de su repugnancia, que es al propio tiempo obvia y comprensible?

KRISHNAMURTI: No, señores, no hay tal repugnancia, que parece ser obvia y comprensible para ustedes. No me siento repelido. Sólo veo eso como veo un hecho. Un hecho jamás es feo. Cuando uno habla seriamente, un hombre podrá estar rascándose la oreja, o jugando con sus piernas, o mirando a su alrededor. En cuanto a ustedes, simplemente observen el hecho, lo cual no quiere decir que hayan de sentir repulsión, que quieran evitar el hecho o que lo odien. Un olor es un olor, simplemente lo perciben; y es esencial que comprendan ese punto. Ver un hecho como hecho es una importante realidad. Pero tan pronto lamentan el hecho o lo evitan, tan pronto le dan un nombre, un contenido emocional, es obvio que hay repugnancia, evitación del hecho, y entonces surge la resistencia. Y bien, ésa no es, en absoluto, mi actitud, y me temo que ahí el interlocutor se equivoca a mi respecto. Es como ver que una persona viste un sari rojo o una chaqueta blanca, pero si uno le da un contenido emocional al rojo y al blanco, diciendo que es feo o que es hermoso, entonces se siente repelido o atraído.

Ahora bien, lo importante en esta pregunta es: ¿Por qué hablo? ¿Por qué me fatigo haciéndolo, si no amo a las personas que tienen "rostros deformes, deseos rancios, recuerdos putrefactos, etc."? Y el interlocutor afirma que nadie puede amarlas. ¿Ama uno "a las personas", o hay amor? ¿Acaso el amor a las personas es independiente y, por lo tanto, uno ama a las personas, o se halla

uno en estado de amor? ¿Entienden lo que quiero decir? Si digo: "Amo a la gente", y me afano, me fatigo hablando, entonces se vuelve muy importante la gente, no el amor. Es decir, si yo tengo la intención de convertirlos a una determinada creencia, y me afano en eso de la mañana a la noche porque pienso que puedo hacerlos felices si ustedes creen en mi fórmula particular, entonces lo que amo es la fórmula, la creencia; no los amo a ustedes. Entonces soporto toda la fealdad, "los deseos rancios, los recuerdos putrefactos, la atmósfera hedionda", y digo que eso forma parte de toda la rutina; me convierto en un mártir de mi creencia, pensando que los ayudará. De modo que estoy enamorado de mi creencia, y como mi creencia es mi propia proyección, estoy enamorado de mí mismo. Al fin y al cabo, el hombre que ama una creencia, una idea, un esquema, se identifica con esa fórmula, la cual es una proyección de él mismo. Obviamente, jamás se identifica con algo que él no aprueba. Si yo le agrado, ese agrado mismo es su propia proyección.

Ahora, si puedo decirlo sin ser con ello personal, para mí es por completo diferente. No trato de convertirlos, de hacerlos mis prosélitos, o de hacer propaganda contra ninguna religión en particular. Sólo expongo los hechos, porque siento que la comprensión misma de estos hechos, ayudará al hombre a vivir más dichosamente. Cuando usted ama a alguien, cuando ama a una persona, ¿cuál es su verdadero estado? ¿Está enamorado de esa persona, o se halla en estado de amor? Por cierto, la persona lo atrae o lo repele únicamente cuando usted no se halla en ese estado. En ese estado de amor no existe la repugnancia. Es como una flor que entrega su aroma; al lado, una vaca puede haber dejado sus rastros; no obstante, la flor sigue siendo una flor que exhala su aroma. Pero pasa un hombre y, al ver el estiércol de vaca junto a la flor, mira a ésta de un modo diferente.

Señor, en esto se halla involucrado todo el problema de la atracción y la repulsión. Deseamos ser atraídos, es decir, identificarnos con lo que es agradable y evitar lo desagradable. Pero si usted se limita a mirar las cosas tal como son, el hecho en sí jamás es desagradable o repelente; es nada más que un hecho. Un hombre que ama está consumido por su amor; no le importa si las personas tienen "rostros deformes, deseos rancios y recuerdos putrefactos". ¿No lo saben, señores? Cuando aman a alguien, en realidad no les importa mucho la apariencia externa de esa persona, si su rostro es feo o bello. Cuando hay amor, eso no les preocupa; aunque observen los hechos, los hechos no los repelen. No es el amor, sino el corazón vacío, la mente árida, el rancio intelecto, los que se sienten repelidos o atraídos. Y cuando uno ama, no existe el "afanarse y fatigarse". Hay renovación perpetua, frescura, júbilo —no en el hecho de hablar, de emitir un montón de palabras, sino en ese estado mismo—. Sólo cuando uno no ama, importan todas esas cosas, si usted es atractivo o repelente, si el rostro es deforme o hermoso, y así sucesivamente.

Así, pues, no es importante por qué "me afano". Nuestro problema es que carecemos de amor. Debido a que nuestros corazones están vacíos, a que nuestras mentes se hallan embotadas y están fatigadas, exhaustas, buscamos llenar

el corazón vacío con las cosas producidas por la mano o por la mente; o repetimos palabras, mantras, o practicamos *pujas*. Esas cosas no llenarán el corazón; por el contrario, vaciarán el corazón de lo que fuere que contenga. El corazón puede llenarse sólo cuando la mente está quieta. Cuando la mente no se halla ocupada en sus propias creaciones, elaboraciones, cuando no queda atrapada en ideas, sólo entonces el corazón está lleno de vida. Entonces uno sabe qué es tener esa calidez, esa riqueza que hay en sostener la mano de otra persona.

Pregunta: ¿No es sexual toda caricia? ¿No es todo el sexo una forma de revitalización mediante la interpretación y el intercambio? El simple intercambio de miradas amorosas es también un acto del sexo. ¿Por qué castiga usted el sexo vinculándolo con la vacuidad de nuestras vidas? Las personas vacías, ¿conocen el sexo? Sólo conocen la evacuación.

KRISHNAMURTI: Me temo que sólo las personas vacías conocen el sexo, porque el sexo es, entonces, un escape, un mero alivio. Llamo "vacía" a la persona que carece de amor, y para ella el sexo se convierte en un problema, una cosa que ha de evitarse o en la que hay que complacerse. El corazón está vacío cuando la mente está llena de sus propias ideas, elaboraciones y mecanizaciones. Debido a que la mente está llena, el corazón está vacío, y sólo el corazón vacío conoce el sexo. Señores, ¿no lo han notado? Un hombre afectuoso, lleno de ternura, benevolencia, consideración, no es sexual. Lo es el intelectual, el que está lleno de conocimientos —el conocimiento es diferente de la sabiduría—, el que tiene esquemas, el que desea salvar al mundo, el que está repleto de imágenes mentales; esa persona es la que se halla atrapada en el sexo. Siendo su vida superficial, estando su corazón vacío, el sexo se vuelve importante; y eso es lo que está sucediendo en la civilización actual. Hemos cultivado en exceso nuestro intelecto, y la mente se halla atrapada en sus propias creaciones, tales como la radio, al automóvil, los entretenimientos mecanizados, el conocimiento técnico, las diversas aficiones en que la mente se complace. Cuando una mente así se halla atrapada, sólo hay para ella una liberación: el sexo.

Señores, miren lo que ocurre en cada uno de ustedes, no miren a alguna otra persona. Examinen su propia vida y verán cómo están atrapados en este problema, cuán extraordinariamente vacía es la vida que llevan. ¿Cómo es esa vida, señores? Es brillante, árida, vacía, torpe, tediosa, ¿no es así? Concurren a sus oficinas, cumplen sus tareas, repiten sus mantras, practican sus *pujas*. Cuando están en la oficina, se hallan sometidos, embotados, tienen que seguir una rutina; en su religión se han vuelto mecánicos; la religión de ustedes es mera aceptación de la autoridad. Así, en lo religioso, en el mundo de los negocios, en su educación, en su vida cotidiana, ¿qué es lo que sucede, en realidad? No existe el estado creativo del ser, ¿verdad? No son felices, no son vitales, les

falta alegría. En lo intelectual, religioso, económico, social, político, son torpes y están regimentados. Esta regimentación es el resultado de sus propios temores, de sus propias esperanzas y frustraciones. Y, puesto que para un ser humano tan atrapado no hay liberación, es natural que acuda al sexo para liberarse; ahí puede darse el gusto, ahí puede buscar la felicidad. De ese modo, el sexo se vuelve automático, habitual, rutinario, y también llega a ser un proceso embotador, vicioso. Ésa es, de hecho, la vida de ustedes; basta con que la observen, sin tratar de esquivarla, de excusarla. El hecho real es que no son creativos. Pueden tener bebés, innumerables bebés, pero ésa no es una acción creativa; es una acción accidental de la existencia.

Así, pues, una mente que no es alerta, vital, un corazón que no es afectuoso, pleno, ¿cómo pueden ser creativos? Y, al no ser creativos, ustedes buscan estímulo por medio del sexo, del entretenimiento, de los cines, teatros, viendo representar a otros mientras ustedes permanecen siendo espectadores; otros pintan el paisaje o danzan, y uno mismo no es sino un observador. Eso no es creación. De igual manera, se imprimen tantos libros en el mundo, porque ustedes se limitan a leer. No son creadores. Donde no hay creación, el único alivio es a través del sexo, y entonces convierten ustedes a sus esposas en prostitutas. Señores, no tienen ustedes idea de las implicaciones, la perversidad, la crueldad de todo esto. Sé que se sienten incómodos. No le conceden la reflexión que merece. Cierran sus mentes y, por eso, el sexo ha llegado a ser un problema inmenso en la civilización moderna; o es promiscuidad, o es el hábito del desahogo sexual en el matrimonio. El sexo seguirá siendo un problema en tanto no exista el estado creativo del ser. Podrán usar el control de la natalidad, podrán adoptar diversas prácticas, pero no están libres del sexo. La sublimación no es libertad, no lo son la represión ni el control. Hay libertad sólo cuando hay afecto, cuando hay amor. El amor es puro, y cuando eso falta, el tratar de volvernos puros mediante la sublimación del sexo, es mera estupidez. El factor que purifica es el amor, no nuestro deseo de ser puros. El hombre que ama es puro aun en el sexo, y sin amor, el sexo es lo que implica actualmente en sus vidas: una rutina, un proceso desagradable, una cosa que debemos evitar, ignorar, suprimir o complacernos en ella.

De modo que este problema del sexo existirá en tanto no haya liberación creativa. En lo religioso, no puede haber tal liberación creativa si ustedes aceptan la autoridad, ya sea de la tradición, de los libros sagrados o del sacerdote; porque la autoridad compele, falsea, pervierte. Donde hay autoridad, hay coacción, y ustedes aceptan la autoridad porque esperan obtener seguridad mediante la religión; y, mientras la mente esté buscando seguridad, ya sea intelectual o religiosamente, no podrá haber comprensión creadora, liberación creadora. La mente, el mecanismo de la mente es el que siempre está buscando seguridad, certidumbre. La mente se mueve todo el tiempo de lo conocido a lo conocido, y el mero cultivo de la mente, del intelecto, no es una liberación. Por el contrario, el intelecto sólo puede captar lo conocido, jamás lo desconocido. Por lo tanto, el mero cultivo de la mente mediante más y más conocimientos,

más y más técnica, no es creativo. Una mente que desee ser creativa, debe desechar el deseo de sentirse segura, deseo que implica búsqueda de la autoridad. La verdad puede revelarse sólo cuando la mente se halla libre de lo conocido, libre del deseo de seguridad, certidumbre. Pero miren lo que es nuestra educación: un mero aprobar exámenes para obtener un empleo y añadir unas cuantas letras después de nuestro apellido. Se ha vuelto totalmente mecánica, no es otra cosa que el cultivo de la mente, la cual es memoria. Tampoco de ese modo hay liberación.

Así, pues, en lo social, en lo religioso, en todos los aspectos, están ustedes atrapados y sujetos. Por lo tanto, un hombre que desee resolver este problema del sexo, debe desprenderse de los pensamientos que él mismo ha producido; cuando se halla en ese estado de libertad, hay creatividad: la creatividad del corazón que comprende. Cuando uno ama, hay castidad; lo inmoral, lo que no es casto, es la falta de amor. Y sin amor no es posible resolver ningún problema humano. Pero, en lugar de comprender los obstáculos que impiden el amor, tan sólo tratamos de sublimar, de reprimir el apetito sexual o de encontrarle sustitutos; y consideramos que la sustitución, sublimación o represión, implican alcanzar la realidad. Por el contrario, donde hay represión, la comprensión está ausente; donde hay sustitución, hay ignorancia. Nuestra dificultad es que estamos atrapados en este hábito de abstención, represión, sublimación. Por cierto, para percibir todo el significado de este hábito, uno tiene que observarlo, no sólo por uno o dos instantes, sino durante toda la vida. Uno tiene que ver cómo se halla atrapado en el mecanismo de la rutina, y para romper con él se requiere comprensión, conocimiento propio. Por lo tanto, es esencial que nos comprendamos a nosotros mismos, pero esa comprensión se vuelve extremadamente difícil si no existe la profunda intención de estudiarnos y comprendernos. El problema del sexo, que hoy es tan importante, tan enorme en nuestras vidas, pierde su importancia cuando existen la ternura, la calidez, la benevolencia, la compasión del amor.

Pregunta: ¿Está usted seguro de que no es el mito del Instructor del Mundo lo que lo mantiene activo? Para expresarlo de otra manera: ¿No es usted leal a su pasado? ¿No existe en usted un deseo de cumplir con las numerosas expectativas puestas en su persona? ¿No significan un obstáculo para usted? ¿Cómo puede proseguir a menos que destruya el mito?

KRISHNAMURTI: El mito da vida, una vida espuria, una vida de impotencia. El mito se vuelve necesario cuando no hay comprensión de la verdad en todo instante. La vida de la mayoría de las personas se guía por mitos, lo cual implica que esas personas creen en algo, y la creencia es un mito. O creen que ellas mismas son el Instructor del Mundo, o siguen un ideal, o tienen un mensaje para el mundo, o creen en Dios, o se adhieren a la fórmula de la izquierda o de la derecha, para el gobierno mundial. La mayoría de la gente está atrapada en un mito y, si se le quita el mito, su vida está vacía. Señores, si se

eliminan todas sus creencias, todos sus títulos, todas sus posesiones, todos sus recuerdos, ¿qué son ustedes? Están vacíos, ¿no es así? Por lo tanto, sus posesiones, sus ideas, sus creencias, son mitos que ustedes deben sostener, o están perdidos.

Ahora bien, el interlocutor desea saber si no es el mito del Instructor del Mundo lo que me mantiene activo. De hecho, no me interesa si lo soy o no lo soy; no me preocupa particularmente, porque estoy interesado en descubrir *lo que es* y en ver la verdad de *lo que es* de instante en instante. La verdad no es continua. Lo que continúa tiene un final, lo que continúa conoce la muerte. Pero aquello que es de instante en instante, es eterno, intemporal; y percibir, de instante en instante, lo verdadero, es hallarse en estado de eternidad. Para conocer lo eterno, tiene que haber vida de instante en instante, no la vida continua, porque lo que continúa se termina, muere; mientras que, aquello que vive de instante en instante, sin el residuo del ayer, es intemporal. Y eso *no* es un mito. Ese estado puede existir únicamente cuando uno no es leal al pasado, porque el pasado, el ayer, corrompe, destruye e impide el presente, que es el ahora, el hoy. El ayer utiliza el hoy como un pasaje hacia el mañana, de modo que el pasado moldea el presente y proyecta el futuro; y ese proceso, esa continuidad mental, conoce la muerte. Una mente así jamás puede descubrir la realidad.

Así, pues, no es el mito ni la lealtad al pasado ni el deseo de cumplir con esas expectativas puestas en mi persona, lo que me hace perseverar en lo que hago. Al contrario, todo eso es un impedimento. Las expectativas, el pasado y la lealtad al pasado, el apego a un rótulo, son una influencia que corrompe, otorgan una vida ficticia. Por eso, las personas que creen en un mito son muy activas y entusiastas. ¿No las conocen ustedes, el modo como trabajan, trabajan y trabajan? Y, tan pronto dejan de trabajar, les llega el fin. Señor, para el hombre que trabaja haciendo dinero, ése es su mito. Simplemente obsérvelo cuando se retira a la edad de 50 ó 60 años: declina muy rápidamente porque le han quitado su mito. Igual ocurre con el dirigente político; elimine su mito y verá cuán pronto se hunde, se desintegra. Lo mismo con el hombre que "cree" en algo. Dude de su creencia, cuestiónela, condénela, elimínela, y el hombre está acabado. Por lo tanto, la creencia, la lealtad, la adhesión al pasado, o el vivir conforme a una esperanza, son todos obstáculos.

¿Desea, pues, saber por qué persevero en esto? Es obvio, señor, siento que tengo algo que decir. Y también existe el afecto natural por algo, el amor por la verdad. Cuando uno ama, se mantiene activo; y el amor no es un mito. Usted puede elaborar un mito respecto del amor, pero para el hombre que ama, el amor *no* es un mito. Él podrá estar a solas en una habitación u ocupando una tribuna o cavando en el jardín; para él es lo mismo, porque su corazón está lleno. Es como tener en el jardín un manantial lleno de agua pura, agua que aplaca la sed, que purifica, que mantiene lejos a la corrupción; cuando existe un amor semejante, éste no es mera rutina mecánica de ir de reunión en reunión, de discusión en discusión, de entrevista en entrevista. Eso sería un fasti-

dio, y yo no podría hacerlo. Hacer algo que se convierte en una cosa rutinaria, sería autodestruirse.

Señores, cuando ustedes amen, cuando tengan el corazón lleno, sabrán qué es trabajar duro y sin esfuerzo alguno, vivir sin conflicto. La mente que no ama es la que se interesa en la lisonja, la que disfruta de la adulación y evita el insulto, la que necesita de la multitud, de una tribuna, de la confusión; pero una mente y un corazón semejantes, no conocerán el amor. Para el hombre cuyo corazón está lleno con las cosas de la mente, su mundo es un mundo de mitos, y él vive a base de mitos. Aquél que está libre de mitos es el que conoce el amor.

8 de agosto de 1948

SÉPTIMA PLÁTICA EN BANGALORE

Creo que, comprendiendo la relación, podremos comprender qué entendemos por independencia. La vida es un movimiento constante en la relación y, sin comprender la relación, originaremos confusión, lucha y esfuerzo estéril. Es importante, pues, comprender qué entendemos por relación, porque a base de la relación entre unos y otros se construye la sociedad. No puede haber aislamiento, no hay tal cosa como vivir en aislamiento. Lo que está aislado muere pronto.

Así que nuestro problema no es el significado de la independencia, sino qué entendemos por relación. Comprendiendo la relación, que es la conducta entre los seres humanos, ya sea íntimos o extraños, cercanos o muy distantes entre sí, comenzaremos a comprender todo el proceso de la existencia y el conflicto entre independencia y servidumbre. Debemos, pues, examinar muy detenidamente qué entendemos por relación. La relación, ¿no es en la actualidad un proceso de aislamiento y, por ende, un conflicto constante? La relación entre uno mismo y otro, entre uno y su esposa, entre uno y la sociedad, es el producto de este aislamiento. Por aislamiento quiero decir que estamos todo el tiempo buscando seguridad, satisfacción y poder. Al fin y al cabo, cada uno de nosotros, en su relación con otra persona, está buscando satisfacción, y donde hay búsqueda de bienestar, de seguridad —ya sea en una nación o en un individuo—, tiene que haber aislamiento, y lo que se halla aislado provoca conflicto. Todo lo que ofrece resistencia tiene que producir, por fuerza, conflicto entre sí mismo y aquello a lo que se resiste; y, dado que nuestra relación es, en su mayor parte, una forma de resistencia, creamos una sociedad que, inevitablemente, genera aislamiento y, en consecuencia, conflicto dentro y fuera de ese aislamiento. Así, pues, debemos examinar la relación tal como funciona realmente en nuestras vidas. Después de todo, lo que soy —mis acciones, mis pensamientos, mis sentimientos, mis motivos, mis intenciones— origina la

relación entre mí mismo y otro, relación que llamamos sociedad. No hay sociedad sin esta relación entre dos personas, y antes de que podamos hablar de la independencia, agitar la bandera y todo eso, tenemos que comprender la relación, lo cual implica que cada uno debe examinarse en su relación con otro ser humano.

Ahora bien, si examinamos nuestra vida, nuestra relación con otro, veremos que es un proceso de aislamiento. El otro, de hecho, no nos interesa; aunque hablemos muchísimo al respecto, no estamos realmente interesados. Nos relacionamos con alguien en tanto dicha relación nos gratifique, nos brinde un refugio, nos satisfaga. Pero tan pronto algo perturba la relación y nos sentimos incómodos en ella, la descartamos. En otras palabras, la relación existe mientras nos sentimos gratificados por ella. Esto podrá sonar duro, pero si examinan muy detenidamente su propia vida, verán que es un hecho; y eludir ese hecho es vivir en la ignorancia, lo cual jamás puede producir una verdadera relación.

Por consiguiente, si examinamos nuestra vida y observamos la relación, vemos que es un proceso de erigir resistencia contra otro, un muro por encima del cual miramos al otro; pero siempre conservamos el muro y permanecemos detrás de él, ya sea un muro psicológico, un muro material, económico o nacional. En tanto vivamos en aislamiento, detrás de un muro, no hay verdadera relación con el otro, y vivimos encerrados porque es mucho más gratificante, creemos que es mucho más seguro. El mundo es tan desgarrador, hay tanto sufrimiento, tanta pena, guerras, destrucción, desdicha, que deseamos escapar y vivir dentro de los muros de seguridad de nuestro propio ser psicológico. De modo que, para la mayoría de nosotros, la relación es, en realidad, un proceso de aislamiento; es obvio, entonces, que tal relación construye una sociedad que también provoca aislamiento. Es exactamente lo que está sucediendo en todo el mundo: permanecemos aislados y extendemos la mano por encima del muro, llamando a eso nacionalismo, hermandad, o como quieran llamarlo, pero de hecho, los gobiernos soberanos y los ejércitos continúan existiendo. O sea, pensamos que, aferrándonos a nuestras propias limitaciones, podremos dar origen a la unidad, a la paz mundial; y eso es imposible. En tanto tengamos una frontera, ya sea nacional, económica, religiosa o social, es un hecho evidente que no podrá haber paz en el mundo.

Ahora bien, el proceso de aislamiento es un proceso de búsqueda de poder, y si uno está buscando poder, ya sea individualmente o para un grupo racial o nacional, tiene que haber aislamiento, porque el deseo mismo de poder, de posición, es separatismo. A fin de cuentas, eso es lo que cada uno desea, ¿no es así? Desea una posición de poder desde la cual pueda dominar, en el hogar, en la oficina o en un régimen burocrático. Cada uno busca el poder y, al buscar el poder, establecerá una sociedad basada en el poder, militar, industrial, económico, etc., lo cual nuevamente es obvio. El deseo de poder, ¿no es aislador por su propia naturaleza? Pienso que es muy importante comprender esto, porque el hombre que desea un mundo pacífico, un mundo en el que

no haya guerras ni destrucción espantosa ni desdicha catastrófica en escala inmensurable, debe comprender esta cuestión fundamental, ¿no es así?

En tanto el individuo busque el poder, por mucho o poco que sea, como primer ministro, gobernador, abogado o simplemente como marido o esposa en el hogar, es decir, mientras deseemos la sensación de dominar, de compeler, de ser poderosos, de ejercer influencia sobre otros, estamos obligados, sin duda, a crear una sociedad que será el resultado de un proceso aislador, porque el poder es inherentemente aislador, separativo. Un hombre afectuoso, bueno, no tiene sentido alguno del poder; por lo tanto, un hombre así no está atado a ninguna nacionalidad, a ninguna bandera. No tiene bandera. Pero el hombre que busca el poder en cualquiera de sus formas, ya sea en una derivada de la burocracia, o de su propia proyección que él llama Dios, sigue atrapado en un proceso aislador. Si examinan muy atentamente el proceso del poder, verán que, por su misma naturaleza, es un proceso de encierro. Cada cual busca su propia posición, su propia seguridad, y en tanto exista ese motivo, la sociedad ha de edificarse sobre un proceso de aislamiento. Donde hay búsqueda de poder, hay un proceso de aislamiento, y lo que está aislado, por fuerza tiene que crear conflicto. Eso es, exactamente, lo que ocurre en todo el mundo: cada grupo está buscando el poder y, debido a eso, se aísla; y éste es el proceso del nacionalismo, del patriotismo que, finalmente, lleva a la guerra y a la destrucción.

Ahora bien, sin relación no hay posibilidad de existir en la vida, y en tanto la relación se base en el poder, en la dominación, tiene que existir el proceso de aislamiento que, inevitablemente, deriva en conflicto. No hay tal cosa como el vivir en aislamiento; no obstante, por buscar el poder en tantas formas diferentes, ustedes engendran aislamiento. El nacionalismo es una calamidad, porque a causa de su mismo espíritu nacionalista, patriótico, está creando un muro de aislamiento. Está tan identificado con su país, que levanta un muro contra otro país. Y ¿qué sucede, señores, cuando ustedes levantan un muro en contra de algo? Ese algo golpea constantemente contra el muro que han levantado. Cuando se resisten a algo, esa resistencia misma indica que están en conflicto con lo otro. Así, pues, el nacionalismo, que es un proceso de aislamiento, que es el resultado de la búsqueda de poder, no puede originar paz en el mundo. El hombre que es nacionalista y habla de hermandad, está mintiendo, vive en un estado de contradicción.

Por lo tanto, la paz del mundo es esencial; de lo contrario, seremos destruidos. Unos pocos podrán escapar, pero habrá una destrucción mayor que nunca, a menos que resolvamos el problema de la paz. La paz no es un ideal; un ideal, como ya lo discutimos, es ficticio. Lo real debe ser comprendido, y esa comprensión de lo real se ve impedida por la ficción que llamamos el ideal. Lo real es que cada cual está buscando el poder, busca títulos, posiciones de autoridad, etc., todo lo cual se disimula en diversas formas con palabras bien intencionadas. Éste es un problema vital, no es un problema teórico ni uno que pueda posponerse; exige acción ahora, porque es obvio que la catás-

trofe se aproxima. Si no llega mañana, vendrá el año próximo, o poco después, porque el ímpetu del proceso aislador ya está aquí; y aquél que realmente reflexione al respecto, debe abordar la raíz del problema, que es la búsqueda individual de poder, la cual da origen a la búsqueda del poder grupal, racial y nacional.

Ahora bien, ¿puede uno vivir en el mundo sin sentir deseo alguno de poder, de posición, de autoridad? Obviamente, sí. Lo hace cuando no se identifica con algo más grande. Esta identificación con algo más grande: el partido político, el país, la raza, la religión, Dios, es la búsqueda de poder. Debido a que en sí mismos están vacíos, son torpes, débiles, gustan de identificarse con algo más grande. Este deseo es el deseo de poder. Por eso, el nacionalismo o cualquier tipo de espíritu comunal, son una maldición en el mundo; siguen siendo el deseo de poder. Así, pues, lo importante para comprender la vida y, en consecuencia, la relación, es descubrir el motivo que nos impulse a cada uno de nosotros, porque lo que es ese motivo, es el medio que nos rodea. Según sea ese motivo, hay paz o destrucción en el mundo. Es esencial, pues, que cada uno de nosotros se dé cuenta de que el mundo se encuentra en un estado de desdicha y destrucción, y de que, si buscamos el poder, consciente o inconscientemente, estamos contribuyendo a esa destrucción, por lo que nuestra relación con la sociedad será un constante proceso de conflicto.

Hay múltiples formas de poder, no es solamente la adquisición de posiciones y riquezas. El deseo mismo de ser algo o alguien, es una forma de poder que genera aislamiento y, por ende, conflicto; y, a menos que cada uno comprenda el móvil, la intención de sus actos, muy poco importa la mera legislación gubernamental, porque lo interno se impone siempre sobre lo externo. Externamente, podrán ustedes construir una estructura pacífica, pero los hombres que la dirijan, la modificarán conforme a sus intenciones. Por eso es muy importante que quienes deseen crear una nueva cultura, una nueva sociedad, un Estado nuevo, se comprendan primero a sí mismos. Al tornarnos conscientes de nosotros mismos, de los diversos movimientos y las fluctuaciones internas, comprenderemos los motivos, las intenciones, los peligros ocultos; sólo en esa percepción alerta hay transformación. La regeneración podrá tener lugar únicamente cuando cese esta búsqueda de poder; sólo entonces podremos crear una nueva cultura, una sociedad no basada en el conflicto sino en la comprensión. La relación es un proceso autorrevelador, y sin conocernos a nosotros mismos —los comportamientos de nuestra mente y de nuestro corazón—, tiene muy poco sentido establecer simplemente un orden externo, un sistema, una fórmula ingeniosa. De modo que lo importante es comprenderse uno a sí mismo en su relación con otro ser humano. La relación se vuelve, entonces, no un proceso de aislamiento, sino un movimiento en el que descubrimos nuestros propios motivos, nuestros propios pensamientos, nuestras propias búsquedas; y, ese descubrimiento mismo, es el principio de la liberación, el principio de la transformación. Únicamente esta transformación inmediata puede dar origen a la revolución fundamental, radical, tan indispensable

en el mundo. La revolución dentro de los muros del aislamiento no es revolución. La revolución llega sólo cuando se destruyen los muros del aislamiento, y eso puede ocurrir únicamente cuando ya no estamos buscando el poder.

Tengo aquí varias preguntas, y trataré de contestar tantas como me sea posible.

Pregunta: ¿Puedo permanecer siendo un funcionario del gobierno si quiero seguir sus enseñanzas? La misma pregunta podría suscitarse en relación con muchas otras profesiones. ¿Cuál es la solución correcta para el problema de la subsistencia?

KRISHNAMURTI: Señores, ¿qué entendemos por subsistencia? Es ganarse la vida para cubrir las propias necesidades de alimento, ropa y vivienda, ¿no es así? La dificultad de los medios de subsistencia surge cuando utilizamos estas necesidades esenciales como un recurso de agresión psicológica. O sea, cuando uso las necesidades como un medio de exaltación personal, surge el problema de la subsistencia; y nuestra sociedad se basa fundamentalmente no en proveer a las necesidades esenciales, sino en la exaltación psicológica, usando estas necesidades para la autoexpansión interna de los individuos. Señores, es indispensable que mediten un poco sobre esto. Es obvio que el alimento, la ropa y la vivienda podrían producirse en abundancia, hay suficiente conocimiento científico como para satisfacer la demanda, pero la demanda para la guerra es mayor, no sólo debido a los atizadores de guerras, sino a cada uno de nosotros, porque cada uno de nosotros es violento. Así que el conocimiento científico alcanza para subvenir a todas las necesidades humanas; ello ha sido calculado, y todo lo indispensable podría producirse de modo tal que ningún hombre tuviera que pasar más necesidades. ¿Por qué no ocurre eso? Porque nadie se satisface con el alimento, la ropa y la vivienda; todos quieren algo más; puesto en palabras diferentes, el "más" es poder. Sin embargo, sería grosero satisfacerse con las meras necesidades elementales. Estaremos satisfechos con lo necesario en el verdadero sentido —que es estar libres del deseo de poder—, únicamente cuando hayamos encontrado el tesoro interno que es imperecedero y al que ustedes llaman Dios, verdad, o el nombre que quieran darle. Si pueden encontrar dentro de sí mismos esas riquezas imperecederas, entonces se satisfarán con pocas cosas; esas pocas cosas pueden ser provistas para todos.

Pero, desafortunadamente, nos arrebatan los valores sensorios. Los valores de los sentidos se han vuelto más importantes que los valores de lo real. Al fin y al cabo, toda nuestra estructura social, nuestra actual civilización, se basa esencialmente en los valores sensorios. Los valores sensorios no son tan sólo los valores de los sentidos, sino los valores del pensamiento, porque el pensamiento es también el resultado de los sentidos; y, cuando cultivamos el mecanismo del pensar, o sea, el intelecto, predomina en nosotros el pensamiento, que es también un valor sensorio. Así, en tanto estemos buscando valores sen-

sorios —tacto, gusto, olfato, percepción sensoria, pensamiento—, lo externo se torna mucho más importante que lo interno, y la mera negación de lo externo no es el camino hacia lo interno. Uno podrá negar lo externo y retirarse del mundo yendo a la jungla o a una cueva y allí pensar en Dios; pero, esa negación misma de lo externo sigue siendo sensoria, porque el pensamiento es sensorio; y cualquier valor basado en los sentidos, está obligado a generar confusión, que es lo que actualmente ocurre en el mundo. Lo sensorio domina, y en tanto la estructura social se construya sobre eso, los medios de subsistencia se volverán extraordinariamente difíciles.

¿Cuáles son, pues, los rectos medios de vida? Esta pregunta podrá ser respondida sólo cuando haya una revolución completa en los valores, que entonces no se basarán en lo sensorio. Ahora bien, si los que disponen de tiempo libre, como las personas de edad que cobran sus pensiones y que han pasado sus años jóvenes buscando a Dios o, si no, entregadas a diversas formas de destrucción, si realmente dedicaran su tiempo, su energía, a descubrir la solución correcta, actuarían como intermediarios, como instrumentos para dar origen a una verdadera revolución en el mundo. Pero eso no les interesa. Anhelan la seguridad. Han trabajado tantos años para obtener sus pensiones, que ahora quisieran vivir cómodamente por el resto de sus vidas. Disponen de tiempo, pero son indiferentes; sólo se interesan en alguna abstracción que ellos llaman Dios y que no tiene relación alguna con lo real; su abstracción no es Dios, es una forma de escape. Y aquéllos que llenan sus vidas con una actividad incesante, se encuentran atrapados en ella; no disponen de tiempo para hallar las respuestas a los múltiples problemas de la vida. Así, pues, la esperanza radica únicamente en aquéllos que se interesan en estas cosas, en dar origen a una transformación radical en el mundo mediante la comprensión de sí mismos.

Señores, no hay duda de que podemos ver qué es una mala profesión. Las de militar, policía, abogado son, obviamente, malas profesiones, porque prosperan gracias al conflicto, a la disensión; y el gran hombre de negocios, el capitalista, medra con la explotación. El gran negociante puede ser un individuo o puede ser el Estado; si el Estado se hace cargo de los grandes negocios, no deja de explotarnos a ustedes y a mí. Y, como la sociedad está basada en el ejército, la policía, la ley, en el gran hombre de negocios —o sea, en el principio de disensión, explotación y violencia—, ¿cómo podemos sobrevivir ustedes y yo, que queremos una profesión recta, decente?

Hay creciente desocupación, ejércitos más grandes, mayores fuerzas policiales con sus servicios secretos; y el gran comercio se vuelve más y más grande, formando enormes corporaciones que, a la larga, son asumidas por el Estado, ya que en ciertos países, el Estado se ha convertido en una gran corporación. Dada esta situación de explotación característica de una sociedad edificada sobre la discordia, ¿cómo han de encontrar ustedes un recto medio de vida? Es casi imposible, ¿verdad? O bien tienen que marcharse y formar, con unas cuantas personas, una comunidad —una comunidad cooperativa, autosuficiente—, o deben sucumbir a la enorme maquinaria social. Pero ya lo

ven, la mayoría de nosotros no se interesa en encontrar de veras el recto medio de vida. Casi todos se interesan en obtener un empleo y aferrarse a él en la esperanza de progresar con más y mejor remuneración. Debido a que cada uno de nosotros desea estar a salvo, seguro, tener una posición permanente, no ocurre una revolución radical. No son los autosatisfechos, los contentos de sí mismos, sino sólo los audaces, los temerarios, los que quieren experimentar con sus vidas, con su existencia, quienes descubren las cosas reales, una nueva manera de vivir.

Por lo tanto, antes de que pueda haber un recto medio de vida, deben ser vistos primeramente los falsos medios de subsistencia: el ejército, la ley, la policía, las grandes corporaciones empresarias que están absorbiendo dentro de ellas a la gente y la explotan, ya sea en nombre del Estado, del capital o de la religión. Cuando uno ve lo falso y erradica lo falso, hay transformación, hay revolución; sólo esa revolución puede dar origen a una nueva sociedad.

Buscar, como individuo, un recto medio de vida, es excelente, pero eso no resuelve la vastedad del problema. El problema se resuelve en su vastedad, sólo cuando ustedes y yo no buscamos la seguridad. Cuando ustedes buscan la seguridad, ¿qué sucede? ¿Qué está sucediendo actualmente en el mundo? Toda Europa anhela la seguridad, clama por ella, y ¿qué sucede? Ellos quieren seguridad a través de su nacionalismo. Después de todo, ustedes son nacionalistas porque desean la seguridad, y creen que van a tener seguridad gracias al nacionalismo. Se ha demostrado una y otra vez que no pueden tener seguridad por medio del nacionalismo, porque el nacionalismo es un proceso de aislamiento, genera guerras, infortunios y destrucción. Así, pues, los rectos medios de vida en vasta escala deben comenzar con aquéllos que comprenden qué es lo falso. Cuando ustedes combaten lo falso, crean los rectos medios de vida. Cuando luchan contra toda la estructura de discordia, de explotación, ya sea ejercida por la izquierda o por la derecha, o contra la autoridad de la religión y de los sacerdotes, ésa es la recta profesión en la actualidad, porque creará una sociedad nueva, una nueva cultura. Pero, para luchar así, primero deben ver, muy clara y definidamente, qué es falso, de modo tal que lo falso se desprenda. Para descubrir qué es falso, deben darse cuenta de ello; deben observar todo lo que hacen, piensan y sienten, gracias a lo cual no sólo descubrirán qué es falso, sino que de ello surgirá una nueva vitalidad, una energía nueva, y esa energía les dictará qué clase de trabajo han de hacer o no hacer.

Pregunta: ¿Puede usted exponer brevemente los principios básicos sobre los cuales debería construirse una nueva sociedad?

KRISHNAMURTI: Yo puedo exponer los principios, eso es muy simple, pero carecería de valor. Lo que tiene valor es que ustedes y yo descubramos juntos los principios básicos sobre los cuales puede construirse una nueva sociedad, porque tan pronto descubramos juntos cuáles son esos principios, habrá una nueva base de relación entre nosotros. ¿Comprenden? Entonces ya

no soy más el maestro ni ustedes los discípulos, o ustedes el auditorio y yo el disertante; partimos de una base por completo diferente. Significa ausencia de autoridad, ¿no es así? Somos partícipes en el descubrimiento y, por lo tanto, estamos cooperando; ni ustedes me dominan o influyen sobre mí, ni yo sobre ustedes. Ambos estamos descubriendo y cuando tanto de parte de ustedes como de la mía existe la intención de descubrir cuáles son los principios básicos de una nueva cultura, es obvio que no puede haber un espíritu autoritario, ¿verdad? Por lo tanto, ya hemos establecido un principio nuevo, ¿no es así? En tanto haya autoridad en la relación, hay coacción. Un gobierno que coacciona, un maestro que coacciona, un entorno que coacciona, no origina relación alguna, sino tan sólo un estado de esclavitud. Hemos descubierto, pues, algo juntos, porque sabemos que ambos deseamos crear una sociedad nueva en la cual no pueda existir la autoridad; y eso tiene una significación enorme, porque la estructura de nuestro presente orden social se basa en la autoridad. El especialista en educación, el especialista en medicina, el especialista militar, el especialista en leyes, el burócrata... todos ellos nos dominan: "Los *shastras* lo dicen, por lo tanto, tiene que ser verdadero; el gurú dice tal cosa; por lo tanto, debe ser correcta, voy a seguirla. En otras palabras, en una sociedad donde exista la búsqueda de lo real, la búsqueda de comprensión, donde sus integrantes procuren establecer una verdadera relación entre dos seres humanos, no puede haber autoridad". En el momento mismo en que descartamos la autoridad, estamos asociados con los demás seres humanos; por consiguiente, hay cooperación, afecto, lo contrario de la presente estructura social.

En la actualidad, ustedes confían sus hijos al educador, mientras que el educador mismo necesita educarse. En lo religioso, son simplemente imitadores, máquinas de copiar. En todo sentido, están dominados, influidos, coaccionados, forzados; y ¿cómo puede haber relación alguna entre el explotador y el explotado, entre los que están en el poder y los que se hallan sometidos al poder, a menos que éstos deseen la misma clase de poder? En tal caso, están en relación con ese poder. Pero si ven que cualquier deseo de poder es, de sí, destructivo, entonces no hay relación con los que buscan el poder.

Así, comenzamos a descubrir los principios básicos sobre los cuales puede construirse una nueva sociedad. Obviamente, una relación basada en el dominio de uno sobre otro, ya no es más una relación. Donde no hay dominio ni autoridad ni coacción, ¿qué es lo que eso implica? Implica que hay afecto, ternura, amor, comprensión. Para que eso ocurra, el domino debe desaparecer. Podemos discutir esto enseguida, si es que quieren escucharme. Parecen irritados... quizás estoy trastornando un poco sus planes, pero se irán de aquí y harán exactamente lo mismo que han hecho antes, porque no les interesa realmente encontrar un nuevo orden fundamental. Desean sentirse seguros, desean obtener posiciones o conservar las posiciones que tienen, y utilizarlas para sus propios fines, que califican de nobles; pero eso sigue siendo una forma de autoexpansión, de explotación.

Nuestra dificultad en estas discusiones y pláticas es que no somos muy

serios acerca de todo esto. Quisiéramos que las cosas cambiaran, pero poco a poco, de manera gradual y a nuestra conveniencia. No queremos que se nos perturbe demasiado, de modo que no estamos fundamentalmente interesados en una nueva cultura. El hombre que sí se interesa, ve como falsas las cosas evidentemente nocivas tales como la autoridad, la creencia, el nacionalismo, todo el espíritu jerárquico. Cuando usted descarta todo eso, ¿qué ocurre? Es simplemente un ciudadano, un ser humano carente de toda autoridad; y, cuando no tenga autoridad que ejercer, entonces quizá tenga amor y, por ende, comprensión. Eso es lo que se requiere: un grupo de personas que comprendan, que tengan afecto, cuyos corazones no estén llenos de palabras y frases vacías, de cosas de la mente. Ellas —no el mero hilar de palabras— son las que darán origen a una nueva cultura. Por lo tanto, es esencial que cada uno de nosotros se vea en el espejo de la relación, porque sólo a partir de allí es posible que surja una cultura nueva.

Pregunta: ¿Qué debemos hacer para tener un gobierno realmente bueno, y no tan sólo un gobierno propio?

KRISHNAMURTI: Señores, para tener un gobierno bueno, primero deben comprender qué entienden por "gobierno". No usemos palabras que no aluden a algo factual, palabras sin sentido, sin algo detrás de ellas. La palabra *reloj* se refiere a algo factual, pero no así las palabras *gobierno bueno*. Para encontrar a qué se refieren, tendremos que discutir qué entendemos por *gobierno* y qué entendemos por *bueno*; limitarse a decir "gobierno bueno", no tiene sentido.

Así, pues, averigüemos primero qué entendemos por *bueno*. No estoy hilando demasiado fino, no quiero hacer de esto una discusión como las que se generan en un centro estudiantil, sino que es muy importante descubrir de *qué* estamos hablando, y no limitarnos a usar palabras sin mucho sentido. Sé que nos alimentan a base de palabras; ello hace que nos impresione hablar de que tenemos gobierno propio y agitar la bandera; ya conocen ustedes todo ese asunto de hechizarnos con palabras cuando nuestras mentes y nuestros corazones están vacíos. Averigüemos, pues, qué significa para nosotros lo de *gobierno bueno*.

¿Qué entendemos por *bueno*? Es obvio que la palabra *bueno* se refiere a algo basado en el placer y el dolor. Bueno es lo que nos da placer; malo es lo que nos provoca dolor, ya sea interna o externamente, por dentro o fuera de la piel. Eso es un hecho, ¿verdad? Estamos considerando el hecho, *lo que es*, no lo que nos gustaría que fuese. El hecho es que, mientras busquemos placer en diversas formas, tales como la seguridad, la comodidad, el poder, el dinero, ese placer es lo que llamamos *bueno*; y cualquier cosa que perturbe el estado de placer, la consideramos *no buena*. No discuto esto desde el punto de vista filosófico, sino en relación con lo factual. Lo que deseamos es placer; es obvio, pues, que llamamos *bueno* a lo que nos brinda seguridad, bienestar, posición, poder, protección. ¿Me siguen? O sea, *gobierno bueno* es ese cuerpo institucional

capaz de suministrarles lo que desean; y si el gobierno no les da lo que desean, dicen: "¡Fuera con él!" —a menos, claro, que se trate de un gobierno totalitario—. Aun los gobiernos totalitarios pueden ser derrocados si la gente dice: "No queremos esto". Pero hoy en día resulta casi imposible producir una revolución física, debido a que los aviones y otras máquinas de guerra sin las cuales no puede haber una revolución moderna, se hallan en manos de los gobiernos. Así, pues, *bueno* es aquello que ustedes desean, ¿verdad, señores? No nos engañemos hilando un montón de palabras acerca del bien abstracto y del mal abstracto. El hecho es que, en nuestra vida cotidiana, a aquéllos que nos dan lo que queremos, los llamamos con diversos nombres, tales como *buenos, nobles, eficientes*, etc. Lo que deseamos es satisfacción en diferentes formas, y a lo que puede proporcionárnosla lo llamamos beneficioso.

El gobierno es, por lo tanto, el cuerpo que creamos desde nuestro propio deseo, ¿no es así? Es decir, el gobierno somos nosotros. Lo que somos, eso es el gobierno, lo cual es un hecho muy obvio en el mundo. Ustedes odian a un determinado país, y eligen a aquellas personas que habrán de apoyar ese odio. Tienen inclinaciones hacia la organización comunal, o sea, hacia la descentralización del poder, y crean un gobierno que sostenga ese punto de vista, lo cual también es un hecho obvio que no necesitamos explicar en detalle. Puesto que el gobierno que tienen es lo que son ustedes, ¿cómo pueden tener un gobierno *bueno*? Podrán tenerlo únicamente cuando se hayan transformado a sí mismos. De lo contrario, el gobierno no es sino un despacho oficial, un grupo de personas elegido por ustedes con el fin de que les suministre lo que desean. Dicen que no quieren la guerra, pero fomentan todas las causas que generan guerra, tales como el nacionalismo, la organización comunal y demás. Siendo ésa su condición crean un gobierno, así como crean una sociedad, a su propia imagen y semejanza; y, habiendo creado ese gobierno, el gobierno a su vez los explota. De modo que se trata de un círculo vicioso. Podrá haber un gobierno bueno —no lo llamaré "bueno"—, podrá haber un gobierno cuerdo, sólo cuando ustedes mismos sean cuerdos. Señores, no se sonrían. Eso es un hecho: no somos seres humanos cuerdos, racionales, puros. Estamos desequilibrados; en consecuencia, nuestros gobiernos están desequilibrados. ¿Dirían ustedes, señores, que, viendo cómo todo el mundo se halla atrapado en la espantosa catástrofe de la guerra y en la producción de maquinarias bélicas, un ser humano cuerdo no deseará acabar con eso? Por consiguiente, él descubrirá cuáles son las causas de la guerra y no dirá: "Bueno, es mi país, debo protegerlo" lo cual es demasiado tonto e inmaduro.

Ahora bien, una de las causas de la guerra es la codicia —la avidez que uno tiene de ser algo más grande—, la cual hace que se identifiquen con el país. Dicen: "Soy hindú", "soy budista", "soy cristiano", "soy ruso", lo que fuere. Ésa es una de las causas de la guerra. Pero un hombre que es cuerdo dice: "Voy a librarme de esa imitación insana que finalmente produce destrucción". Por lo tanto, primero debemos crear cordura, no un plan para un nuevo gobierno o para un así llamado gobierno bueno; y, para estar cuerdos, debemos saber

lo que somos, debemos ser conscientes de nosotros mismos. Pero ya lo ven, eso no les interesa. Se interesan en agitar banderas, en escuchar discursos carentes de sentido, en cosas que los estimulen. Todo esto indica falta de cordura. Y, ¿cómo pueden esperar que un gobierno sea cuerdo, cuando los ciudadanos no están plenamente despiertos, cuando están alerta a medias y se hallan desequilibrados?

Señores, cuando ustedes mismos están confusos, el líder que crean está confuso, y la voz que escucharán es la del que está confuso. Si ustedes no están confusos, si están claros, serenos, no tendrán ningún líder; si en ustedes hay claridad, no esperarán a que el gobierno les diga lo que tienen que hacer. ¿Por qué necesita un hombre que haya un gobierno? Algunos de ustedes sonríen y desecharán lo que digo. Debido a que no saben cómo amar racionalmente, humanamente, quieren que alguien les diga lo que deben hacer; por eso, las leyes se multiplican, hay cada vez más y más leyes que les dicen lo que deben y lo que no deben hacer. Así que es culpa de ustedes, señores. Ustedes son responsables por el gobierno que tienen o que van a tener, porque, a menos que se transformen radicalmente a sí mismos, su gobierno será lo que son ustedes. Si son propensos a la organización comunal, crearán un gobierno igual a ustedes. Y ¿qué significa eso? Más perturbaciones, más destrucción.

En consecuencia, podrá haber una sociedad cuerda, un mundo cuerdo, únicamente cuando ustedes, como parte de la sociedad actual, del mundo actual, rompan con él, o sea, se vuelven cuerdos; y podrá haber cordura sólo cuando rechacen drásticamente a la autoridad, cuando no estén atrapados en el espíritu nacionalista, patriótico, cuando traten a los seres humanos como seres humanos, no como brahmines o pertenecientes a alguna otra casta o nación. Y es imposible tratar a los seres humanos como seres humanos, si les ponemos rótulos, si los calificamos, si les damos el nombre de hindúes, rusos, o lo que fuere. Es mucho más fácil rotular a las personas, porque entonces pueden pasar junto a ellas y patearlas, o arrojar una bomba sobre la India o sobre Japón. En cambio, si uno no tiene rótulos, si trata a las personas simplemente como seres humanos, ¿qué ocurre? que debe estar muy alerta, que debe ser muy prudente en su relación con el otro. Pero como ustedes no quieren hacer eso, crean el gobierno que les conviene.

Pregunta: ¿Qué es eterno, el amor o la muerte? ¿Qué ocurre con el amor cuando la muerte le corta el hilo? ¿Qué ocurre con la muerte cuando el amor reclama sus derechos?

KRISHNAMURTI: Una vez más, debemos averiguar qué entendemos por muerte y que entendemos por amor. Lo siento, algunos de ustedes se aburren con todo esto. ¿Están cansados?

Comentario: No, señor.

KRISHNAMURTI: Me sorprende, porque hemos abordado cosas muy serias. La vida es seria, sumamente seria. Sólo las personas de cabeza hueca y las de corazón torpe son triviales, y si ustedes se aburren con las cosas serias de la vida, ello indica lo inmaduros que son. Ésta es una pregunta que concierne a todos, al totalitario, al político o a ustedes, porque, nos guste o no, la muerte nos aguarda a cada uno de nosotros. Uno podrá ser un alto funcionario del gobierno, con títulos, riqueza, posición y un trato preferente, pero al final de ello se encuentra esta cosa inevitable. Entonces, ¿qué entendemos por muerte? Entendemos, es obvio, el poner fin a la continuidad, ¿no es así? Existe una muerte física, y estamos un poco ansiosos respecto de ella, pero esa muerte no importa si podemos superarla continuando en alguna otra forma. Así, cuando preguntamos acerca de la muerte, lo que nos interesa es si hay continuidad o no. Y ¿qué es la cosa que continúa? Evidentemente, nuestro cuerpo no, porque todos los días vemos que entierran o creman a la gente que muere. Por lo tanto, nos referimos, ¿no es así?, a una continuidad suprasensorial, una continuidad psicológica, una continuidad del pensamiento, del carácter, a la que ustedes llaman alma o el nombre que quieran darle.

Queremos saber si el pensamiento continúa. Es decir, he meditado, he practicado muchísimas cosas, no he terminado de escribir mi libro, no he completado mi profesión, estoy débil y necesito tiempo para fortalecerme, quiero continuar con mi placer, etc.; y tengo miedo de que la muerte ponga fin a todo eso. De modo que la muerte es una forma de frustración, ¿verdad? Estoy haciendo algo y no quiero que se termine; necesito la continuidad para realizarme plenamente. Ahora bien, ¿hay realización plena por obra de la continuidad? Obviamente, la continuidad permite cierta clase de realización. Si estoy escribiendo un libro, no quiero morir hasta que lo haya terminado; deseo tiempo para desarrollar cierto carácter, etc. Por lo tanto, hay miedo a la muerte sólo cuando existe el deseo de realizarnos, porque para realizarnos tiene que haber tiempo, longevidad, continuidad. Pero si uno puede realizarse plenamente de instante en instante, no teme a la muerte.

Y bien, nuestro problema es como tener continuidad a pesar de la muerte, ¿no es así? Y ustedes quieren una seguridad de mi parte; o, si no les doy una garantía al respecto, acuden a algún otro, a sus gurúes, a sus libros, o a varias otras formas de distracción y escape. Así, pues, escuchándome ustedes y hablándoles yo, vamos a descubrir juntos qué entendemos realmente por continuidad, qué es lo que continúa y qué queremos que continúe. Lo que continúa es, obviamente, un anhelo, un deseo, ¿verdad? No soy poderoso pero me gustaría serlo; no he edificado mi casa pero quisiera edificarla; no tengo ese título pero quisiera obtenerlo; no he amasado bastante dinero, pero lo haré pronto; quisiera encontrar a Dios en esta vida... y así sucesivamente. De modo que la continuidad es el proceso del deseo. Cuando esta continuidad llega a su fin, llaman a eso muerte, ¿no es así? Quieren que el deseo continúe como un medio para lograr algo, como un proceso mediante el cual puedan realizarse personalmente. Esto es bastante simple, sin duda.

Ahora bien, es obvio que el pensamiento continúa a pesar de nuestra muerte física. Esto ha sido comprobado. El pensamiento es una continuidad porque, después de todo, ¿qué son ustedes? No son sino pensamiento, ¿verdad? Son el pensamiento de un nombre, de una posición, el pensamiento del dinero; son nada más que una idea. Eliminen la idea, eliminen el pensamiento y, ¿dónde está uno? Somos, pues, una personificación del pensamiento en lo que llamamos el "yo". Ahora bien, uno dice que el pensamiento debe continuar, porque el pensamiento hará posible que me realice y que finalmente encuentre lo real. ¿No es así? Por eso quieren ustedes que el pensamiento continúe; quieren que continúe porque creen que el pensamiento va a dar con lo real, con eso que ustedes llaman felicidad, Dios, o el nombre que prefieran darle.

Ahora bien, ¿encuentran lo real mediante la continuidad del pensamiento? Para expresarlo de un modo diferente: el proceso del pensamiento ¿descubre lo real? ¿Comprenden lo que quiero decir? Deseo la felicidad y la busco por diversos medios: propiedad, posición, riqueza, mujeres, hombres, lo que fuere. Todo eso exige un pensamiento que anda en pos de la felicidad, ¿no? Y bien, ¿puede el pensamiento hallar la felicidad? Si puede hacerlo, entonces el pensamiento *debe* tener una continuidad. Pero ¿qué es el pensamiento? El pensamiento no es sino la respuesta de la memoria, ¿verdad? Si ustedes no tuvieran memoria, no habría pensamiento. Estarían en un estado de amnesia, tendrían la mente en blanco (tal como la mayoría de la gente desea estar). El pensar se hipnotiza a sí mismo y permanece en cierto estado, que es un estado de mente en blanco. Pero no estamos tratando de discutir el estado de amnesia; queremos descubrir qué es el pensamiento. El pensamiento, si lo consideran con un poco de atención, es la respuesta de la memoria, y la memoria es el resultado de una experiencia incompleta. Piensan, pues, que por medio de una experiencia incompleta van a encontrar lo completo, lo total, lo real. ¿Cómo puede hacerse eso? ¿Entienden lo que quiero decir? Señores, probablemente no están considerando esto a fondo. Quieren saber si hay o no hay continuidad, eso es todo; desean una garantía. Cuando buscan una garantía, están buscando la autoridad, buscan satisfacción; no desean conocer lo real. Sólo lo real los liberará, no una garantía o que yo les dé esa seguridad. Estamos intentando descubrir qué es verdadero en todo esto.

Puesto que el pensamiento es el resultado de una experiencia incompleta —ya que uno no recuerda, en el sentido psicológico, una experiencia completa—, ¿cómo puede el pensamiento, mediante su propio estado condicionado, incompleto, encontrar aquello que es completo? ¿Me siguen? Así que nos preguntamos: ¿Puede haber, acaso, una renovación, una regeneración, un estado en que todo sea fresco, nuevo, gracias a la continuidad del proceso de pensamiento? Al fin y al cabo, si hay renovación, entonces no nos atemoriza la muerte. Si para uno hay renovación de instante en instante, no hay muerte. Pero hay muerte y existe el miedo a la muerte si uno exige una continuidad del proceso de pensamiento. Evidentemente, lo que puede continuar es tan sólo el pensa-

miento, una idea acerca de uno mismo. Esa idea es el producto del pensamiento, el producto de una mente condicionada, porque el pensamiento es producto del pasado, su base se halla en el pasado. Y, a través del tiempo, de la continuación del pasado, ¿encontrará uno lo intemporal?

Acudimos, pues, a la continuidad como un medio de renovación, como un medio para dar origen a un estado nuevo. De lo contrario, no deseamos la continuidad, ¿no es cierto? Es decir, deseo la continuidad sólo si promete el nuevo estado, de otro modo, no la deseo, porque mi estado actual es desdichado. Si mediante la continuidad puedo encontrar la dicha, entonces deseo la continuidad. Pero, ¿puedo encontrar la dicha por medio de la continuidad? Sólo existe la continuidad del pensamiento; el pensamiento es la respuesta de la memoria, y la memoria es siempre condicionada, se halla siempre en el pasado. La memoria permanece muerta todo el tiempo; cobra vida sólo a través del presente. Por lo tanto, el pensamiento como continuidad no puede ser el medio de renovación. El pensamiento que continúa, es tan sólo el pasado que prosigue en una forma modificada; en consecuencia, eso no es una renovación. A través de ese pasaje no hay esperanza alguna. Hay esperanza únicamente cuando veo la verdad de que en la continuidad no hay renovación. Y cuando veo eso, ¿qué ocurre? Entonces, sólo me intereso en terminar, de instante en instante, con el proceso del pensamiento —¡lo cual no es una locura!—. El proceso del pensamiento llega a su fin sólo cuando comprendo su falsedad como medio de alcanzar un objetivo deseable o de evitar uno doloroso. Cuando veo lo falso como falso, lo falso se desprende y desaparece. ¿Cuál es, entonces, el estado de la mente? Entonces la mente se halla en un estado de alta sensibilidad y receptividad, de gran quietud, porque no hay en ella miedo alguno. ¿Qué ocurre cuando no hay miedo? Hay amor, ¿verdad? Sólo en el estado negativo puede haber amor, no en el estado positivo. El estado positivo es la continuidad del pensamiento hacia un fin deseado, y en tanto exista eso, no puede haber amor.

El interlocutor también desea saber qué pasa con el amor cuando la muerte le corta el hilo. El amor no es una continuidad. Si usted se observa, si observa su propio amor, verá que éste es de instante en instante, usted no piensa que el amor tiene que continuar. Lo que continúa es un obstáculo para el amor. Sólo el pensamiento puede continuar, no el amor. Uno puede pensar acerca del amor, y ese pensamiento puede continuar, pero el pensamiento acerca del amor no es amor —y allí radica nuestra dificultad—. Usted piensa acerca del amor y desea que el pensamiento continúe; por lo tanto, pregunta: "¿Qué ocurre con el amor cuando llega la muerte?". Pero usted no se interesa en el amor, se interesa en el pensamiento acerca del amor, el cual no es amor. Cuando uno ama, no hay continuidad. Sólo el pensamiento desea que el amor continúe, pero el pensamiento no es amor. Señores, esto es muy importante. Cuando amamos, cuando de veras amamos a alguien, no estamos pensando, no hay cálculo; todo nuestro corazón, todo nuestro ser está abierto. Pero cuando solamente pensamos acerca del amor, o acerca de la persona a la que amamos,

nuestro corazón está seco; por consiguiente, ya estamos muertos. El miedo a la muerte no es sino el miedo a no continuar, y cuando hay amor, no hay sentido de continuidad.

El interlocutor pregunta también: "¿Qué ocurre con la muerte cuando el amor reclama sus derechos?". Señores, el amor no tiene derechos que reclamar, y ésa es la belleza del amor. Aquello que es el más alto estado de negación, nada reclama, nada exige; es un estado de *ser*. Y cuando hay amor, no hay muerte; la muerte existe sólo cuando surge el proceso del pensamiento. Cuando hay amor no hay muerte, porque no hay miedo; y el amor no es un estado continuo, el cual, como vimos, es el proceso del pensamiento. El amor es, simplemente, *ser* de instante en instante. Por lo tanto, el amor es su propia eternidad.

15 de agosto de 1948

Poona, India, 1948

PRIMERA PLÁTICA EN POONA

Como durante las próximas semanas vamos a tener varias pláticas, creo que es importante comprender la relación entre quien les habla y ustedes. En primer lugar, no estamos tratando con ideas ni con opiniones. No intento convencerlos con respecto a ningún punto de vista en particular, ni trato de comunicar idea alguna, porque no creo que las ideas, las opiniones, puedan producir un cambio fundamental en la acción. Lo que da origen a un cambio radical es la comprensión acerca de *lo que es*. De modo que no tratamos con opiniones ni con ideas. Las ideas se topan siempre con una resistencia; una idea puede ser siempre combatida por otra idea, y las opiniones pueden generar contradicción. Por lo tanto, es completamente inútil buscar la solución de un problema por medio de una idea. Como digo, las ideas no producen una transformación radical, y hoy en día es esencial que haya una transformación radical, una revolución de valores, tanto en los asuntos del mundo como en nuestras vidas individuales. Un cambio de valores semejante no puede originarse en el mero cambio de ideas o en la sustitución de sistemas. No trato, pues, de persuadirlos ni de disuadirlos respecto de algún particular punto de vista. Ni actúo como gurú para nadie, porque no creo que un gurú sea necesario para el descubrimiento de la verdad. Por el contrario, el gurú es un obstáculo para el descubrimiento de lo real. Tampoco actúo como un líder, creando una opinión, una organización, porque el líder es un factor de deterioro en la sociedad.

Así, pues, tanto ustedes como yo debemos ser muy claros en cuanto a la naturaleza de nuestra relación; antes de que puedan rechazar o aceptar lo que dice quien les habla, deben saber cuál es su actitud. Si me permiten sugerirlo, antes de desechar alguna de las cosas que digo, examínenla muy cuidadosamente sin prejuicio alguno. Es muy difícil examinar una cosa sin prejuzgar; pero si hemos de comprender algo, no debe haber ningún prejuicio, y no podemos remitir simplemente a alguna autoridad antigua lo que aquí se está expresando. Eso no sería más que otra forma de escape. Lo que quiero intentar durante estas discusiones y pláticas, es señalar ciertas cosas; y, mientras las señalo, les ruego que no se conviertan en meros espectadores, observadores u oyen-

tes. Porque ustedes y yo vamos a emprender un viaje para ver si podemos descubrir toda la secuencia histórica de la civilización moderna, su esplendor y su catástrofe, en lo cual están involucrados tanto el Oriente como el Occidente. Es un viaje de descubrimiento que vamos a emprender juntos, a fin de ver con gran claridad y de manera directa, lo que está sucediendo. Para eso, no necesitan un líder ni un gurú ni una organización ni opiniones de ninguna clase. Lo que necesitan es claridad de percepción para ver las cosas tal como son realmente, y cuando uno ve las cosas de ese modo, la verdad se manifiesta. Para ver claramente, deben ustedes conceder a todo, no una atención esporádica, sino una atención directa sin distracción alguna; y ésa va a ser nuestra dificultad.

Tenemos muchísimos problemas, políticos, económicos, sociales y religiosos, todos exigiendo acción, pero antes de que podamos actuar, debemos saber en qué consiste el problema. Sería realmente absurdo limitarse a actuar sin conocer toda la secuencia de un problema. Pero a casi todos nosotros nos interesa la actividad; queremos hacer algo. Hay problemas comunales, nacionales, problemas de guerra, de hambre, de diferencias lingüísticas, e innumerables otros problemas, y cuando nos enfrentamos con ellos, queremos saber cómo actuar. Todo nuestro impulso, lo que nos mueve, no es estudiar la cuestión, el problema, sino "hacer" algo al respecto. Después de todo, un problema como el hambre requiere muchísimo estudio, muchísima comprensión. Cuando comprendemos hay acción. El mero actuar a base de alguna respuesta superficial es completamente inútil y nos conduce a una confusión mayor.

Ahora bien, lo que ustedes y yo vamos a hacer, si quieren, es examinar muy clara, sensata y racionalmente, el problema total de nuestra existencia. No voy a decirles qué deben pensar —eso lo hacen los propagandistas—, sino que, al examinar *lo que es*, vamos a aprender *cómo* pensar acerca de un problema, lo cual es mucho más importante que ser aleccionados acerca de *qué* debemos pensar. El problema del mundo es en la actualidad tan grave, la catástrofe tan inminente, el desastre se está extendiendo con tanta rapidez, que el pensar meramente conforme a una fórmula, de la derecha o de la izquierda, es totalmente inútil. Una fórmula no puede producir una respuesta; sólo puede producir una acción conforme a su propia y limitada norma. Lo esencial, pues, en estas discusiones y pláticas es, ante todo, darnos cuenta de que nos enfrentamos con problemas que requieren un estudio muy detenido, pero no de acuerdo con algún plan premeditado ni con alguna idea preconcebida. No les estoy ofreciendo un plan ni les digo qué deben hacer, sino que ustedes y yo juntos vamos a descubrir en qué consiste el problema. Al comprender el problema, comprenderemos la verdad en relación con el problema; ése es el único modo racional de abordarlo. Si están buscando una fórmula, un sistema, me temo que se sentirán decepcionados, porque no me propongo darles una fórmula. La vida no tiene fórmulas. Los intelectuales son los que tienen una fórmula que desean imponer sobre la vida. Debemos ser muy claros a este respecto. Si han llegado a esta reunión movidos por la curiosidad porque han leído algo acerca

de mi supuesta posición, puede ser que salgan satisfechos o insatisfechos; pero, sin una intención seria, jamás comprenderán todo el problema de la existencia. El problema no es tan sólo indio, maharashtra o gujarat, todo lo cual es infantil; el problema es universal. El problema de ustedes es mi problema, es el problema de cada individuo, ya sea en Europa, América o Rusia.

De modo que voy a ayudarlos a pensar rectamente; ustedes y yo vamos a emprender un viaje en los problemas de la presente crisis mundial. Para hacer eso, debo solicitar su cooperación. En este caso, la cooperación consiste en un apropiado escuchar; o sea, a medida que avanzamos juntos, ustedes deben experimentar lo que se dice, y no limitarse a oír la disertación y luego marcharse de aquí con cierta serie de ideas de aceptación o rechazo. Ustedes y yo juntos emprenderemos un viaje y, a fin de emprender el viaje, deben estar preparados para experimentar, observar, vigilar y estar atentos a las implicaciones de ese viaje. Así, pues, si me permiten insistir en ello, para comprender deben no sólo escuchar objetivamente lo que se discute, sino experimentarlo internamente. No estoy siendo dogmático —es estúpido ser dogmático, y las personas dogmáticas son intolerables—. El hombre que dice que sabe, no sabe; es preciso que nos cuidemos de tales personas. Al emprender el viaje, debemos tener bien en claro qué es necesario. El primer requisito esencial es que no debemos estar atados a ninguna experiencia pasada, ya sea personal, nacional o religiosa. Si emprendemos un viaje de verdadera investigación, debemos desechar todas esas servidumbres que nos retienen. Eso es difícil, especialmente para las personas mayores, que están más firmemente arraigadas en la tradición, en la familia, y para las personas con una cuenta bancaria; y los jóvenes se presentarán si hay alguna recompensa, si se les garantiza un placer, una posición, una respuesta inmediata. Así que estamos rodeados de muchas dificultades.

Ahora bien, ¿cuál es nuestro problema? El problema común de la existencia cotidiana es, indudablemente, el del sufrimiento, ¿no es así? El sufrimiento en diferentes formas es lo que nos toca en suerte a todos nosotros, ya sea el sufrimiento causado por lo económico, por lo social, el sufrimiento que trae consigo la muerte, etc. Existe, naturalmente, un deseo de sentirnos seguros en medio de la inseguridad, de la incertidumbre que nos rodea. Queremos seguridad en relación con el alimento, la ropa y la vivienda, seguridad en nuestras relaciones, en nuestras ideas. ¿No es eso, acaso, lo que estamos buscando? queremos estar seguros en nuestras posesiones, ya sea posesiones de cosas, de personas o de ideas; y por nuestras posesiones estamos dispuestos a combatir, mutilar, destruir. A fin de sentirnos seguros en nuestras relaciones, posesiones e ideas, hemos creado fronteras nacionales, creencias, dioses, líderes y demás. Cuando cada uno de nosotros está, de ese modo, buscando la seguridad, es natural que haya oposición, y esta oposición genera conflicto en nuestra vida; la existencia es, entonces, una batalla constante, un conflicto constante. Estando en conflicto, siendo desdichados, anhelamos encontrar la verdad. Expresada así, sucintamente, ésa es nuestra situación, y la examinaremos en detalle a

medida que vayamos avanzando. Lo importante en nuestra vida es cómo eliminar el conflicto, cómo no ejercer resistencia alguna; por cierto, ése es nuestro problema, ¿verdad?

En todo el mundo hay guerras, hambre, competencia despiadada, conflicto entre los pueblos, entre las familias, dentro y fuera de la familia; hay división entre brahmines y no brahmines, entre indios y europeos, entre japoneses y norteamericanos, etc. Nuestro problema inmediato es el del alimento, la ropa y la vivienda, y la posibilidad de proveer estas necesidades para todos, de manera tal que no haya hambre en el mundo. Cada partido político, cada sistema, ya sea de la izquierda o de la derecha, ofrece una solución opuesta a otra, y del mismo modo seguimos ustedes y yo con nuestras rivalidades en lo político, social y económico. Nuestra vida es una lucha constante por mantener nuestra posición, por acumular dinero y apegarnos a él; y estamos acosados por otros innumerables problemas: el problema de la muerte y qué ocurre después de la muerte, el problema de la existencia de Dios, de la naturaleza de la verdad, etc. ¿Cómo vamos a abordar, ustedes y yo, estos complejos problemas?

Todos los intelectuales del mundo que han investigado estos problemas tratando de mostrarnos el modo de solucionarlos, han fallado en su intento. Ésa es la calamidad de la civilización moderna, ¿no es así? Los intelectuales han fracasado, sus fórmulas son impracticables, y nosotros nos enfrentamos directamente con el problema del hambre y de la correcta clase de relación humana. Nuestro interés está, entonces, en la acción, en la relación, en descubrir cómo puede uno abordar de un modo nuevo todos estos problemas. Hemos visto que, el abordarlos de la vieja y rutinaria manera, no ha producido cambios fundamentales, sino que sólo ha aumentado la confusión. Así, pues, ¿cómo podemos ustedes y yo, abordar estos problemas de un modo nuevo? Obviamente, no podemos esperar que algún otro, un gurú o un líder, resuelva nuestras dificultades. Eso es infantil, es un pensar inmaduro. La responsabilidad es de ustedes y mía; puesto que los líderes han fracasado, y no tienen sentido alguno los sistemas y las fórmulas, no podemos sentarnos como espectadores aguardando a que nos digan lo que debemos hacer. Entonces, ¿cómo vamos a actuar en relación con estos problemas?

Antes de que podamos actuar, debemos saber cómo pensar. No actuamos sin pensamiento. La mayoría de nosotros actúa irreflexivamente, y actuar así nos ha conducido a esta confusión. Debemos, pues, descubrir cómo pensar, antes de saber cómo actuar. Ustedes y yo tenemos que descubrir el recto modo de pensar, ¿no es cierto? Si nos limitamos a citar el Bhagavad Gita, la Biblia o el Corán, eso no tiene sentido; carece de valor citar lo que algún otro ha dicho. Repetir una verdad es repetir una mentira. Pensamos que, repitiendo, hemos resuelto el problema. ¡Qué absurdo! La autoridad, ya sea moderna o antigua, no tiene relación alguna con el recto pensar. Sólo cuando ustedes y yo descubramos cómo pensar rectamente, podremos resolver los colosales problemas con que nos enfrentamos. Si esperamos que otros

hagan el trabajo, ellos se volverán los líderes, y los líderes nos conducen inevitablemente a la catástrofe.

Ahora bien, ¿cómo empiezan ustedes a pensar rectamente? Para ello, deben conocerse a sí mismos, ¿no es así? Si no se conocen a sí mismos, no tienen base para el recto pensar; por lo tanto, no tiene valor lo que piensan. Ustedes no son diferentes del mundo; el problema del mundo es el problema de ustedes, y el proceso de cada uno de ustedes es el proceso total del mundo. Es decir, ustedes han creado el problema, que es tanto individual como universal, y para originar la recta acción que lo resolverá, deben ser capaces de pensar rectamente; es obvio que, para pensar rectamente, deben conocerse a sí mismos.

Por lo tanto, nuestro principal interés no es la mera salvación personal, sino saber cómo pensar rectamente por obra del conocimiento propio. Los individuos, cada uno de ustedes y yo, damos origen al mundo; en consecuencia, el individuo es de máxima importancia. Ustedes y yo somos responsables por la brutal confusión que reina en el mundo: el patriotismo, los nacionalismos en disputa, las absurdas divisiones de los pueblos. Examinaremos todo esto más tarde. Pero es obvio que ustedes y yo —no alguna fuerza misteriosa— somos responsables por la desdicha mundial. Es nuestra responsabilidad directa, y para generar la recta acción, tiene que haber un recto pensar. Así, pues, ustedes y yo somos sumamente importantes. Como dije, en tanto no sepan ustedes lo que son, carecen de base pare el recto pensar, y por eso es esencial que se conozcan a sí mismos antes de que hagan algo. Las personas listas que están aquí quizá digan: "Nosotros lo conocemos todo acerca del problema del mundo". Cuando dicen eso, es porque no quieren actuar. Ofrecer una solución para el problema del mundo sin conocernos a nosotros mismos, no es otra cosa que una postergación de lo inevitable, porque el problema del mundo es nuestro propio problema, y el individuo no está separado del mundo.

En la comprensión de sí mismo, uno no se está apartando del mundo. No hay tal cosa como la existencia en aislamiento. Nada vive en aislamiento, y yo no estoy proponiendo ni un escape ni una evitación ni un retiro respecto de la vida. Por el contrario, uno puede comprenderse a sí mismo únicamente en la relación con las cosas, las personas y las ideas, y esa relación está siempre presente en la existencia, jamás está ausente. La relación es un proceso autorrevelador. Uno no puede negar la relación, si la niega, uno mismo cesa de existir. Lo que estoy diciendo, pues, es práctico, no es algo vago. Pero, en primer lugar deben ustedes ver el problema, y después descubrir el modo de encararlo; al encararlo apropiadamente, serán capaces de resolverlo. Por eso son ustedes sumamente importantes.

Durante las próximas seis semanas voy a hablarles sobre la manera de comprendernos a nosotros mismos, a fin de que haya un recto pensar y, por lo tanto, recta acción con respecto a los problemas que debemos afrontar. Existe una diferencia entre recto pensar y recto pensamiento. El recto pensamiento es estático, mientras que el recto pensar es flexible y está en movimiento constan-

te. El recto pensar conduce al descubrimiento, al conocimiento directo, y llega con la observación de uno mismo. El individuo varía constantemente y, por eso, ustedes necesitan una mente rápida en extremo. Ése es el único camino hacia el recto pensar y, en consecuencia, hacia la recta acción, que son el único modo de resolver esta confusión actual.

Me han entregado tres o cuatro preguntas y trataré de contestarlas.

Pregunta: En vista de la guerra que nos amenaza y de la probable devastación atómica de la humanidad, ¿no es inútil concentrarse en la mera transformación individual?

KRISHNAMURTI: Es una pregunta muy complicada y requiere un estudio muy cuidadoso. Espero que tengan la paciencia de avanzar paso a paso conmigo y no se detengan a mitad de camino. Sabemos cuáles son las causas de la guerra; son bastante obvias, e incluso un escolar puede verlas: codicia, nacionalismo, búsqueda de poder, divisiones geográficas y nacionales, conflictos económicos, Estados soberanos, patriotismo, una ideología, de izquierda o de derecha, tratando de imponerse sobre otra, etc. Estas causas de la guerra se originan en cada uno de ustedes y en mí; la guerra es la expresión espectacular de nuestra existencia diaria, ¿no es así? Nos identificamos con un determinado grupo nacional, religioso o racial, porque nos confiere una sensación de poder, y el poder engendra, inevitablemente, catástrofes. Ustedes y yo somos responsables por la guerra, no Hitler, Stalin o algún otro superlíder. Es una expresión conveniente decir que los responsables de la guerra son los capitalistas o ciertos líderes desequilibrados. En el fondo, cada uno desea ser rico, desea el poder. Éstas son las causas de la guerra, de las cuales cada uno de nosotros es responsable. Creo que es bastante obvio que la guerra es el resultado de nuestra existencia cotidiana, sólo que de manera más espectacular, más sangrienta.

Puesto que todos tratamos de acumular posesiones, de amontonar dinero, es natural que engendremos una sociedad con fronteras, límites, barreras arancelarias; y cuando una nacionalidad aislada entra en conflicto con otra, el resultado inevitable es la guerra; esto es un hecho. No sé si ustedes han reflexionado alguna vez sobre este problema. Nos enfrentamos con la guerra; ¿no deberíamos descubrir quién es responsable por ella? Un hombre sensato verá, sin duda, que él es responsable y dirá: "Yo estoy engendrando esta guerra; por lo tanto, dejaré de ser nacional, me despojaré del patriotismo, de la nacionalidad, no seré hindú, cristiano o musulmán, sino un ser humano". Eso requiere cierta claridad de pensamiento y de percepción, cosa que la mayoría de nosotros no está dispuesta a afrontar. Si usted personalmente se opone a la guerra —pero no por respeto a un ideal, porque los ideales son un obstáculo para la acción directa—, ¿qué es lo que va a hacer? ¿Qué puede hacer un hombre cuerdo que se opone a la guerra? Ante todo, debe depurar su propia mente, ¿verdad?, y liberarse de las causas de la guerra, causas tales como la codicia. Pues-

to que ustedes son responsables de que haya guerras, resulta indispensable que se liberen de las causas de la guerra. Eso significa, entre otras cosas, que deben dejar de ser nacionales. ¿Están dispuestos a hacer eso? Obviamente, no, porque les gusta que los llamen hindú, brahmín, o cualquiera que sea el rótulo que tengan. Eso quiere decir que veneran el rótulo y lo prefieren a vivir cuerda y racionalmente; por lo tanto, van a ser destruidos, les guste o no.

¿Qué ha de hacer una persona que desea liberarse de las causas de la guerra? ¿Cómo ha de detener la guerra? ¿Puede ser detenida la guerra que se avecina? El ímpetu de la codicia, el poder del nacionalismo, que cada ser humano ha puesto en movimiento, ¿pueden ser detenidos? Evidentemente, no. La guerra podrá detenerse únicamente cuando Rusia, Norteamérica y todos nosotros nos transformemos de inmediato y digamos que no tendremos más nacionalismo, que no seremos rusos, norteamericanos, hindúes, musulmanes, alemanes o ingleses, sino seres humanos; seremos seres humanos en relación, tratando de vivir dichosamente juntos. Si las causas de la guerra son erradicadas del corazón y de la mente, entonces no habrá guerra. Pero el ímpetu del poder sigue en marcha. Les daré un ejemplo: Si una casa se está incendiando, ¿qué hacemos? Tratamos de salvar de la casa tanto como sea posible, y estudiamos las causas del incendio; después, encontramos la clase apropiada de ladrillos, el material adecuado para resistir el fuego, mejoramos la construcción, etc., y edificamos de nuevo. De igual manera, cuando una civilización se está desmoronando, destruyéndose a sí misma, los hombres cuerdos que ven lo imposible que resulta hacer algo al respecto, construyen una nueva que no se desmorone. Ése es, sin duda, el único modo de actuar, el único método racional, y no el de reformar meramente lo viejo, arreglar con remiendos la casa que se quema.

Ahora bien, si yo reuniera, aquí y en otras partes, a todos los que sienten que están verdaderamente libres de las causas de la guerra, ¿qué ocurriría? Es decir, ¿puede organizarse la paz? Miren lo que esto implica, vean lo que involucra el hecho de organizar la paz. Una de las causas de la guerra es el deseo de poder, poder individual, grupal y nacional. ¿Qué ocurre si formamos una organización para la paz? Nos convertimos en un punto focal de poder, y la búsqueda de poder es una de las causas de la guerra. Hay guerras continuas; no obstante, cuando nos organizamos para la paz, invitamos inevitablemente al poder; y cuando tenemos poder, estamos engendrando nuevamente las causas de la guerra. Entonces, ¿qué he de hacer? Viendo que una de las causas de la guerra es el poder, ¿he de oponerme a la guerra, lo cual implica fomentar el poder? En el proceso mismo de la oposición, ¿no estoy creando poder?

Así, pues, mi problema es por completo diferente. No es un problema de organización. Yo no puedo hablar a un grupo, sino sólo a cada uno de ustedes como individuo, mostrando cuáles son las causas de la guerra. Ustedes y yo, como individuos, debemos meditar sobre ello y no dejar que lo haga algún otro. Ciertamente, al igual que en una familia, cuando hay afecto, compasión, no necesitamos ninguna organización para la paz; lo que necesitamos es com-

prensión mutua, cooperación mutua. Cuando no hay amor, es inevitable que haya guerra. Para comprender el complejo problema de la guerra, debemos abordarlo muy sencillamente. Abordarlo sencillamente es comprender nuestra propia relación con el mundo. Si en esa relación hay un sentido de poder, de dominación, esa relación crea, por fuera, una sociedad basada en el poder, en la dominación, sociedad que, a su vez, genera guerra. Puedo ver eso con mucha claridad, pero si hablo de ello a diez personas y las organizo, ¿qué he hecho? He creado poder, ¿no es así? Debido a que tengo el apoyo de diez personas que se oponen al atizador de guerras, yo también soy responsable de crear guerra. Ninguna organización es necesaria. La organización es el elemento de poder que da origen a la guerra. Tiene que haber individuos contrarios a la guerra, pero cuando usted los reúne en una organización, o representa con ellos un credo, en el momento mismo en que hace eso, está en la misma posición que el atizador de guerras.

Casi todos nos satisfacemos con palabras, vivimos a base de palabras sin sentido, pero si examinamos el problema a fondo, con gran claridad, el problema mismo entrega la respuesta, uno no tiene que buscarla. Así, cada uno de nosotros debe darse cuenta de cuáles son las causas de la guerra, y cada uno debe liberarse de ellas.

Pregunta: En vez de discutir sutilezas sobre la cuestión del ser y del devenir, ¿por qué no se dedica usted a algunos de los candentes problemas del país y nos muestra una salida? ¿Cuál es su posición, por ejemplo, en las cuestiones de la unidad hindú-musulmana, de la amistad india-paquistaní, de la rivalidad entre brahmines y no brahmines, y en la cuestión de si Bombay debe ser una ciudad libre o formar parte de Maharashtra? Nos haría un gran servicio si pudiera sugerir una solución efectiva a estos difíciles problemas.

KRISHNAMURTI: La cuestión de si Bombay debería ser o no una ciudad libre, o si debería haber unidad entre hindúes y musulmanes, son problemas iguales a los que los seres humanos afrontan en todo el mundo. ¿Son problemas difíciles, o son problemas infantiles, inmaduros? Por cierto, deberíamos haber dejado muy atrás esta infantil clase de cosas; ¿y usted las llama "problemas candentes de hoy"? Cuando ustedes se denominan a sí mismos hindúes y dicen que pertenecen a determinada religión, ¿no están disputando acerca de palabras? ¿Qué entiende usted por hinduismo? Un conjunto de creencias, dogmas, tradiciones y supersticiones. La religión, ¿es un asunto de creencias? La religión es, por cierto, la búsqueda de la verdad, y personas religiosas no son aquéllas que tienen estas estúpidas ideas. Hombre religioso es el que busca la verdad, y él no necesita rótulos tales como hindú, musulmán o cristiano. ¿Por qué nos titulamos así? Porque no somos, en absoluto, personas religiosas. Si tuviéramos amor, compasión en nuestros corazones, no nos importarían un pepino tales nombres; y eso es religión. Debido a que nuestros corazones están

vacíos, se llenan de cosas que son infantiles, ¡y usted las llama "problemas candentes"! No hay duda de que eso es muy inmaduro.

Si Bombay debería ser una ciudad libre, si debe haber brahmines y no brahmines... ¿son éstos los problemas candentes, o son una fachada detrás de la cual ustedes se esconden? Después de todo, ¿quién es un brahmín? Por cierto, no es aquél que trae puesto el hilo sagrado. Un brahmín es una persona que comprende, que no ejerce autoridad social alguna, que es independiente de la sociedad, que no es codiciosa ni busca el poder, que es por completo ajena a todo poder; una persona así es un brahmín. ¿Somos personas así? Obviamente, no. Entonces, ¿por qué nos rotulamos con nombres que no tienen sentido? Lo hacemos porque ese rótulo es provechoso, nos brinda una posición en la sociedad. Un hombre cuerdo no pertenece a ningún grupo, no busca ninguna posición en la sociedad, puesto que esas cosas tan sólo engendran guerra. Si ustedes fueran realmente cuerdos, no les importaría cómo los llaman; no rendirían culto a un rótulo. Pero los rótulos, las palabras se tornan importantes cuando el corazón está vacío. A causa de que el corazón de ustedes está vacío, tienen miedo y están dispuestos a matar a otros. Es realmente un problema absurdo esta cuestión de los hindúes y los musulmanes. Señores, no hay duda de que es infantil, impropio de personas adultas, ¿no es así? Cuando usted ve cómo las personas inmaduras hacen una confusión de las cosas, ¿cuál es su actitud? De nada sirve que las golpee en la cabeza. O bien trata de ayudarlas, o se aparta y las deja en plena libertad de seguir con su confusión. A ellas les gustan sus juguetes, de modo que uno se aparta y construye una nueva cultura, una nueva sociedad.

El nacionalismo es un veneno, el patriotismo es una droga, y los conflictos del mundo son una distracción respecto de la relación directa con la gente. Si usted lo sabe ¿puede seguir complaciéndose en tales cosas? Si ve eso con claridad, no habrá división entre el hindú y el musulmán. Nuestro problema es, entonces, mucho más vasto que la cuestión de si Bombay debería ser una ciudad libre; por lo tanto, no nos extraviaremos en asuntos que son estúpidos frente a los verdaderos problemas de la vida. Señores, los verdaderos problemas de la vida están cerca, a la mano, en la batalla que tiene lugar entre el marido y la esposa, entre uno mismo y su prójimo, etc. A causa de nuestras vidas personales, hemos creado esta confusión, estas disputas entre el brahmín y el no brahmín, entre el hindú y el musulmán; ustedes y yo hemos contribuido a esta confusión, y somos nosotros, no ciertos líderes, los responsables de ella. Puesto que es nuestra responsabilidad, tenemos que actuar. Para actuar, debemos pensar rectamente, y para pensar rectamente debemos desechar las cosas infantiles, todo lo que consideramos absolutamente falso y carente de sentido. Para que seamos seres humanos maduros, debemos dejar de lado los juguetes absurdos del nacionalismo, de la religión organizada, del seguir a alguien política o religiosamente. Ése es nuestro problema. Si usted es realmente serio acerca de todo esto, se liberará naturalmente de los actos infantiles, de calificarse con determinados rótulos, ya sean nacionales, políticos o

religiosos; sólo entonces tendremos un mundo pacífico. Pero si se limitan a escuchar, saldrán de aquí y harán exactamente lo mismo que han hecho antes. *(Risas).* Se ríen, y ahí es donde radica la tragedia. No están interesados en terminar con la guerra, no les interesa realmente tener paz en el mundo.

En Poona, tal vez, están ustedes viviendo en paz por el momento, y piensan que sobrevivirán de algún modo. No van a sobrevivir. Se está hablando de guerra entre Hyderabad y la Nueva India, de problemas comunales, etc. Nos hallamos todos al borde de un precipicio. Toda esta civilización en la que el hombre ha creído, puede ser destruida; las cosas que hemos producido y cultivado con esmero, todo eso está en juego. A fin de que el hombre pueda salvarse del precipicio, tiene que haber una verdadera revolución, no una revolución sangrienta, sino una regeneración interna. No puede haber regeneración sin conocimiento propio. Sin conocernos a nosotros mismos, no hay nada que podamos hacer. Tenemos que examinar cada problema de un modo nuevo; y para eso debemos liberarnos del pasado, lo cual implica que debe llegar a su fin el proceso del pensamiento. Nuestro problema es comprender el presente en toda su magnitud, con sus inevitables catástrofes e infortunios; debemos afrontarlo todo de una manera nueva. Esa calidad de lo nuevo es imposible si meramente continuamos con el pasado, si analizamos el presente mediante el proceso del pensamiento. Cuando la mente está silenciosa, quieta, serena, sólo entonces se resuelve el problema. Por consiguiente, es fundamental que nos comprendamos a nosotros mismos. Ustedes y yo tenemos que ser la sal de la Tierra, debemos profesar un nuevo pensamiento, una nueva clase de felicidad.

1º de setiembre de 1948

SEGUNDA PLÁTICA EN POONA

Es especialmente difícil comprender las intrincaciones y complejidades de la relación humana, ¿no es cierto? Aun cuando uno esté muy familiarizado con alguien, es a menudo muy arduo y casi imposible descubrir cuáles son los sentimientos y pensamientos de esa persona. Esto se vuelve relativamente fácil cuando hay afecto, amor entre dos seres humanos, porque entonces existe una comunión instantánea, al mismo tiempo y en el mismo nivel; pero esa comunión es negada cuando tan sólo discutimos o escuchamos en el nivel verbal. Establecer esa comunión entre ustedes y yo es extremadamente difícil, y si no hay comunión, no hay verdadera comprensión. La comunión deja de existir cuando hay miedo o prejuicio, porque entonces funcionan los mecanismos de defensa. Quizá yo veo las cosas de un modo diferente del que ustedes acostumbran verlas, y quiero comunicarme con ustedes, comunicarles lo que veo. Y puede ser que yo no vea de manera precisa o completa, pero si desean examinar lo que comunico, ustedes, por su parte, deben ser abiertos, receptivos.

No trato con ideas. Para mí, las ideas carecen en absoluto de sentido. Las ideas no producen revolución ni regeneración alguna, y lo esencial es la regeneración. Comunicar ideas es relativamente fácil, pero estar en comunión el uno con el otro, más allá del nivel verbal, es extremadamente difícil. Lo que debemos establecer entre nosotros no es alguna comunión imaginaria, mística, sino una comunión que resulta posible sólo cuando ustedes y yo estamos resueltos a descubrir la verdad que resolverá nuestros problemas. En cuanto a mí, siento que hay una realidad que existe de instante en instante, la cual no se halla en el reino del tiempo. Esa realidad es la única solución para los innumerables problemas de nuestra vida. Cuando uno percibe esa realidad, o cuando esa realidad llega a uno, es un factor que libera; pero ninguna cantidad de argumentaciones intelectuales, de disputas, de conflictos económicos, sociales o religiosos, resolverá los problemas que la mente misma crea.

Nos hemos reunido a fin de comunicarnos el uno con el otro, y para hacerlo, uno debe ser abierto y receptivo, no aceptar ni negar, sino investigar. Ustedes y yo estamos relacionados, no vivimos en aislamiento. La verdad no es algo aparte de la relación. La relación es la sociedad; al comprender la relación que tenemos con nuestra esposa, con la sociedad, daremos con la verdad, o más bien, la verdad vendrá a nosotros y nos liberará de todos los problemas. Yo no puedo encontrar la verdad, debo dejar que ella venga a mí, y para eso debe haber una mente que ya no esté más perturbada por la ignorancia. Ignorancia no es falta de conocimiento técnico, ni es el no haber leído muchos libros filosóficos; ignorancia es falta de conocimiento propio. Aunque uno pueda haber leído numerosos libros filosóficos y sagrados y sea capaz de citarlos, las meras citas —que son palabras y experiencias acumuladas de otros— no liberan de su ignorancia a la mente. El conocimiento propio surge sólo cuando investigamos y experimentamos los modos de obrar de nuestros pensamientos, sentimientos y actos, lo cual implica percibir, de instante en instante, el proceso total de uno mismo en la relación.

El conocimiento propio, que enseguida consideraremos, otorga la perspectiva correcta cuando abordamos cualquiera de nuestros problemas; entiendo por perspectiva correcta la comprensión acerca de la verdad del problema, comprensión que actuará, inevitablemente, en la relación. Así, el conocimiento propio no se opone a la acción ni la niega; revela la perspectiva exacta o verdad del problema, de lo cual emana la acción. Estas tres cosas no están separadas, sino que se hallan siempre relacionadas entre sí. No hay acción verdadera sin conocimiento propio. Si no me conozco a mí mismo, es obvio que no tengo base para la acción; lo que hago es mera actividad, es la respuesta de una mente condicionada; por lo tanto, no tiene sentido. Una respuesta condicionada jamás puede liberarnos ni puede generar orden desde este caos.

Ahora bien, el mundo y el individuo son un solo proceso, no se oponen entre sí; y un hombre que está tratando de resolver sus propios problemas, que son los problemas del mundo, es evidente que debe tener una base para su pensamiento. Creo que esto es bastante claro. Si no me conozco a mí mismo,

no tengo base para el pensar; si meramente actúo sin conocerme, tal acción debe, por fuerza, producir confusión y desdicha; y eso es, exactamente, lo que hoy está ocurriendo en el mundo. Por lo tanto, una investigación en el conocimiento propio no es un proceso de aislamiento, no es la fantasía ni el lujo de un asceta. Al contrario, es una necesidad obvia para el hombre en general, para el pobre y para el rico, y para aquél que desea resolver los problemas del mundo, porque el hombre *es* el mundo, no está separado del mundo. Creo que es indispensable darse cuenta de que este mundo es el resultado de nuestra existencia cotidiana, y de que el medio que hemos creado no es independiente de nosotros. El medio está ahí y no podemos cambiarlo sin cambiar nosotros mismos; y para cambiar nosotros, debemos comprender nuestros propios pensamientos, sentimientos y actos en la relación.

Los economistas y los que se titulan revolucionarios, buscan transformar el medio sin transformar al individuo, pero la mera modificación del medio, sin la comprensión de nosotros mismos, no tiene sentido. El medio es el producto del esfuerzo que realiza el individuo; ambos están relacionados entre sí, y no podemos transformar el medio sin transformar primero al individuo. Ninguno de nosotros está aislado; somos el resultado de un proceso total, la consecuencia de toda la lucha humana, ya sea que vivamos en la India, en el Japón o en América. Cada uno de nosotros es la suma total de la humanidad, tengamos o no conciencia de ello. Para dar origen a un cambio revolucionario en la estructura de la sociedad, cada uno debe comprenderse a sí mismo como un proceso total, no como un ente separado, aislado. Si esto está bien claro, podemos proseguir con la investigación en la naturaleza de la mente humana y en lo que es el hombre. Pero para aquéllos que son serios, debe estar muy claro que no puede haber una revolución completa en el mundo, si ésta se limita a un solo nivel, ya sea económico o espiritual. Una revolución total, enriquecedora, no puede tener lugar a menos que nos comprendamos a nosotros mismos como un proceso total. Ustedes y yo no somos individuos aislados, sino el producto de todo el esfuerzo humano con sus ilusiones, fantasías y búsquedas, su ignorancia, su lucha, su conflicto y su desdicha. Uno no puede empezar a cambiar la condición del mundo sin comprenderse a sí mismo. Si ven eso, hay inmediatamente una completa revolución interna, ¿no es así? Entonces no hay necesidad alguna de un gurú, porque el conocimiento de uno mismo es de instante en instante, no es una acumulación de cosas que conocemos de oídas, ni está contenido en los preceptos de los maestros religiosos. Debido a que uno se descubre a sí mismo en su relación con otro, de instante en instante, la relación tiene un sentido por completo diferente. Entonces es una revelación, un proceso constante de descubrimiento propio, y la acción se origina en este descubrimiento propio.

Así, pues, el conocimiento propio puede darse sólo a través de la relación, no en el aislamiento. La relación es acción, y el conocimiento propio es el resultado de la percepción alerta en la acción. Supongamos que uno jamás hubiera leído ningún libro, y fuera la primera persona en buscar el significado

de la existencia. No hay nadie que le diga a uno cómo empezar; no hay gurú ni libro ni maestro, y uno tiene que descubrir todo el proceso por sí mismo. ¿Cómo procedería al respecto? Tendría que comenzar consigo mismo, ¿no es así? Ése es nuestro problema. Limitarse a citar lo que dice la autoridad, no es conocimiento propio, no es descubrimiento del proceso del "yo"; por lo tanto, no tiene valor. Uno debe comenzar como si no supiera nada, y sólo entonces hay descubrimiento, el cual es creativo, liberador; únicamente entonces, nuestro descubrimiento trae consigo alegría y felicidad. Pero, la mayoría de nosotros vive a base de palabras, y las palabras, como la memoria, son el producto del pasado. Un hombre que vive en el pasado no puede comprender el presente.

Uno debe descubrir, pues, el proceso de sí mismo tal como transcurre de instante en instante, lo cual implica que ha de estar alerta, consciente de sus pensamientos, sentimientos y acciones. Estén alerta, y entonces verán cómo sus pensamientos, sentimientos y acciones no sólo se basan en el modelo creado por la sociedad o por los maestros religiosos, sino que son el resultado de sus propias inclinaciones personales. Darnos cuenta de nuestros pensamientos, sentimientos y actos es el proceso del conocimiento propio. Todos nos damos cuenta, en el sentido de que somos conscientes de estar haciendo o pensando algo, pero no tenemos conciencia del motivo o el impulso que está detrás de lo que pensamos y hacemos. Tratamos de cambiar la estructura del pensamiento, pero jamás comprendemos al creador de la estructura.

Es esencial, pues, comprendernos a nosotros mismos, porque sin el proceso del descubrimiento propio no hay revolución creadora. Comprenderse uno mismo es estar alerta a cada pensamiento y sentimiento sin condenarlo. Cuando condenamos nuestros pensamientos y sentimientos, los detenemos; pero si no los condenamos, justificamos ni resistimos, el contenido de nuestro pensar se revelará a sí mismo. Experimenten y lo verán. Esto es muy importante, porque para dar origen a una revolución o regeneración creadora, la primera necesidad fundamental es comprendernos a nosotros mismos. Sin esa comprensión propia, el mero producir un cambio económico o introducir nuevas normas de acción, tiene muy poco valor. Si no nos comprendemos a nosotros mismos, solamente proseguiremos de conflicto en conflicto. Nada puede crearse en medio del conflicto; la creación puede tener lugar únicamente cuando cesa el conflicto. Para un hombre que lucha constantemente consigo mismo y con su prójimo, jamás puede haber regeneración; él puede moverse sólo de reacción en reacción. La regeneración adviene cuando nos liberamos de toda reacción, y ello ocurre cuando hay conocimiento propio. El individuo no es un proceso aislado, separado de lo total, sino que es el proceso íntegro de la humanidad; por lo tanto, aquéllos que son serios y desean dar origen a una revolución radical y fundamental de valores, tienen que comenzar consigo mismos.

Tengo varias preguntas y trataré de contestar tantas como pueda.

Pregunta: La veneración de imágenes, el puja *y la meditación son, natu-*

ral y obviamente, útiles al hombre. ¿Por qué los niega usted y quita el consuelo que ofrecen en el sufrimiento?

KRISHNAMURTI: Comprendamos primero qué entendemos por meditación. Como es un tema complejo, tendrán que prestar atención continuada; de lo contrario, no captarán el verdadero sentido de lo que se dice. En primer lugar, aclaremos para nosotros mismos los puntos principales. Ante todo, yo no digo que la meditación no es necesaria. Pero, antes de decir si es necesaria o no, debemos comprender qué significa. Mi gurú, mis tradiciones, dicen: "Medita", de modo que me siento en una habitación y medito. Por cierto, eso no tiene sentido. Debo comprender qué se entiende por meditación.

¿Qué entendemos por meditación? Entendemos varias cosas: plegaria, concentración, búsqueda de la verdad, o de lo que llamamos comprensión, el deseo de hallar consuelo, etc. Tomemos la plegaria. ¿Qué significa para nosotros la plegaria? Es una forma de súplica. Uno se encuentra en dificultades y acude a alguien para que lo ayude a salir de ellas. Usted y yo podemos no rezar, pero millones lo hacen, y cuando rezan, es obvio que reciben una respuesta; de lo contrario, no rezarían. Reciben cierto consuelo. En la plegaria, ¿la respuesta proviene de Dios, de una entidad superior, o llega desde alguna otra parte? ¿Qué involucra la plegaria? En primer lugar, usted repite ciertas palabras; es un hindú, y repite determinadas palabras una y otra y otra vez, induce quietud en la mente. Si uno repite sin cesar algo, es obvio que la mente se embota, se aquieta; y cuando la mente consciente se aquieta, recibe una respuesta. ¿De dónde proviene la respuesta? ¿Proviene de lo que ustedes llaman Dios, o llega desde otra parte? ¿Por qué rezan? Evidentemente, rezan porque se encuentran en alguna clase de dificultad, hay un estado de pena y sufrimiento, y ustedes anhelan una respuesta. Es decir, han generado un problema, y por medio de la plegaria, que es una repetición de palabras, aquietan la mente; y entonces la mente recibe una respuesta. Cuando usted hace eso, ¿qué es lo que en realidad ocurre? La mente superficial se halla en un estado tranquilo, inactivo; entonces el inconsciente se proyecta y usted obtiene una respuesta. O, expresado en palabras diferentes: usted tiene un problema que lo atormenta y al cual le busca solución durante un largo tiempo, pero no encuentra una respuesta. Entonces dice: "Lo dejaré para mañana", y se va a dormir. Cuando despierta a la mañana siguiente, tiene la solución.

¿Cómo ocurre eso? La mente consciente, después de atormentarse con un problema, lo pone a un lado y dice: "Lo dejaré tranquilo"; y cuando la mente consciente está quieta en relación con el problema, el inconsciente es capaz de proyectarse en lo consciente y la respuesta está ahí. Usted podrá llamarla la pequeña voz silenciosa, la voz de Dios, o como prefiera, el nombre no importa. Del inconsciente proviene la insinuación, una respuesta al problema; y la plegaria no es sino un truco para aquietar la mente consciente a fin de que pueda recibir la respuesta. Pero la mente consciente recibe una respuesta que está de acuerdo con su deseo consciente. En tanto la mente está condicionada, su res-

puesta será, por fuerza, condicionada. O sea, si soy nacionalista y, mediante la plegaria, induzco quietud en la mente consciente, recibo una respuesta conforme a mi condicionamiento nacionalista. Por lo tanto, un Hitler puede decir: "Escucho la voz de Dios". Eso es una parte de este asunto de la meditación.

Luego está el problema de la concentración, que es un poco más difícil; requiere que le dediquemos más atención reflexiva. ¿Qué entienden ustedes por concentración? Para ustedes significa un proceso excluyente. Concentrarse sobre un objeto, una idea, una imagen, implica resistir y excluir todos los demás pensamientos que invaden la mente. Resistir el flujo de otras ideas, tratar de forzar nuestra mente para que se fije en una sola idea, significa una batalla constante, ¿no es así? Usted escoge una idea, trata de enfocar su mente sobre esa idea y se resiste a todos los demás pensamientos; y cuando es capaz de concentrarse en esa idea y excluye a todas las demás, piensa que ha aprendido la concentración completa. ¿Qué es lo que realmente sucede cuando hace esto? La concentración se vuelve un conflicto constante de resistencia. ¿Por qué escoge usted un pensamiento y rechaza todos los otros pensamientos? Porque piensa que un determinado pensamiento es más importante que todos los demás, a los que considera inferiores. De modo que hay un conflicto, una batalla constante entre los pensamientos inferiores y el pensamiento más importante. Pero, si sigue y comprende cada pensamiento a medida que surge, ya sea éste importante o no importante —todos los pensamientos son importantes—, entonces no hay necesidad de enfocar su pensamiento sobre una idea. Entonces, la concentración ya no es más limitadora, sino fortalecedora, creativa.

Observe a un niño. Usted le da un juguete, algo en lo que él puede interesarse. El niño quedará completamente absorto en eso; usted no tiene que decirle que se concentre. Las que se fuerzan a concentrarse en algo son las personas adultas que no están interesadas en ello. El hombre que hace un esfuerzo para concentrarse, no tiene interés en lo que está haciendo. Si está interesado, la concentración no implica esfuerzo alguno. Casi todos ustedes se complacen en la meditación porque no se interesan en lo que hacen diariamente. De modo que la meditación los arrebata alejándolos de la vida; no forma parte de sus existencias cotidianas. Por lo tanto, la concentración, que ustedes llaman meditación, no es sino una forma de escapar de la vida; y si pueden escapar de la vida por completo, piensan que han ganado algo. Pero si examinan cada pensamiento, cada sentimiento, apenas aparece, sin condenarlo ni justificarlo, sin ofrecerle resistencia, entonces, desde esa constante comprensión, desde ese constante redescubrimiento, la mente se torna muy serena, silenciosa y libre. Así, la meditación no es concentración, no es plegaria.

Luego, está la práctica de rituales. ¿Por qué practican ustedes un ritual? ¿Cuál es la verdad que hay detrás de ello? Mi madre muere y yo lo practico sin ninguna razón válida. Señores, esto introduce la cuestión de la cordura. Hacer algo sin pensarlo, es insensatez; usar palabras que no se refieren a algo real, que carecen de sentido, implica un estado de desequilibrio. ¿Por qué practican rituales por los muertos? Si eso les brinda consuelo, están buscando consuelo

y no comprensión. Si saben eso, ¿por qué lo hacen? ¿Conocen el pleno significado, toda la implicación de practicar rituales? Si no es así, no deberían practicarlos. ¿Por qué lo hacen, señores? Algunas personas lo hacen porque no tienen nada más que hacer, especialmente las mujeres, y ello indica el estado de desequilibrio en que estamos viviendo. La práctica de rituales es un maravilloso modo de escapar de la brutalidad de la vida, de un marido cruel, del constante engendrar hijos, y ustedes censuran a quienes no los practican. Para algunos es un escape, para otros es un asunto de tradición, de autoridad. Ciertamente, practicar un ritual por el padre o la madre que ha muerto, porque la tradición dice que lo hagan, es un estado de desequilibrio. Ustedes no saben qué significa, pero ello complacerá a la madre, o al padre, o al vecino. La persona que hace algo que no comprende, es una persona desequilibrada. No les quepa duda; citar la autoridad, hacer algo que no comprendemos, no es la acción de una persona equilibrada.

Finalmente, está la veneración de una imagen, el sentarse frente a un cuadro y abstraerse mirándolo. ¿Por qué veneran cosas muertas? ¿Por qué no veneran a sus esposas, a sus hijos, a sus vecinos? Veneran cosas muertas porque éstas no pueden responderles, y entonces ustedes pueden atribuirles lo que deseen. No veneran a los vivos, porque éstos pueden responderles y decirles cuán tontos son ustedes.

Ahora bien, si la meditación no es plegaria, si no es concentración, si no es práctica de rituales ni repetición de palabras, si no es veneración de imágenes, entonces, ¿qué es la meditación? Para comprender algo se necesita, es obvio, una mente quieta. ¿Qué entendemos por meditación? Si uno ve que la meditación no es la mera repetición de palabras, que no es sentarse a contemplar un cuadro y quedar hipnotizado, si ve la verdad de todo esto, ¿qué le ocurre a su mente? Si uno ve la verdad acerca de la plegaria, acerca de la veneración de imágenes, si ve la verdad acerca de los rituales y sus falsedades, ¿cuál es, entonces, el estado de su mente? Si usted ha visto la verdad acerca de todas estas cosas, es evidente que está libre de ellas, ¿no es así? Estando libre de ellas, su mente se torna más clara, más serena, muy quieta; y, en esa serena quietud, se revela la realidad.

La meditación no es, entonces, una manera de disciplinar la mente y el corazón de acuerdo con algún modelo en particular, sino que es, todo el tiempo, un proceso de comprensión, comprensión de instante en instante. La comprensión adviene únicamente cuando hay percepción de la verdad, no de alguna verdad abstracta, sino la verdad de *lo que es*. Si confundo una cuerda con una serpiente, hay un estado de falsificación; pero cuando veo la cuerda como cuerda, hay verdad. Hay verdad sólo cuando veo las cosas tal como son en su perspectiva exacta; y todo este proceso de ver las cosas como son, de verlas claramente y sin distorsión alguna, es meditación. Pero resulta extremadamente difícil ver *lo que es*, no confundir la cuerda con una serpiente, porque la mayoría de nosotros es incapaz de percibir sin distorsión. Por lo tanto, la meditación es el proceso de liberar a la mente de su condicionamiento; ello implica

estar alerta, sin condena, justificación ni resistencia alguna, a cada pensamiento, cada sentimiento, cada fantasía que surge conforme a nuestra idiosincrasia y a nuestras tendencias particulares. Así, pues, la meditación implica libertad respecto del pasado. La memoria del pasado es la que condiciona nuestra respuesta, y la meditación es el proceso por el cual la mente se libera del pasado.

Pero aquí aparece una dificultad. La mente necesita liberarse del pasado a fin de no deformar *lo que es*, a fin de ver las cosas con claridad tal como son; y, ¿cómo puede la mente, que es el producto del pasado, liberarse del pasado? Puede hacerlo sólo cuando uno reconoce que cada pensamiento es el producto del pasado, y se da cuenta plenamente de que ese pensamiento no puede resolver ningún problema. El problema es un reto, y un reto es siempre nuevo; y traducir lo nuevo conforme a los términos de lo viejo, es negar lo nuevo. Cuando la mente se ve a sí misma como el centro del desorden y, de tal modo, está libre, es clara y no se halla más encadenada por el pasado, cuando ya no se separa como el "yo", entonces está quieta; y en esa quietud hay comprensión, reconocimiento de la realidad. Ésta es una experiencia que debe ser sentida por cada uno; no puede ser repetida. Si uno la repite, es lo viejo. Pero si usted se interesa en resolver problemas humanos, tiene que haber meditación de esta clase; y cuando la mente se aquieta de manera natural, tal como un lago se aquieta cuando cesa el viento, la realidad se revela.

Pregunta: Los hombres nacen desiguales, y cualquier prueba de inteligencia lo demostrará. Nuestros "shastras" reconocen este hecho dividiendo a los hombres en tres tipos: "satva", "rajas" y "tamas". ¿Por qué, entonces, dice usted que su mensaje es para todos, sin tomar en cuenta las diferencias en temperamento e inteligencia? ¿No está usted eludiendo su deber al presumir que somos todos iguales? ¿No es eso un poco de demagogia?

KRISHNAMURTI: Señor, es un hecho obvio que somos todos desiguales. Hay diferencias extraordinarias entre hombre y hombre, mujer y mujer. Pero, ¿hay diferencia cuando usted ama a alguien? ¿Hay desigualdad alguna? ¿Hay alguna nacionalidad? Cuando el corazón está vacío, se vuelven muy importantes las características distintivas; entonces dividimos a los seres humanos en clases, colores, razas. Pero cuando usted ama, ¿hay alguna diferencia? Cuando hay generosidad en su corazón, ¿distingue usted? Se entrega por completo. El hombre que no es generoso, que se interesa en su cuenta bancaria, es el que quiere mantener estas diferencias y divisiones. Para un hombre que busca la verdad, no existen las divisiones; buscar la verdad es hallarse constantemente activo, tener sabiduría, conocer el amor. El hombre que persigue un sendero particular, jamás puede conocer la verdad, porque para él, el sendero es exclusivo. Cuando digo que esto es aplicable a todos, no es para ensalzar la democracia —que, por otra parte, es inexistente en el mundo—. Apelar al hombre común es un truco barato, es la tarea del político.

Lo que yo digo es aplicable a todos sin tener en cuenta su posición en la vida, ya sean ricos o pobres y cualquiera que sea su temperamento. Todos sufrimos, todos tenemos nuestros problemas, todos estamos agobiados por preocupaciones y conflictos interminables; la muerte, el dolor y la aflicción son nuestros constantes compañeros. El principio jerárquico es claramente nocivo para el pensamiento espiritual. Dividir al ser humano en superior e inferior indica ignorancia. Puesto que todos sufrimos en diferentes niveles de conciencia, lo que digo es aplicable a todos. Todos queremos estar libres del sufrimiento, ricos, pobres, o cualquiera que sea nuestro nivel social. El sufrimiento es nuestro sino común, y como todos buscamos una salida para el sufrimiento, lo que yo digo es aplicable a todos.

Ahora bien, como estamos sufriendo, de nada sirve que tratemos de escapar del sufrimiento. Éste no puede ser comprendido por medio del escape, sino a través del amor y la comprensión. Uno comprende algo cuando lo ama. Comprende a su esposa cuando la ama, comprende a su prójimo cuando lo ama —lo cual no es sentirse meramente arrebatado por la palabra *amor*—. La mayoría de nosotros escapa del sufrimiento mediante innumerables trucos ingeniosos de la mente. El sufrimiento es comprendido sólo cuando estamos cara a cara con él, no cuando incesantemente tratamos de eludirlo. A causa del deseo de eludir el sufrimiento, hemos desarrollado una cultura de distracción, de religión organizada, con sus ceremonias y sus pujas, y acumulamos riqueza explotando a la gente. Todas estas cosas revelan nuestro deseo de eludir el sufrimiento. Por cierto, ustedes, yo, el hombre de la calle, cualquiera, puede comprender el sufrimiento; sólo debemos concederle nuestra atención. Pero, desafortunadamente, la sociedad moderna tan sólo nos ayuda a escapar por medio de las diversiones, las distracciones, las ilusiones, la repetición de palabras, etc. Todo esto nos ayuda a eludir *lo que es*; por consiguiente, tenemos que darnos cuenta de estos innumerables escapes. Sólo cuando el hombre esté libre de escapes, disolverá la causa del sufrimiento. Para un hombre feliz, para un hombre que ama, no hay divisiones; él no es ni brahmín ni inglés ni alemán ni hindú... Para un hombre así no hay división de superior e inferior. Debido a que no amamos, tenemos todas estas denigrantes divisiones. Cuando uno ama, existe un sentido de riqueza, ese perfume de la vida, y uno está dispuesto a compartir su corazón con otro ser humano. Cuando el corazón está lleno, se disuelven las cosas de la mente.

Pregunta: Maharashtra es el país de los santos. Dyaneswari, Tukaram *y un sinnúmero de otros pertenecientes a Maharashtra, se han esforzado a través de* Bakthi Marga, *en proclamar la verdad y prestar asistencia a millones de hombres y mujeres comunes que, llenos de fe devota, todavía visitan, año tras año, el templo de* Pandharpur. *Estos santos han entregado mantras. ¿Por qué no simplifica usted su mensaje y lo trae al nivel del hombre común?*

KRISHNAMURTI: Casi todos somos devotos y queremos venerar algo, y como los mantras han simplificado la vida y han ayudado a millones, ¿por qué no simplificar mi enseñanza? Ése es el quid de la cuestión. Señor, repitiendo palabras, repitiendo un nombre, ¿piensa que va a dar sustento al alma? ¿o no hace sino embotar el alma? Por cierto, cualquier cosa que se repite una y otra y otra vez, torna a la mente insensible. Esta constante repetición de palabras, ¿no es un truco para embotar la mente, de modo tal que, toda revolución o investigación, toda respuesta sensible, se destruyan? Ha llegado a ser una de las funciones de los gobiernos, hacer que la mente se embote por obra de la constante repetición: "Nosotros somos los buenos, y otros partidos son malos". Es indudable que, mediante la continua repetición de un nombre, o la constante práctica de un ritual, la mente, que debería ser dúctil y sensible, se vuelve torpe. La mayoría de nosotros se inclina a vivir cierta clase de vida devota; pero, desafortunadamente, estos ejercicios repetitivos la destruyen. Es importante comprender que el sendero de la devoción y el sendero de la sabiduría no están separados. La relación, que es un proceso autorrevelador, no se comprende a través de ningún sendero. Si deseo comprender la vida, tengo que vivirla, tengo que estar activo, lleno de sabiduría en relación con el vivir. Seguir un sendero a expensas de otro es distorsión, un estado de contradicción interna.

El interlocutor desea saber por qué no puedo hacer que mi enseñanza sea lo bastante simple para el hombre común. ¡Esto es algo extraordinario! ¿Por qué se preocupa usted por el hombre común? ¿Se preocupa *realmente* por el hombre común? Lo dudo muchísimo. Si ustedes se preocuparan, si el hombre común les interesara de verdad, entonces no rendirían culto a ningún sistema, no habría partidos políticos, ni de izquierda ni de derecha. Un sistema se vuelve importante cuando ustedes no aman al hombre común, sino que aman el sistema, aman una ideología por la que están dispuestos a matar y a destruir al hombre común. Al fin y al cabo, el hombre común somos usted y yo.

¿Cuál es la dificultad para comprender lo que digo? La primera dificultad es que usted no quiere comprender. Si comprendiera, experimentaría una revolución, y esto lo perturbaría; enfadaría a su padre, a su madre o a su esposa, de modo que dice: "Sus enseñanzas son demasiado complejas". En otras palabras, señor, cuando usted no quiere comprender una cosa, considera que la cosa es compleja. Cuando quiere comprender algo lo ama, y cuando ama, la vida se torna simple. Debido a que no sienten amor ni por la propia esposa ni por nada, esto se vuelve una complicada filosofía que ustedes encuentran extremadamente difícil. Cuando uno ama a una persona, ama a otras, el corazón es afectuoso con todos. Entonces, uno se halla en un estado sensible, dúctil. Pero nosotros no tenemos ese afecto cordial, esa ductilidad; vivimos de palabras, nos alimentamos de palabras. Rendimos culto a un sistema, con sus horribles divisiones raciales y de clase, con sus fronteras económicas; y hacemos eso porque nuestros corazones están vacíos. Para comprender, deben ustedes tener amor en sus corazones. El amor no es cosa que pueda ser cultivada; surge a la existencia de manera instantánea y directa, cuando no se halla impedido

de hacerlo por las cosas de la mente. Nuestros corazones están vacíos; por eso no hay comunión entre ustedes y yo. Escuchamos, tenemos palabras, tenemos argumentaciones, pero no hay comunión entre nosotros porque entre nosotros no hay amor. Cuando hay amor —esa calidez, esa generosidad, esa benevolencia, esa compasión— no hay necesidad de filosofía alguna, no hay necesidad de maestros, porque el amor es su propia verdad.

5 de setiembre de 1948

TERCERA PLÁTICA EN POONA

Puesto que a todos nos concierne la acción, y sin acción no podemos vivir, deberíamos examinar esta cuestión plenamente e intentar comprenderla de una manera amplia, global. Es una cuestión difícil, y tendremos que seguirla en diferentes niveles, porque la mayoría de nosotros vive vidas no integradas; vivimos en compartimientos. Nuestras filosofías, acciones y actividades existen en distintos niveles sin conexión alguna entre ellos; y un vivir semejante conduce, inevitablemente, a la confusión y al desorden. Así, al tratar de comprender el complejo problema de la acción, debemos averiguar qué es actividad y qué es acción. Hay una diferencia enorme entre *actividad* y *acción*. Vivimos una vida no integrada, una vida en niveles diferentes, y tratamos de resolver cada uno de los múltiples problemas abordándolo en su propio nivel. El economista trata de resolver todo el problema de la existencia en el nivel económico, la persona religiosa, en el nivel psicológico o en el así llamado espiritual, y el hombre que cree en la reforma social, se interesa en la transformación externa, en el cambio o modificación de los patrones sociales; y así sucesivamente.

Vemos, pues, que la mayoría de nosotros actúa en compartimientos, aislando el problema y tratando de resolverlo como si fuera, totalmente, un problema económico, o bien un problema psicológico o espiritual; es decir, o totalmente externo o totalmente interno. Por cierto, esta acción aislada en compartimientos no es una acción integrada, y una acción semejante es mera actividad. O sea, cuando tratamos de resolver un problema en su propio nivel, como si no estuviera relacionado con otras cuestiones de la vida, un tratamiento así es pura actividad. La actividad es una acción que no se relaciona con lo total. Cuando decimos: "Cambiemos primero el medio, y todo lo demás seguirá", es obvio que una idea así revela un pensar dividido en compartimientos, el cual nos conduce a la mera actividad. El hombre no vive únicamente en un nivel; vive en distintos niveles de conciencia, y separar su vida en compartimientos, en niveles diferentes no relacionados entre sí, es nocivo para la acción. Resulta esencial comprender la diferencia entre acción y actividad. Yo llamaría actividad a la conducta de vida basada en niveles no integrados, que

no guardan relación alguna entre sí; ello ocurre cuando tratamos de vivir como si la vida existiera tan sólo en un nivel y no se relacionara con otros niveles, con otros campos de conciencia.

Si examinamos tales actividades, encontraremos que se basan en la idea, y la idea es un proceso de aislamiento, no de unificación. Si investigan la actividad, encontrarán que es el resultado de una idea; es decir, la idea se considera sumamente importante, y tal idea es siempre separativa. Una idea que engendra actividad, o la actividad basada en el patrón de una idea, deben ser, por fuerza, causa de conflicto; y eso es lo que sucede en nuestra vida. Tenemos una idea y después nos amoldamos a esa idea; pero si uno la examina con atención, encontrará que la idea es separativa. Una idea jamás puede ser integradora; siempre separa, divide. Aquél que se entrega a meras actividades basadas en una idea, es obvio que está causando daño, desdicha, desorden.

La acción integrada no nace de una idea; surge sólo cuando entendemos la vida como un proceso total, no dividido en compartimientos separados, en actividades separadas del proceso total de la existencia. La acción integrada es acción que no se basa en una idea. Es comprensión que abarca el proceso total; y lo que es un proceso total, no está limitado por una idea. En consecuencia, el que quiera actuar seriamente, sinceramente, con plenitud, sin generar desorden, debe comprender la acción como algo total, no basado en una idea. Cuando la acción se basa en la idea, es mera actividad, y toda actividad es separativa, exclusiva.

Nuestro problema es, entonces, cómo actuar integralmente, totalmente, no en distintos niveles sin relación alguna entre sí. Para actuar como una totalidad, integralmente, es obvia la necesidad del conocimiento propio. El conocimiento propio no es una idea; es un movimiento. Una idea es siempre estática, y sin conocimiento propio, la mera actividad basada en una idea conduce al desorden, al sufrimiento, a la aflicción. Es un hecho obvio. Así, pues, la acción requiere que haya conocimiento propio. El conocimiento propio no es una técnica, no puede aprenderse en un libro. Uno descubre el conocimiento propio a través de la relación, relación con una persona o con la sociedad —la sociedad es mi relación con otro ser humano—. Puede haber una acción integrada únicamente cuando hay conocimiento propio, y el conocimiento propio es la consecuencia, no de una idea, sino de la relación, la cual se halla en movimiento constante. Si lo observan, verán que la relación jamás puede estar fija, atada a una idea; es un movimiento constante, nunca es estática. Por lo tanto, comprender la relación es arduo, extremadamente difícil; por eso nos volvemos hacia la mera actividad, hacia las ideas, como un modelo de acción. De modo que el hombre serio no debe estar atrapado en la actividad, es obvio, sino que ha de comprender la relación a través del proceso del conocimiento propio. Comprender el proceso del "yo" y "lo mío" en la totalidad del campo que abarca, da origen a la acción integrada; y una acción así es completa, no creará conflicto.

Ahora bien, tengo aquí varias preguntas e intentaré contestar tantas como

pueda. Les he echado una ojeada, pero no he reflexionado sobre ellas. Tuve que escoger unas cuantas entre muchas, y las demás las trataremos en otra semana. Así que las contesto sin una respuesta premeditada, y si ustedes también quisieran examinar a fondo cada problema, podemos proceder juntos y descubrir la verdad al respecto. Si se limitan a escuchar la respuesta y esperan una solución de mí, esta reunión significará muy poco, pero si juntos podemos considerar el problema y descubrir la verdad, entonces la reunión tendrá una importancia muy grande. Lo que ustedes quieren encontrar es la verdad, y para que la verdad se revele, la mente de ustedes debe estar preparada. Para recibir la verdad, la mente tiene que ser rápida, flexible y alerta. Si sólo esperan una respuesta de mí, es obvio que la mente de ustedes es lerda, insensible. La mente no es sensible cuando uno se halla meramente en un estado de recibir. Examinemos a fondo los problemas, la manera de abordar cada cuestión, y tratemos de encontrar juntos la verdadera respuesta.

Pregunta: ¿Cuáles son los deberes de una esposa?

KRISHNAMURTI: No sé quién ha formulado esta pregunta, si la esposa o el marido. Si es la esposa, la pregunta requiere cierta respuesta, y si la ha planteado el marido, requiere una respuesta diferente. En este país, un marido es el amo; él es la ley, el dueño, porque es el que domina económicamente, y él es el que dice cuáles son los deberes de una esposa. Puesto que la esposa no domina y depende de lo económico, no es ella la que dice cuáles son sus deberes. Podemos abordar el problema desde el punto de vista del marido o del de la esposa. Si abordamos el problema de la esposa vemos que, por no ser ella económicamente libre, su educación es limitada, o sus capacidades de pensar pueden ser inferiores; y la sociedad le ha impuesto regulaciones y modelos de conducta determinados por los hombres. En consecuencia, ella acepta los que se llaman derechos del marido; y como él es el que domina, por ser económicamente libre y tener la capacidad de ganar dinero, él es el que dicta la ley. Naturalmente, donde el casamiento es un asunto de contrato, no hay límite para sus complicaciones.

Luego está el *deber*, una palabra burocrática que no tiene significado alguno en la relación. Cuando uno establece regulaciones y empieza a inquirir acerca de los deberes y derechos del marido y de la esposa, eso no termina nunca. Por cierto, una relación así es un asunto horrible, ¿no? Cuando el marido exige sus derechos e insiste en tener una esposa obediente, cualquier cosa que eso pueda significar, la relación de ambos es, evidentemente, un mero asunto de contrato. Es muy importante comprender esta cuestión, porque es indudable que debe haber una manera diferente de encararla. En tanto la relación se base en un contrato, en el dinero, en la posesión, en la autoridad, en el dominio, es inevitable que tal relación se convierta en un asunto de derechos y deberes. Uno puede ver la extrema complejidad de la relación cuando ésta es el resultado de un contrato, el cual determina qué es bueno, qué es malo, en

qué consiste el deber. Si yo soy la esposa y usted insiste en ciertos actos, al no ser yo independiente, es natural que deba sucumbir a sus deseos, ya que usted tiene las riendas. Usted me impone determinadas regulaciones, ciertos derechos y deberes; por consiguiente, la relación se vuelve una simple cuestión de contrato, con todas las complejidades que eso implica.

Y bien, ¿no hay un modo diferente de abordar este problema? Es decir, cuando hay amor, no hay deber. Cuando uno ama a su esposa, lo comparte todo con ella: su propiedad, sus preocupaciones, su ansiedad, su alegría. No ejerce dominio sobre ella. Uno no es "el hombre" y ella "la mujer" para ser usada y desechada, una especie de máquina engendradora para que continúe el apellido paterno. Cuando hay amor, la palabra *deber* desaparece. El hombre que carece de amor en su corazón es el que habla de derechos y deberes, y en este país los deberes y derechos han tomado el lugar del amor. Las regulaciones se han vuelto más importantes que la calidez del afecto. Cuando hay amor, el problema es simple; cuando no hay amor, el problema se vuelve complejo. Cuando un hombre ama a su esposa y a sus hijos, jamás puede pensar desde el punto de vista de *deber* y *derechos*. Señores, examinen sus propias mentes, sus propios corazones. Sé que lo toman a risa; ése es uno de los trucos de las personas irreflexivas: reírse de algo y así hacerlo a un lado. Sus esposas no comparten las responsabilidades de ustedes, no comparten su propiedad, no poseen la mitad de todo lo que ustedes poseen, porque el marido considera que la mujer es inferior a él, algo para ser mantenido y usado sexualmente a su propia conveniencia cuando el apetito lo requiere. Así, pues, han inventado ustedes las palabras *derechos* y *deber*; y cuando la mujer se rebela, le arrojan estas palabras. Una sociedad estática, una sociedad en deterioro, es la que habla de deber y derechos. Si examinan de veras sus corazones y sus mentes, encontrarán que carecen de amor. Si tuvieran amor, no habrían formulado esta pregunta.

Sin amor, no veo el sentido de tener hijos. Sin amor, producimos hijos desagradables, inmaduros, irreflexivos; y durante todas sus vidas serán inmaduros, irreflexivos, porque jamás han tenido afecto, porque fueron usados como simples juguetes y entretenimientos, como algo que debe continuar con el apellido de ustedes. Para que surja una sociedad nueva, una nueva cultura, es obvio que no puede haber dominación ni por parte del hombre ni por parte de la mujer. La dominación existe a causa de la pobreza interna. Siendo psicológicamente pobres, queremos dominar, renegar contra el sirviente, la esposa o el marido. Por cierto, lo único que puede dar origen a un nuevo estado de cosas, a una nueva cultura, es el sentido del afecto, la calidez del amor. El cultivo del corazón no es un proceso de la mente. La mente no puede cultivar el corazón, pero cuando comprendemos el proceso de la mente, surge a la existencia el amor. El amor no es una mera palabra. La palabra no es la cosa. La palabra *amor* no es amor. Cuando usamos esa palabra y tratamos de cultivar el amor, eso es tan sólo un proceso de la mente. El amor no puede cultivarse, pero cuando nos damos cuenta de que la palabra no es la cosa, entonces la mente,

con sus leyes y regulaciones, con sus derechos y deberes, deja de interferir; sólo entonces hay posibilidad de crear una nueva cultura, una nueva esperanza, un mundo nuevo.

Pregunta: ¿Cuál es esa cualidad que nos permite percibir lo total?

KRISHNAMURTI: Entendamos primero la pregunta. La mayoría de nosotros actúa sin integración. Percibimos solamente una parte de cualquier problema y después actuamos; y cuando nuestra actividad se basa tan sólo en una parte del problema y no en su totalidad, tiene que haber, evidentemente, confusión y desdicha. Por lo tanto, la pregunta es: ¿Cómo percibir en su integridad cualquier problema humano? Porque, cuando percibimos íntegramente un problema y actuamos sobre él como algo total, el problema se resuelve. Una acción así no crea problemas ulteriores. Si puedo ver el problema de la codicia, de la violencia, del nacionalismo, de la guerra, verlo como algo total y no sólo parcialmente, entonces mi acción no producirá más catástrofes, más infelicidad. La pregunta que me han entregado dice: "¿Cuál es la cualidad que nos permite percibir lo total?"

Y bien, ¿cómo aborda usted un problema? Cuando lo aborda esperando una respuesta o tratando de encontrar la causa del problema o intentando resolverlo, lo aborda con una mente muy agitada, ¿no es así? Tiene un problema y quiere encontrar una respuesta; por lo tanto, se interesa en la solución, y su mente ya está ocupada en encontrar la solución. O sea, usted no se interesa en el problema, sólo le preocupa encontrar una respuesta al problema. ¿Qué ocurre, pues? Debido a que desea una respuesta al problema, no está atento a la significación del problema en sí. Estando su mente agitada, usted no puede ver el problema en su integridad, porque puede verlo así sólo cuando su mente está serena. Hay percepción de lo total cuando la mente se halla por completo silenciosa. Pero este silencio, esta serenidad no es algo inducido, originado en la disciplina o el control. Adviene cuando cesan las distracciones, es decir, cuando la mente se da cuenta de todas las distracciones.

La mente se interesa en muchas cosas, en múltiples problemas, y si escoge un interés y excluye los demás intereses, no percibe el problema en su integridad; por lo tanto, hay distracción. Pero si la mente se da cuenta de cada interés a medida que surge y ve su significado, entonces no hay distracción. La distracción existe únicamente cuando escogemos un interés central, porque entonces todo cuanto se aleja de ese interés central es una distracción. Cuando usted escoge un interés central, ¿está la mente consumida, absorbida por ese interés? Obviamente, no lo está. Usted podrá escoger un interés central, pero si examina su mente verá que no se halla absorbida por una sola cosa. Si lo estuviera, no habría distracción; pero su mente tiene muchos intereses. Una distracción implica que hay un interés central; por consiguiente, cualquier cosa que compita con ese interés central es una distracción. Una mente que tiene un interés central y se resiste a las así llamadas distracciones, no es una mente

silenciosa; está fijada en una idea, una imagen o una fórmula, y una mente fija no es una mente quieta; es tan sólo una mente en cautiverio.

De modo que una mente quieta es indispensable para la percepción de lo total, y la mente está quieta sólo cuando comprende cada pensamiento y cada sentimiento a medida que va surgiendo. O sea, la mente se aquieta cuando se detiene el proceso del pensamiento. El mero resistirse, levantar un muro de aislamiento y vivir en ese aislamiento, no es quietud, no es serenidad. La quietud cultivada, disciplinada o forzada, la serenidad impuesta, es falsa, y una mente así jamás puede percibir el problema como algo total. Señor, el vivir es un arte, y el arte no se aprende en un día. El arte de vivir no puede hallarse en los libros; ningún gurú puede dárselo; pero, puesto que usted ha comprado libros y seguido a gurúes, su mente está repleta de ideas falsas, de disciplinas, regulaciones y restricciones. Al no estar nunca quieta, silenciosa, es incapaz de percibir ningún problema como algo total. Para ver algo de manera plena, completa, tiene que haber libertad, y la libertad no llega por medio de la compulsión, de un proceso de represión, de disciplina, sino sólo cuando la mente se comprende a sí misma; y eso es conocimiento propio. Esa forma superior de inteligencia que es el pensar negativo, adviene sólo cuando se detiene el proceso del pensamiento y la mente está por completo atenta, alerta; en esa quietud alerta, se percibe la totalidad del problema. Sólo entonces hay una acción integrada, acción que es plena, verdadera y completa.

Pregunta: Usted sostiene que el repetir mantras y practicar rituales, embota la mente. Los psicólogos nos dicen que cuando la mente está concentrada en una cosa, o en una idea, se torna aguda. Se supone que un mantra purifica la mente. Su declaración, ¿no se contradice con los hallazgos de los psicólogos modernos?

KRISHNAMURTI: Si usted va a depender de autoridades, está perdido. Un especialista es una persona que se halla dividida, y lo que dice acerca de su especialidad, no puede conducir a una acción integrada. Además, si usted cita a un psicólogo, y alguien cita a otro psicólogo que lo contradice, ¿en qué posición se encuentra usted? Lo que pensamos usted y yo es mucho más importante que todos los psicólogos juntos. Descubramos, pues, usted y yo por nosotros mismos, y no citemos lo que dicen los psicólogos o los expertos, ya que ese camino conduce a la completa confusión y a discusiones producto de la ignorancia. La pregunta es: La repetición de un mantra, o la práctica de un ritual, ¿embotan la mente? Y la otra pregunta es: La concentración sobre una idea, ¿agudiza la mente? Descubramos la verdad al respecto.

La repetición de una palabra, por bien que pueda sonar, es un proceso mecánico, ¿verdad? Observe su propia mente. Cuando usted toma la palabra *om* y la repite una y otra vez, ¿qué le ocurre a su mente? Cuando continúa repitiendo esa palabra día tras día, recibe cierto estímulo, cierta sensación que es el resultado de las repeticiones. Es una respuesta mecánica; ¿y piensa usted

que una mente que continúa repitiendo y repitiendo una palabra o una frase, es capaz de tener agudeza o un pensar rápido? Usted ha repetido mantras; ¿es su mente aguda, rápida, flexible? Sólo en su relación con otro puede usted ver si su mente es rápida o no. Si se observa a sí mismo en su relación con su esposa, sus hijos, su prójimo, etc., verá que su mente está embotada. Sólo imagina que su mente es *aguda* —palabra que no se vincula de hecho con su acción, con su modo de relacionarse, que jamás es claro, completo, pleno—. Una mente así, imaginativa, es una mente desequilibrada. La mera repetición de palabras ofrece, es obvio, cierto estímulo, cierta sensación, pero es inevitable que eso embote la mente.

De igual manera, cuando usted practica, día tras día, rituales, ceremonias, ¿qué ocurre? La práctica regular de un ritual produce, obviamente, cierto estímulo, como el ir al cine, y usted se satisface con ese estímulo. Cuando un hombre toma un trago, un cóctel, puede que por el momento se sienta libre de inhibiciones; pero déjenlo que siga tomando y se embotará más y más. Es lo mismo que cuando usted practica rituales: vierte en sus rituales una significación inmensa que éstos no tienen. Señor, su mente es la responsable por embotarse y, de tal modo, convertir su vida en un proceso mecánico. Usted no sabe lo que eso implica. Si lo examinara a fondo, si comenzara todo otra vez, no seguiría repitiendo palabras. Lo hace porque alguien le ha dicho que repetir estos mantras, lo ayudará. Para encontrar la verdad no necesita usted ningún gurú, ningún libro; para tener una mente clara, debe usted examinar a fondo cada cuestión, cada movimiento del pensar, cada aleteo del sentir.

Puesto que no desea usted encontrar la verdad, tiene este conveniente narcótico que es el mantra, la palabra. Sé que continuarán practicando los rituales, porque romper con esta práctica crearía perturbación en la familia, podría inquietar a la esposa o al marido. De modo que prosiguen con ello. Un hombre que lleva adelante algo sin saber qué hace, es, evidentemente, una persona desequilibrada; y no estoy muy seguro de que aquéllos que practican rituales no estén desequilibrados. Si estos rituales tienen algún sentido, deberían tener una respuesta en la vida cotidiana. Si usted es el gerente o el dueño de una fábrica y no comparte sus beneficios con los obreros, ¿piensa que obtendrá la paz repitiendo incontables veces esa palabra? Para los hombres que utilizan a la gente, que explotan de una manera monstruosa a sus sirvientes y empleados, que practican rituales y repiten la palabra *paz, paz,* eso constituye un escape maravilloso. Un hombre así es un ente desagradable, desequilibrado, y ninguna cantidad de charla sobre la pureza de la vida, ni la práctica de rituales ni el repetir la palabra *om*, ni el cambiar las vestiduras de su Dios, va a alterar ese hecho. ¿De qué sirven sus mantras y rituales? Ustedes hablan de paz por un lado y causan infelicidad por el otro. ¿Piensan, acaso, que una acción así es equilibrada? Practicarán innumerables rituales, pero no actuarán con generosidad, porque no hay una chispa de vida en ustedes. La mayoría desea vivir embotada, no quiere afrontar la vida; y una mente torpe puede adormecerse y vivir dichosamente en una condición semicomatosa. Los mantras, la

práctica de rituales, ayudan a producir esa condición de adormecimiento; y eso es lo que ustedes desean. Escuchan las palabras pero no harán nada. Eso es lo que yo objeto. Ustedes no se desprenden de sus rituales, no dejarán de explotar al prójimo, jamás compartirán sus beneficios con otros; no tienen interés alguno en elevar el nivel de vida de los necesitados. Para ustedes, que viven en una gran casa, está todo muy bien, pero para ellos está todo mal. Puesto que no van a hacer absolutamente nada, no veo por qué escuchan tan extasiadamente.

El segundo problema es si la concentración sobre una idea puede producir claridad o agudeza mental. Es un problema complejo y hay muchas cosas involucradas en él, así que considerémoslo a fondo. ¿Qué entienden por concentración? Un niño no habla de concentración cuando algo le interesa. Denle un reloj, un juguete, cualquier cosa en la que tenga interés; quedará completamente absorto en ella, nada más existirá para él. Ustedes no están interesados; por eso hacen un esfuerzo para concentrarse. Es decir, escogen una idea placentera o gratificante a la que llaman verdad, una cualidad que les brinda un sentimiento de bienestar, y tratan de fijar su mente en ella. Penetran sigilosamente otros pensamientos y los hacen a un lado; emplean su tiempo luchando contra ellos en un esfuerzo por concentrarse. Si pueden concentrarse y fijar su mente en una idea, si son capaces de excluir otros pensamientos y aislarse en esa única idea, piensan que han logrado algo. En otras palabras, la concentración que practican es mera exclusión. La vida es demasiado para ustedes; por lo tanto, se concentran en una idea, y entonces piensan que su mente se tornará más aguda. ¿Lo hará? ¿Puede la mente ser aguda si vive aislada en estado de exclusión? La mente es aguda, clara, rápida, sólo cuando es inclusiva, cuando no vive aislada, cuando es capaz de seguir cada pensamiento completamente hasta el fin y ver sus consecuencias. Sólo entonces puede la mente ser aguda, no cuando se concentra en una idea, lo cual es un proceso excluyente.

Hay otra cuestión contenida en esto: ¿Qué entienden ustedes por *idea*? ¿Qué es una idea? Es, obviamente, un pensamiento fijo. ¿Qué es el pensamiento? Es la respuesta de la memoria. No hay pensamiento sin memoria, no hay pensamiento sin el pasado; de modo que el pensamiento surge como respuesta de la memoria. Y ¿qué es la memoria? La memoria es el residuo de la experiencia incompleta, de la experiencia no totalmente comprendida; por lo tanto, la memoria es el producto de la acción incompleta. No puedo investigar esto en plenitud, ya que llevaría muchísimo tiempo, pero dicho brevemente: la memoria es experiencia incompleta, y esa experiencia incompleta que ustedes llaman memoria, produce pensamiento, del cual surge una idea. Por consiguiente, la idea es incompleta, y cuando se concentran, la mente que se concentra es incompleta; y una mente incompleta debe, por fuerza, ser siempre torpe, lerda. La mente se torna sensible sólo cuando es rápida, clara, cuando se da cuenta de su propia respuesta y está libre de la respuesta. Cuando uno quiere comprender algo, lo ama; observa ese algo muy atentamente, sin condenar, sin juzgar, sin censurar, sin respuesta alguna. Entonces, su mente es rápida y su

acción no se basa en una idea, la cual no es sino la continuación de la memoria y es, por ende, incompleta. Una mente que es forzada a concentrarse, que es inmolada a una idea, identificada con una idea, es una mente torpe, porque jamás puede ser completa; y, como casi todos vivimos a base de ideas, nuestras mentes son torpes. Sólo cuando la mente es libre, cuando es capaz de una flexibilidad extraordinaria, puede haber comprensión de la verdad.

Pregunta: ¿Un hombre se duerme cuando su cuerpo está dormido?

KRISHNAMURTI: Éste es un problema extraordinariamente complejo. Si ustedes tienen la disposición y el interés y no están demasiados cansados, podemos investigarlo. ¿Qué entienden por dormir? ¿Quieren decir que el cuerpo se duerme? ¿Estamos dormidos cuando pensamos que dormimos? ¿Acaso no vivimos casi todos en un estado de sueño en el cual hacemos las cosas automáticamente? Cuando las influencias ambientales les imponen ciertas formas de acción, ¿no están ustedes dormidos? Por cierto, el mero acostarse no es la única forma de dormir a la que aspira la mayoría de la gente. Casi todos queremos olvidar, queremos estar embotados, que no se nos perturbe, queremos una vida fácil, cómoda; de modo que nos echamos a dormir mental y emocionalmente mientras estamos en actividad haciendo cosas.

Para comprender este problema, tenemos que comprender la cuestión de la conciencia. ¿Qué entendemos por conciencia? No citen lo que alguien ha dicho al respecto, ya sea Shankara o Buda. Examínenlo por sí mismos. Yo no he leído ninguno de los libros sagrados, ni el Bhagavad Gita ni los Upanishads ni libro alguno de psicología. Cuando uno quiere comprender la verdad, tiene que pensar de un modo nuevo, no puede encontrar la verdad por intermedio de otro. Lo que repetimos es una mentira. Pudo ser verdadero para otro, pero cuando uno lo repite se convierte en una mentira. La verdad no puede ser repetida, debe ser experimentada, y no podemos experimentarla si estamos atrapados en la red de las palabras.

Tendremos que ver, pues, qué entendemos por conciencia. La conciencia es, indudablemente, un proceso de respuesta al reto, y a eso lo llaman ustedes experiencia. Es decir, hay un reto, el cual es siempre nuevo, pero la respuesta es siempre vieja. La respuesta a lo nuevo, la respuesta a un reto, es la experiencia. Calificamos esa experiencia, la nombramos, le ponemos un rótulo de buena o mala, placentera o dolorosa, y después la registramos, la guardamos. Por lo tanto, la conciencia es, en diferentes niveles, el proceso total del experimentar, o sea, de responder a un reto, nombrar y registrar. Eso es lo que, de hecho, está ocurriendo en los distintos niveles de nuestro ser; es un proceso constante, no un proceso periódico: respuesta a un reto, el nombrar o calificar esa respuesta, y el almacenarla a fin de comunicarla o retenerla. Ese proceso total, en sus diferentes niveles, es lo que llamamos conciencia. No estoy inventando; si se observan a sí mismos, verán que esto es lo que realmente sucede. La memoria es el depósito, el registro, y la memoria es lo que interfiere y respon-

de al reto. A todo este proceso lo llamamos conciencia. Es exactamente lo que ocurre.

Ahora bien, cuando el cuerpo se duerme, cuando usted está dormido, ¿qué sucede? El proceso continúa, la mente sigue activa, ¿no es así? Usted puede ver a menudo, cuando hay un problema, que la mente se halla activa mientras uno duerme. Durante el día, usted piensa en el problema, se preocupa por él, pero no puede encontrar una respuesta. Cuando se despierta, tiene un modo nuevo de considerar el problema. ¿Cómo ocurre eso? Cuando la mente consciente, después de haberse atormentado con el problema, se relaja, el inconsciente puede proyectarse en esa quieta mente superficial, y cuando usted se despierta, tiene la respuesta. La mente consciente nunca está quieta; se halla perpetuamente activa en todas sus diferentes capas. No ha sido posible, durante las horas de vigilia, aquietar la mente; pero, cuando durante el sueño está quieta la capa superficial de la conciencia, el inconsciente se proyecta en ella y ofrece la respuesta correcta.

Sólo cuando la mente, la conciencia, no está nombrando ni almacenando, sino que tan sólo experimenta, sólo entonces hay libertad, liberación. El sueño tiene un significado diferente. No tenemos tiempo ahora para investigar esta cuestión, pero la trataremos en otra oportunidad. La pregunta es: ¿Qué ocurre cuando el cuerpo está dormido? Obviamente, la mente superficial está quieta, pero la totalidad de la conciencia continúa. La vastedad, la significación más profunda del dormir, no se comprende si no estamos plenamente alerta y despiertos durante las horas de vigilia del proceso de la conciencia. El proceso de la conciencia está experimentando, nombrando y almacenando o registrando, y en tanto se mantiene todo este proceso, no hay libertad. La libertad, la liberación puede llegar únicamente cuando cesa el proceso del pensamiento, siendo el pensamiento un producto de la memoria que, a su vez, es el experimentar, nombrar y registrar. La libertad es posible sólo cuando hay una plena, tranquila percepción alerta respecto de todo cuanto ocurre alrededor y dentro de uno mismo. Esto suscita, nuevamente, una pregunta: ¿Qué es la percepción alerta? Tendremos que discutir esto en otra ocasión.

Pregunta: La creencia en Dios ha sido un incentivo poderoso para un mejor vivir. ¿Por qué niega usted a Dios? ¿Por qué no trata de revivir la fe del hombre en la idea de Dios?

KRISHNAMURTI: Consideremos el problema de una manera amplia e inteligente. Yo no niego a Dios, sería tonto hacer eso. Sólo el hombre que no conoce la realidad se complace en palabras sin sentido. Aquél que afirma conocerla, no la conoce; el hombre que experimenta la realidad de instante en instante, no tiene forma de comunicar esa realidad. Examinemos esta pregunta. Los hombres que soltaron la bomba atómica sobre Hiroshima decían que Dios estaba con ellos; los que volaban desde Inglaterra para destruir Alemania, afirmaban que Dios era su copiloto. Los Hitlers, los Churchills, los generales,

todos hablan de Dios, tienen una fe inmensa en Dios. ¿Prestan un servicio al hombre, hacen que la vida sea mejor para él? Las personas que afirman creer en Dios, han destruido la mitad del mundo, y el mundo está sumido en una completa desdicha. A causa de la intolerancia religiosa, la gente se divide en creyentes y no creyentes, lo cual conduce a las guerras religiosas. Ello indica cuán extraordinariamente propensos a lo político son ustedes. Y el capitalista tiene su abultada cuenta bancaria, su insensible corazón y su mente vacía. *(Risas).* No se rían, porque ustedes hacen exactamente lo mismo. También los vacíos de corazón hablan de Dios. ¿Es la creencia en Dios "un incentivo poderoso para un mejor vivir"? ¿Por qué necesita un incentivo para vivir mejor? El incentivo debe ser, por cierto, su propio deseo de vivir pura y sencillamente, ¿no es así? Si acude a un incentivo es porque no está interesado en hacer que la vida sea posible para todos; sólo le interesa su incentivo, el cual es diferente del mío, y disputaremos acerca del incentivo.

Pero, si vivimos dichosamente todos unidos, no porque creamos en Dios, sino porque somos seres humanos, entonces compartiremos la totalidad de los medios de producción. Debido a nuestra falta de inteligencia, aceptamos la idea de una superinteligencia a la que llamamos "Dios"; pero este "Dios", esta superinteligencia, no va a darnos una vida mejor. Lo que conduce a una vida mejor es la inteligencia; y no puede haber inteligencia si hay divisiones de clase, creencias, si los medios de producción están en manos de unos pocos, si hay nacionalidades aisladas y gobiernos soberanos. Todo esto indica, es obvio, falta de inteligencia que está impidiendo un vivir mejor, no así el hecho de que no creamos en Dios.

Ahora bien, el otro punto es: ¿Qué entienden ustedes por Dios? En primer lugar, la palabra *Dios* no es Dios, la palabra no es la cosa. Cuando usted pronuncia la palabra *Dios*, eso no es Dios. Cuando repite esa palabra, ello produce cierta sensación, una respuesta agradable, es natural. O, si dice que no cree en Dios, este rechazo también tiene una significación psicológica. Es decir, la palabra *Dios* genera en usted una respuesta nerviosa, que es también emocional e intelectual, la que está de acuerdo con su condicionamiento; pero tales respuestas no son Dios, es obvio.

Ahora bien, ¿cómo va usted a encontrar la verdad? No aislándose, no apartándose de la vida. Para dar con la verdad, señor, la mente debe hallarse libre de la respuesta del pasado, porque la verdad no es percibida cuando la mente está fija; ella tiene que percibir cada vez de nuevo, de instante en instante. Una mente que es producto de la memoria, del tiempo, no puede seguir el movimiento de la verdad. Para que lo real sea visto, debe cesar el proceso del pensamiento. Cada pensamiento es el producto del tiempo, el resultado del ayer, y la mente que se halla atrapada en el campo del tiempo, no puede percibir algo que está más allá de ella misma. Lo que la mente percibe sigue estando dentro del campo del tiempo, y lo que se encuentra dentro de este campo no es la realidad. La realidad puede manifestarse sólo cuando llega a su fin aquello que es producto del tiempo; entonces existe la experiencia de esa realidad,

experiencia que no es ficticia, que no es autohipnosis. El proceso del pensamiento cesa únicamente cuando nos comprendemos a nosotros mismos; y esa comprensión plena, completa, es posible no en el aislamiento, no apartándonos de la vida, sino sólo en la relación con nuestra esposa, nuestros hijos, nuestra madre, nuestro prójimo. La realidad no se encuentra, pues, a gran distancia, la regeneración no es un asunto de tiempo. La regeneración, esa revolución interna que trae consigo la claridad, adviene únicamente cuando percibimos *lo que es*. Eso no requiere tiempo, sino comprensión, un estado de atención y claridad. Sólo cuando la mente está serena, llega la regeneración. Experimentar la realidad no es una cuestión de creencia; aquél que cree en ella, no la conoce, y cuando habla acerca de la realidad, no hace sino complacerse en palabras. Las palabras no son la experiencia, no son la realidad. La realidad es inconmensurable, no puede ser atrapada en la guirnalda de las palabras, tal como la vida no puede contenerse dentro de los muros de la posesión. Sólo cuando la mente está libre, puede manifestarse la creación.

12 de setiembre de 1948

CUARTA PLÁTICA EN POONA

Es bastante obvia la confusión mental que reina en la mayoría de nosotros. Vemos que los así llamados líderes en todos los sectores de la vida, carecen de una respuesta completa para nuestros múltiples problemas. Los numerosos partidos políticos en conflicto, ya sean de la izquierda o de la derecha, no han encontrado, al parecer, la solución apropiada para nuestras realidades nacionales e internacionales; y también vemos que, socialmente, hay una destrucción total de los valores morales. Todo parece desintegrarse a nuestros alrededor; los valores morales y éticos se han convertido en un mero asunto de tradiciones sin mayor significación. La guerra, el conflicto entre la derecha y la izquierda, parecen ser un factor constantemente reiterado en nuestras vidas; en todas partes hay destrucción, en todas partes hay desorden. En lo interno, estamos completamente confundidos, aunque no nos guste reconocerlo; vemos que la confusión reina en todas las cosas, y no sabemos exactamente qué hacer. La mayoría de los que reconocen esta confusión, esta incertidumbre, quieren hacer algo, y cuanto más confundidos nos hallamos, más ansiedad tenemos de actuar.

Así, pues, para aquellas personas que han advertido la confusión que hay en ellas mismas y en torno de ellas, la acción se vuelve sumamente importante. Pero cuando una persona se halla confusa, ¿cómo puede actuar? Cualquier cosa que haga, cualquiera que sea su curso de acción, por fuerza tiene que ser confuso, y una acción así creará, inevitablemente, mayor confusión. Cualquiera que sea el partido político, la institución u organización a que pertenezca

esa persona, es obvio que, hasta tanto aclare su propia esfera de confusión, toda cosa que haga está destinada a generar más caos. ¿Qué ha de hacer, pues? ¿Qué ha de hacer un hombre serio y deseoso de aclarar la confusión que hay alrededor y dentro de él mismo? ¿Cuál es su primera responsabilidad? ¿Actuar, o aclarar su confusión interna y, por lo tanto, la confusión externa que lo rodea? Creo que ésta es una cuestión importante que pocos estamos dispuestos a afrontar. Vemos tanto desorden social que, en nuestro sentir, requiere reformas inmediatas, que la acción se vuelve para nosotros un proceso absorbente. Ansiosos por "hacer" algo, procedemos a actuar; intentamos producir reformas, ingresamos en partidos políticos de izquierda o de derecha. Pero pronto descubrimos que las reformas necesitan más reforma, que las organizaciones exigen más organización, y así sucesivamente. Toda vez que tratamos de actuar, encontramos que el actor mismo es el origen de la confusión. Entonces, ¿qué ha de hacer uno? Cuando está confuso, ¿ha de actuar, o ha de permanecer inactivo? Es realmente el problema al que nos enfrentamos casi todos nosotros.

Ahora bien, tenemos miedo de permanecer inactivos; y retirarnos por un período a fin de considerar todo el problema, requiere una inteligencia extraordinaria. Si uno se retirara durante un tiempo para reconsiderar, revalorizar el problema, sus amigos, sus asociados, lo considerarían un escapista. Uno se convertiría en una persona sin importancia, socialmente sería un completo fracaso. Si cuando hay agitar de banderas, uno no agita la bandera, si cuando todos se ponen un determinado birrete, uno no lleva ese birrete, se siente excluido; y como casi a ninguno de nosotros le gusta quedar relegado a un segundo plano, nos sumergimos en la actividad. Por lo tanto, es muy importante que se comprenda el problema de la acción y la inacción. ¿No es necesario, acaso, permanecer inactivo para considerar toda la cuestión? Obviamente, debemos continuar con nuestra responsabilidad diaria de ganarnos la vida; todas las necesidades esenciales deben seguir siendo cubiertas. Pero, ¿necesitamos pertenecer a las organizaciones políticas, religiosas y sociales, a los grupos, comités, etc.? Si somos muy serios al respecto, ¿no debemos reconsiderar, revalorizar todo el problema de la existencia? Y para hacerlo, ¿no debemos apartarnos durante un tiempo, a fin de considerar las cosas, de examinarlas, de reflexionar sobre ellas?

¿Es inacción ese retiro? ¿No es una verdadera *acción*? En esa así llamada inacción, existe la extraordinaria acción de reconsiderar todo el problema del vivir, de revalorizarlo, de reflexionar sobre la confusión en que vivimos. ¿Por qué tememos tanto estar inactivos? Reconsiderar las cosas, ¿es inacción? Evidentemente, no. Por cierto, el hombre que elude la acción es aquél que está activo sin reconsiderar el problema. Él es el verdadero escapista. Está confuso y, a fin de escapar de su confusión, de su insuficiencia, se sumerge en la acción, ingresa en una sociedad, un partido político, una organización. Está realmente escapando del problema fundamental, que es la confusión. De modo que estamos aplicando mal las palabras. El hombre que se sumerge en la ac-

ción, sin reconsiderar el problema, pensando que reforma el mundo al ingresar en una sociedad o en un partido político, es el que crea una confusión y una desdicha mayores; en cambio, el así llamado hombre inactivo, que se aparta de la actividad y considera seriamente toda la cuestión, un hombre así es, sin duda, mucho más activo.

Especialmente en estos tiempos, cuando todo el mundo está al borde de un precipicio y tienen lugar acontecimientos catastróficos, ¿no sería necesario que, al menos unos pocos, estuvieran "inactivos", que no se dejaran atrapar en esta maquinaria atómica de actividad que nada produce excepto más confusión, más caos? Seguramente, aquéllos que son serios se retirarán, no de la vida, no de las actividades diarias, sino que se retirarán a fin de estudiar, de explorar, investigar y descubrir la causa de la confusión; y para ello uno necesita examinar los innumerables planes y proyectos de lo que debería o no debería ser una sociedad nueva. Es obvio que tales proyectos son totalmente inútiles, porque un hombre que está confuso y que se limita a poner en práctica proyectos, originará mayor confusión. Por lo tanto, como lo he dicho repetidas veces, si hemos de comprender la causa de la confusión, lo fundamental es el conocimiento propio. Si uno no se comprende a sí mismo, no puede haber orden en el mundo; sin explorar en nosotros mismos todo el proceso del pensar, sentir y actuar, no es posible que haya paz, orden y seguridad en el mundo. Por consiguiente, el estudio de uno mismo es de importancia primordial, y no es un proceso de escape. Este estudio de uno mismo no es mera inacción. Por el contrario, requiere una extraordinaria percepción alerta en todo lo que uno hace, percepción en la que no ha de haber juicio ni condena ni censura. Esta percepción del proceso total de uno mismo tal como uno vive en su vida cotidiana, no es limitativa sino siempre expansiva, siempre clarificadora. De esta percepción alerta surge el orden, primero en uno mismo y después externamente en las relaciones de uno con los demás.

El problema es, por lo tanto, un problema de relación. Sin relación no hay existencia; ser es estar relacionado. Si me limito a usar la relación sin comprenderme a mí mismo, aumento la confusión y contribuyo a un desorden mayor. Muy pocos parecemos darnos cuenta de esto, de que el mundo es mi relación con los demás, ya sea con uno o con muchos. Mi problema es el de la relación. Lo que soy es lo que proyecto; y si no me comprendo a mí mismo, mi relación es, en su totalidad, una confusión que se expande en círculos cada vez más amplios.

La relación adquiere, pues, una importancia extraordinaria, no mi relación con la así llamada masa, con la multitud, sino con el mundo de mi familia y mis amigos, por pequeño que ese mundo sea —mi relación con mi esposa, mis hijos, mi prójimo—. En un mundo de enormes organizaciones, de vastas movilizaciones de personas, de movimientos masivos, tememos actuar en pequeña escala; nos atemoriza ser personas insignificantes que se ocupan de poner en orden su propia parcela. Nos decimos: "¿Qué puedo hacer personalmente? Para reformar algo debo unirme a un movimiento de masas". Por el

contrario, la verdadera revolución tiene lugar no mediante movimientos de masas, sino gracias a la revalorización interna de las relaciones; únicamente ésa es una verdadera reforma, una revolución radical y continua. Tenemos miedo de empezar en pequeña escala. A causa de que el problema es tan vasto, pensamos que debemos afrontarlo con un gran número de personas, con una gran organización, con movimientos de masas. No es así; debemos empezar a abordar el problema en pequeña escala, y la pequeña escala son el "yo" y el "tú". Cuando me comprendo a mí mismo, comprendo al otro, y de esa comprensión surge el amor. El amor es el factor que pasamos por alto; en la relación hay falta de afecto, de cordialidad; y, debido a que nos falta ese amor, esa ternura, esa generosidad, esa compasión, escapamos hacia la acción de masas, que produce más confusión, más desdicha. Llenamos nuestros corazones con proyectos y planes para reformar el mundo, y no prestamos atención a ese único factor capaz de resolver las cosas: el amor.

Sin ese factor regenerativo, cualquier cosa que ustedes hagan producirá más caos. La acción del intelecto no va a generar una solución. Nuestro problema es la relación, y no qué sistema, qué plan debemos seguir, qué tipo de Organización de Naciones Unidas debemos formar; nuestro problema es la falta total de buena voluntad en la relación, no con la humanidad —cualquier cosa que eso pueda significar—, sino la falta de buena voluntad en la relación entre dos personas. ¿No han descubierto cuán extraordinariamente difícil es trabajar con otro, examinar a fondo los problemas junto con dos o tres personas? Si no podemos considerar problemas con dos o tres personas, ¿cómo podemos considerarlos con una multitud? Podemos examinar juntos los problemas, sólo cuando existe esa generosidad, esa benevolencia, esa calidez del amor en la relación; pero nosotros negamos el amor y tratamos de hallar la solución en los áridos terrenos de la mente.

De modo que nuestro problema es la relación; y estar simplemente activos sin comprender la relación, es producir una confusión mayor, mayor infelicidad. La acción es relación; ser es estar relacionado. Haga uno lo que hiciere, retirarse a las montañas, permanecer en un bosque, no puede vivir en aislamiento. Sólo puede vivir en relación, y en tanto esa relación no se comprenda, no puede haber una acción verdadera. La acción verdadera surge cuando comprendemos la relación, la cual revela el proceso de uno mismo. El conocimiento propio es el principio de la sabiduría, es un campo de afecto, cordialidad y amor; por lo tanto, es un campo rico en flores.

Pregunta: La institución del matrimonio es una de las principales causas de conflicto social. Crea un orden aparente a costa de terrible represión y sufrimiento. ¿Hay otra forma de resolver el problema del sexo?

KRISHNAMURTI: Todos los problemas humanos requieren una gran reflexión y, para comprender el problema, no debe haber reacción alguna, ni rechazo ni aceptación. Lo que uno condena es lo que uno no comprende. De

modo que debemos investigar el problema del sexo muy detenidamente, de manera plena y cuidadosa, paso a paso, y eso es lo que me propongo hacer. No voy a prescribir lo que debe o no debe hacerse, cosa que es tonta e implica un pensar inmaduro. Uno no puede dictar un patrón de vida, no puede poner la vida dentro de una estructura de ideas; y debido a que la sociedad encaja la vida en la estructura del orden moral, la sociedad está engendrando siempre desorden. Para comprender, pues, este problema, no debemos ni condenar ni justificar, sino considerarlo todo de un modo nuevo.

Y bien, ¿cuál es el problema? ¿Es un problema el sexo? Examinémoslo juntos, no esperen de mí una respuesta. Si es un problema, ¿por qué es un problema? ¿Hemos convertido el hambre en un problema? ¿Se ha vuelto un problema el hambre de los pueblos? Las causas evidentes del hambre son el nacionalismo, las diferencias de clase, las fronteras económicas, los gobiernos soberanos, los medios de producción en manos de unos pocos, los separativos factores religiosos, etc. Si intentamos eliminar los síntomas sin erradicar las causas, si en vez de habérnoslas con la raíz nos limitamos a podar las ramas porque es mucho más fácil, continuará el mismo viejo problema. La institución del matrimonio ha sido creada para refrenar el instinto sexual, para contenerlo dentro de ciertos límites; y en el matrimonio, detrás de la puerta, detrás del muro, usted puede hacer todo lo que le plazca y mostrar una fachada externa respetable. Al usar a su esposa para su propia satisfacción sexual, puede convertirla en una prostituta, y eso se considera perfectamente respetable. So pretexto del matrimonio, uno puede ser peor que un animal; y sin matrimonio, sin restricción, no conocen ustedes límites. Por lo tanto, para establecer un límite, la sociedad dicta ciertas leyes morales que se convierten en la tradición, y dentro de ese límite pueden ser tan inmorales, tan desagradables como les plazca; y esa desbordada complacencia, esa acostumbrada actividad del sexo, se considera perfectamente normal, sana y moral.

Entonces, ¿por qué es el sexo un problema? Para una pareja casada, ¿es un problema el sexo? Ninguno, en absoluto. La mujer y el hombre tienen asegurada una fuente de placer constante. Cuando uno tiene una fuente de placer constante, cuando tiene un ingreso garantizado, ¿qué ocurre? Se embota, queda agotado, vacío, exhausto. ¿No han notado cómo personas que antes de casarse estaban llenas de energía vital, se embotan apenas están casadas? Todas las fuentes de la vida las han abandonado. ¿No lo han advertido en sus propios hijos, en sus hijas? ¿Por qué se ha vuelto un problema el sexo? Es obvio que cuanto más intelectuales, tanto más sexuales son ustedes. ¿No han reparado en eso? Y cuanto más benevolencia, emoción y afecto hay, tanto menor es el predominio del sexo. A causa de que toda nuestra cultura social, moral y educativa se basa en el cultivo del intelecto, el sexo se ha vuelto un problema de confusión y conflicto. Por lo tanto, la solución del problema del sexo radica en comprender el cultivo del intelecto. El intelecto no es el medio de creación, y la creación no ocurre a través del funcionamiento del intelecto; por el contrario, hay creación cuando el intelecto está en silencio. Sólo donde hay creación,

tiene sentido el funcionamiento del intelecto; pero sin creación, sin ese afecto creativo, el mero funcionamiento del intelecto crea el problema del sexo. Como la vida de casi todos nosotros reside en el cerebro, en las palabras, y las palabras pertenecen a la mente, muy pocos somos creativos. Estamos atrapados en las palabras, en hilar nuevas palabras y en reordenar las viejas. Por cierto, eso no es creación.

Puesto que no somos creativos, la única expresión creadora que nos queda es el sexo. En el acto sexual hay olvido, y sólo en el olvido hay creación para ustedes. El acto sexual los libera, por una fracción de segundo, de ese "yo" que es de la mente; por eso el sexo se ha vuelto un problema. La creatividad surge sólo cuando está ausente el pensamiento, que pertenece al "yo" y "lo mío", que es el producto de la mente. En ese momento de apreciación expansiva de la vida, de júbilo intenso, hay creatividad. Expresado de una manera simple: Cuando el "yo" se halla ausente, hay creación; y, dado que todos nosotros estamos atrapados en el árido intelecto, es natural que no haya ausencia del "yo". Por el contrario, en ese campo, en ese esforzarse por ser, hay una exagerada expansión del "yo" y, en consecuencia, no hay creatividad. De aquí que el sexo se constituya en el único medio de ser creativo, de experimentar la ausencia del "yo"; y, puesto que el mero acto sexual se vuelve un hábito, también eso es tedioso y fortalece la continuidad del "yo". Así es como el sexo se convierte en un problema.

A fin de resolver el problema del sexo, tendremos que abordarlo, no en un único nivel de pensamiento, sino desde todas direcciones, desde todos los ángulos: el educativo, el religioso y el moral. Cuando somos jóvenes, tenemos un fuerte sentimiento de atracción sexual, y nos casamos o nos casan nuestros padres, como ocurre aquí en Oriente. Los padres se interesan a menudo tan sólo en librarse de sus jóvenes hijos e hijas, y la pareja, el muchacho y la chica, no tienen ningún conocimiento en cuestiones sexuales. Dentro de la sagrada ley de la sociedad, el hombre puede reprimir a su esposa, destruirla, darle hijos año tras año, y eso está perfectamente bien. So pretexto de la respetabilidad, él puede volverse una persona completamente inmoral. Uno tiene que comprender y educar al muchacho y a la chica, y eso requiere una inteligencia extraordinaria por parte del educador. Desafortunadamente, nuestros padres, nuestras madres y nuestros maestros necesitan todos esta misma educación; ellos sólo conocen los "debes", los "no debes" y los tabúes, no tienen inteligencia para encarar este problema.

Para ayudar al muchacho y a la chica, tendremos que tener una nueva clase de maestro verdaderamente educado. Pero, mediante el cine y los anuncios con sus muchachas semidesnudas, sus mujeres voluptuosas, las espléndidas casas, y mediante otros medios diversos, la sociedad estimula los valores sensorios. ¿Qué esperan ustedes, pues? Si está casado, el hombre se satisface con su esposa; si no lo está, acude subrepticiamente a alguien. Es un problema difícil el de inducir inteligencia en el muchacho y la chica. En todas partes, los seres humanos se explotan unos a otros por medio del sexo, de la propiedad,

de la relación; y en lo religioso, no hay creatividad en absoluto. Al contrario, la constante meditación, los rituales o pujas, la repetición de palabras, son tan sólo actos mecánicos con ciertas respuestas; pero eso no es un pensar creativo, un vivir creativo. En lo religioso, son ustedes nada más que tradicionales; por consiguiente, no hay una investigación creativa dirigida al descubrimiento de la realidad. Se hallan todos regimentados y, donde hay regimentación, ya sea en el sentido militar o en el religioso, no puede haber creatividad; por eso, buscan la creatividad por medio del sexo. Liberen a la mente de la ortodoxia, del ritual, de la regimentación y del dogmatismo, a fin de que pueda ser creativa, y el problema del sexo dejará de ser tan grande o tan dominante.

Existe otro aspecto en este problema: En la relación sexual entre el hombre y la mujer, no hay amor. La mujer es usada tan sólo como medio de satisfacción sexual. Señores, el amor no es, por cierto, el producto de la mente, no es el resultado del pensamiento ni la consecuencia de un contrato. Aquí, en este país, el muchacho y la chica raramente se conocen entre sí; no obstante, se casan y tienen relaciones sexuales. Se aceptan el uno al otro y dicen: "Tú me das esto, y yo te doy eso", o "Tú me das a tu hijo, y yo te doy tu seguridad, te doy mi afecto calculado". Cuando el marido dice "te amo", eso no es sino la respuesta de la mente; debido a que él le da a su esposa cierta protección, espera que ella le conceda sus favores, y ella se los concede. Esta relación basada en el cálculo es llamada amor. Es un hecho obvio. Puede no gustarles que lo exponga tan brutalmente, pero ése es el hecho real. Se dice que un casamiento semejante es por amor, pero es una mera cuestión de intercambio; es un casamiento *bania*, revela la mentalidad mercantil.

En un matrimonio así, es indudable que no puede haber amor, ¿verdad? El amor no pertenece a la mente; pero, dado que hemos cultivado la mente, usamos la palabra *amor* para abarcar el campo mental. El amor no tiene nada que ver con la mente, no es un producto de ella; el amor es por completo independiente de todo cálculo, independiente del pensamiento. Cuando no hay amor, la estructura del matrimonio como institución, se vuelve una necesidad. Donde hay amor, el sexo no es un problema; la falta de amor es lo que convierte al sexo en un problema. ¿No lo saben? Cuando uno ama a alguien de manera real y profunda, no con el amor de la mente, sino de veras desde el corazón, comparte con esa persona todo lo que tiene, no sólo el cuerpo, sino *todo*. El marido, en su preocupación, pide la ayuda de ella, y ella lo ayuda. No hay división entre hombre y mujer cuando uno ama a alguien, pero cuando no conocemos *ese* amor, hay un problema sexual. Conocemos tan sólo el amor del cerebro, amor producido por el pensamiento; y un producto del pensamiento sigue siendo pensamiento, no es amor.

Así, pues, este problema del sexo no es simple y no puede ser resuelto en su propio nivel. Es absurdo tratar de resolverlo en lo puramente biológico; y abordarlo por medio de la religión o intentar resolverlo como si fuera una mera cuestión de ajuste físico, de acción glandular, o rodearlo de tabúes y condenaciones, es todo demasiado inmaduro, infantil y estúpido. Esto requiere inteli-

gencia del orden más elevado. Comprendernos a nosotros mismos en nuestra relación con otro ser humano, exige una inteligencia mucho más rápida y sutil que para comprender la naturaleza. Pero nosotros procuramos comprender sin inteligencia; deseamos una acción inmediata, una solución inmediata, y el problema adquiere cada vez más importancia. ¿Han notado cómo el rostro de un hombre cuyo corazón está vacío, se torna desagradable y cómo los hijos que produce son desagradables e inmaduros? Y, debido a que carecen de afecto, permanecen inmaduros por el resto de sus vidas. Observen alguna vez en el espejo sus propios rostros, ¡vean cuán informes, cuán indefinidos son!

Ustedes tienen cerebros para descubrir, y están atrapados en el cerebro. El amor no es mero pensamiento; los pensamientos son tan sólo la acción externa del cerebro. El amor es mucho más hondo, mucho más profundo, y la profundidad de la vida puede ser descubierta únicamente en el amor. Sin amor, la vida no tiene sentido, y ésa es la parte triste de nuestra existencia. Envejecemos, y seguimos siendo inmaduros; envejecen nuestros cuerpos, se vuelven gordos y feos, y nosotros permanecemos igual de irreflexivos. Aunque leemos sobre la vida y hablamos de ella, jamás hemos conocido su perfume. El mero leer y verbalizar indica una falta total de la calidez del corazón, que enriquece nuestra vida; y, sin esa calidad del amor, hagan ustedes lo que hicieren, ingresar en alguna sociedad, elaborar alguna ley, no resolverán este problema. Amar es ser casto. El mero intelecto no es castidad. El hombre que trata de ser casto en pensamiento, no es casto, ya que carece de amor. Sólo el hombre que ama es casto, puro, incorruptible.

Pregunta: En la moderna institución de la sociedad es imposible vivir sin organización. Rehuir todas las organizaciones, como usted parece hacer, no es sino escapismo. ¿Considera usted que el sistema postal es un núcleo de poder? ¿Cuál debería ser la base de organización de la nueva sociedad?

KRISHNAMURTI: Señor, ésta es, nuevamente, una cuestión compleja. Por cierto, todas las organizaciones existen en pro de la eficiencia. La oficina postal es una organización para la eficiencia de las comunicaciones; pero, cuando el administrador de correos se vuelve casi un tirano con sus empleados, la oficina postal se convierte en un medio de poder, ¿no es así? El administrador general de correos se interesa en la eficiencia de la comunicación —o debería interesarse—; su posición no está destinada, es obvio, a ser un medio de poder, de autoridad, de exaltación propia, pero de hecho *es* eso. Así, cada institución u organización es usada por los seres humanos no simplemente para la eficiencia de la comunicación, de la distribución y demás, sino como medio de poder; y eso es lo que objeto. Por cierto, la oficina de correos, el tranvía y varios otros servicios públicos, son necesarios en la sociedad moderna y deben ser organizados. La usina central que genera electricidad necesita una cuidadosa organización; pero cuando tal organización se usa con propósitos políticos como

medio de exaltación personal, es obvio que se convierte en la herramienta de una extraordinaria brutalidad.

Ahora bien, las organizaciones religiosas tales como el hinduismo, el catolicismo, el budismo, etc., no existen para la eficiencia y son completamente innecesarias. Se vuelven perniciosas; el sacerdote, el obispo, la iglesia, el templo son un medio extraordinario de explotar a los hombres. Los explotan mediante el miedo, la tradición, la ceremonia. La religión verdadera es, obviamente, la búsqueda de la realidad, y tales organizaciones son inútiles, porque la búsqueda de la realidad no puede ser llevada adelante por un grupo organizado de personas. Al contrario, un grupo organizado de personas se convierte en un obstáculo para la realidad; en consecuencia, el hinduismo, el cristianismo o cualquier otra creencia organizada son un impedimento para la verdad. No son eficientes, porque la búsqueda de la verdad descansa en nuestras propias manos; no puede ser organizada mediante una organización ni por medio de un gurú o de sus discípulos cuando éstos se organizan con vistas al poder. Es evidente que necesitamos organizaciones técnicas, tales como la oficina de correos, el sistema tranviario, etc., pero para el ser humano inteligente es innecesario cualquier otro tipo de organización. A causa de que nosotros mismos no somos inteligentes, entregamos a esas personas que se autotitulan inteligentes, el poder de dirigirnos. Un ser humano inteligente no necesita ser dirigido; no necesita ninguna otra organización que las indispensables para tornar eficiente la existencia.

Las necesidades de la vida no pueden ser apropiadamente organizadas cuando los medios de satisfacerlas se hallan en manos de unos pocos, de una clase social o un grupo; y cuando el grupo actúa en representación de los muchos, existe el mismo problema del poder, es obvio. La explotación aparece cuando las organizaciones son utilizadas como un instrumento de poder, ya sea por parte del individuo, del grupo, del partido político, o del Estado. Esta expansión propia mediante el uso de la organización, es perniciosa, como sucede cuando un Estado se identifica como gobierno soberano, lo cual va acompañado por el nacionalismo; y en eso se halla involucrado también el individuo. Lo que objeto es este poder expansivo, agresivo y autodefensivo. Naturalmente, a fin de que yo pueda venir aquí, tiene que haber una organización. Debo escribir una carta, y esa carta puede llegar a ustedes sólo si hay un sistema de distribución postal debidamente organizado. Todo esto es correcta organización. Pero cuando las organizaciones son utilizadas por los hábiles y los astutos como medios de explotar a la gente, tales organizaciones deben ser erradicadas; y podrán ser erradicadas únicamente cuando cada uno de nosotros, en su pequeño círculo, no esté buscando poder, dominación. En tanto la búsqueda de poder exista, tiene que haber un proceso jerárquico desde el ministro de gobierno al escribiente, desde el obispo al sacerdote, desde el general al soldado raso.

Por cierto, podremos tener una sociedad decente sólo cuando los individuos, ustedes y yo, no estemos buscando poder en todas direcciones, ya sea

por medio de la riqueza, de la relación o de una idea. La causa de este desastre, de esta desintegración de la sociedad, es la búsqueda de poder. Nuestra existencia de hoy en día consiste toda en el poder de la política, en el dominio que en la familia ejerce el hombre o la mujer, en el dominio de una idea. La acción basada en una idea es siempre separativa, jamás puede ser inclusive; y la búsqueda de poder, ya sea ejercido por el individuo o por el Estado, indica la expansión, el cultivo del intelecto, en lo cual no hay amor. Cuando amamos a alguien somos muy cuidadosos, organizamos las cosas espontáneamente, ¿verdad? Estamos atentos, somos eficientes en ayudar a éste o a aquél. Sólo cuando no hay amor, surge la organización como instrumento de poder. Cuando amamos a otro, cuando estamos llenos de afecto y generosidad, las organizaciones tienen un significado diferente; son mantenidas en su propio nivel. Pero cuando adquiere suma importancia la posición del individuo, cuando hay anhelo de poder, entonces las organizaciones son usadas como medios para alcanzar el poder; y el poder no puede existir junto con el amor.

El amor es su propio poder, su propia belleza, y debido a que nuestros corazones están vacíos, los llenamos con las cosas de la mente; y las cosas de la mente no son cosas del corazón. A causa de que nuestros corazones están repletos con las cosas de la mente, recurrimos a las organizaciones como un medio de generar orden, de traer paz al mundo. Únicamente el amor puede traer orden y paz al mundo, no las organizaciones; la conciliación entre las personas podrá lograrse sólo gracias a la buena voluntad, no mediante los proyectos de alguna utopía. Dependemos de las organizaciones porque nos falta la calidez del amor; tan pronto tenemos organizaciones sin amor, el hábil y el astuto llegan a la cima y las usan. Fundamos una organización para el bienestar del hombre, y antes de que nos demos cuenta, alguien la está usando para sus propios fines. Generamos revoluciones, revoluciones sangrientas, desastrosas, para producir un orden mundial, y antes de que lo sepamos, el poder está en manos de unos cuantos maniáticos que lo buscan, y ellos se convierten en una nueva clase poderosa, un nuevo grupo dominante de comisarios políticos con su policía secreta; y el amor es expulsado.

Señores, ¿cómo puede el hombre vivir sin amor? Tan sólo puede existir, y la existencia sin amor es control, confusión y pesadumbre; y eso es lo que está generando la mayoría de nosotros. Nos organizamos para la existencia y aceptamos el conflicto como algo inevitable, porque nuestra existencia es una incesante demanda de poder. Por cierto, cuando amamos, la organización tiene su lugar apropiado, correcto, pero sin amor, la organización llega a ser una pesadilla, una pesadilla mecánica y eficiente como el ejército. Cuando haya amor, no habrá ejércitos; pero como la sociedad moderna se basa en la mera eficiencia, necesitamos tener ejércitos —y el propósito de un ejército es producir guerra—. Aun en la así llamada paz, cuanto más eficientes somos en lo intelectual, tanto más crueles, más brutales, más insensibles nos volvemos. Por eso hay confusión en el mundo, por eso la burocracia es cada vez más poderosa, por eso más y más gobiernos se están volviendo totalitarios.

Nos sometemos a todo esto como a algo inevitable, porque vivimos en función de nuestros cerebros y no de nuestros corazones; en consecuencia, el amor no existe. El amor es el elemento más peligroso e inseguro en nuestra vida; y, debido a que no queremos sentirnos inseguros, en peligro, vivimos a base de la mente. Un hombre que ama es peligroso, y nosotros no queremos vivir peligrosamente, queremos vivir eficientemente, vivir en la estructura de la organización, porque pensamos que las organizaciones van a traer orden y paz al mundo. Las organizaciones jamás nos han traído orden y paz. Sólo el amor, sólo la buena voluntad y la compasión pueden traer finalmente orden y paz; finalmente y, por lo tanto, ahora.

Pregunta: ¿Por qué una mujer está propensa a permitir que el hombre la domine? ¿Por qué las comunidades y las naciones permiten que las mande un líder o un führer?

KRISHNAMURTI: Bien, señor, ¿por qué formula usted esta pregunta? ¿No debería mirar dentro de su propia mente para descubrir por qué quiere ser dominado, por qué domina usted y por qué busca un líder? ¿Por qué domina el hombre a la mujer o la mujer al hombre? Y esta dominación es también llamada amor, ¿no es así? Cuando el hombre domina, la mujer gusta de ello y considera que es afecto, y cuando la mujer manda sobre el hombre, él también gusta de ello. ¿Por qué? Eso indica que la dominación confiere cierto sentido de cercanía en la relación. Si mi esposa me domina, me siento muy cerca de ella, y si no me domina, siento que es indiferente. Ustedes temen la indiferencia por parte de sus esposas o maridos, por parte de la mujer o el hombre. Aceptarán cualquier cosa con tal de no sentir la indiferencia de alguien. Ustedes sabe cuán cerca desean mantenerse de su gurú; harán cualquier cosa —sacrificar a su mujer, su honestidad, todo— para estar cerca de él, porque quieren sentir que no le son indiferentes.

Es decir, usamos la relación como un medio para olvidarnos de nosotros mismos, y en tanto la relación no nos muestre lo que realmente somos, estamos satisfechos. Por eso aceptamos la dominación de otro. Cuando mi esposa me domina, ello no revela lo que soy, sino que es una fuente de gratificación. Si mi esposa no me domina, si se muestra indiferente y yo descubro lo que realmente soy, eso resulta muy perturbador. ¿Qué soy? Soy un ser vacío, duro, desordenado, con ciertos apetitos; y tengo miedo de enfrentarme a toda esta vacuidad. Por consiguiente, acepto la dominación de mi esposa porque eso me hace sentir más cerca de ella, y no quiero verme tal como soy. Y este dominio brinda un sentimiento de relación; trae consigo celos —tan pronto ella no me domina, es porque tiene los ojos puestos en algún otro—. Por lo tanto, estoy celoso porque siento que la he perdido, y no sé como librarme de los celos, todo lo cual sigue estando en el plano del cerebro. Señor, un hombre que ama no es celoso. Los celos son del cerebro, pero el amor no es del cerebro; y donde hay amor no hay dominación. Cuando uno ama a alguien no lo domina, forma

parte de esa persona. No hay separación, sino integración completa. El cerebro es el que separa y crea el problema de la dominación.

"¿Por qué las comunidades y las naciones permiten que las mande un líder"? ¿Qué son las comunidades y las naciones? Un grupo de personas que viven juntas. Expresado de otra manera: La sociedad, la comunidad, la nación, es usted, el individuo, en su relación con otro, lo cual es un hecho obvio. ¿Por qué buscan un líder? Lo hacen porque están confusos, ¿no es así? Un hombre claro, integrado, no necesita un líder. Para él, un líder es un fastidio, un factor de desintegración en la sociedad. Ustedes buscan un líder porque están confusos; no saben qué hacer, y quieren que les digan lo que deben hacer, buscan métodos de conducta en lo social, político y religioso. Entienda las implicaciones de esto, señor: estando confusos, ustedes buscan un líder. Si cuando están confusos buscan un líder que los conduzca fuera de la confusión, eso significa que no buscan claridad, que no están interesados en la causa de la confusión; lo único que desean es que los saquen de ella. Pero, al estar confusos, escogerán un líder también confuso. *(Risas).* No se rían, por favor, vean más bien la importancia de esto. Ustedes no buscarán un líder que esté claro, porque él les dirá que observen su propia confusión, que no escapen de ella; les dirá que la causa de la confusión está en uno mismo. Pero ustedes no quieren eso, quieren un líder que los saque de la confusión; y, debido a que sus mentes están confusas, buscarán un líder también confuso. ¿Cómo puede una mente confusa sacar a otra de su confusión? Una mente confusa debe tener un líder también confuso; por lo tanto, todos los líderes están, inevitablemente, confusos, porque son ustedes los que crean al líder desde la propia confusión que padecen; y es fundamental que esto se comprenda.

Cuando se den cuenta de este hecho, no buscarán un líder, asumirán la responsabilidad de aclarar su propia confusión. Sólo un hombre confuso, no sabiendo cómo actuar, busca un líder que lo ayude a actuar; pero el líder también está confuso, y por eso los líderes son un factor de desintegración en nuestra sociedad. El líder es proyectado desde nuestra propia confusión; por consiguiente, él no es sino nosotros mismos en una forma diferente, tal como lo son los gobiernos. Es nuestra propia proyección la que crea al líder; un héroe nacional somos nosotros mismos ejemplificados externamente. Lo que somos o lo que queremos ser, así es nuestro líder; en consecuencia, un líder semejante no puede sacarlos del caos en que viven. La solución del caos está en sus propias manos, no en manos de otro. La regeneración llega gracias a la comprensión de nosotros mismos, no siguiendo a alguien, porque ese alguien es uno mismo, con un mayor poder de palabras pero igualmente confuso, igualmente tiránico, igualmente tradicional.

El problema no es, entonces, el líder, sino cómo erradicar la confusión. ¿Puede otro ayudarlos a eliminar la confusión? Si acuden a otro para que los libre de la confusión, él no puede sino contribuir a aumentarla, porque una mente confusa jamás puede escoger aquello que es claro; por hallarse en un estado de confusión, sólo puede escoger lo que es confuso. Si ustedes desean

liberarse radicalmente de la confusión, pondrán en orden sus propias mentes y sus corazones, considerarán las causas que originan la confusión. La confusión aparece cuando no hay conocimiento propio. Cuando no me conozco a mí mismo y no sé qué hacer o qué pensar, es natural que me encuentre atrapado en el torbellino de la confusión. Pero cuando me conozco a mí mismo, el proceso total de mí mismo —lo cual resulta sumamente sencillo si uno tiene la intención de conocerse—, entonces, desde esa comprensión adviene la claridad, desde esa comprensión surge el recto comportamiento. Por lo tanto, es de extrema importancia no seguir a un líder, sino comprendernos a nosotros mismos. La comprensión propia trae consigo amor, orden. El caos existe únicamente en relación con algo, y en tanto yo no comprenda esa relación, la confusión es inevitable. Comprender la relación es comprenderme a mí mismo, y comprenderme a mí mismo es dar origen a esa cualidad de amor en la que existe el verdadero bienestar. Si sé cómo amar a mi esposa, a mis hijos, a mi prójimo, sé cómo amar a todos. Puesto que no amo a ninguno, mi relación con la humanidad permanece tan sólo en el nivel intelectual o verbal.

El idealista es un fastidio; ama a la humanidad con su cerebro, no la ama con su corazón. Cuando uno ama de verdad, ningún líder es necesario. La persona de corazón vacío es la que busca un líder para llenar esa vacuidad, para llenarla con palabras, con una ideología, con una utopía del futuro. El amor se encuentra tan sólo en el presente, no en el tiempo, no en el futuro. Para aquél que ama, la eternidad es ahora, porque el amor es su propia eternidad.

19 de setiembre de 1948

QUINTA PLÁTICA EN POONA

Esta tarde, en vez de una larga charla preliminar, haré una breve introducción y contestaré tantas preguntas como sea posible. Esta reunión está dirigida a los maestros de las escuelas y a sus problemas, de modo que me limitaré a contestar preguntas sobre el tema de la educación, y como hay veinte de ellas, tendré que responderlas breve y sucintamente.

En la civilización moderna es difícil producir, mediante la educación, un individuo integrado. Hemos dividido la vida en tantas secciones, en tantas esferas de actividad, y nuestras vidas personales se hallan tan fragmentadas, que la educación significa muy poco excepto, únicamente, cuando aprendemos una determinada técnica o profesión. Es obvio que la educación ha fracasado en todo el mundo, ya que su primera función es la de dar origen a un ser humano inteligente. El intento de resolver los problemas de la existencia tan sólo en sus respectivos niveles, separados en secciones diferentes, indica una falta absoluta de inteligencia. Nuestro problema consiste, entonces, en cómo dar origen, por obra de la inteligencia, a un individuo integrado, de modo que

sea capaz de abordar la vida de instante en instante, de afrontarla tal como se presenta, con sus complejidades, sus conflictos, desdichas y desigualdades; un individuo que pueda hacer frente a la vida, no según un determinado sistema de la izquierda o de la derecha, sino inteligentemente, sin buscar una respuesta o una norma de acción.

Puesto que la educación no ha producido un individuo así, y dado que ha habido guerras sucesivas, una tras otra, cada una más devastadora y destructiva, trayendo más dolor y más desdicha al hombre, es obvio que el sistema educativo en todo el mundo ha fracasado por completo. Hay, pues, algo radicalmente erróneo en el modo como educamos a nuestros hijos. Todos reconocemos que algo está mal, nos damos cuenta de ello, pero no sabemos cómo habérnoslas con ese problema. El problema no es el niño, sino los padres, los maestros, y es indispensable educar al educador. Sin educar al educador, el limitarse a atiborrar al niño con un montón de informaciones, haciéndole aprobar exámenes, etc., es la menos inteligente forma de educación. Lo realmente importante es educar al educador, lo cual es una empresa sumamente difícil. El educador ya se halla cristalizado en un sistema de pensamiento o en un modelo de acción; ya es nacionalista, ya se ha entregado a una determinada ideología, a una determinada religión, a un determinado patrón de pensamiento. La dificultad radica, pues, en que la educación moderna enseña al niño qué debe pensar, y no cómo pensar.

Es indudable que, sólo cuando uno tiene la capacidad de pensar inteligentemente, está en condiciones de afrontar la vida. No podemos hacer que la vida se amolde a un sistema o que encaje en una estructura, y la mentalidad que ha sido educada únicamente en el conocimiento factual, es incapaz de enfrentarse a la vida en toda su variedad, en sus complejidades, sus sutilezas, sus profundidades y sus grandes alturas. Así, pues, cuando nuestros niños son educados en un sistema particular de pensamiento, de acuerdo con cierta disciplina, son incapaces de enfrentarse a la vida como una totalidad, porque se les ha enseñado a pensar en compartimientos; no están integrados. Para el educador que se interesa en esto, el problema es cómo dar origen a un individuo integrado. Obviamente, para ello el educador mismo también debe estar integrado. No podemos educar a un niño para que sea un individuo integrado, si no comprendemos la integración en nosotros mismos. Es decir, lo que somos internamente es mucho más importante que la cuestión tradicional de qué enseñarle al niño. Lo esencial no es qué piensa uno, sino cómo piensa, si el pensamiento es tan sólo un proceso fragmentado o es un proceso completo, total. El pensamiento como proceso integrado puede comprenderse sólo cuando hay conocimiento propio, y esto lo investigamos durante las pláticas y discusiones posteriores.

Como hay numerosas preguntas, tomaré las más representativas y trataré de contestarlas brevemente, de manera rápida y definida, y tantas como sea posible. Ustedes pueden formular innumerables preguntas pero, por favor, tengan en cuenta que, para encontrar la respuesta correcta, deben tener la capaci-

dad de escuchar; de lo contrario, se dejarán llevar meramente por palabras sin mucho contenido. El arte de escuchar es extremadamente arduo, porque consiste en estar interesado y prestar atención plena, pero la mayoría de nosotros no se interesa en este problema de la educación. Mandamos a nuestros hijos a la escuela, y ahí se termina la cosa; consideramos que con eso nos hemos librado de nuestra responsabilidad y que es función del maestro educarlos. Puesto que muy pocos nos interesamos, es sumamente difícil escuchar atentamente y comprender. Uno puede usar, quizá, la palabra errónea, la frase errónea, un término incorrecto; pero la persona que está muy atenta, pasa por la inexactitud de la terminología y capta la esencia del significado. Espero, pues, que ustedes sean capaces de seguir esto con rapidez e inteligencia.

Pregunta: ¿Aprueba usted el sistema Montessori y otros sistemas de educación? ¿Tiene alguno para recomendarnos?

KRISHNAMURTI: ¿Qué implica un sistema de educación? Una armazón dentro de la cual encajan al niño; y el interlocutor quiere saber cuál de las armazones ayudará mejor al niño. Cualquier sistema educativo que sea, ¿ayudará realmente a producir integración? ¿O lo que se necesita no es un sistema en particular, sino inteligencia por parte del maestro para comprender al niño, para ver qué clase de niño es? Tiene que haber muy pocos niños para cada maestro. Es muy fácil tener un sistema para un gran número de personas; por eso son populares los sistemas. Uno puede forzar a un gran número de chicos y chicas para que encajen en un sistema determinado, y entonces usted, el maestro, no necesita emplear su pensamiento en ellos. Practica su sistema sobre los pobres niños. En cambio, si no tiene un sistema, debe estudiar a cada niño, y eso requiere muchísima inteligencia, percepción alerta y afecto de parte del maestro, ¿no es así? Significa clases limitadas para cinco o seis alumnos. Una escuela así sería sumamente cara; por consiguiente, recurrimos a un sistema. Los sistemas no originan un individuo integrado, es evidente. Pueden ayudarlo a comprender al niño, pero es indudable que la necesidad primordial es que usted, el maestro, tenga la inteligencia que le permita usar un sistema cuando es necesario y abandonarlo cuando no lo es. Pero cuando recurrimos a un sistema en lugar del afecto, de la comprensión y la inteligencia, entonces el maestro se vuelve simplemente una máquina; en consecuencia, el niño se desarrolla como un individuo no integrado. Los sistemas son útiles sólo en manos de un maestro inteligente; esa inteligencia misma es el factor que ayudará.

Pero, casi todos los que somos maestros tenemos muy poca inteligencia; por eso recurrimos a los sistemas. Es mucho más fácil aprender un sistema y aplicarlo —ya sea el sistema Montessori u otro—, porque entonces el maestro puede sentarse cómodamente y observar. Eso, por cierto, no es educación. La mera dependencia respecto de un determinado sistema, por meritorio que sea, tiene muy poca significación. Si el maestro mismo no es de veras inteligente, cuando adoptamos sistemas estamos obstaculizando la inteligencia. Los siste-

mas no contribuyen a la inteligencia. Ésta adviene únicamente por obra de la integración, es decir, cuando hay una comprensión completa del proceso total de uno mismo y del niño. En consecuencia, es necesario que el maestro estudie al niño directamente y no que siga un determinado sistema, de la derecha o de la izquierda, de Montessori o de cualquier otro. Estudiar al niño implica una mente veloz, una respuesta rápida, y eso es posible sólo cuando hay afecto. Pero en una clase de sesenta chicos, ¿cómo puede haber un afecto así? La sociedad moderna exige que los chicos y chicas aprendan ciertas profesiones, y para eso tiene que haber eficiencia en la educación. Cuando la finalidad de ustedes es producir, no seres humanos inteligentes, despiertos, sino máquinas eficientes, es obvio que necesitan tener un sistema. Tal sistema no puede dar origen a individuos totales, integrados, que comprendan la importancia de la vida; sólo puede producir máquinas con ciertas respuestas. Por eso la actual civilización se está destruyendo a sí misma.

Pregunta: Dado que la organización comunal está tan difundida en la India, ¿cómo hemos de guiar al niño lejos de ella?

KRISHNAMURTI: ¿Tiene el niño una disposición hacia lo comunal? El hogar y el medio social son los factores que lo hacen propenso a lo comunal, a lo separativo. A él mismo no le importa si juega con un brahmín o con un no brahmín, con un chico negro o con un inglés. La influencia de los adultos, de la estructura social, hace impacto en su mente y es natural, entonces, que se vea afectado por ella. El problema no es el niño, sino las personas mayores con sus tendencias falsas, comunales, separativas. Para "guiar al niño lejos de ellas" usted tendrá que romper el entorno, lo cual implica derribar la estructura de la sociedad moderna. Hasta que haga eso, es obvio que el niño será propenso a lo comunal. Muy pocos de ustedes desean una revolución completa; quieren reformas a base de remiendos, quieren mantener las cosas tal como están. Si de veras quisieran derribar el espíritu comunal, la actitud de ustedes tendría que cambiar por completo, ¿no es así?

Miren lo que ocurre. En el hogar pueden discutir con el niño lo absurdo que es tener un sentido de división de clase, y él probablemente estará de acuerdo; pero cuando concurre a la escuela y juega con otros chicos, existe este insano y separativo espíritu comunal. Hay, pues, una batalla constante entre el hogar y los entornos sociales. O puede que sea a la inversa: el hogar quizá sea tradicional, estrecho de miras, amargado, y la influencia social más amplia y abierta. Otra vez, el niño está atrapado entre ambos. Ciertamente, para poder educar a un niño a fin de que sea cuerdo, inteligente, para ayudarlo a entender de modo que vea a través de todas estas estupideces, uno tiene que comprenderlo y discutir con él todos los errores que implica la aceptación de las tradiciones y de la autoridad. Eso significa, señor, que usted debe alentar el descontento, mientras que la mayoría de nosotros desea desalentarlo, desecharlo. Sólo gracias al descontento vemos la falsedad de todas estas cosas, pero, a medida

que avanzamos en años, poco a poco nos vamos cristalizando. Casi todos los jóvenes están descontentos, pero su descontento, desafortunadamente, se canaliza, se uniforma con el medio: se convierten en gobernadores, sacerdotes, empleados de banco, gerentes de fábrica, y en eso termina todo. Consiguen un empleo y su descontento pronto se desvanece. Mantener este descontento despierto, alerta, es extremadamente arduo; pero este descontento, este constante inquirir, esta insatisfacción con las cosas como son —con el gobierno, con la influencia de los padres, con todo lo que nos rodea—, es lo que da origen a la inteligencia creativa. Pero nosotros no queremos un niño así, porque es muy incómodo vivir con alguien que todo el tiempo está cuestionando, examinando los valores aceptados. Quisiéramos más bien tener personas gordas, satisfechas, perezosas.

Ustedes, los adultos, son los responsables por el futuro, pero no se interesan en el futuro. Dios sabe en qué se interesan o por qué tienen tantos hijos, ya que no saben cómo educarlos. Si de veras los amaran, en vez de querer tan sólo que ellos continúen con la propiedad y el apellido de ustedes, entonces abordarían este problema de un modo nuevo, es obvio. Podrían tener que fundar nuevas escuelas; podría significar que ustedes mismos tuvieran que convertirse en los maestros de sus hijos. Pero, desgraciadamente, ustedes no son muy serios acerca de nada en la vida, excepto en el hacer dinero, en la comida y el sexo. En esas cosas están bastante integrados, pero no desean afrontar o abordar las demás complejidades y dificultades de la vida; por lo tanto, cuando producen hijos y ellos crecen, son inmaduros, poco inteligentes, y están fragmentados, igual que ustedes, en constante lucha consigo mismos y con el mundo.

Las personas mayores son las responsables por este espíritu separativo, comunal. Al fin y al cabo, señores, ¿por qué debería haber divisiones entre los seres humanos? Usted es muy semejante a otro. Puede tener un cuerpo diferente, su rostro puede ser distinto del mío, pero internamente, en el fondo, somos muy parecidos: orgullosos, ambiciosos, irascibles, violentos, sexuales, buscadores de poder, posición, autoridad y demás. Elimine el rótulo y estamos muy desnudos, pero no queremos enfrentarnos a nuestra desnudez ni transformarnos, y por eso rendimos culto a los rótulos, lo cual es demasiado inmaduro, completamente infantil. Con el mundo estallando cerca de nuestros oídos, estamos discutiendo a qué casta debería uno pertenecer o si uno debería ponerse el hilo sagrado o qué clase de ceremonia debería practicar, todo lo cual indica absoluta irreflexión y negligencia, ¿no es así? Sé que están escuchando, señoras y señores, y veo que muchos aprueban con la cabeza, pero tan pronto lleguen a sus casas harán exactamente lo mismo que hacían, y ése es el dolor de la existencia. Si, cuando escuchan una verdad, no actúan de acuerdo con ella, esa verdad actúa como un veneno. Ustedes están siendo envenenados por mí, porque no actúan de acuerdo con ello. Ese veneno, naturalmente, se esparce; genera mala salud, desequilibrio psicológico y perturbaciones. Casi todos nosotros acostumbramos escuchar pláticas; es uno de los pasatiempos de la In-

dia. Escuchan, van a sus casas y prosiguen con lo suyo, pero tales personas significan muy poco en la vida. La vida exige acción, una acción extraordinaria, creativa, revolucionaria. Sólo cuando esa inteligencia creativa se despierta, existe una posibilidad de vivir en un mundo pacífico y feliz.

Pregunta: Obviamente, tiene que haber alguna clase de disciplina en las escuelas, pero ¿cómo puede llevarse a la práctica?

KRISHNAMURTI: Señor, en Inglaterra y en otros lugares, ha habido experimentos en los que las escuelas no tenían, en absoluto, ningún tipo de disciplina; a los niños se les permitía hacer lo que quisieran y nunca se interfería con ellos. Esas escuelas sienten, es obvio, que los niños necesitan algún tipo de disciplina en el sentido de una guía; no los rígidos "haz esto" y "no hagas eso", sino alguna clase de advertencia, alguna clase de sugerencia o insinuación a título de mostrarles las dificultades. Una forma así de disciplina, que en realidad es una guía, resulta necesaria. La dificultad aparece cuando la disciplina, lo único que hace es forzar al niño dentro de un modelo particular de acción, utilizando para ello la coacción y el temor. El carácter de un niño semejante se ve distorsionado, es obvio, su mente se deforma a causa de la disciplina, a causa de los muchos tabúes del "hazlo" y "no lo hagas"; así se desarrolla y llega a adulto con miedo y con un sentido de inferioridad, como le ha ocurrido a la mayoría de nosotros. Cuando la disciplina fuerza al niño dentro de una armazón determinada, es indudable que él no puede volverse inteligente; es tan sólo el producto de la disciplina. ¿Cómo puede ese niño estar alerta, ser creativo y, por ende, desarrollarse como un ser humano integrado, pleno de inteligencia? No es sino una máquina que funciona muy suave y eficientemente, una máquina sin inteligencia humana.

La cuestión de la disciplina es, por lo tanto, un problema bastante complejo, porque pensamos que sin disciplina en la vida, nos saldríamos de cauce, nos volveríamos demasiado lascivos. Ustedes pueden salirse de cauce en cualquier otra dirección —en la búsqueda de posición, en ser codiciosos, violentos, en hacer ciertas cosas—, siempre que se mantengan, en cuanto a la sexualidad, dentro de los límites. Es muy extraño, ¿verdad?, que ninguna religión ataque realmente la explotación, la codicia, la envidia, pero que todas se interesen en el acto sexual, terriblemente preocupadas acerca de la moralidad sexual. Es muy curioso que las religiones organizadas se ocupen tanto de esa moralidad en particular y dejen correr otras cosas. Uno puede ver por qué las religiones organizadas ponen su énfasis en la moralidad sexual. No investigan el problema de la explotación, porque dependen de la sociedad y viven de ella; por lo tanto, no atacan la raíz y los cimientos de esa sociedad, y entonces juegan con la moralidad sexual.

Aunque la mayoría de nosotros habla de disciplina, ¿qué entendemos por esa palabra? Cuando ustedes tienen cien chicos en una clase, la disciplina resulta imprescindible, ya que de otro modo habría un caos completo. Pero si

tuvieran cinco o seis en una clase y una maestra inteligente y cálida de corazón, comprensiva, estoy seguro de que no habría necesidad alguna de disciplina; ella comprendería a cada niño y lo ayudaría de la manera requerida. La disciplina en las escuelas se vuelve necesaria cuando hay una maestra o un maestro para cien chicos y chicas; entonces tienen toda la razón para ser estrictos con ellos. Pero una disciplina así no producirá un ser humano inteligente. Y a casi todos nosotros nos interesan los movimientos de masas: grandes escuelas con gran cantidad de alumnos; no nos interesa la inteligencia creativa. Por lo tanto, construimos escuelas gigantescas a las que asiste una enorme cantidad de estudiantes. En una de las universidades creo que hay 45.000 estudiantes. ¿Qué van a hacer, señores, cuando están educando a todos en una escala tan vasta? Bajo tales circunstancias, es natural que deba haber disciplina. No me opongo a que se eduque a todo el mundo, sería muy estúpido de mi parte decir eso. Estoy a favor de la auténtica educación, la cual implica crear inteligencia, y esto puede suceder, no por medio de la educación masiva, sino sólo tomando en consideración a cada niño, estudiando sus dificultades, su idiosincrasia, sus tendencias, sus capacidades, cuidando de él con afecto, con inteligencia. Únicamente entonces hay posibilidad de crear una cultura nueva.

Hay un hermoso relato, un hecho real, acerca de un obispo que leía la Biblia a las personas iletradas de los Mares del Sur; y a ellas les deleitaba escuchar estas historias; el obispo pensaba que eso era maravilloso, y que sería muy bueno volver a América, reunir dinero y fundar escuelas por todas las islas de los Mares del Sur. Así lo hizo, pues; reunió una gran cantidad de dinero en América, y volvió a las islas, fundó escuelas y enseñó a la gente a leer. Después de eso, ¡ellos leían las tiras cómicas, el *Saturday Evening Post*, *Look* y otras revistas excitantes y sugestivas!

Eso es, exactamente, lo que hacemos. Además, es un hecho extraordinario que, cuanto más lee la gente, tanta menos rebelión hay. Señores, ¿han considerado alguna vez por qué rendimos culto a la palabra escrita? Si el gobierno emite una orden o publica en la prensa información, la aceptamos, jamás la ponemos en duda. La palabra impresa se ha vuelto sagrada. Cuanto más enseñan ustedes a la gente, menos posibilidades hay de revolución —lo cual no quiere decir que yo esté en contra de que se enseñe a la gente a leer, sino que se trata de ver, simplemente, el peligro que ello envuelve—. Los gobiernos controlan a las personas, dominan sus mentes y corazones por medio de la astuta propaganda. Eso está ocurriendo no sólo en los Estados totalitarios, sino en todo el mundo. Los diarios han tomado el lugar del pensamiento, los titulares han ocupado el lugar del verdadero conocimiento y de la comprensión.

Así, pues, la dificultad es que en la actual estructura de la sociedad, la disciplina ha llegado a ser un factor importante debido a que necesitamos educar juntos y lo más rápidamente posible a un gran número de chicos. Educarlos para que sean, ¿qué? Empleados de banco o supervendedores, capitalistas o comisarios políticos. Cuando uno es un *superhombre* de alguna clase, un

supergobernador o un sutil polemista parlamentario, ¿qué es lo que ha logrado? Es, probablemente, muy ingenioso, está repleto de datos. Cualquiera puede recoger y acumular datos, pero somos seres humanos, no máquinas de datos, no brutales y rutinarios autómatas.

Pero reitero, señores, que ustedes no están interesados. Me escuchan, se sonríen entre sí, y no van a hacer absolutamente nada para cambiar radicalmente el sistema educativo; por lo tanto, esto seguirá arrastrándose así hasta que haya una revolución monstruosa, la cual no será sino una nueva sustitución: habrá mucho más control, porque los gobiernos saben cómo moldear las mentes y los corazones de la gente, han aprendido el truco. Ésa es nuestra desdicha, nuestra desgraciada debilidad; queremos que algún otro cambie, reforme, construya. Escuchamos y permanecemos inactivos, y cuando la revolución triunfa y otros han edificado una nueva estructura y hay garantías, entramos en ella. Por cierto, ésa no es una mente inteligente, creativa; una mente así sólo está buscando seguridad en una forma distinta. La búsqueda de seguridad es un proceso estúpido.

Para estar psicológicamente seguro, uno necesita tener disciplina; y la disciplina garantiza el resultado: convertir a los seres humanos en rutinarios empleados oficinescos, ya sean dependientes de banco, comisarios políticos, reyes o primeros ministros. Ésa es, sin duda, la mayor forma de estupidez, porque entonces los seres humanos no son sino máquinas. Vean el peligro de la disciplina. El peligro es que la disciplina se vuelve más importante que el ser humano; el modelo de pensamiento, el modelo de acción, más importantes que las personas que encajan en ellos. La disciplina existirá inevitablemente en tanto el corazón esté vacío, porque entonces ella es un sustituto del afecto. Como casi todos nosotros estamos secos, vacíos, necesitamos de la disciplina. Un corazón afectuoso, un ser humano internamente rico, integrado, es libre, no recurre a la disciplina. La libertad no llega por medio de la disciplina; uno no necesita pasar por la disciplina para ser libre. La libertad y la inteligencia empiezan cerca, no lejos; por eso, para ir lejos, uno debe comenzar inteligentemente consigo mismo.

Pregunta: Puesto que hasta ahora un gobierno extranjero ha impedido la apropiada clase de educación entre nuestro amado pueblo ¿cuál debería ser el tipo correcto de educación en una India libre?

KRISHNAMURTI: ¿Qué entiende usted por una India "libre"? Han tenido éxito en sustituir un gobierno por otro, una burocracia por otra, pero ¿son libres? El explotador existe igual que antes, sólo que ahora es moreno, y ustedes son explotados por él como antes lo fueron por el otro. El usurero existe igual que antes, sólo que ahora es moreno, y ustedes son explotados por él como lo fueron por el anterior. El afán de consumo existe como antes; las divisiones comunales, las divisiones de clase, las disputas sobre provincias separadas, sobre cuál provincia tendrá más o menos, sobre cuál grupo de esa pro-

vincia tendrá a su cargo las tareas... todos estos factores siguen existiendo. De modo que continúan las mismas condiciones de antes, sólo que ahora hay una diferencia psicológica. Se han desembarazado de un grupo de personas, y este hecho actúa sobre ustedes psicológicamente. Ahora pueden ponerse de pie; ahora uno es, al menos, un hombre, mientras que antes alguien le pisaba la cabeza. El hombre blanco puede no estar pisándoles la cabeza, pero lo hace uno moreno, uno que es su propio hermano y mucho más despiadado. ¿No saben, acaso, que es mucho más despiadado, que carece de moralidad? ¿Qué entienden por una India "libre"?

Ustedes probablemente tengan su propio ejército y su armada; siguen al resto del mundo con sus ejércitos, sus armadas, sus fuerzas aéreas y su regimentación. Ver a un pueblo antiguo como lo son ustedes, jugando con cosas propias de niños, es un triste espectáculo, ¿verdad? Es algo desagradable, como ver a un anciano flirteando con una chica. Eso es lo que ustedes llaman "libre", ¡y preguntan qué clase de educación deberían tener en una India "libre"! En primer lugar, para tener una clase correcta de educación, deben volverse inteligentes. No pueden ser inteligentes limitándose a sustituir un gobierno por otro, un explotador por otro, una clase social por otra. Para dar origen a un nuevo tipo de educación, todas estas cosas deben desaparecer, ¿no es así? Ustedes deben comenzar de nuevo. Eso implica una revolución radical, no de las sangrientas, que no resuelven nada, sino una revolución radical del pensar, del sentir, de los valores. Esa revolución radical puede ser realizada sólo por cada uno de nosotros; una revolución que habrá de crear un individuo nuevo, integrado, debe empezar por usted y por mí. Puesto que ustedes no ponen fin al racismo, al dogmatismo organizado que existe en su religión, ¿cómo pueden producir una cultura nueva, una nueva educación? Pueden especular al respecto, pueden escribir libros acerca de lo que debería ser la nueva educación, pero ése es un proceso infantil, es otro escape. No podrá haber creación hasta que derriben las barreras y estén libres, y entonces serán capaces de crear una cultura nueva, un orden nuevo. Eso implica que deben rebelarse contra las condiciones presentes, contra los valores de hoy; rebelarse en el sentido de ver su verdadero significado, de comprenderlo inteligentemente y examinar de nuevo y a fondo todas las cosas.

Es relativamente fácil soñar una utopía, un espléndido mundo nuevo, pero eso es sacrificar el presente por el futuro, y el futuro es muy incierto. Nadie puede saber qué será el futuro; hay demasiados elementos que intervienen entre hoy y el futuro. Esperamos que elaborando una utopía conceptual, una idealización mental y trabajando para ella, hemos resuelto el problema, pero es indudable que de ese modo no lo resolveremos. Lo que podemos hacer, si somos personas inteligentes, es encarar el problema nosotros mismos en el presente, en el ahora. El ahora es la única eternidad, no el futuro. Debo prestar atención plena al problema, ahora. Limitarnos a discutir cuál debería ser la correcta clase de educación para las personas de la India libre, resulta bastante tonto, es obvio. La India no es libre, no hay una India libre. Ustedes tienen una

bandera y un nuevo himno nacional, pero eso no es libertad. Hablan en su lengua materna y piensan que son terriblemente patrióticos, nacionalistas, y que han resuelto el problema. Señor, para resolver este problema se requiere pensar de un modo nuevo, no mirar a través de los lentes de la vieja fórmula. Por eso es imperativo, para aquéllos que son serios, crear una revolución regenerándose a sí mismos, y no puede haber regeneración a menos que rompan con los viejos valores, examinándolos y viendo su significación y su mérito, sin aceptar ciegamente como bueno a ninguno de ellos. Por eso es indispensable que nos examinemos a nosotros mismos y veamos el comportamiento y las modalidades de nuestro propio pensar y sentir. Sólo entonces seremos libres, sólo entonces podremos producir una cultura nueva y una nueva educación.

Pregunta: ¿Hasta dónde debería el gobierno intervenir en la educación? ¿Deberían los niños recibir instrucción militar?

KRISHNAMURTI: Esto suscita una pregunta más importante: ¿Qué entiende usted por gobierno? ¿Personas dotadas de autoridad, unos cuántos burócratas, miembros del gabinete, el primer ministro, etc.? ¿Quién los elige? Ustedes, ¿verdad? Ustedes son los responsables por ellos, ¿no es así? Ustedes tienen el gobierno que desean; entonces, ¿qué es lo que objetan? Si su gobierno, que son ustedes mismos, quiere instrucción militar, ¿por qué lo objetan? Debido a que son racistas, a que están dominados por el sentido de clase, a que tienen fronteras económicas, deben tener un gobierno militar. Los responsables son ustedes y no el gobierno, porque el gobierno es la extensión, la proyección de ustedes mismos —los valores del gobierno son los valores de ustedes—. Puesto que desean una India nacionalista deben, inevitablemente, tener el mecanismo que proteja a un gobierno nacional soberano, con esa arrogancia que le confieren el poder, la pompa y la posesión; por lo tanto, necesitan una maquinaria militar cuya función es prepararlos para la guerra, lo cual significa que desean la guerra. Pueden sacudir la cabeza, pero todo cuanto hacen los prepara para la guerra. La existencia misma de un gobierno soberano, con su perspectiva nacionalista, origina la preparación para la guerra; cada general debe planear para una guerra futura, porque ése es su deber, su función, su oficio. Naturalmente, si tienen un gobierno así, un gobierno que son ustedes mismos, él debe proyectar el nacionalismo de ustedes, sus fronteras económicas; tiene que ser una máquina militar. En consecuencia, si aceptan todo eso, la instrucción militar es inevitable. Y es exactamente lo que está ocurriendo en todo el mundo. Inglaterra, que luchó durante siglos contra la conscripción militar, ahora la tiene. Afortunadamente, en este país que es tan inmenso, ustedes no pueden, por ahora, tener conscripción para todos. Están desorganizados. Pero, dentro de unos cuantos años, serán capaces de organizarse, y entonces tendrán probablemente el ejercito más grande del mundo, porque eso es lo que quieren. Quieren un ejército porque desean tener un gobierno soberano separado, una raza separada, una religión separada, una clase social separada

con sus propios explotadores; les aseguro que ustedes desean convertirse a su vez en los explotadores, y así mantener este juego. ¡Y después preguntan si el gobierno debería intervenir en la educación!

Señores, debería haber una clase de personas que estuvieran apartadas del gobierno, que no pertenecieran a la sociedad, que estuvieran fuera de ella, de modo que pudieran actuar como guías. Ellos son los profetas, quienes podrían decirles a ustedes cuán equivocados están. Pero no existe un grupo semejante, porque en el mundo de hoy el gobierno no toleraría un grupo así, un grupo que no ejerciera autoridad alguna, que no perteneciera al gobierno, un grupo que no perteneciera a ninguna religión, a ninguna casta, a ningún país. Sólo un grupo así puede actuar como una fuerza moderadora sobre los gobiernos. Porque los gobiernos se están volviendo más y más poderosos, empleando mayor cantidad de seres humanos; por consiguiente, más y más ciudadanos son incapaces de pensar por sí mismos. Están siendo regimentados y se les dice qué deben hacer. Así, pues, sólo cuando haya un grupo semejante, un grupo vital, activo, inteligente, sólo entonces habrá una esperanza de salvación. De lo contrario, cada uno de nosotros va a convertirse en un empleado del gobierno, y el gobierno nos dirá más y más qué debemos hacer y pensar no cómo pensar. Es obvio que un gobierno así, con su nacionalismo, su arrogancia, su envidia y su odio, que lleva inevitablemente a la guerra, debe tener una maquinaria militar; de modo que en cada escuela tiene que rendirse culto a la bandera. Si ustedes se enorgullecen de su nacionalismo, de sus fronteras económicas, de su gobierno soberano, de su preparación para la guerra, deben tener, por fuerza, un gobierno que intervenga en la educación, que intervenga en sus vidas, que los regimente, que controle sus actos. Es exactamente lo que ustedes desean. Si no, romperán *inteligentemente* con ello, se liberarán del nacionalismo, de la codicia, de la envidia, del poder que otorga la autoridad. Entonces, siendo inteligentes, serán capaces de observar la situación mundial y de contribuir al establecimiento de una nueva educación y una nueva cultura.

Pregunta: ¿Cuál es el lugar que tienen en la educación, la religión y el arte?

KRISHNAMURTI: ¿Qué entiende usted por arte y qué entiende por religión? El arte ¿consiste en colgar unas cuantas pinturas en el aula, en dibujar unas cuantas líneas? ¿Qué entiende usted por arte? ¿Qué entiende por religión? ¿Es religión difundir una creencia organizada? ¿Es arte limitarse a copiar o imitar un árbol? Por cierto, el arte es algo más que eso. El arte implica apreciación de la belleza; si bien puede expresarse en escribir un poema, pintar un cuadro, componer música, el arte es la apreciación de la belleza, es esa riqueza creativa, el sentimiento de júbilo que surge al contemplar un árbol, las estrellas, la luz de la Luna sobre las quietas aguas. Por cierto, el arte no consiste en adquirir unos cuantos cuadros y colgarlos en una habitación. Si ocurre que usted tiene dinero y siente que es más seguro invertirlo en pinturas que en

acciones, eso no lo convierte en un artista, ¿verdad? O si lo invierte en joyas, eso no significa que usted aprecia la belleza. La belleza es, por cierto, algo diferente de la mera seguridad, ¿no es así? ¿Alguna vez se ha sentado junto al río a mirar las aguas que pasan, ha permanecido quieto contemplando la Luna? ¿Alguna vez ha notado la sonrisa en un rostro? ¿Ha observado a un niño que ríe, a un hombre que llora? Obviamente, no lo ha hecho. Está demasiado ocupado pensando en sus actividades, repitiendo sus mantras, haciendo dinero, dejándose llevar por sus deseos carnales. Al faltarnos la apreciación de la belleza, nos rodeamos de las así llamadas cosas bellas. ¿No han visto cómo el hombre rico se rodea de tales cosas? Existe una atmósfera de belleza externa, pero internamente hay un vacío como el de un tambor. *(Risas).* No se rían del hombre rico, señores; él es un reflejo de la vida de todos; ustedes también desean estar en esa situación.

Así, pues, la apreciación de la belleza no llega por obra del mero apego a la expresión externa de lo bello. Usted puede ponerse un hermoso sari, empolvar su rostro, pintar sus labios, pero eso, evidentemente, no es belleza, ¿verdad? Es tan sólo una parte. La belleza se manifiesta cuando hay belleza interna; y hay belleza interna sólo cuando no hay conflicto, cuando hay amor, compasión, generosidad. Entonces sus ojos tienen un sentido, sus labios tienen riqueza y sus palabras tienen significación. Pero cuando faltan estas cosas, nos complacemos en una mera exhibición externa de la belleza, compramos joyas, pinturas. Ésas no son, ciertamente, acciones de la belleza. Como nuestras vidas son, en su mayoría, horribles, torpes y vacías más allá de las palabras, nos rodeamos de objetos que llamamos bellos. Acumulamos cosas cuando el corazón está vacío; creamos un mundo de fealdad a nuestro alrededor, porque para nosotros las cosas materiales importan enormemente. Y puesto que casi todos nos hallamos en ese estado, ¿cómo podemos tener arte, belleza en la escuela o en la educación? Cuando no hay arte o belleza en nuestro corazón, ¿cómo podemos educar a nuestros hijos?

Lo que ocurre hoy en día es que el maestro se encuentra trabado por un centenar de muchachos y chicas, todos desobedientes y traviesos —como deben ser—. Entonces cuelga una pintura y habla acerca del arte. Las escuelas de ustedes indican una mente vacía, un corazón vacío. En una escuela así, en una educación así, no hay, por cierto, belleza. La luz de una sonrisa, la expresión de un rostro... el arte consiste en ver que estas cosas son bellas, no en limitarse a admirar un cuadro pintado por alguna otra persona. Puesto que hemos olvidado cómo ser bondadosos, cómo contemplar las estrellas, los árboles, los reflejos en el agua, necesitamos de las pinturas; por lo tanto, el arte no tiene sentido en nuestras vidas, excepto como tema de discusión en el club.

De igual manera, la religión tiene muy poca importancia en las vidas de ustedes. Pueden asistir al templo, practicar puja, ponerse el hilo sagrado, repetir hasta las náuseas palabras y mantras, pero eso no significa que sean personas religiosas. Eso no es sino la expresión de una mente mecánica con muy poco contenido. La religión consiste, sin duda, en buscar la verdad, la reali-

dad, no en rodearse de sustitutos y valores falsos. La realidad no se encuentra a lo lejos; está muy cerca, en lo que uno hace, piensa y siente. Por lo tanto, debemos buscarla y encontrarla no más allá de nuestro horizonte, sino dentro de nosotros, en nuestras palabras, acciones, relaciones e ideas. Pero no queremos una religión así. Queremos la creencia, el dogma, queremos la seguridad. Tal como el rico busca la seguridad en pinturas y diamantes, ustedes buscan la seguridad en la religión organizada con sus dogmas, sus supersticiones, sus sacerdotes explotadores y demás. No hay mucha diferencia entre la persona que se titula religiosa y un hombre mundano; ambos buscan seguridad, sólo que en niveles diferentes. Está claro que eso no es religión, no es belleza.

La apreciación de la belleza, de la vida, adviene sólo cuando hay una enorme incertidumbre, cuando prestamos atención a cada movimiento de la verdad, cuando vemos el movimiento de cada sombra, de cada pensamiento y sentimiento, y estamos alerta y despiertos a cada movimiento de nuestro hijo. Adviene sólo cuando la mente es en extremo flexible, y la mente puede ser flexible sólo cuando no está atada a una forma particular de creencia, ya sea la creencia en una idea o la creencia en el dinero. Cuando la mente está libre para observar, para prestar atención plena, sólo entonces, hay realización creativa. ¡Cuán extraordinario es que casi todos nos hayamos vuelto meros espectadores de la vida, y no actores! La mayoría lee libros, y cuando lee, son puras tonterías, disparates. Hemos perdido el arte de la belleza, hemos perdido la religión. Es indispensable redescubrir la belleza y la realidad. El redescubrimiento llega sólo cuando reconocemos la vacuidad de nuestra propia mente, de nuestro corazón, cuando no sólo tomamos conciencia de ese vacío sino de su profundidad, y cuando no intentamos escapar de ello. Procuramos escapar por medio de las pinturas, del dinero, de diamantes, saris, mantras, innumerables expresiones externas. Sólo la inteligencia creativa, la comprensión creativa, puede dar origen a una nueva cultura, a un mundo nuevo y a una nueva felicidad.

Pregunta: La dieta y la regularidad, ¿tienen alguna importancia en el desarrollo de un niño?

KRISHNAMURTI: Es evidente que la tienen. ¿Tiene usted hoy el alimento apropiado para darle al niño? Pero aquéllos que tienen el alimento son muy poco inteligentes con respecto a su dieta; comen simplemente para satisfacer su paladar, les gusta comer. Miren sus cuerpos. No sonrían pasándolo así por alto. Ustedes comen exactamente aquello a lo que han estado acostumbrados. Si están acostumbrados a comidas altamente condimentadas y se los priva de ellas, se sienten perdidos. En realidad, no han prestado consideración alguna a la dieta. Si lo hicieran, descubrirían pronto cuán sencillo es saber qué deben comer. Yo no puedo decírselo, es obvio, porque cada persona tiene que considerar y organizar lo que es más conveniente para ella. En consecuencia, uno debe experimentar por una semana, por un mes. Ustedes no quieren experi-

mentar, porque desean continuar con lo que han estado comiendo durante los pasados diez o veinte años.

Más evidente aún es que los niños necesitan una vida regular, metódica; a su tierna edad, cuando están creciendo corporalmente, deben tener la apropiada cantidad de sueño, la dieta correcta, el cuidado debido. Son necesidades obvias en la vida de un niño. Pero nosotros no amamos a nuestros hijos; el marido discute con su esposa y se desquita con el hijo, o es la esposa quien se desquita con el hijo. Cuando más tarde el marido regresa a su casa, espera que el niño se mantenga despierto y le sirva de entretenimiento. El niño se convierte en un juguete para jugar con él, y en un medio para transmitirle nuestro apellido. No estamos interesados en el niño; nos interesamos en nosotros mismos. Señor, si estuviéramos interesados, tendríamos una revolución mañana mismo; si ustedes amaran de veras a sus hijos, acabarían con este sistema educativo, con este medio social. Entonces tomarían en consideración lo que el niño come, si lleva una vida metódica, y se preocuparían por lo que va a ocurrirle, si lo convertirán en carne de cañón. Entonces, investigarían las causas de las guerras, no se limitarían a citar palabras de otros y a adoptar un modelo de acción. Si realmente amaran al niño, no tendrían gobiernos soberanos ni nacionalidades aisladas ni religiones separadas con sus ceremonias y su dogmatismo organizado. Si de veras amaran al niño, todas estas cosas cambiarían de la noche a la mañana, ustedes las evitarían, porque conducen al caos, a la destrucción, a sufrimientos y dolores inenarrables.

Pero no aman al niño, no les preocupa lo que le ocurra cuando crezca; sólo les preocupa que cuide de ustedes cuando sean viejos, o que continúe con el apellido paterno. Eso es lo que les interesa, no se interesan en el niño. Si se interesaran, no tendrían tantos hijos; tendrían uno o dos y verían que se desarrollaran con inteligencia y en una cultura apropiada. La pena de esto, señores, es que la culpa no es del sistema educativo, sino de nosotros mismos, de nuestros corazones tan vacíos, tan insensibles. No conocemos el amor. Cuando le decimos a una persona: "Te amo", ese amor es puramente gratificación; es placer sexual, o el orgullo de poseer a alguien, de sentirlo nuestra propiedad. El mero placer y el orgullo de la posesión no son amor, es evidente. Pero sólo esas dos cosas nos preocupan; no nos interesamos en nuestros hijos, no nos interesamos en nuestro prójimo. El mendigo que encontramos calle abajo no obtiene nuestra ayuda, pero hablamos a gritos acerca de que debemos ayudar a la gente infortunada. Participamos en ciertos grupos, abrazamos determinados sistemas, pero el hombre necesitado se va con las manos vacías. Si ustedes se interesaran de veras, sus corazones serían ricos en sentimiento y estarían dispuestos a actuar; cambiarían el sistema de la noche a la mañana.

Así, pues, la dieta y la regularidad son indispensables no sólo para el niño, sino para cada uno de nosotros. Para averiguar qué es necesario, debemos investigar, debemos experimentar primero con nosotros mismos y no con el niño. Al menos podemos darle el alimento puro, ver que tenga períodos regulares de sueño, y demás. Debido a que jamás hemos pensado al respecto, la

mayoría de nuestros niños son tan pequeños, tan mal desarrollados y están hambrientos. Estoy seguro de que ustedes escuchan muy atentamente, y que volverán a sus casas y harán mucho ruido, gritarán para ver si el niño está dormido, ¡y le llenarán la boca de azúcar para demostrar cuánto lo aman! No creo que ustedes sepan lo que hacen, ésa es la pena y la desdicha de ello. No nos damos cuenta de nuestros actos, de las palabras que usamos, no tenemos conciencia de lo que significan nuestros medios de vida; nos limitamos a vivir, a dejarnos arrastrar por la corriente, a engendrar hijos, y morir. Cuando tenemos un pie en la tumba, hablamos acerca de Dios, porque queremos estar seguros cuando desembarquemos del otro lado; viviendo una desdichada, monstruosa, horrible vida aquí, esperamos, al final de ella, una vida hermosa. La belleza consiste en vivir una vida rica, en vivir la realidad desde el principio hasta el fin. No hay belleza en una vida de explotación, de codicia y odio, en buscar títulos y posesiones; y es curioso que agreguen un objeto más a sus acumulaciones: Dios. Lo que ustedes hacen es demasiado desagradable para ser expresado; no tiene sentido ni profundidad. La mayoría de ustedes vive de palabras y, naturalmente, sus hijos al crecer son iguales que ustedes. La regeneración es posible tan sólo cuando el corazón y la mente experimentan una transformación.

Pregunta: Dado que la civilización moderna es mayormente tecnológica, ¿no deberíamos educar a cada niño en alguna profesión vocacional?

KRISHNAMURTI: Obviamente, y después, ¿qué? Llega a ser ingeniero, físico, matemático, científico o burócrata; lleva cuentas para sí mismo o para su jefe. ¿Qué ha hecho usted, señor? Le ha enseñado una profesión. ¿Es ése el propósito de la vida? Con la mayoría de ustedes lo es. Tener una profesión está muy bien donde corresponde, pero en la vida hay más cosas que son esenciales, ¿verdad? Puedo desear ser ingeniero o músico, y usted, siendo mi padre, me empuja para que sea banquero. Así, por el resto de mi vida me siento frustrado, y debido a que me siento frustrado persigo a todas las mujeres que se me ocurren, o me vuelvo hacia Dios. Pero sigo frustrado, vacío. De modo que el mero adiestramiento tecnológico o el tener una aptitud vocacional, no resuelve todos los problemas de la vida. Los resuelvo, es obvio, en un nivel, pero vivir tan sólo en ese único nivel, como lo hace la mayoría de ustedes, implica destrucción.

Señor, dar origen a un ser humano integrado es sumamente difícil. Debo tener no sólo una profesión tecnológica, sino también una mente clara, un corazón afectuoso. No puedo tener una mente clara cuando en ésta repiquetean constantemente un montón de ruidos que ella llama conocimientos. Puede haber integración sólo cuando hay calidez, afecto, cuando usted ama a alguien totalmente; entonces el afecto, la calidez del corazón y una mente clara darán origen a la integración. Un ser humano así es raro, y el propósito de la educación es, evidentemente, crear tales seres humanos. La vida no existe para

ser vivida en un solo nivel; debe ser vivida todo el tiempo en niveles diferentes. Sólo entonces hay armonía, belleza, cordialidad en la relación, en el sentir; sólo entonces hay felicidad.

Pregunta: ¿No es necesario que haya escuelas internacionales para el cultivo de la buena voluntad?

KRISHNAMURTI: Señor, ¿la buena voluntad se cultiva por medio del internacionalismo? Es decir, diferentes naciones se reúnen en torno de una mesa redonda, pero cada nación se aferra a su propia soberanía, a su propio poder y prestigio. ¿Cómo, pues, puede haber un encuentro de personas para el cultivo de la buena voluntad? Usted se aferra a sus ejércitos, yo me aferro a los míos. ¿Hay buena voluntad entre bandidos? Hay cooperación para compartir el botín. La buena voluntad es, por cierto, algo por completo diferente; no pertenece a ningún grupo, a ninguna nación, a ningún gobierno soberano. Cuando el gobierno se torna sumamente importante, desaparece la buena voluntad. Empleamos la mayor parte de nuestras vidas en agitar una bandera, en ser nacionalistas, en rendir culto al Estado (que es la nueva religión). ¿Cómo es posible, entonces, que haya buena voluntad? Sólo hay envidia, odio y hostilidad. La buena voluntad surge sólo cuando desechamos estos rótulos, cuando no hay división entre usted y yo, ya sea de clase social, de dinero, de poder o de posición. Cuando tengamos buena voluntad, no perteneceremos a ninguna nación; usted y yo viviremos dichosamente unidos; en consecuencia, no hablaremos de internacionalismo o de un mundo único.

Decir que, por obra del nacionalismo, nos volveremos finalmente internacionales, que finalmente tendremos hermandad, es un proceso muy erróneo de pensamiento, ¿no es así? Es un razonamiento falso. Mediante la estrechez de ideas, ¿cómo puede uno ir mas allá de todos los límites? Sólo cuando derribamos los estrechos límites de la mente y del corazón, podemos proseguir; y cuando los muros han sido derribados, tenemos ante nosotros la inmensidad del horizonte de la vida. No es posible contener estrechez alguna de ideas cuando uno invita a la vasta expansión de lo eterno. La buena voluntad no llega a través de la organización. Considere la falacia que implica la idea de que uno puede ingresar en una sociedad para la hermandad humana; sólo cuando uno carece de hermandad en su corazón, ingresa en una sociedad semejante. Cuando tenemos un corazón fraterno, no necesitamos ingresar en ninguna sociedad, en ninguna organización. La importancia que ustedes concedan a la organización y a las sociedades, demuestra que no son fraternales; es un hecho real y quieren escapar de él; por eso, las organizaciones se tornan importantes y ustedes pertenecen a ellas. La dificultad es ser fraternal, bueno, amable, generoso; y eso no es posible en tanto estemos pensando en nosotros mismos. Pienso en mí mismo cuando mi pequeño hijo se vuelve sumamente importante como un medio para mi propia felicidad, como un medio de prolongar mi apellido, mi perspectiva de la vida, mi autoridad, mi cuenta bancaria, mi co-

lección de alhajas. Cuando un hombre se interesa en sí mismo y en la extensión de sí mismo, ¿cómo puede albergar amor en su corazón, cómo puede tener buena voluntad? ¿Es la buena voluntad una mera cuestión de palabras?

Esto es lo que ocurre en el mundo cuando todos estos eminentes, ingeniosos y eruditos políticos se reúnen: no tienen buena voluntad, están muy lejos de tenerla. Ellos representan a su país, y el país son ellos mismos y nosotros. Igual que ellos, nosotros buscamos poder, posición y autoridad. Señor, un hombre de buena voluntad no ejerce autoridad alguna, no pertenece a ninguna sociedad ni a una religión organizada, ni adora la riqueza material, los títulos. El hombre que no piensa en sí mismo contribuirá, obviamente, a crear un mundo nuevo, un orden nuevo; la felicidad, un estado nuevo de cultura, debemos buscarlos en relación con este hombre, no en relación con el rico o con quienes rinden culto a la riqueza. La buena voluntad, la felicidad y la bienaventuranza advienen sólo cuando hay búsqueda de lo real. Lo real está cerca, no lejos. Estamos ciegos, enceguecidos por las cosas que nos impiden ver lo que está cerca. La verdad es la vida, la verdad se encuentra en la relación que tengo con mi esposa, la verdad ha de ser hallada en la comprensión acerca de la falsedad que implica la creencia. Uno debe empezar cerca para llegar lejos. La acción debe ser sin motivo, sin la búsqueda de una finalidad, y una acción así puede existir únicamente cuando hay amor. El amor no es algo difícil. Hay amor cuando el cerebro se comprende a sí mismo, cuando llega a su fin el proceso del pensamiento con sus astutas manipulaciones, con sus ajustes y su búsqueda de seguridad. Entonces, encontrará usted que el corazón es rico, pleno y dichoso, porque ha descubierto aquello que es eterno.

26 de setiembre de 1948

SEXTA PLÁTICA EN POONA

Al comprender la cuestión de la creatividad, quizá seamos capaces de comprender qué entendemos por esfuerzo. La creatividad, ¿es el resultado del esfuerzo? En esos momentos, cuando somos creativos, ¿tenemos conciencia de nosotros mismos? ¿O la creatividad es un estado de total olvido propio, esa sensación que surge cuando no hay agitación interna, cuando no percibimos movimiento alguno del pensar, cuando sólo hay un estado del ser pleno, rico, completo?

Ese estado, ¿es la conciencia del afán, de la lucha, del conflicto, del esfuerzo? No sé si han notado que, cuando hacen algo rápida y fácilmente, no hay esfuerzo, hay ausencia completa de lucha; pero, como nuestras vidas son en su mayoría una serie de batallas, conflictos y esfuerzos, no podemos imaginar una vida, un estado del ser en el cual la lucha haya cesado por completo.

Ahora bien, para comprender un estado así, ese estado de existencia creativa, uno debe investigar el problemas del esfuerzo. Es decir, actualmente vivimos a base de esfuerzos, toda nuestra existencia es una serie de luchas: luchas con nuestros íntimos amigos, con nuestros vecinos, con la gente al otro lado de las montañas y los mares. Hasta que comprendamos esta cuestión del esfuerzo y sus consecuencias, no seremos capaces de penetrar en ese estado creativo que, evidentemente, no es el producto del esfuerzo. El pintor, el poeta, puede ser que hagan un esfuerzo cuando pintan o escriben, pero el impacto de lo bello llega a uno u otro sólo cuando toda lucha ha llegado a su fin. Así, pues, tenemos que examinar esta cuestión del esfuerzo, qué entendemos por esfuerzo, qué es para nosotros la lucha por devenir. Entendemos por esfuerzo el luchar para realizarnos, para llegar a ser algo, ¿no es así? Soy esto y quiero convertirme en aquello; no soy eso, y debo llegar a serlo. En el llegar a ser "eso", hay esfuerzo, conflicto, lucha. En esta lucha, lo que nos interesa inevitablemente es realizarnos mediante el logro de un objetivo; buscamos la autorrealización en un objeto, en una persona, en una idea y eso exige un batallar constante, requiere lucha, esfuerzo por devenir, por realizarnos. Así, hemos considerado que este esfuerzo es inevitable; y me pregunto si lo es, si es inevitable esta lucha por llegar a ser algo. ¿Por qué existe esta lucha? Donde hay deseo de realización, en el grado y en el nivel que fuere, tiene que haber lucha. El motivo, el impulso que hay detrás del esfuerzo, es la realización propia; ya sea que pertenezca al gran ejecutivo, al ama de casa o a un pobre hombre, existe esta continua batalla por llegar a ser, por realizarse.

Ahora bien, ¿por qué existe este deseo de realización personal? Obviamente, este deseo surge cuando me doy cuenta de que soy nada. A causa de que soy nada, de que soy insuficiente, vacuo, internamente pobre, lucho por llegar a ser algo, externa o internamente, lucho para realizarme en una persona, una cosa, una idea. De modo que esta lucha para llegar a ser, surge únicamente cuando hay insuficiencia, cuando uno es consciente del vacío, de esa vacuidad interna. O sea, el esfuerzo nace sólo cuando tenemos conciencia de la vacuidad. Llenar ese vacío es todo el proceso de nuestra existencia. Al darnos cuenta de que estamos vacíos, de que somos internamente pobres, luchamos, o bien para acumular cosas exteriormente, o para cultivar riquezas internas. Este esfuerzo, esta lucha surge de la percepción acerca de nuestra insuficiencia, y así es como existe esta constante batalla para *llegar a ser*. El "llegar a ser" es por completo diferente del "ser". Hay esfuerzo sólo cuando escapamos de ese vacío interno, ya sea por medio de la contemplación, de la adquisición, del logro, del poder, etc. Eso es nuestra existencia diaria. Me doy cuenta de mi insuficiencia, de mi pobreza interna, y lucho para escapar de ella o para llenarla. Este escapar, este evitar o tratar de disimular el vacío, acarrea lucha, esfuerzo.

Ahora bien, si uno no hace un esfuerzo para escapar, ¿qué ocurre? Vive con esa soledad, con esa vacuidad; y, al aceptar esa vacuidad, encontrará que adviene un estado creativo, el cual no tiene nada que ver con la lucha, con el

esfuerzo. El esfuerzo existe sólo mientras tratamos de eludir esa soledad interna, ese vacío; pero, cuando lo miremos, cuando lo observemos, cuando aceptemos *lo que es* sin evitarlo, descubriremos que surge un estado del ser en el que toda lucha llega a su fin. Ese estado del ser es creatividad, y no es el resultado del esfuerzo —aunque muchos de nosotros pensemos que la lucha es inevitable y que, para ser creativos, debemos esforzarnos—. Sólo cuando somos creativos existe una felicidad rica, plena; pero la creatividad no nace por obra de ninguna clase de esfuerzo, siendo el esfuerzo la evitación de *lo que es*. Pero, cuando hay comprensión de *lo que es*, o sea, de la vacuidad, de la insuficiencia interna, cuando uno vive con esa insuficiencia y la comprende plenamente, se manifiesta la realidad creativa, la inteligencia creativa, lo único que puede traer felicidad.

Así, pues, la acción que conocemos es, en realidad, reacción, es un incesante devenir, que es la negación, la evitación de *lo que es*; pero, cuando hay percepción alerta con respecto a la vacuidad, una percepción sin opciones, sin condena ni justificación, entonces, en esa comprensión acerca de *lo que es*, hay acción, y esta acción es existencia creativa. Comprenderán esto si están alerta a sí mismos en la acción. Obsérvense cuando están actuando, no sólo exteriormente; observen también el movimiento de su pensar y sentir. Cuando estén alerta a este movimiento, verán que el proceso del pensar, que es también el sentir y el actuar, se basa en una idea de devenir. La idea del devenir surge sólo cuando hay una sensación de inseguridad, y ésta aparece cuando uno se da cuenta del vacío interno. Si perciben, pues, ese proceso de pensamiento y sentimiento, verán que hay en marcha una batalla constante, un esfuerzo por cambiar, modificar, alterar *lo que es*. Éste es el esfuerzo del devenir, y el devenir es una directa evitación de *lo que es*. Por medio del conocimiento propio, de la constante percepción alerta, encontrarán que el esfuerzo, la batalla, el conflicto del devenir los conduce a la pena, al dolor y a la ignorancia. Sólo si están conscientes de la insuficiencia interna y viven con ella sin escapar, aceptándola totalmente, descubrirán una serenidad extraordinaria, una serenidad que no es autoinducida, elaborada, sino una serenidad que adviene con la comprensión respecto de *lo que es*. Sólo en ese estado de serenidad existe el ser creativo.

Pregunta: La memoria, según usted, es experiencia incompleta. Yo conservo el recuerdo y una vívida impresión de sus pláticas anteriores. ¿En qué sentido es ésa una experiencia incompleta? Le ruego que explique esta idea en todos sus detalles.

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendemos por memoria? Usted concurre a la escuela y está lleno de datos, de conocimientos técnicos. Si es ingeniero, utiliza la memoria del conocimiento técnico requerido para construir un puente. Ésa es la memoria factual. Existe también la memoria psicológica. Usted me ha dicho algo, agradable o desagradable, y yo lo retengo; y la próxima vez que me

encuentro con usted, lo encuentro con ese recuerdo en mí, el recuerdo de lo que ha dicho o no ha dicho. Así, pues, hay dos facetas para la memoria; la psicológica y la factual. Están siempre relacionadas entre sí; por lo tanto, no se hallan claramente separadas. Sabemos que la memoria factual es esencial como medio de ganarnos la vida. Pero ¿es esencial la memoria psicológica? ¿Qué es lo que a uno le hace recordar psicológicamente el insulto o el halago? ¿Por qué retenemos ciertos recuerdos y rechazamos otros? Es obvio, uno retiene los recuerdos agradables y evita recuerdos que son desagradables. Si usted observa, verá que los recuerdos dolorosos son desechados más rápidamente que los gratos. Y la mente, en cualquier nivel y cualquiera que sea el nombre que quiera darle, es memoria; la mente es el producto del pasado, el cual es memoria, un estado de condicionamiento.

Ahora bien, con esa memoria nos enfrentamos a la vida, nos enfrentamos a un reto nuevo; el reto es siempre nuevo, y nuestra respuesta es siempre vieja, porque es el producto del pasado. Así, pues, un estado es el de experimentar *sin* la memoria, y otro es el de experimentar *con* la memoria. Es decir, hay un reto, que es siempre nuevo, y lo encaro con la respuesta, el condicionamiento de lo viejo. ¿Qué ocurre, entonces? Absorbo lo nuevo, no lo comprendo, y la experiencia de lo nuevo está condicionada por el pasado. Hay, pues, una comprensión parcial de lo nuevo, jamás una comprensión completa. Sólo cuando hay una comprensión completa de algo, ésta no deja la cicatriz de la memoria.

Cuando hay un reto, que es siempre nuevo, uno lo afronta con la respuesta de lo viejo. La respuesta vieja condiciona lo nuevo y, en consecuencia, lo deforma, ejerce su influencia sobre ello; por consiguiente, no hay comprensión completa de lo nuevo, que es absorbido dentro de lo viejo y, debido a eso, lo fortalece. Esto puede parecer abstracto, pero no es difícil si lo examinan cuidadosamente y con mucha atención. La situación actual del mundo exige un enfoque nuevo, una manera nueva de abordar el problema mundial, que es siempre nuevo. Somos incapaces de hacerlo, porque lo abordamos con nuestras mentes condicionadas, con prejuicios nacionales, locales, familiares y religiosos. O sea, nuestras experiencias anteriores actúan como una barrera para la comprensión del reto nuevo, de modo que continuamos cultivando y fortaleciendo la memoria; por lo tanto, jamás comprendemos lo nuevo, jamás afrontamos el reto de manera plena, completa. Sólo cuando somos capaces de afrontar el reto con una mente nueva, fresca, libre del pasado, sólo entonces, el reto nos entrega sus frutos, sus riquezas.

El interlocutor dice: "Yo conservo el recuerdo y una vívida impresión de sus pláticas anteriores. ¿En qué sentido es ésa una experiencia incompleta?". Obviamente, es una experiencia incompleta si sólo se trata de una impresión, de un recuerdo. Si usted comprende lo que se ha dicho, si ve la verdad de ello, esa verdad no es un recuerdo; no es un recuerdo, porque la verdad es siempre nueva, se está transformando constantemente a sí misma. Usted tiene un recuerdo de la plática anterior. ¿Por qué? Porque usa la plática anterior como una guía, no la ha comprendido plenamente. Quiere examinarla y, consciente o inconscien-

temente, la conserva. Pero si comprende algo por completo, o sea, si ve totalmente la verdad de algo, encontrará que ello no deja recuerdo en absoluto.

Nuestra educación consiste en el cultivo de la memoria, en el fortalecimiento de la memoria. Las prácticas religiosas y los rituales, las lecturas y los conocimientos, todo eso fortalece la memoria. ¿Qué nos proponemos con eso? ¿Por qué nos asimos de la memoria? No sé si han notado que, a medida que envejecen, rememoran cada vez más el pasado, sus penas y alegrías, sus placeres; y si uno es joven, mira hacia el futuro. ¿Por qué hacemos esto? ¿Por qué se ha vuelto tan importante la memoria? Por la simple y obvia razón de que no sabemos cómo vivir de manera total, completa en el presente. Usamos el presente como un medio hacia el futuro; por eso, el presente carece para nosotros de importancia. No podemos vivir en el presente porque lo estamos usando como un pasaje que nos conduzca hacia el futuro. Debido a que *llegaré a ser* algo, esto o aquello, jamás hay una comprensión completa de mí mismo; comprenderme a mí mismo, lo que soy exactamente ahora, no requiere el cultivo de la memoria. Por el contrario, la memoria es un obstáculo para la comprensión de *lo que es*. No sé si han notado que un pensamiento nuevo, un sentimiento nuevo llega sólo cuando la mente no se halla atrapada en la red de la memoria. Cuando hay un intervalo entre dos pensamientos, entre dos recuerdos, cuando ese intervalo puede ser sostenido, entonces, desde ese intervalo, surge un nuevo estado del ser, el cual ya no es más memoria, recuerdo.

Nosotros tenemos recuerdos y cultivamos la memoria como un medio de continuación propia. Esto es, el "yo" y "lo mío" se vuelven muy importantes en tanto existe el cultivo de la memoria; y, como casi todos estamos compuestos del "yo" y "lo mío", la memoria juega un papel muy importante en nuestras vidas. Si usted no tuviera memoria, su propiedad, su familia, sus ideas no importarían como tales; por lo tanto, da fuerza al "yo" y "lo mío", cultiva la memoria. Pero si lo observa, verá que hay un intervalo entre dos pensamientos, entre dos emociones. En ese intervalo, que no es producto de la memoria, hay una libertad extraordinaria respecto del "yo" y "lo mío"; ese intervalo es intemporal.

Consideremos el problema de una manera diferente. Por cierto, la memoria es tiempo, ¿verdad? Es decir, la memoria crea el ayer, el hoy y el mañana. La memoria del ayer condiciona el hoy y, por lo tanto, moldea el mañana. O sea, el pasado, a través del presente, crea el futuro. Hay en marcha un proceso de tiempo, el cual es la voluntad de devenir. La memoria es tiempo y, por medio del tiempo, esperamos obtener un resultado. Hoy soy un escribiente, y si se me da el tiempo y la oportunidad, llegaré a ser el gerente o el dueño. Debo, pues, disponer de tiempo. Con la misma mentalidad decimos: "Daré con la realidad, me acercaré a Dios". Por lo tanto, debo contar con tiempo para realizarme, lo cual implica que, para ser algo, para lograr, obtener esto o aquello, debo cultivar la memoria, fortalecer la memoria mediante la práctica, la disciplina; y esto significa continuación en el tiempo. Así, por medio del tiempo esperamos llegar a lo intemporal, por medio del tiempo esperamos obtener lo eterno. ¿Pue-

den hacer eso? ¿Pueden atrapar lo eterno en la red del tiempo, atraparlo mediante la memoria, que pertenece al tiempo? Lo intemporal puede manifestarse sólo cuando cesa la memoria, que es el "yo" y "lo mío". Si ven la verdad de eso, que lo intemporal no puede ser comprendido o recibido a través del tiempo, entonces podemos investigar el problema de la memoria. La memoria de las cosas técnicas es esencial; pero la memoria psicológica que mantiene al "sí mismo", al "yo" y "lo mío", que genera identificación y continuación propia, es totalmente nociva para la vida y para la realidad. Cuando vemos la verdad de eso, lo falso se desprende y, de ese modo, no hay retención psicológica de la experiencia de ayer.

Miren, señores, ustedes ven una bella puesta del Sol, un árbol hermoso en medio del campo, y cuando contemplan eso por primera vez, lo disfrutan completamente, totalmente; pero regresan a ello con el deseo de volver a disfrutarlo. ¿Qué ocurre, entonces? No hay disfrute, porque el recuerdo de la puesta de ayer es lo que hoy los hace regresar, los empuja, los apremia en pos del disfrute. Ayer no había recuerdo, sólo una apreciación espontánea, una respuesta directa, pero hoy existe el deseo de recobrar la experiencia de ayer. Es decir, la memoria interviene entre uno mismo y la puesta del Sol; por consiguiente, no hay disfrute, no existe la abundancia, la plenitud de la belleza.

Otro caso: usted tiene un amigo que ayer le ha dicho algo, un insulto o un cumplido; usted retiene el recuerdo de eso y, con ese recuerdo, se encuentra con su amigo hoy. En realidad, no se encuentra con su amigo, sino que lleva con usted el recuerdo de ayer, el cual se interpone; y así proseguimos, rodeándonos a nosotros mismos y a nuestros actos, de recuerdos, por lo que nada es nuevo, nada es fresco. Ésa es la razón de que la memoria haga de la vida algo tedioso, insensible y vacuo. Vivimos en antagonismo el uno con el otro, porque el "yo" y "lo mío" se fortalecen a través de la memoria. El recuerdo cobra vida a causa de la acción en el presente, pero cuando no le demos vida, el recuerdo se desvanece. Así, la memoria respecto de datos, de cosas técnicas, es una obvia necesidad, pero la memoria como retención psicológica es perjudicial para la comprensión de la vida, para la comunión entre los seres humanos.

Pregunta: Usted dijo que cuando la mente consciente está quieta, el subconsciente se proyecta. ¿Es el subconsciente una entidad superior? ¿No es necesario verter todo lo que está oculto en los laberintos del subconsciente a fin de librarnos del condicionamiento? ¿Cómo puede uno proceder al respecto?

KRISHNAMURTI: Me pregunto cuántos de nosotros se dan cuenta de que hay un subconsciente y de que existen diferentes capas en nuestra conciencia. Creo que la mayoría sólo se da cuenta de la mente superficial, de las actividades cotidianas, de la parlanchina conciencia de superficie. No percibimos lo profundo, la importancia y el significado de las capas ocultas; ocasionalmente, a través de un sueño, de una insinuación, una sugerencia, uno se da cuenta de

que existen otros estados del ser. Casi todos estamos demasiado atareados, demasiado ocupados con nuestras diversiones, nuestros deseos voluptuosos, nuestras vanidades, como para tener conciencia de nada que no sea superficial. Gastamos nuestras vidas en la lucha por el poder, político o personal, por la posición, por el logro de objetivos.

Y bien, el interlocutor pregunta: "¿Es el subconsciente una entidad superior?". Ése es el primer punto. ¿Hay una entidad superior aparte del proceso del pensamiento? En tanto este proceso exista, aunque pueda dividirse a sí mismo en pensamiento superior e inferior, no puede haber, es obvio, una entidad superior, permanente, aparte de aquello que es transitorio. Tenemos, pues, que investigar muy cuidadosamente esta cuestión y comprender el significado total de la conciencia. He dicho que cuando tenemos un problema y hemos pensado en él hasta que nuestra mente se agota sin haber hallado la respuesta, ocurre a menudo que, cuando nos dormimos con el problema, la respuesta surge a la mañana siguiente. Mientras la mente superficial está quieta, las capas ocultas de lo inconsciente siguen trabajando sobre el problema, y cuando despertamos, encontramos la respuesta. Por supuesto, eso implica que las capas ocultas de la mente no duermen cuando nos dormimos, sino que trabajan todo el tiempo. Aunque la mente consciente pueda estar dormida, la inconsciente en sus distintas capas está intentando resolver ese problema y, es natural, se proyecta en la consciente.

Ahora, el interlocutor pregunta si ésa es una entidad superior. Obviamente, no. ¿Qué entiende usted por "entidad superior"? Entiende una entidad espiritual, una entidad que está más allá del tiempo, ¿no es así? Usted está lleno de pensamientos, y una entidad en la que puede pensar no es, por cierto, una entidad espiritual; forma parte del pensamiento y, por lo tanto, es hija del pensamiento y sigue estando dentro del campo de éste. Llámela como quiera, es aún el producto del pensamiento y, por ende, es producto del tiempo; en consecuencia, no es una entidad espiritual.

El punto siguiente es: "¿No es necesario verter todo lo que está oculto en los laberintos del subconsciente, a fin de librarnos del condicionamiento? ¿Cómo puede uno proceder al respecto?". Como dije, la conciencia tiene diferentes capas. Primero, está la capa superficial, y debajo de ella está la memoria. Más por debajo está el deseo de ser, de devenir, el deseo de realizarse. Si uno va más a lo profundo, encontrará un estado de completa negación, de incertidumbre, de vacío. Esta totalidad íntegra es la conciencia. Ahora bien, en tanto exista el deseo de ser, de devenir, de lograr, de ganar, tiene que haber un fortalecimiento de las numerosas capas de la conciencia relacionadas con el "yo" y "lo mío"; y el vaciado de esas numerosas capas puede tener lugar sólo cuando uno comprende el proceso del devenir. O sea, en tanto existe el deseo de ser, de devenir, de lograr, la memoria se fortalece, y de esa memoria surge la acción, la cual no hace sino condicionar más aún a la mente. Espero que le interese todo esto. Si no le interesa, no importa, yo proseguiré porque algunos quizá sean conscientes de este problema.

Señor, la vida no es tan sólo una capa de la conciencia, no es sólo una hoja, una rama; la vida es el proceso total. Debemos comprender el proceso en su totalidad, antes de que podamos comprender la belleza de la vida, su inmensidad, sus penas, dolores y alegrías. Ahora bien, para vaciar el subconsciente —lo cual implica comprender todo el estado del ser que es la conciencia—, debemos ver de qué está compuesto, debemos percibir las diversas formas de condicionamiento que son los recuerdos de la raza, de la familia, del grupo y demás, las múltiples experiencias incompletas. Ahora bien, uno puede analizar estos recuerdos, tomar cada respuesta, cada recuerdo y descifrarlo, examinarlo plenamente y disolverlo; pero para eso uno necesitaría tiempo, paciencia y cuidado infinitos. Tiene que haber, sin duda, un enfoque diferente del problema. Todo aquél que ha pensado algo acerca de esto, está familiarizado con el proceso de abordar una respuesta, analizarla, seguirla y disolverla, y hacer eso con cada respuesta; y, si uno no analiza una respuesta plenamente, o pasa por alto algo en ese análisis, entonces retrocede y emplea muchos días en un proceso infructuoso.

Tiene que haber una manera diferente de abordar esta acción que implica liberar a todo el ser, del condicionamiento de los recuerdos, de modo tal que la mente pueda ser nueva en todo momento. ¿Cómo ha de hacerse esto? ¿Comprende el problema? Es éste: Estamos acostumbrados a encarar la vida con los viejos recuerdos, las viejas tradiciones, los viejos hábitos; el hoy lo encaramos con el ayer. Ahora bien, ¿puede uno encarar el hoy, el presente, sin el pensamiento del ayer? Desde luego, ésta es una nueva pregunta, ¿no es así? Conocemos el viejo método de ir paso a paso, analizando cada respuesta, disolviéndola mediante la práctica, la disciplina, etc. Vemos que un método así involucra al tiempo, y cuando uno usa el tiempo como medio de librarse del condicionamiento, es obvio que sólo lo fortalece. Si uso el tiempo como un medio para liberarme, en ese proceso mismo me estoy condicionando. Entonces, ¿qué he de hacer? Puesto que ésta es una pregunta nueva, debo abordarla de un modo nuevo. O sea, ¿puede uno estar libre inmediatamente, instantáneamente? ¿Puede haber regeneración sin el elemento del tiempo, que no es sino memoria? Yo sostengo que la regeneración, la transformación es hoy, no mañana, y esa transformación puede ocurrir únicamente cuando hay libertad completa con respecto al ayer. ¿Cómo ha de estar uno libre del ayer?

Y bien, cuando formulo esa pregunta, ¿qué sucede en la mente de ustedes, en la de todos aquellos que están de veras siguiendo esto? ¿Qué sucede cuando ustedes ven que la mente debe ser nueva, que el ayer debe desaparecer? Cuando usted ve la verdad de eso, ¿cuál es el estado de su mente? ¿Comprende la pregunta, señor? Es decir, si usted quiere comprender una pintura moderna, es obvio que no puede abordarla con su preparación clásica. Si reconoce eso como un hecho, ¿qué ocurre con su preparación clásica? Ésta se halla ausente cuando existe la intención de comprender una pintura moderna; el reto es nuevo, y usted reconoce que no puede comprenderlo a través de la pantalla del ayer. Debe ver la verdad de que el ayer no puede traducir el pre-

sente. Sólo la verdad nos libera por completo del condicionamiento, y ver la verdad de *lo que es* requiere una atención enorme. Puesto que no hay atención completa en tanto haya distracción, ¿qué entendemos por distracción? Usted está distraído cuando existen diversos intereses entre los cuales escoge un interés y fija su mente en él, porque entonces, a cualquier interés que aparta a su mente del interés central, lo llama distracción. ¿Puede escoger un interés y concentrarse en ese único interés? ¿Por qué escoge un interés y descarta otros? Escoge un interés porque éste es más provechoso; por lo tanto, su elección se basa en el provecho, en el deseo de ganar; y tan pronto tiene un deseo de ganar, por fuerza debe resistirse a todo cuanto desvía su pensamiento alejándolo del interés central.

Aparte de sus apetitos biológicos, ¿tiene usted un interés central? Realmente, pongo en duda que lo tenga. Por lo tanto, no está distraído, tan sólo vive en un estado desprovisto de interés. Un hombre que quiera comprender la verdad, debe conceder a ello su atención indivisa, la cual surge únicamente cuando no hay opción alguna y, por lo tanto, no hay idea de distracción. La distracción no existe, porque la vida es un movimiento, y uno tiene que comprender la totalidad de este movimiento, no dividirlo en intereses y distracciones. Por consiguiente, ha de mirarlo todo a fin de ver la verdad o falsedad de ello. Cuando usted ve la verdad de esto, esa verdad libera del ayer a la conciencia. Puede comprobarlo por sí mismo. Para ver la verdad acerca del nacionalismo y no quedar atrapado en los argumentos a favor y en contra, tendrá que investigarlo y estar abierto a todo cuanto le sugiera ese problema. Al estar atento al problema del nacionalismo, sin condenarlo ni justificarlo, al ver la verdad de que es falso, encontrará que adviene una completa libertad respecto de todo el asunto. En consecuencia, la percepción de la verdad es lo único que libera; y para ver, para recibir la verdad, tiene que haber un enfoque de la atención, lo cual implica que usted debe entregar su corazón y su mente para ver y comprender.

Pregunta: A pesar de su enfática negación acerca de la necesidad de un gurú, ¿no es usted mismo un gurú? ¿Cuál es la diferencia?

KRISHNAMURTI: Señor, ¿qué entiende usted por gurú? ¿Para qué necesita un gurú? Ya sea que usted me convierta o no en un gurú, yo no hago de mí un gurú para ustedes. Por eso un seguidor es una calamidad. El seguidor es el destructor, el seguidor es el explotador. *(Risas)*. No lo tomen a risa, examínenlo muy seriamente y vean la consecuencia de ello. Investiguemos esta cuestión. Y bien, ¿qué es para usted un gurú? Por lo general, es alguien que lo conducirá a la realidad, ¿no es así? Su gurú no es el hombre a quien usted puede preguntar dónde se encuentra la estación del ferrocarril. Uno no llamaría gurú al profesor, al hombre que le enseña a tocar el piano. Obviamente, considera gurú a alguien que habrá de conducirlo hacia la verdad, que le dará un modelo de conducta, que le proveerá de una llave o le abrirá la puerta, que le brindará

apoyo y valor, o sea, a alguien que lo gratificará profundamente. Usted ya conoce las gratificaciones superficiales, y desea una gratificación, una satisfacción más profunda, de modo que acude a alguien que pueda prestarle ayuda; busca un gurú porque usted mismo está confuso y desea que lo dirijan, que le digan cómo debe actuar, qué debe hacer. Por lo tanto, todas estas cosas están implicadas; pero, fundamentalmente, entendemos por gurú uno que nos ayudará a aclarar los problemas de la vida, no los problemas técnicos, sino los más sutiles, los problemas ocultos, psicológicos.

Ahora bien, ¿tiene la verdad un lugar de residencia, un punto fijo? ¿Tiene la verdad una morada, o es algo dinámico, viviente y, por lo tanto, carece de un sitio de descanso? La verdad se halla en movimiento constante; pero si usted dice que la verdad es un punto fijo, entonces tendrá que encontrar un gurú que lo conduzca a ella, y así el gurú se vuelve necesario como indicador. Eso significa que ambos, usted y el gurú, deben saber que la verdad está ahí, en un punto fijo, como la estación del ferrocarril. Entonces usted puede preguntar por el camino, puede acercarse al punto fijo; y, a fin de lograr eso, necesita un gurú que lo dirija y lo conduzca hasta ese punto fijo. Pero ¿es la verdad una cosa fija? Y si es algo fijo, ¿es eso la verdad? Además, si usted desea la verdad y acude a un gurú, debe saber qué *es* la verdad, ¿no es así?

Cuando acude a un gurú, no dice: "Quiero descubrir la realidad"; por el contrario, dice: "Ayúdeme a realizar la verdad". En consecuencia, ya tiene una idea de lo que es la verdad, ya conoce su contenido, su belleza, su encanto, su fragancia. ¿Sabe usted qué es la verdad? ¿Cómo puede un hombre confuso conocer la claridad? Sólo puede conocer la confusión o pensar en la claridad como lo opuesto de *lo que es*. ¿Es la verdad lo opuesto de *lo que es*, lo opuesto de la confusión?

Si usted piensa acerca de la verdad, eso es, ciertamente, el producto del pensamiento; por lo tanto, no es verdadero. Y si el gurú puede decirle lo que es eso, entonces él sigue estando en el campo del pensamiento; en consecuencia, lo que le diga no será verdadero. Así, cuando usted acude al gurú, es obvio que va en busca de gratificación, ¿no?, aun cuando pueda no gustarle esa palabra. Uno ha intentado diversas cosas: posición social, mujeres, dinero, pero no lo satisfacen, no le ofrecen un placer asegurado, no le garantizan la permanencia; entonces dice: "Encontraré a Dios". O sea, pensamos que la realidad nos dará la paz fundamental, la máxima satisfacción, la máxima seguridad. Nos gustaría que la realidad fuese todo esto, pero ella puede ser la cosa más peligrosa, más devastadora, puede destruir todos nuestros valores previos. Lo que en realidad buscamos es seguridad, gratificación, pero no lo llamamos así; encubrimos eso llamándolo Dios. Habiendo intentado muchas formas obvias de gratificación, envejecemos, y desilusionados, frustrados, cínicos, esperamos encontrar realización o satisfacción en Dios. Acudimos, pues, a un gurú que pueda darnos esta satisfacción, y cuanto más nos la asegura, tanto más lo veneramos. En otras palabras, cuando acudimos al gurú no estamos buscando la verdad, buscamos la seguridad en un nivel diferente, la permanencia en un aspecto dife-

rente. Pero la verdad, ¿es permanencia? No lo saben, es obvio. Pero no se atreven a decirlo, porque reconocer eso, no sólo verbalmente, sino reconocer de hecho que uno no sabe, es una experiencia muy devastadora. Sin embargo, uno *tiene* que sentirse devastado antes de que pueda encontrar la verdad; debe hallarse en un estado de completa incertidumbre, de completa frustración, sin escape. Debe enfrentarse al vacío, a la sensación de absoluta futilidad, sin vía alguna por la cual pueda huir. Sólo entonces descubrirá qué es la verdad.

Especular, pensar acerca de la verdad, es negar la verdad. Nuestras especulaciones, nuestros pensamientos acerca de la verdad, carecen de validez. Lo que uno piensa es producto de la memoria, y la memoria es mera identificación de uno mismo con un resultado que se desea. Por consiguiente, para el hombre que busca la verdad, un gurú es completamente innecesario. La verdad no se encuentra a la distancia; está cerca, está en lo que uno piensa y siente, en su relación con la familia, con la propiedad, con las ideas. Descubrir la verdad en algún reino abstracto es mera ideación, y la mayoría de nosotros busca la verdad de esa manera, como una forma de escapar de la vida. La vida es demasiado para nosotros, demasiado agotadora, demasiado dolorosa; por eso, queremos que la verdad esté lejos de la vida. En consecuencia, buscamos a un gurú que nos ayude a escapar, y cuanto más nos ayuda a escapar, más nos apegamos a ese gurú.

El interlocutor me pregunta: "¿No es usted mismo un gurú?". Usted podrá convertirme en un gurú, pero yo no lo soy. No quiero serlo, por la sencilla razón de que no hay sendero alguno hacia la verdad. Usted no puede descubrir el sendero, porque no hay sendero. La verdad es algo viviente, y no hay sendero que conduzca hacia algo viviente; sólo hacia cosas muertas puede haber un sendero. No habiendo, pues, sendero alguno hacia la verdad, para descubrirla debe usted arriesgarse, debe estar dispuesto al peligro; y ¿piensa que un gurú va a ayudarlo a ser arriesgado, a vivir en peligro? El hecho de que busque a un gurú indica que no es usted arriesgado, que sólo está buscando un sendero hacia la realidad, como un medio de sentirse seguro. Así, pues, si lo desea puede convertirme en un gurú, pero eso sería su desdicha, porque no hay gurú que lo lleve hacia la verdad, no hay líder que lo conduzca hacia la realidad. Esa realidad es una existencia eterna en el presente, no en el futuro; se encuentra en el ahora inmediato, no en el mañana final. Para comprender ese ahora, esa eternidad, la mente debe estar libre del tiempo, el pensamiento debe cesar; sin embargo, todo cuanto ustedes hacen hoy es cultivar ese pensamiento. Debido a eso, condicionan a la mente de modo tal que jamás hay frescura, jamás hay algo nuevo, jamás conoce la mente un instante de silencio, de quietud. En tanto exista el proceso del pensamiento, la verdad no puede manifestarse —lo cual no quiere decir que deban hallarse en un estado de amnesia completa—. Uno no puede forzar la quietud, no puede silenciar la mente, no puede obligar al pensamiento a detenerse. Tenemos que comprender el proceso del pensamiento e ir más allá del pensamiento; sólo entonces la verdad liberará al pensamiento de su propio proceso.

Así, pues, la verdad no es para aquéllos que son respetables, para los que desean la propia expansión, la propia realización. La verdad no es para quienes buscan seguridad, permanencia; porque la permanencia que buscan es tan sólo el opuesto de la transitoriedad. Atrapados en la red del tiempo, buscan lo permanente, pero lo permanente que buscan no es lo real, porque lo que buscan es el producto de su pensamiento. Por lo tanto, un hombre que quiera descubrir la realidad, debe dejar de buscar, lo cual no implica que debe contentarse con *lo que es*. Por el contrario, un hombre empeñado en el descubrimiento de la verdad, debe ser internamente un completo revolucionario. No puede pertenecer a ninguna clase social, a ninguna nación, a ningún grupo, a ninguna ideología, a ninguna religión organizada; porque la verdad no se encuentra en el templo o en la iglesia, no puede ser hallada en las cosas producidas por la mano o por la mente. La verdad se manifiesta sólo cuando desechamos las cosas de la mano y de la mente, y desecharlas no es una cuestión de tiempo. La verdad llega a quien está libre del tiempo, a quien no usa el tiempo como medio de expansión propia. El tiempo significa la memoria del ayer, la memoria de mi familia, de mi raza, la memoria de mi carácter personal, de mi experiencia acumulada que compone el "yo" y "lo mío". En tanto exista el ego, el "yo" y "lo mío", en cualquier nivel que sea, alto o bajo, el atma o no atma, ello sigue estando en el campo del pensamiento. Donde está el pensamiento, existe el opuesto, y mientras el opuesto exista, no puede existir la verdad.

Para comprender *lo que es*, no debe haber condena ni justificación ni censura; y dado que toda la estructura de nuestro ser se halla edificada sobre la negación y la aceptación, uno debe darse cuenta de todo el trasfondo. Sólo estén alerta mientras hablo, porque la percepción alerta sin opciones revela la verdad, y lo que los libera es la verdad, no sus gurúes o sus sistemas, no todos los pujas y rituales y prácticas. A través del tiempo, de la disciplina, de la negación y aceptación, no es posible dar con la verdad. La verdad se revela cuando la mente está por completo quieta, y esa quietud no es elaborada, inducida; esa quietud surge sólo cuando hay comprensión; y esta comprensión no es difícil, sólo exige nuestra atención total. La atención es negada cuando vivimos tan sólo en función del cerebro, y no con la totalidad de nuestro ser.

Pregunta: La creencia en la teoría de la reencarnación, ¿no es una ayuda para superar el miedo a la muerte?

KRISHNAMURTI: Son las siete y media; espero que no estén cansados. ¿Puedo continuar con la pregunta? Si ustedes se limitan a ser espectadores y no actores, si se limitan a escuchar y no experimentan, están perdiendo una enormidad de cosas. Es como ir al pozo con un vaso, con una pequeña escudilla; y si no vienen aquí con todo el corazón, se irán con las manos vacías. Pero un hombre que acude al pozo deseando beber a fondo de sus aguas, encontrará en todo lo que he estado diciendo, la verdad que refresca, que contribuye a la renovación.

¿Qué entendemos por miedo y qué entendemos por muerte? No estoy usando evasivas. ¿Por qué teme usted a la muerte? Es obvio, la teme porque no se ha realizado. Usted ama a alguien, y puede perder a esa persona; está escribiendo un libro y tal vez muera sin haberlo terminado; está construyendo su casa, y quizá muera sin haber completado la tarea; quiere hacer algo, y la muerte puede golpearlo. ¿A qué le teme usted? Teme morirse súbitamente, no realizarse, teme que la muerte le ponga fin. ¿No es el final lo que usted teme? No estamos considerando por el momento la muerte en sí, discutiremos eso enseguida. Estamos considerando qué entendemos por miedo. Por cierto, el miedo existe en relación con algo. Hay miedo relacionado con nuestra realización. Surge, entonces, la pregunta: ¿Existe la realización? Usted podrá decir que esto es andar con rodeos, que es una explicación interminable para contestar la pregunta. Pero no es así, señor; la vida no es algo a lo que se pueda dar respuestas como "sí" y "no". La vida es mucho más compleja, más bella y sutil que eso. El hombre que quiere una respuesta rápida, haría mejor en tomar una droga, ya sea la droga de la creencia o la droga de la diversión, y entonces no tendría problemas. Para comprender la vida, uno debe explorar, debe descubrir; y esa exploración, ese descubrimiento, son negados si la mente está atada a alguna creencia. Entonces es imposible comprender todo este problema.

¿Qué entendemos por miedo? El miedo existe en relación con algo, y ese algo es la autorrealización, por pequeña o grande que sea. ¿Hay tal cosa como la autorrealización, la realización del "sí mismo"? ¿Qué entendemos por el "sí mismo"? Sigamos esto cuidadosamente y verán qué es el "sí mismo". Obviamente, el "sí mismo", el "yo", es un haz de recuerdos —un haz de recuerdos que incluye la cosa que llamo eterna, permanente—. La parte no física del "yo", aunque pueda llamarla el atma, sigue siendo memoria, sigue estando dentro del campo del pensamiento. Usted no puede negar eso, ¿verdad? Si puede pensar acerca de algo, no está aún en el campo del pensamiento. Lo que el pensamiento genera es siempre el producto de sí mismo y, por lo tanto, pertenece al tiempo. La totalidad de eso es el "yo", el "sí mismo", el ego; ya sea superior o inferior, todas las divisiones siguen estando dentro del campo del pensamiento. En consecuencia, la memoria, en cualquier nivel que a usted le agrade fijar su pensamiento, sigue siendo memoria. De modo que el "yo" es un haz de recuerdos y nada más. No hay una entidad espiritual como el "yo" o aparte del "yo", porque cuando usted afirma que hay una entidad espiritual aparte del "yo", eso es aún el producto del pensamiento; por consiguiente, sigue estando dentro del campo del pensamiento, que es memoria. Así, pues, el "yo", el "tú", el "sí mismo" —superior o inferior, en cualquier punto que pueda fijarse— es memoria.

Ahora bien, en tanto haya memoria, que es el deseo de ser, de devenir, hay un objeto de realización y, por lo tanto, hay continuación de la memoria, del "yo" y "lo mío". O sea, en tanto haya autorrealización, hay continuación del "yo" y "lo mío"; por lo tanto, siempre habrá miedo. El miedo cesa sólo cuando no hay continuación del "yo", siendo el "yo" la memoria. Es decir,

señor, para expresarlo en palabras diferentes: en tanto esté buscando realización, esa búsqueda misma acarrea el miedo a la incertidumbre. Debido a eso, temo a la muerte. Cuando no tengo deseo de realizarme, no hay miedo. El deseo de autorrealización llega a su fin cuando comprendo el proceso de la realización. No puedo asegurar simplemente que no tengo el deseo de realizarme a mí mismo; eso es tan sólo repetir una verdad, lo cual constituye una mentira. En tanto subsista la actividad del "yo", tiene que haber miedo a la muerte, miedo de no realizarnos, miedo de llegar al fin, miedo de no continuar.

¿Qué entendemos por muerte? Desde luego, una cosa que es usada constantemente llega a su fin; cualquier máquina que usamos constantemente, se desgasta, se acaba. De igual modo, un cuerpo, estando constantemente en uso, llega a su fin, ya sea por enfermedad, por accidente o a causa de la edad. Eso es inevitable; puede durar cien años pero, al ser usado, se agota y se termina. Reconocemos eso y lo aceptamos, porque vemos que ocurre continuamente. Pero está el "yo", que no es el cuerpo, que es mi conocimiento acumulado, las cosas que he hecho en esta vida, las cosas por las que he trabajado duramente, las experiencias que he reunido, las riquezas que he atesorado... eso no es el "yo" físico sino el "yo" psicológico, el cual es memoria y el cual deseo que continúe; no quiero que se termine. En realidad, no es la muerte lo que tememos, sino este llegar al fin. Deseamos la continuidad. Es decir, uno desea que sus recuerdos continúen con todas sus riquezas, sus perturbaciones, su fealdad, su belleza, etc.; deseamos que continúe todo eso. De modo que bendecimos a aquél que nos asegura tal continuidad, lo buscamos, y escapamos de aquél que nos dice que debemos comprender ese deseo. Lo que tememos en la muerte es el final psicológico, ¿no es así? De hecho, no sabemos qué *es* la muerte. Vemos que se llevan los cuerpos, vemos sin vida una cosa que una vez estuvo llena de vida y actividad, y no sabemos qué hay más allá. Vemos la cosa vacía, desnuda, que se descompone, y queremos saber qué sucede después de eso, lo cual implica que queremos una garantía sobre la continuidad de nuestros recuerdos. No estamos interesados en la muerte, nos interesa únicamente nuestra propia continuidad como memoria.

Sólo cuando se interesen ustedes en la muerte, sabrán qué es; pero no se interesan en descubrir el significado, la belleza de lo que está más allá, no se interesan en lo desconocido, porque les preocupa lo conocido y la continuidad de lo conocido. Por cierto, lo desconocido es visto únicamente cuando no lo tememos, eso significa que, en tanto se aferren ustedes a lo conocido y al deseo de que lo conocido continúe, jamás podrán dar con lo desconocido. Es algo muy significativo, ¿verdad?, que hayan dedicado su vida a lo conocido y no a lo desconocido. Han escrito libros acerca de la muerte, no acerca de la vida, porque lo que les interesa es la continuidad.

Ahora bien, ¿han observado alguna vez que aquello que continúa no renace, no se renueva? Una cosa que se repite constantemente, que se halla atrapada en una cadena interminable de causa y efecto, no conoce la regeneración, es obvio. Simplemente, continúa; se modifica un poco, en cierto modo cambia,

se altera, pero en esencia permanece igual. Lo que es continuamente igual jamás puede ser nuevo. Es decir, señores: yo quiero que el ayer continúe, a través del hoy, hacia el mañana, y ese proceso del ayer que, a través del hoy, continúa hacia el mañana, es el "yo". Quiero que ese "yo" continúe, y tal continuidad no tiene renovación, es obvio, porque aquello que continúa conoce el miedo a la terminación. Por lo tanto, quien desea continuar estará atrapado siempre en el miedo.

Sólo en lo desconocido hay renovación; en lo desconocido hay creatividad, no así en lo que continúa. Por consiguiente, ustedes deben inquirir en lo desconocido, pero para hacer eso no pueden aferrarse a la continuidad de lo conocido, porque el "yo" y la constante repetición del "yo" cae dentro del campo del tiempo, con sus luchas, sus logros, sus recuerdos. El "sí mismo", que es un haz de recuerdos identificados como el "yo", anhela continuar; y lo que es una continuidad permanente en el tiempo, constituye un factor de deterioro. Sólo en lo desconocido hay una renovación, algo nuevo; de modo que uno debe inquirir en lo desconocido. O sea, debe investigar la muerte, tal como investiga la vida con sus relaciones, su variedad, sus profundidades, dolores y alegrías. Lo conocido es la memoria y su continuación. ¿Puede lo conocido establecer una relación con lo desconocido? Obviamente, no. *Para inquirir en lo desconocido, la mente debe convertirse en lo desconocido.* Estamos muy familiarizados con el "yo" y "lo mío", con nuestros compañeros, nuestros recuerdos, nuestras comunidades religiosas, nuestras vanidades y pasiones, todas estas cosas componen nuestra vida. En lo superficial, estamos bien conscientes de ellas, y con esa mentalidad de lo conocido abordamos lo desconocido, tratamos de establecer una relación entre lo conocido y lo desconocido. Por lo tanto, no tenemos una relación directa con lo desconocido y, debido a eso, tememos a la muerte.

¿Qué conocemos de la vida? Muy poco. Ni siquiera conocemos nuestra relación con la propiedad, con nuestro prójimo, con nuestra esposa, con las ideas. Conocemos únicamente cosas superficiales, y queremos que continúen las cosas superficiales. ¡Por el amor de Dios, qué vida tan desdichada! ¿No es la continuidad una cosa estúpida? Es una persona estúpida la que desea continuar; ningún hombre que comprendiera los ricos sentimientos de la vida, desearía continuar. Cuando usted comprenda la vida, se encontrará con lo desconocido, porque la vida *es* lo desconocido, porque muerte y vida son una sola cosa. No hay división entre la vida y la muerte; los que hacen la división son los tontos y los ignorantes, los que se interesan en su cuerpo y en su mezquina continuidad. Tales personas utilizan la teoría de la reencarnación como un medio de disimular su temor, como una garantía de su estúpida e insignificante continuidad.

Es obvio que el pensamiento continúa; pero un hombre que busca la verdad no se interesa, por cierto, en el pensamiento, porque el pensamiento no nos conduce hacia la verdad. La teoría del "yo" que, a través de la reencarnación, continúa hacia la verdad, es una idea falsa, engañosa. El "yo" es un haz

de recuerdos, o sea, tiempo, y la mera continuación del tiempo no nos conduce a lo eterno, a lo que está más allá del tiempo. El miedo a la muerte cesa únicamente cuando lo desconocido penetra en nuestro corazón. La vida es lo desconocido, tal como lo es la muerte, tal como lo es la verdad. La vida es lo desconocido, señor; pero nosotros nos aferramos a una pequeña expresión de esa vida, y aquello a que nos aferramos es tan sólo memoria, la cual es pensamiento incompleto. En consecuencia, eso a que nos aferramos es irreal, carece de validez. La mente se apega a esa cosa vacía llamada memoria, y la memoria es la mente, el "yo", en cualquier nivel que uno quiera fijarlo. Así, pues, la mente, que se halla en el campo de lo conocido, jamás puede invitar a lo desconocido. Sólo cuando cobra existencia lo desconocido, un estado de completa incertidumbre, llega la terminación del miedo y, con ella, la percepción de la realidad.

3 de octubre de 1948

SÉPTIMA PLÁTICA EN POONA

Hemos estado diciendo que, sin conocimiento propio, no puede resolverse permanentemente ningún problema humano. Pocos estamos preparados para examinar un problema de manera completa y ver el movimiento de nuestro propio pensar, sentir y actuar como una totalidad amplia e integrada; casi todos queremos una respuesta inmediata sin haber comprendido el proceso total de nosotros mismos.

Al investigar este asunto, tendremos que investigar la cuestión del progreso y la especialización. Hemos sido cuidadosamente formados y regimentados en la idea de que hay progreso, evolución, crecimiento, y creemos en ella. Y bien, examinemos eso. Hay, es obvio, progreso tecnológico: de la carreta de bueyes al jet. Luego está el crecimiento: la bellota que se convierte en roble. Y, finalmente, pensamos que nosotros mismos llegaremos a ser algo, que alcanzaremos un resultado, un objetivo. De modo que estas tres cosas: el progreso tecnológico, el crecimiento y el "llegar a ser", se consideran una forma de la evolución. Sería evidentemente absurdo negar el progreso desde el punto de vista del avance tecnológico. Vemos la tosca máquina de combustión interna dando lugar, finalmente, al turborreactor, haciendo posibles aviones de velocidades enormes, 1500 millas por hora y más. Sería igualmente absurdo negar el crecimiento de una semilla en planta, en flor y, de ésta, en fruto. Pero, con la misma mentalidad abordamos nuestra propia conciencia. Pensamos que allí hay progreso, evolución, que por medio del tiempo alcanzaremos un resultado; y quiero investigar la cuestión de si hay, en modo alguno, progreso para el hombre, si hay crecimiento evolutivo, si es posible para ustedes y para mí alcanzar un resultado en función del tiempo —siendo el resultado dar con la

realidad—. Hablamos acerca del progreso evolutivo del ser humano, de que, a la larga, uno llega a ser esto o aquello, si no en esta vida, entonces en una vida futura. Es decir, a través del tiempo uno evolucionará para convertirse en algo más grande, más bello, más valioso, etcétera.

Ahora bien, ¿hay tal cosa como el volvernos más sabios, más bellos, más virtuosos, como el aproximarnos más a la realidad por medio del tiempo? Eso es lo que queremos decir cuando hablamos de evolución. Hay, obviamente, un crecimiento, una evolución fisiológica; pero ¿hay un crecimiento, una evolución psicológica? ¿O ésa no es sino una fantasía de la mente que, en su deseo de transformarse, cae en el pensamiento erróneo de que llegará a ser alguna cosa? Bien, para llegar a ser alguna cosa, uno debe especializarse, ¿no es así?, y cualquier cosa que se especializa, pronto muere, se deteriora, porque toda especialización implica falta de adaptabilidad. Sólo aquello que es capaz de adaptación o flexibilidad, puede sobrevivir. Así, pues, en tanto estemos pensando en "llegar a ser", tiene que haber especialización, y la especialización implica, evidentemente, un proceso limitativo en el cual toda flexibilidad resulta imposible; por lo tanto, hay muerte, deterioro y destrucción. Ustedes pueden ver cómo cualquier animal que se especializa, pronto se destruye a sí mismo. Es un hecho biológico. Y los seres humanos, ¿están destinados a especializarse? Uno deberá especializarse si desea tener una profesión: para ser médico, abogado, jefe de un ejército, o para dirigir un barco a través de mares tempestuosos; pero ¿es necesaria la especialización psicológica? Si lo es, entonces ese proceso de especialización destruye al ser humano; y eso es lo que está ocurriendo en el mundo.

El progreso tecnológico por medio de la especialización es extremadamente rápido, y el hombre es incapaz de una adaptabilidad igualmente rápida en el sentido psicológico, porque abordamos la vida con la misma mentalidad de la especialización. En otras palabras, la especialización en el campo tecnológico, ha inducido en nosotros el prejuicio de que debemos especializarnos en el conocimiento propio, llegar a ser expertos, especialistas en la comprensión de nosotros mismos. Así, pues, nuestra mentalidad, nuestro enfoque de este problema es el de la especialización, en la cual está implicado el devenir. Para especializarse, uno debe disciplinarse, controlarse, limitar su capacidad, enfocar su atención sobre un objeto en particular, etc. La especialización implica todo esto.

Ahora bien, el hombre es, por cierto, un ser complejo, y para comprenderse a sí mismo no puede especializarse. Como uno es complejo, sutil, y está compuesto de muchas entidades, tiene que comprenderlas como una totalidad y no especializarse en ninguna dirección. Para comprender, pues, el proceso del "sí mismo" —comprensión que constituye el conocimiento propio—, la especialización es nociva, impide la rápida adaptabilidad, y cualquier cosa que se especializa, pronto decae y se deteriora. Así, para comprendernos a nosotros mismos necesitamos una enorme flexibilidad, y negamos esa flexibilidad cuando nos especializamos en la devoción, en determinadas activida-

des, en el conocimiento. No hay senderos separados tales como la devoción, la actividad, el conocimiento; y aquél que sigue cualquiera de estos senderos separadamente, como especialista, ocasiona su propia destrucción. Es decir, un hombre comprometido con un sendero en particular, con un determinado enfoque, es incapaz de tener flexibilidad, y lo que no es flexible se rompe. Tal como un árbol que no es flexible se quiebra en medio de una tormenta, así un hombre que se ha especializado se quiebra en momentos de crisis. Es imperativo que nos comprendamos a nosotros mismos; porque únicamente el conocimiento propio puede resolver los innumerables problemas a que nos enfrentamos, y uno no puede llegar al conocimiento propio por ningún sendero en particular. El sendero implica especialización, convertirse en un experto, y en ese proceso nos quebramos. ¿No han notado que un experto no es una persona integrada? Se ha especializado en una sola dirección.

Para comprender el proceso de la vida, necesitamos todo el tiempo una acción integrada, una comprensión integrada, no una atención que se ha especializado. Pensar desde el punto de vista de la evolución, o sea, que con el tiempo "llegaré a ser", implica especialización, porque el "llegar a ser" significa un resultado, y para alcanzar un resultado debo controlar, disciplinarme; y toda disciplina es, evidentemente, un proceso de limitación. Aunque podamos alcanzar el resultado, en el proceso de alcanzarlo nos quebramos. Eso es lo que está ocurriendo con todos nosotros. Nos hemos vuelto incapaces de una adaptación rápida al medio, que cambia constantemente. Nuestra respuesta a un reto está siempre condicionada y, debido a eso, el reto jamás puede ser comprendido.

Así, cuando pensamos en términos de evolución, en términos de "llegar a ser", psicológicamente, alguna cosa, ese llegar a ser implica el logro de un resultado, y para lograr un resultado necesitamos disciplinarnos; y la disciplina requiere especialización, la cual, a su vez, limita nuestro pensamiento. En consecuencia, nos volvemos inflexibles, incapaces de adaptarnos rápidamente, y lo que no se adapta termina por quebrarse. Un hombre que quiera conocerse a sí mismo debe desechar esta idea del "llegar a ser", y ha de comprender de instante en instante, sin que ningún instante deje efecto residual alguno. Seguramente, si ustedes lo observaran, verían que la comprensión llega, no gracias a la acumulación de la memoria, sino cuando la memoria no está funcionando. Comprendemos a alguien únicamente cuando no tenemos un registro previo de esa persona. Si tenemos un registro previo, estamos tan sólo recordando las actividades e inclinaciones pasadas de esa persona, pero no la estamos comprendiendo. A fin de comprender, debe cesar toda idea de devenir, lo cual implica que cada experiencia ha de ser comprendida inmediatamente, directamente; y eso es posible sólo cuando no sacamos a relucir, para interpretar esa experiencia o ese reto, el viejo condicionamiento, el viejo trasfondo.

Comprenderme a mí mismo es de primordial importancia, porque no puedo comprender ningún problema humano si no comprendo el instrumento

que observa, que percibe, que examine. Si no me conozco a mí mismo, no tengo base para el pensamiento; y ese conocimiento propio no es el resultado de la especialización, de convertirme en un experto del conocimiento propio, lo cual impide que me conozca a mí mismo. Porque el "mí mismo" es deseo, está vivo, siempre moviéndose, no tiene lugar de descanso, está experimentando constantemente un cambio; y para comprender el deseo, no podemos tener un modelo de acción. Debemos comprender el deseo a medida que surge de instante en instante; y, debido a que nuestras mentes no son capaces de seguir rápidamente ese movimiento, a que carecen de una adaptabilidad instantánea, de una percepción inmediata del deseo, interpretamos ese deseo en función de un modelo al que estamos acostumbrados; y ese modelo se vuelve una respuesta condicionada al reto. Es decir, jamás comprendemos el deseo, porque lo interpretamos en función de la memoria. Para comprender el deseo, no piensen en términos de cambiar ese deseo o de alcanzar un resultado. Observen cada deseo apenas surge; no lo interpreten, no lo traduzcan; dejen que el contenido de ese deseo comunique su significado. En otras palabras, como lo estuve explicando ayer, escuchen al deseo como escuchan una canción, como escuchan el viento entre los árboles; escuchen todo el proceso del deseo sin tratar de cambiarlo, controlarlo o transformarlo. Entonces verán que el deseo les entrega la plenitud de su significado, y sólo cuando comprenden el contenido del deseo, son ustedes libres.

Para abreviar, pues: La especialización de la psique es muerte. Si uno desea comprenderse a sí mismo, no puede acudir a ningún experto, a ningún libro, porque uno es su propio maestro y discípulo. Si acude a otro, éste sólo puede ayudarlo a especializarse; pero si uno desea de veras comprenderse a sí mismo, esa comprensión llega únicamente de instante en instante, cuando no hay acumulación del ayer, ni siquiera acumulación del instante anterior. Y sólo cuando la mente se comprende por completo, plenamente a sí misma, con todas sus actividades, sólo entonces, se manifiesta la realidad.

Pregunta: ¿Tendría usted la bondad de explicar qué se entiende por prestar atención plena?

KRISHNAMURTI: Para comprender el significado de la atención plena, usted debe comprender primero qué entiende por distracción, porque si uno no está distraído, hay atención plena. El limitarnos a preguntar qué es la atención plena y que alguien nos lo diga, destruye nuestra propia capacidad de descubrirlo. Ciertamente, eso está claro, ¿no? Si yo fuera a decirle qué es la atención plena, usted tan sólo copiaría eso, ¿verdad?, lo cual no sería atención plena. Seguir un determinado patrón de pensamiento o de meditación, o mantener la mente concentrada sobre una idea en particular, no es atención plena; pero si usted y yo investigamos qué es la distracción y comprendemos eso, entonces, gracias a esta manera negativa de abordar el problema, encontrará usted que hay una atención completa. Espero estar expresándome claramente,

porque esto es muy importante. Cualquier enfoque positivo de un problema impide comprender el problema, pero, si abordamos el problema negativamente —y el pensar negativo es la más elevada forma del pensar—, encontraremos una respuesta completa a la pregunta acerca de qué es atención plena.

Ahora bien, ¿qué entendemos por distracción? Entendemos, ¿no es así?, que entre diversas ideas hemos escogido una, que entre muchos intereses hemos optado por un interés y tratamos de fijar nuestra mente sobre esa cosa en particular; y a todos los otros intereses que invaden la mente, los llamamos distracción. Es decir, tengo diversos intereses, y entre estos intereses escojo uno y trato de concentrar mi atención sobre él. Pero intervienen mis otros intereses e impiden la atención, y esto es lo que yo llamo distracción. Así, pues, si puedo comprender la distracción y terminar con ella, entonces, de manera natural e inmediata, habrá atención plena. Nuestro problema es comprender cada interés sin escoger uno de ellos e intentar descartar los otros llamándolos distracción. Si la mente puede comprender cada interés cuando surge y, por lo tanto, se libera de cada interés, en esa libertad uno tendrá atención plena.

Señor, casi todos nosotros estamos compuestos de muchas máscaras, muchas entidades, y no es bueno escoger una entidad y decir: "Voy a concentrarme en esto", porque entonces está invitando al conflicto con otras entidades; y las otras entidades que combaten contra la entidad escogida por usted, son también usted mismo. Mientras que, si considera a todas las entidades y las revaloriza, si entiende su verdadero significado —y eso puede hacerlo sólo cuando no condena ni justifica ni compara—, entonces existe un despertar de la inteligencia. Hay atención únicamente cuando uno examina y revaloriza cada entidad, y ésa es la más alta forma de inteligencia. Una mente estúpida que trata de concentrarse en una idea, seguirá siendo estúpida; pero si esa persona estúpida considera todos sus intereses para descubrir su verdadero significado, esa investigación misma es el principio de la inteligencia.

Usted ve, pues, que mediante una manera negativa de abordar este problema, descubre muchísimo; se torna sensible, está alerta al significado de los innumerables problemas que lo rodean. Entonces no se resiste a ellos, no los aparta, sino que los comprende a medida que aparecen, lo cual implica que tiene la capacidad, la agilidad, la vitalidad necesaria para descubrir. En pos de ese descubrimiento prestará atención plena. Para ello, su mente no debe distraerse, y dado que está distraída, ¿por qué no persigue usted las distintas distracciones y descubre? Si hace eso, verá con qué extraordinaria rapidez la mente se torna sutil, intensa, clara y vital. Sólo cuando la mente está alerta, puede usted prestar esa atención plena en la que hay comprensión completa.

Pregunta: Usted habla de ver un pensamiento hasta el final y librarse de él. ¿Tendría la bondad de explicar esto más detalladamente?

KRISHNAMURTI: Pensar un pensamiento de principio a fin es una tarea

muy ardua, y pocos estamos dispuestos a hacerlo. Preferimos transformar un pensamiento, ponerlo en un marco o molde diferente; no queremos pensarlo hasta el final. No debe existir el deseo de transformar un pensamiento, de librarnos de él o de ponerlo en un marco diferente. Voy a tomar un pensamiento y examinarlo, y veremos las cosas juntos.

La mayoría de nosotros piensa que es muy inteligente, muy despierta, Ahora bien, ¿somos inteligentes? Por el contrario, somos torpes, pero jamás admitiremos en nuestro fuero interno que somos torpes, que nos falta sensibilidad y si analizáramos completamente esto, no seríamos tan deplorablemente estúpidos. No somos inteligentes, carecemos de lucidez, pero pensamos que somos en parte despiertos y en parte torpes. Voy a pensar este pensamiento de principio a fin; le ruego, pues, que lo siga. Cuando usted dice: "Soy en parte torpe y en parte despierto", ¿cuál es la parte que dice "soy torpe"? Si la parte despierta dice que la otra parte es torpe, entonces la parte despierta se conoce a sí misma como siendo despierta, es obvio. O sea, cuando usted dice: "Soy despierto", es consciente de sí mismo como persona muy inteligente. La inteligencia, ¿es consciente de sí misma como tal? Tan pronto digo: "Soy inteligente", es obvio que soy torpe. *(Risas).* Ésa no es una respuesta ingeniosa, usted puede observarlo. Cuando un hombre dice que es inteligente, resulta claro que es estúpido. Así, pues, la parte de la mente que es consciente de sí misma como siendo despierta, en realidad es torpe, y una mente torpe, al pensar que una parte de ella es despierta, sigue siendo torpe. Es muy importante entender esto, porque casi todos pensamos que, en alguna parte de nosotros, hay algo luminoso, inteligente. Cuando una mente torpe piensa que, en alguna parte de ella hay algo que es inteligente, ese pensamiento sigue siendo torpe, ¿no es así? Señor, estamos pensando un pensamiento hasta el final. Cuando una mente torpe piensa que posee dentro de ella algo inteligente, ésa sigue siendo la acción de una mente torpe. Cuando una persona torpe practica puja, la acción es también torpe, y si hay una mente torpe que piensa que una parte de ella es luminosa, eterna, esa parte es igualmente torpe.

Como decía, a la mayoría de nosotros no le agrada reconocer que es torpe; nos gusta pensar que, de algún modo, en alguna parte de nosotros, hay algo luminoso: Dios, la realidad, el atma, el paramatma y demás. Pero si un hombre torpe piensa en el atma, ese atma es también torpe. ¿Cómo puede una persona torpe pensar en algo que sea de veras inteligente? Aquello que es inteligente, no es consciente de sí mismo como tal; y tan pronto me digo: "Soy inteligente", me reduzco a mí mismo al nivel de la estupidez —y eso es lo que hace la mayoría de nosotros—. Así, pues, jamás reconocemos que la totalidad de nosotros es torpe, lo cual, si realmente lo observamos, *es* así. Nos gusta entretenernos con cosas inteligentes y considerarnos a nosotros mismos inteligentes. De hecho, un hombre torpe que se entretiene con cosas inteligentes, reduce las cosas inteligentes a su propio nivel. Cuando una mente piensa que es inteligente, o bien es consciente de sí misma como tal y, por eso, es torpe, o es torpe y, al pensar en sí misma, se considera inteligente y, por lo tanto, sigue siendo

torpe. Pero, cuando una mente reconoce que es torpe, ¿cuál es la respuesta que sigue a eso?

En primer lugar, reconocer que uno es torpe ya es un hecho tremendo; decir que soy un mentiroso, es ya el comienzo de decir la verdad. Así, cuando examinamos este pensamiento de torpeza e inteligencia, vemos que casi todos nosotros somos torpes de principio a fin, y tenemos miedo de reconocerlo. ¿No saben ustedes cuán torpes son? Debido a que somos torpes, tratamos de resolver los problemas parcialmente, no de una manera integrada; en consecuencia, seguimos siendo torpes. Pero cuando reconocemos eso, no mentalmente, no verbalmente, sino que, de hecho, vemos que somos torpes, ¿qué ocurre? Cuando una mente torpe se reconoce torpe, cuando ve eso, no hay escape. Estamos siguiendo un pensamiento hasta el final; sólo vea qué sucede cuando usted reconoce el hecho de que es torpe y se enfrenta a ese hecho. En el momento en que reconoce el hecho de que es enteramente torpe, ¿qué ocurre? Ve que una mente torpe que piensa en Dios, sigue siendo torpe; la idea de Dios puede ser luminosa, pero una mente torpe reduce la idea a su propio nivel. Si usted puede afrontar el hecho de que es torpe, entonces ya está ahí el principio de la clarificación. La estupidez que trata de convertirse en inteligencia, jamás será inteligencia; permanecerá siendo lo que es. Una mente torpe que trata de volverse inteligente, seguirá siendo siempre torpe, haga lo que hiciere. Pero, no bien reconoce uno que es torpe, hay una transformación inmediata.

Lo mismo ocurre con todos los pensamientos. Tomemos la ira. La ira puede ser el resultado de una reacción fisiológica o neurológica, o uno se muestra irascible porque quiere encubrir algo. Examínelo a fondo, afróntelo sin tratar de encontrarle una excusa. Tan pronto se enfrenta al hecho, hay un principio de transformación. Usted no puede traducir un hecho; puede traducirlo mal, pero un hecho permanece como hecho. Por consiguiente, pensar un pensamiento hasta el final es ver, sin distorsión alguna, *lo que es*; y cuando percibo el hecho directamente, sólo entonces, *lo que es* se transforma. Es imposible generar transformación alguna en tanto esté evadiendo *lo que es*, escapando de ello, o tratando de cambiar *lo que es*, en otra cosa, porque entonces soy incapaz de encarar una acción directa.

Ahora, señor, tomemos la violencia. Otra vez, pensemos ese pensamiento de principio a fin. En primer lugar, no me agrada reconocer que soy violento, porque social y moralmente, según me han dicho, ser violento es algo muy malo. Pero el hecho es que soy violento. De modo que medito, me esfuerzo, trato de volverme otra cosa, pero jamás me enfrento a lo que realmente soy, es decir, violento. Empleo mi tiempo intentando transformar *lo que es*, convertirlo en otra cosa. Para transformar *lo que es*, debo examinarlo, y no puedo examinarlo en tanto tenga un ideal. Si veo eso, desecho el ideal, que es la no violencia, y examino la violencia; entonces, estoy por completo consciente de que soy violento. Y el hecho mismo de tener conciencia directa de que soy violento, da origen a la transformación. Experimente con ello y lo verá. Este rechazo a ver *lo que es*, constituye el problema con todos nosotros. Jamás quie-

ro considerar *lo que es*, jamás quiero reconocer que soy desagradable, siempre doy razones para ello; pero si veo eso tal como es, o sea, que *soy* desagradable, y no doy explicaciones ni excusas, entonces hay una posibilidad de transformación.

Examinar, pues, un pensamiento hasta el final, es ver cómo el pensamiento se engaña a sí mismo al escapar de *lo que es*. Usted puede examinar un pensamiento a fondo, completamente, sólo cuando cierra todas las vías de escape y entonces lo mira, lo considera, y eso requiere una extraordinaria honestidad. Pero casi todos somos deshonestos en nuestro pensar, jamás queremos ver ningún pensamiento de principio a fin. Lo importante es descubrir cómo el pensamiento se engaña a sí mismo, y cuando usted descubre este engaño del pensamiento, entonces puede enfrentarse a *lo que es*. Sólo así, *lo que es* revela la plenitud de su significado.

Pregunta: En vez de dirigirse a multitudes heterogéneas en muchos lugares, y deslumbrarlas y confundirlas con su brillantez y su sutileza, ¿por qué no funda una comunidad o colonia y crea una referencia para su manera de pensar? ¿Teme que esto nunca podría lograrse?

KRISHNAMURTI: Señor, la brillantez y la sutileza deberían mantenerse siempre en secreto, porque demasiada exposición de brillantez sólo enceguece.

No es mi intención enceguecer a nadie o demostrar ingenio, eso sería demasiado estúpido; pero cuando uno ve cosas con mucha claridad, no puede evitar exponerlas muy claramente. Esto puede usted considerarlo brillante y sutil. Para mí, lo que digo no es brillante; es obvio. Eso es un hecho. El otro punto es que usted desea que yo funde un ashram o una comunidad. ¿Por qué? ¿Por qué desea usted que yo funde una comunidad? Dice que eso actuará como una referencia, es decir, algo que puede ser señalado como un experimento exitoso. Eso es lo que implica una referencia, ¿no es así?, una comunidad donde se llevan a cabo todas estas cosas. Eso es lo que usted desea. Yo no deseo fundar un ashram o una comunidad, pero usted lo desea. Y bien, ¿por qué desea una comunidad semejante? Le diré por qué. Es muy interesante, ¿no? Usted desea eso porque le gustaría asociarse con otros y crear una comunidad, pero no quiere iniciar una comunidad consigo mismo; desea que algún otro lo haga, y cuando esté fundada, usted ingresará en ella. En otras palabras, señor, tiene miedo de empezar por su cuenta; por lo tanto, necesita una referencia. Es decir, necesita algo que le dé una especie de autoridad que le permita llevarlo a cabo. Dicho de otro modo, usted no confía en sí mismo, y por eso dice: "Funde una comunidad y yo me uniré a ella".

Señor, allí donde se encuentre, puede usted fundar una comunidad, pero puede hacerlo sólo cuando tiene confianza. La dificultad es que no tiene confianza. ¿Por qué no confía? ¿Qué entiendo por confianza? El hombre que desea alcanzar un resultado, que obtiene lo que desea, está lleno de confianza: el

hombre de negocios, el abogado, el policía, el general, están todos llenos de confianza. Ahora bien, aquí usted no tiene confianza. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que no ha experimentado. Tan pronto experimente con esto tendrá confianza. Nadie más puede darle confianza, ningún libro, ningún maestro. El estímulo no es confianza; el estímulo es tan sólo superficial, infantil, inmaduro. La confianza adviene cuando uno experimenta; y cuando usted experimente con el nacionalismo, incluso con la cosa más pequeña, a medida que experimente tendrá confianza, porque su mente será rápida, dúctil; entonces, donde usted se encuentre habrá un ashram, usted mismo fundará la comunidad. Eso está claro, ¿verdad? Usted es más importante que cualquier comunidad. Si ingresa en una comunidad, usted será como es, tendrá a alguien que lo dirija, tendrá leyes, regulaciones y disciplina, será otro Mr. Smith o Mr. Rao en esa detestable comunidad. Uno desea una comunidad sólo cuando quiere que lo dirijan, que le digan lo que debe hacer. Un hombre que quiere ser dirigido está consciente de que no confía en sí mismo. Usted podrá tener esa confianza, no hablando de ella, sino sólo cuando experimente las cosas, cuando las ponga a prueba.

Señor, la referencia es usted, de modo que experimente allí donde se encuentre, en cualquier nivel del pensamiento. Usted es la única referencia, no la comunidad; y cuando la comunidad se convierte en la referencia, estamos perdidos. Espero que haya muchísimas personas que se junten y experimenten, que tengan plena confianza en sí mismas y eso las reúna; pero si alguien está afuera y dice: "¿Por qué no forma usted una comunidad para que yo ingrese en ella?", ésa es, obviamente, una pregunta tonta. Yo no deseo un ashram por la muy simple razón de que ustedes son más importantes que el ashram, siento realmente eso. El ashram se vuelve una pesadilla. Señor, ¿qué sucede en el ashram? El maestro adquiere importancia; lo importante no es ahí el buscador, sino el gurú. El gurú es toda la autoridad, y ustedes le han conferido esa autoridad, porque en el momento en que toleran a un gurú, lo convierten en una autoridad. *(Risas).* Por favor, no lo tomen a risa. Miren a las personas que han salido de los ashrams. Son torpes, tediosas, les han succionado la sangre y las han arrojado fuera como espectros. Autoinmolarse a una idea no es encontrar la verdad, es tan sólo otra forma de gratificación. Donde hay búsqueda de gratificación, no hay búsqueda de la realidad.

Así, pues, la única referencia es usted, no otro, no un ashram, no una comunidad. Si desea formar una comunidad para experimentar, ésta no debe convertirse en su referencia, porque apenas se convierte en su referencia, usted ya no está buscando la verdad, sólo se calienta al Sol de la acción de otro. Eso es lo que desean todos ustedes, desean la gloria reflejada. Por eso ingresan en ashrams, siguen a los gurúes, forman comunidades; y éstas fracasan inevitablemente porque lo que adquiere suma importancia es el maestro, no ustedes. Si lo que buscan es la verdad, jamás se unirán a un ashram, jamás tendrán la referencia de otra persona. Tendrán su propia referencia, y eso es posible sólo cuando son muy honestos, honestidad que adviene únicamente cuando expe-

rimentan. Un hombre que experimenta y desea un resultado, es obvio que no está experimentando. Aquél que de veras experimenta, no sabe qué es lo que va a salir de ello. Ésa es la belleza de la experimentación. Si uno sabe qué va a salir de ello, no está experimentando. De modo que la dificultad de tener un maestro, una comunidad, un ashram, radica en esto, en que ustedes lo convierten en su referencia, en su refugio. El gurú no es tan culpable como el seguidor. Ustedes son los que hacen del gurú su referencia, ustedes le entregan sus vidas para que él les diga lo que deben hacer. Nadie puede decirles lo que deben hacer. Aquél que les dice lo que deben hacer, no sabe; el hombre que "sabe", no sabe. No busquen una referencia, no busquen refugios; experimenten, adquieran confianza. Entonces tendrán su propia referencia, que es la verdad, y se darán cuenta de que cada uno de ustedes es la comunidad, es su propio ashram. Es muy importante donde se encuentran, porque la verdad está muy cerca de ustedes si sólo saben mirar.

Pregunta: El hombre moderno ha sido un éxito brillante en el campo del desarrollo tecnológico y de la organización, pero ha sido un funesto fracaso en la creación de relaciones humanas armoniosas. ¿Cómo podemos resolver esta trágica contradicción? ¿Podemos imaginar un incremento acumulativo en los medios de gracia a disposición de cada persona en el mundo?

KRISHNAMURTI: Examinemos esta pregunta y veamos qué significa. El interlocutor señala que hay contradicción en nuestra vida, que hemos avanzado mucho tecnológicamente, y que como entidades psicológicas estamos muy atrasados; y pregunta: Cada uno de los que se hallan tan atrasados espiritualmente, ¿puede superar ese avance tecnológico? ¿Puede haber un milagro que me transforme inmediatamente, de modo tal que la entidad psicológica alcance al progreso tecnológico? Pienso que eso es lo que implica la pregunta: ¿Puede cada persona transformarse rápidamente por obra de la gracia acumulada, de manera tal que no haya contradicción? Es decir, si entiendo bien la pregunta, y para plantearla más simple y directamente: ¿Puede uno transformarse merced a algún milagro? ¿Puede la gracia acumulada de Dios actuar tan rápidamente como para que no exista esta división, esta contradicción? Debido a que el progreso tecnológico es cada vez más y más rápido, y psicológicamente seguimos avanzando muy despacio, debemos tener un milagro a fin de ponernos a la par; de lo contrario, seremos destruidos.

Me pregunto si están siguiendo todo esto. Expresémoslo de un modo diferente: el avión a chorro se dice que vuela a una velocidad de 1.500 millas por hora; y está la bomba atómica. Ustedes pueden ver lo que eso implica. Con instrumentos de tal poder en manos de un estúpido que se llama a sí mismo general, héroe nacional, o como prefieran, ¿puedo yo, que soy psicológicamente un imbécil, alcanzar todo eso de modo tal que pueda cambiarlo? La pregunta, en otras palabras, es ésta: ¿Puedo transformarme *ahora*? Les ruego que sigan

esto. ¿Puede ocurrir un milagro que me permita cambiar inmediatamente? Yo digo que sí. *(Risas).* No lo tomen a risa. Lo que estoy diciendo es muy serio. Digo que puede ocurrir un milagro ahora, pero ustedes y yo debemos ser receptivos para que ese milagro ocurra, y uno debe también formar parte de ese milagro. Un ciego que está sufriendo a causa de su ceguera, desea ser curado, quiere ver. Si ustedes están en esa situación, tendrán un milagro, y yo sostengo que la transformación no se halla en el tiempo, sino en el ahora. La regeneración es inmediata, no está en el mañana ni en el futuro lejano. Un milagro puede tener lugar si uno sabe cómo mirar el problema, y eso es pues lo que he estado tratando de mostrar durante las pasadas cuatro o cinco semanas. El milagro ocurre si miramos las cosas directamente. Señor, si uno confunde la cuerda con una serpiente y teme mirar, un milagro no es posible, ¿verdad? O sea, uno siempre tendrá miedo. El milagro ocurre sólo cuando uno mira. Para mirar, es preciso tener el deseo de hacerlo, uno ha de estar sufriendo y anhelando curarse. Eso significa que, para resolver este problema, uno debe tener honestidad. Pero no somos honestos, no estamos ansiosos por resolver el problema; queremos que ocurra algo que nos cambie. No queremos mirar el problema, examinarlo, investigarlo. Por eso seguimos siendo lerdos y no podemos avanzar al mismo paso que el progreso tecnológico, el cual marcha mucho más rápido.

Así, pues, podrá haber un milagro únicamente cuando ustedes estén dispuestos a recibir ese milagro; y les aseguro que un milagro puede tener lugar cuando estén dispuestos a recibirlo, cuando estén dispuestos a mirar las cosas tal como son. No se engañen a sí mismos dando explicaciones, justificándose, sino véanse cómo son, y descubran qué cosa tan extraordinaria ocurre. Les aseguro que la regeneración llega cuando ustedes no recurren al tiempo como medio de transformarse a sí mismos. Sólo entonces hay transformación, y el milagro no está lejos. ¡Pero son tan perezosos, están tan mal dispuestos, son tan frívolos aún en su sufrimiento! Señor, la lluvia cae y nutre la tierra, los árboles, las flores, pero si esa lluvia cae sobre una roca, ¿hace algún bien? Ustedes son como la roca, son vacíos y duros, sus corazones y sus mentes son insensibles, y ninguna cantidad de lluvia puede lavar eso. Lo que cambiará la insensibilidad de ustedes es el ver las cosas como son, sin condenarlas, sin encontrar una excusa para ellas, sino mirándolas, reconociéndolas; y verán un milagro. Cuando vean y reconozcan que tienen un corazón duro, que sus mentes están llenas de juguetes infantiles, cuando reconozcan eso, verán que ocurre una transformación. Pero para mirar, ver, observar, deben tener la intención de hacerlo.

Señores, mírense; algunos están bostezando, algunos hacen girar sus pulgares, otros limpian sus anteojos. ¿Piensan que puede ocurrirles un milagro? ¿Creen que un milagro puede ocurrir cuando están seguros, cuando acumulan dinero? Cuando tienen las manos llenas de dinero, es imposible que ocurra. Deben soltarlo, deben estar dispuestos a soltarlo; entonces puede ocurrir el milagro.

Es necesario que se perciban a sí mismos de manera simple, directa y

constante, que se perciban tal como son, con toda su fealdad, su alegría, su brutalidad, su dicha y su sufrimiento. Entonces verán que ocurre un milagro que jamás habrían sospechado, un milagro que es la verdad, la verdad que transforma, que libera.

Pregunta: Usted parece sugerir que la concentración, el enfoque premeditado de nuestra atención, es un proceso excluyente y, por lo tanto, de embotamiento. ¿Querría usted explicar, por favor, qué es la meditación y cómo puede la mente aquietarse y "librarse de"?

KRISHNAMURTI: No sé qué se entiende por "librarse de", pero no importa. He explicado detalladamente que la meditación no es concentración, porque ésta es mera opción y, por lo tanto, hay una limitación de la mente. Una mente limitada jamás puede comprender lo ilimitado, lo inconmensurable. He explicado eso. Usted puede leer al respecto en los libros que se han publicado. Además, he dicho que la meditación no es plegaria. La plegaria es otro truco de la mente para aquietarse. Mediante la repetición de palabras y frases usted puede acallar la mente, y en ese silencio recibe una respuesta, pero ésa no es la respuesta de la realidad, porque tal plegaria no es más que una repetición, un ruego, una súplica. En la plegaria hay dualidad, hay uno que suplica y otro que concede. He dicho que la meditación no es concentración, no es plegaria. Ahora bien, casi todos los que entre ustedes practican la meditación, pertenecen a alguna de estas dos categorías. Es decir, se concentran para lograr un resultado, o rezan por algo que anhelan, ya sea un refrigerador o una virtud. Uno puede investigar qué es la meditación, sólo cuando nada desea. Es imposible penetrar en el significado de la meditación si la abordamos desde cualquiera de estos dos puntos de vista. He explicado todo eso y no lo examinaré ahora.

¿Qué entendemos por meditación? Significa, es obvio, una mente capaz de rápida flexibilidad, de modo tal que esté extensa y ampliamente alerta, que cada problema se disuelva instantáneamente apenas surge, que cada reto sea comprendido y no haya respuesta alguna del ayer. Señor, una mente meditativa es una mente que se conoce a sí misma, lo cual implica que la meditación es el principio del conocimiento propio. Uno no puede meditar sin conocerse a sí mismo. Sin ese conocimiento propio, la meditación es vana, no tiene sentido. Para meditar correctamente, es indispensable que primero nos conozcamos a nosotros mismos. Por lo tanto, la meditación *es* conocimiento propio. Conocernos a nosotros mismos es ver todo el contenido de la mente, tanto las actividades conscientes como las inconscientes, tanto cuando está despierta como cuando se halla en su así llamado sueño. Eso no es difícil, y voy a mostrar cómo hacerlo; pero experimenten con ello ahora, no esperen hasta que vuelvan a sus casas. Cuando uno experimenta no sabe qué es lo que va a descubrir. Cada vez que aborda cualquier problema, hay algo nuevo; ésa es la belleza de la realidad. Es siempre creativa, siempre nueva. Esa cualidad de lo nuevo no puede surgir por obra de la memoria.

Así, pues, la meditación es el principio del conocimiento propio, que consiste en conocer las actividades mentales conscientes y también todo el contenido de las capas ocultas. Por favor, sigan esto. Mediten conmigo a medida que avanzo paso a paso. No los estoy hipnotizando, no uso las palabras por su valor neurológico. Voy a descubrir qué significa meditar, a descubrir, por medio de la meditación, el significado de la realidad. Estamos experimentando para averiguar todo eso ahora, no mañana. Mañana podrán ustedes hacerme preguntas. Les ruego, señores, que sigan esto. Primero, reconozco el hecho de que, sin conocerme a mí mismo, no puedo meditar; la meditación no tiene sentido sin el conocimiento propio. Éste no es superior ni inferior, es todo el proceso del pensamiento, el pensamiento manifiesto con el que estamos familiarizados, y todo el pensamiento oculto en el inconsciente. Voy a meditar y a revelar todo el proceso, lo cual puede hacerse de inmediato. La verdad puede ser percibida directamente.

Ahora bien, ¿qué es el "sí mismo"? Evidentemente, es memoria; en cualquier nivel, alto o bajo, sigue siendo memoria, la cual implica pensamiento. A ese "sí mismo" pueden llamarlo atma, pueden ponerlo en un nivel superior, pero no deja de ser parte del pensamiento, que es memoria. Por lo tanto, comprender todo este proceso de "mí mismo" es comprender la memoria —memoria que no es sólo la adquirida del minuto anterior, sino también la memoria de siglos, la memoria que es el resultado de la experiencia racial acumulada, de las influencias nacionales, geográficas y climáticas, etc.—. Todo esto es la memoria, ya sea superficial o muy profunda, y vamos a tomar conocimiento completo de la memoria en todos sus detalles. Como casi todos podemos ver, cuando decimos que el "sí mismo" es memoria, no una memoria en particular, sino la memoria íntegra de todas las entidades, lo que eso sugiere es que, para descubrir sus diversas capas, necesitamos tiempo. Es decir, para investigar la memoria consciente y la memoria inconsciente, uno debe tener tiempo; pero usar el tiempo para descubrir la verdad, la realidad, es negarla. Espero que estén siguiendo todo esto. En consecuencia, debo usar el recto medio para el recto fin. O sea, señores, si empleo tiempo para analizar las diversas capas, las conscientes y las inconscientes, estoy usando el tiempo como un medio para alcanzar lo intemporal. Por lo tanto, estoy usando el medio incorrecto para abordar el fin correcto. Ciertamente, debo abordar el fin correcto con el medio correcto. Esto es, no debo usar el tiempo.

Pero tengo el hábito de usar el tiempo como un medio de alcanzar lo intemporal. La disciplina, la meditación, el control, la represión, todo eso implica tiempo, y la memoria es tiempo. De modo que veo algo: ver que debo usar el recto medio para encontrar el recto fin. Así, pues, tengo un problema que debo disolver sin recurrir al tiempo. Analizar todas las capas de la memoria y examinar sus valores, implica tiempo. Si uso el tiempo, estoy introduciendo el medio incorrecto para un fin correcto, porque uso el tiempo para encontrar lo intemporal. Puedo encontrar lo intemporal sólo si uso el medio correcto. Por consiguiente, mi problema es cómo el pensamiento, que es el resultado de la

memoria, que es memoria, puede ser disuelto instantáneamente. Cualquier otra manera de abordar el problema, es hacerlo por medio del tiempo. Obsérvelo, señor, por favor, sígalo. Lo han enfrentado a un problema: el "sí mismo", el "yo", es memoria, es un haz de recuerdos, y debe ser disuelto porque la continuación de la memoria es tiempo, y por medio del tiempo usted jamás podrá dar con aquello que es eterno, inconmensurable, que está más allá del espacio y del tiempo. ¿Cómo puede hacerse esto? Puede hacerse únicamente cuando la memoria cesa por completo. Ahora bien, ¿cómo ha de cesar la memoria? Tenga la bondad de seguir esto. Veo que, en tanto funcione la memoria, la realidad no puede revelarse; eso es un hecho, ¿no es así? Lo he explicado bastante. Es decir, señor, veo que la mente es el producto, el resultado de la memoria, y cuando la mente trata de encontrar el modo de liberarse de la memoria, la memoria sigue funcionando. Cuando la mente pregunta: "¿Cómo puedo librarme de la memoria?", la pregunta misma implica una respuesta que es el resultado de la memoria. Quizá lo estoy exponiendo demasiado concisamente.

La mente, tanto en sus capas superficiales como en las profundas, es un haz de recuerdos, y cuando la mente se dice: "Debo estar libre de la memoria a fin de comprender la realidad", ese deseo mismo de estar libre forma parte de la memoria. Eso es un hecho. En consecuencia, al ver esto, la mente ya no desea ser nada, tan sólo se enfrenta al hecho de que ella misma es memoria; no desea transformarse, no desea llegar a ser otra cosa. Cuando la mente ve que cualquier acción de su parte es aún el funcionamiento de la memoria y que, por lo tanto, es incapaz de encontrar la verdad, ¿cuál es, entonces, el estado de la mente? Se aquieta. Cuando la mente percibe que cualquier actividad suya es inútil, que es todo parte de la memoria y, por ende, del tiempo, cuando ve ese hecho, se detiene, ¿no es así? Si su mente ve la realidad de lo que estoy diciendo, que cualquier cosa que ella haga sigue formando parte de la memoria y que, debido a eso, no puede actuar para librarse de la memoria, entonces no actúa. Cuando ve que no puede proseguir de ese modo, se detiene. En consecuencia, la mente, todo el contenido de la mente, el superficial y el profundo, se aquieta. Ahora la mente permanece sin actuar, ha visto que todo cuanto hace se halla sobre una línea horizontal que es la memoria; al ver, pues, la falsedad que eso implica, se queda quieta. No tiene ningún objetivo en vista, no desea ningún resultado, está absolutamente tranquila, no se mueve en ninguna dirección.

¿Qué ha ocurrido, pues? La mente está tranquila, no ha sido tranquilizada. Vea la diferencia entre una mente que es puesta a dormir, y una mente quieta. En ese estado de quietud encontrará usted un movimiento enorme, extrema vitalidad, una cualidad nueva, pacífica y alerta. Toda acción positiva ha llegado a su fin, y la mente se halla en un estado de suma inteligencia, porque el problema de la memoria lo ha abordado a través del pensar negativo, que es la más elevada forma del pensar. La mente se halla, pues, en paz, es ágil, rápida y, no obstante, está quieta; no es exclusiva, no se concentra ni se enfoca sobre algo determinado, sino que está extensivamente alerta. Entonces, ¿qué

ocurre? En esa percepción alerta no hay opciones, sino tan sólo un ver las cosas tal como son; lo rojo como rojo, lo azul como azul, sin distorsión alguna. En ese estado de paz, de percepción alerta y sin opciones, encontrará usted que ha cesado por completo toda verbalización, toda actividad mental o intelectual. Hay una quietud no inducida, una quietud en la que la mente ya no usa más el pensamiento para revificarse, por lo tanto, no existen ni el pensador ni el pensamiento, ni el experimentador ni lo experimentado, porque el experimentador y lo experimentado tienen su origen en el proceso del pensamiento, y este proceso se ha detenido totalmente. Sólo hay un estado de experimentar.

En ese estado de experimentar no existe el tiempo; todo el tiempo como ayer, hoy y mañana, ha cesado por completo. Si usted puede penetrar más aún en ello, verá que la mente, que era el producto del tiempo, se ha transformado enteramente a sí misma y ahora está libre del tiempo; y lo que se halla libre del tiempo es eterno, inconmensurable, no tiene principio ni fin, es sin causa y, por ende, sin efecto; y aquello que es sin causa, es lo real. Usted puede experimentar eso ahora. Pero no a través de siglos de práctica, disciplina o control; tiene que ser ahora o nunca.

Así, pues, la mente que desea comprender la meditación, primero debe comprenderse a sí misma en sus relaciones, no en el aislamiento. Una mente, que es el producto del tiempo, puede estar libre del tiempo, no a la larga sino de inmediato; y esa libertad nace sólo cuando abordamos de manera correcta todos los problemas humanos; y la meditación es la manera correcta. Abordarlos positivamente implica estar condicionados por un modelo de acción. Meditar es abordarlos negativamente; por lo tanto, ésa es la más elevada forma del pensar —la cual no es "pensar"—. Todo pensar pertenece al tiempo. Si usted quiere comprender un problema humano, no debe haber proceso alguno del pensamiento, y liberar a la mente del proceso del pensamiento es meditar; y uno no puede meditar si no se conoce a sí mismo. Sólo cuando hay conocimiento propio, del cual la meditación es el principio, sólo entonces, se revela la realidad; y la realidad es lo que nos libera.

10 de octubre de 1948

OCTAVA PLÁTICA EN POONA

Durante el curso de estas pláticas dominicales hemos aludido a muchas cosas, pero me parece que una de las cuestiones más importantes para discutir y descubrir su significado, es la cuestión del tiempo. Las vidas de casi todos nosotros son más bien indolentes —como las aguas inmóviles, son vidas monótonas, tristes, feas e insípidas—, y algunos, dándonos cuenta de esto, nos sumergimos en actividades políticas, sociales o religiosas y pensamos que, con

eso, podemos enriquecer nuestras vidas. Pero una actividad así no es, por cierto, enriquecimiento interno, porque nuestras vidas siguen estando vacías, aunque podamos hablar de reformas políticas, nuestras mentes y nuestros corazones continúan en su estado de embotamiento. Podemos ser muy activos socialmente o dedicar nuestras vidas a la religión; no obstante, el significado de la virtud sigue siendo un mero asunto de ideas, de conceptos. Así, pues, cualquier cosa que podamos hacer, encontramos que nuestras vidas son monótonas, carecen de sentido, porque la mera actividad sin comprensión no genera enriquecimiento interno ni libertad.

De modo que, si me lo permiten, quisiera hablar un poco acerca de lo que es el tiempo, porque pienso que la belleza y el significado de lo intemporal, de lo verdadero, pueden experimentarse sólo cuando comprendemos todo el proceso del tiempo. Después de todo, cada uno de nosotros busca, a su propio modo, un sentido de felicidad, de enriquecimiento interno. Por cierto, una vida que tiene significación, que posee las riquezas de la verdadera felicidad, es una vida que no pertenece al tiempo. Como el amor, una vida así es intemporal; y para comprender aquello que es intemporal, no debemos abordarlo a través del tiempo, sino que más bien debemos comprender el tiempo. No hemos de utilizar el tiempo como un medio de obtener, realizar, aprehender lo intemporal. Pero eso es lo que estamos haciendo con la mayor parte de nuestras vidas: gastamos el tiempo tratando de comprender lo intemporal. Es importante, pues, saber qué entendemos por tiempo, porque creo que es posible liberarse del tiempo. Es fundamental comprender el tiempo como una totalidad, no parcialmente; pero tendré que abordar eso de la manera más rápida y breve que pueda, porque tengo que responder a muchas preguntas, y es la última tarde de estas pláticas. Espero, pues, que no les importe si soy muy breve y voy al grano.

Es interesante darnos cuenta de que nuestras vidas son empleadas principalmente en el tiempo, tiempo no en el sentido de la secuencia cronológica, de los minutos, las horas y los días, sino en el sentido de la memoria psicológica. Vivimos a base del tiempo, somos el resultado del tiempo. Nuestras mentes son el producto de muchos ayeres, y el presente es tan sólo el pasaje del pasado hacia el futuro. De modo que nuestras mentes, nuestras actividades, nuestras existencias, se basan en el tiempo; sin el tiempo no podemos pensar, porque el pensamiento es producto del tiempo, de muchos ayeres, y no hay pensamiento sin memoria. La memoria es tiempo, porque hay dos clases de tiempo: el cronológico y el psicológico. Está el tiempo como el ayer del reloj, y está el tiempo de la memoria. No podemos rechazar el tiempo cronológico, lo cual sería absurdo —perderíamos el tren—. Pero, ¿hay, en realidad, tiempo alguno aparte del tiempo cronológico? Obviamente, hay tiempo como el ayer, ¿pero hay un tiempo como aquél en que piensa la mente? Por cierto, el tiempo, el tiempo psicológico, es el producto de la mente. Sin la base del pensamiento, no hay tal tiempo; este tiempo no es sino memoria como el ayer que, en conjunción con el hoy, moldea el mañana. Esto es, el recuerdo de la experiencia de

ayer, en respuesta al presente, crea el futuro, lo cual sigue siendo el proceso del pensamiento, un sendero de la mente.

En consecuencia, el proceso del pensamiento origina el progreso psicológico en el tiempo, pero ¿es real este tiempo, tan real como el tiempo cronológico? Y ¿podemos usar ese tiempo, que es de la mente, como un medio para comprender lo eterno, lo intemporal? Porque, como dije, la felicidad no es del ayer, la felicidad no es el producto del tiempo, la felicidad está siempre en el presente, es un estado intemporal. Yo no sé si han reparado en que, cuando experimentan un estado de éxtasis, un júbilo creativo, una serie de nubes luminosas rodeadas por nubes oscuras, en ese instante no hay tiempo. Sólo existe el presente inmediato. Pero la mente, interviniendo después de experimentar en el presente, recuerda eso y desea continuarlo, acumula más y más de sí misma y crea, de tal modo, el tiempo. Así, el tiempo es creado por el "más", el tiempo es adquisición, y el tiempo es también desapego, ya que éste es una adquisición de la mente. Por lo tanto, el mero disciplinar la mente en el tiempo, condicionando el pensar dentro de la estructura del tiempo —que es memoria— no revela aquello que es intemporal.

Existe, pues, el tiempo cronológico, y existe el tiempo de la mente, el tiempo que es la mente misma, y siempre estamos confundiendo estos dos tiempos. Es obvio que el tiempo psicológico de nuestra psique, se confunde con el cronológico; y, con esa mentalidad cronológica, tratamos de llegar a ser alguna cosa, tratamos de realizarnos. De modo que todo este proceso de "llegar a ser" pertenece al tiempo, y es indudable que uno debe investigar si realmente hay una cosa como el "llegar a ser", el devenir —en el sentido de encontrar a Dios, la realidad, la felicidad—. ¿Puede uno usar el tiempo como medio de alcanzar lo intemporal? Es decir, ¿puede un fin correcto ser alcanzado a través de un medio incorrecto? Por cierto, el recto medio debe ser empleado para el recto fin, porque el medio y el fin son una sola cosa. Cuando tratamos de encontrar lo intemporal en términos del devenir —que implica disciplinar, condicionar, rechazar, aceptar, adquirir y negar, todo lo cual involucra al tiempo—, estamos usando el mal medio para el buen fin; por consiguiente, nuestro medio producirá un mal fin. En tanto usen ustedes el medio incorrecto, que es el tiempo, para encontrar lo intemporal, no darán con lo intemporal, porque el tiempo no es el camino hacia lo intemporal. Para encontrar lo intemporal, para realizar lo eterno, el tiempo psicológico debe detenerse, lo cual implica que debe llegar a su fin todo el proceso del pensar. Si examinan esto detenida, amplia e inteligentemente, no es tan difícil como parece. Porque *hay* momentos en que la mente está por completo quieta, no con una quietud inducida, sino quieta por sí misma. Desde luego, hay diferencia entre una mente que ha sido aquietada, y una mente quieta. Pero esos momentos de quietud son meros recuerdos, y los recuerdos se convierten en el elemento de tiempo que impide la ulterior experiencia de esos momentos.

Como dije, para que cese el pensamiento y se manifieste lo intemporal, deben ustedes comprender la memoria, porque sin memoria no hay pensa-

miento, sin memoria no hay tiempo. La memoria no es sino experiencia incompleta; aquello que uno experimenta de manera plena, completa, no genera ninguna respuesta, y en ese estado no hay memoria. En el momento en que estamos experimentando algo, no hay memoria, no hay un experimentador aparte de lo experimentado, no hay observador ni cosa observada; sólo hay un estado de experimentar en el que está ausente el tiempo. El tiempo interviene únicamente cuando el experimentar se ha vuelto un recuerdo, y casi todos ustedes viven en el recuerdo de la experiencia de ayer, ya sea la propia experiencia o la experiencia del gurú que tienen, etc. Por lo tanto, si comprendemos este funcionamiento psicológico de la memoria, que surge de la actividad cronológica, no podemos confundir ambas cosas. Debemos ver el problema total del tiempo, verlo sin aprensión y sin el deseo de continuidad, porque la mayoría de nosotros desea continuar, y esta continuidad debe llegar a su fin. La continuidad no es sino tiempo, y no puede conducir a lo intemporal. Comprender el tiempo es comprender la memoria, y comprender la memoria es cobrar conciencia de nuestra relación con todas las cosas, con la naturaleza, la gente, la propiedad y las ideas. La relación revela el proceso de la memoria, y la comprensión de ese proceso es conocimiento propio. Sin comprender el proceso del "sí mismo", cualquiera sea el nivel en que el "sí mismo" se ubique, no pueden ustedes librarse de la memoria y, por lo tanto, no pueden estar libres del tiempo; en consecuencia, no es posible que lo intemporal se manifieste.

Pregunta: ¿Significan algo los sueños? Si es así, ¿cómo debería uno interpretarlos?

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendemos por "soñar"? Cuando estamos dormidos, cuando el cuerpo duerme, la mente está funcionando, y al despertar recordamos ciertas impresiones, símbolos, expresiones verbales o imágenes. Eso es lo que entendemos por sueños, ¿no es así?, esas impresiones que se recuerdan al despertar, esos símbolos, esas insinuaciones o sugerencias que llegan a la mente consciente en relación con cosas no plenamente comprendidas. O sea, durante nuestra conciencia de vigilia, la mente está por completo ocupada con la subsistencia, con las relaciones inmediatas, con entretenimientos y demás. De modo que la mente consciente lleva una vida muy superficial. Pero nuestra vida no es tan sólo la capa superficial; se mueve en diferentes niveles todo el tiempo. Estos distintos niveles tratan constantemente de comunicar su sentido, su significación, a la mente consciente; y cuando ésta se halla quieta, como ocurre durante el sueño, las sugerencias e insinuaciones de las capas ocultas se comunican bajo la forma de símbolos; al despertar, estos símbolos se recuerdan como sueños. Entonces, teniendo sueños, uno trata de interpretarlos, o acude al psicoanalista para que él los interprete por uno. Eso es lo que de hecho ocurre. Quizás ustedes no acudan al intérprete de los sueños, porque eso resulta demasiado costoso y no les infunde esperanzas, pero siguen

dependiendo de la interpretación, quieren explicar sus sueños, investigar su significado, tratan de analizarlos; y en ese proceso de interpretación, de análisis, hay siempre esperanza, duda e incertidumbre.

Ahora bien, ¿necesitamos, en modo alguno, soñar? Hay sueños que son muy superficiales. Cuando usted come en exceso de noche, es natural que tenga sueños violentos. Hay sueños que son el resultado de reprimir el anhelo sexual y otros anhelos. Cuando éstos son reprimidos, se afirman a sí mismos mientras dormimos, y uno los recuerda como sueños cuando despierta. Hay muchas formas de sueños, pero lo que planteo es esto: ¿Hay necesidad alguna de soñar? Si es posible no soñar, entonces no hay nada que requiera ser interpretado. Los psicólogos —no es que yo los lea, pero conozco a varios— me han dicho que es imposible no soñar. Yo creo que es posible no soñar; usted puede experimentar eso consigo mismo y, por lo tanto, desechar el miedo a la interpretación, con sus ansiedades e incertidumbres. Como dije, uno sueña porque la mente consciente no se da cuenta de lo que sucede a cada instante, no percibe todas las sugerencias, insinuaciones, impresiones y respuestas que surgen constantemente. Y ¿no es posible estar pasivamente alerta de modo tal que todo sea percibido y comprendido de inmediato? No hay duda, eso puede hacerse. Sólo cuando hay percepción pasiva y alerta de cada problema, éste puede ser resuelto de inmediato y no diferido para el día siguiente. Ahora bien, cuando usted tiene un problema y ese problema le causa una considerable preocupación, ¿qué ocurre? Se va a dormir y dice: "Lo dejaré para mañana". A la mañana siguiente, cuando considera el problema, ve que puede resolverlo y está libre de él. Lo que en realidad sucede es que la mente consciente, después de haberse atormentado investigando el problema, se aquieta; y entonces la mente inconsciente, que continúa trabajando en el problema, lanza sus sugerencias, sus insinuaciones, y cuando usted despierta, el problema está resuelto.

Es posible, pues, encarar cada problema de un modo nuevo, fresco, y no diferirlo. Usted puede hacerlo así, con agilidad, con rapidez, sólo cuando no condena, no justifica, porque entonces cada problema le comunica su significado a medida que surge. Ustedes pueden comprobar esto por sí mismos, no tienen que aceptar para ello la palabra de otro. Pero toda la mente consciente debe estar alerta, vigilante, de modo que ninguna parte de ella sea perezosa y, por lo tanto, haya de ser activada por medio de sueños, de símbolos. Cuando la mente consciente está despierta, alerta, no tan sólo en un nivel o en una capa, sino plena e íntegramente, sólo entonces, es posible no soñar.

Los sueños son también autoproyecciones, son la interpretación, mediante símbolos, de diferentes experiencias. La conversación que tenemos con alguien dentro de un sueño es también, evidentemente, autoproyección, lo cual no quiere decir que sea imposible que el pensamiento se encuentre con el pensamiento, que un pensamiento identificado se encuentre con otro pensamiento identificado. Éste es un tema demasiado amplio como para investigarlo completamente ahora; pero uno puede ver que, en tanto abordemos los problemas

parcialmente y no de manera completa, en tanto la respuesta al reto esté condicionada, tienen que existir estas insinuaciones, estas sugerencias por parte de la mente que está alerta, las cuales pueden tener lugar a través de los sueños o de fuertes conmociones. En tanto los problemas no sean comprendidos plenamente, ustedes soñarán, y esos sueños necesitan interpretación. Las interpretaciones nunca son completas, porque siempre surgen del temor, de la ansiedad; en los sueños hay un elemento de lo desconocido, y la mente consciente rechaza siempre aquello que es desconocido. Mientras que, si uno puede experimentar cada reto de manera plena, completa, entonces no hay necesidad de sueños ni de un intérprete de los sueños.

Pregunta: ¿Cuál es el significado de la relación correcta con la naturaleza?

KRISHNAMURTI: Señor, no sé si usted ha descubierto su relación con la naturaleza. No hay relación "correcta", sólo se trata de comprender la relación. La relación "correcta" implica la mera aceptación de una fórmula, tal como ocurre con el pensamiento "correcto". El pensamiento correcto y el recto pensar son dos cosas diferentes. El pensamiento correcto no es si no un amoldarse a lo que se considera correcto, respetable, mientras que el recto pensar es un movimiento, es el producto de la comprensión, y la comprensión cambia, se modifica constantemente. De igual manera, existe una diferencia entre la relación correcta y la comprensión de nuestra relación con la naturaleza. ¿Cuál es su relación con la naturaleza? —siendo la naturaleza los ríos, los árboles, las aves de rápido vuelo, el pez en el agua, los minerales bajo la tierra, las cascadas y las charcas poco profundas—. ¿Cuál es su relación con todo ello? La mayoría de nosotros es inconsciente de esa relación. Jamás miramos un árbol o, si lo hacemos, es con miras a utilizar ese árbol, ya sea para sentarnos a su sombra, o con el fin de derribarlo para hacer madera. En otras palabras, miramos los árboles con un propósito utilitario; jamás contemplamos un árbol sin proyectarnos nosotros mismos, sin pensar en utilizarlo para nuestra propia conveniencia. Tratamos a la tierra y sus productos del mismo modo. No hay amor a la tierra, sólo hay uso de la tierra. Es decir, señor, que si comprendiéramos nuestra relación con la tierra, seríamos muy cuidadosos en el uso que hacemos de las cosas de la tierra. Comprender nuestra relación con la naturaleza es tan difícil como comprender la relación que tenemos con nuestro prójimo, con nuestra esposa y nuestros hijos.

Pero no hemos dedicado ni un pensamiento a ello, jamás nos hemos sentado a contemplar las estrellas, la Luna o los árboles. Estamos demasiado ocupados con las actividades sociales o políticas. Obviamente, estas actividades son formas de escapar de nosotros mismos, y rendir culto a la naturaleza es también escapar de nosotros mismos. Siempre estamos usando a la naturaleza, ya sea como un escape o con propósitos utilitarios; jamás nos detenemos y amamos la tierra y las cosas de la tierra. Jamás disfrutamos de los ricos cam-

pos, aunque los utilicemos para alimentarnos y vestirnos. Jamás nos gusta labrar la tierra con nuestras propias manos —nos avergüenza trabajar con nuestras manos—. Tiene lugar algo extraordinario cuando trabajamos la tierra con nuestras manos. Pero esta tarea es realizada únicamente por las castas "inferiores"; ¡nosotros, las castas "superiores", somos al parecer demasiado importantes como para utilizar nuestras propias manos! Así hemos perdido nuestra relación con la naturaleza. Si alguna vez comprendiéramos esa relación, su verdadero significado, no dividiríamos la propiedad en "tuya" y "mía"; aunque uno pudiera poseer una parcela y construir en ella una casa, ésta dejaría de ser "mía" o "tuya" en un sentido exclusivo; sería más un medio de resguardarnos.

Debido a que no amamos la tierra y las cosas de la tierra, sino que tan sólo las utilizamos, somos insensibles a la belleza de una cascada, hemos perdido contacto con la vida, jamás nos sentamos con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol; y, puesto que no amamos a la naturaleza, no sabemos cómo amar a los seres humanos y a los animales. Caminen calle abajo y observen cómo son tratados los bueyes, ¡vean sus colas completamente deformadas! Ustedes sacuden la cabeza y dicen: "Muy triste". Pero hemos perdido el sentido de la ternura, esa sensibilidad, esa respuesta a las expresiones de la belleza; sólo en la renovación de esa sensibilidad podremos comprender qué es la verdadera relación. Esa sensibilidad no adviene por el mero hecho de colgar unos cuantos cuadros, o de pintar un árbol, o de ponernos unas cuantas flores en el cabello; la sensibilidad surge sólo cuando desechamos esta perspectiva utilitaria de la vida. Eso no significa que no podamos usar la tierra, sino que hemos de usarla tal como *debe* ser usada. La tierra está ahí para que la amemos, la cuidemos, no para que la dividamos en "tuya" y "mía". Es absurdo plantar un árbol en un terreno cercado y llamarlo "mío". Sólo cuando uno está libre del espíritu exclusivo, puede haber sensibilidad, no sólo hacia la naturaleza, sino hacia los seres humanos y hacia los incesantes retos de la vida.

Pregunta: Al hablar acerca de los rectos medios de vida, usted dijo que las profesiones de militar, abogado y funcionario del gobierno no eran, obviamente, rectos medios de vida. ¿No está usted abogando por la forma de vida del sanyasi, por un retirarnos de la sociedad? ¿No es eso escapar de los conflictos sociales, tolerando la injusticia y la explotación que nos rodean?

KRISHNAMURTI: Para transformar algo o comprender algo, primero debe usted examinar *lo que es*; sólo entonces hay posibilidad de una renovación, una regeneración, una transformación. El mero transformar *lo que es* sin haberlo comprendido, es una pérdida de tiempo, un retroceso. La reforma sin comprensión es retroceso, porque no nos enfrentamos a *lo que es*; pero, si comenzamos por comprender exactamente *lo que es* sabremos cómo actuar. Usted no puede actuar sin observar, discutir y comprender primeramente *lo que es*. Debemos examinar la sociedad tal como es, con sus debilidades, sus flaque-

zas. Y, para examinarla, debemos ver directamente nuestra conexión, nuestra relación con ella, no por medio de una explicación supuestamente intelectual o teórica.

Ahora bien, tal como es la sociedad hoy en día, no hay opción entre el recto medio de vida y el medio de vida incorrecto. Uno acepta cualquier trabajo que pueda obtener, y se siente bastante afortunado si consigue alguno. Así, pues, para el hombre que se halla apremiado por encontrar un trabajo en lo inmediato, no hay problema. Toma lo que pueda conseguir porque tiene que comer. Pero, para aquéllos de ustedes que no se hallan urgidos en lo inmediato, ello debería ser un problema, y es lo que estamos discutiendo; o sea, discutimos cuál es el recto medio de vida en una sociedad que se basa en la adquisición, en diferencias de clase, en el nacionalismo, la codicia, la violencia y demás. Dadas estas cosas, ¿puede haber un recto medio de vida? Es obvio que no. Y es obvio que hay profesiones incorrectas, malos medios de vida, tales como el ejército, la abogacía, la policía y el gobierno,

El ejército existe no para la paz, sino para la guerra. La función del ejército es crear guerra, la función del general es hacer planes para la guerra. Si no los hace, ustedes lo echarán, ¿no es así? Se desembarazarán de él. La función del Estado Mayor es hacer planes y preparativos para guerras futuras, y un Estado Mayor que no elabora planes para guerras futuras es, sin duda, ineficiente. De modo que la militar no es una profesión para la paz; por lo tanto, no es un recto medio de vida. Conozco las implicaciones de esto igual que ustedes. Los ejércitos existirán en tanto existan los gobiernos soberanos con su nacionalismo y sus fronteras; y, puesto que ustedes toleran a los gobiernos soberanos, deben tolerar el nacionalismo y la guerra. En consecuencia, mientras sea usted nacionalista, no tiene opción en cuanto al recto medio de vida.

Lo mismo con la policía. La función de la policía es proteger y mantener las cosas como están. También se convierte en el instrumento de investigación, de inquisición, no sólo en manos de gobiernos totalitarios, sino en manos de cualquier gobierno. Es función de la policía husmear, investigar las vidas privadas de las personas. Cuanto más revolucionario uno se vuelve, externa o internamente, más peligroso es para el gobierno. Por eso los gobiernos, y en especial los gobiernos totalitarios, liquidan a aquéllos que, externa o internamente, quieren una revolución. Es obvio, pues, que la profesión de policía no es un recto medio de vida.

De igual modo, el abogado. Prospera con las disputas; para su medio de vida es esencial que usted y yo nos peleemos. *(Risas)*. Lo toman a risa. Es probable que muchos de ustedes sean abogados, y su risa indica una mera respuesta nerviosa a un hecho; al evitar enfrentarse a ese hecho, seguirán siendo abogados. Podrán decir que son víctimas de la sociedad, pero se convierten en víctimas porque aceptan a la sociedad tal como es. Por consiguiente, la abogacía no es un recto medio de vida. Sólo cuando usted no acepte el actual estado de cosas, podrá haber un recto medio de vida; y tan pronto no acepta este estado de cosas, no acepta la abogacía como profesión.

Asimismo, usted no puede esperar encontrar un recto medio de vida en las grandes corporaciones de los hombres de negocios que amasan riquezas, ni en la rutina burocrática del gobierno con sus funcionarios y su expedienteo. Los gobiernos sólo se interesan en mantener las cosas como están, y si usted se convierte en ingeniero para el gobierno, está, directa o indirectamente, contribuyendo a la guerra.

De modo que, en tanto acepte usted a la sociedad tal como es, cualquiera de esas profesiones, ya sea el ejército, la policía, la abogacía o el gobierno, no es, evidentemente, un recto medio de vida. Viendo eso, ¿qué ha de hacer un hombre serio? ¿Ha de huir y enterrarse en alguna aldea? Aun allí, de algún modo tiene que vivir. Puede mendigar, pero el alimento mismo que le dan proviene indirectamente del abogado, del policía, del militar, del gobierno. Y él no puede vivir en aislamiento, porque eso es imposible; vivir en aislamiento es mentir, tanto psicológica como fisiológicamente. Entonces, ¿qué ha de hacer uno? Todo cuanto puede hacer, si es serio, si es inteligente con respecto a todo este proceso, es rechazar el actual estado de cosas y dar a la sociedad todo lo que uno es capaz de dar. Es decir, señor, usted acepta de la sociedad alimento, ropa y vivienda, y debe darle a la sociedad algo a cambio. En tanto use usted el ejército, la policía, la ley o el gobierno como su medio de vida, mantiene las cosas como están, tolera las disensiones, la inquisición y la guerra. Pero, si rechaza las cosas de la sociedad y acepta tan sólo las cosas que son indispensables, debe dar algo a cambio. Es más importante para usted descubrir qué está dando a la sociedad, que preguntar cuál es el recto medio de vida.

Ahora bien, ¿qué está usted dando a la sociedad? ¿Qué *es* la sociedad? La sociedad es la relación con uno o con muchos, es la relación que usted tiene con otro ser humano. ¿Qué le está usted dando al otro? ¿Le está dando algo en el verdadero sentido de la palabra, o tan sólo recibe el pago por algo? En tanto no descubra usted qué está dando, cualquier cosa que tome de la sociedad tiene que ser, por fuerza, un medio de vida incorrecto. Ésta no es una respuesta ingeniosa; por lo tanto, tiene usted que examinar, investigar todo el problema de su relación con la sociedad. Usted puede preguntarme, a su vez: "¿Qué le da *usted* a la sociedad, a fin de que lo alimenten, lo vistan y lo alberguen?". Le doy a la sociedad aquello de que hoy estoy hablando, que no es tan sólo la ayuda verbal que cualquier tonto puede dar. Usted podrá rechazar eso y decir: "¡Tonterías!, eso no es cierto". Pero yo estoy entregando lo que para mí es verdadero, y estoy mucho más interesado en eso que lo que la sociedad pueda darme.

Señor, cuando uno no usa a la sociedad o a su prójimo como un medio de expansión propia, está completamente satisfecho con las cosas que la sociedad le da en la forma de alimento, ropa y vivienda. Por lo tanto, no es codicioso y, al no serlo, su relación con la sociedad es por completo diferente. Tan pronto no usa usted a la sociedad como un medio de expansión propia, rechaza las cosas de la sociedad y, por consiguiente, hay una revolución en su modo de relacionarse. Ya no depende de otro para sus necesidades psicológicas; únicamente entonces puede tener un recto medio de vida.

Quizá diga usted que ésta es una respuesta muy complicada, pero no lo es. La vida no tiene una respuesta simple. El hombre que busca para la vida una respuesta simple, es obvio que tiene una mente torpe, tonta. La vida carece de conclusión, carece de un patrón definido; la vida se está moviendo constantemente, cambia, se transforma. No hay una respuesta afirmativa, exacta para la vida, pero podemos comprender en totalidad su significación y sentido. Para comprender, primero debemos ver que estamos usando la vida como medio de expansión personal, de autorrealización; y, debido a que la usamos como mero recurso de autorrealización, creamos una sociedad corrupta, la cual declina inevitablemente desde el momento mismo de nacer. Por lo tanto, una sociedad organizada contiene, inherente, la semilla del deterioro.

Es muy importante que cada uno de nosotros averigüe cuál es su relación con la sociedad, si está basada en la codicia —que implica autoexpansión, autorrealización y, por ende, posición, poder, autoridad— o si uno simplemente acepta de la sociedad cosas indispensables como el alimento, la ropa y la vivienda. Si esa relación es de necesidad y no de codicia, uno hallará, allí donde se encuentre, el recto medio de vida, aun cuando la sociedad esté corrupta. Así, pues, como la sociedad actual se desintegra muy rápidamente, uno tiene que descubrir cuál es su relación con ella. Y sólo aquéllos cuya relación es de necesidad, crearán una nueva cultura, serán el núcleo de una sociedad en la cual las necesidades de la vida estén equitativamente distribuidas y no sean usadas como medios de expansión personal. Mientras la sociedad siga siendo para ustedes un instrumento de autoexpansión, tiene que haber anhelo de poder, y el poder crea una sociedad de clases divididas como la superior y la inferior, la del rico y la del pobre, la del hombre que posee y la del que no posee, del letrado y del iletrado... cada cual en lucha con el otro, y todo ello basado en el afán adquisitivo y no en la necesidad. El afán adquisitivo es el que confiere poder, posición y prestigio, y en tanto exista, nuestra relación con la sociedad ha de ser, por fuerza, la de los medios de vida incorrectos. Puede haber rectos medios de vida cuando acudimos a la sociedad sólo para nuestras necesidades esenciales, y entonces nuestra relación con la sociedad es muy simple.

La simplicidad no consiste en vestir un taparrabo y renunciar al mundo. El mero limitarse a unas pocas cosas no es simplicidad. La simplicidad, la sencillez de la mente no puede existir si la mente es usada para nuestra expansión y realización personal, ya sea que esa realización llegue por medio de Dios, del dinero, de la propiedad o de la posición social. La mente que busca a Dios no es una mente sencilla, porque su Dios es su propia proyección. El hombre sencillo es el que ve exactamente *lo que es* y lo comprende —no pide nada más—. Una mente así se contenta con *lo que es* porque lo comprende, lo cual no quiere decir que acepta a la sociedad tal como es, con su explotación, sus clases sociales, sus guerras y demás. Pero una mente que ve y comprende *lo que es* y, en consecuencia, actúa, una mente así tiene pocas necesidades, es muy sencilla, es una mente quieta; y sólo cuando la mente está quieta puede recibir lo eterno.

Pregunta: Todo arte tiene su propia técnica, y lleva esfuerzo dominar la técnica. ¿Cómo puede uno conciliar la creatividad, con el logro técnico?

KRISHNAMURTI: Usted no puede conciliar la creatividad, con el logro técnico. Puede ser perfecto como pianista y no ser creativo, puede tocar el piano muy brillantemente y no ser músico. Puede ser hábil en el manejo del color, aplicar muy ingeniosamente pintura en el lienzo, y no ser un pintor creativo. Puede extraer de la piedra un rostro, una imagen, porque ha aprendido la técnica, y no ser un maestro creador. Primero viene la creación, no la técnica, y por eso somos desdichados toda la vida. Dominamos la técnica: cómo levantar una casa, cómo construir un puente, cómo armar un motor, cómo educar a nuestros hijos mediante un sistema... hemos aprendido todas estas técnicas, pero nuestros corazones están vacíos. Somos máquinas de primera clase; sabemos cómo funcionar muy bellamente, pero no amamos a ninguna criatura viva. Usted puede ser un buen ingeniero, un buen pianista, puede escribir con buen estilo en inglés, en marathi o en cualquiera que sea su idioma, pero la creatividad no se encuentra por medio de la técnica. Si usted tiene algo que decir, crea su propio estilo; pero cuando no tiene nada que decir, aunque posea un estilo hermoso, lo que escriba será tan sólo rutina tradicional, una repetición de las mismas cosas viejas en palabras nuevas. De modo que, si se observa críticamente a sí mismo, verá que la técnica no lo conduce hacia la creatividad; pero, cuando uno tiene creatividad, puede poseer la técnica en una semana. Para expresar algo, tiene que haber algo que expresar; para cantar, tiene usted que llevar un canto en el corazón. Es preciso que tenga sensibilidad para recibir, a fin de poder expresarlo, y la expresión en sí tiene muy poca importancia. La expresión es importante sólo cuando usted quiere comunicar algo a otro, pero tiene muy poca importancia cuando escribe para su propia diversión.

Habiendo, pues, perdido el canto, perseguimos al cantor. Aprendemos del cantor la técnica del canto, pero no hay canto; y yo digo que el canto es esencial, que es esencial el júbilo de cantar. Cuando existe el júbilo, la técnica puede elaborarse de la nada; uno inventará su propia técnica, no tendrá que estudiar elocución o estilo. Cuando poseemos eso, vemos, y el ver la belleza es, de sí, un arte. La expresión de ese ver se torna bella, técnicamente perfecta cuando tenemos algo que expresar. Lo importante es tener un canto en el corazón, no la técnica —si bien la técnica es necesaria—. Lo fundamental es ser creativo. Éste es un problema realmente importante, porque no somos creativos. Podemos producir hijos en abundancia, pero eso es tan sólo accidental, no es creativo. Ustedes pueden observar, pueden ser los espectadores en una representación, pero no son los actores. Puesto que se pone más y más énfasis en el mero aprendizaje de una técnica, tenemos que descubrir qué es ser creativo.

¿Cómo ha de ser creativo uno? La creatividad no es imitación. Toda nuestra vida es imitativa; no sólo en el nivel verbal, sino también interna y psicológicamente, no es sino imitación, regimentación y amoldamiento. ¿Cree usted

que puede haber creatividad cuando está pensando conforme a un patrón, a una técnica? Hay creatividad sólo cuando estamos libres de la imitación, de la regimentación, lo cual implica estar libres de la autoridad, no sólo de la externa, sino de la autoridad interna de la experiencia, que se ha vuelto memoria. Tampoco puede haber creatividad si hay miedo, porque el miedo nos hace copiar, imitar, el miedo engendra el deseo de estar seguros, de tener certidumbre, lo cual, a su vez, da origen a la autoridad. En tanto la mente esté dominada por la técnica, en tanto se encuentre ocupada en el conocimiento, no puede haber creatividad. El conocimiento es del pasado, de lo conocido, y mientras la mente se mueva de lo conocido a lo conocido, la creatividad es imposible. También lo es en tanto la mente se esté moviendo en una serie de cambios, porque el cambio no es sino continuidad modificada. La creatividad puede existir únicamente en la terminación, no en la continuidad. Pero la mayoría de nosotros no desea la terminación; todos queremos continuar, y nuestra continuación es tan sólo la continuación de la memoria. La memoria puede ser colocada en el nivel del atma o en un nivel inferior, pero es siempre memoria. En tanto existan estas cosas, no puede haber creatividad. No es difícil liberarse de estas cosas, pero uno necesita atención, observación e intención de comprender; entonces, les aseguro, la creatividad surge a la existencia.

Cuando una persona desea crear, debe preguntarse y ver qué es lo que desea crear. ¿Automóviles, máquinas de guerra, artefactos? La mera persecución de cosas distrae a la mente e interfiere con la generosidad, con la espontánea respuesta a la belleza. Eso es lo que todos hacemos con nuestras mentes. En tanto la mente esté activa, formulando, fabricando, criticando, no puede haber creatividad; y, les aseguro, esa creatividad llega silenciosamente, con rapidez extraordinaria, sin ningún esfuerzo, cuando uno comprende la verdad de que la mente debe estar vacía para que la creatividad tenga lugar. Cuando uno ve la verdad de eso, entonces, instantáneamente, hay creatividad. Uno no tiene que pintar un cuadro, no tiene que sentarse en el estrado, no tiene que inventar teoremas matemáticos, porque la creatividad no necesariamente requiere expresión. La expresión misma de la creatividad, comienza a destruirla. Eso no quiere decir que uno no deba expresarla, pero si la expresión se vuelve más importante que la creatividad, entonces la creatividad se retira. Para ustedes, la expresión es sumamente importante: ¡pintar un cuadro y poner nuestro nombre al pie! Después quieren ver quién hace la crítica, quién va a comprar la pintura, cuántos juicios se han emitido al respecto, qué dicen; ¡y cuando se los distingue con un título, creen que han logrado algo! Eso no es creatividad; es deterioro, desintegración.

La creatividad surge sólo cuando cesa de actuar la mente con sus impulsos y su corrupción; y que la mente cese de actuar no es una tarea difícil, ni es la tarea final que uno debería emprender. Por el contrario, es la tarea inmediata. Nuestras vidas están actualmente cargadas de desdichas, confusión, lucha y dolor en constante aumento. Así, pues, lo único que le queda por hacer a la mente, o sea, al pensamiento, es llegar a su fin; y entonces, les aseguro, conoce-

rán la creatividad. Hay creatividad cuando la mente, que es el pensamiento, comprendiendo su propia insuficiencia, su propia pobreza, su propio aislamiento, llega a su fin. Al percibirse a sí misma, termina consigo misma; entonces llega, sutil y rápidamente, aquello que es creativo, inconmensurable. Poner fin al proceso del pensamiento es estar pasivamente alerta a nuestra propia insuficiencia, a nuestra propia pobreza interna, a nuestra vacuidad, sin luchar contra ella; sólo entonces adviene aquello que no es producto de la mente. Y lo que no es producto de la mente, es creatividad.

Pregunta: Usted nos dice todos los días que la causa fundamental de nuestro infortunio y de nuestra fealdad es la ausencia de amor. ¿Cómo puede uno encontrar la perla del verdadero amor?

KRISHNAMURTI: Para responder de manera plena a esta pregunta, uno debe pensar negativamente, porque el pensar negativo es la más elevada forma del pensar. El mero pensar positivo es conformidad a un patrón; por lo tanto, no es pensar en absoluto. Es ajuste a una idea, y una idea es tan sólo el producto de la mente, de modo que es irreal. Así, pues, para considerar este problema de manera plena, completa, debemos abordarlo negativamente —lo cual no implica negación de la vida—. No salte a conclusiones, tenga la bondad de seguir esto paso a paso. Si quiere seguir esta experiencia profundamente y no sólo de manera verbal, entonces, a medida que avancemos, descubrirá usted qué es el amor. Vamos a investigar el amor. Las meras conclusiones sobre el amor no son amor; la palabra *amor* no es amor. Comencemos muy cerca a fin de llegar muy lejos.

Ahora bien, cuando en la relación con su esposa hay afán posesivo, celos, temor, constantes riñas, dominación y afirmación personal, ¿llama usted amor a eso? Cuando usa a alguien para su conveniencia sexual o de cualquier otra forma, ¿llama a eso amor? Obviamente, no lo es. O sea, donde hay celos, donde hay miedo, afán posesivo, no hay amor. Usted podrá llamarlo amor, pero eso no es amor. Por cierto, el amor no admite disputas, celos. Cuando usted posee a alguien hay miedo y, aunque pueda llamarlo amor, eso está lejos de ser amor. Experimenten con esto, señoras y señores, a medida que avanzamos. Ustedes están casados y tienen hijos; tienen esposas o esposos a quienes poseen, a quienes usan, o de quienes sienten temor o celos. Percátense de eso y vean si es amor. Digamos que ven a un mendigo en la calle; le dan una moneda y expresan una palabra de simpatía. ¿Es amor eso? El amor, ¿es simpatía? ¿Qué significa eso? Al dar una moneda al mendigo, al simpatizar con su estado, ¿han resuelto el problema? No digo que no deban ser compasivos; estamos investigando la cuestión del amor. ¿Se trata de amor cuando le dan una moneda al mendigo? Tienen algo para dar, y cuando lo dan, ¿es amor eso? Es decir, cuando están conscientes de que dan, ¿es eso amor? Cuando uno da algo conscientemente, el importante ahí es uno, no el mendigo. De modo que cuando dan algo y expresan simpatía, los importantes son ustedes, ¿no es así?

¿Por qué debería uno tener algo para dar? Usted le da una moneda al mendigo; el multimillonario también da y está siempre expresando simpatía por la pobre humanidad. ¿Cuál es la diferencia entre usted y él? Usted tiene diez monedas y da una; él tiene incontables monedas y da unas cuantas más. Ha adquirido y multiplicado ese dinero mediante la explotación. Cuando da un poco, ustedes lo llaman caridad, filantropía; dicen: "¡Qué noble!". ¿Es noble eso? *(Risas).* No se rían, señores, ustedes también desean hacer lo mismo. Cuando tienen y dan algo, ¿es eso amor? ¿Por qué tienen ustedes y otros no? Culpan de ello a la sociedad. ¿Quién ha creado la sociedad? Ustedes y yo. Por lo tanto, para atacar a la sociedad debemos comenzar con nosotros mismos.

De modo que la simpatía de ustedes no es amor. ¿Es amor el perdón? Examinémoslo y lo verán. Espero que estén experimentando mientras hablo, que no se limiten a escuchar las palabras. ¿Es amor el perdón? ¿Qué implica perdonar? Usted me insulta y yo me siento agraviado por eso, lo recuerdo; después, ya sea por coacción o por arrepentimiento, digo: "Te perdono". Primero retengo y después rechazo. ¿Qué significa eso? Que yo sigo siendo la figura central, sigo siendo importante; soy yo el que perdona a alguien. Por cierto, mientras subsista esta actitud de perdonar, el importante soy yo, no la persona que supuestamente me ha insultado. Así, cuando acumulo resentimiento y después niego ese resentimiento, a lo cual ustedes llaman perdonar, eso no es amor. Obviamente, un hombre que ama no siente hostilidad y es indiferente a todas estas cosas. En consecuencia, la simpatía, el perdón, la relación basada en el afán posesivo, en los celos, nada de eso es amor. Son todas cosas de la mente, ¿no es así? En tanto la mente sea el árbitro, no hay amor, porque la mente decide sólo conforme al sentido de posesión, y su arbitraje no es sino afán posesivo en diferentes formas. La mente sólo puede corromper el amor, no puede dar nacimiento al amor, no puede entregar belleza. Uno puede escribir poemas acerca del amor, pero eso no es amor.

La mente es producto del tiempo, y el tiempo existe cuando negamos el amor; por lo tanto, el amor no es del tiempo. El amor no es una moneda que pueda distribuirse. Lo que nos "da" algo, satisfacción, ánimo para luchar, etc. pertenece al campo del tiempo, o sea, de la mente. Así, pues, la mente destruye el amor. Nosotros, que nos llamamos personas civilizadas, sólo cultivamos la mente, el intelecto, la expresión verbal, la técnica; por eso no hay amor, por eso existe esta confusión y se multiplican nuestras dificultades y desdichas. Debido a que buscamos una respuesta por medio de la mente, no hay respuesta para nuestros problemas. Las guerras suceden a las guerras, los desastres siguen a los desastres. La mente ha creado estos problemas, y nosotros procuramos resolverlos en su propio nivel, que es el de la mente. Por lo tanto, sólo cuando cesa la mente hay amor, y únicamente el amor resolverá todos nuestros problemas, como ocurre con la luz del Sol y la oscuridad.

No hay relación entre la mente y el amor. La mente es del tiempo, el amor no es del tiempo. Uno puede pensar en la persona amada, pero no puede pensar en el amor. El amor no puede ser pensado; aunque uno pueda identificarse

con una persona, un país, una iglesia, tan pronto piensa en el amor, eso no es amor; es tan sólo una cosa de la mente. Aquello en que se piensa no es amor, y cuando la mente se halla en extremo activa, el corazón está vacío y se llena con las cosas de la mente. Con estas cosas de la mente jugamos y creamos los problemas. Este jugar con los problemas es lo que llamamos actividad, y nuestra solución a los problemas sigue estando dentro del campo de la mente. Hagan lo que hicieren, construir iglesias, inventar nuevos grupos, seguir a nuevos líderes, adoptar consignas políticas, estas cosas jamás resolverán nuestros problemas. Los problemas son el producto de la mente y, para que la mente pueda resolver sus propios problemas, tiene que detenerse, porque sólo cuando la mente se detiene hay amor. No es posible pensar en el amor, cultivarlo, practicarlo. La práctica del amor, la práctica de la hermandad, sigue perteneciendo al campo de la mente; por lo tanto, no es amor. Cuando todo esto se detiene, surge a la existencia el amor. Entonces sabrá usted qué es amar. Sabrá que el amor no es cuantitativo sino cualitativo. Entonces uno no dice: "Amo a todo el mundo", sino que, cuando sabe cómo amar a uno, sabe cómo amar a todos. Debido a que no sabemos cómo amar a uno, nuestro amor por la humanidad es ficticio. Cuando usted ama, no hay uno ni muchos, sólo hay amor. Únicamente cuando haya amor podrán ser resueltos todos nuestros problemas; entonces conoceremos la bienaventuranza y la felicidad del amor.

17 de octubre de 1948

Nueva Delhi, India, 1948

UNA CHARLA POR RADIO

El mundo se debate en la confusión y la desdicha, y cada nación, incluyendo la India, busca una salida para este conflicto, para este dolor en permanente aumento. Aunque la India haya conquistado la así llamada libertad, está atrapada, como todos los otros pueblos, en el torbellino de la explotación; dominan los antagonismos comunales y de casta, y aunque la India no ha avanzado como el Occidente en cuestiones tecnológicas, se enfrenta, al igual que el resto del mundo, con problemas que ningún político ni economista ni reformador, por grande que sea, es capaz de resolver. Parece tan completamente abrumada por los problemas inesperados que se le presentan, que está dispuesta a sacrificar, en pro de fines inmediatos, los valores esenciales y el entendimiento acumulado por el esfuerzo humano. La India está entregando su corazón al oropel y a la atractiva ostentación de un Estado moderno. Esto no es, por cierto, libertad.

El problema de la India es el problema del mundo, y si recurre al mundo para la solución de su problema, elude la comprensión del problema en sí. Aunque la India ha sido, en tiempos antiguos, una fuente de gran acción, el hecho de acudir meramente al pasado, de respirar hoy el aire muerto de las cosas que han sido, no origina la comprensión creativa del presente. Hasta que comprendamos este doloroso presente, ningún problema humano podrá resolverse, y el mero escapar hacia el pasado o hacia el futuro, es absolutamente inútil.

La crisis actual, que carece de precedentes, exige una manera por completo nueva de abordar el problema de nuestra existencia. En todo el mundo, el hombre se siente frustrado y sufre, porque todas las vías por las que ha buscado realizarse, le han fallado. Hasta ahora, el diagnóstico y el remedio para este problema se han dejado en manos de los especialistas, y toda especialización niega la acción integrada. Hemos dividido la vida en secciones, y cada sección tiene su propio experto; y a estos expertos les hemos entregado nuestra vida para que la moldeen conforme al patrón que ellos elijan. Por lo tanto, hemos perdido todo sentido de responsabilidad individual, y esta irresponsa-

bilidad niega e impide la confianza en nosotros mismos. La falta de la confianza propia es la consecuencia del miedo, y tratamos de encubrir este miedo mediante la así llamada acción colectiva, o mediante la búsqueda de resultados inmediatos, o sacrificando el presente a una utopía futura. La confianza llega con la acción cuidadosamente examinada y sondeada a fondo.

Por habernos permitido llegar a este grado de irresponsabilidad, hemos engendrado confusión, y desde nuestra confusión hemos elegido a líderes también confusos. Esto nos ha llevado a la desesperación, a una frustración profunda y dolorosa; ha vaciado nuestros corazones, que no responden rápida y apasionadamente; por lo tanto, jamás encontramos un modo nuevo de encarar nuestros problemas. Todo cuanto parecemos capaces de hacer, desafortunadamente, es seguir a algún líder, antiguo o moderno, quien ofrece llevarnos a otro mundo, un mundo de promisión. En vez de comprender nuestra propia irresponsabilidad, nos inclinamos hacia alguna ideología o hacia alguna reconocible actividad social. Requiere inteligencia percibir claramente que el problema de la existencia es la relación, la cual debe ser abordada de manera simple y directa. Debido a que no comprendemos la revelación, ya sea con uno o con muchos, acudimos al experto para que solucione nuestros problemas; pero es inútil confiar en los especialistas, porque ellos sólo pueden pensar dentro del patrón de su propio condicionamiento. Para solucionar esta crisis, ustedes y yo debemos mirarnos a nosotros mismos, no como orientales u occidentales con nuestra propia cultura especial, sino como seres humanos.

Ahora bien, nuestro reto lo constituyen hoy la guerra, la raza, la clase social y la tecnología; si nuestra respuesta a este reto no es creativamente adecuada, tendremos que enfrentarnos a mayores desastres y sufrimientos. La verdadera dificultad para nosotros consiste en que estamos tan condicionados por nuestra perspectiva oriental y occidental de la vida, o por alguna astuta ideología, que se ha vuelto casi imposible pensar en el problema de una manera nueva. Uno es inglés, indio, ruso o americano, y procura responder a este reto de acuerdo con el patrón dentro del cual se ha educado. Pero estos problemas no podrán encararse apropiadamente en tanto no se liberen ustedes de su trasfondo o su ideología nacional, social y política; jamás podrán resolverse conforme a algún sistema, ya sea de la izquierda o de la derecha. Los numerosos problemas humanos podrán resolverse únicamente cuando ustedes y yo comprendamos la relación que mantenemos el uno con el otro y con lo colectivo, que es la sociedad. Nada puede vivir en aislamiento. Ser es estar relacionado, y porque rehusamos ver la verdad de esto, nuestra relación está cargada de conflicto y dolor. Hemos eludido el reto escapando hacia la abstracción llamada masa. Este escape carece de verdadero significado, porque la masa somos ustedes y yo. Es una falacia pensar en función de la masa, porque la masa es uno mismo en relación con el otro; y si uno no comprende esta relación, se convierte en una entidad amorfa explotada por el político, el sacerdote y el experto.

La lucha ideológica que se desarrolla actualmente, tiene sus raíces en la

confusión que existe en las relaciones de unos con otros. La guerra es, obviamente, la expresión espectacular y sangrienta de nuestra vida cotidiana. Ustedes crean una sociedad que los representa, y sus gobiernos son el reflejo del desorden y la falta de integración de ustedes mismos. No siendo conscientes de esto, tratan de resolver el problema de la guerra solamente en el nivel económico o en el ideológico. La guerra existirá en tanto haya Estados nacionalistas con sus gobiernos soberanos y sus fronteras. El hecho de que se reúnan en torno de una mesa diversos representantes nacionales, no pondrá en modo alguno fin a la guerra, porque, ¿cómo puede haber buena voluntad en tanto se sigan ustedes aferrando a sus dogmas organizados que llaman religión, en tanto continúen siendo nacionalistas, con ideologías particulares respaldadas por gobiernos soberanos plenamente armados? Hasta que vean estas cosas como un obstáculo para la paz y comprendan su cultivada falsedad, no podrán verse libres del conflicto, de la confusión y el antagonismo; por el contrario, cualquier cosa que digan o hagan contribuirá directamente a la guerra.

Las divisiones raciales y de clase que están destruyendo al hombre, son el resultado del deseo de estar seguros. Ahora bien, cualquier tipo de seguridad, excepto la fisiológica, es de hecho inseguridad. Es decir, la persecución de la seguridad psicológica destruye la seguridad física, y en tanto busquemos seguridad psicológica, lo cual da origen a una sociedad adquisitiva, las necesidades humanas jamás podrán organizarse sensata y efectivamente. La organización efectiva de las necesidades del hombre es la verdadera función de la tecnología, pero cuando son usadas para nuestra seguridad psicológica, la tecnología se convierte en una maldición. El conocimiento tecnológico está destinado al uso del hombre, pero cuando los medios han perdido su verdadera significación y son mal empleados, ellos manejan al hombre; la máquina se convierte en el amo.

En esta civilización actual, la felicidad del hombre se ha perdido porque el conocimiento tecnológico está siendo usado para la exaltación psicológica del poder. El poder es la nueva religión, con sus ideologías nacionales y políticas; y esta nueva religión, el culto del Estado, tiene sus propios dogmas, sus sacerdotes y sus inquisiciones. En este proceso son negadas por completo la libertad y la felicidad del hombre, porque los medios se han vuelto una manera de postergar el fin; pero los medios son el fin, no pueden separarse. Debido a que los hemos separado, creamos inevitablemente una contradicción entre los medios y el fin.

En tanto usemos el conocimiento tecnológico para el progreso y la exaltación del individuo o del grupo, las necesidades del hombre jamás podrán organizarse de una manera cuerda y eficiente. Este deseo de seguridad psicológica mediante el uso de los avances tecnológicos, está destruyendo la seguridad física del hombre. Hay suficiente conocimiento científico como para alimentar, vestir y albergar a todos los seres humanos, pero el uso correcto de este conocimiento se verá negado mientras sigan existiendo las nacionalidades separativas con sus gobiernos soberanos y sus fronteras, lo cual, a su vez, da

origen a las luchas raciales y de clase. Así, pues, ustedes son los responsables por la continuación de este conflicto entre hombre y hombre. En tanto cada uno de nosotros, el individuo, sea nacionalista y patriótico, en tanto se aferre a ideologías sociales y políticas, es responsable por la guerra, porque su relación con otro ser humano no puede engendrar sino confusión y antagonismo. Ver lo falso como falso es el principio de la sabiduría, y sólo esta verdad puede traernos felicidad a nosotros y, por ende, al mundo.

Tal como son ustedes responsables por la guerra, deben ser responsables por la paz. Aquéllos que sienten creativamente esta responsabilidad, primero deben liberarse psicológicamente a sí mismos de las causas de la guerra, y no sumergirse tan sólo en la actividad de organizar grupos políticos para la paz, lo cual no hace sino engendrar más divisiones y más oposición.

La paz no es una idea opuesta a la guerra. La paz es una forma de vida, porque la paz es posible sólo cuando comprendemos el vivir cotidiano. Únicamente esta forma de vida puede afrontar de manera efectiva el reto de la guerra, de la clase social, y del siempre creciente avance tecnológico. Esta forma de vida no es la del intelecto. El culto del intelecto en oposición a la vida, nos ha llevado a todos nosotros a la presente frustración con sus innumerables escapes. Estos escapes se han vuelto mucho más importantes que la comprensión del problema en sí. La crisis actual ha surgido a la existencia debido al culto que hemos hecho del intelecto, y el intelecto es el que ha dividido la vida en una serie de acciones opuestas y contradictorias; el intelecto es el que ha negado el factor de unificación que es el amor. El intelecto ha llenado el corazón vacío con las cosas de la mente, y sólo cuando la mente se da cuenta de su propio razonamiento y es capaz de ir más allá de sí misma, puede haber enriquecimiento del corazón. Sólo el incorruptible enriquecimiento del corazón puede traer paz a este mundo insano en lucha permanente.

Radiodifundida por la All-India Radio, Nueva Delhi

6 de noviembre de 1948

PRIMERA PLÁTICA EN NUEVA DELHI

La acción es relación, y no podemos vivir o existir sin actuar. La acción parece producir fricciones constantes, continuos malentendidos y ansiedad; y vemos que en el mundo, toda acción organizada ha conducido, muy desafortunadamente, a una serie de desastres. En el mundo que nos rodea vemos confusión, desdicha y deseos conflictivos; al darse cuenta de este caos mundial, casi todas las personas reflexivas y serias —no las que juegan al fingimiento, sino las que de veras se interesan— verán naturalmente la importancia de examinar a fondo el problema de la acción. Está la acción de masas y está la acción

individual; y la acción de masas se ha vuelto una abstracción, un escape conveniente para el individuo. Al pensar que este caos, esta desdicha, este desastre que surge constantemente, puede ser transformado de algún modo o puesto en orden mediante una acción de masas, el individuo se torna irresponsable. La masa es, por cierto, una entidad ficticia; la masa somos ustedes y yo. Cuando ustedes y yo no comprendemos la acción verdadera que la relación implica, recurrimos a la abstracción llamada "masa" y, por eso, nos volvemos irresponsables en nuestra acción. Para reformar la acción, acudimos ya sea a un líder o a una acción colectiva organizada, la cual es, nuevamente, una acción de masas. Cuando acudimos a un líder para que dirija nuestra acción, escogemos invariablemente a una persona que, según pensamos, nos ayudará a trascender nuestros propios problemas, nuestra propia desdicha. Pero, debido a que escogemos un líder desde nuestra propia confusión, el líder mismo también está confuso. No escogemos un líder distinto de nosotros; no podemos. Sólo podemos escoger un líder que, al igual que nosotros, está confuso; por lo tanto, tales líderes, tales guías, y los así llamados gurúes espirituales, nos conducen invariablemente a más confusión, a más desdicha. Puesto que aquello que escogemos, hemos de escogerlo desde nuestra propia confusión, cuando seguimos a un líder sólo estamos siguiendo nuestra propia y confusa proyección personal. En consecuencia, una acción semejante, aunque pueda producir un resultado inmediato, conduce siempre a desastres ulteriores.

Vemos, pues, que la acción de masas, si bien en ciertos casos puede ser valiosa, por fuerza tiene que llevar al desastre, a la confusión, y ha de originar irresponsabilidad por parte del individuo; y que seguir a un líder también debe incrementar la confusión. No obstante, tenemos que vivir. Vivir es actuar; ser es estar relacionado. No hay acción sin relación, y no podemos vivir en aislamiento. No hay tal cosa como el aislamiento. La vida es actuar y estar relacionados. Así, para comprender la acción que no origine más desdicha, más confusión, tenemos que comprendernos a nosotros mismos con todas nuestras contradicciones, nuestros elementos antagónicos, nuestras múltiples facetas constantemente en lucha unas con otras. Hasta que nos comprendamos a nosotros mismos, la acción deberá conducir, inevitablemente, a más conflicto y desdicha.

Nuestro problema es, entonces, actuar con comprensión, y esa comprensión puede surgir únicamente gracias al conocimiento propio. Al fin y al cabo, el mundo es la proyección de mí mismo. Lo que yo soy, eso es el mundo; el mundo no es diferente de mí, no es algo opuesto a mí. El mundo y yo no somos entidades separadas. La sociedad soy yo mismo; no se trata de dos procesos distintos. El mundo es su propia extensión; y, para comprender el mundo, debo comprenderme a mí mismo. El mundo no está en oposición a la masa, a la sociedad, porque la sociedad es el individuo. La sociedad es la relación entre usted y yo y otro. Hay oposición entre el individuo y la sociedad solamente cuando el individuo se torna irresponsable.

Por consiguiente, el problema es de consideración. Hay una crisis ex-

traordinaria, y a ella se enfrenta cada país, cada grupo, cada persona. ¿Qué relación tenemos nosotros, ustedes y yo, con esa crisis, y cómo habremos de actuar? ¿Por dónde comenzaremos a fin de originar una transformación? Como dije, si recurrimos a la masa, allí no hay salida, porque la masa implica un líder, y la masa es siempre explotada por el político, el sacerdote y el experto. Y, dado que ustedes y yo componemos la masa, tenemos que asumir la responsabilidad de nuestra propia acción; o sea, debemos comprender nuestra propia naturaleza, debemos comprendernos a nosotros mismos. Comprendernos a nosotros mismos no es apartarnos del mundo, porque apartarse implica aislamiento, y no podemos vivir en aislamiento. Por lo tanto, tenemos que comprender nuestro modo de actuar en la relación, y el comprenderlo depende de la percepción respecto de nuestra conflictiva y contradictoria naturaleza. Creo que es tonto concebir un estado de paz al cual podemos tender. Podrá haber paz y tranquilidad sólo cuando comprendamos nuestra propia naturaleza, no presuponiendo un estado que desconocemos. Puede ser que exista un estado de paz, pero la mera especulación al respecto es inútil.

Así, pues, a fin de actuar rectamente tiene que haber un recto pensar; para pensar rectamente es preciso que haya conocimiento propio, y el conocimiento propio puede tener lugar sólo a través de la relación, no del aislamiento. El recto pensar adviene cuando nos comprendemos a nosotros mismos, de lo cual surge la recta acción. Por lo tanto, la recta acción es la que proviene de la comprensión de nosotros mismos, no de una parte sino de todo el contenido, de nuestras contradictorias naturalezas, de todo lo que somos. Cuando nos comprendemos de ese modo, hay recta acción y, gracias a esa acción, hay felicidad. Al fin y al cabo, la felicidad es lo que queremos, lo que la mayoría de nosotros está buscando de diversas formas, mediante múltiples escapes: escapes que ofrecen la actividad social, el mundo burocrático, la diversión, el culto religioso y la repetición de frases, el sexo... e innumerables otros escapes. Pero vemos que estos escapes no traen consigo una felicidad duradera, sólo producen un alivio transitorio. Fundamentalmente, no hay nada verdadero en ellos, ningún deleite perdurable; a mi entender, encontraremos ese deleite, ese éxtasis, ese genuino júbilo de la existencia creativa, sólo cuando nos comprendamos a nosotros mismos. Esta comprensión no es fácil; requiere cierto estado de percepción alerta, al cual surge únicamente cuando no condenamos ni justificamos, porque tan pronto hacemos eso, ponemos fin al proceso de comprensión. Cuando condenamos a una persona, dejamos de comprenderla, y lo mismo ocurre cuando nos identificamos con ella. Igual es con nosotros mismos. Resulta muy difícil observar, estar pasivamente alerta a lo que somos; pero, desde ese pasivo estado de percepción alerta surge una comprensión y transformación de *lo que es*, y esa transformación es lo único que abre la puerta a la realidad.

Tenemos, pues, el problema de la acción, la comprensión y la felicidad. No hay base para el recto pensar a menos que nos conozcamos a nosotros mismos. Si no me conozco, mi pensamiento carece de base; sólo puedo vivir en un

estado de contradicción, tal como sucede con la mayoría de nosotros. Para originar una transformación en el mundo, que es el mundo de mi relación, debo comenzar conmigo mismo. Ustedes podrán decir: "Originar de esa manera una transformación en el mundo, llevará un tiempo infinitamente largo". Si estamos buscando resultados inmediatos, es natural que pensemos así. Los resultados inmediatos son los que prometen los políticos, pero me temo que, para el hombre que busca la verdad, no hay resultado inmediato. Lo que nos transforma es la verdad, no la acción inmediata; únicamente el descubrimiento de la verdad por cada uno de nosotros, traerá paz y felicidad al mundo.

Nuestro problema es vivir en el mundo y, sin embargo, no pertenecer al mundo; es un problema que debemos considerar muy seriamente, porque no podemos apartarnos del mundo, no podemos renunciar a él, sino que debemos comprendernos a nosotros mismos. La comprensión propia es el principio de la sabiduría. Consiste en comprender la relación que uno tiene con las cosas, las personas, las ideas. Hasta que comprendamos el pleno significado y sentido de nuestra relación con las cosas, las personas y las ideas, la acción —que es relación— originará inevitablemente conflicto y lucha. En consecuencia, un hombre realmente serio debe comenzar consigo mismo, debe estar pasivamente alerta a todos sus pensamientos, sentimientos y actos. Esto tampoco es una cuestión de tiempo; el conocimiento propio no termina jamás. Sólo existe de instante en instante; por lo tanto, la felicidad creativa es de instante en instante.

Así, pues, como a todos nos interesan la recta acción, la paz y la felicidad, vemos que estas cosas pueden surgir únicamente cuando comprendemos nuestras propias complejas naturalezas. Esa comprensión no ofrece grandes dificultades, pero requiere cierta seriedad, cierta flexibilidad de la mente. Cuando hay una constante, pasiva percepción alerta con respecto a nuestro hablar, a nuestros pensamientos y sentimientos, sin condena ni justificación alguna, esa percepción misma trae su propia acción y, por lo tanto, su propia transformación, la cual no es el resultado de nuestros esfuerzos para transformarnos. Pero, a fin de que esa verdad se manifieste, tiene que haber un estado de receptividad en el que no haya exigencia alguna, ni temor ni deseo.

Discutiremos todas estas cosas durante las próximas semanas, pero ahora contestaré algunas preguntas. Para que haya una respuesta apropiada, tiene que haber una pregunta apropiada. Cualquiera puede formular una pregunta. Pero, para encontrar la respuesta a un problema, debemos estudiar el problema mismo y no la respuesta, porque la respuesta está contenida en el problema. Hay un arte en investigar un problema y comprenderlo. Por lo tanto, cuando trato sus preguntas, tengan la bondad de no aguardar una respuesta, porque ustedes y yo vamos a examinar el problema juntos y a encontrar la respuesta dentro del problema. Pero si tan sólo esperan una respuesta, me temo que se sentirán decepcionados. La vida no tiene categóricos "sí" o "no", aunque eso es lo que quisiéramos. La vida es más compleja que eso, más sutil. Por consiguiente, para encontrar la respuesta debemos estudiar el problema, lo cual implica que debemos tener la paciencia y la inteligencia requeridas para in-

vestigarlo.

Pregunta: ¿Qué lugar tiene, en la sociedad moderna, la religión organizada?

KRISHNAMURTI: Veamos qué entendemos por religión y qué entendemos por sociedad moderna. ¿Qué entendemos por religión? ¿Qué significa la religión para ustedes? Significa, ¿no es así?, una serie de creencias, rituales, dogmas, muchas supersticiones, *puja*, repetición de palabras, esperanzas vagas no realizadas, frustradas, lectura de ciertos libros, seguimiento de gurúes, asistencia ocasional al templo, etc. Por cierto, eso es la religión para la mayoría de nosotros. Pero ¿es religión eso? La religión, ¿es una costumbre, un hábito, una tradición? Desde luego, la religión es algo que está mucho más allá de todo eso. ¿No es así? La religión implica búsqueda de la realidad, la cual no tiene nada que ver con la creencia organizada, con templos, dogmas o rituales. No obstante, nuestro pensar, la textura misma de nuestro ser, está enredada, atrapada en creencias, supersticiones y demás. De modo que el hombre moderno, evidentemente, no es religioso; por lo tanto, su sociedad no es una sociedad cuerda, equilibrada. Podemos seguir ciertas doctrinas, venerar ciertas imágenes, o crear una nueva religión del Estado, pero es obvio que todas estas cosas no son religión.

Dije que la religión es la búsqueda de la realidad, pero esa realidad es desconocida; no es la realidad de que hablan los libros, no es la experiencia de otros. Para encontrar esa realidad, para descubrirla, para invitarla, lo conocido debe cesar; el significado de todas las tradiciones y creencias ha de ser examinado, comprendido y descartado. Para esto, no tiene sentido alguno la repetición de rituales. Por lo tanto, un hombre religioso no pertenece a ninguna religión, a ninguna organización; no es ni hindú ni musulmán, no pertenece a ninguna de las clases sociales.

Ahora bien, ¿qué es el mundo moderno? El mundo moderno está compuesto de técnica y eficiencia en las organizaciones de masas. Hay un progreso extraordinario en la tecnología y una mala distribución de las necesidades colectivas; los medios de producción se hallan en manos de unos pocos, hay nacionalidades en conflicto, se recurre constantemente a las guerras debido a la existencia de gobiernos soberanos, etc. Ése es el mundo moderno, ¿verdad? Hay progreso técnico sin un equivalente y vital progreso psicológico; por lo tanto, existe un estado de desequilibrio; hay avances científicos extraordinarios y, al mismo tiempo, desdicha humana, corazones vacíos y mentes huecas. Muchas de las técnicas que hemos aprendido, tienen que ver con la construcción de aviones de guerra, con el matarnos unos a otros y cosas así. Ése es, pues, el mundo moderno, o sea, uno mismo. El mundo no es diferente de uno. El mundo de ustedes, esto es, ustedes mismos, es el mundo del intelecto cultivado y del corazón vacío. Si miran dentro de sí mismos, verán que son el producto exacto de la civilización moderna. Saben cómo practicar unos cuan-

tos trucos, trucos técnicos, físicos, pero no son seres humanos creativos. Producen hijos, pero eso no es creativo. Para poder crear, uno necesita extraordinaria riqueza interna, y esa riqueza puede surgir sólo cuando comprendemos la verdad, cuando somos capaces de recibir la verdad.

Así, pues, la religión organizada y el mundo moderno marchan juntos; ambos cultivan la vacuidad del corazón, y ésa es la parte desafortunada de nuestra existencia. Somos superficiales, intelectualmente brillantes, capaces de grandes invenciones, de producir los medios más destructivos para liquidarnos mutuamente, de crear más y más división entre nosotros mismos. Pero no sabemos qué significa amar; no tenemos el canto en nuestros corazones. Hacemos funcionar el gramófono, escuchamos la radio, pero nos falta el canto porque nuestros corazones están vacíos. Hemos creado un mundo completamente confuso, desdichado; y nuestras relaciones son endebles, superficiales. Sí, la religión organizada y el mundo moderno marchan juntos, porque ambos nos llevan a la confusión, y esta confusión de la religión organizada y del mundo moderno es el resultado de nosotros mismos. Son expresiones autoproyectadas de nosotros mismos. No puede haber, pues, transformación en el mundo externo, a menos que haya una profunda transformación interna en cada uno de nosotros; y dar origen a esa transformación no es problema del experto, del especialista, del líder, del sacerdote. Es el problema de cada uno de nosotros. Si lo dejamos a los demás, nos volvemos irresponsables, y eso hace que nuestros corazones estén vacíos. Un corazón vacío acompañado de una mente técnica, no constituyen un ser humano creativo; y, debido a la pérdida de ese estado creativo, hemos producido un mundo totalmente desdichado, confuso, arruinado por las guerras, desgarrado por diferencias raciales y de clase. De modo que nuestra responsabilidad es dar origen a una transformación radical dentro de nosotros mismos.

Pregunta: Estoy en conflicto y sufro. Durante miles de años nos han hablado de las causas del sufrimiento y de cómo terminar con él; sin embargo, hoy estamos donde estamos. ¿Es posible poner fin a este sufrimiento?

KRISHNAMURTI: Me pregunto cuántos de nosotros nos damos cuenta de que sufrimos. ¿Se da usted cuenta, no teóricamente sino como un hecho, de que se halla en conflicto? Y si se da cuenta, ¿qué hace? Intenta escapar de ello, ¿no es así? Tan pronto tomamos conciencia de este conflicto y sufrimiento, tratamos de olvidarlo en las actividades intelectuales, en el trabajo, en la búsqueda de disfrutes y placeres. Uno busca escapar del sufrimiento, y todos los escapes son la misma cosa, ¿no es así?, ya sean refinados o vulgares. ¿Qué entendemos por conflicto? ¿Cuándo se da cuenta usted de que se halla en conflicto? El conflicto surge, por cierto, cuando hay conciencia del "yo". Nos damos cuenta del conflicto sólo cuando el "yo" se torna súbitamente consciente de sí mismo; de lo contrario, llevamos una vida monótona, superficial, embotada, rutinaria. Uno es consciente de sí mismo cuando hay conflicto, y en tanto

todo se deslice suavemente, sin contradicción, sin frustración, no hay conciencia de "uno mismo" al actuar. Mientras no soy presionado, mientras obtengo lo que deseo, no estoy en conflicto, pero tan pronto algo me bloquea, soy consciente de mí mismo y me siento infeliz. En otras palabras, el conflicto aparece sólo cuando hay un sentido de "mí mismo" enfrentándome a una acción frustrada. Entonces, ¿qué es lo que queremos? Queremos tener una acción que se realice constantemente sin frustración alguna; o sea, queremos vivir sin que nada nos bloquee, sin que nada nos obstruya. Dicho de otro modo, queremos que nuestros deseos se realicen, y en tanto esos deseos no se realizan, hay conflicto, contradicción. Así que nuestro problema es cómo realizarnos en lo personal sin que haya frustración alguna. Deseo poseer algo, una propiedad, una persona, un título, lo que fuere, y si puedo obtenerlo y seguir obteniendo lo que deseo, soy feliz, no hay contradicción. Lo que buscamos, pues, es la autorrealización, y en tanto podamos alcanzarla, no hay fricción alguna.

Se suscita, pues, la pregunta: ¿Hay tal cosa como la autorrealización? Es decir, ¿puedo obtener algo, llegar a ser algo, realizar algo? En ese deseo, ¿no hay una constante batalla? O sea, mientras anhelo llegar a ser alguna cosa, obtener algo, realizarme, tiene que haber frustración, miedo, conflicto; por lo tanto, ¿hay tal cosa como la autorrealización? ¿Qué entendemos por autorrealización? Por autorrealización entendemos expansión propia: el "yo" ampliándose, agrandándose, tornándose más importante; el "yo" llegando a ser el gobernador, el ejecutivo, el gerente de banco, etc. Ahora bien, si examina esto un poco más profundamente verá que, en tanto exista esta actividad del "yo", o sea, en tanto haya conciencia de "mí mismo" en la acción, tiene que haber frustraciones; por lo tanto, tiene que haber sufrimiento. En consecuencia, nuestro problema no es cómo superar el sufrimiento, ni cómo desechar el conflicto, sino comprender la naturaleza del "sí mismo", del "yo". Espero no estar haciendo esto demasiado complicado. Si nos limitamos a tratar de superar el conflicto, a tratar de desechar el sufrimiento, no comprendemos la naturaleza del creador del sufrimiento.

Mientras el pensamiento se interese en su mejoramiento propio, en su propia transformación, en su propio progreso, tiene que haber conflicto y contradicción. Así, pues, hemos regresado al hecho obvio de que el conflicto, el sufrimiento, existirá en tanto no me comprenda a mí mismo. Por consiguiente, comprenderse uno mismo es más importante que saber cómo superar el conflicto y el sufrimiento. Más tarde, podremos seguir investigando todo esto. Pero escapar del sufrimiento por medio de rituales, diversiones, creencias, o cualquier otra forma de distracción, es alejar al pensamiento cada vez más del problema central, que es comprendernos a nosotros mismos. Para comprender el sufrimiento, tienen que cesar todos los escapes, porque sólo entonces somos capaces de enfrentarnos a nosotros mismos en la acción. Y, al comprenderse usted a sí mismo en la acción —que es la relación—, encontrará un modo de liberar completamente al pensamiento, liberarlo de todo conflicto y vivir en un estado de dicha, de realidad.

Pregunta: Vivimos, pero no sabemos por qué. Para la mayoría de nosotros, la vida no parece tener sentido. ¿Puede usted decirnos cuál es el sentido y el propósito de nuestro vivir?

KRISHNAMURTI: Veamos, ¿por qué formula usted esta pregunta? ¿Por qué me pide que le diga cuál es el sentido, el propósito de la vida? ¿Qué entendemos por vida? ¿Tiene la vida un sentido, un propósito? El vivir mismo, ¿no es, acaso, su propio propósito, su propio sentido? ¿Por qué queremos más? Estamos tan insatisfechos con nuestra vida, nuestra vida es tan vacía, tan vulgar, tan monótona —hacer siempre la misma cosa una y otra vez—, que queremos algo más, algo más allá de lo que hacemos. Puesto que nuestra vida cotidiana es tan vacua, tan torpe, tan insensata, tan tediosa, tan intolerablemente estúpida, decimos que la vida debe tener un sentido más pleno; por eso formula usted esta pregunta. Señor, un ser humano que vive internamente con exquisitez y plenitud, que ve las cosas como son y se contenta con lo que tiene, no está confuso; por lo tanto, en su claridad, no pregunta cuál es el propósito de la vida. Para él, el vivir mismo es el principio y el fin. Nuestra dificultad radica, pues, en que siendo nuestra vida tan vacua, queremos encontrarle un propósito y luchar por él. Un propósito semejante de la vida sólo puede ser mera intelección sin realidad alguna, y cuando el propósito de la vida es perseguido por una mente estúpida, embotada, por un corazón vacío, ese propósito será también vacío. Por consiguiente, nuestro problema es cómo hacer que nuestra vida sea rica, no en dinero y en todas esas cosas, sino internamente rica —lo cual no es nada misterioso—. Cuando decimos que el propósito de la vida es ser feliz, que el propósito es encontrar a Dios, ese deseo de encontrar a Dios es, sin duda, un escaparnos de la vida, y nuestro Dios no es sino algo conocido. Sólo podemos dirigir nuestra vida hacia un objeto que ya conocemos, y si ustedes construyen una escalera hacia lo que llaman Dios, eso no es, ciertamente, Dios. La realidad puede comprenderse únicamente en el vivir, no escapando de la vida. Cuando le buscan un propósito a la vida, en realidad están escapando y no comprendiendo lo que la vida *es*.

La vida es relación, es acción en la relación, y cuando no comprendo la relación, o cuando la relación es confusa, busco un sentido más pleno. ¿Por qué son tan vacías nuestras vidas? ¿Por qué somos tan solitarios, por qué nos sentimos tan frustrados? Es porque jamás hemos mirado dentro de nosotros mismos. Jamás queremos admitir que esta vida es todo cuanto conocemos y que, por lo tanto, debe ser comprendida plena y completamente. Preferimos escapar de nosotros mismos y, por eso, buscamos el propósito de la vida lejos de la relación. Pero, si comenzamos a comprender la acción, que es nuestra relación con la gente, con la propiedad, con las creencias y las ideas, descubriremos que la relación misma trae su propia recompensa. No tenemos que buscarla. Es como buscar el amor. ¿Pueden ustedes encontrar el amor buscándolo? El amor no puede ser cultivado. Encontrarán el amor sólo en la relación; debido a que

carecemos de amor, deseamos un propósito en la vida. Cuando hay amor, el cual es su propia eternidad, no buscamos a Dios, porque el amor *es* Dios.

Debido a que nuestras mentes están llenas de tecnicismos y murmullos supersticiosos, nuestras vidas son tan vacías, y por eso buscamos un propósito más allá de nosotros mismos. Para encontrar el propósito de la vida, debemos atravesar la puerta de nosotros mismos, pero, consciente o inconscientemente, evitamos enfrentarnos a las cosas tal como son en sí; en consecuencia, queremos que Dios abra para nosotros la puerta que está más allá. Esta pregunta acerca del propósito de la vida la plantea tan sólo aquél que no ama, y el amor puede encontrarse únicamente en la acción, la cual es relación.

Pregunta: La única cosa que da sabor a la vida es el deseo de hacer algo valioso. Usted nos dice que éste es un paso falso. Si eliminamos este incentivo para trabajar, ¿qué nos queda?

KRISHNAMURTI: Señor, ¿por qué necesitamos un incentivo para trabajar? ¿Por qué necesitamos un incentivo para hacer cualquier cosa? ¿Qué entendemos por "incentivo"? Deseamos una recompensa por nuestra acción, ¿no es así? Quizá no busquemos dinero, una recompensa objetiva, pero queremos una recompensa psicológica, un incentivo psicológico por lo que hacemos. Por eso acudimos a un gurú. Es el incentivo lo que nos impulsa a actuar; de lo contrario, psicológicamente no viviríamos en absoluto. Es decir, internamente, en lo psicológico, necesitamos recompensas: recompensa por nuestra búsqueda, recompensa por nuestro pensar, por nuestro sentir. Eso es un hecho, ¿verdad? Y ¿cuál es la recompensa que deseamos? Es, invariablemente, gratificación. En tanto podamos hallar gratificación psicológica, haremos algo. Lo que buscamos, pues, es gratificación constante, constante satisfacción, y cuando eso se nos niega nos sentimos frustrados.

Ahora bien, ¿existe la gratificación? ¿Hay, en modo alguno, una gratificación que sea perdurable? ¿O sólo hay gratificación pasajera que, inevitablemente, trae conflicto, dolor? Tenemos que descubrir, pues, por nosotros mismos, si es que existe una gratificación permanente. Podemos descartar las gratificaciones obviamente pasajeras, porque vemos que traen infortunios, frustraciones, ansiedades, temor, etc.; pero pensamos que podemos encontrar una gratificación permanente, duradera, a la que llamamos verdad, Dios, y por esa gratificación queremos trabajar. Pero, ¿hay tal cosa como una gratificación permanente? O sea, ¿hay seguridad psicológica permanente? Ustedes han inventado la seguridad psicológica permanente que llaman Dios, un vivir continuo después de la muerte, etc. Pero, ¿existe acaso, tal gratificación completa, tal seguridad? ¿O es que la mente, al no saber qué hay en el futuro, y siendo el futuro incierto, proyecta su propia creación como una certidumbre? Es decir, la mente se mueve hacia lo conocido; no puede moverse hacia lo desconocido. Por lo tanto, quiere una garantía respecto de lo próximo conocido, y cuando lo próximo conocido es cuestionado, nos sentimos ansiosos.

Así, pues, mientras que la seguridad física es necesaria, no hay tal cosa como la seguridad psicológica permanente; y tan pronto tenemos esa seguridad, que es autoproyectada, nos tornamos perezosos, quedamos satisfechos y nos estancamos. Pero, cuando no hay seguridad, entonces debe uno tener una mente que viva de instante en instante y, debido a eso, el vivir es incertidumbre; y la mente incierta, la mente que no sabe, que no busca gratificación, es creativa. Ese estado creativo del ser adviene cuando la mente está por completo silenciosa, cuando no busca, cuando no anda en pos de una recompensa. Entonces hay una paz duradera; y, debido a que no sabemos cómo llegar a ese estado, buscamos gratificación y nos aferramos a ella, y esa gratificación se vuelve nuestro incentivo para actuar. Pero la gratificación, por refinada que sea, acarrea miedo, ansiedad, duda, violencia y demás. Pero si la mente se comprende a sí misma y, de tal modo, encuentra ese estado en el que hay completa serenidad, entonces tiene lugar la creación; y esa creación es, en sí misma, la finalidad total de la existencia.

14 de noviembre de 1948

SEGUNDA PLÁTICA EN NUEVA DELHI

Para continuar con lo que estuvimos hablando el domingo anterior, me parece importante comprender que el conflicto, de cualquier tipo que sea, no produce un pensar creativo. Hasta que no comprendamos el conflicto, la naturaleza del conflicto y qué es aquello con lo que estamos en conflicto, es completamente inútil limitarnos a luchar con un problema o con un determinado trasfondo o entorno. Tal como las guerras generan deterioro y originan, inevitablemente, guerras y desgracias futuras, así la lucha con el conflicto conduce a más confusión. Y el conflicto dentro de uno mismo, al proyectarse exteriormente, crea confusión en el mundo. Es, por lo tanto, necesario comprender el conflicto y ver que el conflicto, de cualquier clase que sea, no produce un pensar creativo, seres humanos cuerdos. Sin embargo, pasamos toda nuestra vida luchando, y pensamos que la lucha es una parte necesaria de la existencia. Hay conflicto dentro de uno mismo y conflicto con el entorno, siendo el entorno la sociedad, la cual, a su vez, es nuestra relación con las personas, con las cosas y las ideas. Esta lucha se considera inevitable, y se piensa que es esencial para el proceso de la existencia. Ahora bien, ¿es así? ¿Hay alguna manera de vivir que excluya la lucha, en la cual haya una posibilidad de comprensión sin el habitual conflicto? Yo no sé si han advertido que, cuanto más luchamos con un problema psicológico, tanto más nos enredamos y confundimos, y que sólo cuando cesa la lucha, cuando llega a su fin todo proceso de pensamiento, surge la comprensión. Así, pues, tendremos que investigar si el conflicto es esencial y si es provechoso.

Estamos hablando, pues, del conflicto en nosotros mismos y del conflicto con el medio. El medio es lo que somos internamente. Uno mismo y el medio no son dos procesos distintos; yo soy el medio y el medio es lo que soy; se trata de un hecho obvio. Uno nace dentro de un determinado grupo de personas, ya sea en América, en la India, en Rusia o en Inglaterra, y ese medio mismo con sus influencias de clima, de tradición, con sus costumbres sociales y religiosas, lo crea a uno; y uno es ese medio. Para descubrir si hay algo más que el mero resultado del medio, uno tiene que estar libre del medio, libre del condicionamiento que éste implica. Eso es evidente, ¿verdad? Si ustedes se investigan cuidadosamente a sí mismos verán que, habiendo nacido en este país son, climática, social, religiosa y económicamente, su producto o resultado. Es decir, están condicionados, y para descubrir si hay algo más, algo más grande que el mero resultado de un condicionamiento, tienen que estar libres de ese condicionamiento. No tiene sentido, si uno está condicionado, limitarse a inquirir si hay algo más. Afirmar que hay o que no hay algo más es, por cierto, una manera errónea de pensar. Uno debe descubrir, y para descubrir tiene que experimentar.

Para comprender, pues, este medio que nos rodea y para estar internamente libre de él, es necesario conocer no sólo todas las influencias ocultas, almacenadas en el inconsciente, sino saber con *qué* estamos en conflicto. Como hemos visto, cada uno de nosotros es el resultado del medio, y no estamos separados del medio. Entonces, ¿con qué estamos en conflicto? ¿Qué es lo que en nosotros responde al medio? ¿Qué es la cosa que llamamos lucha? Estamos en una batalla constante, pero ¿con qué? Luchamos con el medio y, sin embargo, dado que somos parte de él, nuestra lucha es tan sólo un proceso que nos separa del medio en que vivimos. En consecuencia, no hay comprensión del medio, sino tan sólo conflicto. O sea, para expresarlo de un modo diferente: si comprendo el medio sin que haya lucha interna, no hay conciencia de "mí mismo". Al fin y al cabo, soy consciente de mí mismo sólo cuando hay conflicto. Si no hay conflicto, no soy consciente de mí mismo en la acción. Lo soy únicamente cuando hay una conclusión, una frustración, cuando deseo hacer algo y estoy impedido de hacerlo. Cuando uno quiere llevar a cabo alguna cosa y existe un obstáculo, hay frustración, y sólo entonces surge la conciencia del conflicto, o conciencia de "uno mismo".

Ahora bien, ¿con qué luchamos? Luchamos con nuestros problemas, ¿no es así? ¿Qué son los problemas? Los problemas surgen sólo en la relación. Así, pues, en tanto no me comprenda a mí mismo en mi relación con el medio, que es mi relación con las cosas, con la propiedad, con las ideas y con los seres humanos —ya sea mi esposa, mi prójimo o mi grupo particular—, en tanto no comprenda mi relación con el medio, tiene que haber conflicto. El medio *es* la relación, y ésta es la acción con respecto a cosas, personas e ideas. Mientras yo no comprenda la relación, tiene que haber conflicto, y este conflicto me separa como una entidad diferente en relación con el medio. No sé si esto les resulta demasiado abstracto; en todo caso, lo discutiremos más a fondo los martes, jueves y sábados. Pero creo que es importante entender este punto, porque si

podemos comprender el significado del conflicto, tal vez abordaremos el problema de una manera diferente.

Así, pues, nosotros no comprendemos el medio, siendo el medio las acciones que genera la relación, y la relación existe sólo entre uno mismo y las cosas, las personas y las ideas. Dado que no comprendemos el medio, hay conflicto, o sea, hay conciencia del "sí mismo"; por lo tanto, existe un proceso de separación entre uno y el entorno. Este conflicto es el que da origen a la separación; el individuo, como "yo", nace del conflicto, y entonces el "yo" quiere realizarse, positiva o negativamente. El conflicto crea, pues, inevitablemente, un proceso separativo, crea al individuo como algo separado del grupo, de la comunidad, etc. Este proceso separativo del "yo", sólo acentúa y fortalece el conflicto que vemos en la vida cotidiana.

Y bien, ¿es posible vivir sin conflicto? Porque el conflicto aumenta, invariablemente, el proceso separativo; por eso, no hay forma de salirnos de él. La salida existe únicamente cuando cesa el conflicto. Entonces, ¿es posible vivir sin conflicto? Para descubrirlo, debemos comprender qué entendemos por vivir. Ciertamente, por vivir entendemos el proceso de relación, porque no existe el vivir en aislamiento. Nada puede vivir en aislamiento. Así, pues, entendemos por vivir, el proceso extensivo de la relación —la relación en la acción—. ¿Es posible, entonces, comprender la relación y no generar desde ella conflicto alguno? ¿Es posible una relación sin conflicto? Por favor, vean la importancia de esto: que en tanto haya conflicto, no hay pensar ni vivir creativos. El conflicto sólo acentúa la separación y, con ello, fortalece aún más el conflicto. Repito: ¿Es posible vivir, estar en relación, sin que haya conflicto? Yo digo que *es* posible únicamente cuando comprendemos la relación y no la resistimos. Es decir, tengo que comprender mi relación psicológica con las cosas, las personas y las ideas. ¿Puedo comprender ese conflicto? Y ¿es necesario el conflicto para la comprensión? O sea, ¿tengo que luchar con el problema a fin de comprender el problema? ¿O existe una manera diferente de abordar esto?

Yo sostengo que hay una manera diferente de encarar el problema del conflicto, con la que ustedes pueden experimentar por sí mismos; esa manera consiste en comprender el significado del conflicto. Esto es, cuando lucho con un problema, un problema humano o, incluso un problema abstracto de matemáticas o física, la mente se halla en estado de agitación, de preocupación. Por cierto, una mente agitada, preocupada, es incapaz de comprender. La comprensión llega cuando no hay violencia en la mente, no cuando ésta lucha con un problema. Tenemos problemas en relación con la propiedad, con las personas y las ideas —trataré estos problemas en los domingos siguientes—, pero lo primero que debemos entender, me parece, es que ninguna forma de conflicto produce una verdadera comprensión. Hay comprensión del problema sólo cuando el conflicto cesa, y para comprender un problema debo no sólo pensar en él, sino que debo ser capaz de dejarlo tranquilo. No sé si han notado que cuando tienen un problema, se preocupan y luchan con él como un perro con un hueso. Piensan en él todo el día y, al fin del día, están exhaustos y lo dejan

para mañana; entonces, súbitamente, encuentran la respuesta. Es algo que le ocurre a la mayoría de las personas. ¿Por qué?

Es muy simple. La mente consciente, al atormentarse con el problema, es incapaz de considerarlo por completo sin buscar una respuesta; ella necesita una respuesta a ese problema; por lo tanto, no se interesa en el problema sino en la respuesta. La mente consciente no sólo desea una respuesta, sino que no quiere investigar en su totalidad el problema mismo. En consecuencia, elude el problema y busca una respuesta. Pero la respuesta está en el problema, no lejos de él. Así, pues, es indispensable investigar el problema de un modo completo, sin buscar una respuesta, de modo tal que la mente pueda estar quieta, en silencio. Pronto examinaré esto con respecto a nuestra relación con las personas, las cosas y las ideas, y se verá si no es posible liberarnos de nuestros problemas inmediatamente, sin pasar por el conflicto, el cual no hace sino confundir el problema.

Ahora voy a contestar las preguntas que me han entregado. La repetición de la verdad impide la comprensión de la verdad, y eso implica que la repetición de la verdad es un obstáculo. La verdad no puede ser repetida. Uno puede leer un libro acerca de la verdad, pero la mera repetición de lo que afirma el libro, no es la verdad. La palabra *verdad* no es la verdad. La palabra no es la cosa. Dar con la verdad es experimentarla de manera directa, independientemente de la palabra. Así, pues, al considerar estas preguntas, tengamos presente que estamos emprendiendo un viaje juntos para descubrir cosas juntos; por lo tanto, no hay peligro de que surja la relación discípulo-maestro. Ustedes no están aquí como espectadores para verme actuar; ambos estamos actuando y, en consecuencia, ninguno de nosotros explota al otro.

Pregunta: ¿Qué es la meditación y cómo practicarla?

KRISHNAMURTI: Como éste es un problema enorme y muy complejo, investiguemos toda la cuestión con sumo cuidado. Ante todo, abordémosla negativamente, porque pensar positivamente, afirmativamente, acerca de algo que no conocemos, es continuar con el problema; y nosotros no sabemos qué es la meditación. Nos han dicho cómo debemos meditar, cómo debemos concentrarnos, qué debemos hacer y no hacer, y todas esas cosas, pero eso no puede ser meditación. Debemos, pues, abordar el problema de la meditación negativamente para descubrir lo que es. Abordarla positivamente y decir que es esto o aquello, implica, obviamente, limitarnos a repetir lo que nos han dicho que es la meditación. No sé si entienden de qué estoy hablando. Tal vez se aclare más a medida que avancemos. Si podemos ver lo que la meditación no es, entonces hay una posibilidad de descubrir qué *es* la meditación. Ése es, por cierto, el modo de investigar y abordar racionalmente el problema. Descubramos, pues.

Ahora bien, la concentración no es meditación. Veremos lo que eso significa. La concentración implica exclusividad. Espero que todo esto les interese,

porque discutir con alguien que no está interesado es más bien una molestia, tanto para mí como para aquél o aquéllos que no se interesan. Les diré por qué deberían interesarse en esta cuestión: porque ella hace accesible un campo enorme en la conciencia humana. Sin comprender esa conciencia, no tienen ustedes una base para la acción. Ingresar en partidos políticos, repetir consignas, etc., no tiene para mí ningún sentido. Al comprender este problema de la meditación, estoy comprendiendo todo el problema del vivir. La meditación no está separada del vivir, como les mostraré luego.

Dije que la concentración no es meditación. ¿Qué entendemos por concentración? No sé si alguna vez han intentado concentrarse. Cuando tratan de concentrarse, ¿qué están haciendo? Entre una gran cantidad de intereses escogen uno y procuran concentrar su atención sobre ese interés en particular. No es un verdadero interés, pero ustedes piensan que deben interesarse en eso. O sea, piensan que deben meditar acerca de cosas más elevadas, y eso es un interés entre muchísimos otros, de modo que optan por concentrarse en ese interés y excluyen a todos los demás. Eso es, de hecho, lo que ocurre cuando se concentran. Por lo tanto, tal concentración es un proceso excluyente. Ahora bien, ¿qué sucede cuando procuramos concentrarnos en un cuadro, una imagen o una idea? ¿Qué está sucediendo? Se presentan otros pensamientos y tratamos de desecharlos, y cuanto más los desechamos más se presentan. Así que empleamos nuestro tiempo en tratar de desarrollar una idea determinada y en resistir otras. Este proceso es llamado concentración: el esfuerzo de fijar nuestra mente en un interés que hemos escogido y excluir todos los otros intereses. Eso es lo que entendemos por concentración.

Bien, para comprender algo debemos concederle atención plena, siendo ésta una atención libre de todo obstáculo. Tenemos que entregar a ello todo nuestro ser, y entonces lo comprenderemos. Pero, ¿qué ocurre cuando usted trata de concentrarse y, al mismo tiempo, resiste? Intenta seguir cierto curso, pero su mente se desvía todo el tiempo en otra dirección, y usted no está prestando su atención total. Sólo dedica a ello una atención parcial y, en consecuencia, no hay comprensión. Por lo tanto, la concentración no contribuye a la comprensión, y es muy importante entender este punto. Cuando la atención tiene un carácter excluyente, es inevitable que haya distracción. Si trato de forzar mi atención para enfocarla en una sola cosa, la mente está resistiendo alguna otra. Esa resistencia es distracción. Por consiguiente, donde hay conflicto entre atención y distracción, no hay concentración en absoluto. Es una batalla, y esa batalla continúa hasta que la mente, agotada por la lucha, se decide por el interés escogido. Decidirse por el interés escogido no es, ciertamente, meditación. Es tan sólo el anhelo, la resistencia y la exclusividad de la opción. Una mente así es una mente embotada, insensible; es incapaz de responder, porque se ha debilitado resistiendo, excluyendo, ha derrochado su energía en el conflicto entre la distracción y la atención. Ha perdido elasticidad, el poder de descubrir la bienaventuranza; por lo tanto, es una mente en decadencia, carente de rapidez y ductilidad. Así, pues, la meditación no es concentración.

Ahora bien, la meditación no es plegaria. Examinemos qué estamos haciendo cuando oramos. ¿Qué ocurre realmente, desde el punto de vista psicológico, cuando oramos? ¿Qué entendemos por plegaria? La repetición de ciertas frases, súplica, petición. Cuando rezo, dirijo mi súplica a una entidad superior, a una inteligencia superior, para que ella aclare mi visión, me libere de una dificultad, me ayude a comprender un problema, o me conceda bienestar o felicidad. De modo que la plegaria implica, por lo general, una súplica o petición, ya sea para ser ayudado a salir de mi dificultad, o para recibir una respuesta; pronto explicaré esto.

Yo no sé si ustedes han rezado. Probablemente, algunos lo han hecho. ¿Qué ocurre cuando rezan? No nieguen eso diciendo que es una insensatez, porque hay millones que rezan, y seguramente reciben una respuesta; de lo contrario, no rezarían. Si esa respuesta es o no verdadera, es lo que vamos a averiguar. Entonces, ¿qué ocurre cuando rezan? Repitiendo ciertas frases o palabras, repitiendo ciertos hechizos, la mente se aquieta. Ésa es, en parte, la función de la plegaria: narcotizar la mente para que se aquiete, porque cuando la mente se aquieta, está en condiciones de recibir. Es decir, cuando me siento o me arrodillo, cuando aprieto mis manos y repito ciertas frases, la mente se serena, es natural; y en ese estado de quietud es capaz de recibir. Ahora bien, ¿qué recibe? Recibe la respuesta que busca, y entonces yo digo que Dios me ha hablado, que mis plegarias han sido respondidas y que he encontrado una salida para mis dificultades. Afirmo, pues, que en la plegaria descubro la realidad. Pero ¿qué ha ocurrido de hecho? La mente consciente, superficial, que ha estado agitada, se aquieta; y, en ese estado de quietud, es capaz de recibir las insinuaciones de lo oculto, de la mente inconsciente, y esas insinuaciones, esas sugerencias son las cosas que yo deseo.

¿Pueden estas respuestas provenir de Dios, de la realidad? Por cierto, es una idea sumamente extraordinaria la que tenemos, de que Dios está tan terriblemente interesado en nosotros que, cuando a causa de nuestra codicia, envidia y violencia, hemos creado semejante confusión en el mundo, sólo tenemos que rezar y Él nos responderá. Ése es el modo como reza Hitler, como rezan los católicos, como rezan los Aliados... y este país también reza a Dios. ¿Dónde está la diferencia? Todos deseamos una respuesta que nos gratifique y, puesto que la plegaria es un medio de gratificación, la respuesta será gratificadora. Ya sea que la llamen la voz interior o la voz de la realidad, es siempre gratificadora. Por lo tanto, la plegaria es un medio de aquietar la mente a fin de recibir gratificación, satisfacción. En tanto la mente esté buscando satisfacción, no va en pos de la realidad. En tanto busque bienestar, un refugio, no es capaz de recibir lo desconocido; parece recibir solamente lo conocido, o sea, su propia protección. Por eso la plegaria es gratificadora y por eso encuentra una respuesta satisfactoria.

De modo que ni la concentración ni la plegaria son meditación. Tampoco lo es la devoción. ¿De qué son ustedes devotos? Cuando dicen: "Tengo una naturaleza devocional, soy devoto de tal cosa", ¿qué entendemos por devoción? Son devotos de algo que los gratifica a cambio; no son devotos de algo

que crea perturbación. Son devotos de algo que les agrada, que les brinda satisfacciones, una sensación de seguridad, de bienestar, que los torna sentimentales. Esa cosa de la que son devotos es una proyección de ustedes mismos y les genera una sutil satisfacción, positiva o negativamente; en consecuencia, la devoción de ustedes no es meditación.

Entonces, ¿qué es la meditación? Si no es concentración ni plegaria ni devoción, entonces, ¿qué es? Evidentemente, la meditación comienza en la comprensión de uno mismo. Esa comprensión implica estar atento a uno mismo en la acción, ver lo que realmente ocurre cuando uno se concentra, cuando reza, cuando es devoto de algo. Es un proceso en el que nos descubrimos a nosotros mismos, y sólo podemos descubrirnos en la relación, que es acción. Después de todo, si veo lo que ocurre cuando me concentro, estoy descubriendo las modalidades de mi propio pensar; cuando investigo la concentración, comienzo a descubrirme a mí mismo en funcionamiento; por lo tanto, gracias a la concentración, estoy empezando a comprenderme. Del mismo modo, comienzo a verme en funcionamiento cuando rezo o cuando estoy experimentando devoción. Al descubrir todas las implicaciones de la plegaria y la devoción, empiezo a comprenderme. Así, cuando investigo el proceso del pensamiento con respecto a la concentración, con respecto a la plegaria, con respecto a la devoción, estoy descubriéndome a mí mismo en relación con esas cosas; y todo esto es un proceso de meditación.

Así, pues, la meditación es el principio del conocimiento propio, o sea, del conocimiento de uno mismo tal como uno es, no como debería ser. El deseo de ser otra cosa es una barrera que nos impide vernos exactamente como somos. La meditación es la percepción, sin condena alguna, de cada pensamiento, cada sentimiento, cada palabra. Tan pronto condenamos, ponemos en marcha otro proceso de pensamiento, y cesa el descubrimiento propio. Después de todo, como dije, la meditación es un proceso de descubrimiento propio, y ese descubrimiento propio no termina jamás. Por lo tanto, la meditación es un movimiento eterno, intemporal. Para comprender aquello que es lo intemporal, lo desconocido, lo real, aquello que no puede ser expresado en palabras, para comprender eso, tienen que ser completamente comprendidos los procesos del pensamiento; y esta comprensión es posible, no en abstracto, no en el aislamiento, sino únicamente en la relación. No hay tal cosa como el aislamiento. Un hombre que permanece en una habitación cerrada, o que se retira a la jungla o a la montaña, sigue estando relacionado; no puede escapar de la relación. Y sólo a través de la relación soy capaz de conocerme a mí mismo y, por ende, de saber cómo meditar.

La meditación es, entonces, el principio de la comprensión, el principio del conocimiento propio. Sin meditación no hay conocimiento propio; sin conocimiento propio no hay meditación. Debemos empezar, pues, a conocer lo que somos. No podemos ir lejos sin comenzar cerca, sin comprender nuestro proceso diario de pensamiento, sentimiento y acción. En otras palabras, el pensar debe comprender su propio pensamiento; entonces podrá usted observar que el pensa-

miento se mueve de lo conocido a lo conocido. Uno no puede pensar acerca de lo desconocido. Las respuestas a sus plegarias provienen de lo conocido. Para recibir lo desconocido, la mente misma debe volverse lo desconocido. La mente es el resultado del proceso de pensamiento, es el resultado del tiempo, y este proceso de pensamiento tiene que llegar a su fin. La mente no puede pensar en aquello que es eterno intemporal; por lo tanto, la mente debe estar libre del tiempo, el proceso temporal de la mente debe ser disuelto. Cuando la mente se halla por completo libre del ayer y, debido a eso, no está usando el presente como un mero pasaje hacia el futuro, sólo entonces, es capaz de recibir lo eterno.

Lo conocido no tiene relación alguna con lo desconocido. Por consiguiente, uno no puede suplicar a lo desconocido, no puede concentrarse en lo desconocido, no puede ser devoto de lo desconocido. Todo eso no tiene sentido alguno. Lo que tiene sentido es descubrir cómo opera la mente, es verse uno a sí mismo en acción. Lo que nos concierne, pues, en la meditación, es conocernos a nosotros mismos, no sólo superficialmente, sino en todo el contenido de la conciencia profunda, oculta. Sin conocer todo eso y liberarnos del condicionamiento que implica, no podemos ir más allá de los límites de la mente. Por eso, debe cesar el proceso del pensamiento, y para ello debemos conocernos a nosotros mismos. Por lo tanto, la meditación es el principio de la sabiduría, la cual consiste en comprender nuestra propia mente, nuestro propio corazón.

Esto es una cuestión de vida y muerte, porque si usted comprende lo que he estado diciendo, ello producirá una revolución en su vida, será una experiencia devastadora. Pero si es tan sólo algo verbal, un entretenimiento ocasional como el de ir al cine, entonces podrá seguir limitándose a escuchar sin perturbación alguna. Si, en cambio, sabe cómo escuchar, se verá tremendamente conmovido y, en consecuencia, una revolución es posible. Por lo tanto, señor, le ruego que no se limite a escuchar las palabras, porque las palabras muy poco significan. Pero casi todos nosotros nos alimentamos de palabras sin ninguna sustancia. No podemos pensar sin palabras, y el pensar sin palabras es el pensar negativo, que constituye la más elevada forma del pensar. Ese pensar es imposible cuando las palabras tienen importancia, cuando el objetivo es la palabra. Tomemos la palabra *Dios*. Cuando se está usando la palabra *Dios*, ustedes se sienten muy excitados, se estremecen psicológicamente, lo cual implica que lo importante es ahí la palabra y no la cosa que la palabra representa. Están atrapados en la red de las palabras. El hombre que busca lo real no confunde la palabra, el lenguaje, con lo que éste representa.

Espero que no le importe si contesto otra pregunta.

Pregunta: El interés en una cosa, una persona o una idea, ¿no produce, acaso, una concentración sin esfuerzo y, no obstante, excluyente, en el objeto del interés?

KRISHNAMURTI: No he visto la pregunta antes, de modo que voy a examinarla con ustedes. El interlocutor quiere saber —espero interpretarlo correc-

tamente— si, cuando uno se interesa en algo, no hay una atención libre de esfuerzo y, al mismo tiempo, excluyente. Es decir, cuando estoy interesado en comprender un problema y le concedo mi atención, ¿no es excluyente esa atención? Y el segundo punto: si uno tiene interés, ¿no hay un estado exento de todo esfuerzo?

Y bien, ¿qué entendemos por interés? ¿Podemos decir, honestamente, que estamos interesados en una sola cosa? Ésa no sería una afirmación verdadera, es obvio. Estamos interesados en muchas cosas. Nuestra atención se enfoca, a veces en una cosa, a veces en otra. Cada vez que nuestra atención es atraída por un interés en particular, ello genera una inquietud, y entonces prestamos atención. Eso es lo que de hecho ocurre. O sea, tengo numerosos intereses. Soy una entidad con muchos disfraces. Entre estas entidades con sus numerosos intereses, escojo una pensando que ello me ayudará. ¿Qué ocurre cuando hago eso? Cuando concentro mi atención, en realidad estoy excluyendo otros intereses. Por cierto, cuando enfoco mi atención en un solo interés, mi atención es excluyente; por eso, aunque esté interesado en otras cosas, trato de excluirlas. Esto es, tengo numerosos intereses, y escojo un interés procurando fijar mi atención en él; cuando hago eso, genero resistencia, lo cual implica un estado de lucha, de angustia. Hay ausencia completa de esfuerzo únicamente cuando comprendo todos los intereses y no la excluyente opción de un interés, porque, al fin y al cabo, no estamos compuestos de un solo interés. Somos el total de múltiples intereses variables, y éstos se modifican todo el tiempo; escoger un interés y enfocar la mente en él, es tornar a la mente estrecha, pequeña y excluyente. Una mente así no puede comprender. En cambio, una mente que ve el significado de cada interés a medida que surge de instante en instante, es capaz de una percepción extensiva, de un sentir extensivo.

Mire lo que está ocurriendo ahora mismo en esta sala. Usted presta atención a lo que estoy diciendo. Al hacerlo, no es excluyente. Presta atención a la verdad de *lo que es*, que constituye un hecho obvio, de modo que su atención es extensiva y no limitada. Simplemente, se permite a sí mismo ver y disfrutar de lo que ve. No hay esfuerzo, sino que su atención está totalmente enfocada, sin resistencia ni exclusión alguna. Si lo investiga, verá que es algo extraordinario. Hay un estado en el que lo percibimos todo extensivamente y, no obstante, podemos conceder nuestra atención a lo particular. La concentración sobre lo particular destruye la percepción extensiva, mientras que si somos capaces de percibir extensivamente, podemos prestar atención a lo particular sin que haya ninguna resistencia. No sé si ve la belleza de esto. Señor, eso es amor, ¿verdad? El amor es extensivo; por lo tanto, uno puede amar lo particular. Pero casi ninguno de nosotros experimenta este amor extensivo; por eso recurrimos a lo particular, y lo particular nos destruye.

Existe, pues, una atención en la que no hay esfuerzo alguno; únicamente ella origina comprensión, cuando los múltiples y variables intereses son captados en conjunto y comprendidos. Pero, cuando la atención se enfoca en un interés con exclusión de los demás intereses, tal atención es excluyente y des-

tructiva; torna a la mente estrecha y, por ende, es un factor de deterioro. La mente estrecha puede producir resultados inmediatos, pero no puede comprender extensivamente; mientras que, si la mente es extensiva, puede incluir también lo particular. Esta elasticidad, ductilidad y rapidez mental, no pueden existir si hay resistencia; por lo tanto, uno debe darse cuenta de los muchos intereses y comprenderlos sin resistirlos. A medida que surge cada interés, mírelo; no lo condene ni lo justifique, sino examínelo, absórbalo plena y completamente. No importa si es un interés sexual, si es el deseo de ser "alguien", o cualquier otro interés. Examine cada interés y perciba sus implicaciones, considérelo a fondo; entonces encontrará que la mente es capaz de estar extensivamente alerta a cada interés, viendo sus implicaciones de inmediato sin necesidad de investigarlo paso a paso.

Por cierto, una mente así es esencial para la comprensión de lo real, porque lo real, lo verdadero, no es excluyente. La mente excluye porque la hemos educado para habérselas sólo con lo particular, la hemos forzado a concentrarse en un interés y a excluir otros intereses. Debido a eso, es incapaz de recibir aquello que es ilimitado. Aunque usted pueda leer acerca de lo ilimitado y repetir lo que ha leído, al hacerlo no hace otra cosa que hipnotizarse a sí mismo. Mientras que, si puede considerar cada interés sin condenarlo ni justificarlo, sin identificarse con él, si puede darse cuenta de todo su contenido, verá que la mente, al estar libre, es tanto rápida como muy lenta. Es como un motor de gran potencia y perfectamente equilibrado: aunque pueda funcionar a una gran velocidad, también puede andar muy lentamente. Sólo entonces puede la mente recibir las sugerencias de lo real. En tanto que, una mente exclusiva, limitada, condicionada, jamás puede comprender aquello que es eterno. Comprender lo eterno es comprendernos a nosotros mismos. Cuando hay intereses múltiples, tenemos que comprender cada interés a medida que aparece; sólo entonces puede existir esa libertad en la que descubrimos lo real.

28 de noviembre de 1948

TERCERA PLÁTICA EN NUEVA DELHI*

Como ésta es la última plática, quizá sería mejor si hiciera un breve resumen de lo que hemos estado considerando durante las seis semanas anteriores. Nuestra vida está rodeada de muchísimos problemas en diferentes niveles. No sólo tenemos los problemas físicos, sino que están los mucho más sutiles e

* Es obvio por las fechas y por la referencia de Krishnamurti a sus pláticas anteriores, que por alguna razón se han extraviado las cuatro que faltan, Ésta, que figura como tercera sería, en realidad, la séptima. Afortunadamente cubre, en lo esencial, la falta de las otras pláticas. *N. del T.*

intrincados problemas psicológicos; y en vez de resolver los problemas psicológicos o siquiera tratar de comprender su sutileza, tan sólo buscamos reordenar sus efectos. Tratamos de conciliar los efectos sin comprender realmente las causas que dan origen a esos efectos. Por lo tanto, me parece mucho más importante comprender los conflictos y sufrimientos psicológicos, que limitarse a reordenar el patrón de los efectos, porque la mera conciliación de los efectos no puede resolver, de manera profunda y definitiva, los problemas originados. Si simplemente reordenamos los efectos sin comprender las luchas psicológicas que dan origen a estos efectos, produciremos más confusión, más antagonismo, más conflicto. Así, pues, al comprender los factores psicológicos que generan nuestro bienestar, puede haber una posibilidad —y creo que hay una definida posibilidad— de crear una nueva cultura y una nueva civilización. Pero ello debe comenzar con cada uno de nosotros porque, después de todo, la sociedad es mi relación con usted y la relación suya con otro. La sociedad es el resultado de nuestra relación mutua, y sin comprender la relación, que es acción, no puede haber fin para el conflicto. Por consiguiente, antes de que yo pueda transformar mi manera de vivir, antes de que pueda originar en ella una revolución radical, debo comprender completamente la relación así como su efecto y su causa.

Estamos interesados, entonces, en el problema individual y en nuestros propios sufrimientos psicológicos. Al comprender el problema individual, originaremos naturalmente un orden distinto en sus efectos, pero no debemos comenzar con los efectos porque, al fin y al cabo, no vivimos sólo de los efectos, sino de causas más profundas. De modo que nuestro problema es cómo comprender el sufrimiento y el conflicto en el individuo. La mera expresión verbal del sufrimiento, la mera intelección, la percepción de las causas del sufrimiento, no resuelven el sufrimiento. Eso es un hecho obvio, pero como casi todos nos alimentamos de palabras, y como las palabras han adquirido una importancia tan inmensa, nos satisfacemos fácilmente con explicaciones. Leemos el Bhagavad Gita, la Biblia o cualquier otro libro religioso que explica la causa del sufrimiento, y con eso estamos satisfechos; confundimos la explicación del sufrimiento con su resolución. Las palabras se han vuelto mucho más significativas que la comprensión del sufrimiento mismo, pero la palabra no es la cosa. Cualquier cantidad de explicaciones, cualquier cantidad de razonamientos, no alimentará a una persona que tiene hambre. Lo que necesita es comida, no la explicación de la comida o el olor de la comida. Está hambrienta, y debe tener la sustancia que pueda alimentarla.

La mayoría de nosotros se satisface con la explicación acerca de la causa del sufrimiento. Por lo tanto, no consideramos al sufrimiento como una cosa que debe ser resuelta radicalmente, una contradicción interna que necesitamos comprender. ¿Cómo hemos de comprender el sufrimiento? Podemos comprenderlo únicamente cuando se aquietan las explicaciones y son comprendidos y descartados todos los tipos de escapes, o sea, cuando vemos lo real en el sufrimiento. Pero es evidente que ustedes no quieren comprender el sufrimiento;

huyen al club, leen el periódico, practican *puja*, van al templo, se sumergen en la política o en el servicio social; cualquier cosa antes que enfrentarse a *lo que es*. Así, el cultivo de los escapes se ha vuelto mucho más importante que la comprensión del dolor; para ver que uno está escapando y poner fin a los escapes, se requiere una mente de gran inteligencia, una mente muy alerta.

Y bien, he explicado que el conflicto no genera un pensar creativo. Para que uno sea creativo, para poder producir lo que uno desea, tiene que haber paz en la mente y plenitud en el corazón. Si uno desea escribir, tener grandes pensamientos, investigar la verdad, es preciso que cese el conflicto; pero en nuestra civilización los escapes se han vuelto mucho más significativos que la comprensión del conflicto. Las cosas modernas nos ayudan a escapar, y escapar es carecer por completo de creatividad, es autoproyectarse. Eso no resuelve nuestro problema. Lo que sí lo resuelve es dejar de escapar, es vivir con el sufrimiento, porque, después de todo, para comprender algo uno debe concederle su atención total, y las distracciones son meros escapes. Comprender los escapes, que es ponerles fin comprendiendo su falsedad, y percibir el significado completo del sufrimiento, es un proceso de conocimiento propio; y sin conocimiento propio, sin conocernos a nosotros mismos de manera fundamental —no los meros efectos superficiales de nuestros actos, sino todo nuestro proceso interno, tanto el pensador como el pensamiento, tanto el actor como la acción—, sin ese conocimiento propio no hay base para el pensamiento. Podré repetir igual que un gramófono, pero no seré el autor de la música, no habrá un canto en mi corazón.

Así, pues, sólo gracias al conocimiento propio puede llegar a su fin el sufrimiento. Después de todo, ¿qué significa el sufrimiento? ¿Qué significa, no como una explicación verbal, sino como un hecho? ¿Cómo surge el sufrimiento, no según una observación científica, sino realmente? A fin de saber, de descubrir, es esencial el descontento. Uno debe estar completamente descontento para poder descubrir. Pero cuando hay descontento —y casi todos estamos descontentos—, encontramos un modo fácil de sofocar ese descontento. Nos convertimos en alguna cosa: oficinistas, gobernadores, ministros, lo que fuere, con tal de sofocar esa llama, esa chispa, esa insatisfacción. Tanto material como psicológicamente, queremos estar seguros, no queremos que se nos perturbe. Deseamos certidumbre, y donde la mente busca certidumbre, seguridad, no hay descontento; pero casi todos gastamos nuestras vidas haciendo esto, todos buscamos la seguridad. Obviamente, tiene que haber seguridad física: alimento, ropa y vivienda, pero eso se nos niega cuando buscamos la seguridad psicológica —siendo seguridad psicológica, la expansión propia por medio de las necesidades físicas—. Una casa no es importante en sí misma, excepto como resguardo y albergue, pero usamos la casa como un medio de exaltación personal. Por eso la propiedad se vuelve muy importante y, en consecuencia, creamos un sistema social que niega la correcta distribución del alimento, la ropa y la vivienda.

De modo que el descontento es lo que nos empuja, lo que crea, lo que nos

incita a actuar; y, si podemos comprender el descontento sin sofocarlo mediante la búsqueda de certidumbre, de seguridad psicológica, si podemos mantener viva esa llama del descontento, entonces nuestro problema es simple, porque ese descontento mismo es creativo, y desde ahí podemos seguir avanzando. Pero tan pronto sofocamos el descontento, o lo eliminamos, lo resistimos, lo ocultamos, la mente se interesa tan sólo en la conciliación de los efectos, y el descontento deja de ser un medio que nos impulsa a seguir adelante, a sumergirnos en algo desconocido. Por eso es importante que cada uno de nosotros se conozca de veras a sí mismo. El estudio de uno mismo no es un fin sino un comienzo, porque la comprensión de nosotros mismos no termina jamás; es un movimiento constante. Si se observan muy cuidadosamente, verán que no hay un momento fijo en el que puedan decir: "Comprendo la totalidad íntegra de mí mismo"; porque es como leer muchos volúmenes. Cuanto más nos estudiamos a nosotros mismos más hay para estudiar. Por lo tanto, el movimiento del "sí mismo", del "yo", no tiene un límite en el tiempo; y ese "yo" no es el superior o el inferior, sino el "yo" de instante en instante, con sus actos, sus pensamientos, sus palabras. Ese conocimiento de "uno mismo" es el principio de la sabiduría, y en ese conocimiento propio uno descubre un estado de absoluta serenidad en el que la mente no es aquietada, sino que está espontáneamente quieta; sólo cuando la mente se halla quieta, en silencio, cuando no está atrapada en el proceso del pensamiento u ocupada con sus propias creaciones, sólo entonces, hay creatividad y la realidad se manifiesta. Esta creatividad, esta percepción de la realidad es lo que nos liberará de nuestro problema, no así la búsqueda de una respuesta al problema.

El conocimiento propio es, entonces, el principio de la meditación, y sin conocimiento propio no hay meditación. El conocimiento propio no es algo que se adquiere de un libro, de un gurú o un maestro. Empieza con la comprensión de uno mismo de instante en instante, y esa comprensión requiere que concedamos atención plena, en cualquier momento dado, a cada uno de nuestros pensamientos, sin que haya un fin en vista, ya que no puede haber atención completa si hay condena o justificación. Cuando la mente condena o justifica, lo hace ya sea para negar lo que percibe o para escapar de ello. Es más fácil censurar a un niño que comprenderlo. De igual manera, cuando surge un pensamiento, es más fácil eliminarlo o disciplinarlo que concederle nuestra atención indivisa y, de tal modo, descubrir su pleno significado. Por consiguiente, el problema es comprendernos a nosotros mismos, y eso podemos abordarlo correctamente sólo cuando no hay justificación ni condena ni resistencia; entonces uno encontrará que el problema se despliega igual que un mapa.

Para descubrir lo eterno, es indispensable comprender el proceso de la mente. Ustedes no pueden pensar acerca de lo desconocido; pueden pensar únicamente en lo conocido, y lo conocido no es lo real. No es posible pensar sobre la realidad, meditar sobre ella, representarla o formularla; si lo hacen, eso no es lo real, porque es tan sólo la proyección de la mente. Cuando cesa el proceso del pensamiento, cuando la mente se halla literal y completamente

quieta —y la quietud puede llegar sólo gracias al conocimiento propio—, únicamente entonces, comprendemos la realidad. Y lo que resuelve nuestros problemas es lo real, no nuestras hábiles distracciones y nuestros escapes ideados.

Tengo varias preguntas aquí, y procuraré contestarlas lo más breve y claramente que pueda.

Pregunta: Tengo padres que son ortodoxos y que dependen de mí, pero yo he dejado de creer en su ortodoxia. ¿Cómo he de habérmelas con semejante situación? Esto es para mí un verdadero problema.

KRISHNAMURTI: Bien, ¿por qué ha dejado uno de ser ortodoxo? Antes de decir: "He dejado de ser ortodoxo", ¿no debe averiguar por qué, cuál es la razón? ¿Es porque ve que la ortodoxia religiosa es mera repetición sin mucho sentido, una armazón dentro de la cual el hombre vive porque tiene miedo de ir más lejos y descubrir? ¿O ha abandonado usted la ortodoxia como una mera reacción, porque la actitud moderna consiste en rechazar lo antiguo, lo viejo? ¿Ha rechazado lo viejo sin comprenderlo, lo cual no es sino comprensión? Si ése es el caso, es algo muy diferente, genera un problema completamente distinto. Pero si ha dejado de ser ortodoxo porque ve que una mente atrapada en la tradición, en el hábito, carece de comprensión, entonces conoce el pleno significado de la ortodoxia. No sé qué es lo que usted ha hecho: o la ha dejado bajo protesta, o la ha abandonado, o la ortodoxia se ha desprendido naturalmente de usted porque la comprende.

Ahora bien, si es lo último, entonces, ¿cuál es su responsabilidad hacia esas personas cercanas a usted que son ortodoxas? ¿Debe usted ceder a su ortodoxia porque son su padre y su madre, y quizá lloren y le causen dificultades en el hogar diciéndole que es un hijo ingrato? ¿Debe usted ceder a ellos porque le causan pena? ¿Cuál es su responsabilidad? Si cede, entonces su comprensión de la ortodoxia no tiene sentido; entonces es usted conciliatorio, no quiere preocuparse, prefiere que las cosas se queden como están. Pero, por cierto, usted *debe* preocuparse, una revolución es esencial, no la clase sangrienta de revolución, sino una revolución psicológica, que es mucho más importante que la mera revolución en los efectos externos. La mayoría de nosotros teme tener una revolución fundamental; cedemos ante nuestros padres diciendo: "Ya hay suficientes contratiempos en este mundo tal como está, ¿para qué debo agregar más?". Pero ésa no es la respuesta, ¿verdad? Cuando uno tiene un contratiempo, éste debe ser expuesto, descubierto y examinado. Aceptar simplemente una actitud, hacer concesiones a mis padres porque ellos van a ocasionarme contratiempos —echarme a patadas de la casa, etc.—, eso no origina claridad, sino que tan sólo oculta, reprime el conflicto; y un conflicto reprimido actúa como un veneno en el sistema, en el ser psicológico.

Si hay tensión entre usted y sus padres, esta contradicción debe ser afrontada si usted quiere vivir creativamente, felizmente; pero, como la mayoría de nosotros no quiere llevar una vida creativa y está satisfecha con su embota-

miento, dice: "Está todo muy bien, cederé". Al fin y al cabo, la relación con otro, en especial con un padre, una madre, un hijo, es algo muy difícil, porque para la mayoría de nosotros, la relación es un mero asunto de gratificación. No queremos ningún contratiempo en la relación. Ciertamente, una persona que al relacionarse está buscando gratificación, satisfacción, comodidad, seguridad, deja de tener una relación vital; convierte esa relación en una cosa muerta. A fin de cuentas, ¿qué es la relación? ¿Qué función desempeña? Es, sin duda, un medio por el cual me descubro a mí mismo. Es un proceso de autorrevelación, pero si la autorrevelación resulta ingrata, insatisfactoria, perturbadora, no queremos seguir examinándola más. Así, la relación se convierte en un mero instrumento de comunicación y, por ende, en una cosa muerta. Pero si la relación es un proceso activo en el que nos revelamos ante nosotros mismos, en el que me descubro como en un espejo, entonces esa relación no sólo genera conflicto, perturbación, sino que desde ella surgen la claridad y el júbilo.

La pregunta es, entonces: No siendo usted ortodoxo, ¿cuál es su responsabilidad hacia la persona que depende de usted? Ahora bien, cuanto más avanza uno en años, tanto más ortodoxo se vuelve; es decir, debido a que uno sabe que pronto llegará el fin de su vida e ignora qué le espera del otro lado, busca salvaguarda, seguridad en ambos lados. Pero un hombre que cree en algo sin comprenderlo es, obviamente, estúpido; y, ¿debe uno alentar la estupidez? La creencia genera antagonismo, la naturaleza misma de la creencia es dividir: usted cree en una cosa, yo creo en otra; usted es comunista, yo soy capitalista, lo cual no es sino un asunto de creencia; usted se autotitula hindú, yo me autotitulo musulmán, y nos matamos despiadadamente el uno al otro. De modo que la creencia es, evidentemente, un ardid que pone al hombre contra el hombre. Reconociendo todos estos factores, ¿cuál es su responsabilidad? ¿Puede uno aconsejar a otro lo que debe hacer? Usted y yo podemos discutir un problema, pero a usted le corresponde actuar después de investigarlo. Para investigarlo, debe prestar atención, y tiene que afrontar las consecuencias de lo que decida, no puede delegar su decisión en mí o en alguna otra persona.

Eso quiere decir que comprende y que está totalmente dispuesto a afrontar la dificultad, a que lo echen de la casa, a que lo consideren un hijo ingrato, y todas esas cosas; eso significa que para usted la ortodoxia carece de importancia, pero que la verdad, que es la comprensión del problema, importa inmensamente, de modo que está preparado para enfrentarse a las dificultades. Pero muy pocos de nosotros queremos la pura felicidad que la verdad trae consigo; queremos tan sólo gratificación y, por eso, hacemos concesiones y decimos: "Muy bien, haré lo que tú deseas que haga pero, por el amor de Dios, déjame tranquilo". De esa manera ustedes jamás crearán una sociedad nueva, una nueva cultura.

Pregunta: La conclusión universalmente aceptada de los intelectuales modernos, es que los educadores han fracasado. ¿Cuál es, entonces la tarea de aquéllos cuya función es enseñar a los jóvenes?

KRISHNAMURTI: Hay diversos problemas contenidos en esto y, para comprenderlos, uno debe examinarlos muy detenidamente. Ante todo, ¿por qué tenemos hijos? ¿Es, acaso, un mero accidente, un acontecimiento no deseado? ¿Tienen hijos para que ellos continúen con el apellido de ustedes, con el título, con la clase social a que pertenecen? ¿O aman y, por lo tanto, tienen hijos? ¿Cuál de esas cosas es? Si tienen hijos tan sólo como juguetes, algo para entretenerse con ello, o si se sienten solos y los hijos los ayudan a encubrir esa soledad, entonces los hijos se tornan importantes porque son la proyección de ustedes mismos. Pero si los hijos no son un mero medio de entretenimiento o un resultado accidental, si realmente los aman en el profundo sentido de la palabra —y amarlos es estar en profunda comunión con ellos—, entonces la educación tiene un significado por completo diferente.

Si, como padre, usted ama realmente a sus hijos, verá que ellos tengan la correcta clase de educación. En otras palabras, debe ayudarse a los hijos a que sean inteligentes, sensibles, a que tengan una mente y un corazón flexibles, capaces de habérselas con cualquier situación. Por cierto, si de veras ama a su hijo, usted, como padre, no será nacionalista, no pertenecerá a ningún país, a ninguna religión organizada, porque si es nacionalista, si rinde culto al Estado, destruye inevitablemente a su hijo, ya que está generando guerra. Si de veras ama a su hijo, descubrirá cuál es la exacta relación que usted tiene con la propiedad, porque lo que ha dado tan enorme significación a la propiedad es el instinto posesivo, el cual está destruyendo al mundo. Además, si usted ama realmente a su hijo, no pertenecerá a ninguna religión en particular, porque la creencia genera antagonismo entre los seres humanos. Si usted ama a su hijo, no hará todas estas cosas. De modo que ése es un aspecto.

El otro aspecto es que el educador necesita educación. ¿Para qué educan ustedes a sus hijos? ¿Para que se conviertan en oficinistas, o en oficinistas glorificados: gobernadores, ingenieros, técnicos? ¿Es la vida nada más que eso, tan sólo un asunto de oficinistas glorificados, técnicos, mecánicos, seres humanos convertidos en carne de cañón? ¿Cuál es el propósito y el sentido de la educación? ¿Lanzar al mundo militares, abogados y policías? Por cierto, las ocupaciones de militar, abogado y policía no son profesiones apropiadas para seres humanos decentes. *(Risas).* No lo tomen a risa. Al tomarlo a risa, lo hacen a un lado. Ustedes pueden ver que estas profesiones no contribuyen al bienestar total del hombre, si bien pueden ser necesarias en una sociedad que ya se ha vuelto corrupta. En consecuencia, deben ustedes descubrir, en primer lugar, por qué tienen hijos y para qué los están educando. Si usted educa a su hijo con el único fin de que sea un técnico, es natural que, para educarlo, encuentre al mejor técnico, y entonces su hijo será convertido en una máquina, se disciplinará para amoldarse a un patrón social. ¿Es eso todo lo que hay para nuestra existencia, nuestra lucha y nuestra felicidad? ¿Tan sólo convertirnos en mecánicos, expertos en tanques y aviones, científicos, físicos que inventan nuevos medios de destrucción? Por lo tanto, la educación es responsa-

bilidad de ustedes, ¿no es así? ¿Qué es lo que quieren que sus hijos sean o no sean? ¿Cuál es el propósito de la existencia? Si es tan sólo el de ajustarnos a un sistema, el de eclipsarnos dentro de un partido político, entonces la cosa es muy simple; entonces, todo lo que tienen que hacer es amoldarse y encajar en el sistema. Pero, si el sentido de la vida es el de ser vivida rectamente, con plenitud, júbilo, sensibilidad, entonces tiene que haber un proceso de educación por completo diferente en el cual haya cultivo de la sensibilidad, de la inteligencia, y no de la mera técnica, aunque la técnica sea necesaria.

Así, pues, como padre —y sólo Dios sabe por qué son ustedes padres— tiene que descubrir cuál es su responsabilidad. Señores, ¡con qué facilidad "aman" ustedes! Dicen que aman, pero en realidad no aman a sus hijos. Carecen de sensibilidad. Aceptan como inevitables los sucesos y las condiciones sociales; no desean transformarlas, generar una revolución y dar origen a una cultura nueva, a una sociedad nueva. De ustedes depende, sin duda, la clase de educación que tendrán sus hijos. Como dice el interlocutor, la educación en todo el mundo ha fracasado, ha producido catástrofe tras catástrofe, destrucción y más destrucción, derramamientos de sangre, violaciones y asesinatos. Es obvio que la educación ha fracasado, y si ustedes recurren a los expertos, a los especialistas, para que eduquen a sus hijos, el desastre debe continuar, ya que los especialistas mismos, al interesarse tan sólo en la parte y no en el todo, son inhumanos. Por cierto, lo primero y fundamental es tener amor, porque si hay amor, éste encontrará la manera de educar correctamente a los niños.

Pero ya lo ven, somos todo cerebro y no corazón; hemos cultivado el intelecto, y debido a que estamos tan desequilibrados en lo interno, surge el problema de qué hacer con nuestros hijos. Es obvio que el educador mismo necesita educarse; y el educador es usted, porque el ambiente del hogar es tan importante como el ambiente de la escuela. De modo que, a fin de dar el ambiente apropiado al niño, primero tienen que transformarse ustedes, porque el ambiente puede hacer de él un bruto, un técnico insensible, o un muy sensible e inteligente ser humano. El ambiente, el medio, es uno mismo en su acción, y a menos que uno mismo se transforme, el medio, o sea, la sociedad actual en que vivimos, debe inevitablemente dañar al niño, tornarlo rudo, grosero, falto de inteligencia.

Por cierto, señores, aquéllos que se interesan seriamente en el problema comenzarán a transformarse y, de tal modo, transformarán a la sociedad; esto, a su vez, dará origen a nuevos medios de educación. Pero ustedes no se interesan de verdad. Escucharán todo esto y dirán: "Sí, estamos de acuerdo, pero es demasiado impracticable". No lo consideran una responsabilidad directa; esto no les interesa realmente, de manera fundamental. Si de veras amaran a sus hijos y supieran que la guerra está próxima, como es inevitable que ocurra, ¿quieren decir que no actuarían, que no encontrarían el modo de detener la guerra? Vean, nosotros no amamos; usamos la palabra *amor*, pero el contenido de esa palabra ya no tiene sentido alguno. Nos limitamos a usar la palabra sin

una base real, sin sustancia, y vivimos tan sólo de la palabra, así que el problema sigue ahí y tenemos que afrontarlo. Y no digan que no les he mostrado una salida. La salida es uno mismo y la relación que uno tiene con sus hijos, su esposa, su sociedad. Uno es la chispa de luz, uno es la esperanza; de lo contrario, no hay manera alguna de salir de esto.

Miren lo que está sucediendo. Cada vez más, los gobiernos toman a su cargo la educación, lo cual implica que desean producir seres eficientes, ya sea como técnicos o para la guerra; por eso, los niños tienen que ser regimentados y se les ha de decir lo que deben pensar, no cómo pensar. Se les enseña a vivir a base de propaganda, de consignas. Como los que están en el poder no desean ser molestados y sólo quieren conservar el poder, se ha vuelto función del gobierno mantener el statu quo con ligeras alteraciones aquí y allá. Tomando, pues, en consideración todos estos factores, ustedes tienen que descubrir cuál es el sentido de la existencia, por qué están viviendo, por qué están produciendo hijos; y tienen que descubrir cómo crear un medio nuevo, porque lo que es el medio, eso es nuestro hijo. Él escucha lo que hablamos, repite lo que las personas mayores piensan y hacen. Debemos, pues, crear un medio apropiado, no sólo en el hogar, sino en el mundo exterior, que es la sociedad; y hemos de crear una clase nueva de gobierno que sea radicalmente distinta, un gobierno no basado en el nacionalismo, en el Estado soberano con sus ejércitos y sus eficientes medios de asesinar a la gente. Eso implica ver nuestra responsabilidad en la relación; y vemos de hecho esa responsabilidad en la relación, sólo cuando amamos a alguien. Cuando hay plenitud en nuestro corazón, encontramos un modo apropiado de obrar. Esto es urgente, es inminente; no podemos esperar a que vengan los expertos y nos digan cómo educar a nuestros hijos. Únicamente aquéllos que aman encontrarán el modo, porque los corazones que acuden a los expertos, están vacíos.

Y bien, ustedes han escuchado todo esto, y ¿cuál es su reacción? Dirán: "Sí, muy lindo, muy bien, eso debe hacerse, pero dejemos que algún otro empiece", lo cual implica, en realidad, que no aman a sus hijos, que no tienen relación con sus hijos. Cuanto más irresponsables se vuelven ustedes, tanto más el Estado asume toda la responsabilidad —siendo el Estado los pocos, el partido político de la derecha o de la izquierda—. Ustedes mismos tienen que resolver esto, porque nos enfrentamos a una gran crisis; no a una crisis verbal, no a una crisis política o económica, sino a una crisis de degradación, de desintegración humana. Por lo tanto, esto es responsabilidad de ustedes, como padres, como madres; tienen que transformarse a sí mismos.

Éstas no son meras palabras en las que me complazco. Uno ve esta calamidad que se aproxima tan peligrosamente, y nosotros permanecemos aquí sin hacer nada al respecto; o si lo hacemos, acudimos a algún líder y le entregamos nuestro corazón. Es un hecho obvio que cuando ustedes siguen a un líder, escogen a ese líder desde la confusión que experimentan; por lo tanto, el líder mismo está confuso. *(Risas).* No lo tomen a broma como si fuera un comentario ingenioso; tengan la bondad de considerarlo, vean lo que están haciendo. Son

ustedes los responsables por el horror espantoso al que hemos llegado, y no quieren afrontarlo. Se van de aquí y hacen lo mismo que hicieron ayer, y sienten que la responsabilidad de ustedes se termina cuando entregan a sus hijos en manos de un maestro que les enseña y los golpea. ¿No lo ven? A menos que amen a sus esposas, a sus hijos, y no los usen tan sólo como una herramienta o un medio para la propia gratificación, a menos que se sientan realmente conmovidos por esto, no encontrarán un modo apropiado de educar a sus hijos. Educarlos implica estar interesados en el proceso total de la vida. Lo que ustedes piensan, hacen y dicen, importa infinitamente, porque eso crea el medio, y el niño es, entonces, una creación del medio.

Pregunta: El matrimonio es una parte necesaria de cualquier sociedad organizada, pero usted parece estar contra la institución del matrimonio. ¿Qué dice al respecto? Por favor, explique también el problema del sexo. ¿Por qué se ha vuelto, junto a la guerra, el más urgente problema de nuestros días?

KRISHNAMURTI: Formular una pregunta es fácil, pero lo difícil es examinar cuidadosamente el problema mismo, el cual contiene la respuesta. Para comprender este problema, debemos ver sus enormes implicaciones. Eso es difícil, porque nuestro tiempo es muy limitado y tendré que ser breve, y si no sigue esto muy atentamente, quizá no pueda comprenderlo. Investiguemos el problema, no la respuesta, porque la respuesta se halla en el problema, no lejos de él. Cuanto más comprendo el problema, tanto más claramente veo la respuesta. Si usted se limita a buscar una respuesta, no encontrará ninguna, porque estará buscando una respuesta alejada del problema. Consideremos el matrimonio, pero no teóricamente o como un ideal, lo cual es más bien absurdo; no idealicemos el matrimonio, mirémoslo tal como es, porque entonces haremos algo al respecto. Si usted convierte el matrimonio en algo de color rosado, no podrá actuar, pero si lo mira y lo ve exactamente como es, entonces quizá sea capaz de actuar.

Ahora bien, ¿qué ocurre realmente? Cuando uno es joven, el impulso biológico, sexual, es muy fuerte y, con el fin de ponerle un límite, tienen ustedes la institución llamada matrimonio. El impulso biológico existe en ambas partes, de manera que se casan y tienen hijos. Se atan, el hombre a la mujer y la mujer al hombre, por el resto de sus vidas; al hacerlo así disponen de una fuente constante de placer, una seguridad garantizada, con el resultado de que comienzan a desintegrarse. Viven en un ciclo de hábitos, y el hábito es desintegración. Comprender este impulso biológico, sexual, requiere muchísima inteligencia, pero no nos han educado para ser inteligentes. Nos limitamos a continuar con una mujer o un hombre con quien tenemos que convivir. Me caso a los 20 ó 25 años, y tengo que vivir por el resto de mi vida con una mujer a la que no he conocido. No he conocido nada acerca de ella; sin embargo, ustedes me piden que viva con ella por el resto de mi vida. ¿Llaman a eso matrimonio?

A medida que crezco y observo, encuentro que ella es por completo diferente de mí, sus intereses son diferentes de los míos; ella se interesa en clubes, yo me intereso en ser muy serio, o viceversa. No obstante, tenemos hijos, ¡eso es lo extraordinario! Señores, no se sonrían mirando a las señoras; es el problema de ustedes. Así, pues, he establecido una relación cuyo significado no conozco; ni lo he descubierto ni lo he comprendido.

Únicamente para los muy, muy pocos que aman, la relación matrimonial tiene un significado, y entonces es indestructible, entonces no es mero hábito o conveniencia ni está basada en la necesidad biológica, sexual. En ese amor, que es incondicional, las identidades se fusionan, y en una relación así hay esperanza. Pero, para la mayoría de ustedes, en la relación matrimonial no existe tal fusión. A fin de poder fusionar las identidades separadas, ambos tienen que conocerse a sí mismos. Eso significa amar. Pero no hay amor, eso es un hecho obvio. El amor es fresco, nuevo, no mera gratificación, no mero hábito. Es incondicional. Ustedes no tratan de esa manera a sus esposas o esposos, ¿verdad? Él vive en su aislamiento y ella vive en el suyo, y han establecido sus hábitos de placer sexual asegurado. ¿Qué le sucede a un ser humano que tiene una renta asegurada? Se deteriora, no caben dudas. ¿No lo han notado? Observen a un hombre que tiene una renta asegurada, y pronto verán con cuánta rapidez la mente de ese hombre se marchita. Puede tener una gran posición, una gran reputación por su habilidad, pero el júbilo pleno de la vida lo ha abandonado.

De igual manera, el matrimonio constituye para ustedes una fuente permanente de placer, un hábito sin amor, sin comprensión, y están forzados a vivir en ese estado. No les estoy diciendo lo que deberían hacer, sino que miren primero el problema. ¿Piensan que eso está bien? Lo cual no quiere decir que usted deba deshacerse de su esposa y perseguir a otra persona. ¿Qué significa esta relación? Por cierto, amar es estar en comunión con alguien, pero ¿está usted en comunión con su esposa, excepto físicamente? Excepto físicamente, ¿la conoce? ¿Lo conoce ella a usted? ¿Acaso no están ambos aislados, cada cual persiguiendo sus propios intereses, sus propias ambiciones y necesidades, cada cual buscando en el otro gratificación, seguridad, ya sea económica o psicológica? Una relación así no es relación en absoluto, es un proceso mutuamente aislador de necesidades psicológicas, biológicas y económicas, y su resultado obvio es conflicto, desdicha, riñas, temor posesivo, celos, etc. ¿Piensan ustedes que una relación así puede producir otra cosa que criaturas desagradables y una desagradable civilización?

En consecuencia, lo importante es que vea todo el proceso, no como algo reprensible, sino como un hecho real que tiene lugar bajo sus mismas narices; y, al darse cuenta de eso, ¿qué va usted a hacer? No puede dejarlo así, pero, debido a que no quiere examinarlo, se dedica a la bebida, a la política, a una mujer que encuentra a la vuelta de la esquina, a cualquier cosa que lo aleje de la casa y de esa esposa regañona; y piensa que así ha resuelto el problema. Ésa es la vida de ustedes, ¿no es así? Tienen, pues, que hacer algo al respecto, lo cual implica que deben afrontarlo y, de ser necesario, separarse; porque cuan-

do un padre y una madre están constantemente regañándose y peleando, ¿creen que eso no tiene ningún efecto sobre los hijos? Y ya hemos considerado, en una pregunta anterior, la educación de los hijos.

Así, pues, el matrimonio es un hábito, es un cultivo de placer habitual, un factor de deterioro, porque en el hábito no hay amor. El amor no es cosa de hábito; el amor es algo jubiloso, creativo, siempre nuevo. Por lo tanto, el hábito es lo contrario del amor, pero ustedes están atrapados en el hábito y, naturalmente, la relación habitual que tienen con la otra persona es una relación muerta. Volvemos, pues, a la cuestión fundamental, o sea, a que la reforma de la sociedad depende de ustedes, no de la legislación. La legislación sólo puede contribuir a más hábito o conformidad. En consecuencia, cada uno de ustedes como individuo responsable en la relación, tiene que hacer algo: tiene que actuar, y uno puede actuar sólo cuando hay un despertar de su mente y de su corazón. Veo que algunos de ustedes inclinan sus cabezas en señal de acuerdo conmigo, pero el hecho obvio es que no quieren asumir la responsabilidad de la transformación, del cambio; no quieren enfrentarse al cataclismo de descubrir qué implica vivir rectamente. Y entonces el problema continúa; ustedes disputan, riñen y prosiguen igual; y finalmente, mueren, y cuando mueren, alguien —él o ella— llora, no por el otro semejante, sino por su propia soledad. Y así continúan sin cambiar, y piensan que son seres humanos capaces de legislar, de ocupar altas posiciones, de hablar acerca de Dios, de encontrar un modo de detener las guerras, etc. Ninguna de estas cosas significa nada, porque no han resuelto ninguna de las cuestiones fundamentales.

Luego, la otra parte del problema es el sexo y la razón de que el sexo se haya vuelto tan importante. ¿Por qué este impulso se ha apoderado tanto de ustedes? ¿Lo han considerado alguna vez? no lo han considerado porque simplemente han cedido a él; no han investigado por qué existe este problema. Señores, ¿por qué tienen este problema? Y ¿qué ocurre cuando lo abordan reprimiéndolo completamente —ustedes saben, el ideal del *bramacharya*, etc.—? ¿Qué ocurre? El problema sigue ahí. Se resienten con cualquiera que hable de una mujer, y piensan que pueden tener éxito en reprimir completamente el impulso sexual y en resolver de ese modo su problema, pero están obsesionados por él. Es como vivir en una casa y poner todas las cosas feas en una habitación, pero las cosas siguen estando en la casa. Así, la disciplina no va a resolver este problema, siendo la disciplina sublimación, represión, sustitución; ustedes ya han intentado eso, y no es la salida. Entonces, ¿cuál es la salida? La salida es comprender el problema, y comprender no es condenar ni justificar. Considerémoslo, entonces, de ese modo.

¿Por qué el sexo se ha vuelto un problema tan importante en nuestras vidas? El acto sexual, el sentimiento que implica, ¿no es una forma de olvidarnos de nosotros mismos? ¿Comprenden lo que quiero decir? En el acto sexual hay una fusión completa; en ese instante, hay una cesación total del conflicto; uno se siente supremamente dichoso, porque ya no experimenta como una entidad separada, y no está consumido por el miedo. Es decir, por un momento

llega a su fin la conciencia del "yo", y uno siente la claridad que trae consigo el olvido de sí mismo, el júbilo de la abnegación propia. Así es cómo el sexo se ha vuelto importante, porque en todas las otras direcciones uno vive una existencia de conflicto, de exaltación personal y frustración.

Señores, observen sus vidas —en lo político, social y religioso—; están luchando por llegar a ser algo o alguien. Políticamente, quieren ser alguien poderoso, tener posición, prestigio. No miren a otro, no miren a los ministros. Si les dieran todo eso, ustedes harían la misma cosa. Así, políticamente, están luchando por ser alguien, buscan la expansión propia, ¿no es así? Debido a eso, están creando conflicto; no hay negación, abnegación del "yo". El mismo proceso prosigue en la relación que tienen con las cosas y se refleja en la posesión de la propiedad, así como en la religión que siguen. No hay sentido en lo que hacen, en sus prácticas religiosas. Simplemente creen, se aferran a sus rótulos, a las palabras. Si observan, verán que tampoco allí están libres de la conciencia del "yo", de la conciencia egocéntrica. Aunque su religión dice: "Olvídate de ti mismo", todo el proceso de ustedes es la afirmación propia, cada uno sigue siendo la entidad importante. Podrá leer el Gita o la Biblia, pero sigue siendo el ministro, el explotador que se traga a la gente y edifica templos.

Así, pues, en cada campo, en cada actividad, ustedes se complacen en sí mismos y acentúan su importancia, su prestigio, su seguridad personal. En consecuencia, queda una sola fuente de olvido propio, y es el sexo; por esa razón el hombre y la mujer se vuelven sumamente importantes el uno para el otro y deben poseerse. De este modo, construyen una sociedad que hace cumplir esa posesión, la garantiza y, naturalmente, el sexo se vuelve el problema más importante, puesto que en todo lo demás el "yo" es lo fundamental. ¿Y piensan ustedes, señores, que uno puede vivir en ese estado, sin contradicción, sin desdicha, sin frustración? Pero, cuando honesta y sinceramente no hay acentuación del "yo", entonces, ya sea en la religión o en la actividad social, el sexo significa muy poco. Se convierte en un problema debido a que uno tiene miedo de ser una nulidad —política, social y religiosamente—. Pero si en todas estas cosas uno se permitiera ser "menos", vería que el sexo deja por completo de ser un problema.

Hay castidad sólo cuando hay amor. Cuando hay amor, se termina el problema del sexo; y sin amor es absurdo perseguir el ideal de *bramacharya*, porque el ideal carece de realidad. Lo real es lo que somos, y si no comprendemos nuestra mente, el funcionamiento de nuestra propia mente, no comprenderemos el sexo, porque el sexo es una cosa de la mente. El problema no es simple. Requiere reflexión e investigación en nuestras relaciones con las personas, con la propiedad y con las ideas, no prácticas formadoras de hábitos. Señor, eso significa que usted tiene que experimentar una exploración tenaz en su corazón y en su mente y, de tal modo, generar una transformación interna. El amor es casto, y cuando hay amor y no la mera idea de castidad elaborada por la mente, el sexo ha perdido su carácter de problema y tiene un significado por completo diferente.

Pregunta: En mi opinión, el gurú es uno que me despierta para la verdad, para la realidad. ¿Qué hay de malo en que me dirija a un gurú así?

KRISHNAMURTI: Esta pregunta surge porque yo he dicho que los gurúes son un impedimento para la verdad. No diga que usted está equivocado y que yo estoy en lo cierto, o que yo estoy equivocado y el que está en lo cierto es usted; examinemos el problema y descubramos. Investiguemos como personas maduras, reflexivas, sin negar ni justificar nada.

¿Qué es más importante, el gurú o usted? ¿Y por qué acude a un gurú? Usted dice: "Para que me despierte a la verdad". ¿Va realmente al gurú para que lo despierte a la verdad? Consideremos esto muy claramente. Por cierto, cuando acude a un gurú, en realidad va en busca de gratificación. Es decir, tiene un problema y su vida es una confusión; debido a que quiere huir de esa confusión, acude a alguien a quien llama gurú, ya sea para encontrar consuelo verbalmente o para escapar mediante una ideación. Ése es el proceso real, y a ese proceso lo llama buscar la verdad. Es decir, usted desea gratificación, consuelo, desea que alguien aclare su confusión, y a la persona que lo ayuda a encontrar escapes, la llama gurú.

De hecho, no teóricamente, acude a un gurú que le dé seguridad acerca de lo que usted desea. Va a la caza de gurúes como va a recorrer los escaparates de las tiendas: ve lo que mejor le conviene y lo compra. En la India, ésa es la situación: ustedes recorren el país a la caza de gurúes, y cuando encuentran uno se aferran a sus pies o a su cuello o a su mano hasta que él los gratifica. ¡Tocar los pies de un hombre!... es una de las cosas más extraordinarias que hacen. Tocan los pies del gurú y patean a los sirvientes; de tal modo, destruyen a los seres humanos, pierden la significación humana. Así, pues, acuden a un gurú para encontrar gratificación, no la verdad. La idea puede ser que él debería despertarlos para la verdad, pero el hecho real es que ustedes encuentran consuelo. ¿Por qué? Porque dicen: "No puedo resolver mi problema, alguien tiene que ayudarme". ¿Puede persona alguna ayudarlos a resolver la confusión que ustedes han creado? ¿Qué es la confusión? ¿Confusión con respecto a qué? ¿Sufrimiento con respecto a qué? La confusión y el sufrimiento existen en la relación que tienen con las cosas, las personas y las ideas; y si no pueden comprender esa confusión que ustedes han creado, ¿cómo puede otro ayudarlos? Podrá decirles qué hacer, pero es uno mismo quien debe hacerlo, la responsabilidad es de uno; debido a que no estamos dispuestos a asumir esa responsabilidad, nos escabullimos acudiendo al gurú —ésa es la expresión exacta, "escabullirse"— y pensamos que hemos resuelto el problema. Por el contrario, no lo hemos resuelto en absoluto; hemos escapado, pero el problema sigue ahí. Y, curiosamente, ustedes siempre escogen un gurú que les asegure lo que desean; en consecuencia, no buscan la verdad, por lo cual el gurú no es importante. En realidad, buscan a alguien que los satisfaga en sus deseos; por eso crean un líder, religioso o político, se entregan a él y aceptan su autoridad. La

autoridad, tanto religiosa como política, es nefasta, porque lo que adquiere suma importancia es el líder y su posición; uno mismo es poco importante. Uno es un ser humano con dolor, angustia, sufrimiento, alegría, y cuando se niega a sí mismo y se entrega a alguien, está negando la realidad, porque sólo a través de nosotros mismos podemos dar con la realidad, no a través de alguna otra persona.

Ahora bien, usted dice que acepta a un gurú como a alguien que lo despierta para la realidad. Averigüemos si es posible que otro lo despierte para la realidad. Espero que estén siguiendo todo esto, porque es el problema de ustedes, no el mío. Investiguemos la verdad al respecto. ¿Puede otro despertarlos para la realidad? ¿Puedo yo, que he estado hablando durante una hora y media, despertarlos para la realidad, hacer que cobren conciencia de lo real? El vocablo *gurú* implica, ¿no es así?, un hombre que los conduce hacia la verdad, hacia la felicidad, hacia la bienaventuranza eterna. ¿Es la verdad algo estático hacia lo cual alguna persona puede conducirlos? Alguien puede dirigirlos hacia la estación del ferrocarril. ¿La verdad es como eso? ¿Es algo estático, permanente, hacia lo cual podemos ser dirigidos? Es estática cuando la creamos desde nuestro propio deseo de confortación. Pero la verdad no es estática; nadie puede conducirlos hacia la verdad. Cuídense de la persona que afirma poder conducirlos hacia la verdad, porque esa persona no es auténtica.

La verdad es algo desconocido, es de instante en instante; no puede ser captada por la mente, no puede ser formulada, no tiene un lugar de descanso. Por lo tanto, nadie puede conducirlos hacia la verdad. Ustedes podrán preguntarme: "¿Por qué habla usted aquí?". Todo cuanto estoy haciendo es señalarles *lo que es* y cómo comprender *lo que es* tal como es, no como debería ser. No les hablo acerca del ideal, sino acerca de algo que está justo frente a ustedes, y a ustedes les corresponde mirar y verlo. En consecuencia, ustedes son más importantes que yo, más importantes que cualquier maestro, cualquier salvador, cualquier consigna, cualquier creencia, porque pueden encontrar la verdad sólo a través de sí mismos, no de otro. Cuando repiten la verdad de otro, eso es una mentira. La verdad no puede ser repetida. Todo cuanto pueden hacer es ver el problema tal como es y no escapar. Cuando ven la cosa como realmente es, entonces sí comienzan a despertar, no cuando son coaccionados por otro. No hay más salvador que uno mismo. Cuando tenemos el propósito firme y la atención necesaria para mirar directamente *lo que es*, entonces esa atención misma nos despierta, porque la atención lo contiene todo. Para prestar atención, debemos estar dedicados a *lo que es*, y para comprender *lo que es*, debemos tener conocimiento de ello. Por lo tanto, debemos mirarlo, observarlo, concederle nuestra atención indivisa, porque todas las cosas están contenidas en esa atención plena que dedicamos a *lo que es*.

Así, pues, el gurú no puede despertarlos; todo cuanto puede hacer es señalar *lo que es*. La verdad no es una cosa que pueda ser atrapada por la mente. El gurú puede darles palabras, puede darles una explicación, símbolos de la mente, pero el símbolo no es lo real, y si ustedes quedan aprisionados en

el símbolo, jamás encontrarán el camino. Lo importante, pues, no es el maestro, no es el símbolo ni la explicación, sino aquél que está buscando la verdad. Buscar correctamente es dedicar atención plena, no a Dios, no a la verdad —porque ustedes no la conocen—, sino al problema de la relación que tienen con la esposa, con los hijos, con el prójimo. Cuando establecen una relación genuina, entonces aman la verdad, porque la verdad no es algo que pueda ser comprado, no surge a la existencia por obra de la autoinmolación o de la repetición de mantras. La verdad se manifiesta sólo cuando hay conocimiento propio. El conocimiento propio trae comprensión, y cuando hay comprensión, no hay problemas. Al no haber problemas, la mente está quieta, ya no se halla más atrapada en sus propias creaciones. Cuando la mente no crea problemas, cuando comprende cada problema inmediatamente apenas surge, está completamente silenciosa; no es una mente que ha sido silenciada.

Este proceso total es percepción alerta, y genera un estado de inalterada serenidad que no es consecuencia de ninguna disciplina, de ninguna práctica o control, sino que es la consecuencia natural de comprender cada problema tan pronto surge. Los problemas se suscitan tan sólo en la relación, y cuando comprendemos nuestra relación con las cosas, las personas y las ideas, no hay perturbación de ninguna clase en la mente, y el proceso del pensamiento está en silencio. En ese estado no hay ni pensador ni pensamiento, no existen ni el observador ni lo observado. Por lo tanto, al cesar el pensador, la mente ya no está aprisionada en el tiempo, y donde no existe el tiempo, manifiesta su existencia lo intemporal. Pero no es posible pensar en lo intemporal. La mente, que es producto del tiempo, no puede pensar en aquello que es intemporal. El pensamiento no puede concebir ni formular lo que está más allá del pensamiento. Cuando lo hace, su formulación sigue formando parte del pensamiento. En consecuencia, la eternidad no es cosa de la mente; la eternidad se revela sólo cuando hay amor, porque el amor es, en sí mismo, eterno. El amor no es algo abstracto en lo que pueda pensarse; el amor puede hallarse únicamente en la relación que uno tiene con su esposa, sus hijos, su prójimo. Entonces, cuando conocemos ese amor, que es incondicional, que no es producto de la mente, se manifiesta la realidad; y ése es un estado de total bienaventuranza.

19 de diciembre de 1948

Benarés, India, 1949

PRIMERA PLÁTICA EN RAJGHAT

Como durante las siguientes semanas habrá una serie de pláticas cada domingo y discusiones los martes, jueves y sábados, es importante, a mi entender, que aprendamos primero el arte de escuchar. Casi todos nosotros escuchamos a fin de confirmar nuestras creencias o fortalecer nuestras opiniones, o escuchamos tan sólo para refutar, o para agudizar nuestro intelecto o aprender alguna técnica nueva. Pero me parece que esa manera de escuchar es falsa si sólo sirve para fortalecer nuestras creencias o para aprender una jerga nueva o un nuevo modo de examinar las cosas. Pero, sin duda, existe una manera genuina de escuchar, especialmente si se trata de escuchar algo que quizá sea extraño, que puede ser nuevo, que posiblemente estemos escuchando por primera vez. Cuando uno escucha algo nuevo, es propenso a descartarlo como incomprensible, o a ser demasiado rápido en juzgarlo. Mientras que, si uno fuera capaz de escuchar muy atentamente, quizá recogería mucho más que limitándose a escuchar a través de la pantalla de sus propios prejuicios, de sus impresiones.

Es decir, si quiero comprender algo que usted está diciendo, debo escuchar no sólo la expresión verbal, sino también aquello que usted se propone comunicar. Las palabras no tienen una importancia tan grande, tan inmensa; lo que importa es aquello que uno desea comunicar. Así que la comunicación es más importante que la expresión verbal, y sólo puede haber comunicación entre dos personas cuando existe la intención de comprender; si ustedes no desean comprender, si están aquí meramente para criticar, verbalizar, intelectualizar, entonces no puede haber comunión. Pero habrá comunión entre nosotros, comunión profunda, sabia, extensiva, si existe la intención de comprender. Y pienso que la intención es mucho más importante que la facilidad para filosofar, para criticar, o para aprender una nueva manera de expresar un pensamiento. A lo largo de estas pláticas, durante las siguientes seis semanas, ustedes y yo debemos estar en comunión de modo que podamos comprendernos mutuamente, comprender nuestros problemas mutuos, nuestras dificultades, la manera como abordamos el conflicto en nuestra vida, etc. Así, la base de la relación entre nosotros, debe ser esa comunión.

No estoy aquí para dar una serie de disertaciones, para exponer mis ideas, porque no creo en "ideas". Las ideas no transforman; las ideas no producirán la verdadera revolución. Las ideas no hacen sino invitar a nuevas ideas, pero las ideas no generarán jamás una revolución fundamental, radical y duradera, la cual es indispensable; luego examinaremos esto.

Debemos, pues, si es posible, tratar de establecer un vínculo basado en la comunión, pero no como entre un disertante y un auditorio, o como entre un maestro y un discípulo, lo cual sería absurdo. Porque hemos de habérnoslas con nuestros propios problemas de vida, y para comprender esos problemas tenemos que examinarlos muy detenida y atentamente; y eso es lo que haremos. Comprender es prestar atención plena. La dificultad, con la mayoría de nosotros, es que tratamos de encontrar una respuesta al problema. Quizás esto necesita más explicación. Cuando tenemos un problema, ya sea sociológico, psicológico o el así llamado espiritual, siempre tratamos de encontrar una respuesta, una salida, lejos del problema. Miren su problema y verán que la tendencia es hallar una solución al problema, ¿verdad? Mientras que, si sabemos cómo mirar el problema, entonces la solución está *en* el problema, no lejos del problema. Si me permiten recalcarlo, eso es, entonces, lo que vamos a hacer durante todas estas pláticas. No les ofrezco una solución para que la acepten o la adopten como un nuevo modelo de acción. Pero, si podemos mirar el problema juntos, ver sus implicaciones, su significación, entonces quizá, viéndolo juntos, encontraremos la respuesta correcta, no una respuesta alejada del problema, sino dentro del problema mismo.

Señores, ¿cuál es nuestro problema? ¿Cuál es el problema al que estamos enfrentados actualmente? ¿Es un problema individual o es un problema colectivo? ¿Es el problema de un determinado país, de un pueblo en particular o es un problema que afecta a la totalidad del mundo, independientemente de razas o nacionalidades? Por cierto, es un problema que no sólo está afectando al individuo, sino que es un problema mundial; es el problema de la desintegración, del derrumbe. Todos los experimentos, sociológicos y psicológicos, están perdiendo rápidamente su valor; la amenaza de las guerras es constante, y hay luchas de clases y luchas comunales; aunque uno pueda hablar de paz, nos preparamos siempre para la guerra, con la cual estamos cotidianamente familiarizados: una ideología entra en conflicto con otra ideología, la izquierda contra la derecha, etcétera.

Ahora bien, este vasto problema del mundo, ¿es el problema de ustedes y mío, o es independiente de nosotros? La guerra, ¿es independiente de ustedes? La corrupción, la degradación, la desintegración moral, ¿son independientes de cada uno de nosotros? Esta desintegración se halla directamente relacionada con nosotros; por lo tanto, es responsabilidad de cada uno. Ése es el problema principal, ¿verdad? O sea, para expresarlo de otra manera: ¿El problema ha de dejarse en manos de unos cuantos líderes de la izquierda o de la derecha, en manos del partido político, de la disciplina, de una ideología, de las Naciones Unidas, del experto, del especialista? ¿O es un problema

que nos involucra directamente? Es decir, ¿somos o no somos directamente responsables por estos problemas? Ésa es, sin duda, la cuestión, ¿verdad? Quizá, muchos de ustedes nunca hayan pensado en esto; por consiguiente, puede resultarles bastante extraño. Pero de eso se trata, ¿no es así?, de saber si el problema individual es el problema del mundo, y si pueden hacer algo con respecto a ello: al derrumbe religioso, al derrumbe moral, a la corrupción política, a la así llamada independencia, la cual no ha producido sino descomposición.

¿Es el problema de ustedes, o lo dejan todo librado al azar? ¿Esperan, acaso, que ocurra algún milagro que produzca una revolución? ¿O lo ponen en manos de alguna autoridad, de un partido político ya sea de la izquierda o de la derecha? ¿Cuál es la respuesta de ustedes? ¿No tienen que resolver el problema, no tienen que encararlo, no tienen que responder vitalmente a un reto de esta clase? Lo que expreso no es retórico, sino simplemente factual; éste no es lugar para retóricas, sería absurdo. Hay un reto que se nos presenta todo el tiempo; la vida es un reto. ¿Respondemos a él? ¿Conforme a qué condicionamiento respondemos? Y si realmente respondemos, ¿es esa respuesta capaz de enfrentarse al resto?

Así, pues, para afrontar esta catástrofe, esta crisis mundial, este reto enorme y sin precedentes, ¿no tenemos que descubrir cómo respondemos individualmente a él? Porque, después de todo, una sociedad es la relación entre unos y otros. No hay sociedad que no esté basada en la relación. Lo que uno y otro somos, eso es, sin duda, la sociedad. Y ¿acaso no debemos comprender esa relación que hay entre nosotros, a fin de transformar la sociedad, de dar origen a una revolución, a una transformación completa, radical? Porque, evidentemente, eso es lo que se necesita: una revolución, no del tipo sangriento, no de meras ideas —basada en ideas—, sino una revolución de valor fundamental, no según algún modelo o alguna ideología, sino una revolución nacida de comprender la relación entre uno mismo y otro, puesto que eso es la sociedad. En consecuencia, para dar origen a una transformación fundamental, radical en la sociedad, ¿no es nuestra responsabilidad, nuestra responsabilidad individual, descubrir cuál es nuestra respuesta directa a este reto? ¿Responde uno como hindú, como musulmán, cristiano, comunista o socialista? De ser así, ¿es ésa una respuesta válida, una respuesta que habrá de originar un cambio fundamental?

Espero estar expresando con claridad el problema. Si uno responde a esta crisis mundial —que es un reto nuevo— como hindú, es obvio que no está comprendiendo el reto. Se limita a responder al reto, que es siempre nuevo, conforme a un viejo patrón; por lo tanto, su respuesta carece de una validez correspondiente, carece de novedad, de frescura. Si responde como católico o como comunista, está otra vez respondiendo conforme a un modelo de pensamiento. La respuesta no tiene, pues, sentido alguno. Y, ¿no son el hindú, el musulmán, el budista, el cristiano, etc., quienes han creado este problema? Tal como la nueva religión es el culto del Estado, la vieja religión era el culto de

una idea. Así, pues, si respondemos a un reto de acuerdo con un viejo condicionamiento, nuestra respuesta será incapaz de comprender el reto nuevo. Por lo tanto, lo que uno tiene que hacer a fin de enfrentarse al reto, es despojarse completamente, desnudarse íntegramente del trasfondo y enfrentarse al reto de un modo nuevo. Por cierto, un Estado, un país, una civilización y un pueblo perduran o sobreviven sólo cuando pueden afrontar el reto de un modo nuevo; de lo contrario, sucumben, son destruidos. Y eso es, exactamente, lo que está sucediendo. En lo tecnológico, hemos progresado tremendamente, pero en lo moral, en lo espiritual, estamos muy atrasados. Y con esta falta de vigor moral, nos enfrentamos a este extraordinario progreso tecnológico y, por eso, hay siempre fricciones y contradicciones.

Nuestro problema es, entonces, sin duda, este reto nuevo, ¿verdad? Y todos los líderes —espirituales, morales, políticos— han fracasado y fracasarán siempre, porque escogemos a los líderes desde nuestra propia confusión, y todo líder que escogemos nos conducirá, inevitablemente, a la confusión. Señor, vea la importancia de esto, no lo descarte como una afirmación ingeniosa. Vea el peligro que implica un líder, no sólo políticamente, sino religiosamente. Porque aquél que elegimos como nuestro líder, lo elegimos desde nuestra confusión. Debido a que estoy confuso y no sé qué hacer, cómo actuar, acudo a otro, y lo escojo a causa de que estoy confuso. Si estoy claro, no lo escogeré; no necesito un líder, porque soy luz para mí mismo y puedo considerar yo mismo mis problemas. Sólo cuando estoy confuso acudo a otro. Puedo llamarlo un gurú, un mahatma, un líder político, etc., pero recurro a él debido a mi confusión. Veo únicamente a través de la oscuridad de mi propia confusión.

Un hombre que desea seriamente investigar todo el catastrófico problema del dolor, debe comenzar por sí mismo. Sólo mediante la comprensión creativa de nosotros mismos puede haber un mundo creativo, un mundo feliz en el que no exista el predominio de las ideas.

Pregunta: Usted predica la idea de un mundo único, de una sociedad sin clases, que es la base del comunismo. Pero ¿cuáles son sus leyes, cuál es su técnica para la nueva revolución?

KRISHNAMURTI: Bueno, ¿qué entiende usted por leyes? Quiere decir cuál es mi autoridad, ¿no es así? Pregunta quién me ha dado la autoridad para hablar. O cuál es mi rótulo. En otras palabras, está interesado en el rótulo, en el nombre, en averiguar quién me ha dado la autoridad, la ley. Lo cual implica que está más interesado en conocer mi rótulo que en descubrir la verdad que hay en lo que digo, ¿no es cierto? ¿Están ustedes escuchando, señores, o prestan atención a alguna otra cosa? Señor, ésta es una cuestión más bien importante, y la investigaremos de manera bastante completa. La mayoría de nosotros aprecia una cosa o la sigue, porque ha sido sancionada, confirmada por la autoridad. Fulano de tal ha pintado un cuadro; por lo tanto, debe ser una bella pintura. Fulano de tal, que es muy conocido, ha escrito un poema; por ende, el

poema debe ser bueno. Esa persona tiene muchísimos seguidores; en consecuencia, lo que dice debe ser verdadero. En otras palabras, lo que ustedes sancionan depende de la popularidad, del éxito, de la riqueza del lenguaje, de la apariencia exterior. ¿No es así? De modo que cuando usted me pregunta cuál es mi ley, lo que quiere saber es si soy el Instructor del Mundo, y yo digo que no seamos tontos. No viene al caso si lo soy o no lo soy; carece por completo de importancia cuál es mi ley. Lo esencial es que examinen lo que digo, que descubran por sí mismos sin el estímulo de la autoridad. Por eso estoy contra la organización; ése es uno de los motivos, porque las organizaciones generan, espiritualmente, un trasfondo de autoridad; pero un hombre que va en busca de la verdad no se interesa en autoridad alguna, ni en un libro —el Bhagavad Gita, la Biblia— ni en una persona. Él busca la verdad, no la autoridad de alguien.

Así, pues, en tanto esté usted considerando mi rótulo para descubrir si ese rótulo es digno de ser venerado, me temo que usted y yo perdemos nuestro tiempo, porque carezco de autoridad o de ley alguna. Digo algo que para mí es verdadero por experiencia directa, no por leer ciertos libros o seguir a alguien. No he leído ninguno de los así llamados libros religiosos, ni libros psicológicos; y como ésta es mi experiencia directa, si quiere tomarla en cuenta es bienvenido; pero si, con el rabillo del ojo anda buscando el rótulo, no lo encontrará; y me temo que la mayoría de nosotros es eso lo que hace. Por eso formula usted esta pregunta: "¿Cuál es su ley?". Puesto que no tengo ley alguna, puesto que no tengo autoridad, no estoy actuando como un gurú o como una autoridad, ni para usted ni para ninguna otra persona. Si está interesado, pues, escuchará directamente lo que expreso y descubrirá la verdad de lo que se dice, lo cual implica que debe despojar a su mente de todo sentido de autoridad y ser capaz de mirar las cosas de manera simple y directa.

Ahora bien, el interlocutor quiere saber también cuál es la nueva técnica que propongo. Y bien, señor, tratemos otra vez de entender esa palabra, *técnica*. ¿Es la revolución un asunto de técnica? Una revolución política, una revolución sociológica, quizá necesite cierta técnica, porque usted puede perseguir cierta ideología para producir cierto resultado; y, para producir ese resultado, debe conocer esa ideología y la manera de desarrollarla, ya sea que se trate de la ideología comunista, la fascista o la capitalista. Pero ¿es ésa la revolución fundamental? Una técnica, ¿producirá la verdadera revolución? Tiene que haber, sociológicamente, una revolución fundamental, radical. Toda la cosa debe transformarse. Pero ¿la transformará una técnica, siendo una técnica un método, un sistema? ¿O es necesario que existan individuos, usted y yo, que comprendan el problema y que, en sí mismos, se hallen en estado de revolución? Por consiguiente, su acción sobre la sociedad es revolucionaria. Ellos no están tan sólo aprendiendo una técnica de revolución, ellos mismos están en revolución. ¿Me expreso con claridad?

Así, cuando usted pregunta cuál es mi método o técnica de revolución, yo digo que primero veamos qué entiende usted por esa palabra, *técnica*. ¿No es más importante, más esencial, que usted sea revolucionario y no trate mera-

mente de encontrar una técnica de revolución? Entonces, ¿por qué no es usted revolucionario? ¿Por qué no hay en usted un proceso nuevo de vida? ¿Por qué no hay una manera nueva de mirar la vida, una llama, un descontento tremendo? ¿Por qué? Una persona que está completamente descontenta, no tan sólo descontenta con ciertas cosas, sino inherentemente descontenta, no necesita ninguna técnica para ser revolucionaria. Ella misma es una revolución y significa un peligro para la sociedad; a ese hombre lo llaman ustedes revolucionario. Ahora bien ¿por qué no es usted una persona así? Para mí, lo importante no es la técnica, sino hacer que ustedes sean revolucionarios, ayudarlos a que cobren conciencia de la importancia que tiene una transformación completa. Cuando se transformen, serán capaces de actuar; entonces, existe el constante fluir de lo nuevo, lo cual es, al fin y al cabo, revolución.

En consecuencia, la importancia de la revolución interna, de la transformación psicológica, es mucho mayor que la revolución exterior. Ésta es tan sólo cambio, el que implica una continuidad modificada; pero la revolución interna no tiene lugar de descanso, no se detiene, está constantemente renovándose a sí misma. Y eso es lo que necesitamos en la actualidad: personas completamente descontentas y, por lo tanto, dispuestas a percibir la verdad de las cosas. Un hombre completamente satisfecho con el dinero, con la posición, con una idea, jamás puede ver la verdad. El que descubre la verdad es el hombre descontento, que investiga, inquiere, cuestiona, observa; y una persona así es una revolución en sí misma y, por ende, en sus relaciones. En consecuencia, comienza a transformar lo que constituye su mundo, que es su relación con la gente. Así, afecta el mundo que abarca su propia relación. Limitarse, pues, a buscar una técnica o preguntar cuál es mi técnica para la nueva revolución, me parece que no viene al caso, o más bien, que usted no advierte la importancia de ser en sí mismo un revolucionario; y para serlo, debe cobrar conciencia del medio en que vive.

Señores, cualquier nueva cultura, cualquier nueva sociedad, deben comenzar con uno mismo. ¿Cómo empezaron el cristianismo, el budismo o cualquier otro acontecimiento vital en el mundo? Con unos pocos individuos realmente inflamados con la idea, con ese sentimiento. Tenían sus corazones abiertos a una vida nueva. Fueron un núcleo, no "creían" en algo, sino que dentro de sí mismos vivían la experiencia de la realidad —la realidad de lo que veían—. Y lo que ustedes y yo debemos hacer, si puedo sugerirlo, es ver las cosas directamente por nosotros mismos, no por medio de una técnica. Señor, usted puede leer un bello poema; puede leer acerca de lo que es el amor, pero si no ha experimentado lo que es el amor, ninguna cantidad de lectura ni el aprendizaje de una técnica le comunicarán el perfume del amor. Y, debido a que nos falta ese amor, vamos en busca de la técnica. Estamos ahítos, por eso buscamos superficialmente una técnica. Un hombre hambriento no busca una técnica. Simplemente, va tras la comida, no se detiene fuera del restaurante oliéndola. Así, cuando usted pide una técnica, eso denota que no está realmente hambriento. El "cómo" no es importante; lo que importa es por qué pregunta usted "cómo".

Puede, pues, haber una revolución, una continua renovación interna, sólo cuando nos comprendemos a nosotros mismos. Nos comprendemos en la relación, no en el aislamiento. Como nada puede vivir en aislamiento, ese conocimiento propio, en cualquier nivel que sea, sólo puede aprenderse en la relación. Y la relación es ardua, está constantemente en movimiento; queremos escapar de ella y encontrar una realidad fuera de la relación. No hay realidad fuera de la relación. Cuando comprendo la relación, esa comprensión misma es, entonces, la realidad. Por lo tanto, uno tiene que estar extraordinariamente alerta, despierto, observando todo el tiempo, abierto a cada reto, a cada sugerencia e insinuación. Pero eso exige del corazón y de la mente cierto estado de alerta, y la mayoría de nosotros está adormecida, se siente frustrada; casi todos tenemos un pie en la tumba, aun siendo jóvenes. Porque pensamos desde el punto de vista del logro, de la ganancia; por lo tanto, jamás estamos vivos de verdad; siempre nos interesamos en el objetivo, somos buscadores de objetivos, no personas llenas de vida. Por lo tanto, jamás somos revolucionarios. Si uno se interesa directamente en la vida y no en la idea acerca del vivir, no puede ser sino una revolución en sí mismo; será una revolución porque se enfrenta a la vida directamente, no a través de la pantalla de las palabras, los prejuicios, las intenciones y los objetivos.

Y el hombre que se enfrenta a la vida directamente es un hombre que se halla en estado de descontento, y para dar con la realidad es indispensable hallarse en estado de descontento. La realidad es la que libera; libera a la mente de sus ilusiones y creaciones. Uno no puede buscar la realidad, ésta debe venir a uno, pero sólo puede hacerlo cuando la mente está por completo descontenta y preparada para recibirla. Pero casi todos tememos estar descontentos, porque ¡Dios sabe a dónde podría llevarnos el descontento! De modo que, en torno del descontento ponemos un cerco de seguridad, de certidumbre, mediante una acción cuidadosamente planeada. Y un estado semejante de la mente no puede comprender la verdad. La verdad no es estática, porque la verdad es intemporal, y la mente no puede seguir a la verdad, porque la mente es el producto del tiempo; y aquello que es del tiempo no puede experimentar lo intemporal. La verdad llega a quien se halla en ese estado de descontento pero que no busca un objetivo, porque la persona que busca un objetivo está buscando gratificación, y la gratificación, la satisfacción, no es la verdad.

16 de enero de 1949

SEGUNDA PLÁTICA EN RAJGHAT

Uno debe diferenciar entre las experiencias que tienen su origen en una creencia, y el acto de experimentar. La creencia es, obviamente, nociva para el experimentar, y sólo a través del experimentar directo puede uno encontrar la

realidad de algo. La creencia es innecesaria, mientras que el experimentar es esencial, especialmente en un mundo donde hay tantas contradicciones y tantos especialistas, cada uno de ellos ofreciendo su propia solución. Nosotros, las personas comunes, tenemos que descubrir la verdad acerca de toda esta confusión y desdicha. Debemos investigar, pues, si la creencia es esencial y si ayuda a experimentar la realidad.

Ahora bien, como vemos, el mundo se halla desgarrado entre dos grupos: aquéllos que creen que la vida material es de fundamental importancia —la vida material de la sociedad, la modificación del entorno, el reacondicionamiento del hombre al ambiente—, y aquéllos que conceden primordial importancia a la vida espiritual. La izquierda cree en la modificación y transformación del entorno, y están los que creen que sólo la vida espiritual del hombre es de importancia fundamental.

Así, pues, ustedes y yo debemos descubrir la verdad de esta cuestión. De acuerdo con ella, nuestra vida será recta, virtuosa. Los especialistas dicen que el entorno viene primero, y están los que dicen que primero viene el espíritu; y nosotros tenemos que descubrir la verdad al respecto. No es una cuestión de creencia, porque la creencia carece de toda validez en relación con la experiencia directa. ¿En qué pondremos el acento? ¿En el entorno o en la vida espiritual? ¿Y cómo vamos a descubrir, ustedes y yo, la verdad de esta cuestión? No mediante interminables lecturas, no siguiendo a peritos de la izquierda o de la derecha, no yendo detrás de los que creen que la vida material de la sociedad es de primordial importancia, y no estudiando todos sus libros, todo su experto conocimiento, ni tampoco siguiendo a los que, con su literatura, creen que la vida espiritual viene primero. Limitarnos a creer lo uno o lo otro implica, por cierto, no encontrar la verdad con respecto a todo esto.

Y, no obstante, casi todos estamos atrapados en la creencia, casi todos nos sentimos inseguros. A veces creemos esto, a veces creemos aquello. No estamos seguros; nos hallamos tan confundidos como los expertos en su certidumbre. No podemos dar nada por sentado; no podemos seguir ni a uno ni a otro, porque uno y otro nos conducen a la confusión, porque cualquier aceptación de la autoridad en estas cuestiones es, evidentemente, perjudicial para la sociedad. El liderazgo es, en la sociedad, un factor de deterioro; sin embargo, ustedes y yo, al estar atrapados entre uno y otro y no sabiendo qué hacer, tenemos que descubrir cuál es la verdad en esto.

Entonces, ¿cómo emprenden esta tarea? Señores, ésa es, en la actualidad, una de las cuestiones primordiales. Están los que entregan toda su energía, todas sus capacidades, todo su poder y su pensamiento a la modificación del entorno, el cual, según esperan, transformará finalmente al individuo; y están los que recurren cada vez más a la creencia, a la ortodoxia, a la religión organizada, etc. Estos dos grupos están en guerra uno con otro, y ustedes y yo debemos decidir; no decidir por cuál de ellos hemos de tomar partido, sino que debemos estar seguros acerca de cuál es la verdad al respecto.

Además, es obvio que no podemos depender de nuestros prejuicios parti-

culares, porque éstos tampoco nos mostrarán la verdad. Si uno ha sido condicionado en un medio religioso, dirá que el espíritu viene primero. Otro, educado de manera diferente, dirá que la vida material de la sociedad es de fundamental importancia.

Y bien, ustedes y yo, que somos personas corrientes y no dependemos de la acumulación de conocimientos, de teorías, pruebas, pruebas históricas, ¿cómo hemos de descubrir la verdad acerca de todo esto? ¿No es un problema vital? Porque de ese descubrimiento depende nuestra futura responsabilidad en la acción. Así que no es un asunto de creencia; la creencia es una forma de condicionamiento y no nos ayudará a descubrir qué hay de cierto en esta cuestión.

Por consiguiente, para descubrir esa verdad, ¿no debemos primero estar libres tanto de nuestro trasfondo religioso como del materialista? Eso implica que no podemos limitarnos a aceptar; ante todo, debemos liberarnos de ambos condicionamientos: del que nos hace creer que la importancia fundamental radica en la vida material de la sociedad, y del que nos hace creer que es de primordial importancia la vida espiritual, la vida del espíritu. A fin de encontrar la verdad de ambas, debemos liberarnos de ambas. Por cierto, se trata de un hecho obvio, ¿verdad? Para descubrir la verdad de algo, es preciso abordarlo de una manera pura, nueva y sin ningún prejuicio.

Así, para encontrar la verdad acerca de esto, ustedes y yo debemos liberarnos de nuestro trasfondo, de nuestro entorno; ¿es eso posible? O sea, ¿vivimos tan sólo de pan? ¿O existe algún otro factor que moldea el resultado externo, el entorno, de acuerdo con nuestra psicología interna? Descubrirlo es, evidentemente, de importancia fundamental para cada ser humano responsable y serio, porque de esto dependerá su acción; y para ello, uno tiene que estudiarse a sí mismo y estar alerta a sí mismo cuando actúa. El aspecto material de la sociedad, ¿juega el papel principal en nuestra vida? ¿Lo juega el entorno, el medio en que vivimos? Con la mayoría de nosotros esto es lo que sucede, obviamente. ¿Moldea el entorno nuestros pensamientos y sentimientos? Y ¿dónde comienza la así llamada vida espiritual, y dónde termina la influencia del entorno? Por cierto, para descubrirlo uno debe estudiar sus propias acciones, sus pensamientos y sentimientos. En otras palabras, tiene que haber conocimiento propio; no el conocimiento que se encuentra en un libro, que se recoge de diversas fuentes, sino el que surge en el vivir de día en día, de instante en instante, ese conocimiento respecto del "yo", cualquiera que sea el nivel en que uno lo sitúe.

La verdad acerca de esta cuestión radica, pues, en comprendernos a nosotros mismos en nuestra relación con el entorno, en nuestra relación con una idea llamada el espíritu. Tal como lo discutimos ayer y los días anteriores, la vida es un asunto de relación. El vivir, la existencia implica relación; y sólo en la relación, comprendiéndola, comenzaremos a descubrir la verdad acerca de si la vida material es de fundamental importancia o no. De modo que debemos experimentar esto comprendiendo la relación y no aferrándonos meramente a la creencia. Entonces, el experimentar nos mostrará la realidad de las dos cuestiones: la material y la espiritual.

El conocimiento propio es, por lo tanto, de primordial importancia en el descubrimiento de la verdad, lo cual implica que debemos estar alerta a cada pensamiento y sentimiento, y ver de dónde proceden estas respuestas. Uno puede estar tan clara, tan ampliamente alerta, sólo si no hay condena ni justificación. Es decir, si estamos alerta a un pensamiento, a un sentimiento, y lo seguimos hasta el final sin condenarlo, seremos capaces de ver si es una respuesta al medio, si es tan sólo la reacción a una exigencia materialista, o si ese pensamiento tiene un origen distinto.

Así, por obra de la percepción alerta, sin condena ni justificación, comenzaremos a comprendernos a nosotros mismos —"nosotros mismos" somos las respuestas a diversos estímulos, respuestas al medio, el cual es relación—. Por lo tanto, la relación, o más bien el hecho de comprender esa relación, se torna muy importante: la relación que tenemos con la propiedad, con las personas, con las ideas; y ese movimiento de la relación no puede ser comprendido si hay cualquier sentido de condena o justificación. Si uno quiere comprender algo, es obvio que no debe condenarlo. Si queremos comprender a nuestro hijo, tenemos que estudiarlo, observarlo, estudiar sus diversas modalidades, cuando juega, etc. Del mismo modo, debemos estudiarnos a nosotros mismos todo el tiempo, no sólo en un momento dado; eso podemos hacerlo cuando no hay condena, y es extremadamente difícil no condenar, porque la condena o la comparación son un escape con respecto a *lo que es*. Y estudiar *lo que es* requiere un extraordinario estado de alerta mental, y ese estado de alerta se embota cuando queda atrapado en la comparación, cuando hay condena o censura. Condenar no es, por cierto, comprender. Censurar a un niño, a una persona, es mucho más fácil que comprenderlos. Comprenderlos requiere atención, interés.

Así, pues, nuestro problema es la comprensión de nosotros mismos, porque cada uno de nosotros es tanto el medio que lo rodea, como algo más. El "algo más" no es el resultado de una creencia. Tenemos que descubrirlo, que experimentarlo, y la creencia, como hemos visto, es un impedimento para el experimentar. En consecuencia, tenemos que considerarnos tal como somos y estudiarnos tal como somos; este estudio puede ser hecho únicamente en la relación, no en el aislamiento.

Me han entregado varias preguntas. Y bien, es muy fácil formular una pregunta. Cualquiera puede formularla. Pero una pregunta correcta, cuando se formula seriamente, encontrará una respuesta correcta. Ahora tengo aquí varias preguntas y, si me permiten sugerirlo, hay un modo de escuchar que contribuirá a la comprensión del problema. Ustedes tienen un problema, me formulan una pregunta y desean una respuesta. Por cierto, hay un modo de escuchar que es receptivo. Es como sentarse frente a un cuadro y absorber el contenido de una pintura sin esforzarse por entenderlo. No sé si les ha pasado que, cuando ven alguna de las pinturas surrealistas, abstractas, el primer impulso es censurarlas, decir: "¡Qué disparate! ¿Qué representa eso?", lo cual se debe a que están educados para apreciar el arte clásico. Pero hay otra manera de mirar esas pinturas, y es no censurándolas sino con receptividad, de modo tal que

las pinturas puedan contarles su historia. Ése es, sin duda, el único modo de comprender algo: ser receptivos, no a cualquier cosa absurda, por supuesto, sino ser tan receptivos que la respuesta a la pregunta en particular que formulan, será la exacta si la escuchan correctamente.

Por cierto, el subconsciente está mucho más ansioso por comprender que el consciente, porque el consciente se halla agitado, preocupado, arrastrado, desgarrado por innumerables problemas. Pero hay, sin duda, una parte de la mente que no se halla agitada, que está ansiosa por descubrir. Ahora bien, si a esa parte de la mente podemos darle una oportunidad para que escuche, para que sea receptiva, entonces, estoy seguro, encontrarán que sus preguntas serán contestadas sin que ustedes tengan que hacer esfuerzo alguno por comprender las respuestas. Es decir, en otras palabras, la comprensión no es una cuestión de esfuerzo. La comprensión de cualquier problema que tenemos, no llega cuando nos atormentamos con ese problema. De igual manera, si me permiten sugerirlo, antes que refutar o confirmar sus propias vanidades, sus propios prejuicios, escuchen para comprender.

Pregunta: ¿Puede todo el pasado disolverse de inmediato, o necesita invariablemente tiempo?

KRISHNAMURTI: Somos el producto del pasado. Nuestro pensamiento tiene sus bases en el ayer, en muchos miles de ayeres. Somos el resultado del tiempo, y nuestras respuestas, nuestras actitudes actuales, son el efecto acumulativo de miles y miles de instantes, acontecimientos, experiencias. Así, pues, para la mayoría de nosotros el pasado es el presente; esto es un hecho, no podemos negarlo. Ustedes, sus pensamientos, sus actos, sus respuestas, son la consecuencia del pasado. Ahora el interlocutor quiere saber si es posible eliminar ese pasado de inmediato, lo cual implica prescindir del tiempo, o si este pasado acumulativo requiere tiempo para que la mente esté libre *ahora*. Es importante comprender esto. O sea, como cada uno de nosotros es el producto del pasado, con un trasfondo de innumerables influencias que varían, cambian constantemente, ¿es posible extirpar ese trasfondo sin pasar por el proceso del tiempo? ¿Está claro? La pregunta es clara, no hay duda.

Ahora bien, ¿qué es el pasado? Desde luego, no nos referimos al pasado cronológico, al segundo que pasó; no se trata de eso. Nos referimos a las experiencias acumuladas, a las respuestas, los recuerdos, las tradiciones, los conocimientos, el depósito subconsciente de innumerables pensamientos, sentimientos, influencias, etc. Con ese trasfondo no es posible comprender la realidad, porque la realidad no pertenece al tiempo, es intemporal. Uno no puede, pues, comprender lo intemporal, con una mente que es el resultado del tiempo. El interlocutor desea saber si es posible liberar a la mente, o si la mente, como resultado del tiempo, puede dejar de existir de inmediato; o si uno debe pasar por una larga serie de exámenes y análisis y así liberar a la mente de su trasfondo. Vea la dificultad en esta cuestión.

De manera que la mente *es* el trasfondo; la mente es el resultado del tiempo; la mente es el pasado, no es el futuro. Puede proyectarse hacia el futuro, y utiliza el presente como un pasaje hacia el futuro; por lo tanto, sigue estando en la red del tiempo —cualquiera que sea su actividad, su actividad futura, su actividad presente, su actividad pasada—. Y, ¿es posible que la mente cese por completo, o sea, que llegue a su fin el proceso del pensamiento? Ahora bien, es obvio que en la mente existen numerosas capas; lo que llamamos conciencia tiene muchas capas, cada capa relacionada mutuamente con la otra, cada capa dependiendo de la otra, actuando todas recíprocamente. Y toda nuestra conciencia no es sólo el experimentar, sino también el nombrar, el calificar y el almacenarlo todo como memoria. Ése es el proceso de la conciencia, ¿no es así? ¿O esto es demasiado difícil?

Cuando hablamos acerca de la conciencia, ¿no nos referimos, acaso, al experimentar, al nombrar o calificar esa experiencia y, de tal modo, almacenarla en la memoria? Todo esto, en diferentes niveles, es la conciencia. ¿Debe la mente, que es el resultado del tiempo, pasar por el proceso del análisis, paso a paso, para liberarse del trasfondo? ¿O es posible que esté enteramente libre del tiempo y mire la realidad de manera directa?

Ahora, veamos. ¿Están ustedes interesados en esto? Porque, ¿saben?, se trata de una cuestión realmente muy importante, ya que es posible, como pronto lo explicaré, estar libres del trasfondo y, por lo tanto, renovar la vida inmediatamente, renovarnos, sin depender del tiempo. Si esto les interesa, proseguiré y lo verán.

Muchos de los psicoanalistas dicen que, para estar libres del trasfondo, debemos examinar cada respuesta, cada complejo mental, cada obstáculo, cada bloqueo, lo cual implica, es obvio, un proceso de tiempo, y significa que el analizador debe comprender lo que analiza y no interpretarlo erróneamente. Porque, si traduce mal lo que analiza, ello lo llevará a conclusiones falsas y, por ende, a establecer otro trasfondo. ¿Entienden? En consecuencia, el analizador debe ser capaz de analizar sus pensamientos y sentimientos, sin la más mínima desviación; y no debe omitir un solo paso en su análisis, ya que dar un paso equivocado, extraer una conclusión falsa, es volver a establecer un trasfondo en términos diferentes, en un nivel diferente. Y también surge este problema: El analizador ¿es diferente de lo que él analiza? El analizador y lo analizado, ¿no son, acaso, un fenómeno conjunto? Señor, no estoy seguro de que esto le interese, pero continuaré.

No hay duda de que el experimentador y la experiencia son un fenómeno conjunto; no son dos procesos separados. Así, pues, ante todo veamos la dificultad que implica analizar. Es casi imposible analizar todo el contenido de nuestra conciencia y, de tal modo, quedar libres mediante ese proceso. Porque, después de todo, ¿quién es el analizador? El analizador no es diferente —aunque pueda pensar que lo es— de aquello que él analiza. Tengo un pensamiento, un sentimiento... digamos que estoy furioso. La persona que analiza la furia sigue formando parte de la furia; por consiguiente, tanto el analizador como lo

analizado son un solo fenómeno. No son dos fuerzas o procesos separados; por eso, analizarnos, exponernos, mirarnos a nosotros mismos página tras página, observando cada reacción, cada respuesta, es incalculablemente largo y difícil. ésa no es, por lo tanto, la manera de liberarnos del trasfondo, ¿verdad?

Debe haber, pues, una vía mucho más directa, más simple, y es lo que ustedes y yo vamos a descubrir. Pero, para descubrir, debemos descartar lo que es falso y no aferrarnos a ello. De modo que el análisis no es el camino, y debemos liberarnos del proceso del análisis. Tal como no tomarían un camino que ustedes saben no lleva a ninguna parte, así el proceso del análisis tampoco los llevará a ninguna parte; por lo tanto, no toman ese camino, está excluido.

Entonces, ¿qué les queda? Están habituados tan sólo al análisis, ¿no es así? El observador observando —el observador y lo observado son un solo fenómeno—, tratando de analizar aquello que él observa, no se liberará de su trasfondo. Si es así, y lo es, usted abandona ese proceso, ¿verdad? No sé si está siguiendo todo esto. Si ve que ése es un camino falso, si se da cuenta, no sólo verbalmente sino de hecho, que es un proceso falso, ¿qué sucede con su análisis? Deja de analizar, ¿no? Entonces, ¿qué le queda? Obsérvelo, señor, sígalo, si tiene la amabilidad, y verá cuán rápidamente puede uno liberarse del trasfondo. Si ése no es el camino, ¿qué otra cosa le ha quedado? ¿Cuál es el estado de la mente acostumbrada al análisis, a inquirir, a investigar, a disecar, a sacar conclusiones, etc.? Si ese proceso se ha detenido, ¿cuál es el estado de su mente?

Usted dice que la mente está en blanco. Ahora bien, prosigamos avanzando dentro de esa mente en blanco. En otras palabras, cuando usted descarta lo que conoce como falso, ¿qué le ha ocurrido a su mente? Al fin y al cabo, ¿qué ha descartado usted? Ha descartado el falso proceso que es el resultado de un trasfondo. ¿No es cierto? De un soplo, por decirlo así, ha descartado toda la cosa. Por lo tanto, cuando descarta el proceso analítico con todas sus implicaciones y lo ve como falso, su mente está libre del ayer y, debido a eso, es capaz de mirar directamente, sin pasar por el proceso del tiempo; de tal modo, descarta el trasfondo inmediatamente.

Señor, planteemos toda la cuestión de un modo distinto: El pensamiento es el resultado del tiempo, ¿no es así? Es el resultado del medio, de las influencias sociales y religiosas, todo lo cual forma parte del tiempo. Ahora bien, ¿puede el pensamiento estar libre del tiempo? Es decir, el pensamiento, que es el resultado del tiempo, ¿puede detenerse y estar libre del proceso del tiempo? El pensamiento puede ser controlado, moldeado, pero el control del pensamiento sigue estando dentro del campo del tiempo, así que nuestra dificultad es: ¿Cómo puede una mente, que es el resultado del tiempo, de muchos miles de ayeres, estar instantáneamente libre de este complejo trasfondo? Y uno puede estar libre de él, no mañana, sino en el presente, en el ahora. Eso puede hacerse sólo cuando nos damos cuenta de lo que es falso, y lo falso es, evidentemente, el proceso analítico; pero ésa es la única cosa que tenemos, y cuando el proceso analítico se detenga totalmente, no gracias al esfuerzo sino porque usted comprende la inevitable falsedad de tal proceso, entonces encontrará

que su mente se halla por completo divorciada del pasado, lo cual no quiere decir que usted no reconozca el pasado, sino que su mente no está en comunión directa con el pasado. Así, puede liberarse del pasado inmediatamente, ahora; y esta disociación con respecto al pasado, esta completa libertad respecto del ayer —no cronológicamente, sino desde el punto de vista psicológico— es posible y es la única manera de comprender la realidad.

Ahora, para exponerlo de manera muy simple: cuando usted quiere comprender algo, ¿cuál es el estado de su mente? Cuando quiere comprender a su pequeño hijo, cuando quiere comprender a alguien, o algo que uno está diciendo, ¿cuál es el estado de su mente? No analiza ni critica ni juzga lo que el otro está diciendo, ¿verdad? Escucha. Su mente de halla en un estado donde su proceso de pensamiento se halla inactivo, pero ella está muy alerta. ¿Sí? Y ese estado de alerta no es del tiempo, ¿verdad? Uno está simplemente alerta, pasivamente receptivo y, no obstante, plenamente despierto, atento; sólo en ese estado hay comprensión. Por cierto, cuando la mente se halla agitada, cuestionando, preocupándose, disecando, analizando, no hay comprensión. Pero cuando hay intensidad en la intención de comprender, la mente está serena. Esto, desde luego, tiene usted que experimentarlo, no basarse para ello en mi palabra. Puede ver, por sí mismo, que cuanto más y más analiza, tanto menos y menos comprende. Puede entender ciertos acontecimientos, ciertas experiencias, pero el contenido completo de la conciencia no puede vaciarse mediante el proceso analítico. Se vacía únicamente cuando uno ve la falsedad del enfoque basado en el análisis. Cuando usted ve lo falso como falso, comienza a ver lo verdadero, y la verdad es, entonces, lo que va a liberarlo del trasfondo. Para recibir esa verdad, la mente debe dejar de ser analítica, no debe estar atrapada en el proceso del pensamiento, el cual, obviamente, es análisis. Esto nos lleva a una pregunta diferente: "¿Qué es la verdadera meditación?", cosa que discutiremos en otra oportunidad.

Pregunta: Para poder florecer, yo necesito la luz del Sol que es el amor del maestro. Una necesidad psicológica semejante, ¿no pertenece al mismo orden que la necesidad de alimento, ropa y vivienda? Usted parece condenar todas las necesidades psicológicas. ¿Cuál es la verdad en esta cuestión?

KRISHNAMURTI: Presumiblemente, casi todos ustedes tienen alguna clase de maestro, ¿no es así? Algún tipo de gurú, ya sea en los Himalayas o aquí, a la vuelta de la esquina. ¿No? Alguna clase de conductor. Y bien, ¿para qué lo necesitan? Es obvio que no lo necesitan para propósitos materiales, a menos que él les prometa un buen empleo para pasado mañana. Se presume, pues, que lo necesitan con fines psicológicos, ¿no es así? Ahora bien, ¿por qué lo necesitan? Básicamente, es obvio, porque dicen: "Estoy confuso, no sé cómo vivir en este mundo; las cosas son demasiado contradictorias. Hay desorden, desdicha, muerte, degradación, desintegración; necesito a alguien que me acon-

seje sobre lo que debo hacer". ¿No es ésa la razón por la que necesitan un gurú, por la que acuden a un gurú? Dicen: "Estando confuso, necesito un instructor que me ayude a despejar la confusión, o más bien, que me ayude a resolverla". ¿No es así, acaso? De modo que la necesidad de ustedes es psicológica. No tratan como gurú a su primer ministro, porque éste se ocupa tan sólo de la vida material de la sociedad. Acuden a él para sus necesidades físicas; mientras que, para sus necesidades psicológicas, acuden a un instructor.

Ahora bien, ¿qué entiende usted por la palabra *necesidad*? Yo necesito la luz del Sol, necesito alimento, ropa y vivienda. ¿Necesito, del mismo modo, a un instructor? Para responder a esta pregunta, debo descubrir quién ha creado esta confusión espantosa dentro y alrededor de mí. Si soy responsable por la confusión, soy la única persona que puede aclarar la confusión, lo cual implica que yo mismo debo comprenderla; pero ustedes, por lo general, acuden a un instructor para que él los saque de la confusión o les muestre el modo, les dé directivas de cómo actuar al respecto. O dicen: "Bueno, el mundo es falso; debo encontrar la verdad". Y el gurú o el instructor dice: "Yo he encontrado la verdad", así que acuden a él para participar de esa verdad.

¿Puede la confusión ser disipada por otra persona, no importa lo grande que esa persona sea? Esta confusión existe en nuestra relación; por lo tanto, tenemos que comprender nuestra relación de unos con otros, con la sociedad, la propiedad, las ideas, etc.; y, ¿puede alguno darme esa comprensión? Puede, sí, señalar, mostrar, pero yo tengo que comprender mi relación, en qué situación me encuentro. Señor, ¿esto le interesa? Mi dificultad es que siento que ustedes no están interesados, porque aguardan que algún otro haga algo. Cuando formulan una pregunta, no sienten la importancia de escuchar la respuesta. De modo que tratan con mucha ligereza a su gurú y a la confusión. De hecho, les importa un pepino lo que su gurú dice; es tan sólo un hábito: "Vamos a ver al gurú". En consecuencia, para ustedes la vida no es importante, no es vital, creativa, algo que debe ser comprendido. Puedo verlo en sus rostros; no están vitalmente interesados. Escuchan, o bien para verse confirmados en su búsqueda de gurúes, o para fortalecer la propia convicción de que los gurúes son esenciales. Pero de esa manera no damos con la verdad de la cuestión. La verdad podemos encontrarla descubriendo en nuestro corazón por qué necesitamos un gurú.

Señor, esta cuestión involucra muchas cosas. Ustedes parecen pensar que la verdad es estática y que, por ende, un gurú puede conducirlos hacia ella. Tal como una persona puede dirigirlos hacia la estación, así piensan que un gurú puede dirigirlos hacia la verdad. Eso significaría que la verdad es estática, pero ¿es estática la verdad? Les gustaría que lo fuera, porque lo que es estático resulta muy satisfactorio: al menos sabemos lo que es y podemos aferrarnos a ello. Así, pues, lo que en realidad buscan es satisfacción. Desean seguridad, necesitan la garantía de un gurú, quieren que él les diga: "Lo estás haciendo muy bien, continúa así"; quieren su confortación moral, una palmadita emocional en la espalda. Acuden, pues, a un gurú, el que realmente los gratifica siempre.

Por eso hay tantos gurúes, como hay tantos discípulos, lo cual implica que ustedes no buscan de hecho la verdad; desean satisfacción, y a la persona que les brinda la satisfacción mayor, la consideran su gurú. Esa satisfacción es, ya sea neurológica —es decir, física— o psicológica, y piensan que, en presencia del gurú, sienten una gran paz, una gran quietud, la sensación de que son comprendidos.

En otras palabras, lo que quieren es un padre o una madre glorificados que los ayuden a superar la dificultad. Señor, ¿se ha sentado alguna vez quietamente bajo un árbol? También allí encontrará una gran paz. También sentirá que lo comprenden. Es decir, en presencia de una persona muy serena, usted también se serena, y esta serenidad la atribuye al instructor; entonces, rodea su cuello con una guirnalda, y después vuelve a su casa y patea al sirviente. Así, cuando dice que necesita a un gurú, todas estas cosas están, por cierto, implicadas, ¿verdad? Y el gurú que les asegura un escape, una evasión, se convierte para ustedes en una necesidad.

La confusión existe, pues, solamente en la relación, y ¿por qué necesitamos que alguna otra persona nos ayude a comprender esta confusión? Ustedes podrían decirme ahora: "¿Y usted qué está haciendo? ¿Acaso no actúa como nuestro gurú?". No, no actúo como el gurú de ustedes porque, ante todo, no les estoy ofreciendo ninguna gratificación; no les digo *qué* deben hacer de instante en instante o de día en día, sino que simplemente les señalo algo; pueden tomarlo o dejarlo, depende de ustedes, no de mí. Yo no exijo nada de ustedes, ni su veneración ni sus halagos ni sus dioses. Digo que esto es un hecho; tómenlo o déjenlo. Pero la mayoría de ustedes lo dejará, por la obvia razón de que no encontrará en ello gratificación alguna. Pero el hombre realmente sincero, serio en su intención de descubrir, tendrá alimento suficiente en lo que aquí se dice: que la confusión existe solamente en nuestra relación; por lo tanto, comprendamos esa relación.

Comprender esa relación es estar alerta, no evitarla, ver todo el contenido de la relación. La verdad no se encuentra a la distancia, la verdad se halla cerca; está bajo cada hoja, en cada sonrisa, en cada lágrima, en las palabras, en los sentimientos y pensamientos que uno tiene. Pero está tan cubierta que debemos dejarla al descubierto y ver. Esto implica descubrir lo que es falso y, en el momento en que sabemos qué es falso y nos desprendemos de ello, la verdad está ahí.

La verdad es algo que vive de instante en instante y debe ser descubierto; no es para que se crea en ella, para que se la cite o se la formule. A fin de ver esa verdad, nuestra mente, nuestro corazón, deben ser sumamente flexibles y despiertos. Pero, desafortunadamente, muy pocos de nosotros queremos tener una mente despierta, flexible, rápida; deseamos que nos adormezcan con mantras, *pujas*... ¡buen Dios, de cuántas maneras nos adormecemos a nosotros mismos! Obviamente, necesitamos cierto entorno, cierta atmósfera, cierto estado de soledad, no la búsqueda del aislamiento, del retiro, sino cierta soledad creativa en la que hay atención completa; y esa soledad creativa, esa atención comple-

ta, está ahí sólo cuando nos hallamos en dificultades, cuando nuestros problemas son realmente intensos; y, si tenemos un amigo, si tenemos a alguien que pueda ayudarnos, acudimos a él. Pero tratarlo como nuestro gurú es, obviamente, inmaduro, infantil. Es como buscar las faldas de nuestra madre.

Sé que todo nuestro instinto, cuando estamos en dificultades, es acudir a alguien, a la madre, al padre, o a un padre glorificado a quien ustedes llaman el Maestro o el gurú. Pero si el gurú es digno del nombre, les dirá que deben comprenderse a sí mismos en la acción, la cual es relación. Por cierto, señor, usted es mucho más importante que el gurú; es más importante que yo, porque se trata de su vida, de su desdicha, su esfuerzo, su lucha. El gurú o yo o algún otro puede que sean libres, pero ¿qué valor tiene eso para usted? Por consiguiente, rendir culto al gurú es nocivo para su comprensión de sí mismo. Y existe un factor peculiar en esto: Cuanto más respeto muestra usted a uno, tanto menos respeto muestra hacia otros. Saluda muy profundamente a su gurú y patea a su sirviente. Por lo tanto, su respeto muy poco significa.

Todos éstos son hechos, y sé que a la mayoría probablemente no le agrada todo lo que se ha dicho; la mente de ustedes anhela consuelo, ha sido muy golpeada, muy herida. Está atrapada en innumerables penas y desdichas, y dice: "¡Por el amor de Dios!, déme alguna esperanza, algún refugio". Señor, sólo la mente en estado de desesperación puede dar con la realidad. Una mente por completo descontenta es la que puede penetrar en la realidad, no una mente satisfecha, no una mente respetable, cercada por creencias.

Así, pues, uno florece únicamente en la relación; florece sólo en el amor, no en la contienda. Pero nuestros corazones están marchitos; los hemos llenado con las cosas de la mente; por eso acudimos a otros para que, con sus creaciones, llenen nuestras mentes. Puesto que no tenemos amor, intentamos encontrarlo con el gurú, con alguna otra persona. El amor no es cosa que pueda encontrarse. Usted no puede comprarlo, no puede inmolarse a él. El amor manifiesta su existencia sólo cuando el "yo" está ausente; y en tanto esté usted buscando gratificación, escapes, en tanto se niegue a comprender su confusión, tan sólo está acentuando el "yo" y, por lo tanto, negando el amor.

¿Contestaré algunas preguntas más, o ya es suficiente? ¿No están cansados? ¿No? Señores, ¿están siendo hipnotizados por mi voz y mis palabras? Lo que hemos discutido, lo que dije antes contestando las preguntas, y estas dos preguntas, ha de ser algo muy perturbador para ustedes, ¿no es así? Si no es así, hay algo que anda mal con ustedes. Porque se está atacando toda la estructura de su proceso de pensamiento, sus cómodas maneras de pensar, y esa perturbación debe ser muy fatigosa. Y si no están cansados, si no están alterados, ¿qué sentido tiene que estén sentados en este lugar?

Señores, seamos muy claros acerca de lo que ustedes y yo tratamos de hacer aquí. Probablemente, la mayoría dirá: "Ya conocemos todo esto; Shankara, Buda, algún otro lo ha dicho". Esa misma afirmación indica que, habiendo leído tanto, toman lo que se dice aquí, lo trasladan a uno de los casilleros de su mente y, de tal modo, lo descartan. Es un modo conveniente de acomodar lo

que han oído, y denota que escuchan tan sólo en el nivel verbal, que no reciben todo el contenido de lo que se dice, lo cual crearía una perturbación. Señores, la paz no puede lograrse sin una gran dosis de investigación; y lo que ustedes y yo estamos haciendo es investigar en nuestras mentes y en nuestros corazones, a fin de descubrir qué es verdadero y qué es falso. Investigar es emplear energía, vitalidad; físicamente, eso es —debería serlo— tan agotador como el cavar la tierra. Pero ya lo ven, desafortunadamente, para ustedes el escuchar es un hábito; se limitan a ser los espectadores que disfrutan, que contemplan la actuación de otro; por eso no están cansados. Los espectadores no se cansan nunca, lo cual indica que no participan realmente en el juego. Y, como he dicho una y otra vez, ustedes no son los espectadores ni yo soy el que actúa para ustedes. No están aquí para escuchar un canto. Lo que ambos tratamos de hacer es encontrar un canto en nuestros propios corazones, y no escuchar el canto de otro. Ustedes están acostumbrados a escuchar el canto de otro; por eso sus corazones están vacíos, y estarán siempre vacíos porque tratan de llenarlos con un canto ajeno. No es el canto de ustedes; entonces, son meros gramófonos, cambian los discos conforme a los estados de ánimo, pero no son músicos. Y, especialmente en tiempos de grandes tormentos y aflicciones, tenemos que ser los músicos, cada uno de nosotros tiene que serlo. Debemos renovarnos creativamente con el canto, lo cual implica ser libres, vaciar el corazón de las cosas con que lo ha llenado la mente. Por lo tanto, tenemos que comprender las creaciones de la mente y ver la falsedad de esas creaciones mentales. Entonces no llenaremos con ellas nuestros corazones. Entonces, cuando el corazón está vacío —no como en el caso de ustedes, lleno de cenizas—, cuando el corazón está vacío y la mente está quieta, hay un canto, un canto que no puede ser destruido o falseado, porque no es un producto de la mente.

23 de enero de 1949

TERCERA PLÁTICA EN RAJGHAT

Puesto que hoy somos tan pocos, tal vez, en lugar de una discusión seguida de contestaciones a preguntas formuladas por ustedes, valdría la pena considerar el problema de la revolución, del cambio y de la reforma; considerar sus implicaciones y el significado, perdurable o no, que tienen en la vida; ver si la revolución no es la única solución permanente, contrariamente a la reforma y el cambio.

La reforma en un determinado orden social es tan sólo retroceso, ¿verdad? No se muestren sorprendidos. ¿Acaso la reforma no se limita a mantener una condición social existente y a introducirle ciertas modificaciones, pero conservando en lo fundamental la misma estructura? La reforma es, pues, la continuidad modificada de un modelo social, la cual confiere cierta condición

estable a la sociedad. Y el cambio tiene el mismo carácter, ¿no es así? Es también una continuidad modificada, porque el cambio implica una fórmula que ustedes tratan de seguir o un modelo que establecen, aproximando el presente a ese modelo. De modo que la reforma y el cambio son, básicamente, más o menos la misma cosa. Ambos implican la continuación del presente en una forma modificada; implican, ¿no es así?, que el reformador o aquél que desea producir el cambio, tiene un patrón de medida conforme al cual aproxima su acción; por lo tanto, su cambio, su reforma es la reacción al trasfondo dentro del que ha sido condicionado. O sea, es la respuesta del trasfondo o del condicionamiento, y eso implica aproximarse a un modelo autoproyectado. Espero que estén siguiendo todo esto. Estoy pensando en voz alta, no he pensado en esto antes; de modo que prosigamos.

Así, pues, un hombre que desea reformar, producir cierto cambio, es en realidad una persona que actúa en detrimento de la revolución. De hecho, es una persona regresiva, porque, o hay una constante revolución o tan sólo cambios, modificaciones reformadoras. Esas modificaciones, siendo la respuesta del trasfondo o del condicionamiento en el que esa persona se ha educado, se limitan a continuar el trasfondo en otra forma. El reformador desea producir un cambio en una sociedad dada, pero como su reforma es tan sólo la reacción a cierto trasfondo y la proyección de ese trasfondo personal, el reformador actúa en la sociedad como un factor regresivo. Por favor, reflexionen sobre esto, no lo nieguen, no lo dejen de lado.

Ahora bien, ¿cuál es la relación entre el reformador y el revolucionario, y qué entendemos por revolucionario? ¿Es revolucionario aquél que tiene un patrón definido o una fórmula y desea desarrollar esa fórmula? No viene al caso si la técnica a emplear es pacífica o sangrienta; ése no es el punto. Un hombre que tiene una fórmula, un patrón, un modelo al cual aproxima su acción, ¿es un revolucionario en el sentido fundamental de la palabra? Es muy importante averiguar esto, porque todos —o al menos muchos— se interesan en esto de la revolución, en la izquierda, la derecha, el centro, etcétera.

Ahora bien, cuando se habla acerca de la revolución, es acerca de la revolución conforme a un modelo, de la izquierda, de la derecha o del centro. Y cuando alguien se titula revolucionario, ¿no es, de hecho, un factor de retroceso en la sociedad, tal como lo es el reformador, el hombre que desea producir un cambio? Así, pues, el hombre que tiene una fórmula y procura que la sociedad se aproxime a esa fórmula, es realmente una persona que actúa como un factor regresivo en la sociedad.

Entonces, ¿quién es un verdadero revolucionario? Podemos ver que el revolucionario que tiene una fórmula, y el hombre que desea producir un cambio, así como el reformador, son iguales, porque tienen básicamente la misma actitud con respecto a la acción. Para ellos, la acción es la aproximación a una idea; el idealista, el reformador y el revolucionario social tienen un modelo previo. Como hemos visto, sus acciones son, en lo fundamental, la reacción a sus respectivos trasfondos; por lo tanto, son un factor de retroceso.

En consecuencia, una revolución semejante finalmente fracasa, porque es nada más que una aproximación a la izquierda o a la derecha, una reacción a un opuesto. ¿Entienden? Y la reforma es similar. El reformador quiere modificar cierto desajuste en la sociedad, y su reforma se origina en la respuesta a su trasfondo, a su condicionamiento; de modo que todos ellos guardan una similitud, ¿no es así?, tanto el revolucionario sangriento, el reformador, como el partidario del cambio dentro de la continuidad. Obviamente, no son verdaderos revolucionarios.

Ahora vamos a averiguar qué entendemos por revolución. La revolución, ¿es una serie de intervalos entre dos respuestas condicionadas? ¿Es el resultado de una condición estática, de una acción dinámica, o es la constante ruptura con el trasfondo y, por ende, implica no dejar nada estático en ningún momento? En otras palabras, ¿es la revolución una ruptura súbita en la continuidad modificada y, por lo tanto, en la respuesta del trasfondo, o la revolución es un movimiento constante que jamás, en momento alguno, es estático?

Por consiguiente, ¿puede la revolución significar alguna vez cambio o reforma? La reforma y el cambio indican un estado en el que no ha habido una acción apropiada, el cual debe ser transformado, cambiado; y, como dije, el reformador o el que desea un cambio, e incluso el así llamado revolucionario, son similares en sus objetivos. Para ellos, la reforma o la revolución son sólo un proceso gradual hacia una condición estática. Creo que eso está claro. La sociedad, la comunidad, el grupo, permanecen siendo estáticos, estáticos en el sentido de continuar el mismo modelo de acción; aunque pueda parecer que nos movemos, vivimos y actuamos —produciendo hijos, construyendo casas—, ello está siempre dentro del mismo patrón estático.

Ahora bien, lo que sugiero ¿es posible? ¿No es ésa, acaso, la única revolución verdadera, es decir, la de no permanecer jamás estáticos? La sociedad, que es la relación entre ustedes y yo, nunca debe volverse estática; sólo entonces puede haber una revolución constante en nuestro modo de relacionarnos. ¿Qué es, entonces, lo que nos hace ser estáticos, lo que nos hace actuar sin profundidad, sin sentido, sin un propósito claro, sin belleza, como son, en su mayor parte, nuestras vidas? Vivimos, producimos, construimos, pero todo eso no es, por cierto, un estado creativo, sino estático. Y, ¿qué es lo que nos hace ser estáticos, lo que torna estática a la sociedad? ¿Cuáles son los factores que generan una acción carente de significado, una vida sin sentido? ¿Qué es lo que origina en nuestra relación una sensación de muerte? Aunque uno y otro podamos vivir juntos, trabajar juntos, hay algo que es siempre destructivo, que carece de vida, que es siempre oscuridad; algo siempre estático. Si podemos comprender y eliminar eso, entonces, en nuestra relación habrá una revolución constante, un constante dinamismo, un cambio constante —no, no quiero usar la palabra *cambio*—, una constante transformación.

Ahora bien, ¿qué es lo que contribuye a la transformación, a la verdadera revolución no a una continuidad modificada? ¿Qué es lo que origina la destrucción de esta condición estática? ¿Y qué es lo que origina muerte en nuestra

relación? ¿Por qué nos echamos a perder, nos deterioramos, nos agotamos sexualmente, físicamente, y declinamos de diversas maneras? ¿Por qué? Si podemos comprender eso, viviremos en un estado de constante transformación. Y bien, ¿qué es lo que contribuye a la muerte en la relación? ¿Qué es lo que nos corrompe, y qué es lo que nos hace buscar la modificación, el cambio y demás? Por cierto, es nuestro pensamiento, el cual es el producto del pasado. No hay pensamiento sin memoria, y la memoria es siempre la entidad muerta; sólo se revive a sí misma en la acción, en el presente, pero ésa es una acción de deterioro, de muerte. Aunque parezca tan activo, tan vital, tan lleno de presteza y de energía, el pensamiento es, en realidad, el resultado de un patrón fijo de la memoria. La memoria está fija y, por ende, lo que proviene de ella debe ser, también, limitado; ¿no es, entonces, el proceso mismo del pensar el que genera descomposición, agotamiento, muerte, esa condición estática? Por consiguiente, una revolución basada en una idea, en el pensamiento, tarde o temprano debe resultar en muerte. El pensamiento, que es ideación, o el andar a tientas en pos de un ideal, implica sacrificar el presente a una utopía, al futuro. Señor, ¿alcanza a ver algo en esto?

Una relación basada en el pensamiento, que es costumbre, hábito, debe producir una sociedad estática, y la acción del reformador que desea cambiar esa sociedad, sigue siendo una acción de muerte, de oscuridad, o la respuesta de una mente estática. Si observan, verán que lo deteriorante en nuestra relación es pensar, pensar, pensar, calcular, juzgar, sopesar, amoldarnos; y la única cosa que nos libera de eso es el amor, el cual no es un proceso de pensamiento. No podemos pensar acerca del amor. Podemos pensar acerca de la persona que amamos, pero no acerca del amor.

Así, pues, el hombre que ama es el verdadero revolucionario, y él es la persona genuinamente religiosa, porque lo que es auténtica religión no se basa en el pensamiento ni en creencias o dogmas. Una persona que es una red de creencias y dogmas no es una persona religiosa, es una persona estúpida; en cambio, el hombre que de veras ama es el genuino revolucionario, en él está la verdadera transformación. De modo que el amor no es un proceso del pensamiento; como se ha dicho, no podemos pensar acerca del amor. Podemos imaginar lo que el amor debería ser; eso constituye meramente un proceso de pensamiento, pero no es amor. El amor no es personal o impersonal, no es amor a uno o a muchos; es amor, no conoce fronteras ni clases ni razas. El amor no es producto del pensamiento, porque el pensamiento es el resultado de la memoria, del condicionamiento, y sólo puede generar deterioro, muerte.

Por lo tanto, puede haber verdadera revolución, una transformación fundamental, sólo cuando hay amor, que es la religión suprema. Ese estado se manifiesta cuando cesa el proceso del pensamiento, cuando hay abnegación de ese proceso. Puede haber abnegación de algo sólo cuando lo hemos comprendido, no rechazado. Una comunidad, una sociedad, un grupo, puede ser realmente revolucionario, transformarse continuamente a sí mismo, sólo cuando se halla en ese estado, y no de acuerdo con una fórmula, porque una fórmula

no es sino el producto de un proceso de pensamiento; en consecuencia, es intrínsecamente la causa de una condición estática. También podemos ver que el odio no puede producir una revolución radical, porque aquello que es producto del conflicto, del antagonismo, de la confusión, no puede ser verdadero, no puede ser creativamente revolucionario. El odio es consecuencia de este proceso de pensamiento; el odio *es* pensamiento, y esa transformación que trae consigo el amor sólo puede existir cuando cesa el proceso del pensar; por lo tanto, el pensamiento jamás puede producir una revolución profunda, vital.

Pregunta: ¿Cree usted en el alma?

KRISHNAMURTI: Bien, examinemos estas dos palabras, *creer* y *alma*. La palabra *creencia*, ¿tiene un referente? ¿Sabe qué significa la palabra *referente*? Es algo a lo cual usted se refiere. Cuando dice que cree en Dios, ¿qué es eso, a qué se refiere esa creencia o esa palabra *Dios*? No estoy discutiendo a Dios por el momento, pero ¿cuál es el referente detrás de esa creencia?

Por cierto, creer es proyectar nuestra propia intención, ¿no es así? Digamos que usted cree en Dios, que cree en el nacionalismo. ¿Qué significa eso? Se inviste a sí mismo con la idea; usa la idea de autoprotección practicando el nacionalismo, y llega a creer en el nacionalismo. Una creencia es el resultado del deseo de sentirse seguro, subjetiva u objetivamente, o bien es una experiencia basada en la memoria, la cual dicta la creencia que usted profesa. Cuando dice que cree en el alma, ¿qué hace que crea en ella, que ponga en ella su fe, su confianza, lo que fuere? Es su condicionamiento, ¿verdad? Pero el izquierdista, el no creyente, dice que no hay tal cosa, porque él también está condicionado a su propio modo; el creyente está condicionado, y el no creyente está condicionado.

Ahora bien, ¿hay tal cosa como el alma? Eso es lo que usted quiere saber por mí. El alma implica una entidad espiritual, ¿no? ¿O implica el carácter? Señores, cuando hablan del alma, ¿qué entienden por alma? ¿Se refieren a la psique? Nos estamos preguntando si el alma, como entidad psicológica, existe. Es obvio que existe, pero seguramente nos referimos a algo más que al carácter cuando hablamos del alma. Y el carácter puede ser modificado, cambiado, conforme al entorno. No hay nada permanente respecto del carácter; puede ser modificado, cambiado según las influencias ambientales. Pero entendemos mucho más —una cualidad superior— cuando hablamos del alma, ¿no es así? Algo que postulamos como espiritual, como el "más". La dificultad es ésta, señores. Cuando ustedes formulan una pregunta de este tipo, uno debe investigarla muy cuidadosamente.

Hasta donde podemos ver, sólo hay carácter modificado, controlado, moldeado por el medio. Uno puede descubrir si hay algo más, sólo cuando comprende las influencias ambientales y rompe con ellas. La mente limitada, que es la mente condicionada por el medio, no puede descubrir si existe la cualidad superior a que se refiere su pregunta. No es una cuestión de creencia; o existe o no existe, y eso sólo puede ser experimentado, no se puede "creer"

en ello. Y uno puede experimentarlo únicamente cuando no existe el factor condicionante que es el proceso del pensamiento.

Podemos ver muy bien lo que sucede en el mundo. La cualidad superior jamás puede ser controlada, moldeada, atrapada en la red del tiempo, pero el carácter puede ser cambiado. Uno nace en cierto país; tiene ciertas influencias, ciertos rasgos de carácter, ciertos factores que van moldeando la mente, pero en otro país tiene lugar el mismo moldeado de una manera distinta. Así, pues, lo que se llama carácter de una persona, puede ser cambiado, modificado, controlado, ampliado, etc. Por cierto, el carácter no es la cualidad superior; en consecuencia, para comprender la cualidad superior, debe cesar el carácter o condicionamiento. Eso no quiere decir que uno deba volverse flojo, impreciso; todo cuanto podemos hacer es lograr que el carácter sea fluido, no estático, que sea capaz de ajustarse instantáneamente. Después de todo, la virtud es la capacidad de rápidos ajustes; no es el cultivo de una idea; el cultivo de una idea no es virtud. La virtud no es la negación del vicio; es un estado del ser, y el ser no es una idea. La persona que cultiva la virtud, no es virtuosa. Para experimentar aquello que no es una idea, debe cesar la ideación, el proceso del pensamiento.

Vemos, pues, que el carácter puede modificarse, puede ser cambiado, moldeado, y esto ocurre todo el tiempo, consciente o inconscientemente. Pero lo que a usted le interesa es la cualidad superior. No puede "creer" en ella. Tan pronto use la palabra *creer*, no podrá dar con esa cualidad superior, porque el creer es un proceso del pensamiento. El pensamiento jamás podrá encontrar lo que está más allá de él mismo. Con el instrumento que usted tiene para descubrir, o sea, con la mente, nunca ha dado con ello, pero el pensamiento jamás podrá encontrarlo; la cualidad superior no es, obviamente, del tiempo, y el único instrumento que tenemos es del tiempo, como lo es el carácter; volvemos, pues, a la misma cuestión, de una manera diferente.

En tanto usemos a la mente como medio de comprensión, no podrá haber comprensión. El pensamiento no produce comprensión; al contrario, uno comprende sólo cuando cesa el pensamiento... ¡no lo llamen "intuición", por el amor de Dios! Por intuición ustedes entienden percepción y no acción, pero una división semejante no es real. Esto implica muchísimo, lo investigaremos en otra oportunidad.

Pregunta: A la luz del nuevo enfoque, ¿cuál es el contenido de la educación?

KRISHNAMURTI: Bueno, ¿qué entiende usted por el nuevo enfoque? Supuestamente, todo lo que se dijo durante las discusiones anteriores —todo lo que dije yo, desafortunadamente—. Perdón por introducirme a mí mismo en esto. Ahora bien, el interlocutor desea saber cuál es el contenido de la educación a la luz de todo eso.

Señor, ¿qué entiende usted por educación? ¿Por qué nos educamos? ¿Por qué manda usted a sus hijos a la escuela? Dirá, ¿no es así?, que es para apren-

der una técnica que les permita ganarse la vida. Eso es todo cuanto le interesa, ¿verdad? Siempre y cuando su hijo llegue a ser un Licenciado en Artes, en Letras, y Dios sabe qué otros títulos, usted le habrá dado un instrumento, cierta facultad por la que será capaz de ganarse la vida. Casi todos ustedes se interesan en darles a su hijos una técnica, ¿no es así?

Entonces, ¿es la educación el cultivo de una técnica? Sé que es necesario ser capaz de leer y escribir, de aprender ingeniería o alguna otra cosa, porque en nuestra sociedad eso es esencial. Pero la técnica, ¿les dará, acaso, la facultad, o más bien, la capacidad de experimentar? Porque, al fin y al cabo, lo que entendemos por educación es el capacitarnos para experimentar la vida, y no limitarnos a aprender una técnica, la cual es, por cierto, sólo una parte de la vida; necesitamos poder experimentar la vida como una totalidad, ¿no es cierto? ¿Puedo, acaso, aprender a experimentarla como una totalidad mediante el mero aprendizaje de una técnica? Admitimos que la técnica es necesaria, pero para abordar la vida como una totalidad, como un todo integrado, necesito experimentar, es obvio. Experimentar la pena, el sufrimiento, la alegría, todo, la belleza, la fealdad, el amor... tengo que experimentar *la vida*, apreciarla en cualquiera de sus niveles. ¿Me ayudará la técnica a afrontar la vida? Insisto: admitimos que la técnica es necesaria, no la minimicemos, pero si ésa es la única cosa por la cual nos esforzamos, ¿no estamos negando la experiencia total de la vida? Pero, si usted puede contribuir a que uno experimente la vida como algo total, entonces esa experiencia misma creará su técnica, y no a la inversa.

¿Es difícil esto, es un poquito complicado? Ahora, señor, lo expondré de otro modo. Nosotros creamos el instrumento para experimentar, ¿no es así? A fin de cuentas, usted educa a su hijo para que experimente la vida: matrimonio, sexo, adoración, temor, gobierno... todo eso es la vida. Nosotros creamos el instrumento para experimentar, pero ese instrumento, que es la técnica, ¿puede experimentar? Usted le da las herramientas y le dice: "¡Ve y experimenta!". Experimentar ¿qué? ¿Puede la herramienta, o la cosa que contiene las herramientas, experimentar?

Si lo abordamos de otra manera, o sea, ayudando al estudiante a que experimente, entonces esa experiencia misma creará el instrumento; no será, como hoy lo es la mera técnica, un obstáculo para el experimentar... ¿Es esto un poquito abstracto?

Expresémoslo, una vez más, de un modo diferente. Usted me enseña a ser ingeniero, me da la técnica para ganarme la subsistencia, y toda mi vida es la de un ingeniero. Pienso, sueño, compito, como ingeniero; trato a mi esposa, a mis hijos, a mis vecinos, como ingeniero. La profesión, la técnica, la facultad, la función se ha vuelto importante, pero la función no puede experimentar la vida —me refiero a la totalidad de la vida, no sólo a la construcción de un puente o de una carretera o de una fea casa—.

Ahora bien, ¿qué es lo que estamos haciendo? Acentuamos la creación del instrumento. Esperamos, por medio del instrumento, experimentar la vida;

por eso la educación moderna es un completo fracaso, porque ustedes sólo tienen la técnica; tienen científicos maravillosos, estupendos físicos, matemáticos, constructores de puentes, conquistadores del espacio; y después, ¿qué? ¿Experimentan la vida? Sólo como especialistas, y ¿puede un especialista experimentar la vida total? Únicamente cuando deja de ser un especialista. Así, primero hacemos de él un especialista, y después esperamos que experimente. ¿Ven cuán erróneo es este enfoque? ¿No es posible, en cambio, crear en una escuela o en una comunidad, un medio donde el experimentar pueda tener lugar continuamente, en el niño, en el muchacho o la chica, de manera directa y gracias a la capacidad misma de experimentar la vida? ¿Entienden lo que eso implica?

Ésa es, indudablemente, la verdadera revolución: experimentar integralmente, como un ser humano total; y, cuando experimenta, él creará la técnica, es obvio. O sea, si experimenta el arte, la belleza, querrá expresar eso, y creará, inevitablemente, la técnica de la pintura, de la escritura; pero ahora ustedes lo frenan diciéndole cómo debe escribir ensayos, enseñándole estilos y todo eso. Pero, si es capaz de experimentar un sentimiento, el sentimiento encontrará su expresión y el estudiante dará con su propio estilo; cuando escriba un poema de amor, será un poema de amor, no una rima cuidadosamente calculada.

¿Qué es, entonces, lo que hoy estamos haciendo? Creamos el instrumento pero destruimos al hombre. La función es lo que se ha vuelto extremadamente importante, no el hombre, pero si el hombre experimenta integralmente todo el tiempo, creará su propio instrumento de expresión. Señor, esto no es un sueño fantástico; es lo que hacemos cuando somos seres auténticos, cuando no estamos abarrotados de datos estúpidos a los que llamamos educación. Cuando uno tiene algo que decir, lo dice, y ése es el estilo. Pero ahora no tenemos nada que decir, porque nos hemos destruido a causa de la técnica y hemos hecho de ella el objetivo máximo de la vida; tratamos a la vida como un mero asunto de subsistencia, un empleo; la vida es para nosotros un empleo.

Si vemos, pues, esto, ¿no pueden aquéllos que lo experimentan, expresarlo a través de la enseñanza? Si la persona que enseña en la escuela está de veras experimentando, entonces su expresión será la enseñanza de acuerdo con su temperamento, sus facultades, capacidades, etc. Entonces esa enseñanza será el instrumento que ayudará a otro ser humano a experimentar y a no quedar atrapado en una técnica.

Señor, en otras palabras: Mientras no comprendemos la vida, usamos el instrumento esperando comprenderla; pero el instrumento no puede comprender la vida; ésta debe ser vivida, comprendida mientras se la vive, a través de la acción, de la experiencia. Vea, otro factor es que el cultivo de la técnica nos da una sensación de seguridad, no sólo económica, sino psicológica, porque pensamos que tenemos la capacidad de hacer algo. Y la capacidad de hacer algo nos da una fuerza extraordinaria. Uno dice: "Puede hacer esto, o aquello; puedo tocar el piano; en cualquier momento puedo salir y construir una casa". Eso nos brinda un sentido de independencia, de vitalidad. Pero negamos la

vida y su experiencia mediante el fortalecimiento de la capacidad, porque la vida es peligrosa, es inesperada, extraordinariamente fluida; no conocemos su contenido; debe ser experimentada constantemente, continuamente renovada. Temerosos de ese contenido que desconocemos, decimos: "Cultivemos la técnica porque ella nos dará cierto sentimiento de seguridad, interna o externamente". Así, en tanto usemos la técnica como un medio de seguridad interna, no podremos comprender la vida, y sin experimentar integralmente la vida, la técnica no tiene sentido y sólo nos estamos destruyendo a nosotros mismos.

Tenemos técnicos maravillosamente capaces, ¿y qué está ocurriendo? Las técnicas son utilizadas por los expertos para destruirnos unos a otros. Eso es lo que desean los gobiernos. Desean técnicos; no quieren seres humanos, porque los seres humanos se vuelven peligrosos para los gobiernos. Por lo tanto, los gobiernos van a controlar toda la educación, porque necesitan más y más técnicos.

Así, pues, el nuevo enfoque no es el mero cultivo de una técnica —lo cual no significa que neguemos la técnica—, sino que consiste en ayudar a crear un ser humano integrado. Por cierto, señor, eso es muy simple, quiero decir que es simple en palabras. Pero usted puede ver el efecto extraordinario que tendrá en la sociedad. No seremos desechados por una técnica a la edad de 50 ó 45 años. Hoy, cuando uno tiene 45 ó 50 años, está acabado, después de haber entregado su vida a una sociedad corrupta o a un gobierno que no tiene ningún sentido excepto para los pocos que mandan en él; uno ha trabajado como esclavo toda su vida y está exhausto. Mientras que la vida debería tornarse más y más rica, pero eso podrá ocurrir tan sólo cuando la técnica no sea utilizada en lugar del experimentar. Señor, si uno piensa realmente en ello, ve que es una revolución completa. En tanto siga existiendo el cultivo de la técnica sin que experimentemos la acción integrada de la vida, tendrá que haber destrucción, competencia, confusión, despiadado antagonismo. Ustedes se están convirtiendo en entes con capacidades perfectas, y cuanto más acentúen la técnica, tanto más destrucción habrá. Si hubiese personas que estuvieran experimentando y, por ende, enseñando, serían verdaderos maestros y crearían su propia técnica de enseñanza.

Por lo tanto, el experimentar viene primero; primero viene la vida, no la técnica. Señor, cuando usted siente el impulso creativo de pintar, toma un pincel y pinta, no se preocupa de la técnica; puede aprender la técnica, pero ese impulso crea su propia técnica, y ésa es la más grande de las artes.

Hay algo muy interesante que está ocurriendo en el mundo, especialmente en Norteamérica. Los ingenieros están inventando máquinas que no necesitan un solo ser humano que las haga funcionar. La vida será manejada enteramente por máquinas, por distintas clases de máquinas, y ¿qué va a suceder con los seres humanos? Debido a que todos se están convirtiendo rápidamente en técnicos, van a destruirse unos a otros, porque no tendrán otra cosa que hacer. No sabrán cómo utilizar su ocio, de modo que buscarán escapes por medio de las revistas, de verbosas ideaciones, de la radio, de las películas y de agotado-

res entretenimientos. ¿Qué otra cosa tendrán que hacer? La solución está en la capacidad integrada de experimentar la vida como una totalidad. Eso implica, por lo tanto, educar al educador para que la experimente como una totalidad, ayudarlo a que sea un ser humano total y no un técnico, un especialista.

Eso es bastante difícil, dado que todos hemos aprendido una técnica u otra. Algunos de ustedes saben cómo meditar, han aprendido la técnica, pero no son meditadores. Algunos aprendieron la técnica de tocar el piano, pero no son músicos. Saben leer, pero no son escritores, porque no hay nada en ustedes clamando por expresarse; han llenado sus mentes y corazones con la técnica. Están llenos de citas, y piensan que son maravillosos porque hablan acerca de lo que otros han pensado o dicho. ¿Qué hay detrás de esa técnica de ustedes? Palabras, palabras, nada más que palabras, eso es la técnica. Esto es lo que estamos haciendo con nosotros mismos, de modo que no lo tomen a risa.

Así, pues, primero viene el experimentar, el vivir, no la técnica. Primero viene el amor, no cómo experimentar el amor. Ustedes leen libros acerca del amor, pero sus corazones están secos; por eso leen, para estimularse. Es lo que todos hacen, porque han cultivado el pensamiento, y el pensamiento es muerte; y, como están muriendo lentamente, necesitan estimularse y piensan que la técnica les dará ese estímulo. Pero el estímulo trae siempre deterioro, los embota y fatiga más y más.

Pregunta: Usted ha estado llevando una cruzada contra la creencia ciega, la superstición y la religión organizada. ¿Estaría equivocado si digo que, a pesar de su condena verbal a los principios teosóficos, está usted llevando a cabo el hecho central de la teosofía? Usted predica la verdadera teosofía. No hay una contradicción real entre su posición y la posición de la Sociedad Teosófica, cuya gran presidenta lo introdujo por primera vez al mundo. (Risas).

KRISHNAMURTI: Bueno, no discutamos personalidades, la Dra. Besant y yo, porque entonces estamos perdidos.

Averigüemos si estoy llevando una cruzada contra la creencia ciega, la superstición y la religión organizada. Trato tan sólo de establecer un hecho. Un hecho puede ser interpretado por cualquiera conforme a su condicionamiento, pero el hecho permanecerá siendo un hecho. Puedo traducirlo según mi agrado o desagrado, pero el hecho no cambia, está ahí.

De igual manera, una creencia, una superstición, un dogma organizado de la religión, no pueden ayudarlo a comprender la verdad. La verdad debe ser considerada sin estas pantallas, sólo entonces hay comprensión, y no de acuerdo con mis deseos. Las creencias organizadas, las religiones, que son dogmas organizados, no pueden ayudarme a comprender la vida. Pueden ayudarme a traducir la vida según mis condicionamientos, pero eso no es comprender la vida, no es experimentar la vida. Y la religión no consiste en experimentar la

vida a través de una creencia; religión es experimentar la vida directamente, sin el condicionamiento. En consecuencia, tiene que haber libertad respecto de la religión organizada y todo lo demás.

Ahora bien, ¿cuál es el punto de vista teosófico? Puesto que el interlocutor dice que estoy llevando a cabo el hecho central de la teosofía, ustedes y yo debemos averiguar cuál es el hecho central de la teosofía, y qué es, conforme al interlocutor, la Sociedad Teosófica. ¿Cuál es el hecho central de la teosofía? Realmente, no lo sé, pero veámoslo. ¿Cuáles son los hechos ciertos de la Teosofía? ¿La sabiduría divina? Eso es lo que significa la palabra *teosofía.* (*Interrupción:* "No hay religión superior a la verdad"). ¿Es ése el hecho central?

La teosofía y la Sociedad Teosófica son dos cosas diferentes. ¿De cuál de ellas habla usted? Por favor, señor, permítame asegurarle, en primer lugar, que no estoy atacando ni defendiendo. Queremos descubrir la verdad en esto, al menos es lo que yo quiero. Puede que ustedes no; sobre todo los adherentes, los que se han comprometido y tienen intereses creados en la Sociedad Teosófica, insisten en que ésta es la teosofía. Pero esas personas no buscan la verdad; tan sólo dependen de su interés establecido y esperan ser recompensadas.

Y bien, debemos averiguar si hay diferencia entre la teosofía y la Sociedad Teosófica. Por cierto, las enseñanzas de Cristo son diferentes de la iglesia. Las enseñanzas de Buda son diferentes del budismo como religión organizada. Es obvio. La enseñanza es una cosa, y la Sociedad organizada, la religión organizada, la enseñanza organizada, es otra, ¿no es así?

De modo que la teosofía y la Sociedad Teosófica son dos cosas diferentes. Entonces, ¿qué es lo que quieren descubrir, el hecho central de la teosofía, o les interesa la Sociedad Teosófica? Si les interesa el hecho central de la teosofía —que es la "sabiduría divina"—, ¿cómo vamos a descubrirlo? O sea, el hecho central de la teosofía es la sabiduría, ¿no? ¿No es así, señor? Llámelo sabiduría divina o humana, no importa cómo. Ahora bien, la sabiduría, ¿puede buscarse en un libro, puede sernos dada por otro, puede ser descrita, puesta en palabras, aprendida y repetida? ¿Es sabiduría eso? Esa repetición, ¿no es una mentira? ¿Acaso la sabiduría no debe ser experimentada directamente? Y no puedo experimentar la sabiduría si sólo poseo la información acerca de la sabiduría de otro.

Señores, aquéllos de ustedes que desean descubrir el hecho central de la teosofía, tengan la bondad de escuchar muy atentamente, no cierren sus oídos. ¿Puede la sabiduría ser organizada y propalada, tal como propalan ustedes la propaganda política o los puntos de vista políticos? ¿Puede la sabiduría ser organizada y propalada para beneficio de los demás? ¿Puede ser captada por intermedio de la autoridad? ¿No debe ser descubierta por experiencia directa, y no mediante la técnica de conocer lo que otro ha dicho respecto de la sabiduría?

Ahora bien, cuando ustedes dicen que no hay religión superior a la verdad, eso implica que el hecho central de la teosofía es descubrir la verdad, ¿no es así? Es descubrir la verdad, comprenderla, amarla. Y la verdad, ¿es una cosa que pueda aprenderse y repetirse? ¿Pueden aprender una verdad como pueden aprender una técnica? ¿No debe ella ser experimentada, percibida y cono-

cida de manera directa? No estoy diciendo que la teosofía no implique todo esto. Estamos considerando cuál es el hecho central. Yo no he leído libros teosóficos más de lo que he leído otros libros religiosos... posiblemente sea por eso que uno puede hablar un poco más libremente acerca de todas estas cosas.

Entonces, ¿puede el hecho central de la teosofía, que es sabiduría y verdad, ser expresado por medio de una Sociedad organizada? O ¿puede una Sociedad organizada ayudar a otro para que alcance esa sabiduría y verdad? Así que ahora dejemos eso, el hecho central de la teosofía.

Veamos la Sociedad Teosófica. ¡Cómo prestan atención! No sé por qué les interesa todo esto.

Bien, ¿qué es una Sociedad organizada, cuál es la función de una Sociedad organizada —no lo que les gustaría que fuera, sino realmente, de hecho—? ¿Cuál es la función de una Sociedad organizada, especialmente una de esta clase? Propalar la sabiduría, ¿no es así? O sea, traducir esta sabiduría, fundar una tribuna donde la gente pueda reunirse en su búsqueda de la verdad. Ustedes dirían que sí, ¿no es cierto? Que es una Sociedad organizada para que en ella se reúnan aquéllos que habrán de buscar la verdad y la sabiduría. ¡Seguramente! ¿No? (*Interrupción.*) Señor, yo no trato de atraparlo, porque, a fin de cuentas, un cuerpo organizado existe para algo... Ambos nos hemos convertido simultáneamente en antagonistas: él de un lado, yo del otro. (*Risas*); él, dirigente de una Sociedad o de una sección de la Sociedad, y yo el oponente. Señor, déjeme decirle, por favor, que no soy aquí su oponente, sino que siento, por el contrario, que este tipo de Sociedades son un obstáculo para la comprensión.

¿Para qué existe la Sociedad de ustedes? ¿Para propagar ideas? ¿O para ayudar a la gente a descubrir el hecho central de la teosofía? ¿O existe para actuar como una tribuna de tolerancia, a fin de que personas con ideas diferentes puedan traducir la verdad conforme a sus condicionamientos? O bien son ustedes un grupo de personas que congenian unas con otras y dicen: "Estamos en esta Sociedad porque tenemos opiniones comunes", o se han reunido como una forma de buscar la verdad y ayudar a otros a encontrarla. Son cuatro posibilidades y podemos agregarles más. Y todas se resuelven esencialmente en dos: que nos reunimos como una Sociedad, para encontrar la verdad y propagar la verdad. Ahora bien, ¿pueden ustedes propagar la verdad, pueden buscar la verdad? Examinémoslo.

¿Pueden propagar la verdad? ¿Qué entienden por propaganda? Piensan, por ejemplo, que la reencarnación es un hecho. Lo tomo como un ejemplo; y dicen: "Vayamos y propaguemos eso, ayudará a la gente, aliviará su sufrimiento, etc.", lo cual quiere decir que conocen la verdad acerca de la reencarnación. ¿Conocen la verdad de la reencarnación, o sólo conocen la expresión verbal de una idea que afirma la existencia de la continuidad? Han leído eso en un libro y lo propagan, propagan las palabras; ¿entiende, señor? ¿Es eso propagar la verdad? ¿Puede uno propagarla? Entonces podría usted dar vuelta la cosa y decirme: "¿Qué está haciendo usted?". Yo le digo que no estoy propagando la

verdad; nos estamos ayudando mutuamente a ser libres, de modo tal que la verdad pueda venir a nosotros. No estoy propagando, no les estoy ofreciendo una "idea". Lo que hago es ayudarlos a que vean cuáles son los obstáculos que les impiden experimentar directamente la verdad. La persona que propaga la verdad, ¿habla, acaso, de la verdad? Por favor, ésta es una pregunta muy seria. Ustedes pueden hacer propaganda, pero esa propaganda que hacen no es la verdad. La palabra *verdad* no es la verdad. Ustedes están propagando tan sólo las palabras *verdad, reencarnación*, o las explican, pero la verdad debe ser experimentada; por lo tanto, la propaganda de ustedes es meramente verbal, falsa.

El otro punto es: La gente se reúne para buscar la verdad. ¿Puede uno buscar la verdad, o la verdad viene a uno? Hay allí una diferencia enorme. Si uno anda en busca de la verdad, desea utilizarla. Utiliza la verdad como salvaguarda o para lograr consuelo, seguridad, esto o aquello; la usa como instrumento para su propia gratificación o lo que fuere. Cuando voy en busca de algo, ése es mi objetivo, no nos engañemos con un montón de palabras. Cuando busco el poder, voy tras él, lo uso. Y cuando ustedes van tras la verdad, significa que ya la conocen, porque no pueden ir tras algo desconocido. Cuando la conocen, la usan. Lo que conocen es autoprotector y, por consiguiente, no es la verdad. ¿Puede la verdad ser encontrada? ¿Puede uno recibir la verdad por intermedio de la creencia?

Ahora bien, al discutir la Sociedad Teosófica, entiendan que, desde luego, no estoy interesado en ella, que estoy fuera de ella completamente. El interlocutor quiere saber si lo que yo digo, enseño, y el hecho central de la teosofía, así como la Sociedad Teosófica, son la misma cosa. Yo digo que, obviamente, no lo son. A ustedes les gustaría arreglar eso y decir: "Nosotros lo hemos producido; por lo tanto, usted es parte de nosotros, como un bebé es parte de su padre y de su madre". Ése es un argumento muy conveniente, pero en realidad el hijo es por completo diferente del padre cuando deviene un poco más adulto.

Por cierto, señor, cuando espiritualmente ustedes ascienden más y más en la escala, están negando la verdad, ¿no es así? La verdad no se encuentra al tope de la escala; está donde está uno, en lo que uno hace, piensa, siente; está ahí cuando uno besa y abraza, cuando explota a alguien; uno debe ver la verdad en todo eso, no una verdad al final de innumerables ciclos de vida. Pensar que algún día uno puede ser un Buda, no es sino otro engrandecimiento autoproyectado. Es un pensar inmaduro, carece de valor para personas vitalmente activas, profundamente reflexivas, afectuosas. Si usted piensa que será algo en el futuro, no lo es ahora. Lo que importa es el ahora, no el mañana. Si usted no es fraternal ahora, jamás será fraternal mañana, porque el mañana es también el ahora.

Se han reunido como una Sociedad, y me preguntan si coincido con ustedes. Digo que no. Ustedes pueden hacer que "coincidamos", pueden torcer cualquier cosa para acomodarla a su conveniencia. Pueden pretender que lo

blanco es negro; pero una mente que no es recta, que es incapaz de percibir directamente las cosas como son, piensa tan sólo desde el punto de vista del interés establecido, ya sea en la creencia, en la propiedad, o en el así llamado estatus espiritual. No les estoy diciendo que deberían dejar su Sociedad. No me preocupa en absoluto si la dejan o no la dejan, pero si piensan que son buscadores de la verdad y se han reunido para encontrarla, me temo que están obrando muy erróneamente al respecto. Podrán decir: "Ésa es su opinión", y yo les diría que están perfectamente en lo cierto. Si dicen: "Tratamos de ser fraternales", les diría otra vez que siguen un camino equivocado, porque la hermandad no está al fin del viaje; y si dicen que están cultivando la tolerancia, la hermandad, les diría que tal tolerancia y hermandad no existen. No son para ser cultivadas; uno no cultiva la tolerancia. Cuando amamos a alguien no cultivamos la tolerancia. La cultiva sólo el hombre que carece de amor en su corazón. La tolerancia es, entonces, una proeza intelectual más. Si dicen que su Sociedad no se basa para nada en la creencia, ni interna ni externamente, entonces les respondería que, tanto por sus acciones externas como por las internas, son un factor de separación, no de unidad. Tienen sus rituales secretos, sus enseñanzas secretas, sus Maestros, todo lo cual denota separación. La función misma de una Sociedad organizada es separarse en ese sentido.

Me temo, pues, que cuando uno penetra muy profundamente en la cuestión, ustedes —la Sociedad Teosófica— y yo no coincidimos. Podría gustarles hacer que coincidiéramos, pero ése es un asunto por completo diferente —lo cual no quiere decir que deban dejar su campo y pasarse a este campo—. No hay "este campo", no hay "lados" para la verdad. La verdad es verdad, una, única; no tiene lados, no tiene senderos; no hay senderos que conduzcan hacia la verdad; ésta debe venir a nosotros.

La verdad puede venir a nosotros sólo cuando nuestra mente y nuestro corazón son simples, claros, y el corazón está pleno de amor, no cuando está repleto con las cosas de la mente. Cuando hay amor en nuestro corazón, no hablamos de organizarnos para la hermandad, no hablamos de creencia, de poderes que generan división, no necesitamos reconciliarnos. Entonces, cada uno de nosotros es un ser humano sin rótulo, sin país. Esto significa que deben despojarse de todas esas cosas y permitir que la verdad se manifieste; y puede manifestarse sólo cuando la mente está vacía, cuando pone fin a sus propias creaciones. Entonces la verdad vendrá sin que la inviten. Vendrá tan rauda y sorpresivamente como el viento. La verdad llega en secreto, no cuando uno la aguarda, cuando la desea. Está ahí, tan súbita como la luz del Sol, tan pura como la noche; pero para recibirla, el corazón debe estar lleno y la mente vacía. Ahora, ustedes tienen la mente llena y el corazón vacío.

6 de febrero de 1949

CUARTA PLÁTICA EN RAJGHAT

Me pregunto qué significa la acción para la mayoría de nosotros. ¿Es la acción el resultado de una idea, la aproximación a una idea? ¿Es conformidad con un modelo previo? ¿Es una ideación? La acción, ¿es independiente de la relación? La acción en sí, ¿no es, acaso, relación? Y si la basamos en una idea, en un principio, en una conclusión, ¿es acción eso? ¿Es creativa una acción que se basa en la creencia, la cual es una forma de ideación? Una acción así, ¿tiene el poder de liberar no sólo vitalidad sino energía creadora, comprensión creadora?

Es importante, por cierto, descubrir hasta dónde nuestra acción depende de una idea, y si la idea viene primero o si viene primero la acción, si la elaboración mental es el paso que precede a la acción, o si la acción es independiente del proceso mental, del proceso de pensamiento. Tenemos que discutir esto y averiguarlo, porque si la acción es tan sólo conformidad a un patrón determinado, a una idea o ideación, entonces lo que adquiere suma importancia es la idea, no la acción. La acción consiste, entonces, en llevar a la práctica esa idea. En tal caso, surge el problema de cómo aproximar la acción a la idea, cómo poner la idea en práctica a fin de completarla, cómo llevar a cabo la idea mediante la acción, etc. ¿Es la idea el principal incentivo para la acción, o la acción tiene lugar primero y después surge la ideación? Por cierto, si uno observa muy detenidamente, ve que la acción viene primero, primero hacemos algo, agradable o desagradable, y entonces la idea nace de esa acción. Después, la idea controla la acción; y así es como la idea se vuelve sumamente importante, no la acción. La acción es, en consecuencia, tan sólo la continuación de una idea. De modo que la dificultad, con la mayoría de nosotros, es que las ideas, que son el registro de experiencias anteriores, de experiencias del pasado, controlan, guían y moldean la acción.

Como dije, la acción es relación, y ¿qué ocurre cuando la acción, la relación se basa en una idea? La acción que nace de una idea debe continuar condicionando al pensamiento, porque una idea es el resultado de nuestro propio trasfondo; el trasfondo moldea la acción y, por ende, controla la relación. En consecuencia, la acción nacida de una idea jamás puede ser liberadora; tiene que estar siempre condicionada, porque la idea es una respuesta condicionada, y una acción nacida de una idea está necesariamente condicionada. No hay libertad, no hay liberación creativa a través de la acción que se basa en una idea; no obstante, todos nuestros sistemas de acción están basados en ideas.

Recurrir a una idea como un instrumento de revolución, como un medio de liberar energía creativa, es obviamente erróneo. Entonces, ¿qué es la acción sin ideación? Espero que estén interesados, porque éste es nuestro problema. Nuestra vida es acción, la acción es relación, y si esa acción es tan sólo el resultado de una idea, la cual no es sino el residuo de la experiencia pasada, entonces una acción así jamás puede ser liberadora; es solamente la continuación del pasado con meras modificaciones. No podemos, pues, buscar la li-

bertad, la liberación, la comprensión de la realidad, mediante una acción que es el resultado de una idea. Una experiencia, una experiencia anterior, no puede ser el camino hacia la verdad. La experiencia que deja una cicatriz, un recuerdo, y desde allí moldea la acción, no puede conducirnos a la comprensión de la verdad. La memoria no es el camino de la comprensión. O sea, si la acción se basa en una idea, la cual es el resultado de la experiencia anterior, esa acción, siendo una consecuencia del pasado, jamás puede comprender el presente vivo.

¿Cuál es, entonces, el camino de la acción verdadera, de la acción que no es el resultado de una idea? Existe una acción que no es la mera repetición de una idea. La experiencia no nos conduce hacia la verdad, pero, para la mayoría de nosotros, la experiencia es de suma importancia. Experimentamos a través de la pantalla de los recuerdos, los que, a su vez, condicionan la experiencia. Es decir, la idea, el trasfondo, se ha enfrentado al reto y, de esa respuesta, surge la experiencia. Esa experiencia está condicionada y, por ende, lo está la acción; de modo que la acción, como experiencia, no puede conducirnos hacia la verdad, hacia la comprensión. Por favor, vean la importancia de esto: la experiencia es un obstáculo para el estado de *experimentar*, porque la experiencia es una acción condicionada y, siendo limitada, jamás puede ser completa. Por lo tanto, una experiencia es siempre un impedimento para la comprensión de la realidad. Esto es contrario a lo que hemos creído: que debemos tener más y más experiencia, conocimiento, técnica, a fin de comprender.

Tiene que haber, pues, un enfoque por completo diferente. Uno debe descubrir por sí mismo, internamente, si está actuando a base de una idea y si puede haber una acción sin ideación previa. Vemos que la acción basada en una idea no nos conduce hacia la verdad, que la acción basada en la experiencia es una acción limitada. Aquello que es mensurable no puede comprender lo inconmensurable, y la experiencia es siempre mensurable. De manera que la experiencia no es lo que nos parecía ser. Una acción basada en la experiencia es un impedimento para comprender la realidad o para comprender algo nuevo. Tiene que haber, pues, un modo distinto de abordar las cosas. Averigüemos, entonces, qué es la acción que no se basa en una idea.

¿Cuándo actúan ustedes sin ideación? ¿Cuándo hay una acción que no sea el resultado de la experiencia? Porque una acción basada en la experiencia es, como dijimos, limitadora y, por ende, es un obstáculo. La acción que no es el resultado de una idea es espontánea cuando el proceso del pensamiento, que se basa en la experiencia, no controla la acción; en una palabra, existe una acción independiente de la experiencia, cuando la mente no gobierna la acción. Ése es el único estado en que comprendemos: cuando la mente, basada en la experiencia, no dirige la acción; cuando el pensamiento, producto de la experiencia, no moldea la acción. ¿Qué es la acción cuando no existe el proceso del pensamiento? ¿Puede haber acción sin el proceso del pensamiento? Es decir, quiero construir un puente, una casa; conozco la técnica, y la técnica me dice cómo construirlos. Llamamos a eso acción. Está la acción de escribir un

poema, la de pintar un cuadro, la de las responsabilidades gubernamentales, las que implican las respuestas a lo social, a lo ambiental. Todas esas acciones se basan en una idea o en experiencias previas que moldean cada acción. Pero ¿existe una acción cuando no hay ideación alguna?

Por cierto, tal acción existe cuando cesa la idea, y la idea cesa sólo cuando hay amor. El amor no es memoria, no es experiencia. El amor no es pensar en la persona que uno ama, porque entonces eso es tan sólo pensamiento. No es posible pensar en el amor. Podemos pensar en la persona que amamos o por la que sentimos devoción —nuestro gurú, nuestra imagen, nuestra esposa o nuestro marido—, pero el pensamiento, el símbolo, no es lo real que se ama. De modo que el amor no es una experiencia.

Ahora bien, cuando hay amor, hay acción, ¿no es así? Y esa acción, ¿no es, acaso, liberadora? Ella no es el resultado de un proceso mental, y no hay brecha alguna entre el amor y la acción, tal como la hay entre la idea y la acción. La idea es siempre vieja, proyecta su sombra sobre el presente y trata de construir un puente entre la acción y la idea. Cuando hay amor —que no es un proceso mental, que no es ideación, que no es memoria, que no es el resultado de una experiencia, de la práctica, de una disciplina—, ese amor mismo es acción. Es lo único que nos libera. En tanto haya un proceso mental, en tanto la acción sea moldeada por una idea, que es experiencia, no puede haber liberación; y mientras continúe ese proceso, toda acción es limitada. Cuando vemos la verdad de esto, surge a la existencia la calidad de amor que no es algo mental, que no es algo en lo que pueda pensarse.

Esto es lo que ocurre, de hecho, cuando amamos a alguien con todo nuestro ser; es exactamente esto. Podemos pensar en esa persona, pero eso no es lo real, y lo que desafortunadamente sucede es que el pensamiento toma el lugar del amor. El pensamiento puede, entonces, adaptarse al medio, pero el amor no puede adaptarse jamás. La adaptación es, en esencia, cosa de la mente, y la mente puede inventar el "amor". Cuando digo: "Te amo", me estoy adaptando a la otra persona, pero no puede haber adaptación cuando hay amor; el amor es único, no hay segundo. Por lo tanto, no puede adaptarse a nada. Cuando hay amor, esta idea de adaptación, de amoldamiento de la acción a base de una idea, cesa completamente.

Cuando hay amor, existe la acción que es, en sí, relación, y cuando en la relación hay amoldamiento, no hay amor. Cuando me adapto a una persona porque la amo, eso es mero amoldamiento a sus deseos, y la adaptación es siempre a lo inferior. ¿Cómo puedo adaptarme a lo superior, a lo noble, a lo puro? No puedo. Así, pues, la adaptación existe únicamente cuando no hay amor. El amor está solo, pero no aislado. Un amor así es acción, la cual es relación; no puede corromperse, como ocurre con el proceso mental, porque en él no hay adaptación posible. En tanto la acción se basa en una idea, es mera adaptación, o sea, una continuidad reformada, modificada. Y una sociedad que es el resultado de la aproximación a una idea, es una sociedad de conflicto, desdicha y lucha. En la acción que no es el resultado de un proceso mental,

hay libertad, y el amor no es devoción a algo, ya que eso es ideación. Un devoto no es un amante de la verdad. La devoción no es amor. En el amor no hay "uno" y "otro". Hay completa fusión de ambos. Un amor así no es el don de unos pocos; no está reservado a seres extraordinarios.

Pero ustedes no han comprendido las implicaciones de la acción basada en la experiencia. Cuando uno de veras ve eso en profundidad, cuando se da cuenta de todas sus implicaciones, cesa la elaboración mental. Entonces existe ese estado del ser que se origina en el descontento. El descontento no se aplaca mediante la autorrealización, pero en tanto no haya autorrealización, el descontento es el trampolín desde el cual hay un salto hacia lo desconocido. El amor es esta cualidad de lo desconocido. El hombre consciente de hallarse en un estado de amor, no está amando. El amor no pertenece al tiempo. Por eso no podemos pensar en él; aquello en que pensamos pertenece al tiempo y es tan sólo la proyección de nosotros mismos, es lo que ya conocemos. Cuando uno conoce el amor, cuando lo practica, ello deja de ser amor, porque es una mera adaptación, de la experiencia pasada, al presente; y donde hay adaptación no puede haber amor.

Pregunta: ¿Cuál es el mejor método para aquietar la mente? La meditación y la repetición del nombre de Dios, se conocen como el único método. ¿Por qué las condena usted? ¿Puede el intelecto lograr esto por sí mismo?

KRISHNAMURTI: Examinemos este asunto de la meditación, que es realmente un problema muy complejo y necesita una reflexión profunda. Veamos todas sus implicaciones. Despleguemos el mapa de lo que llamamos meditación.

¿Qué entendemos por meditación? Por lo general, se considera que la meditación es el aquietamiento de la mente, ¿no es así? Veamos cómo podemos abordar esto, porque el medio es importante, ya que el medio crea el fin. Si uno emplea un medio erróneo, creará un fin erróneo. Si disciplina su mente para que ésta se aquiete, la mente debería estar quieta, pero no es eso lo que ocurre. Es tan sólo una mente disciplinada, una mente contenida dentro de su propio espacio, y una mente así no está quieta, sólo está atada, controlada. Debemos, pues, investigar cuidadosamente este problema.

¿Cuál es el propósito de la meditación? ¿Es el de aquietar la mente? El aquietamiento de la mente, ¿es necesario, ya sea para descubrir la verdad, o para experimentar la verdad? ¿Es meditación el proceso de excluir? Abordemos esto negativamente, porque no sabemos qué es la verdadera meditación. Se ha dicho esto y aquello, pero ustedes no saben qué es la verdadera meditación. ¿Llegan al aquietamiento de la mente mediante sucesivas negaciones del pensamiento, mediante la resistencia? Es decir, la mente es errática; divaga sin cesar, y ustedes proceden a escoger un curso de acción y resisten a todos los demás, lo cual es un proceso de exclusión, de rechazo. Levantan un muro de

resistencia concentrándose en un pensamiento que han escogido, y tratan de apartar a todos los otros. Es lo que hacen todo el tiempo, se esfuerzan por aprender a concentrarse. La concentración es, entonces, una exclusión. Optan por hacer que el pensar permanezca fijo en una palabra, una imagen, una frase, un símbolo, y rechazan todo otro pensamiento que llega e interfiere. Así, pues, lo que llamamos meditación es el cultivo de la resistencia, de la exclusiva concentración en una idea que nosotros mismos escogemos.

¿Qué les hace escoger? ¿Qué hace que digan: esto es bueno, verdadero, noble, y el resto no lo es? Obviamente, la opción se basa en el placer, la recompensa o el logro; o es simplemente una reacción de nuestro condicionamiento, de nuestra tradición. ¿Por qué escogen ustedes? ¿Por qué no examinan todos los pensamientos? Cuando se interesan en muchos, ¿por qué escogen uno? ¿Por qué no examinar cada interés? En vez de crear resistencia, ¿por qué no examinar cada interés a medida que surge, y no concentrarse tan sólo en un interés? Al fin y al cabo, estamos compuestos de muchos intereses; consciente o inconscientemente, llevamos puestas muchas máscaras. ¿Por qué optar por un interés y descartar los otros, empleando en controlarlos toda nuestra energía y creando, de tal modo, resistencia, conflicto y fricción? Mientras que, si uno examina cada pensamiento a medida que aparece —todos los pensamientos, no sólo unos pocos—, entonces no hay exclusión, pero es una tarea ardua examinar todos los pensamientos. Porque, mientras estamos considerando un pensamiento, otro se introduce furtivamente; pero, si estamos alerta sin condenar ni justificar, veremos que, al considerar simplemente ese pensamiento, ningún otro se inmiscuye. Sólo cuando condenamos, comparamos, aproximamos, se introducen otros pensamientos. ¿Está claro eso?

De modo que la concentración no es meditación. Vamos a descubrir qué es la meditación, pero primero veamos lo que no es. La concentración implica disciplina, diversas formas de rechazo y resistencia. Una mente atrapada en la concentración exclusiva, jamás podrá dar con la verdad. Pero la mente que comprende cada interés, cada movimiento del pensar, una mente alerta a cada sentimiento, a cada respuesta interna, y que ve la verdad en cada respuesta, una mente así, siendo en extremo flexible, rápida, es capaz de comprender *lo que es*, o sea, la verdad. Pero una mente que se concentra no es una mente rápida; una mente disciplinada no es una mente flexible. ¿Cómo puede la mente ser rápida, sutil y flexible cuando ha aprendido solamente a concentrarse?

Luego, la meditación no puede ser súplica, entendiéndose por súplica la plegaria. ¿Han rezado alguna vez? ¿Qué ocurre cuando rezan? ¿Por qué rezan? Rezan únicamente cuando están en dificultades, cuando se sienten angustiados, ¿no es así? No rezan cuando son dichosos, cuando están alegres y ven las cosas claras; rezan sólo cuando hay confusión, cuando temen que suceda algo y desean detenerlo, o rezan para obtener lo que desean. Rezan porque en ustedes hay miedo. No digo que la oración sea sólo miedo, pero toda súplica brota del miedo. Una petición, una plegaria, puede darnos cierto júbilo; la plegaria

que suplica a eso que llamamos lo desconocido, puede traernos la respuesta que buscamos, pero esa respuesta a nuestra petición quizá provenga de nuestro inconsciente o del depósito general, el almacén donde se acumulan todos nuestros requerimientos. La respuesta no es la silenciosa voz de Dios.

¿Qué ocurre cuando ustedes rezan? Por medio de la constante repetición de ciertas frases y mediante el control de sus pensamientos, la mente se aquieta, ¿no es así? Al menos la mente consciente se aquieta. Se arrodillan como hacen los cristianos, o se sientan como los hindúes, y repiten y repiten; y por obra de esa repetición, la mente se aquieta. En esa quietud hay una insinuación de algo. Esa insinuación de algo por lo que han rezado, puede provenir del propio inconsciente, o puede ser la respuesta de sus recuerdos. Pero ésa no es, por cierto, la voz de la realidad, porque la voz de la realidad debe venir a usted; no puede ser atraída, usted no puede suplicar por ella. No puede seducirla, atraerla a su pequeña jaula practicando *puja*, *bhajan* y todo lo demás, ofreciéndole flores, reprimiéndose a sí mismo o emulando a otros. Ésas son todas formas de autohipnosis; pero tan pronto ha aprendido el truco de aquietar la mente mediante la repetición de palabras, y de recibir insinuaciones en esa quietud, el peligro es que, a menos que esté plenamente alerta como para saber de dónde provienen estas insinuaciones, quedará atrapado; y entonces la plegaria se convierte en un sustituto de la búsqueda de la verdad. Así, pues, una mente aquietada mediante la plegaria no es una mente silenciosa, porque es algo que ha sido compuesto y, por lo tanto, puede ser deshecho. Todo lo que ocurre es que la capa consciente, aquietada mediante la pacificación, embotada a causa de la repetición, recibe cierta respuesta a su pedido; y eso por lo que usted pide es lo que obtiene, pero no es la verdad. Si usted desea y suplica, recibe, pero al final pagará por ello.

Vemos, pues, que la plegaria como petición, como súplica, ayuda a aquietar la mente; pero también hay otra forma de plegaria, que es ser completamente receptivo, sin pedir nada, al menos no conscientemente. Esta receptividad sensible, inducida a través de la plegaria, es también una forma de quietud mental. Es tan sólo nuestro deseo el que atrae la respuesta desde el inconsciente, y esa receptividad abierta de la mente consciente que ha sido aquietada, es incapaz de comprender, porque la quietud mental fue inducida, pero ésa no es una mente quieta. Una mente aquietada jamás puede ser una mente quieta; puede recibir una respuesta sólo desde los confines de su propia limitación. Una mente estúpida puede ser aquietada, pero su respuesta será estúpida. Una mente estúpida puede creer que la respuesta recibida proviene directamente de Dios, pero no es así. Una mente que ha sido aquietada, sólo puede recibir una respuesta de acuerdo con su propio condicionamiento. Vemos, pues, que la plegaria no es meditación.

Tampoco la devoción es meditación, la meditación no es la autoinmolación a una idea. ¿Qué es la devoción de ustedes? Son devotos de algo que les dará satisfacción. Si no los satisface, no serán devotos de ello. Son devotos en tanto aquello de lo que son devotos los gratifica; cuando deja de hacerlo, se dirigen a

otra parte. Cambian de gurú, cambian de idea. El instructor, el gurú, la imagen, es la propia proyección del devoto, y esa proyección propia se basa en la gratificación. De modo que, en realidad, uno es devoto de sí mismo exteriorizado como una deidad, como una idea, como un Maestro, o como una pintura. Puesto que uno es devoto sólo de aquello que le brinda gratificación, el devoto con todo su *puja*, sus guirnaldas, sus cánticos, está adorando su propia imagen ampliada, glorificada. Eso, ciertamente, no es meditación.

La meditación no es disciplina. El mero disciplinar la mente es limitarla, levantar en torno de ella un muro para que no pueda escapar. Por eso, una mente disciplinada, una mente que ha encontrado sustitutos, sublimaciones, una mente moldeada, controlada, reprimida, sigue siendo una mente incapacitada para la libertad. ¿Puede la libertad llegar a través de la disciplina? ¿Puede uno disciplinarse para ser libre? Si usamos medios erróneos, el fin también será erróneo, porque el fin no es diferente del medio. Así, cuando una mente se ha disciplinado a fin de obtener algo, el resultado que obtenga será sólo la proyección de la mente disciplinada. En consecuencia, no hay libertad, sólo hay un estado de disciplina. De modo que la meditación no es disciplina.

La meditación no es concentración, no es plegaria, no es devoción, no es un proceso de disciplina. Entonces, ¿qué es? Vamos a averiguarlo. ¿Qué ocurre cuando uno descubre que la meditación no es nada de eso? Se está descubriendo a sí mismo en la acción, ¿no es así? La comprensión de estas cosas es el descubrimiento de nuestro propio proceso del pensar, lo cual es conocimiento propio, ¿verdad? Al descubrir este proceso, uno se descubre a sí mismo en la acción; comprender esto es comprendernos a nosotros mismos. Por lo tanto, la meditación es el proceso de comprendernos a nosotros mismos. No hay meditación sin conocimiento propio, y eso es lo que acabamos de descubrir. En consecuencia, a través de la concentración, de la devoción, de la disciplina, de la plegaria, uno se está observando a sí mismo en la acción.

Lo que hacemos ahora es descubrirnos, sin engaño alguno, sin ilusión, tal como somos. Entonces, ¿qué ocurre? El conocimiento propio no es un fin en sí mismo; el conocimiento propio es conocer el movimiento del devenir. Al observar estos cuatro aspectos de mí mismo en la acción, he descubierto que hay un solo proceso, y es que estoy interesado en devenir, en continuar. Así, pues, cuanto mayor es el conocimiento que tengo del "yo", del "yo" en cualquier nivel —que es ver la verdad de cada instante, la verdad que no es el resultado de la experiencia, sino que es percepción inmediata—, mayor es la serenidad de la mente. Por ejemplo, el ver la verdad de la plegaria con todas sus implicaciones, libera a la mente respecto de la plegaria, del miedo, de las súplicas. De igual manera, al ver la verdad de la disciplina con todas sus implicaciones, uno se libera de la disciplina. Por lo tanto, hay así mucho más conocimiento propio, inteligencia y percepción alerta. La mente se libera de su devenir y, de tal modo, hay percepción de la verdad.

Esto tenemos que experimentarlo; no podemos seguir avanzando sin experimentar. Si usted continúa atrapado en la plegaria, no tiene sentido que

vaya más allá; si aún sigue atrapado en la disciplina, tampoco tiene sentido que sigamos profundizando en esto; lo mismo si sigue interesado en el control del pensamiento. Pero una mente que está quieta, no aquietada deliberadamente, sino que está quieta porque tiene verdadero interés, porque ha visto la verdad, porque la verdad ha venido a ella, una mente así tiene inteligencia, está libre de conflicto. El conflicto ha sido resuelto mediante la percepción de cada movimiento del pensar y del sentir, y al ver la verdad de ese movimiento. La verdad puede ser percibida, o puede manifestarse sólo cuando cesan la condena, la justificación y la comparación; sólo entonces está quieta la mente, sólo entonces deja de actuar la memoria.

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando la mente está serena, silenciosa, cuando ya no hay devenir ni búsqueda de un objetivo, cuando está extraordinariamente alerta, pasiva? En ese silencio hay un movimiento, un experimentar en el que no participa el tiempo. Es un estado del ser en el que no existen ni el pasado ni el presente ni el futuro.

Meditación es vivir cada día de instante en instante. No es aislarse en una habitación o en una cueva, porque de ese modo jamás podemos conocer la realidad. La realidad ha de descubrirse en la relación, no en una relación lejana, sino en la relación de nuestra existencia diaria. Si no comprendemos la verdad en la relación, no comprenderemos qué es tener una mente quieta. Lo que origina quietud en la mente es la verdad, no nuestro deseo de tener quietud; y esa verdad se encuentra en la relación, la cual es acción, es como un espejo en el que nos vemos a nosotros mismos.

Así, pues, el conocimiento propio es el principio de la sabiduría, y sin sabiduría no puede haber serenidad. La sabiduría no es conocimiento almacenado. Ese conocimiento es un obstáculo para la sabiduría, para el descubrimiento del "yo" de instante en instante. Una mente quieta, silenciosa, conocerá el estado de *ser*, sabrá qué es el amor. El amor no es personal ni impersonal. El amor es amor, no puede ser definido ni descrito por la mente como exclusivo o inclusivo. El amor es su propia eternidad; es lo verdadero, lo supremo, lo inconmensurable.

13 de febrero de 1949

QUINTA PLÁTICA EN RAJGHAT

Como ésta es la última plática, quisiera, si me lo permiten, hacer un breve resumen de lo que hemos estado discutiendo durante las semanas anteriores. Lo que crea los problemas es la falta de capacidad para comprender. Esta incapacidad de comprender un problema, genera conflicto, y si podemos comprender un problema, el problema deja de existir como tal. La incapacidad de comprender un reto es lo que da origen a un problema.

La vida es, y debe serlo, una serie de retos y respuestas. El reto no se acomoda a nuestros agrados y desagrados, a nuestros deseos particulares, sino que asume formas diferentes en diferentes ocasiones. Y si tenemos la capacidad de afrontar ese reto adecuadamente, de manera plena y directa, entonces no hay problema. El problema surge porque no afrontamos ese reto plena y adecuadamente. ¿Cómo es posible tener esa capacidad? El reto de la vida no se manifiesta en un nivel determinado. La vida no actúa solamente en un nivel, económico o espiritual. La vida es, como lo hemos discutido, relación en diferentes niveles; fluye todo el tiempo, se expresa todo el tiempo de distintas maneras; y dichoso es el hombre que todo el tiempo tiene la capacidad de afrontar la vida de manera plena, completa, en sus diferentes niveles.

Por lo tanto, aquél que considera la vida como el mero condicionamiento del medio, ya sea económico o intelectual, y se enfrenta a ella sólo desde ese punto de vista, es, evidentemente, una persona no integrada, y sus conflictos son innumerables, ya que la vida no se expresa en un solo nivel de existencia. La vida es relación con las cosas, las personas y las ideas; y, si no encaramos estas relaciones de manera correcta y plena, el impacto del reto da origen a los conflictos.

Nuestro problema es, entonces, cómo originar, cómo cultivar deliberadamente —si es que uno puede cultivarla deliberadamente— esa capacidad de enfrentarnos al reto en todo instante. Porque no hay instante en que no haya un reto, y si no hay una respuesta, lo que hay es muerte, deterioro. Sólo cuando sabemos cómo enfrentarnos al reto de instante en instante, continuamente, libremente, plenamente, sólo entonces hay vida, hay profundidad, altura en el pensar y en el sentir.

Así, pues, ¿cómo hemos de tener esa capacidad, cómo la obtendremos? Por cierto, ninguna información puede dárnosla. Aunque podamos estudiar todos los libros escritos acerca de cómo enfrentarnos a la vida, ese entendimiento muy factual es, en realidad un obstáculo porque, poseyendo los datos, tratamos de afrontar el reto con la estructura de la información. Y, obviamente, los datos no crean, no originan esa capacidad. Sin la capacidad de afrontar la vida plenamente, ésta se vuelve una fuente constante de aflicción. De modo que no son los datos, ni son los conocimientos los que nos ayudarán a tener esa capacidad con la cual poder enfrentarnos a la vida —aunque leamos el Bhagavad Gita y todos los libros sagrados, aunque escuchemos las prédicas de todos los santos y practiquemos innumerables disciplinas—.

Entonces, si no son los datos ni los conocimientos, ¿qué es lo que se requiere? Antes de que podamos averiguarlo, debemos descubrir qué es la vida misma, ¿verdad?, qué es el vivir. Si podemos comprender eso, tal vez tendremos la capacidad de enfrentarnos al reto que es, precisamente, la vida en sí. La vida es tanto el reto como la respuesta. No es reto solo ni respuesta sola. La vida es experiencia, experiencia en la relación. Uno no puede vivir en aislamiento, y la relación es acción. Y ¿cómo puede uno tener esa capacidad de comprender la relación, que es la vida misma? La relación, ¿no implica, acaso, tanto comu-

nión con las personas como contacto directo con las cosas y las ideas? Al comprender la relación, tendremos la capacidad de enfrentarnos a la vida, de manera plena y adecuada. De modo que nuestro problema no es la capacidad —porque la capacidad no es independiente de la relación—, sino más bien comprender la relación, lo cual producirá naturalmente la capacidad de ser rápidamente flexibles, de ajustarnos y responder con rapidez.

La relación es, por cierto, el espejo donde nos descubrimos a nosotros mismos. No existimos sin la relación; ser es estar relacionado; la existencia es eso. De lo contrario, la existencia carece de sentido. No existimos por el mero hecho de pensar que *somos*; existimos porque estamos relacionados. Y al no comprender la relación, damos origen al conflicto.

Ahora bien, no comprendemos la relación debido a que la usamos tan sólo como un medio de promover el logro, la transformación, el devenir. Pero la relación es un medio de autodescubrimiento, porque estar relacionado es ser; la relación es existencia. Sin la relación no *soy*. Para comprenderme a mí mismo debo comprender la relación. Por eso la relación es un espejo en el que puedo verme. Ese espejo puede estar, o bien distorsionado, o puede reflejar exactamente *lo que es*. Pero casi todos nosotros preferimos ver en la relación, en ese espejo, cosas que deseamos ver; no vemos *lo que es*. Deseamos, más bien, idealizar, escapar; deseamos más bien vivir en el futuro, que comprender esa relación en el presente inmediato.

El pasado usa, pues, el presente como un mero pasaje hacia el futuro. Y así la relación, que está siempre en el presente, no en el futuro o en el pasado, no tiene sentido y, debido a eso, surge el conflicto. La mente es el producto del pasado; sin el pasado, sin el condicionamiento, sin el trasfondo, no hay pensamiento. Pero el pensamiento, que es el producto del pasado, no puede comprender el presente, ya que lo usa como mero pasaje hacia el futuro. El futuro es siempre un devenir; por eso el presente no es entendido jamás —y sólo en el presente puede haber comprensión—. Mientras haya un devenir, habrá conflicto, y el devenir utiliza siempre al presente para ser, para lograr cosas. En el proceso de ese devenir, el pensamiento está atrapado en la red del tiempo. Y el tiempo no es una solución para nuestros problemas. Comprendemos únicamente en lo inmediato, no mañana o ayer, siempre en el ahora, aunque ese ahora pueda tener lugar mañana. Por consiguiente, la comprensión es intemporal. No podemos comprender el año próximo o en la próxima vida.

De modo que esa capacidad para comprender la vida surge sólo cuando uno comprende la relación. La relación es un espejo. Tiene que reflejar, no lo que uno desearía ser, ideal o románticamente, sino lo que uno es en realidad, y es muy difícil percibirnos tal como realmente somos, porque estamos muy acostumbrados a escapar de *lo que es*; es arduo percibir, observar silenciosamente *lo que es*, porque uno está muy habituado a condenar, justificar, comparar, identificarse. Y, en ese proceso de justificación, condena, no comprendemos *lo que es*. Sólo comprendiendo *lo que es* nos liberamos de *lo que es*.

Así, pues, la vida tiene problemas, conflictos y desdichas sólo cuando

usamos la relación como medio de devenir, o sea, cuando nos gratificamos mediante la relación. Cuando uso a otro, o cuando uso la propiedad o una idea como medio de expansión propia —lo cual es perpetuar la gratificación—, entonces la vida se vuelve una serie de incesantes conflictos y desdichas. Sólo cuando comprendo la relación, comprensión que es el principio del conocimiento propio, ese conocimiento propio origina el recto pensar en relación con *lo que es*; y el recto pensar es lo que resuelve nuestros problemas. No los disuelven los gurúes ni los héroes ni los mahatmas ni la literatura, sino la capacidad de ver *lo que es* y el no escapar de *lo que es*.

Reconocer *lo que es* implica comprender *lo que es*. Pero el reconocimiento de *lo que es* resulta sumamente difícil, ya que la mente se niega a ver, a observar, a aceptar *lo que es*. Ver *lo que es*, observarlo, exige acción; y un ideal, el proceso del devenir, es un escape respecto de la acción, es una manera de evitarla. Puesto que nos rodeamos de inacción, de escapes, de ideales, estamos escapando de *lo que es*, o sea, de la relación; pero sólo en esa relación nos vemos a nosotros mismos claramente como somos. Cuanto más penetramos en *lo que es*, más vemos la vida en sus diferentes niveles. En eso hay libertad, no la libertad de la disciplina, no la del cultivado y cerrado pensamiento, sino la libertad que trae consigo la verdad, que es virtud; porque sin virtud no hay libertad. Pero el hombre que deviene virtuoso no es libre. La virtud se encuentra tan sólo en el presente, no en el futuro. Vemos, pues, que el significado total de la existencia no es la evitación del presente, sino la comprensión del presente en la relación; no hay relación excepto en el presente, y en eso radica la belleza de la relación.

Al fin y al cabo, eso es amor, ¿no es así? El amor no está en el mañana. Uno no puede decir que amará mañana. Ama ahora o nunca. Y esa cosa extraordinaria, esa significación y belleza del amor, pueden comprenderse sólo en la relación, pero el mero cultivo del amor a través de la disciplina es la negación del amor. El amor es, entonces, tan sólo intelectual. Una persona que ama con la mente, es vacía de corazón. La mente puede adaptarse, el pensamiento puede adaptarse, pero el amor jamás se "adapta". Es un estado de ser. Lo que es puro es puro siempre, aunque esté dividido. Y lo que nos libera es ese amor, esa verdad.

Pregunta: Usted dice que la mente, la memoria y el proceso del pensamiento tienen que cesar antes de que pueda haber comprensión; sin embargo, usted se comunica con nosotros. Lo que nos dice, ¿es la experiencia de algo que se halla en el pasado, o lo está experimentando mientras lo comunica?

KRISHNAMURTI: ¿Cuándo comunica algo usted? ¿Cuándo le cuenta a otro su experiencia? Cuando ha tenido la experiencia, no en el momento de experimentar. Esta comunicación es tan sólo un resultado posterior. Usted debe tener memoria, y usa palabras, gestos, para comunicar una experiencia que ha

tenido. Su comunicación, es por lo tanto, la expresión de una experiencia pasada.

Ahora bien, ¿cuándo comprende uno, cuándo hay comprensión? No sé si ha notado que hay comprensión cuando la mente está muy quieta, aun durante un segundo; el destello de la comprensión existe cuando no hay verbalización del pensamiento. Sólo experimente con ello y verá por sí mismo que tiene el destello de la comprensión, esa extraordinaria rapidez del discernimiento instantáneo, cuando la mente está muy quieta, no aturdida por su propio ruido, cuando el pensamiento está ausente. Por lo tanto, la comprensión de algo, de una pintura moderna, de un niño, de nuestra esposa, de nuestro prójimo, o la comprensión de la verdad presente en todas las cosas, sólo puede llegar cuando la mente está muy quieta. Pero ésa quietud no puede ser cultivada, porque si usted cultiva una mente quieta, ésa es una mente muerta.

Para comprender, es esencial tener una mente quieta, silenciosa, lo cual es bastante obvio para quienes han experimentado con todo esto. Cuanto más se interesa uno en algo, cuanto mayor es su intención de comprender, tanto más simple, clara y libre es la mente. Entonces cesa la verbalización. A fin de cuentas, el pensamiento es palabra, y lo que interfiere es la palabra. La pantalla de las palabras, que es la memoria, se interpone entre el reto y la respuesta. Lo que responde al reto es la palabra, y llamamos a eso intelección. Así, pues, la mente que parlotea, que verbaliza, no puede comprender la verdad; la verdad en la relación, no una verdad abstracta. No existe la verdad abstracta. Pero la verdad es muy sutil. Es la sutileza lo que resulta difícil de seguir. La verdad no es abstracta. Llega tan raudamente, de un modo tan oscuro, que la mente no puede retenerla. Como un ladrón en la noche, viene en secreto, no cuando estamos preparados para recibirla. Nuestra recepción es tan sólo una invitación de la codicia. Vemos, pues, que una mente atrapada en la red de las palabras, no puede comprender la verdad.

Y está la otra parte de la pregunta: ¿Es posible comunicar mientras uno está experimentando? Para que haya comunicación, tiene que haber memoria factual. Cuando les hablo, uso palabras que ustedes y yo entendemos. La memoria resulta de cultivar la facultad de aprender, de almacenar palabras. El interlocutor desea saber cómo es posible tener una mente que no tan sólo se exprese o comunique después del acontecimiento, después de la experiencia, sino una mente que esté experimentando y comunicando al mismo tiempo. Es decir, una mente nueva, fresca, una mente capaz de experimentar sin la interferencia de la memoria, la memoria del pasado. Veamos, pues, en primer lugar, la dificultad que esto implica.

Como dije, la mayoría de nosotros, cuando comunica algo, lo hace después de la experiencia; por lo tanto, la comunicación se vuelve un obstáculo para la experimentación futura, porque la comunicación verbal de una experiencia, tan sólo fortalece el recuerdo de esa experiencia; y el recuerdo fortalecido de una experiencia impide el libre experimentar de las siguientes. Comunicamos una experiencia, ya sea para fortalecerla o para aferrarnos a

ella. La ponemos en palabras para fijarla como memoria o para comunicarla. El propio fijarla mediante palabras implica dar fuerza a una experiencia que ya pasó. Por consiguiente, estamos fortaleciendo la memoria; lo que se enfrenta al reto es, entonces, la memoria. En ese estado, cuando la respuesta al reto es puramente verbal, la experiencia del pasado se vuelve un obstáculo. Así, pues, nuestra dificultad es estar experimentando y, al comunicarlo, no permitir que la comunicación verbal se vuelva un obstáculo para la experiencia ulterior.

En todas estas discusiones y prácticas, si yo me limitara a repetir la experiencia del pasado, eso no sólo sería extremadamente aburrido para ustedes y para mí, sino que también fortalecería el pasado y, por ende, impediría experimentar en el presente. Lo que de hecho ocurre es que tiene lugar la experiencia directa y, al mismo tiempo, hay comunicación. Esta comunicación no implica revestir de palabras la experiencia. Si la revestimos verbalmente, si la adornamos, la moldeamos, se perderán el perfume y la profundidad de ese experimentar. De modo que una mente nueva, pura, puede existir sólo cuando el experimentar no se viste de palabras. Y, al expresarlo verbalmente, está el peligro de vestirlo, de ponerlo en un molde, de darle una forma y, de ese modo, cargar la mente con la imagen, con el símbolo. Es posible tener una mente nueva, fresca, pura, cuando lo importante no es la palabra sino el experimentar. Ese experimentar es de instante en instante. No puede haber tal experimentar si éste se vuelve acumulativo, porque entonces es la acumulación la que experimenta. Sólo cuando no hay acumulación, existe el experimentar de instante en instante. Transformar la experiencia en palabras es acumular. Resulta extremadamente difícil y arduo expresar algo y, con todo, no quedar aprisionado en la red de las palabras.

La mente es, al fin y al cabo, el producto del pasado, del ayer. Y lo que no es del tiempo, no puede ser seguido por el tiempo. La mente no puede seguir lo que es extremadamente veloz y no pertenece al espacio ni al tiempo; pero en ese estado de la mente que experimenta, que no deviene, todo es nuevo. La palabra es la que torna viejo *lo que es*. La memoria del ayer viste al presente. Y para comprender el presente, es imprescindible experimentar, pero el experimentar se ve impedido cuando la palabra se vuelve sumamente importante. Así, hay una mente nueva —la mente que experimenta todo el tiempo sin moldear la experiencia ni ser moldeada por ella— sólo cuando la palabra, el pasado, no se usa como instrumento del devenir.

Pregunta: El matrimonio, ¿es compatible con la castidad?

KRISHNAMURTI: Exploremos juntos esta pregunta. Involucra muchas cosas. La castidad no es el producto de la mente.

La castidad no llega a través de la disciplina. No es un ideal que pueda alcanzarse. Lo que es producto de la mente, lo que es creado por la mente no es casto, porque la mente, cuando crea el ideal de la castidad, está escapando de

lo que es. Y una mente que intenta volverse casta, es incasta. Ése es un aspecto, y pronto vamos a explorarlo.

Después, esta pregunta implica el problema de nuestros apetitos sexuales, todo el problema del sexo. Averigüemos por qué el sexo se ha convertido en un problema para la mayoría de nosotros. Y también, cómo es posible afrontar inteligentemente el requerimiento sexual y no convertirlo en un problema.

¿Qué entendemos por sexo? ¿El acto puramente físico, o el pensamiento que excita, estimula y promueve ese tacto? Por cierto, el sexo es de la mente y, debido a que es de la mente, debe buscar satisfacerse o, de lo contrario, hay frustración. No se sientan nerviosos con el tema. Veo que todos se han puesto muy tensos. Hablemos de ello como si se tratara de cualquier otro asunto. ¡No se muestren tan graves y desorientados! Tratemos esta cuestión de manera muy simple y directa. Cuanto más complejo es un tema, más exige de nosotros un claro pensar y más sencilla y directamente debe ser abordado.

¿Por qué el sexo se ha vuelto un problema tan importante en nuestras vidas? Examinémoslo, no con embarazo, ansiedad, temor o condena. ¿Por qué ha llegado a ser un problema? No hay duda de que para la mayoría de ustedes es un problema. ¿Por qué? Es probable que jamás se lo hayan preguntado. Averigüémoslo.

El sexo es un problema porque parecería que en ese acto hay ausencia completa de "uno mismo". Es un momento en que somos dichosos porque cesa la conciencia egocéntrica, la conciencia del "yo"; y entonces deseamos más de ello, más de la abnegación del "sí mismo", en la que hay felicidad completa, sin pasado ni futuro; y exigimos más de esa felicidad completa surgida de la fusión, de la integración. Es natural que el sexo se vuelva sumamente importante. ¿No es así? Debido a que es algo que me brinda un júbilo puro, un completo olvido de mí mismo, quiero más y más de ello. ¿Por qué? Porque en todo lo demás estoy en conflicto, en todos los otros diferentes niveles de la existencia hay fortalecimiento del "yo". Económica, social y religiosamente, está el constante espesamiento de la conciencia egocéntrica, lo cual implica conflicto. La conciencia del "yo" es, inherentemente, el resultado del conflicto. En todo lo demás hay, pues, conflicto. En todas nuestras relaciones con la propiedad, con las personas y las ideas, hay conflicto, dolor, lucha y desdicha; pero en ese único acto hay cesación completa de todo eso. Es natural que deseemos más, ya que eso nos hace sentir felices, mientras que todo lo otro nos conduce a la desdicha, la agitación, el conflicto, el antagonismo, la confusión, el tormento, la destrucción; por lo tanto, el acto sexual se vuelve sumamente importante y significativo.

De modo que el problema no es el sexo, por cierto, sino cómo liberarnos del "yo". Hemos saboreado, así sea durante unos segundos o lo que fuere, ese estado del ser en que no hay "yo"; y vemos que donde hay "yo", hay conflicto, desdicha y lucha. Por consiguiente, existe el constante anhelo por más de ese estado libre del "yo". Pero el problema central es el conflicto en diferentes niveles y cómo llegar a la abnegación del "yo". Buscamos la felicidad, ese

estado en que el "yo", con todos sus conflictos, esté ausente, y lo encontramos transitoriamente en ese acto. O bien nos disciplinamos, luchamos, controlamos, incluso nos destruimos a nosotros mismos, mediante la represión, lo cual implica que buscamos liberarnos del conflicto, porque con la cesación del conflicto hay júbilo. Si podemos liberarnos del conflicto, entonces la felicidad existe en todos los diferentes niveles de la existencia.

¿Qué es lo que contribuye al conflicto? ¿Cómo surge este conflicto en nuestro trabajo, en nuestras relaciones, en la enseñanza, en todo? Incluso cuando escribimos un poema, cuando cantamos, cuando pintamos, hay conflicto.

¿Cómo nace este conflicto? ¿No nace a causa del deseo de devenir? Uno pinta, desea expresarse mediante el color, desea ser el mejor de los pintores. Estudia, se preocupa, espera que el mundo aclame su pintura. Pero, dondequiera que exista el deseo de llegar a ser "más", tiene que haber conflicto. Es el impulso psicológico el que exige "más". La necesidad del "más" es psicológica, ese impulso existe cuando la psique, la mente está deviniendo, buscando, persiguiendo un objetivo, un resultado. Cuando deseo ser un mahatma, o un santo, cuando deseo comprender, cuando practico la virtud, cuando tengo conciencia social de clase y me considero un ente "superior", cuando me sirvo de la función para realzarme a mí mismo... todas estas cosas denotan, es obvio, una mente que está deviniendo. En consecuencia, el "más" es conflicto. Una mente que va en pos del "más" nunca es consciente de *lo que es*, porque está viviendo siempre en el "más" —en lo que a uno le gustaría ser, nunca en *lo que es*—. Hasta que resuelvan ustedes todo el contenido de ese conflicto, seguirá siendo un problema terrible esta única manera que tienen de liberarse del "yo" por medio del sexo.

Señores, el "sí mismo", el "yo" no es una entidad objetiva que pueda ser estudiada bajo el microscopio o aprendida de los libros o comprendida mediante citas, por importantes que éstas puedan ser. El "yo" puede ser comprendido únicamente en la relación. Después de todo, el conflicto aparece en la relación, ya sea con la propiedad, con una idea, con nuestra esposa o con nuestro prójimo; y sin resolver ese conflicto fundamental, el mero aferrarnos a esa única liberación por medio del sexo implica, obviamente, desequilibrio. Y eso es, exactamente, lo que somos: estamos desequilibrados porque hemos hecho del sexo una vía de escape; y la sociedad, la así llamada cultura moderna, contribuye a que así sea. Basta ver los anuncios publicitarios, las películas, los gestos sugestivos, las posturas, etcétera.

Casi todos ustedes se casaron cuando eran muy jóvenes, cuando el impulso biológico era muy fuerte. Tomaron esposa o marido, y con esa esposa o ese marido tienen que pasar el resto de sus vidas. La relación de ustedes es meramente física, y todo lo demás tiene que adaptarse a eso. ¿Qué ocurre, entonces? Usted es, quizás, intelectual, y ella es muy emocional. ¿Dónde está su comunión con ella? O ella es muy práctica y usted es soñador, vago, más bien indiferente. ¿Dónde está el contacto entre usted y ella? Usted es sumamente sexuado y ella no, pero la usa porque tiene derechos. ¿Puede haber

comunión entre ambos si usted la usa a ella? Nuestros matrimonios se basan hoy en esa idea, en ese impulso; pero hay cada vez más contradicciones y mayores conflictos en el matrimonio, y de ello surgen los divorcios.

De modo que este problema exige un manejo inteligente, lo cual implica que debemos cambiar toda la base de nuestra educación; y eso requiere comprender no sólo los hechos de la vida, sino también nuestra propia existencia cotidiana, no sólo conocer y comprender el impulso biológico, sexual, sino ver también cómo habérnoslas inteligentemente con él. Pero no es eso lo que hacemos actualmente, ¿verdad? Es un tema acallado, es algo secreto de lo que se habla tan sólo detrás de las paredes. Cuando el impulso es muy fuerte, no tomamos en cuenta nada más y nos casamos por el resto de nuestra vida. Vean lo que uno se ha hecho a sí mismo y a otro.

¿Cómo puede una persona intelectual establecer contacto, comunicarse con una persona sentimental, lenta de entendimiento, o con una carente de educación? ¿Y qué comunión hay, entonces, excepto la sexual? La dificultad en todo esto consiste, ¿no es así?, en que la satisfacción del impulso sexual, biológico, necesita ciertas regulaciones sociales; por eso tienen ustedes las leyes del matrimonio. Tienen todas las maneras de poseer aquello que les proporciona placer, seguridad, bienestar; pero lo que da placer constante, embota la mente. Tal como la embota el dolor constante, así el placer constante marchita la mente y el corazón.

Y ¿cómo pueden ustedes tener amor? El amor no es, por cierto, cosa de la mente. El amor no es tan sólo el acto sexual, ¿verdad? El amor es algo que la mente no puede concebir. El amor es algo imposible de formular. Y, sin amor se relacionan ustedes, sin amor se casan. Entonces, en ese casamiento, nos adaptamos el uno al otro. ¡Hermosa frase! "Nos adaptamos el uno el otro"... lo cual, repito, es un proceso intelectual. Ella se ha casado con alguien, pero él es un desagradable montón de carne arrebatada por sus pasiones; y tiene que vivir con él. A ella no le gusta la casa, la vecindad, la fealdad que la rodea, la brutalidad de él. Pero dice: "Estoy casada, tengo que soportar todo eso". Por lo tanto, a fin de protegerse a sí misma, se somete y pronto comienza a decir: "Te quiero". Ustedes saben, cuando a causa de nuestro deseo de seguridad toleramos algo feo, lo feo parece embellecerse, porque es una forma de autoprotección; de lo contrario, podríamos resultar lastimados, podríamos ser destruidos por completo. Vemos así cómo, lo que era feo, horrible, poco a poco se ha ido volviendo hermoso.

Esta adaptación es, evidentemente, un proceso mental. Todas las adaptaciones lo son. Pero la vida es incapaz de adaptarse. Ustedes saben, señores, que si aman a alguien no hay "adaptación". Sólo hay fusión completa. Únicamente cuando no hay amor empezamos a "adaptarnos". Y a esta adaptación la llamamos matrimonio. En consecuencia, el matrimonio fracasa, porque es la fuente misma del conflicto, una batalla entre dos personas. Es un problema extraordinariamente complejo, como todos los problemas, pero lo es más debido a que los apetitos, los instintos son tan fuertes.

Así, pues, una mente que tan sólo se adapta, nunca puede ser casta. Una mente que busca ser feliz por medio del sexo, nunca puede ser casta. Quizás en ese acto podamos experimentar transitoriamente la abnegación, el olvido del "yo", pero la persecución misma de esa felicidad, que es una cosa de la mente, torna a la mente incasta. La castidad adviene únicamente cuando hay amor. Sin amor no hay castidad. Y el amor no es cosa que pueda ser cultivada. Hay amor sólo cuando nos olvidamos por completo de "nosotros mismos"; y para experimentar la bendición de ese amor, debemos tener la libertad que surge cuando comprendemos la relación. Entonces, cuando hay amor, el acto sexual tiene un significado por completo diferente. Entonces no es un escape, no es un hábito. El amor no es un ideal; el amor es un estado de ser. No puede haber amor donde hay devenir. Sólo donde hay amor, existen la castidad, la pureza; pero una mente que está deviniendo, intentando *volverse* casta, carece de amor.

Pregunta: Se nos ha dicho que debemos controlar el pensamiento a fin de producir ese estado de serenidad necesario para comprender la realidad. ¿Tendría usted la bondad de decirnos cómo podemos controlar el pensamiento?

KRISHNAMURTI: En primer lugar, señor, no siga a ninguna autoridad. La autoridad es nefasta; destruye, pervierte, corrompe. Y un hombre que sigue a la autoridad se destruye a sí mismo y destruye también aquello que él ha colocado en una posición de autoridad. El seguidor destruye al maestro y el maestro destruye al seguidor. El gurú destruye al discípulo y el discípulo destruye al gurú. Usted jamás descubrirá nada por medio de la autoridad. Para dar con lo real, debemos liberarnos de la autoridad. Estar libres de la autoridad, tanto externa como interna, es una de las cosas más difíciles que hay. La autoridad interna es la de la propia experiencia acumulada, la conciencia del conocimiento que poseemos. Y la autoridad externa es el Estado, el partido político, el grupo, la comunidad. Un hombre que quiera descubrir lo real, debe evitar toda autoridad, tanto interna como externa. No ha de permitir que le digan lo que debe pensar. Ése es el mal de las lecturas: adquiere suma importancia la palabra de otro.

El interlocutor empieza diciendo: "Se nos ha dicho". ¿Quién está ahí para decirle esto o aquello? Señor, ¿acaso no ve que los líderes y los santos y los grandes instructores han fracasado, ya que ustedes son lo que son? Así que déjenlos en paz. Son ustedes quienes los han hecho fracasar, porque no están buscando la verdad; lo que desean es satisfacción. Así que no siga a nadie, incluyéndome a mí; no convierta a otro en su autoridad. Usted mismo tiene que ser el maestro y el discípulo. Tan pronto reconoce a otro como maestro y usted se considera su discípulo, está negando la verdad. En la búsqueda de la verdad no hay maestro ni discípulo. Lo importante es la búsqueda de la verdad, no usted o el maestro que va a ayudarlo para que encuentre la verdad. Vea, la educación moderna, así como la educación de antes, nos han enseñado

qué debemos pensar, no cómo pensar. Nos han puesto dentro de una armazón, y esa armazón nos ha destruido, porque buscamos y escogemos un gurú, un maestro, un líder, político o de otra clase, sólo cuando estamos confusos. De lo contrario, no seguimos a nadie. Si usted ve con mucha claridad, si internamente es una luz para sí mismo, jamás seguirá a nadie. Pero como no lo es, sigue; sigue desde su confusión, y lo que usted sigue, también debe estar confuso. Sus líderes están, política y religiosamente, tan confusos como ustedes. De modo que, en primer lugar, aclare su propia confusión, vuélvase una luz para sí mismo, y entonces cesará el problema. La división entre maestro y discípulo nada tiene de espiritual.

Ahora bien, el interlocutor desea saber cómo puede controlar el pensamiento. Ante todo, para controlar uno debe saber qué es el pensamiento y quién es el controlador. ¿Son dos procesos separados o es un fenómeno conjunto? Primero debe usted comprender qué es el pensamiento antes de decir: "Controlaré el pensamiento"; y también debe saber *quién* es el controlador. Sin pensamiento, ¿existe un controlador? Si uno no tiene pensamientos, ¿hay un pensador? El pensador es el pensamiento, el pensamiento no está separado del pensador, constituyen un proceso único.

Le han quedado, pues, tan sólo los pensamientos, no el pensador. Aunque pueda usar las palabras *yo pienso*, es sólo una forma de comunicación. En realidad, sólo existe un estado de pensamiento. Y el pensamiento crea al pensador, el que entonces comunica "su" pensamiento. El pensador es tan sólo el pensamiento que se expresa en palabras.

Tenemos que averiguar, entonces, qué es el pensamiento. Así sabremos si es posible o no controlarlo y por qué quiere uno controlarlo. Puede haber un modo por completo diferente de abordar la terminación del proceso de pensamiento, pero no es a través del control. Porque, tan pronto ejercemos el control haciendo un esfuerzo mediante un acto de voluntad, no comprendemos el pensamiento. Nos limitamos a condenar un pensamiento y a justificar otro. Queremos aferrarnos al pensamiento que justificamos y desechar el que condenamos. Averigüemos, pues, qué entendemos por pensamiento.

¿Qué es el pensamiento? Sin memoria no hay pensamiento, ¿verdad? El pensamiento es el resultado de la experiencia acumulada, que es el pasado. Sin pasado no podría haber pensamiento en el presente, ¿no es así? El pensamiento es una respuesta del pasado al reto del presente. Es decir, el pensamiento es, sin duda, la reacción de la memoria. Pero, ¿qué es la memoria? La memoria, el recuerdo que continúa, es la experiencia traducida en palabras. Están el reto, la respuesta, que es la experiencia, y esa experiencia se traduce verbalmente. La expresión verbal de la experiencia crea la memoria, y la respuesta de la memoria al reto es el pensamiento. De modo que el pensamiento es un proceso verbal.

No sé si alguna vez han intentado pensar sin palabras. Apenas piensan, tienen que usar palabras. No estoy negando la existencia de un estado no verbal. No es eso lo que estamos considerando. El pensamiento es la palabra. Sin

la verbalización, sin la palabra, no existe el pensamiento que conocemos. Por lo tanto, si uno ve que la palabra —el proceso verbal— es el proceso del pensamiento, entonces no se trata de controlar el pensamiento, sino de que cese el pensar como verbalización. Donde una experiencia se verbaliza, tiene que haber pensamiento. Pensamos en palabras. Así, pues, nuestro problema no es cómo controlar el pensamiento, sino si es posible no ponerlo todo en palabras. ¿Por qué convertimos en palabras nuestras respuestas, nuestras reacciones? ¿Por qué hacemos eso? Por una razón evidente: para comunicar a otro nuestro sentimiento. También lo hacemos para fortalecer ese sentimiento, ¿no es así?, para fijarlo, para considerarlo, o para recobrarlo si ese sentimiento ha desaparecido. La palabra ha tomado el lugar del sentimiento que ya no existe. Lo que adquiere suma importancia, entonces, es la palabra, no el sentimiento, no la respuesta, no la experiencia. La palabra ha tomado el lugar de la experiencia. Así, la palabra se vuelve pensamiento, el cual impide el experimentar.

Nuestro problema es, entonces, éste: ¿Es posible no verbalizar, no nombrar, no calificar? Obviamente, es posible. Ustedes lo hacen a menudo, sólo que inconscientemente. Cuando se enfrentan a una crisis, a un reto súbito, no hay verbalización. Lo afrontan plenamente. Así, pues, es posible, pero sólo cuando la palabra no es importante, o sea, cuando no es importante el pensamiento, la idea. Cuando una idea adquiere importancia, entonces se tornan importantes el modelo, la ideología y la revolución basada en una idea; pero la revolución basada en una idea no es revolución, es tan sólo la continuidad modificada de una idea vieja, una idea del ayer.

Por lo tanto, la palabra se vuelve importante sólo cuando el experimentar directo pierde importancia, cuando no existe el estado de experimentar, que implica enfrentarse al reto sin la pantalla de las palabras. Uno da vida a la palabra, que es memoria, cuando es esa memoria la que se enfrenta al reto, porque la memoria carece de vida propia. La palabra nada significa en sí misma. Adquiere vitalidad, fuerza, ímpetu, plenitud, sólo cuando el pasado, la memoria, se enfrenta al reto. Debido a eso, lo muerto cobra vida gracias a lo vivo. Y, a medida que va obteniendo vida de aquello que en sí está muerto, el pensamiento se vuelve sumamente importante. El pensamiento carece de sentido excepto en relación con el pasado, que es verbal. Y no es cuestión de controlar el pensamiento. Al contrario, una mente controlada es incapaz de recibir la verdad. Una mente controlada es una mente ansiosa, una mente que reprime, resiste, sustituye; y una mente así tiene miedo. ¿Cómo puede haber quietud en una mente ansiosa? ¿Cómo puede estar serena una mente con miedo? La serenidad es posible sólo cuando la mente ya no está aprisionada en la red de las palabras. Cuando la mente ya no convierte en palabras cada experiencia, se halla, naturalmente, en un estado de constante experimentar.

Donde hay un experimentar, no existen ni el experimentador ni lo experimentado. En ese estado de experimentar, que es siempre nuevo, que es siempre *ser* —aunque uno pueda comunicar ese estado de ser usando palabras—, sabemos que la palabra no es la experiencia, no es la cosa, que la palabra nada

contiene; sólo la experiencia en sí está llena de contenido. Experimentar no es, entonces, verbalizar. El experimentar es la forma más elevada de comprensión, porque es la forma negativa del pensar; y no puede haber pensar negativo cuando hay verbalización del pensamiento. No se trata, pues, en absoluto, de controlar el pensamiento, sino de estar libres del pensamiento. Sólo cuando la mente está libre del pensamiento, hay percepción de *lo que es*, de aquello que es eterno, de aquello que es la verdad.

Pregunta: ¿Qué entiende usted por transformación?

KRISHNAMURTI: Evidentemente, tiene que haber una revolución radical. La crisis del mundo lo exige. Nuestras vidas lo exigen. Nuestros acontecimientos, nuestras búsquedas y ansiedades de cada día lo exigen. Lo exigen nuestros problemas. Tiene que haber una revolución fundamental, radical, porque todo a nuestro alrededor se ha derrumbado. Aunque aparentemente haya orden, en realidad hay lenta decadencia, destrucción —la ola de la destrucción está dando alcance constantemente a la ola de la vida—. Es indispensable, pues, que haya una revolución, pero no una revolución basada en una idea. Esta última es tan sólo la continuación de la idea, no es una transformación radical. Y una revolución basada en una idea, trae consigo derramamiento de sangre, desorganización, caos. Ustedes no pueden crear orden a partir del caos; no pueden generar caos deliberadamente y abrigar la esperanza de que el orden surgirá desde ese caos. No son los elegidos de Dios que van a establecer un orden nacido de la confusión. Ésa es la falsa manera de pensar de aquellas personas que desean generar más y más confusión a fin de originar orden. Porque tan pronto tienen el poder, suponen que conocen todas las maneras de producir orden. Pero al ver la totalidad de esta catástrofe: la repetición constante de las guerras, el conflicto interminable entre clases, entre pueblos, la espantosa desigualdad económica y social, la disparidad de capacidades y talentos, el abismo entre aquéllos que gozan de extraordinaria dicha y tranquilidad, y los que se hallan atrapados en el odio, el conflicto y la desdicha... al ver todo eso, uno comprende que es indispensable una revolución, una transformación completa, ¿no es así?

Ahora bien, esta transformación, esta revolución radical, ¿es un objetivo a alcanzar finalmente, o es algo de instante en instante? Sé que nos agradaría que fuese lo primero, porque es mucho más fácil pensar desde el punto de vista de lo muy lejano. Finalmente nos transformaremos, finalmente seremos felices, finalmente daremos con la verdad, pero mientras tanto continuemos como estamos. Una mente así, que piensa siempre en función del futuro, es incapaz de actuar en el presente; por lo tanto, no busca la transformación, tan sólo la evita. Y ¿qué entendemos por transformación?

La transformación no existe en el futuro, nunca puede ser en el futuro. Sólo puede ser ahora, de instante en instante. Entonces, ¿qué entendemos por transformación? Ciertamente, es muy simple: ver lo falso como falso y lo ver-

dadero como verdadero; ver la verdad en lo falso y ver lo falso en aquello que ha sido aceptado como la verdad. Ver lo falso como falso y lo verdadero como verdadero es transformación. Porque, cuando vemos muy claramente que algo es la verdad, esa verdad nos libera. Cuando vemos que algo es falso, eso que es falso se desprende. Señor, cuando usted ve que las ceremonias no son más que repeticiones inútiles, cuando ve la verdad de eso y no la justifica, hay transformación, porque una esclavitud más ha desaparecido. Cuando ve que la diferencia de clases es falsa, que genera conflicto, desdicha, división entre los seres humanos, cuando ve la verdad de eso, esa verdad es, en sí, liberadora. La percepción misma de esa verdad es transformación. Y, como estamos rodeados de tantas cosas que son falsas, el percibir la falsedad, el percibirla de instante en instante, es transformación.

La verdad no es acumulativa. Es de instante en instante. Lo que se acumula es memoria, y por medio de la memoria jamás podremos descubrir la verdad, porque la memoria es tiempo, o sea, pasado, presente y futuro. El tiempo, que es continuidad, jamás puede dar con aquello que es eterno; la eternidad no es continuidad. Lo que dura no es eterno. La eternidad está en el instante. La eternidad está en el ahora. El ahora no es el reflejo del pasado ni es la continuación del pasado, a través del presente, hacia el futuro.

Una mente que desea una transformación en el futuro, o considera que la transformación es un objetivo final, jamás podrá encontrar la verdad. Porque la verdad es algo que debe llegar de instante en instante, que debe ser descubierto cada vez de nuevo y, ciertamente, no puede haber descubrimiento por obra de la acumulación. ¿Cómo puede uno descubrir lo nuevo si lleva la carga de lo viejo? Únicamente cuando desaparece esa carga descubrimos lo nuevo. Así, pues, para descubrir lo nuevo, lo eterno, en el presente y de instante en instante, se requiere una mente extraordinariamente alerta, una mente que no esté deviniendo. Una mente en estado de devenir jamás puede conocer la plena bienaventuranza del contentamiento, que no es el contentamiento de la autocomplaciente satisfacción, ni el de haber obtenido un resultado, sino el contentamiento que adviene cuando la mente ve la verdad en *lo que es* y lo falso en *lo que es*. La percepción de esa verdad es de instante en instante, y esa percepción se ve demorada cuando verbalizamos el instante.

De modo que la transformación no es un resultado final. No es un resultado. El resultado implica residuo, una causa y un efecto. Donde hay un proceso causal, tiene que haber forzosamente un efecto. El efecto no es sino la consecuencia de nuestro deseo de transformación. Cuando deseamos transformarnos, seguimos pensando en función del devenir, y lo que deviene no puede conocer jamás *lo que es*. La verdad es *ser* de instante en instante, y la felicidad que continúa no es felicidad. La felicidad es el estado intemporal de ser. Ese estado intemporal adviene únicamente cuando hay un tremendo descontento, no el descontento que ha encontrado una vía de escape, sino el descontento sin salida ni escapes, el descontento que ya no busca satisfacción alguna. Sólo entonces, en ese estado de descontento supremo, la realidad puede manifestar-

se. Esa realidad no podemos comprarla ni venderla ni repetirla; no puede ser aprisionada en libros. Tiene que ser descubierta de instante en instante, en la sonrisa, en la lágrima, debajo de la hoja muerta, en los pensamientos errantes, en la plenitud del amor. Porque el amor no es diferente de la verdad; el amor es ese estado en que el proceso del pensamiento, que es tiempo, ha cesado por completo. Y donde el amor existe, hay transformación. Sin amor, la revolución no tiene sentido, porque entonces es mera destrucción, deterioro, una desdicha cada vez mayor y en permanente aumento. Donde hay amor, hay revolución, ya que el amor es transformación de instante en instante.

20 de febrero de 1949

Ojai, California, 1949

PRIMERA PLÁTICA EN EL ROBLEDAL

Pienso que es muy importante que seamos sumamente intensos. Los que vienen a estas asambleas, y aquéllos que concurren a distintas reuniones de esta clase, creen que son muy serios e intensos. Pero me gustaría averiguar qué entendemos por ser intensos, serios. ¿Es intensidad, revela seriedad ir de un conferenciante o charlista a otro, de un líder a otro, de un maestro a otro, acudir a diferentes grupos o pasar por diferentes organizaciones en la búsqueda de algo? Así, pues, antes de que empecemos a averiguar qué es ser intenso, debemos averiguar, sin duda, qué es eso que estamos buscando.

¿Qué es lo que busca la mayoría de nosotros? ¿Qué es lo que cada uno de nosotros desea? Especialmente en este inquieto mundo donde todos tratan de hallar alguna clase de paz, de felicidad, algún refugio, es importante, sin duda, averiguar qué es lo que intentamos buscar, qué es lo que tratamos de descubrir. Probablemente, casi todos ustedes buscan alguna clase de felicidad, alguna clase de paz; en un mundo dominado por la confusión, por guerras, disputas, luchas, ansiamos un refugio donde pueda haber cierta paz. Pienso que eso es lo que la mayoría de nosotros desea. Y así lo perseguimos, yendo de un líder a otro, de una organización religiosa a otra, de un maestro a otro.

Ahora bien, ¿es felicidad lo que estamos buscando, o lo que buscamos es alguna clase de satisfacción, y de ella esperamos obtener la felicidad? Por cierto, hay una diferencia entre felicidad y satisfacción. ¿Podemos buscar la felicidad? Quizá podamos encontrar satisfacción, pero no podemos encontrar la felicidad. La felicidad es, ciertamente, derivativa; es un producto derivado de alguna otra cosa. Por lo tanto, antes de dedicar nuestras mentes y nuestros corazones a algo que exige muchísima intensidad, atención, reflexión, cuidado, debemos averiguar qué es lo que estamos buscando, si es felicidad o satisfacción. Queremos sentirnos gratificados, queremos encontrar un sentido de plenitud al final de nuestra búsqueda.

Y bien, ¿por qué vienen ustedes a estas reuniones? ¿Por qué se sientan todos aquí y me escuchan? Sería muy interesante descubrir por qué me están escuchando, por qué se toman para ello la molestia de acudir desde grandes

distancias en un día tan caluroso como éste. Y, ¿qué es lo que escuchan? ¿Tratan de hallar una solución para sus dificultades, y por eso van de un conferenciante a otro, y pasan por diversas organizaciones religiosas y leen libros, etc.? ¿O tratan de descubrir la causa de toda la aflicción, la desdicha, las contiendas y las luchas? Por cierto, eso no requiere que lean tanto, que deban asistir a innumerables reuniones, o ir a la búsqueda de maestros. Lo que eso requiere es claridad de propósitos, ¿no es así?

Al fin y al cabo, si uno está buscando la paz, puede hallarla con mucha facilidad. Se entrega ciegamente a alguna clase de causa, a una idea, y allí se refugia. Eso, desde luego, no resuelve el problema. El mero aislarse y encerrarse en una idea no nos libera del conflicto. Debemos, pues, averiguar qué es lo que cada uno de nosotros desea, tanto interna como externamente. Si tenemos bien claro eso, entonces no tenemos que ir a ninguna parte, a ningún maestro, a ninguna iglesia, a ninguna organización. De modo que nuestra dificultad radica en estar claros internamente respecto de nuestro propósito. ¿Podemos estarlo? Esa claridad, ¿surge, acaso, por medio de la búsqueda, intentando averiguar lo que dicen otros, desde el más grande de los maestros hasta el predicador común de una iglesia a la vuelta de la esquina? ¿Tienen ustedes que acudir a alguien para descubrir? Sin embargo, eso es lo que hacemos, ¿verdad? Leemos innumerables libros, asistimos a numerosas reuniones y discutimos, ingresamos en diversas organizaciones intentando, de tal modo, encontrar un remedio para el conflicto, para las desdichas que reinan en nuestras vidas. O, si no hacemos nada de eso, pensamos que ya hemos encontrado; esto es, decimos que una organización en particular, un maestro en particular, un libro en particular nos satisface; en eso hemos encontrado todo lo que deseamos, y permanecemos cristalizados y encerrados en eso.

Así, pues, hemos llegado al punto en que nos preguntamos con verdadera seriedad y profundidad, si la paz, la felicidad, la realidad, Dios o como quieran llamarlo, puede llegar a nosotros por intermedio de alguna otra persona. ¿Puede esta incesante búsqueda, este anhelo, darnos ese extraordinario sentido de la realidad, ese estado creativo del ser, que adviene cuando de veras nos comprendemos a nosotros mismos? El conocimiento propio, ¿surge a través de la búsqueda, de seguir a alguien, de pertenecer a alguna organización en particular, de la lectura de libros, etc.? Después de todo, ésa es la cuestión principal, ¿verdad?, que mientras no me comprenda a mí mismo, no tengo base para el pensar, y toda mi búsqueda será en vano. Puedo evadirme hacia un mundo de ilusiones, puedo escapar de la contienda, el conflicto y la lucha, puedo venerar a alguien, puedo buscar mi salvación por intermedio de otra persona. Pero en tanto no me conozca a mí mismo, en tanto ignore el proceso total de mí mismo, no tengo base para el pensamiento, para el afecto, para la acción.

Pero lo último que deseamos es conocernos a nosotros mismos. No obstante, son los únicos cimientos sobre los que podemos construir. Antes de que podamos construir, antes de que podamos transformarnos, antes de que podamos condenar o destruir, debemos conocer bien eso que somos. Por lo tanto, es

totalmente inútil salir a buscar instructores, gurúes, cambiar a unos y otros, practicar yoga, respiración, rituales, seguir a los grandes Maestros y demás. No tiene sentido, aun cuando las mismas personas a las que seguimos puedan decir: "Estúdiate a ti mismo". Porque lo que somos, eso es el mundo. Si somos mezquinos, celosos, presumidos, codiciosos, eso es lo que creamos en torno de nosotros, ésa es la sociedad en que vivimos.

Me parece, pues, que antes de emprender un viaje para encontrar la realidad, para encontrar a Dios, antes de que podamos actuar, antes de que podamos tener relación alguna con otro —lo cual constituye la sociedad—, es sin duda esencial que comencemos por comprendernos a nosotros mismos. Y considero que una persona seria es aquélla que se interesa por completo en esto antes que nada, y no en cómo alcanzar una determinada meta. Porque, si ustedes y yo no nos comprendemos a nosotros mismos, ¿cómo podemos, con nuestra acción, originar una transformación en la sociedad, en la relación, en cualquier cosa que hagamos? Esto no quiere decir, obviamente, que el conocimiento propio se oponga a la relación o se aísle de ella. No significa poner el acento en el individuo, el "yo", como opuesto a la masa u opuesto a otro individuo. Yo no sé si algunos de ustedes han emprendido seriamente el estudio de sí mismos, observando cada palabra y sus respuestas, observando cada movimiento del pensar y del sentir; sólo observándolos, estando conscientes de las respuestas corporales, viendo si actúan desde sus centros físicos o si actúan desde una idea, el modo como responden a las condiciones del mundo. No sé si alguna vez han investigado seriamente todo esto. Quizás algunos de ustedes hayan intentado hacerlo esporádicamente, como último recurso, cuando ha fracasado todo lo demás y están hastiados.

Ahora bien, sin conocernos a nosotros mismos, sin conocer nuestro propio modo de pensar y la razón de que pensemos ciertas cosas, sin conocer el trasfondo de nuestro condicionamiento y por qué tenemos ciertas creencias acerca del arte y la religión, acerca de nuestro país y nuestro prójimo, y acerca de nosotros mismos, ¿cómo podemos pensar con propiedad acerca de nada? Sin conocer nuestro trasfondo, sin conocer la sustancia de nuestro pensamiento y de dónde proviene, es indudable que nuestra búsqueda es absolutamente inútil, que nuestra acción carece de todo sentido, ¿no es así? Tampoco tiene sentido que uno sea americano o hindú o que tenga tal o cual religión.

Así, antes de que podamos descubrir cuál es el propósito final de la vida, qué significa todo lo que en ella ocurre: guerras, antagonismos y conflictos nacionales, toda la confusión que reina, etc., debemos comenzar con nosotros mismos, ¿no es así? Suena muy simple, pero es extremadamente difícil. Porque, para entendernos a nosotros mismos, para ver cómo opera nuestro pensamiento, debemos estar extraordinariamente alerta, de modo tal que, al irnos dando cuenta más y más de las complejidades de nuestro propio pensar y sentir, de nuestras propias respuestas, empecemos a tener una mayor conciencia, no sólo de nosotros mismos, sino de la persona con la que estamos relacionados. Conocernos a nosotros mismos es estudiarnos en la acción, que es rela-

ción. La dificultad está en que somos muy impacientes; queremos avanzar, queremos alcanzar un objetivo. Y así no tenemos ni el tiempo ni la ocasión de darnos la oportunidad de observar, de estudiar. O bien nos hemos comprometido en diversas actividades —ganarnos la vida, criar a los hijos—, o hemos asumido ciertas responsabilidades en distintas organizaciones; nos hemos comprometido tanto de diferentes maneras, que difícilmente podemos tener tiempo alguno para reflexionar sobre nosotros mismos, para observar, estudiar. Así, pues, la responsabilidad de la acción depende de uno mismo, no de otro. Y, como sucede en Norteamérica y en todo el mundo, el seguimiento de gurúes y de sus sistemas, la lectura de los libros más recientes sobre esto y aquello, me parece completamente vacuo e inútil; ustedes podrán recorrer toda la Tierra, pero tendrán que volver a sí mismos. Y, como la mayoría de nosotros lo ignora todo con respecto a sí misma, resulta sumamente difícil comenzar a ver con claridad el proceso de nuestro pensar, sentir y actuar. Y eso es lo que voy a considerar durante mis pláticas de las próximas semanas.

Cuanto más se conoce uno a sí mismo, tanta más claridad hay. El conocimiento propio no termina jamás; uno no alcanza un logro, no llega a una conclusión. Es un río infinito. A medida que uno lo estudia, que lo investiga a una profundidad cada vez mayor, va encontrando la paz. Sólo cuando la mente está tranquila —gracias al conocimiento propio y no mediante una disciplina autoimpuesta—, sólo entonces, en esa serenidad, en ese silencio, puede manifestarse la realidad. Únicamente así puede haber acción creativa, bienaventuranza. Y me parece que, sin esta comprensión, sin experimentar esto, el mero leer libros, asistir a pláticas, hacer propaganda, ¡es tan infantil! Es una actividad sin mucho sentido. Mientras que, si somos capaces de comprendernos a nosotros mismos y, de tal modo, originar esa felicidad creadora, ese experimentar de algo que no pertenece a la mente, entonces, quizá, pueda haber una transformación en la relación cercana a nosotros y, por lo tanto, en el mundo en que vivimos.

Pregunta: ¿Tengo que hallarme en algún nivel especial de conciencia para comprenderlo a usted?

KRISHNAMURTI: Para comprender algo, no sólo lo que yo digo, sino cualquier cosa, ¿qué se requiere? Para comprendernos a nosotros mismos, para comprender a nuestra esposa, a nuestro marido, para comprender una pintura, el paisaje, los árboles, ¿qué se requiere? La correcta atención, ¿no es así? Para comprender algo, uno debe dedicarle todo su ser, su atención plena, profunda, no dividida, ¿verdad? ¿Cómo puede haber atención plena, profunda, cuando estamos distraídos? Por ejemplo, cuando ustedes están tomando notas mientras hablo; probablemente atrapan una buena frase y dicen: "¡Por Dios!, voy a tomar nota de eso, lo usaré en mi próxima charla". ¿Cómo puede haber atención plena si tan sólo se interesan en las palabras? Es decir, se interesan en el nivel verbal y, por eso, son incapaces de ir más allá del nivel verbal. Las pala-

bras son tan sólo un medio de comunicación. Pero, si ustedes no son capaces de recibir lo que se comunica y sólo se atienen a las palabras, no puede haber atención plena, es obvio; por lo tanto, no hay una apropiada comprensión.

De modo que el escuchar es un arte, ¿verdad? Como decíamos, para comprender algo uno debe prestar atención plena, y eso no es posible cuando hay algún tipo de distracción: cuando toman notas o cuando están incómodamente sentados o cuando luchan esforzadamente por comprender. Hacer un esfuerzo para comprender es, obviamente, un obstáculo para la comprensión, porque toda nuestra atención se ha perdido en hacer el esfuerzo. No sé si alguna vez han notado que, cuando se interesan en algo que otro está diciendo, no hacen ningún esfuerzo; no erigen un muro de resistencia contra la distracción. Cuando uno se interesa en algo, no hay distracciones; presta atención plena ávidamente, espontáneamente a lo que se está diciendo. Cuando existe un interés vital, hay atención espontánea. Pero casi todos encuentran muy difícil una atención semejante, porque puede ser que, conscientemente, en el nivel superficial, desean comprender, pero en lo interno hay resistencia; o quizás, internamente hay un deseo de comprender, pero hay resistencia en el nivel externo, superficial.

Así, pues, para dedicar atención plena a algo, tiene que existir una integración de todo nuestro ser. Porque, en un nivel de conciencia, usted puede querer descubrir, conocer, pero en otro nivel, ese mismo conocer quizás implique destrucción, porque puede obligarlo a cambiar toda su vida. En consecuencia, hay una contienda interna, una lucha interna de la que tal vez usted no se dé cuenta. Aunque pueda pensar que está prestando atención, en realidad hay distracción, tanto interna como externamente; y ésa es la dificultad.

Por eso he estado sugiriendo, en algunas de las reuniones, que no deberían tomar notas, que no están aquí para hacer propaganda por mí o por ustedes mismos, que deben escuchar con el único fin de comprender. Y nuestra dificultad para comprender radica en que nuestra mente jamás está quieta. Jamás consideramos nada serenamente, en un estado de ánimo receptivo. Los diarios, las revistas, los políticos, los arengadores, arrojan mucha basura sobre nosotros; cada predicador a la vuelta de la esquina nos dice qué debemos y qué no debemos hacer. Todo eso se vierte constantemente dentro de nosotros, y es natural que haya también una resistencia interna a todo eso. En tanto la mente esté perturbada, no puede haber comprensión; en tanto no esté muy quieta, silenciosa, serena, sensiblemente receptiva, es imposible comprender; y esta sensibilidad de la mente no ha de ser tan sólo con respecto a las capas altas de la conciencia, a la mente superficial. Tiene que haber serenidad en todos los niveles, una serenidad integrada. Cuando usted está en presencia de algo muy bello, si se pone a charlar no percibirá su significado. Pero tan pronto queda en silencio, en estado de sensibilidad, la belleza de ello llega a usted. De igual manera, si queremos comprender algo, no sólo debemos estar físicamente quietos, sino que nuestras mentes deben hallarse en un intenso estado de alerta y, no obstante, serenas. Esa pasividad alerta de la mente no adviene mediante la

coacción; no podemos adiestrar a la mente para que esté en silencio, porque en tal caso es tan sólo como un mono adiestrado, quieta exteriormente pero hirviendo por dentro. De modo que el escuchar es un arte, y debemos dedicar nuestro tiempo, nuestra reflexión, nuestro ser total a aquello que deseamos comprender.

Pregunta: ¿Puedo comprender más fácilmente lo que usted dice, si lo enseño a otros?

KRISHNAMURTI: Usted puede aprender, hablando de ello a otros, una nueva manera de exponer las cosas, una manera ingeniosa de transmitir lo que usted quiere decir, pero eso no es, por cierto, comprensión. Si usted mismo no comprende, ¿cómo, en nombre de Dios, puede comunicarlo a otra persona? Eso es, sin duda, mera propaganda, ¿no? usted no comprende algo, pero habla de ello a otros, y piensa que una verdad puede ser repetida. ¿Cree usted que, si tiene una experiencia, puede comunicarla a otros? Tal vez sea capaz de relatarla verbalmente, pero ¿puede comunicar a otros su experiencia? O sea, ¿puede transmitir *la experiencia* de algo? Puede describir la experiencia, pero no puede comunicar el estado de experimentar. Así, una verdad que se repite deja de ser una verdad. Sólo la mentira puede ser repetida, pero tan pronto "repite" usted una verdad, ésta pierde su significado. Y la mayoría de nosotros se interesa en repetir, pero no experimenta. Aquél que está experimentando algo no se interesa en la mera repetición, en tratar de convertir a otros, en la propaganda. Desafortunadamente, casi todos se interesan en la propaganda, porque mediante la propaganda no sólo tratamos de convencer a otros, sino que también lucramos explotando a otros. Gradualmente, ello se vuelve una superchería.

Si usted no se halla atrapado en la mera verbalización, sino que de veras se interesa en experimentar, entonces usted y yo estamos en comunión. Pero, si desea hacer propaganda —y yo digo que no se puede hacer propaganda de la verdad—, entonces no hay relación entre nosotros. Y me temo que ésa es hoy nuestra dificultad. Usted quiere hablar de esto a otros sin experimentarlo; y, al hablar al respecto, espera experimentar. Eso es mera sensación, mera gratificación; nada significa. Carece de validez, no hay tras ello realidad alguna. Pero, una realidad experimentada, si se comunica, no crea esclavitud alguna. Así, pues, el experimentar es mucho más importante y tiene una significación mayor que la comunicación en el nivel verbal.

Pregunta: A mí me parece que el movimiento de la vida es experimentado en relación con personas e ideas. Desapegarse de ese estímulo es vivir en un vacío depresivo. Yo necesito distracciones para sentirme vivo.

KRISHNAMURTI: Esta pregunta contiene todo el problema del desapego y la relación. Y bien, ¿por qué queremos desapegarnos? ¿Qué es este impulso

natural que, en la mayoría de nosotros, desea alejarse, apartarse, desapegarse? Quizás en casi todos nosotros, esta idea del desapego haya surgido a causa de que tantos maestros religiosos han hablado al respecto: "Debes desapegarte a fin de encontrar la realidad; debes renunciar, abandonar, y sólo entonces darás con la realidad". ¿Podemos estar desapegados en la relación? ¿Qué entendemos por relación? Tendremos, pues, que investigar esta cuestión con cierto cuidado.

¿Por qué tenemos esta respuesta instintiva, este constante acudir al desapego? Los diversos maestros religiosos han dicho que debemos desapegarnos. ¿Por qué? Ante todo, el problema es: ¿Por qué estamos apegados? No cómo debemos desapegarnos, sino *por qué* nos apegamos. Si usted puede encontrar la respuesta a eso, no existe, entonces, cuestión alguna de desapego, ¿verdad? ¿Por qué nos apegamos a atracciones, sensaciones, a cosas de la mente o del corazón? Si podemos descubrir por qué nos apegamos, quizás encontremos la respuesta exacta.

¿Por qué está usted apegado? Y ¿qué ocurriría si no lo estuviera? Si no estuviera apegado a su nombre en particular, a su propiedad, a su posición social —usted sabe, todo el cúmulo de cosas que compone su personalidad: sus muebles, su automóvil, sus características personales, su idiosincrasia, sus virtudes, creencias, ideas—, si no estuviera apegado a todo eso, ¿qué ocurriría? Se encontraría en la situación de ser igual que nada, ¿no es así? Si no estuviera apegado a sus comodidades, a su posición, a su vanidad, se sentiría súbitamente perdido. Así, pues, el miedo a la vacuidad, el miedo a ser nada, hace que se apegue a algo, ya sea a su familia, a su esposa, a una silla, a un automóvil, a su país... no importa a qué. El miedo a ser nada hace que uno se aferre a algo y, en el proceso de aferrarse, hay conflicto, dolor. Porque aquello a lo que se aferra, pronto se desintegra, muere. Por consiguiente, en el proceso de aferrarse hay dolor, y para evitar el dolor decimos que debemos desapegarnos. Mire dentro de sí mismo y verá que es así. El miedo a la soledad, el miedo a ser nada, el miedo al vacío, hace que nos apeguemos a algo, a un país, a una idea, a un Dios, a alguna organización, a un Maestro, a una disciplina, a lo que fuere. En el proceso de apego, hay dolor; para evitar ese dolor, tratamos de cultivar el desapego, y así mantenemos este círculo siempre doloroso en el que la lucha es permanente.

Ahora bien, ¿por qué no podemos ser como nada, una persona sin importancia? No tan sólo en el nivel verbal, sino internamente. Entonces no hay problema de apego o desapego, ¿verdad? Y en ese estado, ¿puede haber relación? Porque eso es lo que desea saber este interlocutor. Él dice que sin relación con las personas y las ideas, uno vive en un vacío depresivo. ¿Es eso lo que ocurre? ¿Es la relación un proceso de apego? Cuando usted está apegado a alguien, ¿está relacionado con esa persona? Si estoy apegado a usted, si me aferro a usted, si lo poseo, ¿estoy relacionado con usted? Usted se convierte para mí en una necesidad, porque sin usted estoy perdido, me siento incómodo, desdichado, solitario. De modo que usted se vuelve una necesidad, una

cosa útil, una cosa para llenar mi vacuidad. *Usted* no es importante; lo que importa es que llene mi necesidad. Y ¿existe relación alguna entre nosotros cuando usted es para mí una necesidad, como puede serlo un mueble?

Expresémoslo de otro modo: ¿Puede uno vivir sin estar relacionado? ¿Y es la relación tan sólo un estímulo? Porque sin ella, sin lo que ustedes llaman distracciones, se sienten perdidos, no sienten que estén vivos. O sea, tratan la relación como una distracción más, lo cual les da cierta vitalidad. Eso es lo que dice el interlocutor.

¿Puede uno vivir, pues, en este mundo, sin estar relacionado? Obviamente, no. No hay nada que pueda vivir en aislamiento. A algunos de nosotros quizá nos agradaría vivir aislados, pero uno no puede hacerlo. De modo que la relación llega a ser tan sólo una distracción, la cual les hace sentir como si estuvieran vivos; las riñas, las luchas, las disputas, etc., les dan una sensación de vitalidad. Y, como dice el interlocutor, sin distracciones sienten que están muertos. Pero la distracción, ya sea que se trate de la bebida, de ir a los cines, de acumular conocimientos... cualquier forma de distracción, es obvio que embota la mente y el corazón. Una mente embotada, un corazón insensible, ¿cómo pueden relacionarse con otra persona? Sólo una mente sensible, un corazón despierto al afecto, pueden relacionarse con algo.

Así, pues, en tanto traten a la relación como una distracción, están viviendo en un vacío, es evidente, porque temen salir de ese estado. En consecuencia, temen cualquier clase de desapego, cualquier clase de separación. Mientras que la verdadera relación, que no es una distracción, constituye un estado en el que se hallan en proceso constante de comprenderse a sí mismos con respecto a algo. Es decir, la relación es un proceso de revelación propia, no de distracción, y esa revelación propia es muy penosa, porque en la relación pronto se descubren a sí mismos, si es que están abiertos a ese descubrimiento. Pero como muy pocos queremos descubrirnos a nosotros mismos, como casi todos quisiéramos más bien escondernos en la relación, ésta se vuelve un proceso doloroso y tratamos de desapegarnos de ella. La relación no es un estímulo. ¿Por qué queremos ser estimulados mediante la relación? Y si lo somos, entonces la relación, como el estímulo, se embota. No sé si han notado que cualquier clase de estímulo, a la larga embota la mente y la sensibilidad del corazón.

De manera que el problema del desapego no tendría que surgir jamás, porque sólo el hombre que posee piensa en renunciar, pero jamás se pregunta por qué posee, cuál es el trasfondo que le hace ser posesivo. Cuando comprende el proceso de poseer, entonces está naturalmente libre de la posesión; no cultiva un opuesto como el desapego. Y la relación será tan sólo un estímulo, una distracción, en tanto estemos usando a otro como un medio de autogratificación o como una necesidad para escapar de nosotros mismos. Usted se vuelve muy importante para mí porque en mí mismo soy muy pobre, soy nada; por lo tanto, usted es todo. Una relación así tiene que generar, por fuerza, conflicto, dolor; y algo que ocasiona dolor ya no es más una distracción. Por con-

siguiente, deseamos escapar de esa relación, y a eso lo llamamos desapego.

Así, pues, en tanto usemos la mente en la relación, no podremos comprender la relación. Porque, a fin de cuentas, es la mente la que nos incita al desapego. Cuando hay amor, no hay problema de apego o desapego. Tan pronto cesa ese amor, comienza el proceso de apego y desapego. El amor no es producto del pensamiento; no podemos pensar acerca del amor. Es un estado de ser. Y, cuando la mente interfiere con sus cálculos, sus celos, sus múltiples y astutos engaños, se suscita el problema de la relación. La relación tiene un significado únicamente cuando es un proceso en el que uno se revela ante sí mismo; y, si en ese proceso uno sigue profundizando amplia y extensivamente, entonces en la relación hay paz —ya no es la contienda, el antagonismo entre dos personas—. Sólo en esa quietud, en esa relación donde fructifica el conocimiento propio, hay paz.

16 de julio de 1949

SEGUNDA PLÁTICA EN EL ROBLEDAL

Como estuvimos diciendo ayer, deberíamos ser capaces de escuchar lo que se dice, sin aceptarlo ni rechazarlo. Deberíamos poder escuchar de tal modo que, si se dice algo nuevo, no lo rechacemos inmediatamente, lo cual tampoco significa que debamos aceptar todo lo que se dice. Eso sería realmente absurdo, porque entonces no estaríamos sino erigiendo una autoridad, y donde hay autoridad no puede haber un pensar y un sentir libres, verdaderos. No puede haber descubrimiento de lo nuevo. Y, como la mayoría de nosotros se inclina a aceptar algo ansiosamente, sin una genuina comprensión, existe el peligro de que lo aceptemos sin reflexionar ni investigar, sin examinarlo a fondo. Esta mañana quizá diga algo nuevo, o exponga de una manera diferente algo que ustedes pueden pasar por alto si no escuchan con esa serenidad, esa quietud que da origen a la comprensión.

Quiero considerar esta mañana un tema que puede resultar bastante difícil: el problema de la acción, la actividad y la relación. Pero, antes de eso, tenemos que comprender qué entendemos por actividad y qué entendemos por acción. Porque toda nuestra vida parece basarse en la acción, o más bien, en la actividad; quiero diferenciar entre actividad y acción. Parecemos estar muy absortos haciendo cosas, inquietos, consumidos por el movimiento, haciendo algo a toda costa, prosperando, obteniendo esto o aquello, intentando alcanzar el éxito. Y ¿qué lugar ocupa la actividad en la relación? porque, como lo estuvimos diciendo ayer, la vida es un asunto de relación. Nada puede existir en el aislamiento, y si la relación es tan sólo una actividad, muy poco significa. No sé si han notado que, tan pronto dejan de estar activos, hay inmediatamente un sentimiento de aprensión nerviosa; sienten como si no estuvieran

vivos, despiertos, y que, por lo tanto, deben mantenerse en movimiento. Y existe el miedo de estar solos, de salir a dar solos un paseo, o estar a solas con un libro, sin una radio, sin charlar, miedo de sentarse quietamente, sin hacer algo todo el tiempo con las manos, la mente o el corazón.

Para comprender, pues, la actividad, debemos comprender la relación, ¿no es así? Si consideramos que la relación es una distracción, un escape respecto de alguna otra cosa, entonces la relación no es sino una actividad. Y ¿acaso nuestra relación no es, en su mayor parte, una mera distracción y, por lo tanto, nada más que una serie de actividades envueltas en ella? Como dije, la relación tiene verdadero significado sólo cuando es un proceso de revelación propia, cuando nos descubrimos a nosotros mismos al actuar en esa relación. Pero la mayoría de nosotros no quiere revelarse en la relación. Por el contrario, usamos la relación como un medio de encubrir nuestra propia insuficiencia, nuestras propias angustias e incertidumbres. Así, la relación se vuelve mero movimiento, mera actividad. No sé si han notado que la relación es muy penosa y que, en tanto no sea un proceso revelador de descubrimiento propio, es tan sólo un recurso para escapar de uno mismo.

Pienso que es importante comprender esto porque, como vimos ayer, la cuestión del conocimiento propio radica en el desarrollo de la relación, ya sea con las cosas, las personas o las ideas. ¿Puede la relación basarse en una idea? Por cierto, cualquier acto basado en una idea debe, por fuerza, ser la continuación de esa idea, lo cual constituye una actividad. La acción no se basa en una idea. La acción es inmediata, espontánea, directa, no involucra el proceso de pensamiento. Pero, cuando basamos la acción en una idea, se convierte en una actividad; y, si la base de nuestra relación es una idea, entonces es obvio que una relación semejante no es más que una actividad carente de comprensión. Consiste en llevar a la práctica una fórmula, un modelo previo, una idea. Debido a que queremos obtener algo de la relación, una relación así es siempre restrictiva, limitadora.

La idea es el resultado de un anhelo, un deseo, un propósito, ¿verdad? Si estoy relacionado con una persona porque la necesito, fisiológica o psicológicamente, esa relación se basa, entonces, en una idea, es obvio, porque deseo algo de esa persona. Y una relación así, basada en una idea, no puede ser un proceso autorrevelador. Es tan sólo un impulso psicológico, una actividad, una monotonía en la que se ha establecido el hábito. En consecuencia, una relación semejante implica siempre tensión, pena, contienda, lucha, y es causa permanente de angustia.

¿Es posible estar relacionados sin la idea, sin exigencias, sin sentido de propiedad, de posesión? ¿Podemos, acaso, estar en comunión mutua —que es verdadera relación en todos los diferentes niveles de la conciencia— si nos relacionamos por medio de un deseo, de una necesidad física o psicológica? Y ¿puede haber relación sin estas causas condicionantes que se originan en el deseo? Como dije, éste es un problema muy difícil. Uno tiene que investigarlo bien a fondo y con mucha serenidad. No es una cuestión de aceptar o rechazar.

Sabemos qué es nuestra relación en la actualidad: contienda, lucha, angustia o mero hábito. Si podemos comprender plena, completamente, la relación con un solo ser humano, entonces quizás haya posibilidad de comprender la relación con los muchos, o sea, con la sociedad. Si no comprendo mi relación con uno solo, es indudable que no comprenderé mi relación con muchos, con la sociedad, con todos. Si mi relación con un ser humano se basa en una necesidad, en la gratificación, mi relación con la sociedad debe forzosamente ser igual. Por lo tanto, han de seguir la contienda con el uno y con los muchos. Y ¿es posible vivir, tanto con uno como con muchos, sin exigir nada? Ése es, por cierto, el problema, ¿no es así? no entre uno y otro, sino entre uno mismo y la sociedad.

Para comprender ese problema, para investigarlo profundamente, tenemos que examinar la cuestión del conocimiento propio, porque sin conocernos a nosotros mismos tal como somos, sin conocer exactamente *lo que es*, resulta imposible tener una buena relación con otro. Haga uno lo que hiciere: escapar, adorar, leer, asistir a los cines, encender la radio, etc., en tanto no se comprenda a sí mismo, no podrá tener una verdadera relación. De aquí las disputas, las batallas, el antagonismo, la confusión, no sólo dentro de uno, sino fuera y alrededor de uno. En tanto usemos la relación tan sólo como un medio de gratificarnos, de escapar, de distraernos —lo cual es mera actividad—, no puede haber conocimiento propio. Pero el conocimiento propio se comprende, se descubre, su proceso se revela, a través de la relación; es decir, si uno está deseoso de examinar este problema de la relación y de exponerse a sí mismo en ella. Porque, al fin y al cabo, no podemos vivir sin relación. Pero nosotros queremos usar esa relación para sentirnos cómodos, para gratificarnos, para ser algo. Esto es, usamos la relación que se basa en una idea, lo cual implica que el papel importante en la relación lo juega la mente. Y como la mente se interesa siempre en protegerse a sí misma, en permanecer siempre con lo conocido, reduce toda relación al nivel del hábito o de la seguridad, y la relación se convierte, por lo tanto, en una mera actividad.

Vemos, pues, que la relación, si se lo permitimos, puede ser un proceso autorrevelador, pero dado que no se lo permitimos, la relación se vuelve nada más que una actividad gratificadora. En tanto la mente siga usando la relación para su propia seguridad, esa relación está obligada a generar confusión y antagonismo. Y ¿es posible vivir en relación sin idea alguna de exigencia, deseo, gratificación? O sea, ¿es posible amar sin que interfiera la mente? Amamos con la mente, nuestros corazones están llenos con las cosas de la mente, pero las fabricaciones de la mente no pueden ser, desde luego, amor. No podemos pensar acerca del amor. Podemos pensar en la persona que amamos, pero ese pensamiento no es amor; y así, gradualmente, el pensamiento va ocupando el lugar del amor. Y, cuando la mente llega a ser lo más importante, lo supremo, es obvio que no puede haber afecto. Ése es, sin duda alguna, nuestro problema, ¿verdad?

Hemos llenado nuestros corazones con las cosas de la mente. Y las cosas de la mente son, en esencia, ideas: lo que debería ser y lo que no debería ser.

¿Puede la relación basarse en una idea? Y si lo hace, ¿no es ésa una actividad autolimitadora y, por lo tanto, es inevitable que haya contienda, lucha y desdicha? Pero si la mente no interfiere, entonces no erige una barrera, no se disciplina, reprime o sublima. Esto es extremadamente difícil, porque no es por medio de la determinación, la práctica o la disciplina que la mente puede dejar de interferir; lo hace sólo cuando comprende plenamente su propio proceso. Sólo entonces es posible tener una verdadera relación con el uno y con los muchos, una relación libre de disputas y de discordia.

Pregunta: Deduzco claramente de lo que usted dice, que el aprendizaje y el conocimiento son obstáculos. ¿En relación con qué son obstáculos?

KRISHNAMURTI: Obviamente, el conocimiento y el aprendizaje son un obstáculo para la comprensión de lo nuevo, de lo intemporal, de lo eterno. Es indudable que el desarrollo de una técnica perfecta no hace que uno sea creativo. Uno podrá saber cómo pintar maravillosamente, pero puede que no sea un pintor creativo. Puede saber cómo escribir poemas sumamente perfectos desde el punto de vista técnico, pero no ser un poeta. Ser poeta implica, ¿no es así?, ser capaz de recibir lo nuevo, ser lo suficientemente sensible como para responder a algo nuevo, original. Pero casi todos nosotros nos hemos aficionado al aprendizaje, al conocimiento, y pensamos que conociendo seremos creativos. Una mente atestada, encajonada en datos, en conocimientos, ¿es capaz de recibir algo nuevo, súbito, espontáneo? Si su mente está abarrotada con lo conocido, ¿hay en ella espacio alguno que pueda recibir algo que pertenece a lo desconocido? El conocimiento es siempre con respecto a lo conocido, y con lo conocido tratamos de comprender lo desconocido, aquello que está más allá de toda medida.

Tomemos, por ejemplo, algo muy común que ocurre con la mayoría de nosotros: las personas religiosas —cualquier cosa que, por el momento, pueda significar esa palabra— tratan de imaginar qué es Dios o de pensar acerca de Dios. Han leído innumerables libros, han leído sobre las experiencias de diversos santos, sobre los Maestros, mahatmas y demás, y tratan de imaginar, de sentir en qué consiste la experiencia de otro. Es decir, con lo conocido intentan abordar lo desconocido. ¿Puede uno hacer eso? ¿Puede pensar en algo incognoscible? Sólo es posible pensar en algo que uno conoce. Pero actualmente tiene lugar en el mundo esta perversión extraordinaria: pensamos que comprenderemos poseyendo más información, más libros, más datos, más material impreso.

Por cierto, para percibir algo que no sea la proyección de lo conocido, es preciso que, mediante la comprensión, el proceso de lo conocido sea eliminado. ¿Por qué la mente se aferra siempre a lo conocido? ¿No es, acaso, porque está buscando constantemente certidumbre, seguridad? Su naturaleza misma se halla arraigada en lo conocido, en el tiempo. ¿Cómo es posible, entonces, que una mente así, cuyos cimientos se asientan sobre el pasado, sobre el tiem-

po, experimente lo intemporal? Puede concebir, formular, representarse lo desconocido, pero todo eso es absurdo. Lo desconocido puede revelarse únicamente cuando comprendemos, disolvemos, desechamos lo conocido. Y eso es sumamente difícil, porque tan pronto tenemos una experiencia de algo, la mente la traduce en términos de lo conocido y la rebaja al nivel del pasado. No sé si han notado que toda experiencia es traducida inmediatamente a lo conocido, recibe un nombre, es clasificada y registrada. El conocimiento es, pues, el movimiento de lo conocido. Y, evidentemente, tal conocimiento, tal aprendizaje es un obstáculo.

Supongamos que usted jamás hubiese leído un libro, religioso o psicológico, y tuviera que descubrir el sentido, el significado de la vida. ¿Cómo procedería al respecto? Suponga que no hubiese Maestros ni organizaciones religiosas ni Buda ni Cristo y usted tuviera que empezar desde el principio. ¿Cómo lo haría? En primer lugar, tendría que comprender su propio proceso del pensar y no proyectarse a sí mismo con sus pensamientos hacia el futuro, creando de ese modo un Dios de su agrado, lo cual sería sumamente infantil. Así, pues, ante todo debería comprender el proceso de su pensar. Ése es el único modo de descubrir algo nuevo, ¿verdad?

Cuando decimos que el aprendizaje o el conocimiento son una traba, un obstáculo, es obvio que no incluimos el conocimiento tecnológico: cómo manejar un automóvil, hacer funcionar una maquinaria, etc., ni nos referimos a la eficiencia que genera tal conocimiento. Tenemos en mente algo muy distinto: ese sentido de felicidad creativa que ninguna cantidad de conocimientos o aprendizaje podrá producir. Y ser creativo en el más genuino sentido de esa palabra, es estar libre del pasado de instante en instante. Porque el pasado está ensombreciendo todo el tiempo el presente. Aferrarnos tan sólo a la información, a las experiencias de otros, a lo que alguien, por grande que sea, ha dicho, y tratar de aproximar a ello nuestra acción... todo eso es conocimiento, ¿no es así? Pero, para descubrir algo nuevo, tenemos que comenzar por nuestra propia cuenta; debemos emprender un viaje despojados de todo, en especial de conocimientos. Es muy fácil tener experiencias basadas en el conocimiento y la creencia, pero tales experiencias no son sino productos de autoprotección y, por lo tanto, son completamente falsas, irreales. Y, si uno ha de descubrir por sí mismo qué es lo nuevo, resulta inútil llevar la carga de lo viejo, sobre todo del conocimiento, del conocimiento de otra persona, por importante que ésta sea o haya sido. Ahora bien, uno usa el conocimiento como medio de autoprotección, de seguridad, y quiere estar muy seguro de que tiene las mismas experiencias de Buda, de Cristo o de X. Pero un hombre que se protege constantemente a sí mismo mediante el conocimiento, no es, evidentemente, un buscador de la verdad.

No hay sendero que conduzca hacia el descubrimiento de la verdad. Uno debe penetrar en el mar desconocido; esto no es desalentador, no es aventurado. Cuando queremos descubrir algo nuevo, cuando experimentamos con algo, nuestra mente tiene que estar muy quieta, ¿verdad? Pero si está repleta, abarro-

tada de datos, conocimientos, éstos actúan como un obstáculo para lo nuevo, y nuestra dificultad radica en que, para la mayoría de nosotros, la mente ha adquirido tanta importancia, es tan predominantemente significativa, que interfiere todo el tiempo con cualquier cosa que pueda ser nueva, que pueda existir simultáneamente con lo conocido. Así, pues, el conocimiento y el aprendizaje son obstáculos para aquellas personas que quieran buscar la verdad, que quieran comprender lo intemporal.

Pregunta: De varias pláticas suyas, infiero que el pensamiento debe cesar antes de que pueda haber comprensión. ¿Cuál es el pensar que debe llegar a su fin? ¿Qué entiende usted por pensar y qué por pensamiento?

KRISHNAMURTI: Espero que todo esto les interese. Al fin y al cabo, debería interesarles, porque eso es lo que hacen: pensar. El único instrumento que tenemos es la mente, el pensamiento; y ¿qué entendemos por pensar? ¿Qué entendemos por pensamiento? ¿Cómo surge? ¿Cuál es su función? Investiguémoslo juntos.

¿Qué es el pensamiento? Es el producto del pasado, ¿no es así? El pensamiento se basa en la reacción del pasado, del ayer, de muchos, muchos ayeres. Ustedes no serían capaces de pensar si no hubiese ayeres. Así, el pensamiento es el resultado de respuestas condicionadas que se han establecido en la mente como el pasado. La mente *es* el producto del pasado. O sea, el pensar es la respuesta de la memoria. Si usted no tuviese memoria, no habría pensar. Si no tuviese memoria acerca del camino a su casa, no podría llegar allá. Por consiguiente, el pensar es la respuesta de la memoria, y la memoria es un proceso, un residuo de experiencias, inmediatas o pertenecientes al ayer. El contacto, la sensación y el deseo, crean la experiencia. Es decir, a través del contacto, de la sensación y el deseo, hay experiencia. Esa experiencia, ya sea agradable o desagradable, provechosa o improductiva, deja un residuo al que llamamos memoria. Desde ese residuo surge una respuesta, llamada el pensar, que se halla condicionada conforme a diferentes influencias ambientales, etc. En una palabra, la mente —no sólo los niveles superficiales de la conciencia, sino el proceso total— es el residuo del pasado. A fin de cuentas, ustedes y yo somos el producto del pasado. Todo nuestro proceso consciente del vivir se basa en el pasado, y la mayoría de nosotros vive en los niveles de conciencia que corresponden a la mente superficial. Ahí estamos activos, ahí es donde tenemos nuestros problemas, las innumerables disputas, las actividades cotidianas; y con eso estamos satisfechos. Pero lo que está en la superficie, lo poco que se muestra no es, por cierto, el contenido total de la conciencia. Para comprender la totalidad de ese contenido, la mente superficial debe estar quieta, así sea por unos pocos minutos, aun por unos pocos segundos. Entonces es posible recibir lo desconocido.

Si el pensamiento no es sino la respuesta del pasado, entonces el proceso del pensamiento debe cesar para que se manifieste algo nuevo, ¿no es así? Si el

pensamiento es el resultado del tiempo —como lo es—, entonces, para que pueda insinuarse lo intemporal, algo que no conocemos, el proceso del pensamiento debe llegar a su fin, ¿verdad? Para recibir algo nuevo, lo viejo debe cesar. Si tengo una pintura moderna y no la entiendo, no puedo encararla con mi preparación clásica; al menos por el momento debo dejarla a un lado para comprender lo nuevo. De igual manera, si uno ha de comprender aquello que es nuevo, intemporal, entonces la mente, que es el instrumento del pensar, que es el residuo del pasado, debe llegar a su fin; y el proceso de terminación del pensamiento —aunque eso pueda sonar más bien absurdo— no llega por obra de la disciplina, de la así llamada "meditación". Discutiremos luego, en las próximas semanas, qué es la verdadera meditación y demás. Pero podemos ver que, cualquier acción de la mente para poner fin a su propia actividad, sigue siendo un proceso de pensamiento.

Por lo tanto, éste es un problema bastante difícil y muy sutil. Porque no puede haber felicidad ni alegría ni bienaventuranza, a menos que haya una renovación creativa; y ésta no puede ocurrir si la mente está proyectándose todo el tiempo hacia el futuro, hacia el mañana, hacia el segundo siguiente. Y, como siempre está haciendo eso, no somos creativos. Podemos producir bebés, pero para ser internamente creativos, para tener ese sentido extraordinario de renovación en el que hay constantemente novedad, frescura, en el que existe una ausencia total de la mente, es preciso que ésta deje de proyectarse todo el tiempo hacia el futuro, hacia el mañana. Por eso es importante comprender todo el proceso del pensamiento, sus sutilezas, sus variaciones, su profundidad. Si no comprenden eso, no pueden dar con lo otro. Podrán hablar al respecto, pero deben dejar de pensar, aunque esto suene fantástico. Para tener esa renovación, esa frescura, ese extraordinario sentido de "lo otro", la mente debe comprenderse a sí misma. Por eso es indispensable que haya una más profunda y amplia percepción alerta, la cual surge del conocimiento propio.

Pregunta: Concuerdo con usted en que el conocimiento no nos ha traído la felicidad. He estado intentando ser receptivo, intuitivo, ansioso de recibir las insinuaciones de lo interno. ¿Estoy en la senda correcta?

KRISHNAMURTI: Para comprender esta cuestión, debemos comprender qué entendemos por conciencia, porque lo que usted llama intuición puede ser la proyección de su propio deseo. Hay demasiadas personas que afirman: "Yo creo en la reencarnación. Siento que existe. Mi intuición me lo dice". Se trata, obviamente, del propio deseo que ellas tienen de prolongarse, de continuar. Por estar espantadas de la muerte, quieren asegurarse de que hay una próxima vida, otra oportunidad, etc. En consecuencia, sienten "intuitivamente" que la teoría de la reencarnación es correcta. Para comprender, pues, esta cuestión, debemos comprender qué entendemos por lo interno y por lo externo. ¿Es posible recibir insinuaciones de aquello que es interno, cuando usted está buscando continuamente un objetivo, cuando desea lograr, cultivar, ser feliz? Por cierto, para reci-

bir insinuaciones de lo interno, la mente, la mente superficial, debe estar por completo libre de enredos y prejuicios, libre de todo deseo, de todo nacionalismo; de lo contrario, sus "insinuaciones" lo convertirán a usted en el más grande de los nacionalistas y en un terror para el resto del mundo.

Nuestro interrogante es, entonces, el siguiente: ¿Cómo es posible recibir la insinuación de lo desconocido, sin falsearla, sin traducirla conforme a nuestro condicionado patrón de pensamiento? Para comprender eso, debemos examinar la cuestión de la conciencia, qué es la conciencia. ¿Qué entendemos por estar consciente? ¿Cuál es el proceso de la conciencia? ¿Cuándo dice usted que está consciente? Desde luego, dice: "Estoy consciente" cuando está experimentando, ¿no es así? Cuando hay una experiencia —no viene al caso si es agradable o desagradable—, existe una percepción de su ser estando consciente de esa experiencia. Después, desde ese experimentar, el paso siguiente es nombrar, calificar la experiencia, ¿verdad? usted dice: "Es placer, no es placer; esto lo recuerdo, aquello no lo recuerdo". Así lo nombra. Entonces lo registra, ¿no? Mediante el proceso mismo de nombrarlo, lo registra. ¿Están siguiendo todo esto, o es demasiado para una mañana de domingo?

Hay, pues, conciencia sólo cuando existen el experimentar, calificar y registrar. No acepten lo que estoy diciendo; obsérvenlo en sí mismos y verán cómo opera. Esto ocurre en todos los niveles y todo el tiempo, consciente o inconscientemente. Y, en los niveles más profundos de la conciencia, el proceso es casi instantáneo, como en el nivel superficial; pero la diferencia radica en que, en el nivel superficial hay opción, elección; en el nivel más amplio y profundo, hay reconocimiento instantáneo sin opción alguna. Y la mente superficial puede recibir la insinuación sólo cuando llega a su fin este proceso de calificar o nombrar o registrar; esto ocurre cuando el problema es demasiado grande o demasiado difícil. Tratamos de resolver un problema, y no hay respuesta. Entonces lo dejamos tranquilo. En el momento en que lo dejamos tranquilo, hay una respuesta, una insinuación, porque la mente, la mente consciente, ya no está luchando, tratando de encontrar una respuesta. Está quieta. El agotamiento mismo es un proceso de quietud; debido a eso, la mente es capaz de recibir la insinuación. Pero la así llamada intuición, que tiene la mayoría de la gente, es en realidad la satisfacción de su propio deseo. Por eso hay tantas guerras, creencias organizadas, antagonismos, disputas; porque cada uno piensa que su intuición es tan verdadera que por ella está dispuesto a morir o a tratar cruelmente a otros.

Me temo que la persona que cree estar siguiendo su intuición está en la mala senda, porque para comprender todo esto, uno debe trascender el razonamiento. Para ello, debe saber primero qué es el proceso del razonar. Uno no puede ir más allá de algo que no conoce; para ir más allá, debe saber qué es eso, tiene que comprender todo el significado de la razón —cómo razona, cómo examina algo—; no puede saltar más allá. Eso no significa que debe tener un cerebro muy ingenioso, que debe ser un gran investigador, algún erudito. Se requiere honestidad en el pensar, claridad, deseo de estar abierto a lo nuevo,

de invitar a *lo que es* sin temer al sufrimiento. Entonces deja de existir la barrera entre lo interno y lo externo. Lo interno es lo externo y lo externo es lo interno. Pero, para que exista esa integración, es indispensable comprender el proceso de la mente.

Pregunta: Por favor, explique claramente qué papel juega la memoria en nuestra vida. Usted parece distinguir entre dos formas de memoria. De hecho, ¿no existe solamente la memoria, siendo ésta nuestro único medio de conciencia y lo que nos hace percatarnos del tiempo y del espacio? Por lo tanto, ¿podemos, acaso, prescindir de la memoria, como usted parece sugerir?

KRISHNAMURTI: Investiguemos la cuestión de nuevo. Olvidemos lo que se ha dicho antes y tratemos de descubrir su significado. Esta mañana dijimos que el pensamiento es un producto del pasado, lo cual es un hecho obvio; nos guste o no, es así. El pensamiento se basa en el pasado. No puede haber pensamiento sin que estemos conscientes y, como dije, la conciencia es un proceso de experimentar, nombrar, registrar. Es lo que hacemos todo el tiempo. Si usted ve eso (*señala un árbol*), lo llama árbol, lo nombra, y piensa que ha tenido una experiencia. Este proceso de nombrar forma parte de la memoria, ¿no es así? Y es una forma muy conveniente de experimentar. Usted piensa que ha experimentado algo nombrándolo. Me llama hindú y piensa que ha comprendido a todos los hindúes; lo llamo americano, y en eso se terminó la cosa. Pensamos, pues, que comprendemos algo si le damos un nombre. Lo nombramos a fin de reconocerlo, de reconocerlo como especie, como esto o aquello, pero eso no es comprender, experimentar algo. Hacemos eso por negligencia: es mucho más fácil hacer caso omiso de las personas dándoles un nombre, un rótulo.

Así, pues, este proceso de experimentar —que es contacto, sensación, deseo, identificación y experiencia—, este proceso, junto con el nombrar, se considera que es la conciencia, ¿verdad? Una parte de esa conciencia está despierta y la otra parte se halla en estado latente. Nuestra mente de todos los días, el nivel superficial, consciente, está despierto. El resto duerme. Ahora bien, cuando dormimos, la mente consciente, superficial, está en silencio y, por eso, es capaz de recibir sugerencias, insinuaciones que se traducen en sueños, pero éstos requieren una interpretación ulterior.

El interlocutor desea saber qué entendemos por memoria, cuál es la función de ésta y si podemos prescindir de ella. De modo que la verdadera pregunta es: ¿Qué función tiene el pensamiento? La memoria no tiene función alguna aparte del pensar. ¿Cuál es, entonces la función del pensamiento? ¿Puede éste dividirse? ¿Es posible prescindir de él?

Decimos que el pensamiento es la respuesta de la memoria, tal como de hecho lo es; y la memoria es experiencia incompleta, nombrada y pensada con fines de autoprotección, etcétera. Ahora bien, si el pensamiento es el resultado de la memoria, ¿qué función tiene el pensamiento en la vida? ¿Cuándo usamos

el pensamiento? Me pregunto si alguna vez han considerado esto. Usan el pensamiento cuando quieren volver a sus casas, ¿no es así? Piensan cómo llegar allá. Ésta es una clase de pensamiento. ¿Cuándo funciona nuestro pensamiento? Cuando nos protegemos a nosotros mismos, ¿verdad? Cuando buscamos seguridad económica, social, psicológica. ¿No es así? Cuando queremos salvaguardarnos. Es decir, el pensamiento funciona cuando existe el impulso de autoprotección. Cuando sienten afecto por alguien, ¿es eso un proceso de pensamiento? Cuando aman a una persona y usan ese amor como medio de enriquecerse internamente, es obvio, entonces, que se trata de un proceso de pensamiento; eso ya no es más amor.

Luego, el proceso de pensamiento surge cuando hay miedo, cuando existe el deseo de poseer, cuando hay conflicto; en otras palabras, cuando el "sí mismo", el "yo", adquiere importancia. Porque, al fin y al cabo, el pensamiento está relacionado con el "yo"; cuando el "yo" predomina, comienza el proceso de pensamiento como impulso de autoprotección. De lo contrario, no pensamos, no tenemos conciencia de nuestro proceso de pensamiento, ¿verdad? Sólo somos conscientes de él cuando hay conflicto; pensamos ya sea para proteger o para descartar, para aceptar o para rechazar.

Ahora bien, el interlocutor quiere saber qué papel juega la memoria en nuestra vida. Si comprendemos que el proceso de pensamiento comienza sólo cuando el "yo" se torna importante, y que ese "yo" es importante sólo cuando existe el deseo de autoprotección, entonces vemos que gastamos la mayor parte de nuestra vida en protegernos a nosotros mismos. Por lo tanto, el pensamiento juega un papel muy importante en nuestra vida, porque casi todos nos interesamos en nosotros mismos. Nos interesamos en cómo protegernos, cómo ganar, cómo llegar, cómo alcanzar, cómo volvernos perfectos, cómo tener esta o aquella virtud, cómo descartar, cómo rechazar, cómo desapegarnos, cómo hallar la felicidad, cómo ser más hermosos, cómo amar, cómo ser amados... ustedes saben de qué modos nos interesamos en nosotros mismos.

Nos consumimos, pues, en el proceso de pensamiento. *Somos* el proceso de pensamiento; no estamos separados del pensamiento. Y el pensamiento es memoria, cómo ser "más" de algo. Es decir, cuando existe el impulso por lo "más" o por lo "menos", por lo "positivo" o por lo "negativo", surge el proceso de pensamiento. Este proceso no surge cuando hay reconocimiento de *lo que es*. Un hecho no requiere un proceso de pensamiento, pero si queremos evitar un hecho, entonces comienza el proceso. Si acepto que soy lo que soy, no hay pensamiento, sino que tiene lugar otra cosa cuando acepto *lo que es*. Surge a la existencia un proceso por completo diferente, que no es el proceso del pensamiento. O sea, en tanto existe el deseo por lo "más" o lo "menos", tiene que haber pensamiento, tiene que existir el proceso de la memoria. Después de todo, si deseo ser un hombre muy rico, un hombre poderoso, popular, o un hombre de Dios, si deseo llegar a ser algo, necesito tener memoria, es decir, tengo que pensar en ello; la mente debe agudizarse constantemente para "llegar a ser".

Ahora bien, ¿qué papel desempeña en la vida ese "llegar a ser", ese deve-

nir? Por cierto, en tanto deseamos ser alguna cosa, tiene que haber contienda; en tanto nuestro deseo, nuestro impulso, nuestra búsqueda, es para ser lo "más" o lo "menos", lo "positivo" o lo "negativo", tiene que haber lucha, antagonismo; pero es extremadamente arduo, difícil, no ser lo "más" o lo "menos". Verbalmente, puedo desecharlo y decir: "Soy nadie", pero eso es vivir tan sólo en el nivel verbal; significa muy poco, es mera tontería. Por eso tiene uno que comprender el proceso del pensamiento, el cual es la conciencia e implica todo el problema del tiempo, del ayer, del mañana. Un hombre que se halla atrapado en el ayer jamás puede comprender aquello que es intemporal. Y la mayoría de nosotros está atrapada en la red del tiempo. En esa red se encuentra básicamente enredado nuestro pensamiento —él *es* la red del tiempo—. Y con ese proceso de pensamiento, pensamiento educado, cultivado para ser agudo, penetrante, sutil, queremos dar con algo que está más allá del pensamiento.

Vamos de un instructor a otro, de un héroe a otro, de un Maestro a otro. Nuestra mente se agudiza con todo esto y espera, de ese modo, encontrar lo que está más allá. Pero el pensamiento no puede jamás encontrar lo que está más allá, porque el pensamiento es el resultado del tiempo, y lo que pertenece a lo conocido no puede recibir lo desconocido. En consecuencia, el hombre enredado en lo conocido nunca es creativo; puede tener momentos de creatividad, como ocurre con algunos pintores, algunos músicos, algunos escritores; pero éstos terminan por enredarse en lo conocido: la popularidad, el dinero, un centenar de cosas, y entonces están perdidos. Por eso, los que tratan de comprenderse a sí mismos, deben dejar de buscar. Todo cuanto pueden hacer es comprenderse, comprender las intrincaciones, la extraordinaria sutileza de su pensamiento y de su ser. Y eso pueden comprenderlo únicamente en la relación, que es acción; y esa acción es negada cuando la relación se basa en una idea. En tal caso, la relación es mera actividad, no es acción, y la actividad no hace sino embotar el corazón y la mente. Sólo mediante la acción, la mente se torna alerta y el corazón sutil, y de ese modo son capaces de recibir, de ser sensibles. Por eso, antes de cualquier búsqueda, es indispensable que haya conocimiento propio. Si uno busca, encontrará, pero eso no será la verdad. Por lo tanto, esta manía, este temor, esta ansiedad por llegar, buscar, encontrar, tiene que terminarse; entonces, con el conocimiento propio cada vez más amplio y profundo, adviene ese sentido de la realidad que no puede ser invitado. Se manifiesta a sí mismo, y sólo entonces hay felicidad creadora.

17 de julio de 1949

TERCERA PLÁTICA EN EL ROBLEDAL

El sábado y domingo anteriores, estuvimos considerando la importancia del conocimiento propio, porque, como se explicó, no veo cómo podemos te-

ner una base para el recto pensar si no hay conocimiento propio, cómo cualquier acción, por inclusiva, colectiva o individualista que sea, puede ser una acción armoniosa y verdadera si uno no se conoce plenamente a sí mismo. Sin conocimiento propio no hay posibilidad alguna de descubrir realmente qué es lo verdadero, qué es significativo, cuáles son los genuinos valores de la vida. Sin conocernos a nosotros mismos, no podemos ir más allá de las ilusiones autoproyectadas de la mente. El conocimiento propio, como lo explicamos, implica no sólo la acción que se desarrolla en la relación entre un individuo y otro, sino también la que surge de la relación que sostenemos con la sociedad; y sin este conocimiento no puede haber una sociedad integrada, armoniosa. Es, por lo tanto, muy importante y significativo que uno se conozca a sí mismo de la manera más completa y plena que pueda. ¿Es posible este conocimiento? ¿Puede uno conocer integralmente el proceso total de sí mismo? Porque, como se dijo, sin conocimiento propio no hay base para el pensar. Uno queda atrapado en ilusiones, políticas, sociales, religiosas... las ilusiones son ilimitadas, interminables. ¿Cómo es posible, pues, que uno se conozca a sí mismo, cuáles son los medios, los pasos a dar, los procesos?

Pienso que, para averiguar cuáles son los medios, uno debe descubrir primeramente cuáles son los impedimentos. Al estudiar qué es lo que consideramos importante en la vida, las cosas que hemos aceptado, los valores, las normas, las creencias, las innumerables cosas a que nos aferramos... al examinar todo eso, quizá descubriremos las modalidades de nuestro propio pensar y, con eso, lleguemos a conocernos. Es decir, al comprender cuáles son las cosas que aceptamos, al cuestionarlas, al investigarlas, mediante ese proceso mismo conoceremos las modalidades de nuestro pensar, nuestras respuestas, nuestras reacciones; y, a través de ellas, nos conoceremos tal como somos. Ése es, sin duda, el único modo de descubrir el comportamiento de nuestro pensar, nuestras respuestas: estudiando, examinando a fondo los valores, las normas, las creencias que hemos aceptado durante generaciones. Y, viendo detrás de estos valores, habremos de conocer el modo como respondemos, como reaccionamos a ellos; de tal manera, quizá seremos capaces de poner al descubierto las modalidades de nuestro propio pensar.

En otras palabras, conocernos a nosotros mismos es estudiar las respuestas, las reacciones que uno tiene en relación con algo. No podemos conocernos en el aislamiento. Ése es un hecho evidente. Uno podrá retirarse a una montaña, dentro de una caverna, o perseguir alguna ilusión en las orillas de un río, pero si se aísla, no puede haber relación, y el aislamiento es muerte. Únicamente en la relación puede uno conocerse tal como es. En resumen, al estudiar las cosas que hemos aceptado, al investigarlas a fondo, no superficialmente, quizá seremos capaces de comprendernos a nosotros mismos.

Ahora bien, me parece que una de las cosas que más ávidamente aceptamos y damos por sentadas, es la cuestión de las creencias. No estoy atacando las creencias. Lo que tratamos de hacer esta tarde es averiguar por qué aceptamos las creencias; si podemos comprender los motivos, las causas de la acep-

tación, quizá podremos no sólo comprender por qué lo hacemos, sino que también nos liberaremos de ello. Porque podemos ver cómo las creencias políticas y religiosas, las creencias nacionales y otros diversos tipos de creencias, separan realmente a las personas, generan conflicto, confusión y hostilidad; es un hecho obvio y, sin embargo, no estamos dispuestos a abandonarlas. Están la creencia hindú, la creencia cristiana, la budista, innumerables creencias sectarias y nacionales, diversas ideologías políticas... todas disputando entre sí, tratando unas de convertir a las otras. Podemos ver, es obvio, que la creencia separa a los seres humanos creando intolerancia. ¿Es posible, pues, vivir sin creencias? Uno puede descubrirlo sólo si se estudia a sí mismo en relación con una creencia. ¿Es posible vivir en este mundo, sin una sola creencia —no cambiando de creencias, no sustituyendo una creencia por otra, sino enteramente libres de todas las creencias, de manera tal que uno pueda enfrentarse a la vida de nuevo a cada instante—? Esto, al fin y al cabo, es la verdad: ser capaces de afrontarlo todo de un modo nuevo, de instante en instante, sin la reacción condicionante del pasado, de manera que no exista el efecto acumulativo que actúa como una barrera entre uno mismo y *lo que es*.

Evidentemente, la mayoría de nosotros acepta o adopta creencias porque, ante todo, hay miedo. Sentimos que sin una creencia estaríamos perdidos. Entonces usamos la creencia como un sistema de conducta, una norma conforme a la cual dirigimos nuestras vidas. Y también pensamos que, mediante la creencia, es posible emprender una acción colectiva. En otras palabras, pensamos que la creencia es necesaria para la acción. ¿Es así? ¿Es necesaria la creencia para la acción? O sea, siendo la creencia una idea, ¿es necesaria la ideación para actuar? ¿Qué viene primero, la idea o la acción? Por cierto, primero está la acción, la que puede ser placentera o dolorosa, y de acuerdo con eso elaboramos varias teorías. La acción viene invariablemente primero, ¿no es así? Y, cuando hay miedo, cuando hay deseo de creer a fin de actuar, entonces interviene la ideación.

Ahora bien, si lo consideran, verán que una de las razones para el deseo de aceptar una creencia, es el miedo. Porque, si no tuviésemos creencias, ¿qué ocurriría? ¿No estaríamos muy atemorizados de lo que podría suceder? Si no tuviésemos una norma de acción basada en una creencia —ya sea en Dios, en el comunismo, en el socialismo, en el imperialismo, o en alguna clase de fórmula religiosa, en algún dogma al que estamos condicionados—, nos sentiríamos completamente perdidos, ¿verdad? Y la aceptación de una creencia, ¿no es, acaso, una manera de disimular ese miedo, el miedo a ser realmente nada, a estar vacíos? A fin de cuentas, una copa es realmente útil cuando está vacía; y una mente repleta de creencias, dogmas, aseveraciones, citas, es de hecho una mente no creativa, es tan sólo una mente repetitiva. Y, uno de los motivos por los que aceptamos tan ansiosa y ávidamente las creencias es, por cierto, para escapar de ese miedo —el miedo al vacío interno, el miedo a la soledad, al estancamiento, al no llegar, al no triunfar, al no realizarnos, al no ser o no llegar a ser esto o aquello—.

Cuando aceptamos una creencia, ¿nos comprendemos a nosotros mismos? Por el contrario, una creencia, religiosa o política, traba la comprensión de nosotros mismos. Actúa como una pantalla a través de la cual nos miramos. Y ¿podemos mirarnos sin las creencias? Si eliminamos esas creencias, las múltiples creencias que tenemos, ¿queda allí algo que pueda mirar? Si no tenemos creencias con las que la mente se ha identificado, entonces la mente, sin identificación, es capaz de mirarse y verse tal como es, y eso implica, sin duda, el principio de la comprensión de nosotros mismos. Si uno tiene miedo, si hay miedo disimulado por una creencia, y si, al comprender las creencias, uno se enfrenta cara a cara con el miedo, sin la pantalla de las palabras, ¿no es posible, entonces, estar libre de esa creación del miedo? O sea, ¿es posible saber que uno tiene miedo y permanecer con eso sin escape alguno? Estar con *lo que es* resulta, por cierto, mucho más significativo, mucho más valioso que escapar de *lo que es* valiéndonos de una creencia.

Así, comienza uno a ver que hay muchas formas de escapar de nosotros mismos, de nuestra propia vacuidad, de nuestra propia pobreza del ser; escapes tales como el conocimiento, la diversión, distintas formas de aficiones y distracciones, tanto cultas como estúpidas, ingeniosas o inútiles. Estamos rodeados por estas cosas; *somos* estas cosas; y si la mente puede ver el significado de las cosas a las que se aferra, entonces, quizás, estaremos cara a cara con lo que somos, sea ello lo que fuere; y pienso que tan pronto seamos capaces de hacer eso, habrá una verdadera transformación. Porque entonces no hay problema de miedo, ya que el miedo existe únicamente en relación con algo. Cuando estoy relacionado con alguna cosa, y me desagrada eso con lo que estoy relacionado y trato de evitarlo, hay miedo. Pero cuando soy esa cosa misma, no es cuestión de evitar nada. Un hecho genera miedo únicamente cuando le agregamos una reacción emocional, pero cuando el hecho es afrontado tal como es, no hay miedo. Y cuando ya no nombramos eso que llamamos "miedo", sino que tan sólo lo miramos sin calificarlo, entonces tiene lugar una revolución; entonces ya no existe ese sentimiento que nos impulsa a evitar o aceptar determinadas cosas.

Para comprender la creencia, no superficialmente sino a fondo, uno debe descubrir por qué la mente se apega a diversas formas de creencias, por qué éstas se han vuelto tan significativas en nuestras vidas: la creencia acerca de la muerte, acerca de la vida, acerca de lo que sucede después de la muerte, creencias respecto de la existencia o no existencia de Dios, de la realidad, y múltiples creencias políticas. ¿Acaso no denotan todas ellas nuestra propia pobreza interna? ¿No revelan un proceso de escape, no actúan como una defensa? Y, al estudiar nuestras creencias, ¿no empezamos a conocernos tal como somos, no sólo en los niveles superficiales de nuestra mente, de nuestra conciencia, sino en los más profundos? Así, cuanto más nos estudiamos en relación con otra cosa, tal como las creencias, más quieta se halla la mente, sin regimentación, sin coacción alguna. Cuanto más se conoce la mente a sí misma, más serena está, es obvio. Cuanto más conocemos algo, cuanto más nos familiarizamos

con ello, tanta más quietud reina en la mente. Y la mente debe estar de veras quieta, no aquietada. Hay, sin duda, una diferencia enorme entre una mente que ha sido aquietada, y una mente quieta. Uno puede, mediante las circunstancias, mediante diversas disciplinas, trucos, etc., obligar a la mente a aquietarse. Eso no es quietud, no es paz; es muerte. Pero una mente quieta, silenciosa, porque comprende las diversas formas del miedo y porque se comprende a sí misma, es una mente creativa, una mente que se renueva de manera constante. Sólo se estanca una mente encerrada en sus propios miedos, en sus creencias. Pero una mente que comprende su relación con los valores que la rodean, que no impone un patrón de valores, sino que comprende *lo que es*, una mente así se aquieta, *es* una mente quieta. Entonces es capaz de percibir lo real de instante en instante. La realidad no es algo que haya de alcanzarse al final, no es el resultado final de una acción acumulativa. La realidad puede ser percibida sólo de instante en instante, cuando no existe el efecto acumulativo del pasado proyectándose sobre el momento presente, el ahora.

Hay muchas preguntas y contestaré algunas.

Pregunta: ¿Por qué habla usted?

KRISHNAMURTI: Pienso que esta pregunta es muy interesante, tanto para que la responda yo como para que la respondan ustedes: no sólo por qué hablo, sino por qué escuchan. Es en serio; si yo hablara para expresarme a mí mismo, los estaría explotando. Si mi hablar es para mí una necesidad de sentirme halagado, una necesidad egocéntrica, autoafirmativa, etc., entonces tengo que usarlos; entonces ustedes y yo no tenemos relación alguna, porque ustedes son una necesidad para mi egoísmo. Los necesito para apoyarme en ustedes, para sentirme internamente rico, libre, aplaudido por tantas personas que me escuchan. Entonces los estoy usando, nos usamos el uno al otro. Es obvio, pues, que no hay relación alguna entre nosotros, porque ustedes son útiles para mí. Cuando los uso, ¿qué relación tengo con ustedes? Ninguna. Y, si hablo porque tengo una serie de ideas que deseo comunicarles, son las ideas las que adquieren mucha importancia; y no creo que las ideas puedan producir alguna vez un cambio radical, fundamental, una revolución en la vida. Las ideas jamás pueden ser nuevas, jamás pueden originar una transformación, una oleada creativa, porque las ideas son tan sólo la respuesta a un pasado continuo; pueden modificarse o alterarse, pero siguen perteneciendo al pasado. Si hablo porque quiero que ustedes cambien, o que acepten mi particular manera de pensar, o se conviertan en mis discípulos, entonces ustedes, como individuos, nada significan, ya que sólo me interesa transformarlos conforme a una opinión en particular. Entonces ustedes carecen de importancia; lo importante es el modelo según el cual quiero transformarlos.

Y bien, ¿por qué hablo? Si no es por ninguna de estas cosas, entonces, ¿por qué es? Responderemos a eso dentro de poco. Después, está la pregunta:

¿Por qué escuchan ustedes? ¿No es ésta igualmente importante? Tal vez más. Si escuchan para obtener algunas ideas nuevas o una nueva manera de considerar la vida, entonces se decepcionarán, porque no voy a darles nuevas ideas. Si escuchan para experimentar algo que, según piensan, yo he experimentado, entonces tan sólo están imitando, esperando capturar algo que creen que tengo. Por cierto, las cosas verdaderas de la vida no pueden ser experimentadas indirectamente, por intermedio de otro. O, debido a que se hallan en dificultades, a que tienen innumerables conflictos que les ocasionan aflicción, sufrimiento, vienen aquí para encontrar la manera de salirse de ellos. Me temo que no puedo ayudarlos. Todo cuanto puedo hacer es señalarles su propia dificultad, y entonces podremos discutirla juntos, pero son ustedes quienes tienen que ver.

Por lo tanto, es indispensable que ustedes mismos descubran por qué vienen aquí y escuchan. Ya que si tienen un propósito, una intención distinta de la mía, jamás nos encontraremos. En tal caso, no hay relación entre ustedes y yo, no hay comunión. Ustedes desean ir al Norte, y yo voy al Sur. Tan sólo nos cruzaremos en el camino. Pero ésa no es, evidentemente, la intención de estas reuniones. Lo que intentamos hacer es emprender un viaje juntos y experimentar juntos a medida que avanzamos; no es que yo les imparto una enseñanza y ustedes me escuchan, sino que estamos explorando juntos, si es posible, de modo que cada uno no sea sólo el maestro sino también el discípulo en el descubrimiento y la comprensión. Entonces no existe división alguna de lo superior y lo inferior, del instruido y el ignorante, del que se ha realizado y del que todavía se encuentra en el camino de la realización. Tales divisiones deforman, sin duda, la relación; y sin comprender la relación, es imposible comprender la realidad.

Les he dicho por qué hablo. Quizá piensen que los necesito a fin de descubrir. No es así, por cierto. Tengo algo que decir; pueden tomarlo o dejarlo. Y, si lo toman, no es que lo estén tomando de mí. Yo tan sólo actúo como un espejo en el que se ven a sí mismos. Quizá no les guste ese espejo y, por eso, lo descarten, pero cuando miren en el espejo, miren claramente, sin emotividad, sin empañarlo con sentimentalismo. Y es, sin duda, importante que descubran por qué vienen aquí y escuchan. Si es simplemente un entretenimiento para la tarde, si en vez de ir al cine vienen aquí, eso carece totalmente de valor. Si lo hacen tan sólo para argumentar, o para capturar nuevas series de ideas a fin de usarlas cuando diserten por ahí o escriban un libro o discutan, eso también carece de todo valor. Pero si vienen para descubrirse de veras a sí mismos en la relación con los demás, entonces eso es valioso, tiene significación, entonces esta reunión no será como muchas otras a las que asisten. Desde luego, estas reuniones están destinadas no a que ustedes me escuchen a mí, sino a que se vean reflejados en el espejo que intento describir. No tienen que aceptar lo que ven, eso sería tonto. Pero, si miran en el espejo desapasionadamente, tal como escucharían música, o como se sentarían debajo de un árbol a contemplar las sombras de un anochecer, sin condenar nada, sin ninguna clase de justifica-

ción —simplemente mirando en el espejo—, esa percepción misma de *lo que es* produce una cosa sumamente extraordinaria si no hay resistencia. Eso es, por cierto, lo que tratamos de hacer en todas estas pláticas. Así es como adviene la verdadera libertad, pero no mediante el esfuerzo. El esfuerzo jamás puede originar libertad; sólo puede producir sustitución, represión o sublimación, y ninguna de estas cosas es libertad. La libertad adviene únicamente cuando ya no nos esforzamos por llegar a ser alguna cosa. Entonces, actúa la verdad de *lo que es*, y esa acción es libertad.

Pregunta: ¿Hay alguna diferencia entre mi intención de escucharlo a usted, y la de ir de un instructor a otro?

KRISHNAMURTI: Es usted quien tiene que descubrirlo, ¿no es así? ¿Por qué va de un instructor a otro, de una organización a otra, de una creencia a otra? O ¿por qué está usted tan bloqueado por una creencia, cristiana o la que fuere? ¿Por qué? ¿Por qué hacemos esto? No sólo en Norteamérica, sino en todo el mundo, tiene lugar este terrible desasosiego, este deseo de "encontrar". ¿Por qué? ¿Piensa que buscando encontrará? Antes de que pueda buscar, debe contar con el instrumento de la búsqueda, ¿verdad? Debe ser *capaz* de buscar, no limitarse a emprender la búsqueda. Para tener esa capacidad de buscar, ha de comprenderse a sí mismo, es obvio. ¿Cómo puede buscar sin conocerse primero a sí mismo, sin saber qué está buscando, y qué es lo que en usted emprende la búsqueda? Los hindúes —yoguis, swamis, etc.— vienen aquí desde la India y ofrecen su mercadería, y ustedes van allá y predican y convierten. ¿Por qué? Éste sería un mundo dichoso si no hubiera ni maestros ni discípulos.

¿Qué es lo que en realidad buscamos? ¿Es que estamos aburridos de la vida, aburridos de un conjunto de ceremonias, de una serie de dogmas, de rituales eclesiásticos, y entonces recurrimos a otra cosa porque es algo nuevo, más excitante: palabras sánscritas, hombres barbudos, togas y demás? ¿Es ésa la razón? ¿O queremos hallar un refugio, un escape, en el budismo o en alguna otra creencia religiosa organizada? ¿O lo que buscamos es satisfacción? Es muy difícil discernir y darnos cuenta de lo que realmente buscamos. Variamos de un período a otro; cuando estamos aburridos, cansados, cuando nos sentimos desdichados, deseamos algo supremo, perdurable, final, absoluto. Sólo muy pocos son consecuentes en su búsqueda, mejor dicho, en su investigación. La mayoría de nosotros quiere distraerse. Si somos intelectuales, queremos una distracción intelectual, y así sucesivamente.

Entonces, ¿puede uno genuinamente, auténticamente, descubrir por sí mismo qué es lo que necesita? No lo que uno debería tener, o lo que piensa que debería tener, sino descubrir por uno mismo qué es lo que necesita internamente, qué es lo que busca de manera tan incesante. Y ¿puede uno descubrir cuando busca? Por cierto, encontraremos aquello que estamos buscando, pero cuando obtenemos lo que deseamos, esto pronto se marchita, se convierte en cenizas. En consecuencia, antes de ponernos a buscar, de obtener lo que desea-

mos, es indispensable descubrir quién es el buscador que busca, porque si el buscador no se comprende a sí mismo, lo que encuentre será tan sólo una ilusión autoproyectada. Y podrá vivir dichosamente en esa ilusión por el resto de su vida, pero eso no dejará de ser una ilusión.

Así que, antes de buscar, antes de ir de maestro en maestro, de organización en organización, de creencia en creencia, es fundamental descubrir quién es la persona que está buscando y qué es lo que busca; no limitarse a ir de tienda en tienda, esperando encontrar la camisa apropiada. Lo que tiene importancia primordial, pues, es conocernos a nosotros mismos, no salir y ponernos a buscar; eso no quiere decir que usted deba volverse un introvertido y eludir toda acción, lo cual es imposible. Podrá conocerse a sí mismo únicamente en la relación, no en el aislamiento. ¿Cuál es, entonces, la diferencia entre la intención que uno tiene al venir aquí y escuchar, y la de acudir a otro instructor? No hay ninguna diferencia si uno viene aquí tan sólo para obtener algo: pacificación, consuelo, ideas nuevas, o que lo persuadan para que ingrese en una organización o para que la abandone... y Dios sabe qué otras cosas.

Evidentemente, aquí no hay refugio, no hay ninguna organización. Aquí, ustedes y yo tratamos, si es posible, de ver exactamente *lo que es*, de vernos a nosotros mismos tal como somos. Y eso es sumamente difícil a causa de nuestra astucia; ya conocen ustedes todos los innumerables trucos que nos jugamos a nosotros mismos. Aquí, tratamos de desnudarnos internamente y de vernos, porque en esa desnudez del ser adviene la sabiduría, y esa sabiduría es la que trae consigo felicidad. Pero, si nuestra intención es encontrar consuelo, algo que nos oculte de nosotros mismos, que nos ofrezca un escape, entonces, obviamente, hay numerosas maneras de hacerlo: mediante la religión, la política, las diversiones, los conocimientos... ya conocen ustedes toda la gama. Y yo no veo cómo forma alguna de afición, de distracción, de escape —por placentera que sea y a la cual uno se acomoda tan ávidamente porque promete una recompensa al final—, puede originar ese conocimiento propio tan esencial, ya que es lo único capaz de darnos una paz creativa.

Pregunta: Nuestra mente conoce tan sólo lo conocido. ¿Qué es lo que en nosotros nos impulsa a encontrar lo desconocido, la realidad, Dios?

KRISHNAMURTI: El impulso de su mente, ¿es hacia lo desconocido? ¿Hay en nosotros un impulso por lo desconocido, por la realidad, por Dios? Reflexionen seriamente al respecto, por favor. Ésta no es una cuestión retórica, sino que intentaremos realmente descubrirlo. ¿Existe, en cada uno de nosotros, un impulso interno por encontrar lo desconocido? ¿Existe? ¿Cómo podemos encontrar lo desconocido? Si no lo conocemos, ¿cómo podemos encontrarlo? No hago de esto un juego de ingenio, así que, por favor, no lo desechen como tal. ¿Hay un impulso por la realidad? ¿O se trata tan sólo de un deseo por lo conocido, lo conocido ampliado? ¿Entienden lo que quiero decir? He conocido muchas cosas; no me han traído felicidad, satisfacción, alegría. De modo

que ahora deseo otra cosa que me dará mayor alegría, mayor felicidad, mayor vitalidad, mayor esperanza... lo que fuere. Y ¿puede lo conocido, que es mi mente —porque mi mente es lo conocido, el resultado de lo conocido, el producto del pasado—, buscar lo desconocido? Si no conozco la realidad, lo desconocido, ¿cómo puedo buscarlo? Ello debe venir a mí, es obvio. Yo no puedo ir tras ello. Si voy tras ello, estoy yendo tras algo que es lo conocido proyectado desde mí mismo.

Así, pues, nuestro problema no consiste en saber qué es lo que en nosotros nos impulsa a encontrar lo desconocido; eso está bastante claro: es nuestro propio deseo de sentirnos más seguros, más permanentes, más estables, más felices, de escapar del alboroto, de la pena, de la confusión. Ése es, por cierto, nuestro impulso. Y, cuando existe ese impulso, ustedes encontrarán un escape, un refugio maravilloso, en Buda, en Cristo, en consignas políticas, etc. Pero, desde luego, eso no es la realidad, no es lo incognoscible, lo desconocido. En consecuencia, el impulso por lo desconocido debe llegar a su fin, la búsqueda de lo desconocido debe terminar; eso implica que debemos comprender lo conocido acumulativo, que es la mente. La mente debe comprenderse a sí misma, puesto que es todo cuanto conoce. No es posible pensar acerca de algo que no conocemos, uno sólo puede pensar en lo que conoce.

Nuestra dificultad está en lograr que la mente no prosiga su curso dentro de lo conocido, y eso es posible sólo cuando la mente se comprende a sí misma y ve cómo todo su movimiento se proyecta desde el pasado, a través del presente, hacia el futuro. Es un movimiento continuo de lo conocido. ¿Puede ese movimiento llegar a su fin? Puede hacerlo sólo cuando comprendemos el mecanismo de nuestro propio proceso, cuando la mente se comprende a sí misma en su funcionamiento, en sus modalidades, propósitos, búsquedas, exigencias; no sólo las exigencias superficiales, sino los profundos impulsos y motivos internos. Ésta es una tarea bastante ardua; no es asistiendo a una reunión o a una conferencia, o leyendo un libro, que ustedes van a descubrir. Por el contrario, ello requiere un alerta constante, una constante percepción de cada movimiento del pensar, y no sólo cuando están despiertos, sino cuando duermen. Es indispensable que haya un proceso total, no sólo un proceso parcial, esporádico.

Además, la intención debe ser legítima. Es decir, debe cesar la superstición de que internamente todos deseamos lo desconocido. Es una ilusión pensar que todos buscamos a Dios; no lo buscamos. No tenemos que buscar la luz. Habrá luz cuando no haya oscuridad; no podemos dar con la luz por medio de la oscuridad. Todo cuanto podemos hacer es eliminar esas barreras que generan oscuridad, y el eliminarlas depende de nuestra intención. Si queremos eliminarlas con el fin de ver la luz, no estamos eliminando nada, sólo sustituimos la palabras *oscuridad* por la palabra *luz*. Incluso el mirar más allá de la oscuridad es escapar de la oscuridad.

Tenemos que considerar, pues, no lo que nos impulsa, sino por qué existe en nosotros tal confusión, tal desorden, tanta lucha y antagonismo, todas las

estúpidas cosas de nuestra existencia. Cuando ellas no existen, hay luz, no tenemos que buscarla. Cuando desaparece la estupidez, hay inteligencia. Pero el hombre estúpido que trata de volverse inteligente, sigue siendo estúpido. La estupidez jamás puede convertirse en sabiduría, es obvio; sólo cuando cesa la estupidez hay inteligencia, sabiduría. Pero aquél que es estúpido y trata de volverse inteligente, sabio, jamás podrá serlo. Para saber qué es la estupidez, uno debe investigarla, no superficialmente sino de manera plena, completa, profunda; debe examinar todas las diferentes capas de la estupidez. Y, cuando se termina esa estupidez, hay sabiduría.

Por consiguiente, es esencial descubrir, no si hay algo más, algo más grande que lo conocido, algo que nos impulsaría hacia lo desconocido, sino ver qué es lo que en nosotros genera confusión, o sea, las guerras, las diferencias de clase, el esnobismo, la persecución de la fama, la acumulación de conocimientos, los escapes por medio de la música, del arte, de múltiples maneras. Es importante, por cierto, ver estas cosas tal como son, y no engañarnos con respecto a nosotros mismos. Y, a partir de ahí, podemos proseguir. Entonces resulta relativamente fácil librarse de lo conocido. Cuando la mente está en silencio, cuando su deseo de algo ya no la proyecta hacia el futuro, hacia el mañana, cuando de veras está quieta, profundamente en paz, lo desconocido se revela por sí mismo. Usted no tiene que ir en su busca. No puede invitarlo. Sólo puede invitar aquello que usted conoce. Pero no puede conocer lo desconocido, Dios, la realidad, o como quiera llamarlo. Ello debe venir a usted, y puede venir únicamente cuando el campo está en correctas condiciones, cuando el suelo ha sido cultivado. Pero, si lo cultiva para que ello venga, entonces no lo tendrá.

Así, pues, nuestro problema no es buscar lo desconocido, sino comprender los procesos acumulativos de la mente, que está siempre con lo conocido. Y, como decíamos, es una tarea ardua; exige un estado constante de percepción alerta en el que no haya sentido alguno de distracción, de identificación, de condena; ello implica permanecer con *lo que es*. Sólo entonces la mente puede estar en silencio. Ninguna cantidad de meditación, de disciplina, puede hacer que la mente se aquiete en el verdadero sentido de la palabra. Sólo cuando la brisa se detiene, el lago se aquieta. De modo que nuestra tarea no consiste en perseguir lo incognoscible, sino en comprender la confusión, el desorden, la desdicha que reinan en nosotros mismos, y entonces ese algo se revela misteriosamente; y en ello hay júbilo, bienaventuranza.

23 de julio de 1949

CUARTA PLÁTICA EN EL ROBLEDAL

Quisiera considerar esta mañana qué es la simplicidad, la sencillez, y tal vez desde allí podamos llegar al descubrimiento de la sensibilidad. Pensamos,

al parecer, que la sencillez es tan sólo una expresión exterior, un apartarse de ciertas cosas: tener pocas posesiones, vestir un taparrabo, no tener casa, o tener pocas ropas, una cuenta bancaria pequeña... Eso, por cierto, no es sencillez. Es nada más que una exhibición exterior. Y, a mi entender, la sencillez es esencial, pero puede surgir sólo cuando empezamos a comprender el significado del conocimiento propio, el cual hemos considerado anteriormente y seguiremos discutiendo aquí hasta fines de agosto.

La sencillez no es el mero ajuste a un modelo. Requiere mucha inteligencia ser sencillo, simple, y no tan sólo adaptarse a un determinado modelo, por meritorio que éste pueda ser en su aspecto externo. Desafortunadamente, la mayoría de nosotros empieza por ser simple en lo externo, en las cosas exteriores. Es comparativamente fácil tener pocas cosas y satisfacerse con ellas, estar contentos con poco, y tal vez hasta compartir ese poco con otros. Pero una mera expresión externa de simplicidad en las cosas, en las posesiones, no implica, ciertamente, la simplicidad de nuestro ser interno. Porque, tal como es el mundo en la actualidad, más y más cosas se precipitan sobre nosotros desde lo externo. La vida se está volviendo cada vez más compleja. Y, para escapar de eso, tratamos de desapegarnos de las cosas o de renunciar a ellas: a los automóviles, a las casas, a las organizaciones, a los cines, a las innumerables circunstancias que se imponen sobre nosotros. Pensamos que, al apartarnos de ellas, seremos sencillos. Muchísimos santos, maestros, han renunciado al mundo, y me parece que semejante renunciación por parte de alguno de nosotros, no resuelve el problema. La sencillez verdadera, fundamental, sólo puede surgir internamente y, a partir de allí, hay una expresión externa. El problema es, por lo tanto, cómo ser sencillo, porque esa sencillez nos torna más y más sensibles. Una mente sensible, un corazón sensible, son esenciales, porque entonces nuestra percepción y nuestra capacidad receptiva son rápidas y penetrantes.

Así, pues, uno puede ser internamente simple sólo si comprende los innumerables obstáculos, apegos y temores que lo aprisionan. Pero a casi todos nos agrada estar aprisionados, ya sea por personas, posesiones o ideas. Nos gusta ser prisioneros. Aunque exteriormente parezcamos muy sencillos, en lo interno somos prisioneros; prisioneros de nuestros deseos, anhelos, ideales, de nuestras innumerables motivaciones. Y no podemos dar con la sencillez a menos que seamos internamente libres. En consecuencia, la sencillez debe empezar por lo interno, no por lo externo.

Ayer en la tarde estuvimos considerando la libertad respecto de las creencias. Hay, por cierto, una libertad extraordinaria cuando uno comprende todo el proceso de la creencia, la razón de que la mente se apegue a una creencia. Y, cuando nos liberamos de las creencias, hay sencillez. Pero esa sencillez requiere inteligencia, y para ser inteligentes debemos darnos cuenta de nuestros propios obstáculos. Y eso implica estar constantemente alerta, sin establecernos en determinada rutina, en algún patrón particular de pensamiento o acción. Porque, después de todo, lo que uno es internamente, afecta de hecho lo externo. La sociedad, o cualquier forma de acción, es la proyección de noso-

tros mismos, y si no nos transformamos internamente, la mera legislación significa muy poco para lo externo; puede originar ciertas reformas, ciertos ajustes, pero lo que somos internamente se impone siempre sobre lo externo. Si uno es internamente codicioso, ambicioso, si persigue ciertos ideales, esa complejidad interna trastorna, desbarata finalmente a la sociedad, por cuidadosamente planeada que ésta pueda estar.

No hay duda, pues, de que uno debe empezar por lo interno, pero no exclusivamente, no rechazando lo externo. Se llega a lo interno comprendiendo lo externo, descubriendo cómo el conflicto, la lucha, el dolor, existen exteriormente. Y, a medida que uno lo investiga más y más, penetra naturalmente en los estados psicológicos que dan origen a los conflictos e infortunios exteriores. La expresión externa es tan sólo una indicación de nuestro estado interno, pero para comprender el estado interno, uno debe abordarlo a través de lo externo. Y, al comprender lo interno —no de manera excluyente, no rechazando lo externo, sino comprendiendo lo externo y, de ese modo, dando con lo interno—, encontraremos que, a medida que proseguimos investigando las complejidades internas de nuestro ser, nos tornamos cada vez más sensibles, más libres.

Esta sencillez interna es la que resulta tan esencial. Porque en ella se origina la sensibilidad. Una mente que no es sensible, alerta, perceptiva, es incapaz de receptividad alguna, no puede generar ninguna acción creativa. Por eso dije que el amoldamiento a un patrón de sencillez, como recurso para volvernos sencillos, lo que en realidad hace es que la mente y el corazón se emboten y se vuelvan insensibles. Cualquier forma de coacción autoritaria impuesta por el gobierno, por uno mismo, por el ideal de realización personal, etc., cualquier forma de amoldamiento debe contribuir, por fuerza, a la insensibilidad, a que no seamos internamente sencillos. Exteriormente, uno puede amoldarse y dar la apariencia de sencillez, como hacen muchas personas religiosas. Practican diversas disciplinas, ingresan en tal o cual organización, meditan de una manera particular, etc., dando con todo eso una apariencia de sencillez. Pero un amoldamiento semejante no contribuye a la sencillez. La coacción, de cualquier clase que sea, jamás puede conducirnos a la sencillez. Por el contrario, cuanto más reprimimos, sustituimos, sublimamos, tanto menos sencillez hay; pero, cuanto más comprendemos el proceso de sublimación, represión, sustitución, más grande es la posibilidad de ser sencillos.

Nuestros problemas, sociales, ambientales, políticos, religiosos, son tan complejos que podemos resolverlos únicamente siendo sencillos, no volviéndonos extraordinariamente eruditos e ingeniosos. Porque una persona sencilla, simple, puede ver de manera mucho más directa, puede experimentar más directamente que una persona compleja. Y, nuestras mentes se hallan tan atestadas con un conocimiento infinito de datos acerca de lo que otros han dicho, que nos hemos vuelto incapaces de ser simples y tener una experiencia directa de nosotros mismos. Estos problemas exigen que los abordemos de un modo nuevo, y esto es posible sólo cuando somos sencillos, verdaderamente senci-

llos en lo interno. Esa sencillez surge tan sólo por obra del conocimiento propio, de comprendernos a nosotros mismos: las modalidades y movimientos de nuestro pensar y sentir, nuestras respuestas a los retos, el modo como, debido al miedo, nos amoldamos a la opinión pública, a lo que dicen los demás, a lo que han dicho Buda, Cristo y los grandes santos, todo lo cual denota nuestra naturaleza propensa a amoldarse, a estar a salvo, segura. Y, cuando uno busca la seguridad, se halla en estado de temor, es obvio; por lo tanto, no hay sencillez.

Sin ser sencillo, uno no puede ser sensible a los árboles, a los pájaros, a las montañas, al viento, a todas las cosas que ocurren alrededor de nosotros en el mundo. Y, si no somos sencillos, no podemos ser sensibles a las insinuaciones que provienen de lo interno. Casi todos vivimos muy superficialmente, en el nivel más externo de nuestra conciencia; allí tratamos de ser reflexivos o inteligentes, lo cual es sinónimo de ser religiosos; allí tratamos de hacer, mediante la coacción, mediante la disciplina, que nuestras mentes sean sencillas. Pero eso no es sencillez. Cuando forzamos a la mente superficial para que sea sencilla, esa coacción no hace sino endurecerla, no la torna flexible, clara, rápida. Ser sencillos en el proceso íntegro, total de nuestra conciencia es sumamente difícil. Porque, para investigar el proceso de nuestro ser, no tiene que haber ninguna reserva interna sino un deseo vehemente de descubrir, lo cual implica estar despiertos para cada insinuación, para cada sugerencia de lo profundo, estar alerta a nuestros temores, a nuestras esperanzas, e investigarlo todo y liberarnos de ello más y más y más. Sólo entonces, cuando la mente y el corazón son de veras sencillos, simples, somos capaces de resolver los múltiples problemas a que estamos enfrentados.

El conocimiento no va a resolver nuestros problemas. Ustedes pueden conocer, por ejemplo, que la reencarnación existe, que hay una continuidad después de la muerte. Pueden conocerlo —no digo que lo hagan— o pueden estar convencidos de ello. Pero eso no resuelve el problema. La muerte no puede ser indefinidamente postergada por obra de la teoría o de la información o de la convicción que tengan. Es mucho más misteriosa, más profunda, más creativa que eso.

Uno debe tener, pues, la capacidad de investigar todas estas cosas de nuevo, porque sólo mediante la experiencia directa serán resueltos nuestros problemas; y para experimentar directamente es necesario que haya sencillez, lo cual implica que debe haber sensibilidad. Una mente se embota por el peso del conocimiento; se embota por obra del pasado y del futuro. Sólo la que es capaz de ajustarse al presente de instante en instante, puede hacer frente a las poderosas influencias y presiones que nos impone constantemente el medio en que vivimos.

Así, pues, una persona religiosa no es, en realidad, la que viste una túnica, o un taparrabo, o vive con una comida al día, o la que ha tomado innumerables votos para ser esto y no ser aquello; es religiosa la persona internamente sencilla, la que no pretende llegar a ser cosa alguna. Una mente así es capaz de una receptividad extraordinaria, ya que no hay barreras, no hay miedo, no hay

un dirigirse hacia algo determinado; en consecuencia, es capaz de recibir la gracia, la verdad, de recibir a Dios o como quieran llamarlo. Pero una mente que va en persecución de la realidad no es una mente sencilla. Una mente que busca, escoge, que anda a tientas, una mente agitada, no es sencilla. Una mente que se adapta a algún patrón de autoridad, interna o externa, no puede ser sensible. Y sólo cuando una mente es de veras sensible, alerta, cuando se da cuenta de sus propias actividades, de sus respuestas, de sus pensamientos, cuando ya no está deviniendo, cuando no se amolda para ser esto o aquello, sólo entonces es capaz de recibir la verdad. Únicamente así puede haber felicidad, porque la felicidad no es un objetivo, es la consecuencia de la realidad.

Y, cuando la mente y el corazón se hayan tornado sencillos y, por lo tanto, sensibles —no mediante forma alguna de coacción, dirección o imposición—, comprobaremos que nuestros problemas pueden ser abordados muy simplemente. Por complejos que sean, seremos capaces de verlos y encararlos de una manera nueva, diferente. Y eso es lo que se necesita en la actualidad, ¿no es así?, personas capaces de hacer frente a esta confusión externa, a este desorden, a este antagonismo, de un modo creativo, simple; no con teorías, fórmulas, ya sean de la izquierda o de la derecha. Y, si no somos sencillos, no podremos encarar todo eso de un modo nuevo.

Ahora bien, un problema puede ser resuelto sólo cuando lo abordamos de ese modo. Pero no podemos hacerlo si pensamos en función de ciertos patrones de pensamiento, religiosos, políticos o de otra clase. Y, para estar libres de todas estas cosas, debemos ser sencillos. Por eso es importante estar alerta, tener la capacidad de comprender el proceso de nuestro propio pensar, conocernos totalmente a nosotros mismos; y de ello adviene una sencillez, una humildad, que no es una virtud adquirida ni es el resultado de una práctica. La humildad adquirida deja de ser humildad. Una mente que se vuelve deliberadamente humilde, ya no es más una mente humilde. Y sólo cuando hay humildad, no una humildad cultivada, puede uno afrontar las cosas tan apremiantes de la vida, porque entonces "uno" no es importante, no mira a través de sus propias urgencias y de su sentido de importancia; considera el problema en sí y, de tal modo, es capaz de resolverlo.

Pregunta: He sido miembro de diversas organizaciones religiosas, pero usted las ha destruido todas. Estoy completamente hastiado, y trabajo porque el hambre me obliga a hacerlo. Me es difícil levantarme a la mañana y no tengo ningún interés en la vida. Me doy cuenta de que simplemente existo de día en día, sin sentido alguno de valor humano, y no puedo experimentar ni una pizca de entusiasmo por nada. Tengo miedo de cometer suicidio. ¿Qué diantres debo hacer? (Risas).

KRISHNAMURTI: Aunque se rían, ¿no estamos casi todos en esa situación? Ya sea que sigan perteneciendo a muchas organizaciones —religiosas, políticas o de otra clase— o que hayan renunciado a todas ellas, ¿no experi-

mentan, acaso, la misma desesperación interna? Pueden acudir al psicoanalista o a la confesión y así tranquilizarse por un tiempo, pero ¿no existe en ustedes el mismo dolor de la soledad, un sentimiento de pérdida, una desesperación inacabable? El hecho de ingresar en organizaciones, de entregarse a distintas formas de diversión, de aficionarse al conocimiento, de practicar rituales cotidianos y demás, nos permite escapar de nosotros mismos, pero cuando esas cosas han cesado, cuando han sido inteligentemente desechadas y no reemplazadas por otras formas de escape, uno llega a esto, ¿no es verdad? Pueden haber leído muchos libros, pueden estar rodeados por la familia, por los hijos, por riquezas: un auto nuevo cada año, la más reciente literatura, el fonógrafo más novedoso, y todas esas cosas. Pero, cuando descartan inteligentemente la distracción, tienen que enfrentarse inevitablemente con este sentimiento, el sentimiento de frustración interna, de irremediable e inacabable desesperación. Tal vez la mayoría no es consciente de ese sentimiento o, si lo es, escapa de él. Pero está ahí. Entonces, ¿qué hemos de hacer?

Ante todo, me parece que es muy difícil llegar a una situación interna así, a estar tan alerta que seamos capaces de enfrentarnos directamente con esa cosa. Muy pocos tenemos la capacidad de afrontar eso directamente, tal como es, porque resulta sumamente doloroso, y cuando sí lo afrontamos, estamos tan ansiosos por salir de ello, que podríamos hacer cualquier cosa, incluso cometer suicidio, o escapar lejos hacia alguna ilusión, alguna distracción. De modo que la primera dificultad radica en estar plenamente conscientes de que nos enfrentamos con eso. Desde luego, uno debe sentirse desesperado por encontrar algo. Cuando ha intentado todo cuanto está a su alcance, cuando ha probado todas las puertas a través de las cuales poder escapar y ninguna de ellas le ofrece un escape, tiene que llegar por fuerza a este punto.

Ahora bien, si usted se encuentra en este punto, realmente, de hecho —no imaginariamente, no deseando estar allí a fin de hacer otra cosa—, si de veras se enfrenta con eso, entonces podemos proseguir y discutir qué se puede hacer. Entonces vale la pena proseguir. Si ha dejado de sustituir un escape por otro, de abandonar una organización para ingresar en otra diferente, de perseguir una cosa tras otra... si todo eso se ha terminado —y a la larga *debe* terminar para toda persona inteligente—, entonces, ¿qué? Si usted se encuentra en esa situación, ¿cuál es la próxima respuesta? Cuando ya no escapa más, cuando ya no busca una salida, una manera de eludir eso, ¿qué ocurre? Si observa verá que, a causa del temor que ello nos ocasiona, o porque deseamos entenderlo, le damos un nombre. ¿No es así? Decimos: "Me siento solo, estoy desesperado, me pasa esto, quiero entenderlo". Es decir, al darle un nombre, establecemos cierta relación entre nosotros y esa cosa que llamamos soledad, vacío.

Espero que comprendan de qué estoy hablando. Al verbalizar nuestra relación con eso, le damos un significado tanto neurológico como psicológico. Pero, si no lo nombramos, si tan sólo lo miramos, si lo consideramos, entonces estableceremos con ello una relación diferente; entonces eso no se encuentra lejos de nosotros, *somos* eso. Decimos, por ejemplo: "Eso me da miedo". El

miedo existe sólo en relación con algo; ese algo surge cuando lo reprimimos, cuando le damos un nombre, como el decir que "nos sentimos solos". Debido a eso, existe el sentimiento de que uno y esa soledad son dos cosas separadas. Pero ¿es así? Uno, el observador, está observando el hecho, y lo llama "sentirse solo". El observador, ¿es diferente de aquello que él observa? Lo es sólo mientras le da un nombre; pero si no lo nombra, el observador es lo observado. El nombrar, el calificar actúa tan sólo para dividir, y entonces surge la batalla con aquello que nombramos. Pero, si no hay división, si hay integración entre el observador y lo observado, la cual existe sólo si no nombramos —pueden intentarlo y lo verán—, entonces desaparece por completo el sentimiento de miedo. El miedo es lo que nos impide mirar el hecho cuando decimos que nos sentimos vacíos, que somos esto, que somos aquello, que estamos desesperados. Y el miedo existe únicamente como memoria, la cual surge cuando nombramos; pero, cuando somos capaces de mirar algo sin nombrarlo, entonces esa cosa somos nosotros mismos.

Así, pues, cuando usted llega a ese punto, cuando ya no nombra más la cosa que le causa miedo, usted *es* esa cosa. Cuando es esa cosa, no hay problema, ¿verdad? El problema aparece sólo cuando usted no quiere ser esa cosa, o cuando quiere hacer que esa cosa sea diferente de lo que es. Pero, si usted es eso, entonces el observador es lo observado, son un fenómeno conjunto, no son fenómenos separados; en tal caso no hay problema, ¿verdad?

Por favor, experimente con esto y verá cuán rápidamente se resuelve y trasciende esa cosa, y cómo tiene lugar algo diferente. Nuestra dificultad consiste en llegar a ese punto en que podemos mirar la cosa sin miedo; y el miedo surge sólo cuando comenzamos a reconocerla dándole un nombre, cuando queremos hacer algo al respecto. Pero, cuando el observador ve que no es diferente de la cosa que llama "vacío", "desesperación", entonces la palabra ya nada significa. La palabra ha cesado de existir; eso ya no es más "desesperación". Cuando eliminamos la palabra con todas sus implicaciones, no hay sentimiento de miedo o desesperación. Entonces, si proseguimos más allá, cuando no hay miedo ni desesperación, cuando la palabra ya ha dejado de ser importante, hay una liberación tremenda, hay libertad; y en esa libertad existe el ser creativo que da un sentido nuevo a la vida.

Para expresarlo de una manera diferente: nosotros abordamos este problema de la desesperación, a través de los canales acostumbrados. Es decir, traemos nuestros recuerdos del pasado para traducir ese problema; y el pensamiento, que es el resultado de la memoria, que se basa en el pasado, jamás puede resolver ese problema, porque es un problema nuevo. Cada problema es un problema nuevo, y cuando lo abordamos con la carga del pasado, el problema no puede resolverse. No podemos abordarlo a través de la pantalla de las palabras, que es el proceso del pensar; pero cuando la verbalización se detiene —la abandonamos porque comprendemos todo el proceso que ella implica—, somos capaces de enfrentarnos al problema de una manera nueva; entonces el problema no es lo que uno piensa que es.

Y bien, al final de todo esto usted podrá decir: "¿Qué he de hacer? Aquí estoy, debatiéndome en la desesperación, en la confusión, en el dolor; usted no me ha dado un método que pueda seguir para liberarme". Pero, si ha comprendido lo que he dicho, la llave está ahí, sin ninguna duda; y, si es capaz de usarla, es una llave que abre mucho más de lo que usted imagina. Puede ver, entonces, cómo las palabras juegan un papel extraordinariamente importante en nuestras vidas; palabras tales como Dios, nación, líder político, comunismo, catolicismo... palabras, palabras, palabras. ¡Qué significado extraordinario tienen en nuestra vida! Y estas palabras son las que nos impiden comprender de un modo nuevo nuestros problemas. Ser verdaderamente sencillos es no estar obstruidos por todas estas impresiones, por las palabras y su significado, y abordar el problema de una manera nueva. Y, les aseguro, pueden hacerlo; si lo hacen, verán que es bastante entretenido, porque revela muchísimo. Y yo siento que es el único modo de habérnoslas con cualquier problema fundamental. Si el problema es muy profundo, deben abordarlo profundamente, no en el nivel superficial. Y este problema de la desesperación, de la soledad, con el cual casi todos estamos, en cierto modo, familiarizados, no es una cosa que pueda ser disuelta escapando meramente de ella hacia alguna clase de distracción o culto. Está siempre ahí hasta que somos capaces de habérnoslas con ella y de experimentarla directamente, sin ninguna verbalización, sin pantalla alguna entre nosotros y ella.

Pregunta: ¿Qué puede usted decirle a una persona que, en momentos de serenidad, ve la verdad de lo que usted sostiene, que anhela mantenerse despierta, pero que se descubre repetidamente perdida en un mar de impulsos y deseos triviales?

KRISHNAMURTI: Esto es lo que le ocurre a la mayoría de nosotros, ¿no es así? Por momentos estamos despiertos; en otros momentos estamos dormidos. Por momentos vemos todas las cosas con claridad, vemos su significación; en otros momentos, todo es confuso, oscuro, brumoso. A veces hay extraordinarios niveles de júbilo, sin relación alguna con cualquier clase de acción; en otros momentos, luchamos por ello. Entonces, ¿qué es lo que hemos de hacer? ¿Debemos memorizar, mantenernos despiertos para esas cosas de las que hemos captado una vislumbre, y aferrarnos inflexiblemente a ellas? ¿O deberíamos tratar con los pequeños deseos e impulsos, con las cosas oscuras de nuestra vida, a medida que surgen de instante en instante? Sé que la mayoría de nosotros prefiere aferrarse a ese júbilo; hacemos un esfuerzo, nos disciplinamos para resistir, para superar las pequeñas cosas, y tratamos de mantener los ojos fijos en el horizonte. Eso es lo que desea la mayoría de nosotros, ¿no es así? Porque eso es muchísimo más fácil; al menos, pensamos que lo es. Preferimos acudir a una experiencia pasada que nos ha producido gran deleite, júbilo, y aferrarnos a ella, como hacen algunas personas ancianas que recurren a los recuerdos de su juventud, o como otras personas que recurren al

futuro, a la próxima vida, a alguna grandeza que van a alcanzar la próxima vez, mañana, o de aquí a cien años. Es decir, están los que sacrifican el presente al pasado, enriqueciendo el pasado; y están los que enriquecen el futuro. Unos y otros son la misma cosa. Emplean conjuntos diferentes de palabras, pero es el mismo fenómeno el que tiene lugar.

Y bien, ¿qué hemos de hacer? Ante todo, averigüemos por qué queremos aferrarnos a una experiencia agradable o evitar algo que no es agradable. ¿Por qué pasamos por este proceso de mantenernos asidos a algo que nos ha brindado un gran placer, física o psicológicamente? ¿*Por qué* lo hacemos? ¿Por qué tiene una importancia mucho mayor una experiencia que ya ha pasado? ¿Acaso no es porque sentimos que, sin esa experiencia extraordinaria, no hay nada en el presente? El presente es un terrible fastidio, una molestia; por lo tanto, ¡pensemos en el pasado! O, el presente es tedioso, incómodo, irritante; en consecuencia, al menos seamos algo en el futuro: un Buda, un Cristo, o Dios sabe qué.

Así, pues, el pasado y el futuro se vuelven útiles o placenteros sólo cuando no comprendemos el presente. Contra el presente nos disciplinamos, al presente lo resistimos. Porque, si nos quitan el pasado, todas nuestras experiencias, nuestro conocimiento, nuestras acumulaciones, nuestros enriquecimientos psicológicos, ¿qué somos sin eso? Con el pasado, nos enfrentamos al presente. O sea, jamás nos estamos enfrentando al presente; tan sólo eclipsamos el presente por medio del pasado o del futuro. Y nos disciplinamos para comprender el presente. Decimos: "No debo pensar en el pasado; no debo pensar en el futuro; voy a concentrarme en el presente". Ustedes ven lo falso, lo absurdo, lo infantil que es pensar en uno mismo como alguna entidad maravillosa en el mañana o en el pasado, y dicen: "Debo comprenderlo". ¿Pueden comprender algo mediante la disciplina, mediante la coacción? Pueden obligar a un chico a que se tranquiliza exteriormente disciplinándolo, pero internamente él sigue hirviendo, ¿verdad? De igual manera, cuando nos forzamos a comprender, ¿hay comprensión alguna? Pero, si podemos ver la verdadera futilidad, el significado real de nuestro apego al pasado o de nuestro deseo de llegar a ser algo en el futuro, si de veras comprendemos eso, tal comprensión genera la sensibilidad mental que nos permite encarar el presente.

Nuestra dificultad no está, pues, en comprender el presente. Nuestra dificultad es nuestro apego al pasado o al futuro, por lo cual debemos investigar por qué nos apegamos. ¿Por qué el pasado es tan importante para las personas ancianas, como el futuro lo es para otras? ¿Por qué nos apegamos al pasado? Porque pensamos, ¿no es así?, que las experiencias nos han enriquecido; por eso el pasado significa tanto para nosotros. Cuando uno era joven, captaba una luz en la oscuridad del mar, una vislumbre de algo; había una frescura que ahora se ha desvanecido. Pero al menos uno puede recordar ese centelleo, ese brío extraordinario, ese sentimiento de "lo otro", que experimentaba en la juventud. Por eso, vuelve atrás y vive ahí. O sea, vive en una experiencia muerta. Eso se terminó, está muerto, ha desaparecido; no obstante, uno le da vida pen-

sando en ello, viviendo en ello. Pero es algo muerto. Por lo tanto, cuando uno hace eso, también está muerto en el presente —como tantos lo están—. En otras palabras, uno teme ser nada en el presente, ser sencillo, sensible al presente; por eso desea enriquecerse con las experiencias de ayer. ¿Es enriquecimiento eso? ¿Son enriquecedoras las experiencias de ayer? Por cierto, las conservamos en la memoria. ¿Es enriquecedora la memoria? ¿O tan sólo consiste en palabras con muy poco contenido? Desde luego, esto pueden verlo por sí mismos si lo experimentan. Cuando recurrimos al pasado para enriquecernos, estamos viviendo a base de palabras. Damos vida al pasado, el cual carece de vida propia; sólo adquiere vida en relación con el presente. Y cuando el presente es desagradable, revivimos el pasado, y eso no es enriquecimiento. Cuando tenemos conciencia de que somos ricos, no hay duda de que somos pobres. El estar conscientes de nosotros mismos como siendo alguna cosa, es obvio que niega aquello que somos. Si estamos conscientes de que somos virtuosos, ya no somos más virtuosos; si estamos conscientes de ser felices, ¿dónde está la felicidad? La felicidad adviene únicamente cuando nos olvidamos de nosotros mismos, cuando no existe el sentido de importancia del "yo". Pero el "yo" se vuelve importante cuando adquieren suma importancia el pasado o el futuro. Así, pues, el mero disciplinarnos para ser alguna cosa, jamás puede originar ese estado en el que no existe conciencia de uno mismo como "yo".

Pregunta: A mí nada me interesa, pero la mayoría de la gente está ocupada en muchos intereses. Yo no tengo que trabajar, así que no lo hago. ¿Debería emprender alguna tarea útil?

KRISHNAMURTI: Convertirse en un trabajador social o en un activista político o religioso, ¿de eso se trata? Debido a que no tiene otra cosa que hacer, ¡se convierte en un reformador! (*Risas*). Señor, si no tiene nada que hacer, si está aburrido, ¿por qué no estar aburrido? ¿Por qué no ser eso? Si siente tristeza, esté triste. No trate de encontrar una salida a la tristeza. Porque el hecho de que esté aburrido tiene una significación inmensa si usted puede comprenderlo, vivir con ello. Pero si dice: "Estoy aburrido; por lo tanto, haré alguna otra cosa", tan sólo está escapando del aburrimiento. Y, como la mayoría de nuestras actividades son escapes, usted hace mucho más daño socialmente y en cualquier otra forma. El daño es mucho mayor cuando uno escapa que cuando uno es lo que es y permanece con ello. La dificultad radica, precisamente, en cómo permanecer con ello y no escapar; y como nuestras actividades son, en su mayoría, un proceso de escape, es inmensamente difícil para nosotros dejar de escapar y enfrentarnos al hecho. De modo que me alegra si usted está realmente aburrido, y digo: Deténgase, permanezcamos ahí, mirémoslo. ¿Por qué debería usted hacer algo? ¿Cómo sabe que en ese estado, cuando escapa, no causa mucho más daño a la gente? Escapa hacia algo que es una ilusión, y cuando penetra en una ilusión y propaga esa ilusión, está causando mucho más perjuicio que si permanece simplemente aburrido. Señor, si está aburrido

y permanece así, ¿qué puede hacer? Esta persona dice que tiene suficiente dinero para vivir, de modo que por ahora no tiene ese problema.

Si usted está aburrido, ¿por qué lo está? ¿Qué es la cosa llamada aburrimiento? ¿Por qué no se interesa usted en nada? Debe haber razones y causas que lo han embotado: sufrimientos, escapes, creencias, una actividad incesante han insensibilizado la mente y tornado poco dúctil el corazón. Descubrir cuáles son esas causas no es analizar. Ése es un problema por completo diferente que consideraremos en otra ocasión. Pero, si usted pudiera descubrir por qué está aburrido, por qué le falta interés, es indudable que sería capaz de resolver el problema, ¿no es así? Entonces se despertaría el interés. Pero, si no se interesa en la causa de su aburrimiento, no puede forzar en usted el interés por una actividad limitándose a hacer alguna cosa —como una ardilla que reconoce el interior de la jaula—. Sé que ésta es la clase de actividad en que se complace la mayoría de nosotros. Pero podemos descubrir internamente, psicológicamente, por qué vivimos en este estado de completo aburrimiento; podemos ver por qué casi todos nos hallamos en este estado: nos hemos agotado emocional y mentalmente, hemos probado tantas cosas, tantas sensaciones, tantas diversiones, tantos experimentos, que hemos terminado por insensibilizarnos, por quedar exhaustos. Nos afiliamos a un grupo, hacemos todo lo que se nos requiere, y lo abandonamos; después recurrimos a otra cosa y probamos eso. Si fracasamos con un psicólogo, acudimos a algún otro, o al sacerdote; si eso falla, recurrimos a otro maestro, y así sucesivamente; siempre estamos yendo de una cosa a otra. Este proceso de constante tira y afloja es agotador, ¿verdad? Como todas las sensaciones, pronto embota la mente.

Eso es, entonces, lo que hemos hecho: hemos ido de sensación en sensación, de excitación en excitación, hasta que llegamos a un punto en el que estamos realmente exhaustos. Ahora bien, cuando usted se da cuenta de eso, no vaya más allá, tómese un descanso. Quédese quieto. Deje que la mente recupere energías por sí misma, no la fuerce. Tal como el suelo se renueva a sí mismo durante la época invernal, de igual modo, cuando permitimos que la mente permanezca quieta, ésta se renueva a sí misma. Pero es muy difícil permitir a la mente que permanezca quieta, dejarla en barbecho después de todo esto, porque la mente desea hacer algo todo el tiempo. Y cuando uno llega a ese punto donde se permite a sí mismo ser realmente como es —aburrido, feo, horrible, o lo que fuere—, entonces hay una posibilidad de habérselas con ello.

¿Qué sucede cuando aceptamos algo, cuando aceptamos lo que somos? Cuando uno acepta que es lo que es, ¿dónde está el problema? Existe un problema sólo cuando no aceptamos una cosa tal como es y deseamos transformarla —lo cual no quiere decir que yo esté abogando por contentarnos con eso, al contrario—. Así, pues, si aceptamos lo que somos, vemos que la cosa que nos causaba temor, eso que llamábamos aburrimiento, o desesperación, o miedo, ha experimentado un cambio completo. Hay una transformación total de aquello que nos atemorizaba.

Por eso es indispensable, como dije, comprender el proceso, las modali-

dades de nuestro propio pensar. El conocimiento de uno mismo no puede ser adquirido por intermedio de nadie, de ningún libro, de ninguna confesión, de ningún psicólogo o psicoanalista. Usted mismo tiene que dar con él, porque se trata de su vida, y sin la ampliación y profundización de ese conocimiento acerca de uno mismo, cualquier cosa que hagamos, cualquier circunstancia o influencia externa o interna que modifiquemos, habrá siempre un terreno donde se criarán la desesperación, la pena, el dolor. Para ir más allá de las actividades autolimitadoras de la mente, usted debe comprenderlas; y comprenderlas es estar atento a cómo actúa uno en la relación, en la relación con las cosas, las personas y las ideas. En esa relación, que es el espejo, comenzamos a vernos a nosotros mismos sin justificación ni condena alguna, y desde ese conocimiento, cada vez más amplio y profundo, acerca de las modalidades de nuestra propia mente, podemos proseguir más allá; entonces es posible para la mente estar quieta y recibir aquello que es real.

24 de julio de 1949

QUINTA PLÁTICA EN EL ROBLEDAL

Durante las últimas cuatro pláticas o discusiones, hemos estado considerando la cuestión del conocimiento propio. Porque, como dijimos, sin tener conciencia de nuestro propio proceso de pensamiento y sentimiento, no es posible actuar o pensar rectamente. Por lo tanto, el propósito esencial de estas asambleas o discusiones o reuniones es ver por nosotros mismos, experimentar de manera directa el proceso de nuestro propio pensar y tener una percepción integral de él. La mayoría de nosotros lo percibe superficialmente, en el nivel exterior o superficial de la conciencia, pero no como un proceso total. Este proceso total, y no el parcial, es el que origina libertad, comprensión. Algunos de nosotros quizá nos conozcamos parcialmente, al menos pensamos que nos conocemos un poco, pero ese poco no basta, porque si uno se conoce ligeramente, eso actúa como un obstáculo antes que como una ayuda. Y sólo cuando nos conocemos a nosotros mismos como un proceso total —fisiológica y psicológicamente, tanto las capas más profundas, inconscientes, ocultas, como las capas superficiales—, sólo entonces somos capaces de habérnoslas con los problemas que inevitablemente surgen, abordándolos no parcialmente sino como una totalidad.

Ahora bien, tal aptitud para habérnoslas con el proceso total es lo que me gustaría discutir esta tarde, y también si es cuestión de cultivar una determinada capacidad, lo cual implica cierta clase de especialización. Uno se pregunta si la comprensión, la felicidad, la realización de algo que está más allá de las sensaciones físicas, advienen por obra de alguna especialización. Porque la capacidad implica especialización. En un mundo de especialización en per-

manente aumento, dependemos de los especialistas. Si alguna cosa anda mal en el automóvil, recurrimos al mecánico; si algo anda mal físicamente, acudimos al médico. Cuando hay un desajuste psicológico, corremos a ver —si tenemos el dinero y los medios— a un psicólogo, o bien al sacerdote, etc. Es decir, en nuestros fracasos y desdichas recurrimos al especialista en busca de ayuda.

Ahora bien, la comprensión de nosotros mismos, ¿requiere especialización? El especialista sólo conoce su especialidad, cualquiera que sea el nivel. Y ¿requiere especialización el conocimiento propio? No lo creo, al contrario. La especialización implica una limitación de lo total, ¿no es así?, una reducción del proceso total de nuestro ser a un punto en particular, para especializarnos en ese punto. Puesto que debemos comprendernos a nosotros mismos como un proceso total, no podemos especializarnos, ya que la especialización implica exclusión, mientras que el conocernos no requiere ninguna clase de exclusión. Por el contrario, exige una percepción completa de nosotros mismos como un proceso integral; por eso, la especialización es un obstáculo.

Al fin y al cabo, ¿qué es lo que debemos hacer? Conocernos a nosotros mismos, lo cual implica conocer nuestra relación con el mundo, no sólo con el mundo de las ideas y de las personas, sino también con la naturaleza, con las cosas que poseemos. Eso es nuestra vida, siendo la vida relación con lo total. Para comprender esa relación, ¿es preciso especializarse? Obviamente, no. Lo que se requiere es una percepción alerta capaz de enfrentarse a la vida como una totalidad. Ése es nuestro problema: cómo tener esa percepción alerta —si puedo usar estas palabras sin que ellas signifiquen una especialización—. ¿Cómo ha de tener uno la aptitud para encarar la vida como algo total? Eso implica no sólo la relación personal con nuestro prójimo, sino también con la naturaleza, con las cosas que poseemos, con las ideas y con todo lo que la mente elabora como ilusiones, deseos, etc. ¿Cómo ha de darse cuenta uno de todo este proceso de la relación? Por cierto, se trata de nuestra vida, ¿no es así? No hay vida sin relación, y comprender esta relación no implica aislarse, como he estado explicando e insistiendo una y otra vez. Al contrario, exige darnos cuenta plenamente del proceso total de la relación.

Ahora bien, ¿cómo hemos de darnos cuenta? ¿Cómo nos damos cuenta de cualquier cosa? ¿Cómo se da cuenta uno de la relación que tiene con una persona? ¿Cómo se dan cuenta ustedes de estos árboles, del mugido de aquella vaca? ¿Cómo se dan cuenta de sus reacciones cuando leen un diario —si es que leen un diario—? Y ¿nos damos cuenta de las respuestas de la mente, tanto de las superficiales como de las internas? ¿Cómo nos damos cuenta de algo? Primero nos damos cuenta de la reacción a un estímulo, ¿no es así?, lo cual es un hecho obvio; veo algo y hay una reacción, luego la sensación, el contacto, la identificación y el deseo. Ése es el proceso corriente, ¿verdad? Podemos observar lo que de hecho ocurre, para eso no tenemos que estudiar libro alguno.

A causa de la identificación, experimentamos placer y dolor. Y nuestra "capacidad" es este interés respecto del placer y de la evitación del dolor, ¿no es así?

Si estoy interesado en algo, si ello me da placer, hay instantáneamente "capacidad", un inmediato darme cuenta de ese hecho; y si es algo doloroso, la "capacidad" se ha desarrollado para evitarlo. Así, pues, en tanto recurramos a la "capacidad" para comprendernos a nosotros mismos, pienso que fracasaremos, porque esa comprensión no depende de la "capacidad". No es una técnica que podamos desarrollar, cultivar e incrementar a través del tiempo, aguzándola constantemente. Este darnos cuenta, esta percepción alerta respecto de nosotros mismos, puede ser puesta a prueba en las acciones de la relación, en el modo como hablamos, como nos comportamos. Después de la reunión, finalizada ésta, obsérvense a sí mismos durante la comida; sólo obsérvense, sin identificación alguna, sin comparar, sin censurar; simplemente observen, y verán que ocurre algo extraordinario. No sólo han puesto fin a una actividad inconsciente —ya que nuestras actividades son, en su mayoría, inconscientes—, sino que además se dan cuenta de los motivos de esa actividad sin tener que investigar, que escudriñar en ella.

Ahora bien, cuando nos damos cuenta, vemos todo el proceso de nuestro pensar y actuar, pero ello puede ocurrir solamente cuando no condenamos. O sea, cuando condeno algo no lo comprendo, y ese condenar es una forma de eludir cualquier posibilidad de comprensión. Creo que la mayoría de nosotros lo hace deliberadamente; condenamos de inmediato algo y pensamos que lo hemos comprendido. Si, en vez de condenar, lo consideramos, si estamos atentos a ello, entonces el contenido, el significado de esa acción comienza a hacerse accesible. Experimenten con esto y lo verán por sí mismos. Sólo estén atentos, sin ninguna clase de justificación, lo cual puede parecer negativo, pero no lo es. Por el contrario, tiene esa condición de pasividad que es acción directa.

Después de todo, si queremos comprender algo, tenemos que estar en una disposición de ánimo pasiva, ¿no es así? No podemos continuar pensando, especulando al respecto, o cuestionándolo. Tenemos que ser lo suficientemente sensibles como para recibir su contenido. Es como ser una placa fotográfica sensible. Si quiero comprender a alguien, tengo que estar pasivamente atento; entonces esa persona comienza a revelármelo todo acerca de su contenido interno. Por cierto, esto no es una cuestión de capacidad o especialización. En ese proceso, empezamos a comprendernos a nosotros mismos; no sólo las capas superficiales de nuestra conciencia, sino las muy profundas, que son mucho más importantes, porque allí están nuestros motivos e intenciones, nuestras exigencias y ansiedades, nuestros miedos y apetitos más secretos y confusos. Exteriormente, podemos tener todas esas cosas bajo control, pero siguen hirviendo internamente. Hasta que hayan sido completamente comprendidas gracias a la percepción alerta, es obvio que no puede haber libertad, ni puede haber felicidad ni hay inteligencia.

La inteligencia, ¿es un asunto de especialización? —siendo la inteligencia la total percepción de nuestro proceso—. Y esa inteligencia, ¿puede ser cultivada mediante alguna forma de especialización? Porque eso es lo que está sucediendo, ¿verdad? Ustedes me escuchan pensando, probablemente, que soy

un especialista... ¡espero que no! El sacerdote, el médico, el ingeniero, el industrial, el hombre de negocios, el profesor... tenemos en mente todas esas especializaciones. Y pensamos que, para realizar la más alta forma de inteligencia —que es la verdad, Dios, aquello que no puede ser descrito—, tenemos que convertirnos en especialistas. Estudiamos, buscamos a tientas, descubrimos cosas; y, con la mentalidad del especialista, o acudiendo al especialista, nos estudiamos a nosotros mismos con el fin de desarrollar una capacidad que habrá de ayudarnos a que nos deshagamos de nuestros conflictos, de nuestras desdichas.

Si estamos, pues, muy atentos, vemos que nuestro problema consiste en averiguar si los conflictos y las desdichas y los sufrimientos de nuestra existencia cotidiana, pueden ser resueltos por otro; y si no pueden serlo, ¿de qué modo podemos abordarlos? Comprender un problema requiere, evidentemente, cierta inteligencia, y esa inteligencia no podemos obtenerla o cultivarla por medio de la especialización. Se manifiesta y actúa tan sólo cuando estamos pasivamente atentos a todo el proceso de nuestra conciencia, lo cual implica darnos cuenta de nosotros mismos sin que en ello intervenga la opción, sin escoger entre lo bueno y lo malo. Porque, cuando estén pasivamente atentos de ese modo, verán que desde esa pasividad —que no es indolencia ni sopor, sino un intenso estado de alerta—, el problema tiene una significación por completo diferente; ustedes ya no se identifican más con el problema y, por ende, no juzgan; en consecuencia, el problema comienza a revelar su contenido. Si son capaces de hacer eso constantemente, sin interrupción, entonces cada problema puede ser resuelto fundamentalmente, no de un modo superficial.

Y ésa es la dificultad, porque muy pocos somos capaces de estar pasivamente alerta, dejando que el problema mismo nos cuente su historia sin que nosotros la interpretemos. No sabemos cómo considerar un problema desapasionadamente —si les gusta usar esa palabra—. Por desgracia, no somos capaces de hacer eso, porque queremos obtener del problema un resultado, una respuesta, tenemos un fin en vista; o intentamos traducir el problema de acuerdo con nuestro placer o dolor; o ya tenemos una respuesta previa, sabemos cómo tratar con el problema. Por lo tanto, abordamos un problema, que es siempre nuevo, con las viejas pautas. El reto es siempre lo nuevo, pero nuestra respuesta es siempre lo viejo, y nuestra dificultad radica en afrontar el reto adecuadamente, o sea, plenamente. El problema es siempre un problema de relación, no hay otro problema; y, para hacer frente de modo apropiado, correcto, al problema de la relación, con sus exigencias que varían constantemente, uno debe estar pasivamente alerta. Esta pasividad no es un asunto de determinación, voluntad o disciplina; debemos comenzar por darnos cuenta de que nuestro estado no es pasivo, darnos cuenta de que queremos una respuesta determinada a un determinado problema. Ése es, por cierto, el comienzo: conocernos a nosotros mismos en relación con el problema y descubrir el modo de abordarlo. Entonces, al empezar a conocernos en relación con el pro-

blema —cómo respondemos, cuáles son nuestros diversos prejuicios, nuestras exigencias y búsquedas, al enfrentarnos a ese problema—, esta percepción alerta revelará el proceso de nuestro propio pensar, de nuestra naturaleza interna; y en eso hay una liberación.

De modo que la vida es un asunto de relación, y para comprender esa relación, que no es estática, debe haber una percepción flexible, una percepción pasivamente alerta, no agresivamente activa. Y, como dije, esta percepción pasiva no surge mediante ninguna forma de disciplina, de práctica. Consiste en estar simplemente atentos, de instante en instante, a nuestro pensar y sentir, no sólo cuando nos hallamos despiertos; porque veremos, a medida que vayamos penetrando en ello a mayor profundidad, que comenzamos a soñar, a proyectar toda clase de símbolos que traducimos en la forma de sueños. Así, abrimos la puerta a lo oculto, que entonces se torna lo conocido; pero, para dar con lo desconocido, debemos ir más allá de la puerta, y ésa es nuestra dificultad. La realidad no es algo que la mente pueda conocer, porque la mente es el resultado de lo conocido, del pasado; en consecuencia, la mente debe comprenderse a sí misma y su funcionamiento, su verdad, y sólo entonces puede revelarse lo desconocido.

Pregunta: Todas las religiones han insistido en alguna clase de autodisciplina para moderar los instintos brutales del hombre. Los santos y los místicos han afirmado que, gracias a la autodisciplina, alcanzaron la divinidad. Ahora bien, usted parece sugerir que tales disciplinas son un obstáculo para la realización de Dios. Estoy confundido. ¿Quién tiene la razón en esto?

KRISHNAMURTI: No se trata, por cierto, de quién tiene la razón en esto. Lo que importa es descubrir la verdad al respecto, descubrirla por nosotros mismos, no conforme a determinado santo o a una persona que viene de la India o de algún otro lugar, cuanto más exótico mejor. Así que examinemos esto juntos.

Y bien, usted está atrapado entre ambos: alguien dice disciplina, otro dice no disciplina. Por lo general, ocurre que ustedes escogen lo que es más conveniente, más satisfactorio: les gusta la persona, su apariencia, su idiosincrasia, su favoritismo personal y demás. Así que, dejando de lado todo eso, examinemos esta cuestión directamente y descubramos por nosotros mismos la verdad al respecto. Porque esto implica muchísimo, y tenemos que abordarlo cautelosa y experimentalmente.

Casi todos queremos que alguien investido de autoridad nos diga qué debemos hacer. Buscamos una dirección en la conducta, porque nuestro instinto es estar a salvo, no sufrir más. Hay alguien de quien se dice que ha realizado la felicidad, la bienaventuranza o como prefieran llamarlo, y esperamos que él nos diga qué debemos hacer para alcanzar ese estado. Eso es lo que deseamos; deseamos la misma felicidad, la misma quietud y alegría interior;

en este mundo demente, confuso, queremos que alguien nos diga qué es lo que debemos hacer. Ése es, en realidad, el impulso natural en la mayoría de nosotros, y de acuerdo con ese impulso ajustamos nuestra acción. ¿Acaso Dios, esa cosa suprema, innominable y que las palabras no pueden medir, es asequible por medio de la disciplina, siguiendo una determinada pauta de acción? Por favor, estamos considerando esto juntos —que la lluvia no los inquiete por ahora—. Si están interesados, investiguémoslo. Cuando queremos alcanzar una meta, un objetivo en particular, pensamos que por medio de la práctica, de la disciplina, reprimiendo o liberando, sublimando o sustituyendo, podremos encontrar aquello que buscamos.

¿Qué implica la disciplina? ¿Por qué nos disciplinamos, si es que lo hacemos? Pongo en duda que lo hagamos, pero ¿por qué lo hacemos? (*Risas*). No, en serio, ¿por qué? ¿Pueden marchar juntas la disciplina y la inteligencia? Investiguémoslo plenamente y veamos hasta dónde —si es que la lluvia nos lo permite—, podemos profundizar en esta cuestión. El sentir de la mayoría de la gente es que, mediante alguna clase de disciplina debemos subyugar al bruto, esa cosa temible que llevamos dentro de nosotros. ¿Puede esa cosa temible, ese bruto, controlarse por medio de la disciplina? ¿Qué entendemos por disciplina? Un curso de acción que promete una recompensa, un curso de acción que, si lo seguimos, nos dará lo que deseamos, que puede ser positivo o negativo. Un modelo de conducta que, si lo practico diligentemente, asiduamente, con ardor, al final me dará lo que deseo. Es un proceso que puede resultar doloroso, pero estoy dispuesto a pasar por él para obtener aquello.

Es decir, el "yo", que es agresivo, egoísta, hipócrita, ansioso, temeroso —ustedes saben, todo eso—, ese "yo" que es la causa del bruto en nosotros, es lo que queremos transformar, subyugar, destruir. Y ¿cómo puede hacerse esto? ¿Por medio de la disciplina, o gracias a una inteligente comprensión del pasado de ese "yo", comprendiendo qué es, cómo surge, etc.? O sea, ¿destruiremos al bruto en el hombre mediante la compulsión, o por obra de la inteligencia? Y la inteligencia, ¿es una cuestión de disciplina? Olvidemos por ahora lo que han dicho los santos y las demás personas —no sé si los santos han dicho eso, no soy un experto en santos—. Investiguemos la cuestión por nosotros mismos, como si estuviésemos considerando este problema por primera vez; entonces quizá tengamos algo creativo al final, no tan sólo citas de lo que otras personas han dicho, lo cual es todo muy vano y de nada sirve.

Digamos, en primer lugar, que en nosotros hay conflicto: el negro contra el blanco, la codicia contra la no codicia, etc. Soy codicioso, lo cual engendra aflicción, y para verme libre de esa codicia tengo que disciplinarme. Esto es, tengo que resistir cualquier forma de conflicto que me ocasione aflicción, conflicto al que en este caso llamo codicia. Entonces digo que eso es antisocial, que no es ético, que no es virtuoso, y así sucesivamente —las múltiples razones sociorreligiosas que damos para resistirlo—. La coacción, ¿destruye o elimina de nosotros la codicia? Primero, examinemos el proceso que implica la represión, la coacción, la eliminación, la resistencia. ¿Qué ocurre cuando ha-

cemos eso, cuando resistimos a la codicia? ¿Qué es la cosa que ofrece resistencia a la codicia? Ésa es la primera pregunta, ¿verdad? ¿Por qué la resistimos, y quién es la entidad que dice: "Tengo que librarme de la codicia"? la entidad que dice: "Tengo que librarme", es también codicia, ¿no? Porque, hasta ahora, la codicia le había resultado provechosa, pero ahora le ocasiona dolor; por lo tanto, esa entidad dice: "Tengo que librarme de la codicia". El motivo para librarse sigue siendo un proceso de codicia, porque la entidad quiere ser algo que ella no es. La no codicia es ahora provechosa, de modo que persigo la no codicia; pero el motivo, la intención, es todavía ser alguna otra cosa, ser no codicia —lo cual es, otra vez, una forma negativa del énfasis puesto en el "yo"—.

Encontramos, pues, que ser codicioso ocasiona dolor por diversas razones que son obvias. En tanto disfrutamos la codicia, en tanto nos rinde beneficios ser codiciosos, no hay problema. La sociedad nos estimula de distintas formas para que seamos codiciosos; también las religiones nos estimulan para ello de diferentes maneras. En tanto la codicia sea provechosa, en tanto no nos cause sufrimiento, la perseguimos. Pero tan pronto se vuelve dolorosa, queremos resistirla. Esa resistencia es lo que llamamos disciplinarnos contra la codicia; pero ¿estamos libres de la codicia mediante la resistencia, la sublimación, la represión? Cualquier acto por parte del "yo" que desea librarse de la codicia, sigue siendo codicia. Por lo tanto, cualquier acción, cualquier respuesta de mi parte en relación con la codicia, no es, evidentemente, la solución.

Ante todo, para comprender algo tiene que haber una mente quieta, no perturbada, especialmente para comprender algo que no conozco, algo en lo que mi mente no puede penetrar y que, según dice este interlocutor, es Dios. Para comprender cualquier cosa, cualquier problema complejo —de la vida o de la relación, en realidad, cualquier problema— tiene que existir en la mente cierta quieta profundidad. Y esta quieta profundidad, ¿puede lograrse mediante alguna forma de coacción? La mente superficial puede forzar dentro de ella la quietud, pero una quietud semejante es la quietud del deterioro, de la muerte. Esa mente es incapaz de adaptarse, de ser dúctil, sensible. De modo que la resistencia no es el camino.

Ahora bien, ver eso requiere inteligencia, ¿verdad? Ver que la mente se embota por obra de la compulsión, que la disciplina no es sino amoldamiento a una pauta de acción, amoldamiento debido al miedo, ver eso es ya el comienzo de la inteligencia, ¿no es así? Porque eso es lo que implica el disciplinarnos: miedo de no obtener lo que deseamos. Y ¿qué sucede cuando disciplinamos la mente, cuando disciplinamos nuestro ser? La mente se torna muy rígida, inflexible, pierde rapidez, capacidad de ajuste. ¿No conocen ustedes a personas que se han disciplinado a sí mismas? El resultado es, obviamente, un proceso de deterioro. Hay un conflicto interno que ellas disimulan, ocultan, pero está ahí, ardiendo.

Vemos que la disciplina, que es resistencia, tan sólo crea un hábito, y es obvio que el hábito, la práctica, jamás fructifica en inteligencia. Uno puede

volverse muy habilidoso con sus dedos practicando el piano todos los días, haciendo algo con sus manos, pero se requiere inteligencia para dirigir las manos; ahora estamos investigando esa inteligencia.

Ustedes ven que alguien a quien consideran un hombre feliz o que se ha realizado, hace ciertas cosas, y entonces, deseando esa felicidad, lo imitan. Esta imitación es llamada disciplina, ¿no es así? Imitan con el fin de recibir algo que el otro tiene; copian con el fin de ser felices, como piensan que él lo es. La felicidad, ¿puede encontrarse mediante la disciplina? Y, al practicar cierta norma, cierta disciplina, un modelo de conducta, ¿somos libres alguna vez? Por cierto, para que haya descubrimiento tiene que haber libertad, ¿no es así? Si quieren descubrir algo, tienen que estar libres internamente, es obvio. ¿Están libres cuando moldean la mente de una manera particular que llaman disciplina? Evidentemente, no. Son tan sólo máquinas repetitivas que resisten de acuerdo con cierta conclusión previa, con cierto modelo de conducta. Así, pues, la libertad no puede llegar por medio de la disciplina. Sólo puede surgir con la inteligencia, y esa inteligencia se despierta, o tenemos esa inteligencia, tan pronto vemos que cualquier forma de compulsión, interna o externa, niega la libertad.

De modo que el primer requerimiento es, obviamente, la libertad; y sólo la virtud nos da esa libertad. La codicia es confusión, la ira es confusión, la amargura es confusión. Cuando lo vemos, estamos libres de todo eso; no se trata de resistirlo, sino de ver que sólo en libertad podemos descubrir, que cualquier forma de compulsión no es libertad y, por lo tanto, niega el descubrimiento. Lo que la virtud hace es darnos libertad. La persona no virtuosa es una persona confusa, y ¿cómo podemos descubrir cosa alguna en medio de la confusión? ¿Cómo pueden ustedes hacerlo? Así, pues, la virtud no es el producto final de una disciplina, sino que la virtud *es* libertad, y la libertad no puede llegar a través de ninguna acción que, en sí misma, no sea virtuosa, verdadera. Nuestra dificultad radica en que casi todos hemos leído muchísimo, hemos seguido numerosas disciplinas: levantarnos cada mañana a una hora determinada, sentarnos en cierta postura, procurar sujetar de cierto modo nuestras mentes... ustedes saben, práctica, práctica, disciplina. Porque les han dicho que, si hacen estas cosas, triunfarán; si las practican durante un número de años, al final de ello tendrán a Dios. Tal vez lo expongo crudamente, pero ésa es la base de nuestro pensar. Por cierto, Dios no llega tan fácilmente como todo eso. Dios no es una cosa meramente comercial: yo hago esto, y recibo aquello.

Casi todos estamos tan condicionados por influencias externas, por doctrinas, creencias religiosas y por nuestra propia exigencia interna de llegar a algo, de obtener algo, que es muy difícil para nosotros pensar en este problema de una manera nueva, sin hacerlo desde el punto de vista de la disciplina. Por eso, primero debemos ver muy claramente las implicaciones de la disciplina, cómo limita la mente, cómo reduce sus alcances, cómo la fuerza a determinada acción conforme a nuestro deseo, a la influencia y demás; y una mente condicionada, por "virtuoso" que sea ese condicionamiento, no tiene posibilidad de

ser libre y, por lo tanto, no puede comprender la realidad. Y Dios, la realidad, o como quieran llamarlo —el nombre carece de importancia—, se revela únicamente cuando hay libertad; y no hay libertad donde hay coacción, positiva o negativa, a través del temor. No hay libertad si vamos tras un objetivo, porque estamos atados a ese objetivo. Podremos estar libres del pasado, pero nos sujeta el futuro, y eso no es libertad. Pero sólo en libertad podemos descubrir algo: una idea nueva, un nuevo sentimiento, una nueva percepción. Y, sin duda, cualquier forma de disciplina que se basa en la coacción, niega esa libertad, ya sea política o religiosa. Puesto que la disciplina, o sea, el amoldamiento a una acción con un fin en vista, nos ata, la mente jamás puede ser libre. Puede funcionar sólo dentro de ese surco, como ocurre con un disco de gramófono.

Así, pues, mediante la práctica, el hábito, el cultivo de un modelo previo, la mente sólo alcanza lo que tiene en vista. Por lo tanto, no es libre y, en consecuencia, no puede realizar aquello que es inconmensurable. Darnos cuenta de todo ese proceso: por qué nos estamos disciplinando constantemente según dicta la opinión pública, según ciertos santos... ustedes saben, todo este asunto de amoldarnos a la opinión, ya sea de un santo o del vecino, es todo lo mismo; darnos cuenta de este amoldamiento que tiene lugar por medio de la práctica, de sutiles recursos para someternos, para negar, afirmar, reprimir, sublimar —todo eso implica amoldamiento a una norma de acción—, darnos cuenta de eso es ya el comienzo de la libertad, y en la libertad tiene su origen la virtud. La virtud no es, por cierto, el cultivo de una idea determinada. La no codicia, por ejemplo, si se la busca como un objetivo, ya no es más una virtud, ¿verdad? Es decir, si uno es consciente de ser no codicioso, ¿es virtuoso? Sin embargo, eso es lo que hacemos al recurrir a la disciplina.

Así, la disciplina, el amoldamiento, la práctica, sólo acentúan la conciencia de uno mismo, la importancia del "yo". La mente practica la no codicia y, al hacerlo, no está libre de su propia conciencia de ser no codiciosa, de modo que, en realidad, no es no codiciosa. Tan sólo se ha puesto un nuevo manto al que llama no codicia. Podemos ver el proceso total que esto implica: la motivación, el deseo de un objetivo, el amoldamiento a una norma, el ansia de estar seguros siguiendo un modelo... todo lo cual es tan sólo un movimiento de lo conocido a lo conocido, siempre dentro de los límites del proceso por el que la mente se encierra en sí misma.

Ver todo esto, darse cuenta de ello, es el comienzo de la inteligencia; y la inteligencia no es ni virtuosa ni no virtuosa; no es posible encajarla en un molde, ya sea como virtud o como no virtud. La inteligencia trae libertad, que no es libertinaje ni desorden. Sin esta inteligencia no puede haber virtud; la virtud es libertad y, cuando somos libres, la realidad revela su existencia. Si ustedes ven este proceso completamente, íntegramente, encontrarán que ya no hay conflicto. Debido a que estamos en conflicto y a que no podemos escapar de ese conflicto, recurrimos a diversas formas de disciplinas, rechazos y amoldamientos. Pero, cuando vemos qué es el proceso de conflicto, entonces no es cuestión de disciplina, porque comprendemos, de instante en instante, las

modalidades del conflicto. Eso requiere un intenso estado de alerta, observarnos a nosotros mismos todo el tiempo; y la parte curiosa de esto es que, aun cuando uno pueda no estar alerta todo el tiempo, hay un proceso de registro que se desarrolla internamente una vez que la intención está ahí: la sensibilidad, la sensibilidad interna, está captando constantemente la situación, de modo tal que la intención interna proyecta esa situación tan pronto uno está quieto, silencioso.

Tampoco esto es una cuestión de disciplina. La sensibilidad no puede surgir jamás mediante la compulsión. Uno puede obligar a un niño a que haga algo: lo pone en un rincón, y él quizá se quede quieto, pero es probable que internamente esté hirviendo, mirando hacia afuera por la ventana, haciendo algo para escaparse. Y eso es lo que seguimos haciendo nosotros. De modo que la cuestión de la disciplina, quién tiene razón y quién no la tiene, sólo puede ser resuelta por usted mismo. Porque esto involucra mucho más que lo que acabo de decir.

Además, vean, tenemos miedo de equivocarnos porque anhelamos el éxito. El miedo está en el fondo de nuestro deseo de disciplinarnos, pero lo desconocido no puede ser atrapado en la red de la disciplina. Por el contrario, para lo desconocido es indispensable la libertad y no el patrón de nuestra mente. Por eso es esencial que la mente esté serena. Pero cuando la mente tiene conciencia de que está serena, ya no está más serena; cuando la mente tiene conciencia de que es no codiciosa, que está libre de codicia, se reconoce a sí misma en el nuevo ropaje de la no codicia, pero eso no implica que esté libre de codicia. Por eso debemos también comprender el problema que contiene esta cuestión del que controla y lo controlado. No son, por cierto, fenómenos separados, sino un fenómeno conjunto: el controlador y lo controlado son una sola cosa. Es un engaño pensar que son dos procesos diferentes, pero esto lo discutiremos en otra ocasión.

Pregunta: ¿Cómo diablos podemos amansar al tigre que hay en nosotros y en nuestros hijos, sin el patrón de un propósito y una causa claros y sostenidos por una práctica vigorosa?

KRISHNAMURTI: Esto implica que usted conoce su propósito y también conoce la causa, ¿no es así? ¿Conoce usted el propósito? ¿Conoce el propósito de la vida, la finalidad de la vida y el modo de alcanzarla? ¿Por eso necesita tener un vigoroso curso de acción basado en la disciplina, en la práctica? ¿Para obtener lo que desea? ¿No es muy difícil descubrir lo que desea, el propósito que tiene en vista? Los partidos políticos puede ser que tengan un propósito, pero aun así lo encuentran extremadamente difícil de realizar. Y usted, ¿puede decir: "Conozco el propósito"? ¿Hay tal cosa como un propósito? Por favor, uno tiene que examinar esto muy cuidadosamente; no es que yo esté poniendo en duda sus propósitos. Debemos comprenderlos. En cierto período de nuestra vida tenemos un propósito: ser maquinista, conductor de tranvía, bombero,

esto o aquello; luego, llegamos a tener un propósito diferente. A medida que crecemos y nos hacemos adultos, otra vez cambia nuestro propósito. El propósito varía todo el tiempo conforme a nuestras penas y placeres, ¿no es así? usted puede tener el propósito de ser un hombre muy rico, muy poderoso; pero, desde luego, no es eso lo que estamos discutiendo aquí por ahora. El hombre ambicioso puede tener un propósito, pero él es antisocial; jamás puede dar con la realidad. Un hombre ambicioso es alguien que tan sólo se proyecta hacia el futuro y desea ser algo, espiritual o secularmente. Un hombre así es incapaz de dar con la realidad, porque su mente tan sólo se interesa en el éxito, en alcanzar una meta, en llegar a ser alguna cosa. Él sólo se preocupa de sí mismo en relación con lo que desea. Pero, casi todos nosotros, aunque somos un tanto ambiciosos —deseamos un poco más de dinero, un poco más de amistad, un poco más de amor, de belleza, de esto y aquello, muchas cosas—, ¿sabemos lo que deseamos fundamentalmente, no sólo según los estados de ánimo pasajeros?

Las personas religiosas, en su mayoría, dicen que sí, que lo saben: desean la realidad, desean a Dios, desean lo supremo. Pero, para desear lo supremo tienen que saber lo que es; puede ser muy diferente de lo que suponen, y probablemente lo sea. Por lo tanto, usted no puede desear eso. Si lo desea, ésa es otra forma de ambición, otra forma de seguridad. Por consiguiente, no es la realidad lo que desea. Así, cuando pregunta: "¿Cómo podemos amansar al tigre que hay en nosotros y en nuestros hijos, sin el patrón de un propósito y una causa claros y sostenidos por la práctica?", lo que quiere decir es cómo puede vivir en relación con los demás y no ser antisocial, egoísta, limitado por sus propios prejuicios, etc. Para amansar al tigre, primero debemos saber de qué está compuesto. Por lo tanto, si lo llama tigre, ya es de antemano un tigre, porque usted tiene la imagen, la representación de lo que es un tigre —o de lo que es la codicia—. Pero si no lo nombra, si tan sólo mira eso que llama tigre, entonces eso tiene, sin duda, un significado por completo diferente. No sé si está siguiendo todo esto. Discutiremos el mismo problema varias veces, ya que se trata de un solo problema que se expresa de diferentes maneras.

Así, pues, sin llamarlo "tigre", sin decir: "Tengo un propósito, y para cumplirlo debo disciplinarme", investiguemos todo el proceso. No lo abordemos con una conclusión porque, como dije, el problema es siempre nuevo, y requiere ser considerado con una mente nueva, una mente que no se verbalice, lo cual es sumamente difícil, ya que sólo podemos pensar en palabras —nuestro pensamiento es palabra—. Trate de pensar sin palabras y verá cuán difícil es.

De modo que nuestro problema es "cómo amansar al tigre" sin practicar la disciplina, ya sea en nosotros o en nuestros hijos, si es que somos padres. Para amansar algo, usted debe comprenderlo, conocerlo. Cuando no conoce algo, siente temor de ello. Dice: "Siento que en mí hay un conflicto, un deseo contrario, al que llamo tigre; ¿cómo puede ser amansado, calmado?". Sólo comprendiéndolo, y puedo comprenderlo únicamente cuando lo miro. No puedo mirarlo si lo condeno o le doy un nombre o me identifico con ello. Puedo

comprenderlo sólo cuando estoy pasivamente atento a *lo que es*, y esa atención pasiva es imposible si condeno aquello que miro. Por lo tanto, mi problema es comprender la cosa, no nombrarla. Y debo comprender por qué condeno. Lo hago porque es mucho más fácil condenar primero, ¿no es así? Es una de las maneras de desembarazarme de ello, de apartarlo, llamándolo alemán, japonés, hindú, cristiano, comunista, o Dios sabe qué otras cosas, y así apartarlo. Y pensamos que, dándole un nombre, lo hemos comprendido. Así es como el nombre, el nombrar, impide la comprensión. Eso es un hecho.

Lo que también impide comprender es el juzgar, porque al considerar una cosa ya hay una predisposición, un prejuicio, un deseo, una exigencia previa. La consideramos porque queremos obtener de ella un resultado. Tenemos un propósito, queremos amansarla, queremos controlarla, a fin de poder convertirla en algo diferente. En el momento en que vemos eso, nuestra mente está pasivamente serena, observando el hecho. Ya no nombre al tigre como "tigre"; ese hecho carece de nombre y, por lo tanto, nuestra relación con él es directa, no a través de palabras. El miedo surge porque no nos relacionamos directamente con el hecho. En el instante en que estamos relacionados con algo, en que lo experimentamos de manera directa, inmediata, plena, no hay miedo, ¿verdad? hemos eliminado, pues, la causa del miedo y, por lo tanto, somos capaces de comprenderlo; en consecuencia, podemos resolverlo. Lo que uno ha comprendido se resuelve; lo que no comprendemos, continúa siendo un problema. Esto es un hecho. Y nuestra dificultad está en ver siempre *lo que es*, sin interpretarlo, porque la función de la mente es comunicar, almacenar, traducir de acuerdo con sus tendencias y deseos; su función no es comprender. Para que haya comprensión, no debe tener lugar ninguna de estas cosas. Tiene que haber quietud, y una mente ocupada en juzgar, condenar, traducir lo que ve, no es una mente quieta.

Pregunta: Yo no puedo controlar mis pensamientos. ¿Debo controlarlos? ¿No implica opción esto? Y ¿cómo puedo confiar en mi juicio a menos que tenga un modelo basado en las enseñanzas de los Grandes Seres?

KRISHNAMURTI: Y bien, para comprender cómo controlar sus pensamientos, usted primero debe saber qué son sus pensamientos, ¿verdad? Ése es el problema. Usted dice: "No puedo controlar mis pensamientos". Para averiguar por qué no puede controlar los pensamientos, primero debe darse cuenta de lo que es el pensar. ¿Qué es el pensar? Y ¿quién es el pensador? Por cierto, ésa es la pregunta, ¿verdad? ¿Quién es el pensador? Y los pensamientos, ¿son diferentes del pensador? En tal caso, surge para el pensador el problema de controlar sus pensamientos. Si el pensador y el pensamiento son un solo proceso y no dos procesos separados, entonces no se suscita el problema del pensador que controla sus pensamientos. Así, pues, usted tiene que descubrir primero si el pensador está separado de su pensamiento. Sin pensador, ¿hay un pensamiento? Si usted no tiene pensamientos, ¿existe ahí un pensador? El pen-

sador no existe, pues, aparte de su pensamiento; sólo tenemos pensamiento. Los pensamientos han creado al pensador; entonces el pensador, para tornarse permanente, seguro y demás, dice: "Yo estoy separado de los pensamientos, los cuales deben ser controlados". Por lo tanto, hasta que resuelva usted este problema, hasta que tenga una experiencia directa de este problema —si el pensador está separado del pensamiento—, existirá la cuestión del control; pero tan pronto ve, experimenta directamente que el pensador *es* el pensamiento, se halla ante un problema por completo diferente.

Luego, la cuestión siguiente es: Cuando usted controla los pensamientos —una serie de pensamientos como opuesta a otra—, hay opción. Escoge ciertos pensamientos y desea concentrarse en éstos y no en otros; ¿por qué? Nos estamos ocupando del pensar, no de una serie de pensamientos en particular. Si usted dice: "Prefiero este pensamiento a aquél", entonces surge la opción; pero ¿por qué prefiere usted? Y ¿qué es lo que en usted prefiere? Señores, esto no es muy complicado, no son palabras grandes o metafísicas; sólo mírenlo y verán la dificultad. Antes de que podamos resolver la dificultad, primero tenemos que verla. Cuando escogemos, ¿quién es el que escoge? Y, si quien escoge tiene un modelo conforme a las pautas de los maestros, entonces está cultivando, acentuando la existencia del escogedor.

Señor, planteemos el problema un poco más simplemente. Mis pensamientos divagan por todas partes. Quiero pensar serenamente en un tema determinado, pero mis pensamientos se disparan en diferentes direcciones. ¿Por qué lo hacen? Porque mis pensamientos se interesan también en otras cosas, no sólo en esa única cosa. Eso es un hecho, ¿verdad? De lo contrario, no divagarían. Mi mente no divaga ahora, porque estoy interesado en lo que hablo. No hay cuestión de esfuerzo, no hay cuestión de disciplina ni de control; ninguna otra cosa me interesa.

Debemos descubrir, pues, el significado de cada interés y no excluir otros intereses en favor de uno determinado. Si puedo descubrir el significado y valor de cada interés, entonces mi mente no divagará. Pero lo hará si resisto los diversos intereses y trato de concentrarme en uno solo. De modo que digo: "Muy bien, que divague". Considero todos los intereses a medida que surgen, uno tras otro, de manera que mi mente se torna flexible al abarcar en su movimiento la totalidad de los intereses, y no se limita concentrándose en un interés específico. ¿Qué ocurre, entonces? Veo que mi mente es tan sólo un haz de intereses que se oponen a otros intereses; ella elige para acentuar un interés y excluir a todos los demás.

Cuando la mente reconoce que es un haz de intereses, entonces cada interés tiene importancia; por lo tanto, no hay exclusión, no es cuestión de elegir; en consecuencia, la mente comienza a comprender lo total, la totalidad de su propio proceso. Pero si usted tiene un modelo elegido en conformidad con los Grandes Seres, y basándose en él trata de vivir, ¿qué ocurre? Pone énfasis en el pensador, o sea, el que opta, ¿no es así? Evidentemente. Ahora bien, el que opta, ¿está separado de la opción? Como dije, no hay un pensador separado del

pensamiento; separarse en el pensador y el pensamiento es un truco de la mente. Cuando de veras comprendamos eso, cuando veamos su real significado, cuando lo experimentemos —no afirmándolo verbalmente, porque en tal caso no tiene sentido—, comprobaremos que hay en nosotros una completa transformación, y jamás formularemos esta pregunta. El modelo de los grandes maestros, las enseñanzas de los Grandes Seres, o cualquier otra cosa..., usted es el resultado de todo eso, ¿no es así? Es el resultado de la totalidad, es el producto del proceso total del hombre, no sólo de Norteamérica, sino del mundo. Usted es el modelo, y es un truco de la mente separarse siempre a sí misma.

Debido a que usted ve que todo es transitorio, temporal, desea sentir que al menos existe la permanencia del "yo". Dice: "Yo soy distinto". En esa acción separada de la mente, hay conflicto; ella crea su propio aislamiento y después dice: "Soy diferente de mi pensamiento. Debo controlar mi pensamiento. ¿Cómo he de controlarlo?". Una pregunta así carece de validez. Si la examina, verá que usted es un manojo de intereses, un haz de pensamientos; y elegir un pensamiento descartando los demás, escoger un interés y resistir otro, es seguir jugando el truco de separarse uno mismo del pensamiento. Mientras que, si usted reconoce que la mente es interés, que la mente es pensamiento, que no hay pensador y pensamiento, entonces abordará este problema de una manera enteramente nueva. Verá que no hay conflicto entre el pensador y el pensamiento; entonces, cada interés tiene importancia y es desarrollado, examinado plena y completamente. En consecuencia, no existe el problema de un interés central como causa de distracción.

30 de julio de 1949

SEXTA PLÁTICA EN EL ROBLEDAL

Esta mañana quisiera discutir qué es la verdadera religión, pero a fin de descubrir qué es, primero debemos examinar nuestra vida y no superponerle algo que, según pensamos, es espiritual, romántico, sentimental. Examinemos, pues, nuestra vida para averiguar qué entendemos por religión, y si hay un modo de descubrir qué es la verdadera religión.

Ante todo, para la mayoría de nosotros, la vida está llena de conflictos; vivimos en medio de la pena, en medio del dolor. Nuestra existencia es aburrida, vacía, y siempre está la muerte y están las innumerables explicaciones. La vida es, en su mayor parte, una constante repetición de hábitos. Tomada en su conjunto es penosa y aburrida, dolorosa y agotadora, y ése es el destino de la mayoría de nosotros. Para escapar de eso, acudimos a las creencias, a los rituales, al conocimiento, a las diversiones, a la política, a la actividad: acogemos con beneplácito cualquier cosa que nos permita escapar de nuestra fastidiosa, cansadora rutina cotidiana. Estos escapes, ya sean políticos o religiosos, de-

ben, por su misma naturaleza, volverse igualmente tediosos, una cuestión de rutina, de hábito. Nos movemos de sensación en sensación y, finalmente, toda sensación debe volverse aburrida, tediosa. Como nuestra vida es principalmente una respuesta que proviene de nuestros centros físicos, y como causa perturbación, angustia, tratamos de escapar hacia lo que llamamos religión, hacia los reinos espirituales.

Ahora bien, en tanto estemos buscando cualquier forma de sensación, ésta debe conducir finalmente al aburrimiento, porque uno se harta, se cansa de eso —lo cual es, nuevamente, un hecho obvio—. Cuantas más sensaciones tenemos, tanto más agotadoras terminan por ser, tanto más aburridas, más habituales. Y la religión, ¿es un asunto de sensaciones? —siendo religión la búsqueda de la realidad y el descubrimiento, la comprensión o la experiencia directa de lo supremo—. ¿Es una cuestión de sentimiento, de súplica? Para la mayoría de nosotros, la religión es una serie de creencias, dogmas, rituales, una constante repetición de fórmulas organizadas, etc. Si examinamos estas cosas, veremos que también son el resultado del deseo de sensación. Acudimos a las iglesias, a los templos, a las mezquitas, y repetimos ciertas frases, nos complacemos en ciertas ceremonias. Son todas estimulaciones, provocan determinado tipo de sensación, y nos satisfacemos con esa sensación, le damos un nombre altisonante, pero, en esencia, es sensación. Estamos atrapados en la sensación, nos agradan las impresiones, el sentimiento de que somos buenos, la repetición de ciertas oraciones, etc. Pero, si uno lo investiga profunda e inteligentemente, encuentra que, en lo fundamental, son sólo sensación; y aunque puedan variar en expresión e impresionarnos como algo nuevo, son esencialmente sensación y, por eso, a la larga aburren, cansan, forman hábito.

Así, pues, obviamente, la religión no es ceremonia. La religión no es dogma. La religión no es la continuación de ciertos principios o de ciertas creencias que nos inculcan desde la infancia. El hecho de que uno crea en Dios, no lo convierte en una persona religiosa. El hombre que arroja una bomba atómica y destruye en pocos minutos a miles y miles de personas, puede que crea en Dios, y también la persona que lleva una vida torpe e insensible, pero no son, por cierto, seres humanos religiosos. La creencia no tiene nada que ver con la búsqueda de la realidad o con el descubrimiento y la experiencia de esa realidad; esto sí es religión. Religión es, entonces, la experiencia de la realidad, la cual no descansa en ninguna creencia organizada, en ninguna iglesia, en ningún conocimiento, oriental u occidental. La religión es la capacidad de experimentar directamente lo inconmensurable, aquello que no puede ser expresado en palabras; pero no podemos experimentar lo inconmensurable mientras estemos escapando de la vida, de la vida que hemos convertido en algo tan insensible y vacío, que hemos reducido tanto a una mera cuestión de rutina. La vida, que es relación, se ha vuelto un asunto de rutina porque internamente falta intensidad creativa, porque somos internamente pobres y, en consecuencia, tratamos de llenar exteriormente esa vacuidad, con conocimientos, con distintas formas de excitación.

Esa vacuidad, esa pobreza interna puede llegar a su fin sólo cuando dejamos de escapar, y dejamos de escapar cuando ya no buscamos más la sensación. Entonces somos capaces de enfrentarnos a esa vacuidad, la que no es diferente de nosotros; *somos* la vacuidad. Como lo estuvimos discutiendo ayer, el pensamiento no es diferente del pensador. La vacuidad no es diferente del observador que siente esa vacuidad. El observador y lo observado son un fenómeno conjunto, y cuando ustedes experimenten eso directamente, encontrarán que la cosa temida que conocían como vacuidad —que les hace querer escapar hacia diversas formas de sensación, incluidas las religiones— se termina, y pueden enfrentarse a eso y ser eso.

A causa de que no hemos comprendido el significado de los escapes, cómo surgen, y debido a que no los hemos examinado, investigado plenamente, estos escapes se han vuelto mucho más importantes y significativos que *lo que es*. Los escapes nos han condicionado y, a causa de ellos, no somos internamente creativos. Hay creatividad en nosotros cuando estamos experimentando constantemente la realidad; *constantemente*, no continuamente, porque hay una diferencia entre la continuidad y el experimentar de instante en instante. Lo que continúa se deteriora. Lo que se experimenta de instante en instante no conoce la muerte, el deterioro. Si podemos experimentar algo de instante en instante, ello tiene vitalidad, vida; si podemos afrontar la vida de nuevo todo el tiempo, en eso hay creatividad. Pero haber tenido una experiencia y desear continuarla, en eso hay decadencia, deterioro.

Son muchísimas las personas que han tenido alguna clase de experiencia agradable y desean que esa experiencia continúe. Regresan, pues, a ella, la reviven, la buscan, la anhelan, se sienten desdichadas porque no continúa; por eso, tiene lugar un continuo proceso de deterioro. Mientras que, si hay un experimentar de instante en instante, hay renovación. Esa renovación es creativa, y no podemos tener esa renovación, ese brío creador, si nuestra mente está ocupada en escapes y aprisionada en esas cosas que hemos dado por sentadas.

Por eso tenemos que reexaminar todos los valores que hemos adquirido, y uno de los principales valores en nuestra vida es la religión, que se halla tan organizada. Pertenecemos a una u otra de las diversas religiones organizadas, a los grupos, a las sectas o a las Sociedades, porque ello nos proporciona un cierto sentido de seguridad. Estar identificados con la organización más grande, o con la más pequeña o la más exclusiva, nos produce satisfacción. Sólo cuando somos capaces de reexaminar todas estas influencias que nos condicionan, que nos ayudan a escapar de nuestro propio aburrimiento, de nuestra propia vacuidad, de nuestra propia falta de responsabilidad y alegría creativas, sólo cuando hemos examinado estas cosas y, volviendo atrás, las hemos desechado y nos enfrentamos a *lo que es*, sólo entonces somos capaces de investigar verdaderamente todo el problema acerca de lo que es la verdad. Porque, al hacerlo, hay una posibilidad de llegar al conocimiento propio. La totalidad del proceso es conocimiento propio, y sólo cuando existe el conocimiento de este proceso, es posible pensar, sentir y actuar rectamente. No podemos

practicar el recto pensar con el fin de librarnos del proceso de pensamiento; para ser libre, uno debe conocerse a sí mismo. El conocimiento propio es el principio de la sabiduría, no puede haber sabiduría sin conocimiento propio. Puede haber conocimiento, sensación, pero la sensación es agotadora, tediosa, mientras que la sabiduría, que es eterna, jamás puede deteriorarse, jamás puede llegar a su fin.

Pregunta: Encuentro que, mediante el esfuerzo, puedo concentrarme. Puedo reprimir o descartar pensamientos que llegan sin que se los invite. No advierto que la represión sea un obstáculo para mi bienestar interno. Desde luego, sueño, pero puedo interpretar los sueños y resolver el conflicto. Un amigo me dice que me estoy volviendo presumido; ¿cree usted que él pueda estar en lo cierto? (Risas).

KRISHNAMURTI: Bien, primero veamos qué entendemos por esfuerzo y qué entendemos por concentración. ¿Comprendemos cosa alguna mediante el esfuerzo? El esfuerzo es el ejercicio de la voluntad, la acción de la voluntad, la cual es deseo. ¿Comprendemos, acaso, mediante la acción de la voluntad, o sea, esforzándonos deliberadamente? ¿O la comprensión es algo completamente distinto, y llega no por obra del esfuerzo sino de la pasiva percepción alerta, que no es una acción de la voluntad? ¿Cuándo comprende usted? ¿Lo ha examinado alguna vez? ¿Cuándo comprende? No cuando está luchando con algo, con algún objeto que usted desea comprender. Por cierto, no hay comprensión cuando uno está continuamente indagando, preguntando, desmenuzando, analizando las cosas; en eso no hay comprensión. Sólo cuando la mente se halla en un estado pasivo de atención y alerta, o sea, en contacto inmediato o experimentando esa cosa, hay posibilidad de comprenderla. Por favor, para algunos de ustedes lo que estoy diciendo puede resultar fantástico o nuevo, pero experimenten con ello, no lo rechacen de inmediato.

¿Hay comprensión cuando combatimos el uno con el otro, cuando estamos en conflicto? Sólo cuando usted y yo nos sentamos y discutimos las cosas, tratando de descubrir, hay posibilidad de comprender. De modo que el esfuerzo es nocivo para la comprensión. Es decir, usted tiene tal vez un problema; puede examinarlo, preocuparse por él, desmenuzarlo, considerarlo desde ángulos diferentes. En ese proceso no hay comprensión. Sólo cuando la mente deja el problema tranquilo, cuando lo suelta, cuando se queda quieta en relación con el problema, sólo así lo comprende. Pero la cuestión de si el conflicto, el análisis, es un paso necesario en la comprensión, constituye un problema por completo diferente que examinaremos de inmediato.

Después está la concentración. ¿Qué entendemos por concentración? Fijar la mente en un determinado objeto con exclusión de otros intereses, ¿verdad? Eso es lo que entendemos por concentración: fijar la mente en una idea, una imagen, un interés, y excluir todos los demás intereses, lo cual es una forma de represión. Y el interlocutor dice que eso no le causa ningún

perjuicio; aunque tiene sueños, puede interpretarlos fácilmente y descartarlos.

Ahora bien, ¿qué hace una concentración semejante? ¿Qué hace la exclusión? ¿Cuál es el resultado de la exclusión? Evidentemente, es el conflicto, ¿no? Puedo tener la capacidad de concentrarme en una cosa y excluir otras, pero las otras siguen ahí deseando intervenir. Por lo tanto hay en marcha un conflicto; lo que importa no es si soy o no soy consciente de él, sino que hay conflicto. Y en tanto ese conflicto continúa, no hay comprensión. Puedo ser capaz de concentrarme, pero mientras subsiste en mí el conflicto entre lo que atrae mi atención y lo que estoy excluyendo, tiene que haber un efecto indebido. Porque la represión, de cualquier clase que sea, debe por fuerza desgarrar psicológicamente, haciendo que me enferme desde el punto de vista psicológico o que quede mentalmente desequilibrado. Lo que se reprime, a la larga tiene que salir, y una manera de hacerlo es a través de los sueños.

El interlocutor dice que puede interpretar los sueños y, de tal modo, liberarse de ellos. Aparentemente, siente que está satisfecho con esto y quiere saber si es presumido. En tanto uno se satisface con el resultado, es obvio que debe ser presumido. Casi todos detestamos sentirnos descontentos; y, estando descontentos internamente, como la mayoría lo está, encontramos medios y arbitrios de encubrir ese descontento, esa cosa que arde dentro de nosotros. Y, uno de los escapes, uno de los mejores modos de encubrir este descontento, es aprender concentración a fin de poder ocultarlo con éxito. Entonces, uno puede fijar su mente en un interés e ir en pos de él sintiendo que, al menos, ha conquistado, ha canalizado su descontento. Pero el descontento no puede ser canalizado por la mente, porque la mente es, por su propia naturaleza, descontento. Debido a eso, la mera concentración, que es exclusión, no origina libertad respecto del descontento, libertar que consiste en comprenderlo. Mediante la concentración, es decir, mediante el proceso de exclusión, no es posible comprender; pero, como lo estuve explicando ayer, si voy tras cada interés a medida que surge y lo examino, lo investigo, lo comprendo, entonces puedo llegar a una clase diferente de atención, la cual no es excluyente. Pronto discutiremos esto, en otra pregunta.

Pregunta: ¿De qué modo podemos empezar de nuevo alguna vez, como usted sugiere constantemente, si el vaso de nuestra experiencia está permanentemente manchado? ¿Cómo podemos olvidar realmente lo que somos? ¿Tendría la bondad de explicar qué se entiendo por "olvido de uno mismo"? ¿Cómo puedo desechar el vaso, si el vaso soy yo?

KRISHNAMURTI: La renovación es posible sólo si no hay continuidad. Lo que continúa no puede renovarse; lo que termina tiene una posibilidad de renovación. Lo que muere, tiene posibilidad de renacer. Y cuando usted dice que está permanentemente manchado, lo cual no es sino una afirmación verbal, entonces, seguramente, tan sólo está continuando. Eso de que está perma-

nentemente manchado, ¿es un hecho? Y ¿cómo es posible olvidar lo que somos? No podemos olvidar lo que somos, pero podemos examinar lo que somos; podemos estar atentos a lo que somos, sin condenarlo ni justificarlo. Esté atento a ello y verá que surge una transformación. Pero la dificultad está en permanecer pasivamente alerta sin condenar; sólo entonces hay una terminación. Pero si se identifica, si condena, entonces da continuidad a ese carácter en particular, y lo que continúa no conoce la renovación.

"¿Tendría la bondad de explicar qué se entiende por 'olvido de uno mismo'?". ¿No lo sabe? ¿No conoce esos instantes en que uno es feliz, pacífico, en que está muy sereno y quieto? ¿No se revela un estado que no contiene esfuerzo alguno, un estado en el que llega a su fin el proceso de pensamiento que implica el "yo"? En tanto hay autoconciencia que se expresa como el "yo", no puede haber olvido de las actividades del "yo". Cualquier acción de la voluntad, del deseo, es obvio que debe cultivar y fortalecer el "sí mismo"; y el "sí mismo" es el haz de recuerdos, características, idiosincrasia, todo lo cual genera conflicto. En tanto haya conflicto tiene que haber conciencia de sí mismo; y, habiendo conflicto, por profundamente oculto que esté y cualquiera que sea el nivel en que se encuentre, no puede haber paz.

"¿Cómo puedo desechar el vaso si el vaso soy yo?". ¿Por qué quiere usted desechar el vaso? No puede, por cierto, desecharlo. Todo cuanto puede hacer es conocerlo, conocer todas las intrincaciones, las sutilezas, la extraordinaria profundidad de sí mismo. Cuando uno conoce algo, está libre de ello; pero limitarse a rechazarlo, reprimirlo, sublimarlo, traducirlo a diferentes expresiones verbales, no es, por cierto, comprender; y sólo comprendiendo algo nos liberamos de ello. No podemos comprender cosa alguna si hay una continua identificación con ella. Hay renovación únicamente cuando no hay continuidad. Pero nuestras intenciones, nuestros propósitos, nuestros pensamientos, en su mayoría han de continuar. Luchamos por establecer una permanencia y, por ende, una continuidad, continuidad en el nombre, en la propiedad, en la virtud... en todo; y así no hay renovación, no hay creatividad. Desde luego, la creatividad surge a la existencia sólo de instante en instante.

Pregunta: ¿Tendría usted la bondad de explicar cuidadosamente qué es la verdadera meditación? ¡Hay tantos sistemas de meditación! ¿Son de veras variados básicamente, o las variaciones se deben a las idiosincrasias personales de sus proponentes?

KRISHNAMURTI: Ésta es realmente una pregunta importante y, si puedo sugerirlo, examinémosla juntos. Porque la meditación tiene una significación extraordinaria. Puede ser la puerta hacia el verdadero conocimiento propio, y puede abrir la puerta hacia la realidad; al abrir la puerta y experimentar directamente, hay una posibilidad de comprender la vida, la cual es relación. La meditación, la verdadera clase de meditación, es esencial. Descubramos, pues, cuál es la verdadera clase de meditación; para descubrir qué es verdadero,

debemos abordarlo negativamente. Limitarnos a decir que esta o aquella es la verdadera meditación, nos dará tan sólo un modelo, el cual adoptaremos y practicaremos; y eso no será verdadera meditación. Por lo tanto, mientras hablo de ello, por favor síganme atentamente y experiméntenlo a medida que avanzamos juntos. Porque hay diferentes tipos de meditación. No sé si algunos de ustedes los han practicado o si se han entregado a ellos: encerrándose solos en una habitación, sentándose en un rincón oscuro, y así sucesivamente. Examinemos, pues, todo el proceso de lo que llamamos meditación.

En primer lugar, consideremos la meditación en la que se halla implicada la disciplina. Cualquier forma de disciplina tan sólo fortalece el "sí mismo", y el "sí mismo" es una fuente de contienda, de conflicto. Es decir, si nos disciplinamos para ser algo, ¡y tanta gente lo hace! —"Este mes voy a ser bondadoso, voy a practicar la bondad", etc.—, semejante disciplina, semejante práctica, por fuerza tiene que fortalecer el "yo". Usted podrá ser exteriormente bondadoso, pero un hombre que practica la bondad y está consciente de su bondad, no es, por cierto, bondadoso. Así, pues, esa práctica que la gente llama también meditación, no es la verdadera clase de meditación porque, como lo discutimos ayer, si uno practica algo, la mente queda atrapada en eso y, por lo tanto, no hay libertad. Pero la mayoría de nosotros desea un resultado; o sea, esperamos ser bondadosos a fin de mes o al final de cierto período, porque los maestros han dicho que finalmente debemos ser bondadosos para encontrar a Dios. Puesto que nuestro deseo es encontrar a Dios como la fuente suprema de nuestra seguridad y felicidad, compramos a Dios por medio de la bondad, lo cual es, obviamente, el fortalecimiento del "yo" y "lo mío", un proceso de autoencierro; y, cualquier cosa que nos encierra, cualquier acción que nos ata, jamás puede darnos la libertad. Eso es evidente, no caben dudas.

Después, está todo este proceso de la concentración, el que también es llamado meditación. Usted se sienta con las piernas cruzadas, porque ésa es la moda proveniente de la India, o se sienta en una silla, en una habitación a oscuras, o frente a un cuadro o una imagen, y trata de concentrarse en una palabra, en una frase, en una figura mental, y excluye todos los demás pensamientos. Estoy seguro de que muchos de ustedes lo han hecho. Pero los otros pensamientos siguen acudiendo en abundancia, y usted los expulsa; y continúa con la lucha hasta que es capaz de concentrarse en un solo pensamiento y excluir todo lo demás. Entonces se siente satisfecho; al menos ha aprendido a fijar su mente en un punto que considera esencial. Pregunto nuevamente: Mediante la exclusión, ¿descubre usted algo? Mediante la exclusión, la represión, el rechazo, ¿puede la mente estar quieta? Porque, como dije, puede haber comprensión sólo cuando la mente está de veras quieta, no reprimida, no tan concentrada en una idea como para tornarse excluyente —no importa si la idea es acerca de un Maestro, de alguna virtud o de lo que fuere—. La mente jamás puede estar quieta por obra de la concentración.

En los niveles superficiales de la conciencia, usted podrá forzar la quietud, hacer que su cuerpo se quede perfectamente inmóvil, su mente muy cal-

mada; pero ésa no es, por cierto, la quietud de todo su ser. Así, pues, tampoco esto es meditación, es tan sólo coacción —cuando el motor quiere funcionar a su máxima velocidad, usted lo retiene, le aplica los frenos—. Mientras que, si es capaz de examinar cada interés, cada pensamiento que acude a su mente, de examinarlo a fondo, por completo, entonces la mente no divagará, porque ha descubierto el valor de cada pensamiento. En consecuencia, éstos ya no la atraen, lo cual implica que no hay distracción. Una mente propensa a distraerse y que resiste la distracción, es incapaz de meditar. Porque, ¿qué es la distracción? Espero que estén experimentando con lo que digo, que experimenten mientras hablo, a fin de descubrir la verdad al respecto. La verdad es lo que libera, no mis palabras ni las opiniones de ustedes.

Llamamos distracción a cualquier movimiento que nos aleja de aquello que, a nuestro juicio, debería interesarnos. Escogemos un interés en particular, un interés así llamado noble, y fijamos en él nuestra mente, pero cada movimiento que nos aleja de él es una distracción, y entonces resistimos la distracción. Pero ¿por qué escogemos ese único interés en particular? Obviamente, porque es gratificante, porque nos da una sensación de seguridad, de plenitud, un sentimiento de "lo otro". Entonces decimos: "Debo fijar mi mente en eso", y cualquier movimiento fuera de eso es una distracción. Desgastamos nuestra vida en luchar contra las distracciones y en fijar la mente en alguna otra cosa. Mientras que, si examinamos cada distracción y no nos limitamos a fijar la mente en una atracción determinada, veremos que la mente ya no es más propensa a distraerse, porque ha comprendido tanto las distracciones como las atracciones y, por ende, es capaz de ejercer una amplia percepción alerta sin exclusión alguna. En síntesis, la concentración no es meditación, y disciplinarse no es meditar.

Luego, están las oraciones, todo el problema de rezar y recibir. Eso también es llamado meditación. ¿Qué entendemos por rezar? La forma vulgar es la súplica, y están las formas sutiles en diferentes niveles de la oración. La forma vulgar que todos conocemos es: "Estoy en un aprieto, me siento desdichado física o psicológicamente, y necesito alguna ayuda". Por lo tanto, ruego, suplico... y, obviamente, hay una respuesta. Si no hubiera respuesta, la gente no rezaría. Millones lo hacen. Ustedes rezan sólo cuando están en dificultades, no cuando son dichosos, no cuando existe ese sentido extraordinario de "lo otro".

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando rezan? Tienen una fórmula, ¿no? Mediante la repetición de una fórmula, la mente superficial se aquieta, ¿verdad? Inténtelo y lo verá. Repitiendo ciertas frases o palabras, verá cómo gradualmente el ser entra en un estado de calma. Es decir, su conciencia superficial se halla en calma; y entonces, en ese estado, usted es capaz de recibir las insinuaciones de alguna otra cosa. Así, pues, al calmar la mente mediante una palabra repetitiva, mediante las así llamadas oraciones, uno puede recibir insinuaciones y sugerencias, no sólo del subconsciente, sino de todo cuanto lo rodea; pero eso, por cierto, no es meditación. Porque, lo que uno recibe tiene que ser satisfactorio, de otro modo lo rechazaría. Por lo tanto, cuando rezamos y de tal

modo aquietamos la mente, nuestro deseo es resolver un problema en particular o una confusión o algo que nos causa dolor. Buscamos, pues, una respuesta que sea satisfactoria. Cuando uno ve esto, dice: "No debo buscar satisfacción; estaré abierto a eso que es doloroso". La mente es tan capaz de jugar trucos consigo misma, que debemos estar alerta a todo el contenido de este problema de la oración. Uno ha aprendido un truco: cómo aquietar la mente para que pueda recibir ciertas respuestas agradables o no agradables. Pero eso no es meditación, ¿verdad?

Después, está este asunto de la devoción hacia alguien: verter a raudales nuestro amor en Dios, en una imagen, en algún santo, en algún Maestro. ¿Es meditación eso? ¿Por qué vertemos así nuestro amor en Dios, en aquello que no podemos conocer? ¿Por qué nos atrae tanto lo desconocido y le entregamos nuestras vidas, nuestro ser? Todo este asunto de la devoción, ¿no indica, acaso que, siendo desdichados en nuestras propias vidas, careciendo de una relación vital con otros seres humanos, tratamos de proyectarnos hacia algo, hacia lo desconocido, y entonces adoramos lo desconocido? Ustedes saben, las personas que son devotas de alguien, de algún Dios, de alguna imagen, de algún Maestro, son generalmente crueles, obstinadas. Son intolerantes con los demás; están dispuestas a destruir a otros, debido a que ellas se han identificado tanto con esa imagen, con ese Maestro, con esa experiencia. Así, pues, el derramar nuestra devoción en un objeto, ya sea autocreado o creado por otro, tampoco es meditación.

Entonces, ¿qué es meditación? Si ninguna de estas cosas es meditación —la disciplina, la concentración, la plegaria, la devoción—, entonces, ¿qué es la meditación? Ésas son las formas que conocemos, con las que estamos familiarizados. Pero, para descubrir aquello que no nos es familiar, primero debemos liberarnos de las cosas que nos son familiares, ¿no es así? Si esas cosas no son verdaderas, entonces deben ser desechadas. Sólo así seremos capaces de descubrir qué es la verdadera meditación. Si hemos estado acostumbrados a los falsos valores, esos falsos valores deben llegar a su fin para que pueda descubrirse el nuevo valor, no porque yo lo diga, sino porque ustedes examinan por sí mismos esos valores falsos, los sondean a fondo. Y cuando tales valores han desaparecido, ¿qué les queda? ¿Cuál es el residuo que deja el examen de estas cosas? ¿No revela, acaso, el proceso de nuestro propio pensar? Si nos hemos complacido en estas cosas y vemos que son falsas, descubrimos por qué nos hemos estado complaciendo en ellas; por lo tanto, el examen mismo de todo esto revela el comportamiento de nuestro propio pensar. En consecuencia, ese examen es el origen del conocimiento propio, ¿no es así?

De modo que la verdadera meditación es el principio del conocimiento propio. Sin conocimiento propio, usted puede sentarse en un rincón, meditar en los Maestros, desarrollar virtudes, etc.; son todas ilusiones y no tienen ningún sentido para la persona que de veras anhela descubrir qué es la verdadera meditación. Porque, sin conocimiento propio, soy yo mismo el que proyecta una imagen a la que llamo el Maestro, y esa imagen se convierte en mi objeto

de devoción, por el que estoy dispuesto a sacrificar, a construir y destruir. Por lo tanto, como se ha explicado, el conocimiento propio es posible sólo cuando examinamos nuestra relación con estas cosas, la cual revela el proceso de nuestro propio pensar; por consiguiente, hay claridad en todo nuestro ser; y éste es el principio de la comprensión, del conocimiento propio. Sin conocimiento propio no puede haber meditación, y sin meditación no puede haber conocimiento propio. Recluirnos en un rincón, sentarnos frente a un cuadro, desarrollar virtudes mes tras mes —una virtud diferente cada mes, verde, púrpura, blanca, etc.—, ir a las iglesias, practicar ceremonias... ninguna de esas cosas es meditación ni es verdadera vida espiritual. La vida espiritual surge cuando comprendemos la relación; y esto es el principio del conocimiento propio.

Ahora bien, cuando hemos pasado por eso y hemos abandonado todos estos procesos que sólo revelan al "yo" y sus actividades, entonces hay una posibilidad de que la mente pueda estar quieta, no tan sólo en su nivel superficial, sino internamente quieta, porque entonces cesan todas sus exigencias. No hay búsqueda de sensaciones, no hay sentido de devenir —yo llegando a ser algo en el futuro o mañana—. Ustedes saben, el Maestro, el iniciado, el discípulo, el Buda... subir por la escalera del éxito, llegar a ser alguna cosa. Todo eso ha cesado, porque eso implica el proceso del devenir. Hay una terminación del devenir únicamente cuando comprendemos *lo que es,* y la comprensión de *lo que es* llega con el conocimiento propio, el cual revela exactamente lo que somos. Y, cuando cesa todo deseo, lo cual sólo adviene gracias al conocimiento propio, la mente está quieta.

La cesación del deseo no puede generarse mediante la compulsión, la plegaria, la devoción, la concentración. Todas estas cosas tan sólo acentúan el conflicto del deseo que se genera en los opuestos; pero, cuando ellas llegan a su fin, la mente está de veras silenciosa, no sólo en los niveles superficiales sino internamente, en los niveles profundos. Únicamente entonces es posible para ella recibir aquello que es inconmensurable. La comprensión de todo esto —no sólo de una parte— es meditación. Porque, si no sabemos cómo meditar, no sabremos cómo actuar. La acción, al fin y al cabo, es conocimiento propio en la relación, y el mero encerrarnos en un lugar sagrado donde se quema incienso, se lee acerca de las meditaciones de otras personas y de lo que significan, es completamente inútil, no tiene sentido. Es un magnífico escape.

Pero, darnos cuenta de toda esta actividad humana, que somos nosotros mismos: el deseo de lograr, de conquistar, de poseer ciertas virtudes, todo ello poniendo énfasis en el "yo" como lo importante ahora o en el futuro —el devenir del "yo"—, darnos cuenta de eso en su totalidad, es el origen mismo del conocimiento propio y de la meditación. Entonces verán, si están de verdad atentos, que surge una maravillosa transformación, la cual no es una expresión verbal, no es mera repetición, sensación, sino que de hecho, realmente, vigorosamente, tiene lugar algo que no puede ser nombrado, puesto en palabras. Y esto no es el don de unos pocos, no es el don de los Maestros; el conocimiento propio es posible para todos si están dispuestos a experimentar, a intentarlo.

Ustedes no tienen que afiliarse a ninguna Sociedad, no tienen que leer ningún libro, ni estar a los pies de ningún Maestro, porque el conocimiento propio los libera de todo ese absurdo, de las estupideces de invención humana. Sólo así, por obra del conocimiento propio y de la verdadera meditación, hay libertad. Y entonces, la realidad se revela; pero esto no es posible mediante los procesos mentales. La realidad debe venir a uno, y puede venir únicamente cuando uno está libre del deseo.

31 de julio de 1949

SÉPTIMA PLÁTICA EN EL ROBLEDAL

Durante los tres fines de semana pasados hemos estado considerando de diferentes maneras, el problema del conocimiento propio y cómo éste es necesario para comprender el proceso de nuestro propio pensar y sentir. Sin comprendernos a nosotros mismos de manera clara y definida, no es posible pensar rectamente. Pero, por desgracia, entre muchos de ustedes o, al menos, entre los que están comprometidos con una peculiar forma de prejuicio a la que ellos llaman el "pensar", parece haber quedado la impresión de que éste es un enfoque individualista y totalmente egocéntrico, de que no nos conduce a la realidad; según ellos, hay numerosos senderos hacia la realidad, y éste del conocimiento propio debe llevar, invariablemente, a la inacción, al egoísmo y a la aspereza individual.

Ahora bien, si uno examina esto clara e íntegramente, con inteligencia, ve que no puede haber sendero alguno hacia la verdad; no hay sendero "de ustedes" y sendero "mío" —el sendero del servicio social, el sendero del conocimiento, el sendero de la devoción, y los demás innumerables senderos que los filósofos han inventado y que dependen de sus idiosincrasias particulares y de sus respuestas neurológicas—. Si uno puede reflexionar claramente y sin prejuicio acerca de esta cuestión (entiendo por prejuicio estar comprometido con un pensamiento, una acción o una creencia en particular, ignorando por completo que ello debe ser inevitablemente restrictivo), verá que cualquier sendero especial debe limitarnos invariablemente y, en consecuencia, no puede conducirnos hacia la realidad. Porque un sendero de acción o un sendero devocional no son, por cierto, suficientes en sí mismos. Cuando un hombre está lleno de conocimientos, por eruditos o enciclopédicos que éstos puedan ser, si carece de amor, sus conocimientos son inútiles, son mera teoría. Un hombre de creencias, como ya discutimos, debe inevitablemente moldear su vida de acuerdo con el dogma, el principio que él sostiene; por lo tanto, su experiencia debe ser limitada y jamás puede ser liberadora. Al contrario, ata, coacciona. Y, como dijimos, sólo en libertad podemos descubrir algo nuevo, algo fundamental.

Así, pues, la dificultad con la mayoría de nosotros, a mi entender, es que estamos comprometidos con tantas creencias, con tantos dogmas, que ello nos impide mirar como por primera vez, algo nuevo. En consecuencia, puesto que la realidad, Dios, o como quieran llamarlo, debe ser algo inimaginable, algo inconmensurable, la mente no puede comprenderlo. Haga lo que hiciere, no puede ir más allá de sí misma. Puede crear una realidad a su propia imagen, pero eso no será la realidad; será tan sólo una autoproyección. Por lo tanto, para comprender la realidad, o para que esa inmensidad pueda revelarse, uno debe comprender el proceso de su propio pensar. Ésa es, evidentemente, la manera correcta de abordar esto. No es "mi" manera ni la manera "de ustedes"; es la única manera inteligente. Y la inteligencia no es de ustedes ni mía; está mucho más allá de todos los países y de todos los senderos, más allá de todas las actividades religiosas, sociales o políticas. No pertenece a ninguna Sociedad, a ningún grupo especial. La inteligencia se manifiesta sólo con la comprensión de uno mismo, lo cual no implica, por cierto, poner énfasis en el individuo. Por el contrario, lo que hace hincapié en el individuo es el insistir en un sendero, en una creencia o en alguna ideología, aunque ese individuo pueda pertenecer a un grupo grande de personas o pueda estar identificado con ese grupo. La mera identificación con lo colectivo, no significa que uno está libre de la individualidad limitada.

Es importante, pues, comprender que la realidad o Dios o el nombre que quieran darle, no puede descubrirse mediante ningún sendero especial. Los hindúes han dividido muy ingeniosamente a los seres humanos en diversos tipos y han establecido senderos para ellos. Y ningún sendero —todos destacan la individualidad y no la liberación respecto de ésta— puede, por cierto, conducirnos a la realidad, puesto que cultiva lo particular; ningún sendero nos libera del egoísmo, del prejuicio, libertad que es tan esencial para la comprensión.

Por eso, durante las tres últimas semanas hemos estado discutiendo la importancia del conocimiento propio, el cual no implica, en absoluto, poner el acento en lo personal. Si no me conozco a mí mismo, no tengo ninguna base para pensar; cualquier cosa que pienso es tan sólo una imposición, una aceptación de diversas influencias externas, una coacción circunstancial. Por cierto, eso no es pensar. El hecho de que me haya educado en determinada sociedad, de la izquierda o de la derecha, y haya aceptado desde la infancia cierta ideología, no implica que pueda pensar de un modo nuevo acerca de la vida. Funciono meramente dentro de ese molde especial y rechazo toda otra cosa que se me presenta. Mientras que, para pensar rectamente, con veracidad y profundidad, debo comenzar por poner en tela de juicio todo el proceso del entorno y la influencia que ejerce sobre mí el medio del cual formo parte. Sin comprender ese proceso en toda su sutileza, es obvio que no tengo base para el pensar.

De modo que es absolutamente esencial que el proceso de la mente sea comprendido por completo, no sólo en el nivel consciente, superficial, sino en los niveles mentales más profundos. Porque es relativamente fácil comprender la mente superficial, observar sus reacciones, sus respuestas, ver cuán instinti-

vamente actúa y piensa. Pero eso es tan sólo el comienzo, ¿verdad? Mucho más difícil es penetrar más a fondo, más profundamente dentro de todo el proceso de nuestro pensar; y si no conocemos el proceso en su totalidad, entonces lo que pensamos, lo que creemos, lo que no creemos, ya sea que creamos o no creamos en los Maestros, que creamos o no creamos en Dios, todo eso es irrelevante, es casi inmaduro.

Ahora bien, al escuchar a otro, es comparativamente fácil ver en esa relación un espejo en el que nos descubrimos a nosotros mismos; pero nuestro problema es también investigar eso mucho más a fondo, y aquí es donde radica nuestra dificultad. Quizás unos cuantos de nosotros puedan deshacerse de sus prejuicios, de sus creencias superficiales, renunciar a una que otra Sociedad e ingresar en nuevas organizaciones —las muchas cosas que uno hace—; pero no hay duda de que es mucho más importante descender a capas más profundas de la conciencia y descubrir exactamente lo que allí ocurre: cuáles son los compromisos internos de los que somos tan inconscientes, nuestras creencias, nuestros miedos que ignoramos por completo, pero que de hecho guían y moldean nuestra acción. Porque lo interno se impone siempre sobre lo externo. Uno puede tamizar astutamente lo externo, pero a la larga lo interno desbarata lo externo. En cualquier sociedad utópica, podemos elaborar muy cuidadosa y hábilmente un orden social, pero sin esta comprensión psicológica de toda la estructura humana, lo externo es siempre aplastado por lo interno.

¿Cómo es posible, entonces, penetrar en las capas más profundas de la conciencia? Porque allí es donde yace oculta la mayoría de nuestras idiosincrasias, la mayoría de nuestros miedos que dan origen a las creencias, la mayoría de nuestros deseos y de nuestras ambiciones. ¿Cómo hacer accesible todo eso, cómo exponerlo y comprenderlo? Si somos capaces de ahondar en estas cosas y experimentarlas de hecho, no tan sólo verbalmente, entonces podremos liberarnos de ellas, ¿no es así?

Tomemos, por ejemplo, la ira. ¿Es posible experimentar ira y darnos cuenta de la ira sin ponerle un nombre? No sé si lo han intentado alguna vez, si han experimentado un estado al que no nombran. Si tenemos una experiencia, le asignamos un vocablo, la nombramos a fin de explorarla, de comunicarla o de fortalecerla. Pero jamás experimentamos algo sin nombrarlo; eso es sumamente difícil para la mayoría de nosotros, ¿verdad? El nombrar llega casi antes que la experiencia misma. Pero si no la nombramos, quizá sea posible, entonces, penetrar en las capas más profundas de la conciencia. Por eso debemos estar alerta, aun en el nivel superficial, el nivel de nuestros prejuicios, temores, ambiciones, de nuestras fijaciones en una rutina particular, y tanto si somos jóvenes como si somos viejos, si pertenecemos a la derecha o a la izquierda. Por consiguiente, tiene que haber cierto descontento, el cual a menudo le es negado a los más viejos, porque éstos no quieren sentirse descontentos; se han quedado fijos, van a desaparecer lentamente; por eso se establecen, se cristalizan en una determinada rutina y rechazan todo lo que sea nuevo.

Pero el descontento es, sin duda, necesario; no el descontento que se ca-

naliza fácilmente en una rutina particular, en una acción determinada, en cierta creencia, sino el descontento que jamás se satisface. Porque la mayor parte de nuestro descontento surge de la falta de satisfacción. Tan pronto hemos encontrado satisfacción, el descontento llega a su fin. En consecuencia, casi todo nuestro descontento es, en realidad, una búsqueda de satisfacción; el genuino descontento, en cambio, es un estado en el que no hay búsqueda de satisfacción. En el momento en que me he satisfecho fácilmente, se terminó el problema del descontento. Si acepto la ideología de la izquierda o de la derecha, o alguna creencia en particular, mi insatisfacción se satisface con facilidad. Pero el descontento es, por cierto, de una cualidad diferente. El contentamiento es ese estado en el que se comprende *lo que es*. Para comprender *lo que es*, no tiene que haber prejuicio alguno. Requiere un enorme estado de alerta mental ver las cosas tal como son. Pero si nos satisfacemos fácilmente, esa percepción alerta se embota, se adormece.

Así, pues, nuestro problema en todo esto —que es un asunto de relación— consiste en estar atentos a nosotros mismos en la acción, en lo que estamos pensando, en lo que decimos, de modo que en la relación nos descubramos, nos veamos tal como somos. Pero superponer nuestras creencias a eso que somos, no contribuye, ciertamente, a la comprensión de nosotros mismos. Por lo tanto, es indispensable que nos liberemos de esta imposición —política, sociológica o religiosa—, la cual puede revelarse únicamente en la relación. En tanto esa relación no se comprenda, tendrá que haber conflicto, entre dos personas o entre muchas. Para que ese conflicto llegue a su fin, tiene que haber conocimiento propio, y cuando la mente está quieta —no deliberadamente aquietada—, sólo entonces, es posible comprender la realidad.

Me han entregado muchas preguntas, y todas no pueden ser contestadas, es natural, pero trataré de responder a tantas como sea posible de las más representativas, aunque a veces las preguntas puedan ser presentadas en palabras diferentes, con un cambio de términos. Espero, pues, que no les importe.

Pregunta: Si he de ser perfectamente honesto, debo admitir que siento rencor y, a veces, casi odio, por todo el mundo. Eso hace que mi vida sea muy desdichada y dolorosa. Comprendo intelectualmente que yo soy este rencor, este odio, pero no puedo manejármelas con ello. ¿Puede usted enseñarme un modo de hacerlo?

KRISHNAMURTI: Bueno, ¿qué entendemos por "intelectualmente"? Cuando decimos que comprendemos algo intelectualmente, ¿qué queremos decir con eso? ¿Hay tal cosa como la comprensión intelectual? ¿O la mente tan sólo comprende las palabras, ya que ése es nuestro único medio de comunicarnos los unos con los otros? ¿Acaso comprendemos algo verbalmente? Eso es lo primero que debemos tener en claro: si la así llamada "comprensión intelectual" no es un impedimento para la comprensión. Por cierto, la comprensión es integral, no se halla dividida, no es parcial. O comprendemos algo o no lo

comprendemos. Decimos: "Tengo que comprender tal cosa intelectualmente" es, sin duda, una barrera para la comprensión. Es un proceso parcial y, por consiguiente, no es comprensión en absoluto.

Ahora bien, la pregunta es ésta: ¿De qué modo yo, que estoy lleno de rencor, de odio, puedo librarme de ese problema o manejármelas con él? ¿Cómo salimos adelante con un problema? ¿Qué es un problema? Por cierto, un problema es algo que nos perturba.

Por favor, ¿puedo sugerir algo? Siga simplemente lo que estoy diciendo. No trate de resolver su problema de rencor y odio; sólo siga esto. Aunque sea difícil investigar este problema como para que al final esté usted libre de él, veamos si podemos hacerlo ahora. Intentarlo juntos será un experimento interesante.

Soy rencoroso, siento odio, odio a la gente y eso causa dolor. Y me doy cuenta de ello. ¿Qué he de hacer? Es un factor muy inquietante en mi vida. ¿Qué he de hacer, cómo puedo librarme realmente de él, no sólo descartándolo momentáneamente, sino librarme de una manera fundamental? ¿Cómo he de hacerlo?

Y bien, es un problema para mí, ya que me perturba. Si no fuera algo perturbador, no sería un problema, ¿verdad? Debido a que causa dolor, inquietud, ansiedad, a que pienso que es desagradable, quiero librarme de él. Por lo tanto, lo que objeto es la perturbación, ¿no es así? Le doy nombres diferentes en ocasiones diferentes, en estados de ánimo diferentes; un día lo llamo de este modo y otro día le doy un nombre distinto. Pero el deseo es, básicamente, no ser perturbado. ¿No se trata de eso? Debido a que el placer no es perturbador, lo acepto. No deseo librarme del placer, porque en él no hay perturbación —al menos por el momento—. Pero el odio, el rencor, son elementos muy perturbadores en mi vida, y deseo desembarazarme de ellos.

Así que mi interés es no ser perturbado, y trato de hallar un modo de vivir en el que jamás seré perturbado. Y ¿por qué no debería ser perturbado? Debo serlo para descubrir, ¿no es así? Para ello tengo que pasar por tremendos cataclismos, disturbios, ansiedades. Porque, si no soy perturbado, me adormeceré; y eso es, quizá, lo que casi todos deseamos: apaciguarnos, adormecernos, alejarnos de cualquier perturbación, encontrar el aislamiento, la reclusión, la seguridad. Por lo tanto, si no me opongo a ser perturbado —si no me opongo de hecho, no sólo superficialmente—, porque lo que deseo es descubrir, entonces mi actitud hacia el odio, hacia el rencor, experimenta un cambio, ¿verdad? Si no me opongo a que me perturben, entonces el nombre no es importante: la palabra *odio* carece de importancia, así como no es importante el *rencor* que siento por la gente, ¿no es cierto? Porque entonces estoy experimentando directamente el estado al que llamo *rencor*, no nombro esa experiencia convirtiéndola en palabras. No sé si me explico bien.

Es decir, la ira es una cualidad muy perturbadora, tal como lo son el odio y el rencor, y muy pocos experimentamos la ira directamente, sin nombrarla. Si no la nombramos, si no la llamamos "ira" hay, sin duda, una experiencia

diferente, ¿no es así? Debido a que la calificamos como "ira", reducimos la nueva experiencia o la fijamos en función de lo viejo. Mientras que, si no la nombramos, hay una experiencia que es comprendida directamente, y esto origina una transformación en ese experimentar. ¿Soy claro? Por favor, esto no es simple.

Tomemos, por ejemplo, la mezquindad. Muy pocos de nosotros, si somos mezquinos, nos damos cuenta de ello —mezquinos acerca de asuntos monetarios, mezquinos para perdonar a la gente... ustedes saben, simplemente, ser mezquinos—. Estoy seguro de que eso nos resulta familiar. Ahora bien, si nos damos cuenta de esa cualidad, ¿cómo vamos a liberarnos de ella? No se trata de volvernos generosos, ése no es el punto. Estar libres de mezquindad ya implica generosidad, uno no tiene que "volverse" generoso. Es obvio, pues, que debemos estar conscientes de esto. Podemos ser muy generosos entregando una gran donación a nuestra Sociedad, generosos con nuestros amigos, pero espantosamente mezquinos respecto de entregar algo que para nosotros es más importante... Ustedes saben qué entiendo por "mezquino". Uno es inconsciente de eso. Cuando cobra conciencia de ese hecho, ¿qué sucede? Ejerce su voluntad para ser generoso; trata de superar la mezquindad, se disciplina para volverse generoso, y así sucesivamente. Pero, al fin y al cabo, el ejercicio de la voluntad para ser esto o aquello, sigue formando parte de la mezquindad en un círculo más amplio. De modo que, si no hacemos ninguna de estas cosas, si tan sólo nos damos cuenta de las implicaciones de la mezquindad, sin nombrarla, veremos que ocurre una transformación radical. Consideren la ira: si no la nombran, si tan sólo la experimentan —no verbalizándola, porque la verbalización es un proceso que mitiga la experiencia—, si no le dan un nombre, entonces la experiencia es aguda, se torna muy intensa y actúa como un "shock"; sólo entonces es posible liberarse de ella.

Por favor, experimente con esto. En primer lugar, uno debe verse perturbado, y es obvio que a casi ninguno de nosotros le gusta que lo perturben. Pensamos que hemos encontrado un patrón de vida: el Maestro, la creencia, lo que fuere, y en él echamos raíces. Es como tener un buen empleo burocrático y funcionar ahí por el resto de nuestra vida. Con esa misma mentalidad abordamos las diversas cualidades de las que queremos desembarazarnos. No vemos la importancia de ser perturbados, de sentirnos internamente inseguros, de no depender. Por cierto, es únicamente en la inseguridad que podemos descubrir, ver, comprender. Queremos sentirnos tranquilos, cómodos, ser como un hombre que posee muchísimo dinero; pero él, seguramente, no será perturbado, él no desea que lo perturben.

De modo que la perturbación es esencial para comprender, y cualquier intento de hallar la seguridad es un obstáculo para la comprensión; cuando deseamos librarnos de algo que nos perturba, ese deseo es, sin duda, un obstáculo. Pero si podemos experimentar un sentimiento directamente, sin nombrarlo, pienso que en eso descubriremos muchísimo; entonces ya no hay una batalla con aquello que nos perturba, porque el experimentador y lo experi-

mentado son una sola cosa, y eso es fundamental. En tanto el experimentador nombra el sentimiento, la experiencia, se separa a sí mismo de la experiencia y actúa sobre ella; una acción así es artificial, ilusoria. Pero si no hay un nombrar, el experimentador y la experiencia son un hecho único. Esa integración es indispensable y debe ser radicalmente encarada. Espero que esto sea claro. Si no lo es, lo discutiremos en otras reuniones.

Pregunta: Lo he escuchado hace algunos años, y por entonces eso no significó mucho para mí; pero al escucharlo ahora parece significar muchísimo. ¿Cómo es esto?

KRISHNAMURTI: Existen varias explicaciones: que usted ha madurado, que ha progresado, que la vida ha golpeado a su puerta, que ha sufrido intensamente, etc. —es decir, si lo que estamos considerando significa algo para usted; si piensa que son puras tonterías, entonces la explicación es muy simple—. Ahora bien, las personas que creen en el progreso, le darán una clase de explicación: que usted ha madurado poco a poco, que necesita tiempo, no sólo unos cuantos años sino otra vida, que el tiempo es esencial para la comprensión, y que aun cuando pueda no haber comprendido en un comienzo, comprenderá más tarde gracias a un gradual perfeccionamiento de la experiencia... ya sabe, todas las distintas teorías que uno tiene. Pero hay, ciertamente, una manera mucho más simple de considerar esto, ¿verdad? Tal vez, por alguna razón desconocida, un amigo suyo lo trae aquí; usted escucha con cierta indiferencia y se va; ello no significa mucho, excepto que hay árboles hermosos, que tiene un viaje placentero, etc. Y se marcha. Pero, inconscientemente, ha asimilado algo. ¿No ha notado que, cuando maneja un automóvil, o mientras pasea, aunque su mente consciente pueda estar prestando atención al manejo o viendo atentamente una cosa en especial, la otra parte está absorbiéndolo todo inconscientemente? Algo ha ocurrido, una semilla ha sido sembrada y usted no tiene conciencia de ella, pero más tarde sale a luz. Está ahí. Así, lo que al principio pudo no significar mucho, ya que usted ha escuchado algo de lo que no era consciente, luego eso reacciona sobre usted.

Por cierto, ése es todo el propósito de la propaganda, ¿no es así? No es que yo sea un propagandista, siento horror por la propaganda. Pero eso es lo que está sucediendo en el mundo con los diarios, las revistas, las películas, la radio, y demás. Mientras usted prosigue haciendo algo en lo que está realmente interesado, la radio le transmite propaganda. Su mente se halla en otra parte, pero usted está absorbiendo por vía inconsciente; y más tarde, cuando esa absorción es provocada, sale a luz, tal como ocurre con las respuestas automáticas a la guerra, al nacionalismo, a la aceptación de ciertas creencias, ya sean de la derecha o de la izquierda.

¿Cómo creen ustedes que los niños se impregnan de ciertas ideas? Es el constante impacto de esas ideas sobre el inconsciente. Y ellos las aceptan; cuando crecen, son eso mismo que han absorbido, ya sea de la izquierda o de

la derecha, ya sea de esta religión o de aquélla; eso es lo que son, con sus innumerables creencias y sus mentes condicionadas. El inconsciente ha estado absorbiendo todo el tiempo. Y puede absorber tanto lo feo como lo bello, tanto lo verdadero como lo falso. Nuestra dificultad radica en estar libres de todas estas impresiones y mirar la vida de nuevo. ¿Es posible estar libres de la influencia de estos constantes impactos? O sea, darnos cuenta de estos impactos y no ser influidos por ellos. Porque están ahí. ¿Puedo ser lo bastante sensible, estar lo bastante alerta como para saber qué es falso, qué es engañoso, de modo que ni siquiera haya resistencia? Porque tan pronto resisto, fortalezco lo que estoy resistiendo; por lo tanto, me vuelvo parte de ello. Pero si lo comprendo, eso ya no ejerce más influencia alguna, ni sobre lo consciente ni sobre lo inconsciente.

¿Es, entonces, posible liberarse de todas las influencias que nos condicionan y a base de las cuales nos hemos educado? ¿Liberarnos del nacionalismo, de las diferencias de clase, de las innumerables creencias religiosas y de las ideologías políticas? Por cierto, uno debe ser libre; de lo contrario, no puede descubrir lo que hay más allá de la libertad. Pero, para ser libre, debe examinar todas estas cosas, ¿no es así?, y no aceptar nada —lo cual no implica cultivar la duda—. En consecuencia, por todo eso, uno debe comprender el contenido de su propia conciencia, de lo que uno es.

Pregunta: ¿Querría usted hablarnos acerca del pecado?

KRISHNAMURTI: Con propósitos de civilización, todas las religiones organizadas han cultivado, desafortunadamente, el sentimiento de culpa. Casi todos lo experimentamos; cuanto más sensibles somos, tanto más agudo es el sentimiento. Cuanto más responsables nos sentimos, más sentimiento de culpabilidad tenemos. Vemos esta confusión mundial, las guerras que nos amenazan, toda la trapacería que nos rodea; y, siendo sensibles, despiertos, inteligentes, estando suficientemente interesados en lo que pasa, sentimos que somos responsables. Y como es tan poco lo que uno puede hacer, surge el sentimiento de culpa. Ésa es una parte del problema. Entonces, a fin de mantener al hombre dentro de límites civilizados, este sentimiento de que obramos mal ha sido cuidadosa y diligentemente cultivado, ¿no es así? De lo contrario, ustedes se saldrían de sus límites. Porque, si no tuviéramos normas ni sanciones ni un código moral —no es que haya mucho de eso ahora—, sería peor. Así, la religión, la creencia organizada, ha sostenido y cultivado cuidadosamente este sentimiento de que debemos observar las reglas, de que no debemos pecar, de que no debemos cometer actos reprensibles. Nos han contenido dentro de un molde, y son sólo muy pocos los que pueden ir más allá del molde, porque casi todos deseamos permanecer dentro de él. Queremos ser respetables; el temor a la opinión pública y a tantas cosas, nos retiene dentro del molde. Y, al estar atemorizados, al no depender de nuestra propia comprensión, la mayoría deposita su confianza en otro: el sacerdote, el psicólogo, el líder, el político, ya

conocen las innumerables dependencias que cultivamos. Todas esas cosas fortalecen, como es natural, nuestra inherente ansiedad de hacer lo correcto. De todo esto, surge el sentimiento de culpa.

Y está la monserga religiosa acerca del pecado. Pero, hay ciertos hechos obvios, ¿no es así?, por ejemplo, que la virtud es esencial. Pero la virtud cultivada ya no es más virtud; es tan sólo el fortalecimiento del "yo" con un nombre diferente. La virtud adviene sólo cuando estamos libres del deseo de ser alguna cosa, cuando no tememos ser nada. Y, está la repetición de una acción determinada que ha causado desgracia a otros o a uno mismo, y eso puede considerarse un pecado. Por cierto, lo primero es ver algo muy claramente —lo cual puede descubrirse en la relación— y no repetirlo. La repetición es, sin duda, el error, no así la acción que tuvo lugar primero. Y para comprender esa cualidad repetitiva del deseo, tenemos que comprender toda la estructura de nosotros mismos.

Así, pues, existe toda esta cosa llamada pecado, el sentimiento de culpa. Uno puede haber hecho algo malo, como molestar a alguien, como chismear; pero persistir en eso es, indudablemente, lo peor que uno puede hacer. Si ven que han hecho algo malo, obsérvenlo, examínenlo a fondo y libérense de ello, no sigan repitiéndolo. Porque esta preocupación acerca de lo que hemos hecho en el pasado o que podríamos hacer en el minuto siguiente, esta constante ansiedad al respecto, este miedo, sólo refuerza la inquietud de la mente, ¿no es así? El chismear, el molestar, denotan una mente inquieta. Cuando no hay inquietud ni distracción, sino un estado de alerta, de vigilancia, el problema desaparece. El sentimiento de culpa nos tiene a raya a casi todos nosotros. Pero eso no es más que miedo; y el miedo, por cierto, no origina claridad de comprensión. En el miedo no hay comunión. Este miedo es lo que debemos erradicar, no el sentimiento de que uno está pecando.

Pregunta: No hay posibilidad de una acción colectiva, sin un plan coordinado que implique la subordinación de la voluntad individual al propósito común. Si los individuos fueran abnegados, no se necesitarían el control y la autoridad. ¿Cómo podemos alcanzar un propósito común sin refrenar la errática voluntad del individuo, aun cuando a veces ésta sea bien intencionada?

KRISHNAMURTI: A fin de lograr una acción colectiva, recurrimos a la compulsión o al autoritarismo, o bien a una forma de miedo, de amenaza o de recompensa, cosas que nos son familiares a todos. El Estado, o un grupo de individuos, establece cierto propósito, y después compele, coacciona o persuade a los demás para que cooperen, esgrimiendo a tal fin la recompensa o el castigo, todos los diversos medios que conocemos para producir una acción coordinada. Es decir, si hay un propósito común con el que estamos todos de acuerdo, ¿no debemos, entonces someternos a él y dejar a un lado nuestra propia voluntad?

¿Cómo es posible la cooperación? Éste es, en realidad, el quid de la cuestión, ¿no? La cooperación, la acción coordinada descansa, o bien en el miedo, o en la inteligencia y el amor. Cuando determinada nación está en guerra, hay una cooperación que se basa en el miedo. Y, al parecer, el miedo, el odio, la envidia, unen a las personas más rápidamente que la inteligencia y el amor. Hábiles estadistas, políticos, conocen esto y lo instigan; también con eso estamos familiarizados. Pero ¿es posible unir a las personas inteligentemente, por obra del afecto? Ése es el verdadero problema, ¿no? Vemos que más y más gente se une a causa del odio, del miedo, de la coacción: movimientos de masas, el uso de métodos psicológicos de persuasión, la propaganda y demás. Si ése es el camino, entonces es inútil lo que estamos discutiendo. Pero, si no cooperamos, si no nos unimos por obra de la codicia, ¿hay algún otro modo de hacerlo? Y, si lo hay, ¿no debemos someter la voluntad individual a un propósito más elevado?

Digamos, por ejemplo, que todos concordamos en que debe haber paz en el mundo. Y ¿cómo es posible esa paz? La paz es posible, sin duda, sólo cuando hay abnegación, cuando el "yo" no es importante. Debido a que en mí mismo soy pacífico, mis acciones serán pacíficas y, por ende, no seré antisocial. Desde mí mismo desecharé todo aquello que contribuye a la hostilidad. En consecuencia, debo pagar el precio por la paz, ¿no es así? La paz debe originarse en mí. Y cuantos más de nosotros, como individuos, estemos a favor de la paz, mayor será la posibilidad de paz en el mundo —lo cual no implica subordinar la voluntad individual al conjunto, a un propósito, a un plan, a una utopía—. Veo que no podrá haber paz hasta que yo no sea pacífico, lo cual quiere decir: nada de nacionalismo, nada de clases sociales, etc., usted sabe, todas las cosas que incluye el hecho de ser pacífico, hecho que implica ser completamente abnegado, desinteresado. Y cuando eso exista, cooperaremos. Será inevitable que haya cooperación. Pero cuando hay compulsión desde afuera para obligarme a cooperar con el Estado, con un grupo, podré cooperar, pero internamente estaré luchando, internamente no habrá paz. O, puede que use la utopía como un medio de autorrealización, lo que también es una expansión de mí mismo.

Así, pues en tanto haya sometimiento de la voluntad individual a una determinada idea, debido a la codicia, a la identificación, es inevitable el conflicto entre el individuo y la masa. Por lo tanto, el acento ha de ponerse no en el individuo y lo colectivo como opuestos el uno al otro, sino en la libertad respecto del sentido del "yo" y "lo mío". Si esa libertad existe, no hay tal problema de lo individual y lo colectivo opuestos entre sí. Pero, dado que eso parece casi imposible, nos persuaden para que nos unamos a lo colectivo a fin de producir cierta clase de acción, para que sacrifiquemos al individuo en pro del conjunto; y el sacrificio nos lo imponen otros, los líderes. Podemos, en cambio, considerar todo este problema, no como concerniente a lo individual y a lo colectivo, sino considerarlo inteligentemente, y darnos cuenta de que no podrá haber paz en tanto cada uno de nosotros no sea pacífico, y de que esa paz no

puede ser comprada a ningún precio. Ustedes y yo debemos estar libres de las causas que generan conflicto dentro de nosotros. Y el centro del conflicto es el "sí mismo", el "yo". Pero la mayoría de nosotros no desea estar libre de ese "yo".

Ésa es la dificultad. A casi todos nos agradan los placeres y dolores que genera ese "yo"; y en tanto estemos gobernados por los placeres y dolores del "yo", habrá conflicto entre el "yo" y la sociedad, entre el "yo" y lo colectivo; y lo colectivo dominará al "yo" y lo destruirá si puede. Pero el "yo" es mucho más fuerte que lo colectivo, y trata de obtener en lo colectivo una posición, trata de expandirse, de realizarse.

Por cierto, la libertad respecto del "yo" y, en consecuencia, la búsqueda de la realidad, el descubrimiento de la realidad, es la verdadera función del hombre. Las religiones juegan con eso en sus rituales y en sus jerigonzas, ya conocen ustedes todo ese asunto. Pero, si uno cobra conciencia de todo este proceso, proceso que hemos estado discutiendo durante tantos años, entonces hay posibilidad de que funcione la inteligencia recién despierta. En eso no hay autoliberación ni autorrealización, sino creatividad. Esta creatividad de lo real, que no pertenece al tiempo, es lo que nos libera de toda la cuestión de lo colectivo y lo individual. Entonces uno está verdaderamente en situación de contribuir a crear lo nuevo.

6 de agosto de 1949

OCTAVA PLÁTICA EN EL ROBLEDAL

Estoy seguro de que muchos de ustedes creen en la inmortalidad, en el alma, en el atman, etc. Y quizás algunos han tenido una experiencia fugaz de estas cosas. Pero, si me lo permiten, esta mañana quisiera abordarlas desde un punto de vista diferente; investiguémoslas con mucha seriedad e intensidad y descubramos la verdad al respecto, no según un determinado patrón de creencia o dogma religioso, o según nuestra propia experiencia personal, por inmensa, bella o romántica que pueda haber sido. Así que, por favor, examinen lo que vamos a discutir, examínenlo inteligentemente y sin prejuicios, con la intención de descubrir antes que de rechazarlo o defenderlo. Porque es un problema muy diferente el que discutiremos. Las implicaciones son muchas, y si uno puede pensar en ello de una manera nueva, quizá tendremos un enfoque distinto respecto de la acción y la vida.

Al parecer, creemos que las ideas son muy importantes. Nuestras mentes están llenas de ideas. Nuestra mente es idea; no hay mente sin idea, sin pensamiento, sin verbalización. Y las ideas juegan un papel extraordinariamente importante en nuestra vida: lo que pensamos, lo que sentimos, las creencias e ideas que nos condicionan. Para la mayoría de nosotros, las ideas tienen una significación notable, ideas que parecen coherentes, inteligentes, lógicas, y tam-

bién ideas que son románticas, estúpidas, sin mucho sentido. Estamos abarrotados de ideas, toda nuestra estructura se basa en ellas. Y estas ideas surgen, obviamente, a causa de influencias externas y del condicionamiento ambiental, así como por obra de las exigencias internas. Podemos ver muy bien cómo surgen las ideas. Puesto que somos limitados y buscamos expandirnos mediante las sensaciones, las ideas se convierten en algo muy importante: ideas sobre Dios, ideas sobre moralidad, ideas sobre diversas formas de organización social, y así sucesivamente.

Las ideas moldean, pues, nuestra experiencia, lo cual es un hecho obvio. Es decir, las ideas condicionan nuestra acción. La acción no crea las ideas, sino que las ideas crean la acción. Primero, lo pensamos, después actuamos, y la acción se basa en las ideas. Por lo tanto, la experiencia es el resultado de ideas, pero la experiencia es diferente del experimentar. En el estado de experimentar, si lo han notado, no hay ideación en absoluto. Sólo existe un experimentar, un actuar. Más tarde, surge la ideación de agrados y desagrados que se deriva de ese experimentar. O bien deseamos que esa experiencia continúe, o deseamos que no continúe. Si nos agrada, regresamos a la experiencia registrada en la memoria, lo cual es ir en busca de la sensación de aquella experiencia; no es experimentar de nuevo. Por cierto, el experimentar y la experiencia son dos cosas diferentes, y eso debería quedar absolutamente claro. En el experimentar no existen el experimentador y la experiencia; sólo hay un estado de experimentar. Pero, después de experimentar, buscamos las sensaciones de ese experimentar, las anhelamos, y desde ese deseo surge la idea.

Digamos, por ejemplo, que uno ha tenido una experiencia placentera. Ya pasó, y uno la añora. O sea, añora la sensación, no el estado de experimentar, y la sensación crea ideas, ideas basadas en el placer y el dolor, en la evitación y la aceptación, en la abnegación y la continuación. Y bien, las ideas no son básicamente importantes, porque vemos que las ideas tienen continuidad. Uno puede morir, pero las ideas que ha tenido —el haz de ideas que uno es— tienen una continuación, ya sea parcialmente o totalmente, ya sea que se manifiesten en plenitud o sólo un poco; pero tienen una forma de continuidad, es obvio.

Así, pues, si las ideas son el resultado de las sensaciones, como lo son, y si la mente está llena de ideas, si la mente es idea, entonces hay una continuación de la mente como un haz de ideas. Pero eso no es, por cierto, inmortalidad, porque las ideas son tan sólo el producto de sensaciones, sensaciones de agrado y desagrado; y la inmortalidad debe ser algo que está más allá de las ideas, algo sobre lo que la mente no puede especular, porque sólo puede especular en términos de placer y dolor, evitación y aceptación. Como la mente sólo puede pensar en esos términos, por extensiva y profundamente que lo haga, eso sigue basándose en la idea; pero la idea, el pensamiento, tiene continuidad, y lo que continúa no es, evidentemente, la inmortalidad. En consecuencia, para conocer o experimentar la inmortalidad, para experimentar ese estado, no debe haber ideación.

Uno no puede pensar acerca de la inmortalidad. Si podemos estar libres

de la ideación, esto es, si no pensamos desde el punto de vista de las ideas, entonces hay únicamente un estado de experimentar, un estado en el que la ideación ha cesado por completo. Ustedes pueden experimentar con esto, no acepten lo que yo digo. Porque esto implica muchísimo. La mente debe estar por completo quieta, sin movimiento alguno hacia atrás o hacia adelante, hacia lo profundo o hacia lo alto. Es decir, la ideación debe cesar enteramente. Y esto es sumamente difícil. Por eso nos aferramos a palabras tales como *el alma, la inmortalidad, la continuidad, Dios*; todas ellas tienen efectos neurológicos, que son las sensaciones. Y de estas sensaciones se alimenta la mente; privémosla de estas cosas y está perdida. De modo que se aferra con gran fuerza a las experiencias pasadas, que ahora se han convertido en sensaciones.

¿Es posible para la mente estar tan quieta —no de manera parcial, sino en su totalidad— como para tener una experiencia directa de aquello que no es concebible, que no puede expresarse en palabras? Lo que continúa se halla, obviamente, dentro de los límites del tiempo; y, a través del tiempo, lo intemporal no puede revelarse. Por lo tanto, Dios, o como quieran llamarlo, no puede ser pensado. Si uno piensa en él, eso es tan sólo una idea, una sensación; en consecuencia, deja de ser verdadero. Es solamente una idea que tiene una continuación, una idea heredada o condicionada; y una idea semejante no es eterna, inmortal, intemporal. Resulta esencial percibir esto, ver su verdad a medida que lo consideramos, no decir: "Esto es así, aquello no es así"; "Creo en la inmortalidad y usted no"; "Usted es agnóstico y yo soy devoto". Expresiones así son todas inmaduras, irreflexivas, carecen de significación. Estamos abordando algo que no es un mero asunto de opinión, de agrado o desagrado, de prejuicio. Tratamos de descubrir qué es la inmortalidad, no del modo en que lo hacen las personas que se llaman religiosas y que pertenecen a uno u otro culto especial, sino experimentando esa cosa, percibiéndola, porque en eso hay creación. Una vez que se lo ha experimentado, todo el problema de la vida sufre un cambio significativo, revolucionario; sin eso, todas las disputas y las triviales opiniones no tienen realmente ningún sentido.

Así, pues, uno ha de estar atento a todo este proceso de cómo nacen las ideas, cómo la acción surge de las ideas y cómo las ideas controlan la acción y, por ende, la limitan, puesto que dependen de la sensación. No importa de quién sean las ideas, si son de la izquierda o de la extrema derecha. Mientras nos aferramos a las ideas, nos hallamos en un estado en el que no puede haber experimentar alguno. Entonces vivimos nada más que en el campo del tiempo —en el pasado, que provee nuevas sensaciones, o en el futuro, que es otra forma de sensación—. Sólo cuando la mente está libre de la idea, es posible el experimentar. Simplemente escuchen esto, no lo rechacen ni lo acepten. Escúchenlo como escucharían el viento entre los árboles. Ustedes no objetan el sonido del viento entre los árboles; es agradable. O, si no les agrada, se alejan. Hagan lo mismo aquí. No rechacen, simplemente descubran. Porque es mucha la gente que ha expresado su opinión en este tema de la inmortalidad; los instructores religiosos hablan de ella, tal como lo hace cada predicador a la

vuelta de la esquina. Hablan de ella muchos santos, y hay numerosos escritores que la niegan o la afirman; dicen que la inmortalidad existe, o dicen que el hombre no es sino el resultado de las influencias ambientales... y así sucesivamente; hay muchísimas opiniones. Las opiniones no son la verdad, y la verdad es algo que debe ser experimentado directamente, de instante en instante; no es una experiencia que ustedes puedan desear, la cual sería, entonces, mera sensación. Sólo cuando uno es capaz de ir más allá del haz de las ideas —que es el "yo", la mente, que tiene una continuidad parcial o completa—, sólo entonces, cuando el pensamiento está totalmente silencioso, hay un estado de experimentar. Entonces sabrá uno qué es la verdad.

Pregunta: ¿Cómo puede uno conocer o sentir, sin lugar a error, la realidad, el exacto e inmutable significado de una experiencia de la verdad? Cada vez que tengo una comprensión y siento que es la verdad, alguien a quien se la comunico me dice que tan sólo me engaño a mí mismo. Cada vez que creo haber comprendido, hay alguien ahí para decirme que vivo una ilusión. ¿Existe un modo de saber, sin ilusión alguna, sin autoengaño, cuál es la verdad acerca de mí mismo?

KRISHNAMURTI: Cualquier forma de identificación debe, por fuerza, conducirnos a ilusiones. Está la ilusión psiquiátrica, y está la ilusión psicológica. Con la ilusión psiquiátrica sabemos qué hacer. Cuando uno piensa que es Napoleón o un gran santo, ustedes saben qué se hace. Pero la identificación e ilusión psicológica es algo por completo diferente. El político, la persona religiosa, se identifican con el país o con Dios. El político es el país, y si tiene talento es una pesadilla para el resto del mundo, ya sea pacíficamente o con violencia. Hay diversas formas de identificación: identificación con la autoridad, con un país, con una idea; identificación con una creencia, lo que nos obliga a hacer toda clase de cosas; con una ideología, por la cual estamos dispuestos a sacrificarlo todo y a todos, incluidos nosotros mismos y el país, a fin de lograr lo que deseamos; identificación con una utopía, por la cual forzamos a los demás dentro de un molde determinado. Luego, está la identificación del actor, que desempeña distintos papeles. Y casi todos nosotros estamos en esa situación de actuar, de adoptar poses, consciente o inconscientemente.

Nuestra dificultad radica, pues, en que nos identificamos con un país, con un partido político, con la propaganda, con una creencia, con un líder... todo eso es un tipo de identificación.

Después, está la identificación con nuestras propias experiencias. Digamos que he tenido una experiencia, algo conmovedor; y cuanto más insisto pensando en ella, más romántica, más sentimental, más confusa se vuelve; y a eso le doy el nombre de Dios —ya conoce usted las innumerables formas del autoengaño—. Por cierto, la ilusión surge cuando me aferro a algo. Si he tenido una experiencia que ya pasó, que terminó, y regreso a ella, genero una ilusión. Si deseo que algo se repita, si me apego a la repetición de una experiencia, ello

debe llevarme, por fuerza, a la ilusión. De modo que la base de las ilusiones es la identificación: identificación con una imagen, con una idea de Dios, con una voz interna, o con experiencias a las que nos aferramos ardientemente. A lo que en realidad nos aferramos no es a la experiencia, sino a la sensación que hemos tenido de esa experiencia en el momento de experimentar. Una persona que ha establecido alrededor de sí misma diversos métodos de identificación, está viviendo engañada. Una persona que cree a causa de una sensación, de una idea a la que se adhiere, es inevitable que viva en la ilusión, en el autoengaño. Por lo tanto, cualquier experiencia acerca de usted mismo, a la que regresa o a la que rechaza, tiene que conducirlo inevitablemente a la ilusión. La ilusión cesa sólo cuando usted comprende una experiencia y no se aferra a ella. Este deseo de poseer es la base de la ilusión, del autoengaño. Usted desea ser algo, y este deseo de ser algo debe ser comprendido para que se comprenda el proceso de la ilusión, del autoengaño. Si pienso que en mi próxima vida seré una gran instructor, un gran Maestro, el Buda, X, Y o Z, o si pienso que soy tal cosa ahora y me atengo a ello, eso debe ser, por fuerza, ilusorio, porque vivo basado en una sensación, la cual es una idea, y mi mente se alimenta de ideas, ya sean verdaderas o falsas.

¿Cómo va a saber uno, en un momento dado, si una experiencia corresponde a la verdad? Ésa es una parte de la pregunta. ¿Por qué quiere usted saber si ésa es una experiencia de la verdad? Un hecho es un hecho, no es verdadero ni falso. Sólo cuando quiero traducir un hecho, traducirlo conforme a mi sensación, a mi ideación, penetro en lo ilusorio. Cuando estoy furioso, eso es un hecho; no hay problema de autoengaño. Cuando soy lascivo, codicioso, cuando estoy irritado, eso es un hecho; sólo cuando empiezo a justificarlo, a encontrarle explicaciones, a traducirlo, según mi prejuicio, a mi favor, o a eludirlo, sólo entonces, tengo que preguntar: "¿Cuál es la verdad?". O sea, tan pronto abordamos un hecho emocionalmente, sentimentalmente, con ideaciones, penetramos en el mundo de las ideas y del autoengaño. Mirar un hecho y estar libre de todo esto, requiere un extraordinario estado de vigilancia. Por lo tanto, es más importante descubrir por nosotros mismos no si vivimos en la ilusión o el autoengaño, sino si estamos libres del deseo de identificarnos, del deseo de tener una sensación, a la que llamamos experiencia, del deseo de repetir una experiencia, de poseerla o de volver sobre ella. Después de todo, no podemos conocernos a nosotros mismos de instante en instante tal como somos realmente, si lo hacemos a través de la pantalla de las ideas, que son sensaciones. Para conocerse uno a sí mismo, no hay necesidad de conocer qué es la verdad o qué no es la verdad.

Para mirarse uno a sí mismo en el espejo y ver que es feo o que es hermoso, para verlo de hecho, no románticamente, no se requiere conocer la verdad. Pero la dificultad con la mayoría de nosotros es que, cuando vemos la imagen, la expresión, queremos hacer algo al respecto; si nos agrada, nos identificamos con ella; si nos apena, queremos cambiarla, la eludimos. En este proceso radica, sin duda, el autoengaño, con el cual ustedes están en cierto modo familiarizados. Los políticos lo practican; también los sacerdotes cuando hablan de

Dios en nombre de la religión; y nosotros mismos lo practicamos cuando estamos atrapados en la sensación de las ideas y nos aferramos a ellas: "eso es verdadero, esto es falso, los Maestros existen, los Maestros no existen"... lo cual es todo muy absurdo, inmaduro, infantil. Para descubrir lo que es factual, uno necesita un estado extraordinario de vigilancia, una percepción alerta en la que no haya condena ni justificación.

Podemos decir, pues, que nos engañamos a nosotros mismos y que hay ilusión, cuando nos identificamos con un país, con una creencia, una idea, una persona, etc.; o cuando existe el deseo de repetir una experiencia, o sea, la sensación de la experiencia; o cuando uno regresa a la infancia con el anhelo de repetir las experiencias de la infancia; o cuando uno desea llegar a ser algo. Es extremadamente difícil no verse engañado, ya sea por uno mismo o por otro, y el engaño cesa sólo cuando no existe el deseo de ser esto o aquello. Entonces la mente es capaz de mirar las cosas como son, de ver el significado de *lo que es*; entonces no hay una batalla entre lo falso y lo verdadero; entonces no buscamos la verdad separadamente de lo falso. Lo que importa, pues, es comprender el proceso de la mente; y esa comprensión es factual, no teórica, no sentimental ni romántica; no consiste en entrar a habitaciones oscuras y allí examinarlo todo, tener imágenes, visiones... todo eso nada tiene que ver con la realidad. Y, como casi todos somos sentimentales, románticos, buscadores de sensaciones, estamos atrapados en ideas, y las ideas no son *lo que es*. Por eso, la mente que se halla libre de ideas, que son sensaciones, también está libre de ilusión.

Pregunta: La experiencia muestra que la comprensión surge sólo cuando cesan la argumentación y el conflicto, y tiene lugar cierta clase de serenidad o armonía intelectual. Esto es cierto incluso en la comprensión de problemas matemáticos y técnicos. Sin embargo, esta serenidad ha sido experimentada sólo después de cada esfuerzo de análisis, examen o experimentación que hemos hecho. ¿Significa esto que tal esfuerzo es un preparativo necesario aunque no suficiente, para la serenidad?

KRISHNAMURTI: Espero que hayan comprendido la pregunta. El interlocutor, para exponerlo brevemente, pregunta: El esfuerzo hecho para ahondar, analizar, examinar algo, ¿no es necesario antes de que pueda haber serenidad de la mente? Antes de que la mente pueda comprender, ¿no se requiere un esfuerzo? Es decir, la técnica, ¿no es necesaria antes de la creatividad? Si tengo un problema, ¿no debo considerarlo, examinarlo a fondo y plenamente, investigarlo, analizarlo, disecarlo, resolverlo abordándolo una y otra vez hasta quedar libre de él? Entonces, cuando la mente está quieta, encuentro la respuesta. Éste es el proceso por el que pasamos. Tenemos un problema, lo examinamos, lo cuestionamos, hablamos acerca de él; y entonces la mente, cansada de eso, se queda quieta. Y cuando la mente está quieta, encontramos inadvertidamente la respuesta. Con este proceso estamos familiarizados. Y el interlocutor pregunta: ¿No es necesario eso antes que nada?

¿Por qué pasamos por ese proceso? No planteemos erróneamente esta pregunta acerca de si es necesario o no; preguntémonos, más bien, por qué debemos pasar por él. Paso por ese proceso, obviamente, para encontrar una respuesta. Mi ansiedad está en encontrar una respuesta, ¿no es así? Ese temor de no encontrar una respuesta me induce a hacer todas estas cosas; y entonces, después de pasar por este proceso, estoy exhausto y digo: "No puedo responder a eso". Entonces la mente se queda quieta y hay una respuesta, a veces o siempre.

De modo que la pregunta no es si el proceso preparatorio es necesario, sino por qué paso por ese proceso. Evidentemente, porque estoy buscando una respuesta. No estoy interesado en el problema, sino en cómo alejarme del problema. No busco la comprensión del problema sino la respuesta al problema. Por cierto, hay una diferencia, ¿verdad? Porque la respuesta se halla en el problema, no lejos de él. Paso por la búsqueda, el análisis, el proceso de disección, a fin de escapar del problema. Pero, si no escapo del problema, si trato de mirarlo sin temor ni ansiedad, si tan sólo miro el problema —matemático, político, religioso, o el que fuere— y no busco una respuesta, entonces el problema empezará a revelárseme.

Por cierto, esto es lo que ocurre. Pasamos por este proceso y, finalmente, lo descartamos porque en él no hay salida. Entonces, ¿por qué no podemos empezar desde el comienzo mismo, o sea, no buscar una respuesta al problema? Esto es sumamente arduo, ¿verdad? Porque, cuanto más comprendemos el problema, más significación contiene. Para comprenderlo, debo abordarlo con serenidad, no imponer sobre el problema mis ideas, mis sentimientos de agrado y desagrado. Entonces el problema revelará su significación.

¿Por qué no es posible la serenidad de la mente desde el comienzo mismo? Y habrá serenidad sólo cuando no busquemos una respuesta, cuando el problema no nos cause temor. Nuestra dificultad es el temor contenido en el problema. Por lo tanto, si planteamos la pregunta acerca de si es necesario o no hacer un esfuerzo, recibimos una respuesta falsa.

Consideremos esto de una manera diferente. Un problema exige atención, no distracción a causa del temor; y no hay atención cuando estamos buscando una respuesta que nos convenga, que prefiramos a cualquier otra, que nos brinde satisfacción o posibilidad de escape. En otras palabras, si podemos abordar el problema sin ninguna de estas cosas, entonces es posible comprenderlo.

Así, pues, no es cuestión de si debemos pasar por el proceso de analizar, examinar, disecar, si éste es necesario para la serenidad. La serenidad adviene cuando no tenemos miedo; pero como tenemos miedo del problema, de sus consecuencias, estamos atrapados en nuestras propias búsquedas, las búsquedas de nuestros propios deseos.

Pregunta: Yo ya no reprimo más mis pensamientos, y estoy conmocionado por lo que surge a veces. ¿Puedo ser tan malo como eso? (Risas).

KRISHNAMURTI: Es bueno sentirse conmocionado, ¿no es así? La conmoción implica sensibilidad. Pero, si usted no está conmocionado, si tan sólo dice que en usted hay cierta cosa que no le gusta y que va a disciplinarla, entonces está a prueba de conmociones, ¿verdad? (*Risas*). No, por favor, no lo tomen a risa. Porque la mayoría de nosotros desea estar a prueba de conmociones; no queremos saber lo que somos, y por eso hemos aprendido a reprimir, a disciplinar, a destruir al prójimo y a destruirnos, ya sea por el país o por nosotros mismos. No queremos conocernos tal como somos. Por lo tanto, cuando me descubro tal como soy, eso resulta conmocionante, y *debe* serlo. Porque quiero que ello sea diferente; me agrada pensar en mí mismo imaginándome como algo hermoso, noble, esto o aquello, lo cual es todo resistencia. Nuestra virtud ha llegado a ser mera resistencia y, por consiguiente, ya no es más virtud. Ser sensibles a lo que realmente somos requiere cierta espontaneidad, y en esa espontaneidad descubrimos. Pero, si hemos reprimido, disciplinado nuestros pensamientos y sentimientos hasta el punto de que no hay espontaneidad, entonces no es posible descubrir nada; y no estoy muy seguro de que no sea eso lo que deseamos casi todos nosotros: llegar a estar internamente muertos. Porque es mucho más fácil vivir de esa manera, o sea, entregarnos a una idea, a una creencia, a una organización, al servicio social, a Dios sabe qué otra cosa, y funcionar automáticamente. Es mucho más fácil. Pero ser sensible, estar internamente despierto a todas las posibilidades es demasiado peligroso, y usamos un modo respetable de embotarnos, una forma aprobada de disciplina, represión, sublimación, rechazo; usted sabe, las diversas prácticas que nos tornan torpes, insensibles.

Ahora bien cuando uno descubre lo que es, o sea, que es malo —como dice el interlocutor—, ¿qué hará con eso? Antes, uno había reprimido y, por lo tanto, nunca lo había descubierto; ahora ya no reprime más, y descubre lo que uno es realmente. ¿Cuál es la próxima respuesta? Eso es, sin duda, mucho más importante: el modo como trata uno con ello, como lo aborda. Entonces, ¿qué ocurre cuando descubre que usted es lo que llama "malo". ¿Qué hace? En el instante en que lo descubre, su mente ya está trabajando sobre ello, ¿verdad? ¿No lo ha advertido? Descubro que soy mezquino. Eso es para mí una conmoción. ¿Qué hago? La mente dice: "No debo ser mezquino", por lo que cultiva la generosidad. La generosidad de la mano es una cosa, y la generosidad del corazón es otra. El cultivo de la generosidad es cosa de la mano; uno no puede cultivar la generosidad del corazón. Si trata de cultivar la generosidad del corazón, entonces llena el corazón con las cosas de la mente. ¿Qué hacemos, pues, cuando descubrimos en nosotros ciertas cosas que denotan falta de generosidad? Obsérvense a sí mismos, por favor, no esperen mi respuesta, mi explicación; consideren esto y experiméntenlo a medida que avanzamos juntos. Ésta no es una clase de psicología, sino que, al escuchar algo como esto, debemos experimentar y liberarnos a medida que proseguimos investigando; no continuar viviendo día tras día de la misma estúpida manera.

Entonces, ¿qué hacemos? La respuesta instintiva es, o bien justificar o negar, lo que equivale a tornarnos insensibles. Pero ver la cosa tal como es, ver que soy mezquino y detenerme ahí, sin apelar a ningún tipo de explicaciones, saber simplemente que uno es mezquino, es algo extraordinario; implica que no hay verbalización, que uno ni siquiera nombra el sentimiento que tiene. Si de veras nos detenemos ahí, veremos que ocurre una transformación extraordinaria. Entonces nos damos cuenta extensivamente de las implicaciones de ese sentimiento; entonces nada tenemos que hacer a su respecto. Porque, cuando no nombramos algo, eso se marchita, termina por secarse.

Experimenten con ello y descubrirán qué calidad extraordinaria de percepción alerta surge cuando no nombran ni justifican, sino que tan sólo miran, observan silenciosamente el hecho de que no son generosos o de que son mezquinos. Uso las palabras *generoso, mezquino,* tan sólo con fines de comunicación. La palabra no es la cosa, de modo que no se dejen llevar por las palabras, sino miren esta cosa. Por cierto, es importante descubrir lo que somos, sentirnos sorprendidos y conmocionados al descubrir lo que somos realmente, cuando pensábamos que éramos tan maravillosos. Es romántico, idiota y estúpido pensar que uno es esto o aquello. Por lo tanto, cuando desechemos todo eso y simplemente miremos *lo que es* —y esto requiere un estado extraordinario de vigilancia, no valor ni virtud—, cuando ya no reprimamos ni justifiquemos ni condenemos ni nombremos el hecho, veremos que hay una transformación.

Pregunta: ¿Qué es lo que determina el lapso entre la percepción respecto de nuestro pensamiento-sentimiento y la modificación o desaparición permanente de la condición percibida? En otras palabras, ¿por qué ciertas condiciones indeseables en uno mismo no se desvanecen apenas son observadas?

KRISHNAMURTI: Indudablemente, eso depende de la debida atención, ¿no es así? Cuando uno percibe una cualidad indeseable —uso estas palabras tan sólo para comunicar, no le doy ningún significado especial a "percibir"—, hay un intervalo de tiempo antes de que haya una transformación, y el interlocutor quiere saber por qué. El intervalo entre la percepción y el cambio depende, por cierto, de la atención. ¿Hay atención si tan sólo estoy resistiendo algo, si lo condeno o lo justifico? Es obvio que no hay atención; sólo lo estoy eludiendo. Si trato de superarlo, disciplinarlo, cambiarlo, eso no es atención, ¿verdad? La atención existe sólo cuando estoy plenamente interesado en la cosa misma; no en cómo transformarla, porque entonces la evito, estoy distraído, escapo de ella. Así, pues, lo importante no es lo que ocurre, sino tener esa capacidad de atención cuando uno descubre algo indeseable; y no existe la atención debida si hay cualquier forma de identificación, cualquier sentimiento de agrado o desagrado. Por cierto, está muy claro: tan pronto me distraigo por mi sentimiento de desear o no desear eso, no hay atención.

Si esto ha quedado bien claro, el problema es simple. Entonces no hay

intervalo. Pero el intervalo nos agrada. Nos agrada pasar por todo este galimatías de laberínticos procedimientos para eludir la cosa que debemos abordar. Y hemos cultivado maravillosa y diligentemente los escapes, y los escapes se han vuelto más importantes que la cosa misma. Pero si uno ve los escapes, no de manera verbal sino que de veras ve que está escapando, entonces existe la debida atención y uno no tiene que luchar contra los escapes. Cuando ve algo venenoso, no tiene que escapar; es veneno y uno no lo toca. De igual manera, la debida atención es espontánea cuando el problema es realmente grande, cuando la conmoción es intensa. Entonces hay una respuesta inmediata. Pero cuando la conmoción, el problema no es grande —y nos cuidamos de que ningún problema se vuelva demasiado grande—, nuestras mentes se embotan y se fatigan.

Pregunta: El artista, el músico, ¿está ocupado en algo frívolo? No hablo de alguien que se dedica al arte o a la música, sino de uno que es inherentemente un artista. ¿Querría usted examinar esto?

KRISHNAMURTI: Es un problema muy complicado, así que investiguémoslo despacio. Como dice el interlocutor, hay dos tipos de personas: aquéllas que son inherentemente artistas, y las que se dedican al arte o a la música. Estas últimas lo hacen, es obvio, ya sea por la sensación que ello les brinda, por inspiración, por diversas formas de escape, o simplemente como una diversión, una afición. Podrían dedicarse a eso como otros se dedican a la bebida o a un "ismo" o a algún dogma religioso; tal vez sea menos dañino, porque uno lo hace solo. Luego, está el otro tipo, el artista. Inherentemente, para sí mismo, pinta, toca o compone música, etc. Ahora bien, ¿qué ocurre con esa persona? Ustedes deben conocer personas así. ¿Qué le ocurre a esa persona como individuo, como ente social? El peligro, para todas esas personas que tienen una capacidad, un don, es que, ante todo, piensan que son superiores. Creen que son la sal de la Tierra, que son seres especialmente elegidos desde arriba; y con ese sentimiento de separación, de ser los elegidos, llegan todos los males: son seres antisociales, individualistas, agresivos, extraordinariamente egocéntricos —casi todas las personas talentosas son así—. Por eso, el talento, la capacidad, son un peligro, ¿no es cierto? No es que uno pueda evitar el talento o la capacidad, sino que debe estar consciente de sus implicaciones, de sus riesgos. Tales personas pueden juntarse en un laboratorio o en una reunión de músicos y artistas, pero siempre mantienen esta barrera entre ellas mismas y los demás, ¿no? "Usted es el lego y yo soy el especialista"; o sea, el hombre que sabe más y el hombre que sabe menos... y toda la identificación que acompaña a eso.

No hablo con menosprecio de nadie, porque eso sería demasiado estúpido, pero uno debe darse cuenta de todas estas cosas. Señalarlas no es injuriar ni ridiculizar a tal o cual persona. En primer lugar, pocos de nosotros somos inherentemente artistas. Nos gusta jugar con eso, porque es provechoso o nos da cierto brillo, cierta figuración, un lugar, una posición en la sociedad. Y si somos artistas, si lo somos de verdad, genuinamente, hay sin duda una condi-

ción de sensibilidad, no de aislamiento. El arte no pertenece a ningún país, a ninguna persona en particular, pero el artista pronto convierte su talento en algo personal: *él* pinta, es *su* obra, *su* poema, se infla con eso, igual que el resto de nosotros. En consecuencia, se vuelve antisocial: *él* es lo más importante. Y, como muy pocos de nosotros estamos, afortunada o desafortunadamente, en esa situación, usamos la música o el arte tan sólo como sensaciones. Podemos tener una viva experiencia cuando oímos algo bello, pero la repetición de eso una y otra y otra vez, pronto nos embota. Nos complacemos en la mera sensación. Si no nos complacemos en eso, entonces la belleza tiene un significado por completo diferente. Entonces cada vez la abordamos de nuevo. Y lo importante, lo que contribuye a la sensibilidad, es esta manera nueva, fresca, de abordar cada vez algo, tanto si es algo feo como si es algo bello; pero uno no puede ser sensible si está aprisionado por su propia afición o capacidad, por su propio placer, por su propia sensación. La persona verdaderamente creativa, llega a las cosas siempre de un modo nuevo; no se limita a repetir lo que le ha dicho el locutor de la radio o lo que dicen los críticos.

La dificultad en esto es sostener esa sensibilidad todo el tiempo, estar alerta, tanto si usted es un artista como si tan sólo juega con el arte. Y esa sensibilidad se embota cuando usted se da importancia a sí mismo como artista. Podrá tener visión y la capacidad de expresar esa visión en la pintura, en el mármol, en palabras; pero tan pronto se identifica con ello, está perdido, acabado. Pierde esa sensibilidad. El mundo gusta de alabarlo, de decir que es un artista maravilloso, y a usted le agrada eso. Y, para casi todos nosotros que no somos inherentemente artistas, la dificultad es no perdernos en sensaciones, porque las sensaciones embotan; a través de sensaciones no podemos experimentar. El experimentar surge únicamente cuando hay una relación directa, y la relación directa no es posible cuando existe la pantalla de la sensación, el deseo de ser, de cambiar, o de continuar. Así que nuestro problema es mantenernos alerta y sensibles; y eso es negado cuando estamos buscando tan sólo la sensación y repetir la sensación.

7 de agosto de 1949

NOVENA PLÁTICA EN EL ROBLEDAL

Creo que esta tarde sólo contestaré preguntas y no daré la habitual plática introductoria; pero, antes de contestarlas, quisiera señalar una o dos cosas concernientes a estas preguntas y respuestas.

Ante todo, la mayoría de nosotros se siente muy inclinada a creer. La mente es muy ingeniosa en persuadirnos a pensar de una manera diferente, a adoptar un nuevo punto de vista, o a creer en cosas que no son fundamentalmente verdaderas. Ahora bien, al contestar estas preguntas, me gustaría decir

que no los estoy persuadiendo a pensar de acuerdo con mi manera particular de hacerlo. Tratamos de encontrar juntos la respuesta correcta. No les contesto para que se limiten a aceptar o rechazar. Vamos a descubrir juntos qué es verdadero, y eso requiere una mente abierta, inteligente, inquisitiva, alerta, no una mente tan llena de prejuicios que sólo rechace lo que se dice, o tan ansiosa que lo acepte. Y, en la contestación de estas preguntas, es preciso tener en cuenta algo fundamental: que ellas son simplemente un reflejo de las modalidades de nuestro propio pensar, que nos revelan lo que pensamos. Deberían actuar como un espejo en el que nos percibimos a nosotros mismos.

Al fin y al cabo, estas discusiones, estas pláticas, tienen un único propósito: la búsqueda del conocimiento propio. Porque, como dije, sólo conociéndonos primero a nosotros mismos —profundamente, a fondo, no superficialmente—, podemos conocer la verdad. Y es sumamente arduo conocernos de manera profunda, no superficial. No es cuestión de tiempo, sino de intensidad; lo esencial es percibir y experimentar directamente. Y estas discusiones y pláticas están dirigidas a eso, a que cada uno de nosotros pueda experimentar directamente cualquier cosa que se discuta, y no entenderla tan sólo en el nivel verbal. Es importante también tener presente que cada uno debe descubrir la verdad, debe ser el Maestro y el discípulo; y eso requiere una gran dosis de humildad, no la mera aceptación de lo que yo pueda afirmar o negar.

Así que, por favor, cuando conteste las preguntas, recuerden todo esto. Porque los problemas que tenemos son innumerables. La vida no es muy placentera ni simple; es muy complicada, y podemos comprenderla sólo cuando comprendemos el proceso íntegro, total. Y el proceso total está en nosotros, no fuera de nosotros. Por lo tanto, es esencial comprendernos a nosotros mismos. Entonces podemos habérnoslas con las cosas a que nos enfrentamos cada día, las influencias que impactan constantemente sobre nosotros.

Pregunta: El chisme tiene valor en la autorrevelación, y especialmente para que otros se me revelen. En serio, ¿por qué no usar el chisme como un medio de descubrir lo que es? *Yo no tiemblo ante la palabra* chisme *por el mero hecho de que haya sido condenada durante siglos.*

KRISHNAMURTI: Me pregunto por qué chismeamos. No es porque el chisme permita que otros se nos revelen. Y ¿por qué deberían otros revelársenos? ¿Por qué quiere usted conocer a otros? Ante todo, señor, ¿por qué chismeamos? Es una forma de inquietud, ¿verdad? Como la preocupación, denota una mente inquieta. Y, ¿por qué este deseo de interferir con otros, de conocer lo que otros hacen y dicen? Es una mente muy superficial la que chismea, ¿no? Es una mente inquisitiva mal orientada. El interlocutor parece pensar que otros se le revelan gracias a que él se interesa en ellos —en sus actividades, en sus pensamientos, en sus opiniones—. Pero ¿conocemos a otros si no nos conocemos a nosotros mismos? ¿Podemos juzgar a otros si no conocemos las modalidades de nuestro propio pensar, el modo como actuamos, como nos comportamos? Y

¿por qué este extraordinario interés en los demás? ¿No es, en realidad, un escape este deseo de averiguar lo que otros piensan y sienten, y luego chismear al respecto? ¿No es una forma de escapar de nosotros mismos? Y ¿no existe en ello también el anhelo de intervenir en la vida de los demás? Nuestra propia vida, ¿no es suficientemente difícil, compleja y dolorosa, sin que nos ocupemos de otros, sin que interfiramos con otros? ¿Hay tiempo para pensar en otros de esa chismosa, cruel y desagradable manera? ¿Por qué lo hacemos? Usted sabe, todos lo hacen. Prácticamente, no hay nadie que no chismee acerca de otra persona. ¿Por qué?

Creo, en primer lugar, que chismeamos acerca de otros, porque no estamos suficientemente interesados en el proceso de nuestro propio pensar y de nuestra propia acción. Queremos ver lo que otros hacen y, para expresarlo amablemente, tal vez deseamos imitarlos. Por lo general, cuando chismeamos es con el fin de condenar a otros. Pero, forzando la cosa caritativamente, digamos que quizás es para imitar a otros. ¿Por qué queremos imitar a otros? ¿No denota ello una extraordinaria superficialidad de nuestra parte? Es una mente muy, muy torpe la que desea excitación y se sale de sí misma para obtenerla. En otras palabras, el chisme es una forma de sensación, ¿verdad?, en la que nos complacemos. Puede que sea una clase diferente de sensación, pero siempre está el deseo de encontrar excitación, distracción. Así, pues, si uno de veras investiga esta cuestión profundamente, regresa a sí mismo, y eso le revela a uno que es extraordinariamente superficial y que busca excitación externa hablando acerca de otros. Dése cuenta la próxima vez que esté chismeando acerca de alguien; si está alerta, ello le indicará una cantidad impresionante de cosas respecto de usted mismo. No las encubra diciendo que es simplemente inquisitivo respecto de otros. Ello denota inquietud, un sentido de excitación, de superficialidad, la falta de un verdadero y profundo interés por la gente, el cual nada tiene que ver con el chismear.

Ahora bien, el problema siguiente es cómo poner fin al chismorreo, ¿no es así? Cuando usted se da cuenta de que está chismeando, ¿cómo deja de chismear? Si ello se ha vuelto un hábito, una cosa desagradable que continúa día tras día, ¿cómo le pone fin? ¿Se suscita ese interrogante? Cuando sabe que está chismeando, cuando se da cuenta de ello y de todas sus implicaciones, ¿se pregunta cómo puede terminar con el chismorreo? ¿Acaso éste no termina espontáneamente tan pronto uno se da cuenta de que está chismeando? El "cómo" no surge en absoluto. Sólo surge cuando uno está inatento; y el chismorreo denota, sin lugar a dudas, falta de atención.

Experimente usted mismo con esto la próxima vez que esté chismeando; verá cuán rápidamente, cuán inmediatamente deja de chismear cuando se da cuenta de lo que está hablando, cuando percibe que su lengua está escapando junto con usted. No se requiere la acción de la voluntad para que eso se detenga. Todo cuanto se necesita es estar atento, ser consciente de lo que uno dice y ver las implicaciones de ello. Uno no tiene que condenar ni justificar el chisme. Esté atento a él, y verá con qué rapidez deja de chismear, porque el

chismorreo le revela a uno sus propios modos de actuar, su conducta, el patrón en que se basa su pensamiento; y en esa revelación uno se descubre a sí mismo, lo cual es mucho más importante que chismear acerca de otros, acerca de lo que otros hacen, de lo que otros piensan, y del modo en que se comportan.

La mayoría de los que leen los diarios todos los días, está repleta de chismes, de un chismorreo global. Todo eso es una manera de escapar de nosotros mismos, de nuestra propia pequeñez, de nuestra propia fealdad. Pensamos que, gracias a un interés superficial en los sucesos del mundo, nos volvemos más y más sabios, más capaces de habérnoslas con nuestras propias vidas. Todas estas cosas no son sino maneras de escapar de uno mismo, ¿verdad? Se deben a que internamente somos tan vacuos, tan superficiales, tan temerosos. Siendo tan pobres en lo interno, el chisme actúa como una forma de rico entretenimiento y escape respecto de nosotros mismos. Tratamos de llenar esa vacuidad interna, con conocimientos, rituales, chismes, reuniones de grupo, con las innumerables maneras de escapar. Por lo tanto, se vuelven sumamente importantes los escapes y no la comprensión de *lo que es*. La comprensión de *lo que es* exige atención; saber que uno está vacío, que sufre, requiere una atención inmensa y no escapes. Pero casi todos gustamos de estos escapes, porque son mucho más agradables, más placenteros. Además, cuando nos conocemos tal como somos, nos es muy difícil habérnoslas con nosotros mismos, y éste es uno de los problemas con que nos enfrentamos. No sabemos qué hacer. Cuando sé que estoy vacío, que sufro, que me angustio, no sé qué hacer, cómo abordar eso. Y entonces recurro a toda clase de escapes.

De modo que la pregunta es: ¿Qué hacer? Desde luego, es obvio que uno no puede escapar, porque eso es lo más absurdo e infantil. Pero, cuando uno se enfrenta consigo mismo tal como es, ¿qué ha de hacer? Antes que nada, ¿es posible no rechazar ni justificar lo que uno ve, sino permanecer simplemente con ello? Esto es extremadamente difícil, porque la mente busca explicaciones, condena, se identifica. Si no hace ninguna de estas cosas, si permanece con eso, es como aceptar algo. Si acepto que soy moreno, se terminó ahí; pero si anhelo cambiar a un color más claro, surge el problema. Aceptar *lo que es* resulta sumamente difícil, y uno puede hacerlo sólo cuando no hay escape; y la condena o la justificación es una forma de escape. Así, pues, cuando uno comprende todo el proceso que lo lleva a chismear, y se da cuenta del absurdo, la crueldad y todo lo demás que implica, entonces se queda con lo que uno es; y nosotros siempre nos encaramos con ello ya sea para destruirlo o para cambiarlo en alguna otra cosa. Pero, si no hacemos nada de eso, si lo encaramos con la intención de comprenderlo, de permanecer con ello completamente, encontraremos que ya no es más la cosa que temíamos. Entonces existe una posibilidad de transformar *lo que es*.

Pregunta: Nosotros tenemos una colección de ideales, y la opción es am-

plia. Tratamos de realizarnos mediante diversos métodos. Esto es largo y lleva mucho tiempo. Al escucharlo a usted, yo siento que la diferencia o el espacio entre el ideal y la práctica es algo ilusorio. ¿Esto es así?

KRISHNAMURTI: En primer lugar, ¿nos damos cuenta, cada uno de nosotros, de que tenemos ideales y de que, teniendo ideales, tratamos de practicarlos o de mantenernos fieles a ellos o de aproximarnos a esos ideales? Tomemos la cuestión de la violencia. Tenemos el ideal de la no violencia y tratamos de practicar ese ideal en nuestras vidas cotidianas. O tomemos cualquier otro ideal. Tratamos de ser dignos de él todo el tiempo, de practicarlo, si es que somos serios y no vivimos tan sólo en el nivel verbal. Y eso lleva tiempo, una dedicación constante, una serie de fracasos, y demás.

¿Por qué tenemos ideales? Cualquier colección de ideales... ¿por qué los tenemos? ¿Mejoran nuestras vidas? Y la virtud, ¿puede alcanzarse mediante un constante disciplinarnos? ¿Es la virtud un resultado? ¿O es algo por completo diferente? Tome la humildad. ¿Puede usted practicar la humildad? ¿O la humildad adviene cuando el "yo" ha perdido importancia? Entonces el "yo" y "lo mío" no predominan. Pero si convertimos eso en un ideal —el ideal de que el "yo" no debe predominar—, entonces se suscita la pregunta de cómo llegar a ese estado. Así que todo este proceso es muy complicado e irreal, ¿verdad? Tiene que haber, sin duda, una manera diferente de abordar este problema. Los ideales, ¿no constituyen un escape? Sí, porque nos dan tiempo para jugar con ellos. Decimos: "Lo estoy practicando, me estoy disciplinando, un día seré eso; es necesario ir despacio, evolucionar hacia ello"; usted conoce todas las diversas explicaciones que damos.

Y bien, ¿hay un modo diferente de abordar esto? Porque vemos que el constante disciplinarnos hacia un ideal, el aproximarnos a un ideal, no origina realmente la solución del problema. No somos más bondadosos. No somos menos violentos. Podemos serlo superficialmente, pero no en lo fundamental. Así, pues ¿cómo va a ser uno no codicioso sin tener el ideal de la no codicia? Supongamos, por ejemplo, que soy codicioso o mezquino o irascible, alguna de estas cosas. El proceso corriente es tener un ideal y tratar de aproximarme todo el tiempo a ese ideal por medio de la práctica, de la disciplina, etc. ¿Me libera eso de la codicia, de la ira, de la violencia? Lo que me liberará de la violencia es estar libre de mi deseo de ser alguna cosa, de obtener algo, de proteger algo, de alcanzar un resultado, etc. Así que nuestra dificultad está en que, al tener estos ideales, existe el constante deseo de ser algo, de convertirnos en algo; y ése es, en realidad, el quid de la cuestión. Al fin y al cabo, la ira, como la codicia, es una de las expresiones del "yo", del "sí mismo", y en tanto ese "yo" subsista, la ira continuará. El mero disciplinarnos para funcionar de un modo determinado, no nos libera de la ira. Este proceso tan sólo acentúa el "sí mismo", el "yo", ¿no es así?

Ahora bien, si me doy cuenta de que soy irascible o codicioso, ¿necesito pasar por todo el proceso disciplinario para librarme de eso? ¿No hay un modo

diferente de abordarlo? Puedo abordarlo de un modo diferente sólo cuando ya no encuentro placer en la sensación. La ira me brinda una sensación placentera, ¿verdad? Aunque pueda desagradarme después, en el momento en que actúa hay involucrada en ella una excitación. Es un alivio. Por lo tanto, me parece que lo primero es tomar conciencia de este proceso, ver que el ideal no erradica nada; es tan sólo una forma de postergación. O sea, para comprender algo, debo dedicarle atención completa, y un ideal no es sino una distracción que me impide conceder ese sentimiento, esa calidad de atención en un momento dado. Si estoy plenamente atento, si concedo mi atención total a esa cualidad que llamo codicia, sin que me distraiga un ideal, ¿no estoy, entonces, en situación de comprender la codicia y disolverla? Vea, estamos muy acostumbrados a la postergación, y los ideales nos ayudan a postergar; pero, si podemos desechar todos los ideales porque comprendemos los escapes, la condición postergadora de un ideal, y nos enfrentamos a la cosa tal como es, directamente, inmediatamente, si le concedemos nuestra atención total, entonces existe, sin duda, una posibilidad de transformarla.

Si me doy cuenta de que soy violento, si lo percibo sin tratar de transformarlo o de volverme no violento, si simplemente me doy cuenta de ello, entonces, debido a que mi atención está totalmente dedicada a ese hecho, éste da a conocer las diversas implicaciones de la violencia y, por lo tanto, hay una transformación interna. Pero, si practico la no violencia, la no codicia o lo que fuere, entonces tan sólo estoy postergando, ¿no es así?, porque no concedo mi atención a *lo que es*, o sea, a la violencia, a la codicia. Vea, la mayoría de nosotros tiene ideales, ya sea como un medio de postergar, o para llegar a ser alguna cosa, para alcanzar un resultado. El deseo mismo de convertirnos en el ideal, contiene violencia. El querer ser alguna cosa, el movernos hacia una meta, contiene violencia, ¿no es así? Vea, todos queremos ser esto o aquello: queremos ser felices, queremos ser más hermosos, más virtuosos, más y más y más... Y el deseo mismo de ser algo más, implica violencia, codicia. Pero, si nos damos cuenta de que, cuanto más queremos ser algo, más conflicto hay, entonces podemos ver que el ideal sólo contribuye a incrementar nuestro conflicto, lo cual no quiere decir que yo deba satisfacerme con lo que soy. Por el contrario. En tanto quiera ser algo más, tiene que haber conflicto, sufrimiento, ira, violencia. Si de veras siento eso, si me afecta profundamente, si lo veo, si lo percibo, entonces soy capaz de habérmelas con el problema inmediatamente, sin tener una colección de ideales que me alienten a ser esto o aquello. Entonces mi acción es inmediata, mi relación con eso es directa.

Pero en esto surge también otro problema, que es el del experimentador y la experiencia. Para la mayoría de nosotros, el experimentador y la experiencia son dos estados diferentes. Yo y el ideal —dos estados diferentes—. Yo quiero llegar a ser eso. Por lo tanto, el "yo", el experimentador, el pensador, es diferente del pensamiento. Pero ¿es así? ¿El pensador es diferente del pensamiento? ¿O sólo existe el pensamiento y éste crea al pensador? Así, mientras me mantenga separado del pensamiento, "yo" puedo manipular el pensamiento,

puedo cambiarlo, transformarlo. Pero el "yo" que opera sobre un pensamiento, ¿es diferente del pensamiento? Son, por cierto, un fenómeno conjunto, ¿no es así? El pensador y el pensamiento son una sola cosa, no están separados. Cuando uno está furioso, está furioso, hay un sentimiento integrado al que llamamos "furia". Entonces digo: "Yo estoy furioso"; por consiguiente, me separo a mí mismo de la furia, y entonces puedo operar sobre ella, hacer algo a su respecto. Pero si comprendo que soy la furia, que soy esa cualidad misma, que la cualidad no puede ser separada de mí, cuando experimento eso, hay una acción por completo diferente, una manera por completo diferente de abordar la cosa.

Ahora bien, nosotros nos separamos del pensamiento, del sentimiento, de la cualidad. Por eso el "yo" es una entidad separada de la cualidad y, en consecuencia, el "yo" puede actuar sobre la cualidad. Pero la cualidad no es diferente del "yo", del pensador; y, cuando existe esa experiencia integrada en la que el pensador y el pensamiento no están separados sino que son un solo hecho, entonces hay, por cierto, un modo por completo distinto de encarar el problema, una respuesta distinta. También experimenten con eso y lo verán. Porque, en el instante del experimentar, no existen ni el experimentador ni la experiencia. Sólo cuando el experimentar se desvanece, surgen el experimentador y la experiencia. Entonces, el experimentador dice: "Eso me agrada" o "eso no me agrada", "deseo más de eso" o "deseo menos de eso". Así, pues, quiere cultivar el ideal, llegar a ser ese ideal. Pero, si el pensador es el pensamiento, si no hay dos procesos separados, entonces toda la actitud se transforma, ¿verdad? Entonces hay una respuesta totalmente distinta en relación con el pensamiento, ya no hay más un aproximar el pensamiento a un ideal, o un librarse del pensamiento; ya no existe el hacedor del esfuerzo.

Creo que es de veras muy importante descubrir esto por uno mismo, experimentar esto directamente, no porque yo diga que es así o lo diga alguna otra persona. Es esencial llegar a experimentar que el pensador es el pensamiento. No permitan que ello se convierta en una nueva jerga, en una nueva serie de palabras. No experimentamos por medio de palabras. Tan sólo tenemos sensaciones, y las sensaciones no son el experimentar. Si uno puede cobrar conciencia de este fenómeno conjunto, de este proceso en que pensador y pensamiento son uno, entonces creo que el problema será comprendido mucho más profundamente que cuando tan sólo tenemos ideales o no tenemos ninguno, lo cual no viene al caso.

Si soy mis pensamientos, y mis pensamientos son diferentes de mí, entonces no existe el hacedor del esfuerzo, ¿verdad? Entonces no me convierto en ese ideal; entonces ya no cultivo más la virtud. No es que ya soy virtuoso. Apenas tengo conciencia de ser virtuoso, no soy virtuoso. Tan pronto estoy consciente de que soy humilde, se termina la humildad. Por lo tanto, si puedo comprender al hacedor del esfuerzo —el "yo" convirtiéndose en sus propios requerimientos y deseos autoproyectados—, entonces hay, por cierto, una transformación radical en toda mi perspectiva de la vida. Por eso es fundamental la

verdadera meditación, saber qué significa. No es la aproximación a un ideal, no consiste en tratar de alcanzar y obtener algo, en concentrarse, en desarrollar ciertas cualidades, etc.; esto ya lo discutimos anteriormente. La verdadera meditación es la comprensión de todo este proceso del "yo", del "sí mismo". Porque, como dije, la verdadera meditación es conocimiento propio, y sin una verdadera meditación no podemos descubrir qué es este proceso. Si no hay un meditador para meditar acerca de algo, la meditación consiste, entonces, en experimentar *lo que es*, el proceso total que incluye al pensador y al pensamiento. Sólo entonces hay posibilidad de que la mente pueda estar de veras quieta. Entonces, es posible descubrir si hay algo más allá de la mente, algo que no sea una mera afirmación verbal de que eso existe o de que no existe, de que es el atma, el alma o lo que fuere; no estamos considerando estas cosas. Ello excede toda expresión verbal.

Entonces la mente está quieta, no tan sólo en el nivel superficial, en su capa superior, sino que hay quietud en todo el contenido de la mente, en la totalidad de la conciencia. Pero no hay tal quietud si existe ahí un hacedor del esfuerzo, y el hacedor, la voluntad de actuar existirá en tanto uno piense que está separado del pensamiento. Y esto requiere ser examinado, investigado a fondo, no sólo experimentado superficialmente y a través de los sentidos. Y, cuando uno tiene esa experiencia directa, ve que el convertirse en el ideal es ilusorio, que no tiene ningún sentido, que es un enfoque completamente erróneo. Ve que todo este proceso de llegar a ser algo "más", nada tiene que ver con la realidad. La realidad se manifiesta sólo cuando la mente está por completo quieta, cuando no hay esfuerzo. La virtud es ese estado de libertad en que no existe el hacedor del esfuerzo. Por lo tanto, la virtud es un estado en el que cesa completamente el esfuerzo, pero si uno se esfuerza por ser virtuoso, eso ya no es más virtud, ¿verdad?

Así, pues, en tanto no comprendemos, no experimentamos que el pensador y el pensamiento son uno, todos estos problemas existirán. Pero, tan pronto lo experimentamos, el hacedor del esfuerzo llega a su fin. Para experimentar eso, uno debe estar completamente atento al proceso de su propio sentir y pensar, al deseo personal de devenir. Por eso es importante, si uno realmente está buscando a Dios o la realidad o como quieran llamarlo, ver que toda esta mentalidad de ascender, evolucionar, crecer, realizarse, debe terminar. Somos demasiado mundanos. Con la mentalidad del escribiente que llega a jefe de oficina, del capataz que llega a ejecutivo, con esa misma mente abordamos la realidad. Pensamos que haremos lo mismo, ascender por la escalera del éxito. Me temo que no pueda hacerse de ese modo. Si lo hacen, vivirán en un mundo de ilusión y, por ende, de conflicto, dolor, desdicha y lucha. Pero, si uno descarta toda esa mentalidad, esos pensamientos, esos puntos de vista, entonces es verdaderamente humilde. *Es*, no deviene humilde. Entonces resulta posible tener una experiencia directa de la realidad. Sólo ésta disolverá todos los problemas, no así nuestros hábiles esfuerzos, nuestro gran intelecto, nuestro profundo y amplio conocimiento.

Pregunta: Yo estoy libre de ambición. ¿Hay algo que esté mal en mí? (Risas).

KRISHNAMURTI: Si uno es consciente de que se halla libre de ambición, entonces hay algo que está mal (*Risas*). Entonces uno se vuelve presumido, respetable, carente de imaginación, irreflexivo. ¿Por qué debería usted estar libre de ambición? Y ¿cómo sabe que está libre de ambición? Por cierto, tener el deseo de librarse de algo es el comienzo de la ilusión, de la ignorancia. Vea, encontramos que la ambición es penosa; deseamos ser algo y fracasamos. Entonces decimos: "Es demasiado doloroso, me libraré de ello". Si tuviéramos éxito en nuestra ambición, si nos realizáramos en eso que deseamos ser, entonces este problema no surgiría. Pero, al no tener éxito, al ver que ahí no nos hemos realizado, lo descartamos y condenamos la ambición.

Obviamente, la ambición carece de todo mérito, un hombre ambicioso no puede dar con la realidad. Podrá llegar a ser el presidente de algún club, de alguna Sociedad, o de algún país. Pero es obvio que no está buscando la realidad. Con la mayoría de nosotros, la dificultad es que, si no tenemos éxito en lo que deseamos, nos tornamos desagradables, cínicos, o tratamos de volvernos "espirituales". Pero nuestra mentalidad es la misma. Quizá no tenemos éxito en el mundo y no somos una gran personalidad allí, pero "espiritualmente" seguimos anhelando el éxito —como líder de un pequeño grupo—. La ambición es la misma, ya sea que esté puesta en el mundo o se vuelva hacia Dios. El conocimiento consciente de que uno está libre de ambición es, sin duda, ilusorio, ¿verdad? Y, si uno está realmente libre de ambición, ¿puede haber duda alguna al respecto? Por cierto, cuando uno es ambicioso, en el fondo lo sabe, ¿no es así? Y podemos ver muy bien todos los efectos de la ambición en el mundo: su falta de piedad, su crueldad, el deseo de poder, posición y prestigio que la caracterizan. Pero cuando uno está conscientemente libre de algo, ¿no existe el peligro de volverse muy respetable, presumido, satisfecho consigo mismo?

Le aseguro, es muy difícil estar alerta, atento, moverse en la vida delicadamente, sensiblemente, no quedar atrapado en los opuestos. Requiere muchísima vigilancia, inteligencia, observación. Aun si está usted libre de ambición, ¿en qué situación real se encuentra? ¿Es más bondadoso, más inteligente, más sensible a los acontecimientos externos e internos? Hay, sin duda, un peligro en todo esto, ¿verdad?, peligro de anularse, de volverse estático, torpe, fastidioso; y cuanto más sensible, alerta, observador es uno, más posibilidad hay de que sea verdaderamente libre —no libre *de* esto o *de* aquello—. La libertad requiere inteligencia, y la inteligencia no es algo que podamos cultivar diligentemente. Es algo que puede ser experimentado de manera directa en la relación, no a través de una pantalla, la pantalla de lo que uno piensa que debería ser la relación. Al fin y al cabo, nuestra vida es un proceso de relación. La vida es relación. Y esa relación requiere un estado extraordinario de vigilancia, de alerta, no especular acerca de si uno está libre o no está libre de ambición. Pero las ambiciones pervierten esa

relación. El ambicioso es un hombre aislado; por lo tanto, no puede relacionarse, ni con su esposa ni con la sociedad. La vida es relación, ya sea con una persona o con muchas, y esa relación se pervierte, se destruye, se corrompe a causa de las ambiciones; y, cuando uno se da cuenta de eso, no se le presenta el problema de estar libre de ambición.

Así, pues, en todo esto nuestra dificultad es estar alerta, alerta a lo que pensamos, sentimos y decimos —no con el fin de transformar eso en alguna otra cosa, sino sólo estar alerta a ello—. Y, si estamos alerta de ese modo —en el cual no hay justificación ni condena, sino simplemente atención, pleno conocimiento de *lo que es*—, esa percepción alerta tiene, en sí misma, un efecto extraordinario. Pero, si tan sólo tratamos de llegar a ser "más" o "menos" de algo, entonces hay embotamiento, fatiga, una presumida respetabilidad; y un hombre así jamás puede, por cierto, dar con la realidad. La percepción alerta exige una gran dosis de descontento interno, ese descontento que no se canaliza fácilmente mediante satisfacción o gratificación alguna.

Ahora bien, si vemos todo esto, todo lo que hemos discutido esta tarde, si lo vemos no sólo en el nivel verbal, sino que de veras lo experimentamos, no en raros momentos, no cuando nos sentimos arrinconados como tal vez lo están ahora muchos de ustedes, sino cada día, de instante en instante: si estamos atentos, observando silenciosamente, entonces nos tornamos extremadamente sensibles, no sentimentales; el sentimentalismo no hace sino empañar, distorsionar las cosas. Ser internamente sensible requiere una gran sencillez —no la de vestir un taparrabo, o tener pocas ropas, o la de no poseer un automóvil—, sino la sencillez en la que el "yo" y "lo mío" no son importantes, en la que no hay sentido de posesión, una sencillez en la que ya no existe más el hacedor del esfuerzo. Entonces hay posibilidad de experimentar la realidad, o de que esa realidad se manifieste. Al fin y al cabo, esto es lo único que puede dar origen a una verdadera y perdurable felicidad. La felicidad no es un fin en sí misma. Es una consecuencia, y se revela únicamente con la realidad. No es que usted pueda ir tras la felicidad; no puede. Ella debe venir a usted. Y puede hacerlo sólo cuando hay absoluta libertad, silencio. No se trata de que usted se vuelva silencioso. Eso es un proceso falso de meditación. Hay una diferencia inmensa entre *ser* silencioso y *volverse* silencioso. Cuando existe un verdadero silencio, no un silencio elaborado, compuesto, hay algo inexplicable, surge a la existencia la creación.

13 de agosto de 1949

DÉCIMA PLÁTICA EN EL ROBLEDAL

Durante las cinco semanas anteriores hemos estado discutiendo la importancia del conocimiento propio, porque sin conocimiento propio —no par-

cial, sino pleno, integral— no es posible pensar rectamente y, por ende, no es posible actuar rectamente. Sin conocimiento propio no puede haber una acción completa, integrada; sólo puede haber una acción parcial, y como la acción parcial conduce invariablemente al conflicto y a la desdicha, aquéllos que quieran comprender de verdad y por completo los problemas de la vida, es esencial que comprendan el problema de la relación, no sólo la relación con una o dos personas, sino con el conjunto, que es la sociedad. Para comprender este problema de la relación, debemos comprendernos a nosotros mismos; y comprendernos a nosotros mismos es una acción, no es un apartarse de la acción. Hay acción únicamente cuando comprendemos la relación, relación no sólo con personas e ideas, sino con las cosas, con la naturaleza. Por consiguiente, la acción es relación con respecto a las cosas, a la propiedad, a la naturaleza, a la gente y a las ideas. Sin la comprensión de todo este proceso al que llamamos vida, la vida debe ser, por fuerza, contradictoria, dolorosa, un conflicto constante.

Así, pues, para comprender este proceso de la vida, que somos nosotros mismos, tenemos que comprender todo el significado de nuestros propios pensamientos y sentimientos; por eso hemos estado discutiendo la importancia del conocimiento propio. Quizás algunos de ustedes han leído unos cuantos libros de psicología, tienen cierta noción superficial, pero me temo que el mero conocimiento superficial no sea suficiente. La expresión verbal de una comprensión que llega a través de los meros conocimientos, del mero estudio, no basta. Lo importante es comprendernos a nosotros mismos en la relación, y esa relación no es estática, se halla constantemente en movimiento. Para seguir, pues, el movimiento de esa relación, no podemos quedar fijos en una idea. Casi todos somos esclavos de las ideas. Somos ideas, un haz de ideas. Nuestras acciones están moldeadas por las ideas, y éstas condicionan toda nuestra perspectiva de la vida. En consecuencia, las ideas moldean nuestra relación y nos impiden comprenderla. Para nosotros, la idea tiene mucha importancia, es extraordinariamente significativa. Él tiene sus ideas y yo tengo mis ideas, y estamos en constante conflicto disputando sobre las ideas; ya sean políticas, religiosas o de otra clase, cada una está en oposición a las demás. Las ideas crean, invariablemente, oposición, porque son el resultado de las sensaciones, y en tanto nuestra relación esté condicionada por las sensaciones, por las ideas, no es posible comprender esa relación. Las ideas no fomentan la acción, la limitan, cosa que podemos ver en la vida de todos los días.

¿Es, entonces, posible la existencia de la acción sin la idea? ¿Podemos actuar sin que haya primero una ideación? Porque vemos cómo las ideas dividen a la gente —ideas que son creencias, prejuicios, sensaciones, opiniones políticas y religiosas—. Éstas dividen a la gente y en la actualidad despedazan al mundo. El cultivo del intelecto se ha vuelto el factor predominante, y nuestro intelecto dirige, moldea nuestra acción. ¿Es posible, entonces, actuar sin la idea? De hecho, actuamos sin la idea cuando el problema es realmente intenso, muy profundo y exige toda nuestra atención. Quizá tratemos de adaptar el acto

a una idea, pero si examinamos el problema, si de veras intentamos comprender el problema mismo, comenzaremos a descartar la idea, el prejuicio, el punto de vista particular, y abordaremos el problema de un modo fresco, nuevo.

Esto es, sin duda, lo que hacemos cuando tenemos un problema. Tratamos de resolverlo conforme a una idea determinada, o lo hacemos depender de cierto resultado, etc. Cuando el problema no puede ser resuelto de esa manera, desechamos todas las ideas, renunciamos a nuestras ideas y, por lo tanto, encaramos el problema de un modo nuevo, con una mente quieta. Esto lo hacemos inconscientemente. Así es como ocurre, ¿verdad? Cuando tenemos un problema, nos preocupamos por él. Queremos un resultado en particular para ese problema, o traducimos el problema según ciertas ideas. Pasamos por todo ese proceso y, no obstante, el problema no se resuelve. Entonces la mente, al fatigarse, deja de pensar en el problema. Está quieta, relajada, no se atormenta con el problema. Y pronto, como a menudo sucede, la solución del problema es percibida inmediatamente; hay una insinuación con respecto a ese problema.

La acción no radica, pues, en amoldarse a una idea en particular. En tal caso, es una mera continuación del pensamiento, no es una acción. Y ¿no podemos vivir, acaso, sin amoldar la acción a una idea? Porque las ideas continúan; y si amoldamos la acción a una idea, damos continuidad a la acción; por lo tanto, nos identificamos, como el "yo" y "lo mío", con la acción. En consecuencia, por obra de la ideación fortalecemos el "yo", que es el origen de todo el conflicto y la desdicha.

La inmortalidad no es, por cierto, una idea. Es algo que está más allá de toda ideación, más allá del pensamiento, más allá del haz de los recuerdos, todo lo cual es el "yo". Y ese estado puede experimentarse sólo cuando cesa la ideación, cuando se detiene el proceso del pensar. El experimentar aquello que llamamos el estado inmortal, intemporal, no tiene su origen en el pensamiento, porque el pensamiento no es sino la continuación de la memoria, la respuesta a la memoria. La experiencia directa de ese estado extraordinario puede revelarse sólo cuando comprendemos el "sí mismo", el "yo", no si tratamos de alcanzar ese estado, porque eso es meramente tratar de experimentar algo autoproyectado y, por ende, irreal. Por esta razón es importante comprender el proceso íntegro, total, de nuestra conciencia, proceso al que llamamos el "yo" y "lo mío", el cual sólo puede ser comprendido en la relación, no en el aislamiento.

Por eso, aquéllos que realmente quieran comprender a Dios, la verdad, la realidad o como quieran llamarlo, es imperativo que capten plenamente el significado de la relación, porque ésa es la única acción verdadera. Si la relación se basa en la idea, no existe la acción. Si trato de restringir mi relación, de amoldarla o limitarla a una idea, cosa que hace la mayoría de nosotros, eso no es acción; la relación no ha sido comprendida. Pero si vemos que ése es un proceso falso que nos conduce a la ilusión, a la limitación, al conflicto, a la separatividad —las ideas separan siempre—, entonces comenzaremos a comprender la relación directamente y no le impondremos un prejuicio, una con-

dición. Veremos, así, que el amor no es un proceso de pensamiento. Uno no puede pensar acerca del amor. Pero casi todos los hacemos, y entonces es tan sólo sensación. Y, si limitamos la relación a una idea basada en la sensación, entonces descartamos el amor, porque llenamos nuestros corazones con las cosas de la mente. Aunque podamos experimentar la sensación y llamarla amor, eso no es amor. El amor es algo que está, ciertamente, más allá del proceso de pensamiento, pero puede ser descubierto si comprendemos ese proceso en la relación —no negando el proceso de pensamiento, sino estando atentos al significado completo que, en la relación, tienen las modalidades de nuestra mente y de nuestras acciones—. Si podemos proseguir a mayor profundidad, veremos que la acción no se relaciona con la idea. Entonces, la acción es de instante en instante; y en esa experiencia, que es verdadera meditación, hay inmortalidad.

Pregunta: ¿Qué lugar ocupa el juicio crítico en la relación? ¿Cuál es la diferencia entre crítica destructiva y crítica constructiva?

KRISHNAMURTI: Ante todo, ¿por qué criticamos? ¿Es con el fin de comprender? ¿O es meramente un proceso para fastidiar a otros? Si yo lo critico, ¿acaso lo comprendo? La comprensión, ¿llega mediante el juzgar? Si quiero comprender, comprender no sólo superficialmente sino a fondo todo el significado de mi relación con usted, ¿empiezo por criticarlo? ¿O estoy atento a esta relación que hay entre nosotros, la observo silenciosamente, no proyecto en ella mis opiniones, mis críticas, mis juicios, mis identificaciones o censuras, sino que observo silenciosamente lo que ocurre? Y, si uno no critica, ¿qué sucede? Está propenso a adormecerse, ¿verdad? Eso no quiere decir que no vayamos a adormecernos si fastidiamos a alguien. Tal vez ello se vuelve un hábito y nos adormecemos a causa del hábito. El criticar, ¿permite, acaso, una comprensión más profunda y amplia de la relación? No importa si la crítica es constructiva o destructiva, eso no viene al caso. Por lo tanto, nos preguntamos: ¿Cuál es el estado indispensable para que el corazón y la mente puedan comprender la relación?

¿Qué es el proceso de comprender? ¿Cómo comprendemos algo? ¿Cómo comprende usted a su hijo, si es que se interesa en su hijo? Lo observa, ¿no es así? Le presta atención mientras él juega, lo estudia en sus diferentes estados de ánimo; no proyecta sobre él su propia opinión. No dice que él debería ser esto o aquello. Está alerta, vigilante, ¿no es así?, se halla activamente atento. Entonces, quizá, comience a comprender al niño. Pero si está constantemente criticándolo, inyectándole su propia personalidad, su idiosincrasia, sus opiniones, decidiendo el modo como él debería ser o no ser, etc., es obvio que crea una barrera en esa relación. Pero, desafortunadamente, casi todos criticamos para moldear, para interferir; y nos proporciona cierta dosis de placer, cierta satisfacción, moldear algo: la relación con el marido, el hijo, o con quien fuere. Encontramos en ello una sensación de poder, la sensación de que uno es el

amo, y en eso hay una gratificación tremenda. Es indudable que, a través de todo ese proceso, no es posible comprender la relación. El deseo de amoldar a otro al patrón particular de nuestra idiosincrasia, de nuestro anhelo, es mera imposición.

Luego, está la autocrítica. Ser crítico de sí mismo, condenarse o justificarse, ¿hace que uno se comprenda? Cuando empiezo a criticarme, ¿no limito el proceso de comprensión, de exploración? La introspección, que es una forma de autocrítica, ¿pone en descubierto al "yo"? ¿Qué hace posible que el "yo" quede al descubierto? Es obvio que no contribuye a ello el ser constantemente analítico, crítico, temeroso. Lo que hace que el "yo" quede al descubierto como para que uno comience a comprenderlo, es el percibirlo constantemente sin condena ni justificación alguna. Tiene que haber cierta espontaneidad; uno no puede estar todo el tiempo analizándolo, disciplinándolo, moldeándolo. Esta espontaneidad es esencial para la comprensión. Si tan sólo controlo, limito, condeno, eso pone fin al movimiento del pensar y sentir, ¿no es así? En el movimiento del pensar y sentir es donde descubro, no en el mero control. Y, cuando uno descubre, es importante, entonces, averiguar cómo actuar al respecto. Si actúo conforme a una idea, a una norma, a un ideal, fuerzo al "yo" dentro de un molde determinado. En eso no hay comprensión, no hay trascendencia. Pero, si puedo observar al "yo" sin condenarlo ni justificarlo, entonces es posible ir más allá de él. Por eso es completamente erróneo todo este proceso de aproximarnos a un ideal. Los ideales son dioses de fabricación casera, y amoldarnos a una imagen autoproyectada no es, por cierto, una liberación.

Así, pues, la comprensión es posible sólo cuando la mente está silenciosamente atenta, observando, lo cual es arduo porque encontramos deleite en estar activos, en ser inquietos, críticos, en condenar, justificar. Ésa es la estructura íntegra de nuestro ser; y, a través de la pantalla de las ideas, de los prejuicios, de los puntos de vista, de las experiencias y los recuerdos, tratamos de comprender. ¿Es posible estar libres de todas estas pantallas y así comprender directamente? Eso es lo que hacemos, sin duda, cuando el problema es muy intenso; no pasamos por todos estos métodos, lo abordamos de manera directa.

En consecuencia, comprendemos la relación únicamente cuando, habiendo entendido este proceso de la autocrítica, la mente está quieta. Si ustedes me escuchan y tratan de seguir, sin hacer un esfuerzo demasiado grande, lo que deseo comunicar, entonces hay posibilidad de que nos comprendamos el uno al otro. Pero, si están todo el tiempo criticando, proyectando sus opiniones, lo que han aprendido de los libros, lo que algún otro les ha dicho y así sucesivamente, entonces ustedes y yo no estamos relacionados, porque esta pantalla se interpone entre nosotros. Pero si ambos estamos tratando de averiguar cuáles son las secuelas del problema, secuelas que se encuentran en el problema mismo, si ambos estamos ansiosos de llegar al fondo, de dar con la verdad y descubrir qué es, entonces estamos relacionados. Entonces la mente de ustedes se halla al mismo tiempo alerta y pasiva, vigilando para ver qué es verdadero en esto. Por lo tanto, ella debe ser extraordinariamente rápida, no estar anclada en

ninguna idea, en ningún ideal, en ningún juicio, en ninguna opinión que ustedes hayan consolidado a través de sus experiencias particulares. La comprensión llega cuando existe la rápida flexibilidad de una mente pasivamente alerta. Entonces ella es capaz de recibir, entonces es sensible. Una mente no es sensible cuando está abarrotada de ideas, prejuicios, opiniones a favor o en contra.

Para comprender la relación, tiene que haber un estado de alerta pasivo; éste no destruye la relación, sino que, por el contrario, la torna mucho más vital, más significativa. Entonces, en esa relación hay una posibilidad de verdadero afecto; hay calidez, un sentido de cercanía que no es mero sentimiento o sensación. Y, si en esa relación podemos ser así para todo, abordarlo todo de esa manera, entonces nuestros problemas se resolverán fácilmente: los problemas de la propiedad, los problemas de la posesión. Porque somos aquello que poseemos. El que posee dinero, *es* el dinero; el que se identifica con la propiedad, *es* la propiedad, la casa, los muebles. Lo mismo si se identifica con las ideas o con las personas; y cuando hay afán posesivo, no hay relación. Pero, casi todos nosotros poseemos, porque si no poseemos, nada más hay para nosotros. Somos cáscaras vacías si no llenamos nuestras vidas con muebles, con música, con conocimientos, con eso o aquello. Y esa cáscara hace muchísimo ruido; ese ruido es lo que llamamos vivir y con eso estamos satisfechos. Y cuando hay una interrupción, una ruptura de eso, sufrimos, porque súbitamente nos descubrimos tal como somos: una cáscara vacía sin mucho sentido. Así, pues, la acción consiste en darnos cuenta de todo el contenido de la relación; entonces, es posible una relación verdadera, es posible descubrir su gran profundidad, su gran significación y, de ese modo, saber qué es el amor.

Pregunta: Cuando usted habla de intemporalidad, parece referirse a algo que está fuera de una sucesión de acontecimientos. A mi entender, el tiempo es necesario para la acción, y no puedo concebir la existencia sin una sucesión de acontecimientos. ¿Quiere usted decir, quizá, que conociendo la parte que en uno es eterna, el tiempo deja de ser un medio para alcanzar un objetivo, o un medio para progresar?

KRISHNAMURTI: Ante todo, no podemos discutir qué es lo intemporal. Una mente, siendo el producto del tiempo, no puede pensar en algo intemporal. Porque, después de todo, mi mente, su mente, es un producto del pasado, se basa en el pasado; su pensamiento se origina en el pasado, el cual es tiempo. Con ese instrumento procuramos pensar en algo que no es del tiempo, y eso no es posible. Podemos especular acerca de lo intemporal, podemos escribir libros al respecto, podemos imaginarlo, jugar con ello toda clase de trucos, pero eso no será lo real. De modo que no especulemos sobre lo intemporal. Ni siquiera hablemos de ello. Especular acerca de lo que es el estado intemporal, resulta completamente inútil, no tiene sentido. Pero podemos hacer otra cosa, y es descubrir la manera de liberar a la mente de su propio pasado, de sus

propias proyecciones; podemos descubrir qué es lo que le da continuidad, una sucesión de acontecimientos como medio de progreso, de comprensión o de lo que fuere.

Podemos ver que una cosa que continúa, debe por fuerza destruirse. No puede renovarse a sí misma. Sólo aquello que termina puede renovarse. Para una mente atrapada en un hábito, en una determinada opinión, o en la red de ideales, creencias y dogmas, es obvio que no puede haber renovación. Esa mente no puede mirar la vida de un modo nuevo. Una renovación, un impulso creativo, existe sólo cuando el pasado llega a su fin, o sea, cuando ya no hay identificación dando continuidad a través del "yo" y "lo mío": mi propiedad, mi casa, mi esposa, mi hijo, mi ideal, mis dioses, mis opiniones políticas. Esta constante identificación es lo que da continuidad a la sucesión de acontecimientos, tales como el "yo" deviniendo más amplio, más importante, más noble, más meritorio, más ingenioso, etcétera.

La vida, la existencia, ¿consiste en una sucesión de acontecimientos? ¿Sé que estoy vivo porque recuerdo el ayer? ¿Sé que estoy vivo porque conozco el camino a mi casa? ¿O porque voy a ser alguien? ¿Cómo sé que estoy vivo? Por cierto, sólo en el ahora sé que estoy consciente. La conciencia, ¿es tan sólo el resultado de una sucesión de acontecimientos? Con la mayoría de nosotros lo es. Sé que estoy vivo, que estoy consciente, a causa de mi pasado, de mi identificación con algo. ¿Es posible saber que uno está consciente, sin que intervenga este proceso de identificación? Y ¿por qué se identifica uno? ¿Por qué me identifico como mi propiedad, mi nombre, mi ambición, mi progreso? ¿Por qué? ¿Qué sucedería si no me identificara? ¿Negaría eso toda la existencia? Si no nos identificáramos, quizá podría haber un campo más amplio de acción, una profundidad mayor de sentimiento y pensamiento. Nos identificamos porque ello nos hace sentir que estamos vivos como entidad, como una entidad separada. Así, el sentimiento de que uno está separado se ha vuelto importante porque, gracias a la separación disfrutamos del "más"; y tememos que, si la negáramos, seríamos incapaces de disfrutar, de sentir placeres. Ésa es, indudablemente la base del deseo de continuidad, ¿no es así? Pero hay también en juego un proceso colectivo. Puesto que el estado separativo implica muchísima destrucción, etc., se opone al colectivismo, que descarta la separación individual. Pero el individuo se convierte en lo colectivo mediante otra forma de identificación, y así conserva, como podemos verlo, su condición separativa.

En tanto la identificación hace que haya continuidad, no puede haber renovación. Sólo cuando la identificación llega a su fin, hay una posibilidad de renovación. Y a casi todos nosotros nos asusta llegar al fin. A casi todos nos infunde miedo la muerte. Se han escrito innumerables libros acerca de lo que hay después de la muerte. Estamos más interesados en la muerte que en el vivir. Eso se debe a que, con la muerte, parece haber un final, un final para la identificación. Eso que continúa, es obvio que no renace, que no se renueva. Únicamente en el morir hay renovación; por eso es esencial morir a cada instante, no esperar a morir por vejez o por enfermedad. Morir de instante en

instante es morir para todas nuestras acumulaciones e identificaciones, para las experiencias que hemos acopiado; eso es verdadera sencillez, no así la continuidad acumulada de las identificaciones.

Así, pues, cuando cesa este proceso de identificación —que revive a la memoria y le da continuación en el presente—, se torna posible el renacimiento, la renovación, la creatividad; y en esa renovación no hay continuidad alguna. Lo que se renueva no puede continuar; existe de instante en instante.

El interlocutor también pregunta: "¿Quiere usted decir, quizá, que conociendo la parte que en uno es eterna, el tiempo deja de ser un medio para alcanzar un objetivo?". ¿Hay una parte en usted que sea eterna? Aquello en que usted puede pensar, sigue siendo el producto del pensamiento y, por lo tanto, no es lo eterno. Porque el pensamiento es el producto del pasado, del tiempo. Y si uno postula algo eterno dentro de sí, es que ya ha pensado en ello. No estoy argumentando ingeniosamente en esta cuestión. Ustedes pueden ver muy bien que lo eterno no es aquello en que son capaces de pensar. No pueden progresar, evolucionar hacia lo eterno; si lo hacen, eso es tan sólo una proyección del pensamiento y, por ende, sigue estando dentro de la red del tiempo. Ese camino conduce hacia la ilusión, la desdicha, hacia toda la fealdad del autoengaño; y eso nos gusta, porque la mente puede funcionar sólo dentro de lo conocido, ir de seguridad en seguridad. Lo eterno no existe si se lo introduce en la esclavitud del tiempo, y apenas la mente piensa en lo eterno, ello se encuentra en la esclavitud del tiempo; por consiguiente, no es lo real.

Por eso, cuando usted perciba todo este proceso de la identificación, cuando vea cómo el pensamiento da continuidad a las cosas a fin de sentirse seguro, cómo el pensador se separa del pensamiento y, de tal modo, adquiere seguridad, cuando vea todo este proceso del tiempo y lo comprenda, no tan sólo verbalmente, sino que lo perciba a fondo, cuando lo experimente en lo interno, encontrará que ya no piensa más en lo intemporal. Entonces la mente está quieta, no sólo superficialmente sino en lo profundo; adquiere serenidad —*está* serena—. Entonces hay una experiencia directa de aquello que es inconmensurable.

Pero limitarse a especular sobre lo intemporal es una pérdida de tiempo. Uno podría igualmente jugar al póquer. Toda especulación es dejada a un lado tan pronto tenemos una experiencia directa. Y eso es lo que estamos discutiendo: cómo tener esta experiencia directa sin que intervenga la mente. Pero, una vez que esta experiencia ha existido, la mente se aferra a las sensaciones de la experiencia, y entonces desea repetirla, lo cual implica, en realidad, que la mente se interesa en la sensación, no en el experimentar. Por lo tanto, la mente jamás puede experimentar; sólo conoce las sensaciones. El experimentar surge sólo cuando la mente no es el experimentador. Lo intemporal no puede, pues, ser conocido o concebido o experimentado por medio de la mente. Y como ella es el único instrumento que hemos cultivado a expensas de todo lo demás, cuando recurrimos al proceso de la mente estamos perdidos. Es forzoso que lo estemos. Debemos terminar con ese proceso, lo cual no implica desesperación

ni miedo. Implica conocer el proceso de la mente, ver lo que es, y cuando vemos lo que es, llega a su fin sin ningún esfuerzo. Sólo entonces hay posibilidad de que ocurra esa renovación que es eterna.

Pregunta: ¿Existe un abismo, un intervalo de alguna duración, entre mi percepción de algo y el serlo o realizarlo? Este intervalo, ¿no implica un ideal en un extremo y su realización en el otro, por medio de la práctica y la técnica? Este "cómo" o el método es lo que deseamos de usted.

KRISHNAMURTI: ¿Hay un intervalo entre la percepción y la acción? La mayoría de nosotros diría que sí. Decimos que hay un intervalo: "Veo, y más tarde actuaré". "Comprendo intelectualmente, pero ¿cómo ponerlo en práctica?". "Entiendo lo que usted quiere decir, pero no sé cómo llevarlo a cabo". Esta brecha, este abismo, este intervalo, ¿es necesario? ¿O sólo nos engañamos a nosotros mismos? Cuando digo: "Veo", en realidad no veo. Si de veras veo, entonces no hay problema. Si veo algo, a eso sigue la acción. Si veo una serpiente venenosa, no digo: "La veo, ¿cómo debo actuar?". Actúo.

Pero nosotros no vemos, y no vemos porque no queremos ver, porque ver es demasiado inminente, demasiado peligroso, demasiado vital. El ver podría trastornar todo nuestro proceso del pensar, del vivir. Por lo tanto, decimos: "Yo veo, por favor, dígame cómo debo actuar". De modo que estamos interesados en el método, en "cómo" hacerlo, en la práctica. Entonces vamos a la búsqueda de métodos. Acudimos a diversos instructores, psicólogos, gurúes, etc., y nos afiliamos a Sociedades que habrán de ayudarnos a tender un puente entre la acción y la idea. Ésa es una muy conveniente manera de vivir, un alegre escape, un modo muy respetable de eludir la acción. En ese proceso estamos todos atrapados. "Me doy cuenta de que debo ser virtuoso, que no debo ser irascible, mezquino... pero, por favor, dígame cómo hacerlo". Y este proceso de "cómo hacerlo" se inviste de autoridad religiosa, se convierte en explotación, y está todo lo demás que sigue: enormes propiedades... ya conocen ustedes todo ese juego. En otras palabras, no vemos y no queremos ver. Pero no reconocemos eso honestamente. En el momento en que lo admitimos, tenemos que actuar. Entonces sabemos que nos estamos engañando a nosotros mismos, y eso es muy desagradable. Decimos, pues: "Por favor, estoy aprendiendo poco a poco, todavía soy débil, no soy lo bastante fuerte, esto es una cuestión de progreso, de evolución, de crecimiento; a la larga llegaré allá". Por consiguiente, nunca deberíamos decir que vemos o percibimos o comprendemos, porque las meras palabras nada significan.

No hay intervalo entre el ver y el actuar. Tan pronto uno ve, actúa. Hacemos eso cuando conducimos un automóvil. Si no lo hiciéramos, habría peligro. Pero hemos inventado muchísimos medios de evitarlo. Nos hemos vuelto tan hábiles, tan astutos, como para no cambiar radicalmente. Pero no hay intervalo alguno entre percepción y acción. Cuando vemos una serpiente venenosa, ¡cuán rápidamente respondemos! La acción es instantánea. Cuando hay una

brecha, ello denota indolencia mental, pereza, evitación. Y esa evitación, esa pereza, se torna algo muy respetable, ya que todos la practicamos. Por eso buscan ustedes un método para tender un puente que conecte la idea con la acción, y así viven en el autoengaño. Y tal vez eso les agrada. Pero, para un hombre que percibe la verdad, no hay problema; hay acción. Nosotros no percibimos, y eso ocurre a causa de nuestros innumerables prejuicios, de nuestra renuencia, de nuestra pereza, y porque abrigamos la esperanza de que algo transformará eso.

En consecuencia, pensar desde el punto de vista de la idea separada de la acción es, obviamente, señal de ignorancia. Decir: "Seré alguien" —el Buda, el Maestro, lo que fuere— es, sin duda, un proceso erróneo. Lo importante es comprender lo que somos *ahora*, y eso no puede comprenderse si uno siempre posterga, si existe un intervalo entre el ideal y uno mismo. Y, como la mayoría de ustedes se complace en esa particular forma de excitación, prestarán una atención limitada a todo esto. Las ideas jamás podrán liberar la acción. Por el contrario, las ideas limitan la acción; y hay acción únicamente cuando comprendo a medida que avanzo, de instante en instante, y no estoy atado a determinadas creencias o a un ideal en particular que tengo la intención de realizar. Eso es morir de instante en instante, y en eso hay renovación. Esa renovación dará respuesta al problema siguiente. Esa renovación proyecta una luz nueva, una significación nueva a todas las cosas. Y la renovación es posible sólo cuando estamos libres de la brecha, del abismo, del intervalo entre la idea y la acción.

Pregunta: Usted habla a menudo de vivir, experimentar y, no obstante, ser como la nada. ¿Qué es ese estado de ser conscientemente como la nada? ¿Tiene algo que ver con la humildad, con estar abierto a la gracia de Dios?

KRISHNAMURTI: Ser conscientemente alguna cosa no es ser libre. Si estoy consciente de ser no codicioso, de estar más allá de la ira, no estoy, por cierto, libre de la codicia, de la ira. La humildad es algo de lo que usted no puede estar consciente. Cultivar la humildad es cultivar, de una manera negativa, la expansión propia. Por lo tanto, cualquier virtud que sea deliberadamente cultivada, practicada, vivida, no es virtud. Es una forma de resistencia, de expansión egocéntrica, la cual tiene su propia gratificación. Pero eso ya no es más virtud. La virtud es simplemente un estado de libertad en el que descubrimos lo real. Sin virtud no puede haber libertad. La virtud no es un fin en sí misma. No es posible, mediante el esfuerzo deliberado, consciente, ser como la nada, porque entonces eso es otro logro. La inocencia no es el resultado de un cuidadoso cultivo. Y es esencial ser como la nada. Tal como un vaso es útil sólo cuando está vacío, así, únicamente cuando uno es como la nada, puede recibir la gracia de Dios o la verdad o como quiera llamarlo.

¿Es posible ser nada en el sentido de llegar a serlo? ¿Puede uno lograrlo? Tal como ha construido una casa o ha acumulado dinero, ¿puede, del mismo

modo, conseguir también esto? El sentarse y meditar sobre la nada, descartando conscientemente todo y tornándose así receptivo, es una forma de resistencia, ¿no es así? Es una acción deliberada de la voluntad, y la voluntad es deseo; cuando deseo ser nada, ya soy algo. Por favor, vea la importancia de esto: cuando deseo cosas positivas, sé lo que eso implica —lucha, sufrimiento— y entonces las rechazo; y me digo: "Ahora seré nada". El deseo sigue siendo el mismo, es el mismo proceso en otra dirección. El deseo de ser nada es como el deseo de ser algo. El problema no consiste, pues, en ser nada o en ser algo, sino en comprender todo el proceso del deseo: el anhelo de ser o de no ser. En ese proceso, la entidad que desea es diferente del deseo. Uno no dice: "El deseo soy yo", sino: "Yo deseo tal cosa". Por lo tanto, hay una separación entre el experimentador, el pensador, y la experiencia, el pensamiento. Por favor, no conviertan esto en algo metafísico y difícil. Pueden considerarlo muy simplemente —simplemente en el sentido de que uno puede tantear su camino en ello—.

Así, pues, en tanto exista el deseo de ser nada, uno es algo. Y ese deseo de ser nada lo divide a uno como el experimentador y la experiencia; y en esas condiciones, no hay posibilidad alguna de experimentar. Porque, en el estado de experimentar, no existen ni el experimentador ni la experiencia. Cuando usted experimenta algo, no piensa que está experimentando. Cuando es de veras feliz, no dice: "Soy feliz". Tan pronto lo dice, eso ya ha desaparecido. Por lo tanto, como dije, nuestro problema no consiste en cómo ser nada —lo cual es bastante infantil— o en cómo aprender una nueva jerga y tratar de convertirse en esa jerga, sino en comprender todo el proceso del deseo, del anhelo. Y eso es tan sutil, tan complejo, que uno debe abordarlo muy sencillamente, no con todos los conflictos de la condena, de la justificación, de lo que ello debería ser, de lo que no debería ser, de cómo debería ser destruido, o sublimado... todo lo cual uno lo ha aprendido de los libros, de las organizaciones religiosas. Si podemos descartar eso y tan sólo observar silenciosamente el proceso del deseo, proceso que es uno mismo —no "uno" que vive la experiencia del deseo, sino el acto de experimentar el deseo—, entonces veremos que hay libertad respecto de este ardiente, constante impulso de ser o de no ser, de devenir, de lograr, de convertirse en el Maestro, de tener virtud... toda la necedad del deseo y de sus búsquedas. Entonces puede haber un experimentar directo, o sea, un experimentar sin el observador. Sólo así hay posibilidad de estar completamente abierto, de ser como la nada; y entonces hay recepción de lo real.

14 de agosto de 1949

UNDÉCIMA PLÁTICA EN EL ROBLEDAL

Durante las semanas pasadas, hemos estado discutiendo el problema de comprendernos a nosotros mismos. Porque, cuanto más piensa uno en los

muchos conflictivos y siempre crecientes problemas de la vida, tanto los privados como los sociales, ve que, a menos que haya una transformación fundamental, radical dentro de uno mismo, no será posible habérselas con esos problemas que debe afrontar cada uno de nosotros. Es esencial, pues, si hemos de resolver cualquiera de estos problemas de nuestra vida, que los abordemos directamente por nosotros mismos, que estemos en relación directa con ellos y no nos limitemos a confiar en los especialistas, en los líderes religiosos o en los políticos que nos ofrecen panaceas. Y, como nuestra vida, nuestra cultura y la civilización se están volviendo más y más complicadas, se torna correspondientemente difícil habérselas de manera directa con los problemas en aumento constante.

Ahora bien, me parece que uno de los problemas, entre otros, al que muy pocos nos hemos enfrentado de modo muy profundo y fundamental, es el de la dominación y el sometimiento. Si me lo permiten, me gustaría discutir breve y sucintamente la naturaleza de la dominación —en su doble aspecto— antes de contestar las preguntas. ¿Por qué dominamos, consciente o inconscientemente, el hombre a la mujer, la mujer al hombre, etc.? Hay dominación en diferentes formas, no sólo en la vida privada, sino que toda la tendencia de los gobiernos es también la de dominar. ¿Por qué este espíritu de dominación prosigue constantemente, de una época a otra? Sólo muy pocas épocas parecen escapar de él. ¿Podemos considerar este problema en un sentido diferente? O sea, ¿podemos comprenderlo sin caer en el opuesto? Porque, tan pronto lo reconocemos, tan pronto nos damos cuenta de este problema de la dominación, enseguida comenzamos a someternos, o pensamos en él desde el punto de vista del opuesto: la sumisión. ¿No podemos pensar sin el opuesto y considerar el problema directamente? Tal vez entonces seremos capaces de comprender todo este complejo problema de la dominación, este buscar ejercer poder sobre otro o someterse uno mismo al otro. Al fin y al cabo, la sumisión es otra forma de dominación. El someterse uno mismo a otro, es la forma negativa de la dominación. En el rechazo mismo de la dominación, uno se vuelve sumiso, y no creo que podamos resolver este problema pensando en función del opuesto. Investiguémoslo, pues, y veamos por qué existe.

Ante todo, uno debe darse cuenta, ¿no es así?, de la forma obvia, cruda, de dominación. Si estamos alerta, casi todos nos damos cuenta de ella. Pero está la dominación inconsciente, de la cual muy pocos nos damos cuenta. Es decir, este deseo inconsciente de dominar adopta la apariencia o usa el pretexto del amor, de la bondad, etc. El deseo inconsciente de dominar existe bajo diferentes formas, y pienso que es mucho más importante comprender este hecho que tratar meramente de regular la dominación superficial que uno ejerce sobre otro.

Y bien, ¿por qué deseamos inconscientemente dominar? Es probable que la mayoría de nosotros no se percate de que domina en diferentes niveles, no sólo en la familia, sino también en el nivel verbal; y también existe este deseo interno de buscar el poder, el éxito, indicios todos de dominación. ¿Por qué?

¿Por qué queremos dominar a otro? Si uno se formulara deliberadamente, conscientemente esta pregunta, ¿cuál sería la respuesta? La mayoría de nosotros no sabría decir por qué desea dominar. En primer lugar, hay en ello la sensación, el placer inconsciente de dominar a alguien. ¿Es ése el único motivo que nos hace querer dominar? Por cierto, es una parte, pero hay mucho más, un significado mucho más profundo. Me pregunto si alguna vez se han observado a sí mismos ejerciendo dominio en la relación, ya sea como hombre o como mujer. Si han estado conscientes de ello, ¿cuál ha sido su respuesta, su reacción? Y ¿por qué no deberíamos dominar?

En la relación, que es la vida, ¿comprendemos gracias a la dominación? En la relación, si yo domino o la otra persona me domina, ¿nos comprendemos el uno al otro? Después de todo, ésa es la vida, ¿verdad? La relación es vida, es acción, y si vivimos tan sólo en la actividad autolimitadora de la dominación, ¿hay relación alguna? La dominación, ¿no es acaso un proceso de separación y aislamiento, el cual niega la relación y la destruye? Y ¿es esto realmente lo que estamos buscando? ¿Puede, acaso, haber relación alguna entre dos personas si hay sentido alguno de dominación o sumisión? La vida es relación; uno no puede vivir en aislamiento. Pero, ¿no es nuestro propósito inconsciente aislarnos dentro de ese manto, de ese sentimiento de autoafirmación agresiva que es la dominación?

Así, pues, este proceso de dominar a otros, ¿no es un proceso de aislamiento, y no es esto lo que desea la mayoría de nosotros? Casi todos lo cultivamos diligentemente. Porque, estar abiertos en la relación puede ser muy penoso; requiere extraordinaria inteligencia y adaptabilidad, rapidez, comprensión, y cuando eso no existe, tratamos de aislarnos. Y el proceso de dominación, ¿no es un proceso de aislamiento? Hemos visto que lo es. Es un proceso de autoencierro. Y cuando estoy encerrado, encajonado en mi propia opinión, en mis propios deseos, en mis ambiciones, en mi impulso de dominar, ¿estoy relacionado? Y si no hay relación, ¿cómo es posible una verdadera existencia? ¿No hay, acaso, una fricción constante y, por ende, dolor? Nuestro inconsciente deseo en la relación es no ser lastimados, buscar refugio, seguridad; y cuando eso se frustra, hay insatisfacción. Entonces comienzo a aislarme. Y uno de los procesos del aislamiento es la dominación. Y ese miedo que nos conduce al aislamiento, también adopta otra forma, ¿no es así? No sólo está el deseo de afirmarse, de dominar o de someterse, sino que en este aislamiento existe también la conciencia de estar solo, separado de los demás. Casi todos somos seres aislados; aunque podamos relacionarnos, casarnos, tener hijos, vivimos encerrados en nuestro propio mundo. Y ése es un mundo muy solitario. Es un mundo doloroso, con alguna ocasional apertura de alegría y diversión, de dicha, etc.; pero es un mundo solitario. Y, para escapar de eso, tratamos de ser alguna cosa, tratamos de afirmarnos, de dominar. En consecuencia, a fin de escapar de lo que somos, la dominación se vuelve un medio a través del cual podemos huir de nosotros mismos.

Así, pues, todo este proceso de dominación tiene lugar no sólo cuando

existe el deseo de evitar enfrentarnos con lo que somos, sino también cuando hay un deseo de aislarnos, ¿verdad? Si podemos observar este proceso en nosotros mismos, no con un espíritu condenatorio, lo cual es tan sólo tomar partido por lo opuesto, sino comprendiendo por qué tenemos este deseo extraordinario de dominar o de tornarnos muy serviles, si podemos darnos cuenta de ello sin sentido alguno de optar por lo opuesto, creo que experimentaríamos realmente ese estado de aislamiento del que tratamos de escapar, y entonces, al experimentarlo, seríamos capaces de resolverlo. O sea, si comprendemos algo, estamos libres de ello. Sólo cuando no comprendemos hay miedo.

¿Podemos, pues, considerar este problema sin condenarlo? ¿Podemos tan sólo observar, vigilar en silencio este proceso mientras trabaja en nosotros? Puede ser observado con mucha facilidad en todas nuestras relaciones. Basta con vigilar silenciosamente viendo cómo todo el fenómeno se expone a sí mismo.

Descubrirán que, cuando no hay condena, cuando no justifican su dominación, el problema se revela sin obstáculos; entonces comenzarán a ver todas las implicaciones, no sólo las de la dominación personal, sino también las de la dominación pública, la dominación de un grupo por otro, de un país por otro, de una ideología por otra, etc. El conocimiento propio es esencial para cualquier clase de comprensión. Y como nuestra relación es vida —sin relación no es posible la existencia—, si la encaran debidamente, comenzarán a ver este proceso de la dominación expresándose a sí mismo de muchas maneras; y, cuando lo comprendan en su totalidad, tanto consciente como inconscientemente, estarán libres de él. Por cierto, la libertad es indispensable, y sólo entonces es posible ir más allá. Porque una mente que domina, que se impone, que está atada a una forma particular de creencia, a determinada opinión, no puede ir más allá, no puede emprender un largo viaje, no puede volar alto. Por lo tanto, ¿no es esencial, en la comprensión de nosotros mismos, entender este sumamente difícil y complejo problema de la dominación? Adopta formas muy sutiles, y cuando toma una forma virtuosa, se vuelve muy obstinado. El deseo de servir, con el inconsciente deseo de dominar, es mucho más difícil de ser encarado. ¿Puede haber amor cuando hay dominación? ¿Podemos estar en relación con alguien a quien decimos amar y, no obstante, ejercer dominio sobre esa persona? En tal caso, no hay duda de que la estamos usando, y cuando hay uso no hay relación, ¿verdad?

Así, pues, para comprender este problema tenemos que ser sensibles a todo este asunto de la dominación. No es que no debiéramos dominar, o que debiéramos ser sumisos, sino que debe haber percepción inteligente de todo este problema. Para percibirlo así, uno debe abordarlo sin condenar, sin tomar partido, y eso es algo muy difícil de hacer, porque casi todos nos inclinamos a condenar. Y condenamos porque pensamos que comprendemos. No comprendemos. Tan pronto condenamos, dejamos de comprender. Condenar a alguien es una de las formas más fáciles de ignorar deliberadamente las cosas. Pero comprender todo este proceso requiere un gran estado de alerta mental, y una mente no está alerta cuando condena o justifica o tan sólo se identifica con lo que siente.

De modo que el conocimiento propio es un descubrimiento permanente de instante en instante, pero ese descubrimiento se nos niega si el pasado lanza una opinión, una barrera; la acción acumulativa de la mente impide la comprensión inmediata.

Me han entregado varias preguntas, pero antes de contestarlas permítanme decir a quienes están tomando notas, que no deberían hacerlo. Explicaré por qué: Estoy hablando para un individuo, para cada uno de ustedes, no para un grupo. Ustedes y yo, juntos, estamos experimentando algo. No deberían tomar notas de lo que estoy diciendo; deben experimentarlo. Estamos emprendiendo juntos un viaje, y si tan sólo se interesan en tomar notas, no están escuchando realmente. Dirán que anotan lo que digo para luego meditarlo, o con el fin de transmitirlo a algunos de sus amigos que no se encuentran aquí. Pero eso no es importante, ¿verdad? Lo importante es que ustedes y yo comprendamos, y para comprender esto deben dedicarle su atención completa. ¿Cómo pueden hacerlo cuando están tomando notas? Por favor, vean la importancia de esto, y entonces se abstendrán naturalmente de tomar notas. No tienen que ser obligados a ello, no es necesario que se les diga. Porque lo importante en estas reuniones no lo son tanto las palabras, sino el contenido que hay tras ellas, las implicaciones psicológicas, y ustedes no pueden comprenderlas a menos que concedan a lo que se dice la plenitud de su atención, de su atención consciente.

Pregunta: La experiencia del pasado, ¿no es una ayuda con respecto a la libertad y a la acción correcta en el presente? ¿Acaso el conocimiento no puede ser un factor de liberación y no un obstáculo?

KRISHNAMURTI: ¿Comprendemos el presente por medio del pasado? ¿Comprendemos algo gracias a la acumulación de experiencias? ¿Qué entendemos por conocimiento? ¿Qué entendemos por acumulación de experiencias, la cual dice usted que le trae comprensión? ¿Qué es todo eso para nosotros? ¿Y qué entendemos por experiencia del pasado? Investiguemos esto un poquito, porque es muy importante descubrir si el pasado, que es la acumulación de sus recuerdos de incidentes, de experiencias, le permitirá comprender una experiencia en el presente.

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando hay una experiencia? ¿Cuál es el proceso de ésta? ¿Qué es una experiencia? Es un reto y una respuesta, ¿no es así? Eso es lo que llamamos experiencia. Pero el reto debe ser siempre nuevo, de lo contrario, no es un reto. Y, ¿me enfrento a él adecuadamente, de manera plena, completa, si respondo conforme a mi condicionamiento pasado? ¿Lo comprendo? Después de todo, la vida es un proceso de reto y respuesta. Ése es el proceso constante. Y cuando la respuesta es inadecuada, hay fricción entre el reto y la respuesta, hay angustia, sufrimiento. Cuando la respuesta es equivalente al reto, hay armonía, integración de reto y respuesta.

Ahora bien, si mi respuesta a un reto se basa en las diversas experiencias

del pasado, ¿puede ser una respuesta adecuada? ¿Puede enfrentarse al reto en el mismo nivel? Y ¿qué es la respuesta? La respuesta es el resultado de la acumulación de múltiples experiencias; no es la experiencia misma, sino el recuerdo y la sensación de la experiencia. Por lo tanto, es la sensación la que se enfrenta al reto, es el recuerdo. Eso es lo que llamamos conocimiento acumulado, ¿verdad? De modo que el conocimiento es siempre lo ya conocido, el ayer, lo condicionado; lo condicionado se enfrenta a lo incondicionado, el reto; en consecuencia, no hay relación entre ambos. Entonces, traducimos el reto de acuerdo con la mente condicionada, con las respuestas condicionadas. Y eso, ¿no es un obstáculo?

La cuestión es, entonces, cómo afrontar el reto adecuadamente. Si lo afronto con mis experiencias pasadas, puedo ver muy bien que eso no es adecuado. Y mi mente es el pasado, mi pensamiento es el producto del pasado. ¿Puede, pues, mi pensamiento enfrentarse al reto, siendo el pensamiento un resultado de los conocimientos, de las múltiples experiencias, etc.? ¿Puede el pensamiento enfrentarse al reto? Estando condicionado, ¿cómo puede hacerlo? Puede afrontarlo tan sólo parcialmente y, por lo tanto, inadecuadamente; en consecuencia, hay fricción, sufrimiento y demás. Existe, pues, una manera diferente de enfrentarse al reto, ¿no es así? Y ¿cuál es esa manera, ese proceso? Eso es lo que implica esta pregunta.

En primer lugar, uno debe ver que el reto es siempre nuevo; tiene que ser nuevo, de lo contrario no es un reto. Un problema es siempre un problema nuevo, porque varía de instante en instante, y si no lo hace, no es un problema. Es algo estático. Por lo tanto, si el reto es nuevo, la mente debe ser nueva; debe llegar al reto fresca, no agobiada por el pasado. Pero la mente *es* el pasado; por eso, la mente debe estar en silencio. Hacemos esto instintivamente, casi sin pensarlo, cuando el problema es muy grande; cuando el problema es realmente nuevo, la mente está en silencio. Ya no parlotea, no está más agobiada por el conocimiento acumulado. Entonces, con ese estado nuevo, la mente responde; de tal modo, hay comprensión del reto. Así es como tiene lugar toda creatividad. La creación, ese sentido creativo, es de instante en instante; no conoce la acumulación. Uno podrá poseer la técnica para expresar esa creatividad, pero ese sentido creativo nace sólo cuando la mente está por completo quieta, cuando ya no se halla agobiada por el pasado, por las innumerables experiencias y sensaciones que ha acumulado.

Así, pues, la adecuación de la respuesta al reto depende, no del conocimiento, no de recuerdos anteriores, sino de su novedad, de su frescura; y esa frescura, esa cualidad renovadora es negada cuando hay continuidad de la experiencia que hemos acumulado. Por lo tanto, tiene que haber terminación a cada instante, muerte a cada instante.

Por favor, quizás algunos de ustedes puedan sentir que todo esto está muy bien para conversarlo como lo hacemos, pero si de veras experimentan con ello, verán cuán extraordinariamente, cuán rápidamente comprende uno el reto, cuán profundamente se relaciona con el reto y no tan sólo responde a

él. Por cierto, uno comprende sólo cuando la mente es capaz de renovarse a sí misma, de ser nueva, fresca. Y como el problema es siempre nuevo —el dolor es siempre nuevo si es verdadero dolor, no simplemente el recuerdo de otra cosa—, uno tiene que comprenderlo, abordarlo de una manera nueva, con una mente nueva. Por lo tanto, el conocimiento como acumulación de experiencias, individuales o colectivas, es un impedimento para la comprensión.

Pregunta: Mi creencia en el hoy bien autenticado hecho de la supervivencia después de la muerte, ¿es un obstáculo para la liberación mediante el conocimiento propio? ¿No es esencial distinguir entre la creencia basada en la evidencia objetiva, y la creencia que surge de estados psicológicos internos?

KRISHNAMURTI: Lo importante no es, por cierto, si hay o no hay continuidad después de la muerte, sino por qué creemos. ¿Cuál es el estado psicológico que requiere creencia en algo? Seamos muy claros, por favor. No estamos debatiendo ahora si hay o no hay vida después de la muerte. Ésa es otra cuestión, y la abordaremos más tarde, en otra oportunidad. La pregunta es: ¿Qué compulsión, qué necesidad psicológica hay en mí, que me induce a creer? Un hecho no requiere que usted crea en él, es obvio. El Sol sale, el Sol se pone; eso no requiere una creencia. La creencia surge únicamente cuando usted desea traducir el hecho conforme a sus deseos, a sus estados psicológicos, para acomodarlo a sus particulares prejuicios y vanidades, a su idiosincrasia. Por consiguiente, lo importante es cómo aborda usted el hecho, ya sea el hecho de la vida después de la muerte o cualquier otro hecho. El problema no es si hay supervivencia del individuo tras su muerte, tras la muerte de su cuerpo, sino por qué cree uno, qué es el impulso psicológico de creer. Eso está claro, ¿verdad? Investiguemos, pues, si esa creencia psicológica no es un obstáculo para la comprensión.

Si uno se enfrenta a un hecho, no hay nada más que decir al respecto. Es un hecho: el Sol se pone. El problema es por qué existe en mí este incesante impulso de creer en algo, creer en Dios, creer en una utopía futura, creer en una ideología, creer en una cosa u otra. ¿Por qué? ¿Por qué creemos? ¿Por qué este impulso psicológico de creer? ¿Qué ocurriría si no creyésemos, si tan sólo miráramos los hechos? ¿Podemos hacerlo? Se torna casi imposible, ¿verdad?, porque queremos traducir los hechos conforme a nuestras sensaciones. Así, las creencias se vuelven sensaciones e interfieren entre el hecho y uno mismo. Por lo tanto, la creencia se convierte en un obstáculo. ¿Somos diferentes de nuestras creencias? Uno cree que es norteamericano o que es hindú; cree en esto o en aquello, en la reencarnación... en miles de cosas. Uno *es* eso, ¿verdad? Uno es aquello en que cree. Y ¿por qué cree? Esto no significa que soy ateo o que niego a Dios, y toda esa tontería; no estamos discutiendo eso. La realidad no tiene nada que ver con la creencia.

De modo que el problema es: ¿Por qué creen ustedes? ¿Por qué la necesi-

dad psicológica de creer, de invertir tanta energía en la creencia? ¿No es porque sin la creencia nada son? Sin el pasaporte de la creencia, ¿qué son ustedes? ¿Qué son si no se rotulan como algo? Si no creen en la reencarnación, si no se definen a sí mismos como esto o como aquello, si no tienen rótulos, ¿qué son? Por lo tanto, la creencia actúa como una tarjeta de identificación; eliminen la tarjeta y ¿en qué situación se encuentran? Lo que necesita de la creencia, ¿no es, acaso, ese miedo básico, ese sentir que están perdidos? Por favor, reflexionen sobre ello, no lo rechacen. Experimentemos juntos las cosas de que estamos hablando, no se limiten a escuchar, porque entonces se irán de aquí y continuarán con sus creencias y sus no creencias habituales. Estamos considerando todo el problema de la creencia.

La *creencia* —la palabra— se ha vuelto importante; se ha vuelto importante el rótulo. Si no me definiera a mí mismo como hindú, con todas las implicaciones que eso tiene, estaría perdido, no tendría identidad. Pero el hecho de identificarme, como hindú, con la India, me confiere un prestigio tremendo; me ubica, me fija, me asigna un valor. Así, la creencia llega a ser una necesidad psicológica cuando me doy cuenta, consciente o inconscientemente, de que sin el rótulo estoy perdido. Entonces el rótulo adquiere importancia; no lo que *soy*, sino el rótulo: cristiano, budista, hindú, etc. Y nosotros tratamos de vivir conforme a esas creencias, que son autoproyectadas y, por ende, irreales. Cuando un hombre "cree" en Dios, su Dios es, por cierto, un Dios autoproyectado, un Dios de fabricación casera; pero lo mismo da que "no crea" en Dios.

Para comprender qué es eso, ese algo supremo, uno debe llegar a ello en un estado de pureza, de libertad, no amarrado a una creencia. Y pienso que ésa es nuestra dificultad —social, económica, políticamente, y en nuestras relaciones individuales—; o sea, abordamos todos estos problemas con un prejuicio; y como los problemas son esenciales, vitales, pueden ser encarados adecuadamente sólo cuando la mente es nueva, cuando no está atada a alguna creencia autoproyectada.

Por lo tanto, es obvio que la creencia se convierte en un obstáculo cuando el deseo de creer no es comprendido; y cuando es comprendido, no hay problema de creencia. Entonces somos capaces de enfrentarnos a los hechos tal como son. Pero aun si hay continuidad después de la muerte, ¿resuelve eso el problema del vivir, lo resuelve en el presente? Si sé que voy a vivir después de que esta cosa muera, ¿he comprendido la vida? La vida es hoy, no mañana. Y, para comprender el presente, ¿tengo que creer? Para comprender el presente, que es el vivir, que no es tan sólo un período de tiempo, debo tener una mente capaz de enfrentarse por completo a ese presente, de concederle atención plena. Pero, si mi atención se ve distraída por una creencia, es obvio que no puedo afrontar el presente de una manera completa, plena.

La creencia se vuelve, pues, un obstáculo para la comprensión de la realidad. Puesto que la realidad es lo desconocido y la creencia es lo conocido, ¿cómo puede lo conocido enfrentarse a lo desconocido? Nuestra dificultad consiste en que queremos lo desconocido junto con lo conocido. No queremos

desprendernos de lo conocido, porque hacerlo es demasiado alarmante, hay en ello inseguridad, incertidumbre. Por eso, para salvaguardarnos, nos rodeamos de creencias. Sólo en el estado de incertidumbre, de inseguridad, en el que no hay refugio alguno, podemos descubrir. Por eso, uno *debe* sentirse perdido a fin de descubrir. Pero no queremos sentirnos perdidos. Y, para evitarlo, para que nos protejan, tenemos creencias y dioses de fabricación casera. Y cuando llega el momento de una verdadera crisis, estos dioses y estas creencias carecen de todo valor; por esa razón, las creencias son un impedimento para aquél que realmente desea descubrir *lo que es.*

Pregunta: ¿Por qué, a pesar de todo lo que usted ha dicho contra la autoridad, ciertos individuos se identifican con usted o con su estado de ser, y así obtienen autoridad para sí mismos? ¿Cómo pueden los inexpertos evitar ser atrapados en la red de estos individuos?

KRISHNAMURTI: Señor, ésta es una pregunta muy importante, porque plantea la cuestión de nuestro deseo de identificarnos con algo. Ante todo, ¿por qué desea usted identificarse conmigo o con mi estado de ser, o con lo que fuere? ¿Cómo lo conoce? ¿Es porque se da el caso de que hablo, de que tengo una reputación? Por cierto, usted se identifica con algo que ha proyectado. No se identifica con algo vivo; se identifica con algo autocreado y le pone un rótulo; y ocurre que ese rótulo es muy conocido, o conocido por unos pocos, y esta identificación le da prestigio a usted. Y entonces puede explotar a la gente. Usted sabe, definiéndose a sí mismo como amigo de alguien o discípulo de alguien, obtiene una gloria reflejada. Hace todo el camino a la India para encontrar a su dios, o a su Maestro, y entonces se identifica con ese culto o con esa idea en particular, y ello le da cierto empuje. Y así puede explotar a la gente que lo rodea. Es un proceso muy estúpido. Confiere una sensación de autoridad, de poder, le hace pensar que es la única persona que comprende; todas las demás no comprenden; usted es el discípulo más cercano... en fin, las diversas formas que usamos para explotar al ciego.

Lo primero que necesitamos comprender, pues, es el deseo de explotar a la gente, el cual implica lograr para uno mismo poder, posición, prestigio. Y como todos desean eso, tanto el inexperto como el experimentado, se atrapan mutuamente en la red. Todos queremos explotar a alguien. No lo exponemos así, tan brutalmente, sino que lo disimulamos con palabras suaves. Como todos dependemos de otros, no sólo para nuestras necesidades físicas sino también para nuestras necesidades psicológicas, todos usamos a los demás. Si yo los usara a ustedes en estas reuniones con el fin de expresarme a mí mismo, a ustedes les gustaría mucho más y yo me sentiría gratificado, con lo que no hay duda de que nos estaríamos explotando mutuamente. Pero un proceso así niega la búsqueda de la verdad, la búsqueda de la realidad.

Usted no puede impedir que el inexperto sea atrapado en la red de estos individuos que afirman ser los que comprenden, los "más próximos". Señor,

tal vez usted mismo pueda hallarse atrapado en eso, porque no deseamos liberarnos de toda identificación. Por cierto, la verdad no tiene nada que ver con ningún individuo; no depende de la interpretación de ningún individuo. Usted tiene que experimentarla directamente, no por intermedio de alguien, y no es un asunto de sensación ni de creencia. Pero, si estamos atrapados en la sensación y la creencia, usaremos a otros. Por lo tanto, si uno busca realmente la verdad, si la busca honestamente, directamente, entonces no surge el problema de explotar a nadie. Pero eso requiere muchísima honestidad; acarrea un estado de soledad creativa que puede ser comprendido sólo cuando uno ha pasado por la soledad del aislamiento y la ha investigado plenamente, completamente. Y, como muy pocos de nosotros queremos pasar por la pena, el dolor, enfrentarnos a las complicaciones de nuestros estados psicológicos, somos distraídos por estos explotadores; y nos gusta que nos exploten. Comprender, captar todo el significado de la realidad, exige de nosotros una gran dosis de paciente percepción alerta, de libertad respecto de cualquier identificación.

20 de agosto de 1949

DUODÉCIMA PLÁTICA EN EL ROBLEDAL

Yo no sé con qué actitud escucha uno estas pláticas. Me temo que estamos predispuestos a escucharlas con la intención de desarrollar un método, una técnica, un procedimiento; y creo que es muy importante comprender esa tendencia, porque si estamos aprisionados en una técnica, en un procedimiento, en un método, perderemos enteramente la liberación creadora. Es decir, a causa del cultivo de una técnica, de un método, perderemos la creatividad. Y esta mañana me gustaría discutir cuáles son las implicaciones en el cultivo de una técnica, de un método, de un procedimiento, y cómo eso embota la mente, no sólo en el nivel verbal, sino en los niveles psicológicos más profundos. Porque la mayoría de nosotros no es creativa. Podemos pintar un poco, escribir ocasionalmente un poema o dos, o en raras ocasiones disfrutar de un bello paisaje, pero nuestras mentes están en su mayoría tan atrapadas en el método, en el hábito, o sea, en una forma de técnica, que no parecen capaces de ir más allá. Los problemas de la vida no requieren un método, porque son tan vitales, tan activos, que si abordamos a cada uno de ellos con una norma fija, un método, nos equivocaremos por completo, no encararemos adecuadamente ese problema. Pero la mayoría de nosotros desea una técnica, un método, porque el problema, el movimiento de la vida es tan enérgico, tan veloz, que nuestras mentes son incapaces de afrontarlo con rapidez, con presteza, con claridad; y pensamos que seremos capaces de afrontarlo si sabemos *cómo* hacerlo. Entonces, intentamos aprender de otro el "cómo", el método, la técnica, el procedimiento, los medios.

No estoy muy seguro de que la mayoría de los que están aquí no se interese en los medios. No lo nieguen, porque es sumamente difícil librarse del deseo de una técnica con el fin de lograr lo que nos proponemos. Porque, cuando tenemos los medios, hacemos hincapié en el objetivo, en el resultado. Nos interesa más el resultado que la comprensión del problema en sí, cualquiera que pueda ser la consecuencia. ¿Por qué casi todos buscamos un método para la felicidad, para la recta manera de pensar, para la paz de la mente o la paz del alma... para lo que fuere?

En primer lugar, trasladamos la mentalidad de la tecnología industrial, al acto de encarar la vida. Esto es, queremos encarar la vida eficientemente, y creemos que para ello necesitamos un método; y la mayoría de las Sociedades religiosas, la mayoría de los maestros, ofrecen un método: cómo ser pacíficos, cómo ser felices, cómo tener una mente serena, cómo concentrarse, y así sucesivamente. Ahora bien, donde hay eficiencia, hay insensibilidad; y cuanto más eficientes, tanto más intolerantes, más cerrados en nosotros mismos somos, tanta más resistencia ofrecemos. Esto desarrolla gradualmente el sentimiento de arrogancia; y la arrogancia, obviamente, nos aísla, es destructiva para la comprensión. Admiramos a las personas eficientes, y los gobiernos de todo el mundo se interesan en el cultivo de la eficiencia y en la organización de la eficiencia: eficiencia para producir, para matar, para poner en práctica la ideología de un partido político, de una religión en particular. Todos queremos ser eficientes y, debido a eso, cultivamos la exigencia psicológica de un modelo al cual nos ajustaremos para lograr dicha eficiencia.

La eficiencia, que implica el cultivo de una técnica, de un método, consiste psicológicamente en la constante práctica de un hábito. Sabemos acerca de los hábitos industriales, pero muy poco acerca de los hábitos psicológicos de resistencia. Y no estoy muy seguro de que no sea eso lo que casi todos estamos buscando: el cultivo de un hábito que nos haga eficientes para encarar el movimiento tan veloz de la vida. Si podemos, pues, comprender todo este proceso del cultivo de la técnica, del método, comprenderlo no sólo en el nivel verbal, sino en los más profundos niveles psicológicos, entonces seremos capaces, creo, de comprender qué es ser creativo. Porque, cuando existe el impulso creativo, éste encontrará su propia técnica, o su propio método de expresión. Pero si estamos consumidos, absorbidos por el cultivo de una técnica, es obvio que jamás encontraremos lo otro. Y ¿por qué necesitamos la técnica, el modelo psicológico de acción que nos dé certidumbre, eficiencia, una continuidad, un esfuerzo sostenido? Al fin y al cabo, si ustedes leen libros religiosos, estoy completamente seguro de que casi todos ellos —no es que yo haya leído alguno— contienen el medio. El medio se torna importante, porque el medio apunta a la meta; por lo tanto, la meta está separada del medio.

¿Es así? ¿El medio es diferente del fin? Si cultivamos psicológicamente un hábito, un método, un medio, una técnica, ¿acaso el fin no está ya proyectado, ya cristalizado? Por consiguiente, el medio y el fin no están separados. Es decir, ustedes no podrán tener paz en el mundo mediante métodos violentos,

en cualquier nivel que sea. El medio y el fin son inseparables, y una mente que cultiva el hábito, creará el fin ya previsto, ya existente, el fin que la mente ha proyectado. Y eso es lo que desea la mayoría de nosotros. La técnica es sólo el cultivo de lo conocido, de la seguridad, de la certidumbre. Y con lo conocido, la mente quiere percibir lo desconocido; en consecuencia, jamás puede comprenderlo. Así, pues, lo que importa es el medio, no el fin, porque el fin y el medio son una sola cosa. Por lo tanto, la mente que cultiva el hábito, el medio, la técnica, impide la creatividad, ese sentido extraordinario de descubrimiento espontáneo.

Nuestro problema no consiste, pues, en cultivar una nueva técnica, un hábito nuevo, o en descubrir un nuevo método, sino en estar completamente libres de esa búsqueda psicológica. Si uno tiene algo que decir, lo dirá, surgirán las palabras apropiadas. Pero si uno no tiene nada qué decir y cultiva una elocuencia maravillosa —ustedes saben, concurrir a escuelas que les enseñan el modo correcto de hablar—, entonces lo que uno proyecta, lo que dice, tendrá muy poco sentido.

¿Por qué, pues, la mayoría de nosotros busca un método, una técnica? Obviamente, queremos estar seguros, tener la certeza de no equivocarnos; no queremos experimentar, descubrir. La práctica de una técnica impide el descubrimiento de instante en instante, porque la verdad, o como quieran llamarlo, es de instante en instante; no es algo continuo, creciente. ¿Podemos, pues, estar libres del impulso psicológico de sentirnos seguros, de cultivar un hábito, una práctica? Éstas son todas resistencias, defensas; y con este mecanismo defensivo queremos comprender algo que es vital, veloz en su movimiento. Si podemos ver eso, ver las implicaciones en el cultivo o la búsqueda de medios, si podemos ver el significado psicológico que ello tiene —no tan sólo el significado superficial o práctico, que es obvio—, si podemos comprenderlo plenamente mientras lo explico y ustedes y yo lo estamos experimentando, entonces tal vez podamos descubrir qué significa estar libre de ese cultivo de los medios.

Y ¿es posible que nos liberemos del deseo de sentirnos psicológicamente seguros? La técnica, los medios, ofrecen seguridad. Caemos en una rutina, y entonces no es cuestión de acertar o de equivocarse; funcionamos tan sólo automáticamente. Una mente que ha sido adiestrada durante siglos para cultivar el hábito, los medios, ¿puede ser libre alguna vez? Eso es posible sólo cuando comprendemos todo el significado del hábito, el proceso total del impulso que lo genera. O sea, mientras estoy hablando de esto, observen su propio proceso, estén atentos al efecto acumulativo que tienen sus deseos de éxito, de ganar, de lograr cosas, todo lo cual niega la comprensión. Porque la comprensión de la vida, de la totalidad de su proceso, no surge a través del deseo; tiene que haber un encuentro espontáneo con la vida. Si uno puede ver todo este proceso psicológico, así como su expresión externa —cómo todos los gobiernos, la sociedad, las diversas comunidades, exigen eficiencia con toda la crueldad que la acompaña—, entonces, quizá, la mente comenzará a romper con sus

hábitos. Será realmente libre, ya no buscará un método. Así, cuando la mente está quieta, adviene ese "algo" creativo, eso que es la creación misma. Ello encontrará su propia expresión; uno no tiene que escoger un medio para expresarlo. Si uno es pintor, pintará. Esa comprensión creadora, vital, es lo que confiere gracia, felicidad, no así la expresión técnica de algo que uno ha aprendido.

De modo que la realidad, o Dios, o como quieran llamarlo, es algo que no puede revelarse por obra de una técnica, de un método, de una determinada práctica o disciplina; no es un curso planificado con un fin conocido. Uno debe penetrar en el mar inexplorado. Tiene que haber soledad, soledad creativa. Esta soledad implica ausencia de métodos. Uno no está creativamente solo cuando tiene un método. Ha de haber completa desnudez interna, un vacío total respecto de todas las prácticas y esperanzas, de todos los placeres y deseos de seguridad acumulados que mantienen firmemente la existencia de un método, de una técnica. Sólo entonces se manifiesta "lo otro", y entonces el problema está resuelto. Un hombre que muere de instante en instante y, de tal modo, se renueva, tiene la capacidad de enfrentarse a la vida. No es que esté separado de la vida; *es* la vida.

Pregunta: ¿Cómo puede uno ser consciente de una emoción, sin nombrarla o rotularla? Si me doy cuenta de un sentimiento, me parece conocer lo que es ese sentimiento casi instantáneamente después de que surge. ¿O usted se refiere a otra cosa cuando dice: "No nombren"?

KRISHNAMURTI: Éste es un problema muy difícil, y requiere muchísima reflexión; tenemos que percibir la totalidad de su contenido. A medida que lo explico, espero que usted siga esto no tan sólo verbalmente, sino experimentándolo. Siento que, si podemos comprender esta cuestión de manera plena, completa, habremos comprendido muchísimo. Trataré de abordarla desde diferentes direcciones, si es que puedo hacerlo en el tiempo de que disponemos, ya que es un problema muy intrincado y sutil. Exige toda nuestra atención; es preciso que ustedes estén experimentando lo que discutimos, que no se limiten a escuchar y a tratar de experimentarlo después. No hay un "después"; o lo experimentan ahora, o nunca.

Y bien, ¿por qué nombramos algo? ¿Por qué asignamos un rótulo a una flor, a una persona, a un sentimiento? Lo hacemos, o bien para comunicar nuestro sentimiento, para describir la flor, y así sucesivamente, o para identificarnos con ese sentimiento, ¿no es así? Nombro algo, un sentimiento, para comunicarlo: "Estoy furioso". O me identifico con ese sentimiento a fin de fortalecerlo, de disolverlo, o de hacer algo al respecto. Es decir, damos un nombre a algo, a una rosa, para comunicar eso a otros; o bien, nombrándolo pensamos que lo hemos comprendido. Decimos: "Es una rosa", la miramos rápidamente y proseguimos nuestro camino. Al darle un nombre, creemos haberla comprendido; hemos clasificado esa flor y pensamos que, de ese modo, hemos captado todo su contenido y su belleza.

Ahora bien, si no es tan sólo para comunicar, ¿qué ocurre cuando damos un nombre a una flor, a cualquier cosa? Por favor, sigan esto, examínenlo conmigo. Aunque sea yo quien se expresa en voz alta, ustedes también participan en lo que se dice. Dando un nombre a algo, nos hemos limitado a ponerlo en una categoría, y pensamos que lo hemos comprendido; no lo miramos más atentamente. Pero, si no lo nombramos, estamos obligados a mirarlo. O sea, abordamos la flor, o lo que fuere, con un sentido de novedad, con una calidad nueva de examen: la miramos como si nunca la hubiésemos mirado antes. Rotular a las personas es una manera muy conveniente de disponer de ellas; al decir que son alemanes, que son japoneses, norteamericanos, hindúes, etc., les pondremos un rótulo, y después destruimos el rótulo. Pero si no aplicamos un rótulo a los seres humanos, estamos obligados a mirarlos, a considerarlos, y entonces es mucho más difícil matar a alguien. Ustedes pueden destruir el rótulo con una bomba y sentirse virtuosos. Pero si no ponen un rótulo y, por lo tanto, tienen que mirar la cosa individual —ya sea un ser humano, una flor, un incidente o una emoción—, entonces están forzados a considerar la relación que tienen con eso, así como la acción resultante. En consecuencia, el nombrar, el rotular, es una manera muy conveniente de disponer de algo, de negarlo, condenarlo o justificarlo. Ése es un aspecto de la cuestión.

Entonces, ¿qué es ese núcleo desde el cual nombramos, qué es el centro que está siempre nombrando, escogiendo, rotulando? Todos sentimos que hay un centro, un núcleo, ¿no es así?, desde el cual actuamos, juzgamos, nombramos las cosas. ¿Qué es ese centro, ese núcleo? A algunos les gustaría creer que es una esencia espiritual, Dios, o como prefieran llamarlo. Descubramos, pues, qué es ese núcleo, ese centro que nombra califica, juzga. Por cierto, ese núcleo es la memoria, ¿verdad? Es una serie de sensaciones identificadas y encerradas; es el pasado que revive por medio del presente. Ese núcleo, ese centro, alimenta el presente rotulando, nombrando, recordando. Espero que estén siguiendo esto; pronto veremos, a medida que se vaya desarrollando, que en tanto exista este centro, este núcleo, no podrá haber comprensión. Porque, a fin de cuentas, ese núcleo es memoria, es el recuerdo de múltiples experiencias a las que hemos asignado nombres, rótulos, identificaciones. Con esas experiencias nombradas y rotuladas, desde ese centro, aceptamos y rechazamos, determinamos ser o no ser esto o aquello —conforme a las sensaciones, a los placeres y dolores acumulados en esa memoria de la experiencia—.

Ese centro es, por lo tanto, la palabra. Si no nombramos ese centro, ¿existe un centro? Esto es, si no pensamos en función de palabras, ¿podemos pensar? El pensar surge mediante la verbalización, o bien, la verbalización comienza como respuesta al pensar. Así, el centro, el núcleo, es la memoria acumulada de innumerables experiencias de placer y dolor que se verbalizan, que se convierten en palabras. Obsérvenlo en sí mismos, por favor, y verán que las palabras, los rótulos, se han vuelto mucho más importantes que la sustancia, la esencia; y nosotros vivimos a base de palabras. Por favor, no rechacen esto, no digan que está bien o que está mal. Estamos explorando. Si uno tan sólo explo-

ra un aspecto de algo, o permanece inmóvil en un punto determinado, no comprenderá todo el contenido de ello. Por lo tanto, abordemos esto desde ángulos diferentes.

Para nosotros, palabras tales como *verdad, Dios* —o el sentimiento que esas palabras representan— se han vuelto muy importantes. Cuando pronunciamos las palabras *norteamericano, cristiano, hindú,* o la palabra *ira* somos la palabra que representa el sentimiento. Pero no sabemos *qué* es ese sentimiento, debido a que la palabra ha llegado a ser muy importante. Cuando uno se llama a sí mismo budista, cristiano, ¿qué quiere decir esa palabra, cuál es, detrás de esa palabra, el sentido que jamás hemos examinado? Nuestro centro, el núcleo, es la palabra, el rótulo. Si el rótulo carece de importancia, si lo que importa es lo que está detrás del rótulo, entonces estamos capacitados para investigar; pero si nos identificamos con el rótulo y nos atenemos a él, no podemos ir más allá. Y nosotros estamos identificados con el rótulo: la casa, la forma, el nombre, los muebles, la cuenta bancaria, nuestras opiniones, nuestros estimulantes, y así sucesivamente. *Somos* todas esas cosas, esas cosas que están representadas por un nombre. Y esas cosas se han vuelto importantes: los nombres, los rótulos. Así, pues, el centro, el núcleo, es la palabra.

Ahora bien, si no hay palabra ni rótulo, tampoco hay centro, ¿verdad? Hay una disolución, un vacío; no el vacío del miedo, eso es algo por completo diferente. Hay un sentido de ser como la nada, y debido a que hemos eliminado todos los rótulos, o más bien, a causa de que hemos comprendido por qué ponemos rótulos a los sentimientos y a las ideas, somos seres completamente nuevos, ¿no es así? No hay un centro desde el cual estemos actuando. El centro, que es la palabra, ha sido disuelto. El rótulo ha sido quitado. Entonces, ¿dónde está uno como centro? Uno está ahí, pero ha habido una transformación. Y esa transformación es un poco atemorizante; por lo tanto, uno no prosigue con lo que ello aún contiene; empieza a juzgarlo, a decidir si le agrada o no le agrada. No continúa con la comprensión de lo que viene luego, sino que ya lo juzga, lo cual quiere decir que uno tiene un centro desde el cual está actuando. Por consiguiente, tan pronto juzga, permanece fijo; se tornan importantes las palabras *agrado* y *desagrado*.

Pero, ¿qué ocurre cuando no nombramos? Miramos una emoción, una sensación, más directamente y, en consecuencia, tenemos con ella una relación distinta, tal como la tenemos con una flor cuando no la nombramos. Estamos obligados a mirarla de un modo nuevo. Cuando ustedes no nombran a un grupo de personas, están obligados a mirar cara a cara a cada individuo, a no tratarlos como una masa. Por lo tanto, están mucho más alerta, observan y comprenden mucho más, tienen un sentido más profundo de piedad, de amor; pero si los tratan como masa, ahí se acabó todo.

Si no rotulan, están obligados a mirar cada sentimiento a medida que aparece. Ahora bien, cuando rotulan, ¿es el sentimiento diferente del rótulo? ¿O el rótulo despierta el sentimiento? Por favor, medítenlo. Cuando rotulamos,

casi todos intensificamos el sentimiento. El sentimiento y el nombrarlo son instantáneos. Si hubiera un intervalo entre el nombrar y el sentir, entonces podríamos descubrir si el sentimiento es diferente del nombrarlo, y entonces seríamos capaces de habérnoslas con el sentimiento sin darle un nombre. ¿Se está volviendo demasiado difícil todo esto? Me alegro. *Debería* volverse difícil. (*Risas*).

El problema es, entonces, cómo librarnos de un sentimiento que nombramos, tal como el de la *ira*. No someter el sentimiento, no sublimarlo, no reprimirlo, todo lo cual es tonto e inmaduro, sino estar realmente libres de él. Y para estar libres de él, tenemos que descubrir si la palabra es más importante que el sentimiento. La palabra *ira* tiene para nosotros más significación que el sentimiento mismo. Y, para darnos cuenta de eso, es indispensable que haya un intervalo entre el sentir y el nombrar. Ésa es una parte del problema.

Entonces, si no nombro un sentimiento, o sea, si el pensamiento no funciona meramente a causa de las palabras, o si no pienso en función de palabras, imágenes o símbolos —como lo hace la mayoría de nosotros—, ¿qué ocurre? La mente no es, entonces, tan sólo el observador. Es decir, cuando la mente no piensa tan sólo en función de las palabras, de los símbolos de las imágenes, no hay un pensador separado del pensamiento, que es la palabra. Entonces la mente está quieta, ¿verdad?, no ha sido aquietada, está quieta. Y, cuando la mente está de veras quieta, los sentimientos que surgen pueden ser encarados inmediatamente. Sólo cuando damos nombres a los sentimientos y, de tal modo, los fortalecemos, los sentimientos adquieren continuidad; se almacenan en el centro desde el cual les aplicamos futuros rótulos, ya sea para robustecerlos o para comunicarlos.

Entonces, cuando la mente ya no es más el centro, cuando ya no es el pensador compuesto de palabras, de experiencias pasadas —que son todas recuerdos, rótulos, todas almacenadas y puestas en categorías, en compartimientos—, cuando la mente ya no hace ninguna de esas cosas, es obvio que está quieta. Ya no se encuentra más atada; ya no es más un centro, el "yo": mi casa, mi realización, mi trabajo, que siguen siendo palabras, y éstas dan ímpetu al sentimiento y, en consecuencia, fortalecen la memoria. Cuando no ocurre ninguna de esas cosas, la mente está muy quieta. Ese estado no es de negación. Por el contrario, para llegar a ese punto, ustedes tienen que pasar por todo esto, lo cual es una tarea enorme; no consiste simplemente en aprender unas cuantas series de palabras y repetirlas como un escolar: "no nombrar", "no nombrar"...

Seguir esto a través de todas sus implicancias, experimentarlo, ver cómo trabaja la mente y, de tal modo, llegar a ese punto en que uno ya no nombra más, lo cual quiere decir que no hay más un centro aparte del pensamiento, todo este proceso es, sin duda, verdadera meditación. Y cuando la mente está de veras serena, puede ser que se revele aquello que es inconmensurable. Cualquier otro proceso, cualquier otra búsqueda de la realidad es tan sólo algo autoproyectado, algo de fabricación casera y, por ende, irreal. Pero este proceso es arduo, e implica que la mente ha de estar todo el tiempo atenta a cuanto

le ocurre en lo interno. Para llegar a este punto, no puede haber condena ni justificación de principio a fin. No es que en esto haya un fin, no hay un fin, porque esto es algo extraordinario que sigue ocurriendo. No hay en ello promesa alguna. Ustedes tienen que experimentarlo, penetrar en sí mismos más y más y más profundamente, de modo que todas las múltiples capas del centro sean disueltas; y eso pueden hacerlo, ya sea rápidamente o con indolencia. Pero es extraordinariamente interesante observar el proceso de la mente, cómo ésta depende de las palabras, cómo las palabras estimulan la memoria, resucitan la experiencia muerta, le dan vida. Y en ese proceso vive la mente, ya sea en el pasado o en el futuro. Por lo tanto, las palabras tienen una significación enorme, tanto neurológica como psicológicamente. Y, por favor, no aprendan todo esto de mí o de un libro. No pueden aprenderlo de otro ni lo encontrarán en un libro. Lo que aprendan o encuentren en un libro no será lo real. Pero pueden experimentarlo, pueden observarse a sí mismos en la acción, observarse pensando, ver cómo piensan, cuán rápidamente nombran el sentimiento apenas surge; y, al observar todo este proceso, la mente se libera de su centro. Entonces, estando quieta, la mente puede recibir aquello que es eterno.

Pregunta: ¿Cuál es la correcta relación, si es que hay alguna, entre el individuo y lo colectivo, la masa?

KRISHNAMURTI: ¿Piensa usted que hay alguna relación entre el individuo y la masa, entre usted y lo colectivo? Al Estado, al gobierno le agradaría que fuésemos meros ciudadanos, lo colectivo. Pero primero somos el hombre y después el ciudadano, no a la inversa. Al Estado le gustaría que no fuéramos el hombre, el individuo, sino la masa. Porque cuanto más somos el ciudadano, mayor es nuestra capacidad, mayor nuestra eficiencia; nos convertimos en la herramienta que los Estados burocráticos, autoritarios, que los gobiernos desean que seamos.

Así, pues, debemos distinguir entre el individuo privado y el ciudadano, entre el hombre y la masa. El individuo, el hombre, tiene sus sentimientos privados, sus esperanzas, fracasos y decepciones, sus anhelos, sensaciones y placeres privados. Y está el punto de vista que desea reducir todo eso a lo colectivo, porque es muy simple habérselas con lo colectivo. Se expide un edicto y asunto arreglado. Se sanciona algo, y eso es seguido por todos. Así, cuantas más organizaciones hay y cuanto más eficientemente organizadas están, tanto más es negado el individuo, ya sea por la iglesia o por el Estado; entonces somos todos cristianos, todos hindúes, etc. No somos individuos. Y con esa mentalidad, en esa condición psicológica que la mayoría de nosotros desea, ¿ocupa lugar alguno la realidad individual? Reconocemos que es necesaria una acción colectiva. Pero la acción colectiva, ¿surge con la negación del individuo? Lo individual, ¿se opone a lo colectivo? ¿Acaso lo colectivo no es ficticio? ¿No es irreal la masa? Al ver la dificultad de tratar con el individuo, creamos el opuesto, la masa, y entonces procuramos establecer

una relación entre lo individual y lo colectivo. Si el individuo es inteligente, cooperará.

Por cierto, ése es nuestro problema, ¿verdad? Primero creamos la masa y después tratamos de encontrar la relación del individuo con la masa. Pero averigüemos si la masa es real. El grupo de personas aquí presente, puede convertirse en lo colectivo por obra del hipnotismo, de la propaganda; usando diversos medios, se nos puede incitar a actuar colectivamente en pro de una ideología, de un Estado, de una iglesia, de una idea, y así sucesivamente. Es decir, la acción colectiva puede ser impuesta desde afuera, dirigida o forzada mediante el medio, la recompensa y demás. Habiendo producido esa condición de lo colectivo, tratamos de establecer la relación entre el individuo, que es lo real, y eso otro que es un producto. ¿No es posible, en cambio, que el individuo, gracias a una clara comprensión de todo lo que implica el espíritu separativo, pierda el sentido de separación y que, por lo tanto, actúe cooperativamente? Como eso es tan difícil, los Estados, los gobiernos, las iglesias, las religiones organizadas, fuerzan o seducen al individuo para que se convierta en lo colectivo.

¿Qué lugar tiene el individuo en la historia? ¿Qué importa lo que hacemos usted y yo? Está el movimiento histórico que continúa. ¿Qué lugar ocupa la realidad en este movimiento? Probablemente, ninguno en absoluto. Usted y yo no contamos para nada. Este movimiento es gigantesco; tiene el ímpetu de los siglos y seguirá su propio curso. ¿Cuál es su relación, como individuo, con este movimiento? ¿Será éste afectado por cualquier cosa que usted haga? ¿Puede usted, si es pacifista, detener una guerra? Usted es pacifista no porque haya una guerra, no porque haya descubierto una relación con ella, sino porque la guerra es, en sí misma, un mal, y usted siente que no puede matar; y ahí se termina el asunto. Pero tratar de encontrar una relación entre su comprensión, su inteligencia, y este monstruoso movimiento de la guerra, me parece una tarea completamente inútil. Puedo ser un individuo y, no obstante, ver qué es lo que en mí origina sentimientos antisociales y, así, verme libre de acciones separativas. Puedo tener una pequeña propiedad; por cierto, eso no hace de mí una entidad separativa. Lo calamitoso, lo que resulta tan destructivo, es todo este estado psicológico de sentirme separado, aislado, de sentirme "alguien".

Pregunta: ¿Cuál es el significado del dolor y el sufrimiento?

KRISHNAMURTI: Cuando usted sufre, cuando está dolorido, ¿qué significa eso? El dolor físico tiene un significado, pero probablemente nos estamos refiriendo al dolor y sufrimiento psicológico, que tiene un significado diferente en diferentes niveles. ¿Cuál es el significado del sufrimiento? ¿Por qué quiere usted encontrar el significado del sufrimiento? No es que no tenga un significado —vamos a descubrirlo—. Pero ¿por qué quiere *usted* encontrarlo? ¿Por qué quiere averiguar la razón de su sufrimiento? Cuando se formula esa pregunta: "¿Por qué sufro?" y busca la causa del sufrimiento, ¿no está escapando

del sufrimiento? Cuando busco el significado del sufrimiento, ¿acaso no lo estoy evitando, eludiendo, no estoy huyendo de él? El hecho es que sufro, pero tan pronto hago que la mente opere sobre ello y digo: "¿Por qué?", ya he diluido la intensidad del sufrimiento. En otras palabras, queremos que el sufrimiento se diluya, se alivie, queremos eliminarlo, justificarlo. Por cierto, eso no genera una comprensión del sufrimiento. Pero, si estoy libre del deseo de escapar de él, comienzo a comprender cuál es el contenido del sufrimiento.

Entonces, ¿qué es el sufrimiento? Una perturbación en diferentes niveles, ¿no es así?: en el nivel físico y en distintos niveles del subconsciente. Es una forma aguda de perturbación que nos desagrada. Mi hijo ha muerto, he levantado en torno de él todas mis esperanzas —o en torno de mi hija, de mi esposo, de quien fuere—. Lo he envuelto devotamente con todas las cosas que deseaba que él fuera. Y lo he conservado como mi compañero, usted sabe, todo eso; y súbitamente, ha desaparecido. De modo que hay una perturbación. Llamo sufrimiento a esa perturbación. Por favor, no estoy mostrándome cruel; estamos examinando esto, tratando de comprenderlo. Si no me agrada ese sufrimiento, digo: "¿Por qué estoy sufriendo?", "Lo amaba tanto", "Él era tal cosa, o tal otra", "Yo poseía eso". Y trato de escapar mediante las palabras, los rótulos, las creencias, como lo hace la mayoría de nosotros. Todo eso actúa como un narcótico. Pero, si no hago ninguna de estas cosas, ¿qué ocurre? Estoy simplemente alerta al sufrimiento. No lo condeno, no lo justifico; *soy* el sufrimiento. Entonces puedo seguir su movimiento, ¿no es así? Puedo seguir todo el contenido de lo que el sufrimiento implica —"seguir" en el sentido de tratar de comprender algo—.

Y bien, ¿qué significa el sufrimiento, qué es? No por qué hay sufrimiento, no cuál es la causa del sufrimiento, sino qué es lo que de hecho ocurre cuando sufrimos. No sé si usted ve la diferencia. Entonces, simplemente percibo el sufrimiento, no como algo separado de mí, no como un observador que observa el sufrimiento; éste forma parte de mí, o sea, todo yo soy sufrimiento. Entonces soy capaz de seguir su movimiento, ver a dónde conduce. Si hago eso, el sufrimiento se descubre a sí mismo, ¿no es así? Entonces veo que he puesto énfasis en el "yo", no en el ser al que amaba. Él sólo ha actuado para protegerme de mi desdicha, de mi soledad, de mi infortunio. Como nada soy, esperaba que él fuera eso que no pude ser. Pero ha muerto, me ha dejado; estoy perdido, me siento solo. Sin él, nada soy. Así que lloro. No es que él se haya ido, sino que yo me he quedado solo. Es muy difícil llegar a ese punto, ¿verdad? Es difícil reconocerlo, no limitarse a decir: "Estoy solo; ¿cómo puedo librarme de esa soledad?" —lo cual es otra forma de escape—, sino ser consciente de ello, permanecer con ello, ver su movimiento. Estoy tomando esto sólo como un ejemplo.

Por lo tanto, gradualmente, si le permito al sufrimiento que se despliegue, que se descubra, veo que estoy sufriendo porque me siento perdido; soy convocado a conceder mi atención a algo que no estoy dispuesto a mirar; me quieren imponer algo que soy reacio a ver y comprender. Y hay innumerables

personas para ayudarme a escapar, miles de las así llamadas personas religiosas con sus creencias y sus dogmas, sus esperanzas y fantasías: "Es el karma, es la voluntad de Dios", ustedes saben, todas ofreciéndome una salida. Pero si puedo permanecer con ello y no expulsarlo de mí, no tratar de restringirlo o negarlo, entonces, ¿qué ocurre? ¿Cuál es el estado de mi mente cuando de este modo sigue en su curso al sufrimiento? Ahora, por favor, sigan esto; continúa con lo que estuvimos considerando anteriormente.

Sufrimiento, ¿es tan sólo una palabra o es una realidad? Si es una realidad y no tan sólo una palabra, entonces la palabra no tiene sentido ahora. Por lo tanto, sólo existe el sentimiento de intenso dolor. ¿En relación con qué? En relación con una imagen, con una experiencia, con algo que usted posee o que no posee. Si lo posee, lo llama placer; si no lo posee, lo llama dolor. Así, el dolor, el sufrimiento, existe en relación con algo. Ese algo, ¿es tan sólo una cuestión verbal o es un hecho? No sé si ustedes están siguiendo todo esto. Es decir, cuando el sufrimiento existe, existe sólo relacionado con algo. No puede existir por sí mismo, tal como el miedo no puede existir por sí mismo, sino en relación con algo: un individuo, un incidente, un sentimiento. Ahora bien, usted está plenamente consciente del sufrimiento. ¿Está ese sufrimiento separado de usted y, por lo tanto, usted es simplemente el observador que percibe el sufrimiento, o ese sufrimiento forma parte de usted? Por cierto, estamos tratando de comprender qué es el sufrimiento, el dolor; tratamos de investigarlo en plenitud, no sólo superficialmente.

Ahora bien, cuando no hay observador que esté sufriendo, ¿es el sufrimiento diferente de uno mismo? Uno *es* el sufrimiento, ¿no es así? No está separado del dolor, *es* el dolor. Entonces, ¿qué sucede? Por favor, sigan esto de cerca. No se trata de rotularlo, de darle un nombre y, con eso, descartarlo; uno es ese dolor, ese sentimiento, esa sensación de agonía. Entonces, cuando uno es eso, ¿qué ocurre? Cuando no lo nombramos, cuando no hay miedo al respecto, ¿está el centro relacionado con ello? Si está relacionado con ello, entonces lo teme. Pero si el centro *es* eso, ¿qué hace uno? No hay nada que hacer, ¿verdad? Por favor, no es mera cuestión de aceptar. Síganlo y lo verán. Si uno es eso, y no lo acepta, no lo rotula, no lo hace a un lado, si uno es esa cosa, ¿qué ocurre? ¿Dice, entonces, que sufre?

Ha tenido lugar, si duda, una transformación fundamental. Ya no hay más "yo sufro", porque no existe un centro que sufra; y ese centro sufre porque jamás hemos examinado qué es el centro. Vivimos tan sólo de palabra en palabra, de reacción en reacción. Jamás decimos: "Veamos qué es esa cosa que sufre". Y no podemos verlo mediante el esfuerzo, la disciplina. Debemos mirarlo con interés, con comprensión espontánea. Entonces verán que la cosa que llamamos sufrimiento, dolor, esa cosa que eludimos, así como la disciplina, todo eso ha desaparecido. En tanto no me relaciono con la cosa como algo exterior a mí, el problema no existe, pero existe apenas establezco una relación con ella como si fuera exterior a mí. En tanto trato al sufrimiento como algo exterior —sufro porque he perdido a mi hermano, porque no tengo dinero,

porque esto o aquello—, establezco con eso una conexión, y esa conexión es ficticia. Pero si soy esa cosa, si veo el hecho, entonces todo experimenta una transformación, todo eso tiene un sentido diferente. Entonces hay atención plena, integrada; y aquello que miramos de manera completa, es comprendido y disuelto. Por lo tanto, no hay miedo y, en consecuencia, la palabra *sufrimiento* no existe.

21 de agosto de 1949

DECIMOTERCERA PLÁTICA EN EL ROBLEDAL

Durante las semanas pasadas hemos estado considerando la importancia del conocimiento propio y cómo, antes de que pueda haber acción alguna, antes de que pueda haber un recto pensar, es esencial que uno se conozca a sí mismo, que conozca no sólo la mente superficial, consciente, sino también las capas ocultas, inconscientes. Y aquéllos de ustedes que han probado y experimentado con lo que hemos estado discutiendo, deben haber dado, mientras experimentaban, con algo muy curioso: que a través del conocimiento propio uno acentúa el egocentrismo. Es decir, uno se interesa más en su propia persona. Casi todos quedamos atrapados en eso y no parecemos capaces de ir más allá. Y esta tarde me gustaría discutir por qué la mayoría de nosotros se refrena, se limita deteniéndose en la conciencia egocéntrica y no es capaz de ir más allá. Porque en esto hay muchísimas cosas que requieren más explicación y discusión, pero antes de que investiguemos eso, quisiera señalar una o dos cosas.

Ante todo, tengan la bondad de no tomar fotografías. Vean, todo esto de lo que uno está hablando es muy serio, al menos lo es para mí. No es para cazadores de autógrafos. Ustedes no estarían pensando en tomar fotografías y en pedir autógrafos si fueran de veras muy, muy serios. Y, si me permiten decirlo, eso es también sumamente infantil, inmaduro. Y la otra cosa que quisiera señalar es que, como ya lo he dicho antes, ustedes y yo estamos tratando aquí de experimentar juntos, de tantear nuestro camino en el problema al que nos enfrentamos. Y eso es imposible si están ansiosamente interesados en tomar notas de lo que estoy diciendo. Deberían ser capaces de habérselas directamente con el problema, no de reflexionar sobre él más tarde, porque cuando realmente experimentan algo, no toman notas. Toman notas cuando no piensan ni sienten ni experimentan de veras lo que se dice. Pero, si lo experimentan realmente, si acompañan lo que se está diciendo, no tienen tiempo ni ocasión de tomar notas. El experimentar no surge, ciertamente, por obra de las palabras. Eso es tan sólo fomentar la sensación; pero hay un experimentar si podemos penetrar más y más profundamente e inmediatamente en lo que se está expresando. Sería bueno, pues, que cada uno de nosotros fuera lo bastante serio como para experimentar con esto y no se limitara a posponerlo ni se distrajera de la cuestión central.

Como estaba diciendo, en la búsqueda del conocimiento propio, en su exploración, uno queda aprisionado en el egocentrismo, porque acentúa, pone más y más énfasis en el "yo". ¿Cómo ocurre esto? Hemos visto, durante todas estas pláticas, lo importante que es la libertad respecto del "yo" y "lo mío", ya que un hombre que desconoce todo el proceso y contenido del "sí mismo" es incapaz de pensar apropiadamente, lo cual es un hecho incontrovertible. Sin embargo, nosotros rehuimos, evitamos la comprensión del "yo", y creemos que eludiéndola seremos capaces de habérnoslas con él o de olvidarlo más fácilmente. Mientras que, si somos capaces de mirarlo con más intensidad, con más atención, existe el peligro de volvernos más y más egocéntricos. ¿Es posible ir más allá de todo esto? Y bien, para comprenderlo, debemos investigar el problema de la sinceridad. La sencillez no es sinceridad. Aquél que es sincero, jamás puede ser sencillo, porque el que trata de ser sincero, siempre lo hace con el deseo de amoldarse o aproximarse a una idea. Y, para comprendernos a nosotros mismos, necesitamos una sencillez extraordinaria, la sencillez que adviene cuando no hay deseo de obtener, alcanzar o lograr algo; tan pronto deseamos ganar algo mediante el conocimiento propio, hay egocentrismo en el que quedamos aprisionados; esto es un hecho.

Si ustedes no se limitan a examinar lo que los numerosos psicólogos y santos han dicho, sino que experimentan consigo mismos, llegarán a un punto donde verán que, a menos que haya completa sencillez —no sinceridad—, no podrán proseguir. El egocentrismo surge sólo cuando hay deseo de lograr algo: la felicidad, la realidad, o incluso la comprensión, por medio del conocimiento propio. En otras palabras, cuando existe el deseo de realizarse mediante el conocimiento propio, hay egocentrismo, el cual impide seguir investigando el problema. Y como casi todos, en especial aquéllos que se llaman a sí mismos religiosos, tratan de ser sinceros, tenemos que comprender esta cuestión, esta palabra *sinceridad*. Porque la sinceridad desarrolla la voluntad, y la voluntad es esencialmente deseo. Ustedes tienen que ser sinceros a fin de aproximarse a una idea; en consecuencia, el modelo y el llevar a la práctica ese modelo, se vuelven lo más importante. Para cumplir con un modelo previo, uno debe tener voluntad, la cual niega la sencillez. La sencillez nace sólo cuando estamos libres del deseo de realizarnos en lo personal y dispuestos a investigar el conocimiento propio sin que haya ningún objetivo en vista. Y pienso que es de veras importante reflexionar sobre esto. Lo que se requiere no es sinceridad, no es el ejercicio de la voluntad para ser o para no ser determinada cosa, sino comprendernos espontáneamente de instante en instante, a medida que las cosas se presentan. ¿Cómo puede uno ser espontáneo cuando trata de aproximarse a un modelo?

¿Cuándo descubrimos algo en nosotros mismos? Sólo en momentos inesperados, cuando no estamos moldeando conscientemente, deliberadamente, nuestros pensamientos y sentimientos; sólo cuando hay una respuesta espontánea a la vida. Entonces, de acuerdo con esas respuestas, descubrimos. Pero un hombre que trata de ser sincero respecto de una idea, jamás puede ser sen-

cillo; por lo tanto, jamás puede haber un conocimiento propio pleno, completo. Y el conocimiento propio puede ser descubierto más plenamente, más profunda y ampliamente, sólo cuando hay una percepción pasiva, la cual no consiste en el ejercicio de la voluntad. La voluntad y la sinceridad marchan juntas, así como son compañeras la sencillez y la percepción pasiva. Porque, cuando uno está pasiva, profundamente alerta, hay una posibilidad de comprensión inmediata. Como ya lo discutimos, cuando uno desea comprender algo, si está todo el tiempo consumido por el deseo de comprenderlo, si se esfuerza por comprenderlo, es natural que no haya comprensión. Pero, si hay una percepción alerta y pasiva, existe la posibilidad de comprender.

De igual manera, para comprenderse uno mismo más profunda y ampliamente, tiene que haber percepción pasiva, lo cual es extremadamente difícil, porque casi todos nosotros justificamos o condenamos. Jamás miramos nada pasivamente. Nos proyectamos a nosotros mismos sobre el asunto —una pintura, un poema o cualquier otra cosa—, especialmente cuando ello nos concierne. Somos incapaces de mirarnos sin condena ni justificación alguna, y eso es esencial si hemos de comprender cada vez con mayor profundidad y extensión. Como casi todos nosotros, en la búsqueda del conocimiento propio quedamos atrapados en el egocentrismo, el peligro radica en que, al estar atrapados, hacemos de eso en que nos hallamos atrapados, lo más importante. Para ir más allá de la conciencia egocéntrica, debemos liberarnos del deseo de alcanzar un resultado, porque, después de todo, la obtención de un resultado es lo que la mente desea; desea estar segura, a salvo. Por lo tanto, a causa de su propio impulso, proyecta una imagen, una idea en la que se refugia. Sólo cuando no deseamos un resultado, cuando estamos viviendo de instante en instante, es posible evitar todas las ilusiones que la mente crea y no quedar aprisionados en ellas.

Pregunta: ¿Tendría usted la bondad de explicar qué entiende por morir diariamente?

KRISHNAMURTI: ¿Por qué nos atemoriza tanto la muerte? La muerte es lo desconocido. No sabemos qué va a suceder mañana; realmente, no sabemos qué va a suceder. Aunque construyamos para el mañana, en realidad, de hecho, no lo sabemos; por eso está siempre ahí el miedo al mañana. En consecuencia, el miedo es el factor que nos guía, y eso ocurre por nuestra incapacidad de enfrentarnos a lo desconocido; por lo tanto, continuamos transportando el hoy hacia el mañana. Eso es lo que hacemos, ¿verdad? Damos continuidad a nuestra idiosincrasia, a nuestros celos, a nuestras estupideces, a nuestros recuerdos; dondequiera que estemos, los transportamos de un día al otro. ¿No hacemos eso? Y así no hay un morir, sólo nos aseguramos la continuidad. Eso es un hecho. Nuestros nombres, nuestras acciones, las cosas que hacemos, nuestra propiedad, el deseo de ser... todas estas cosas confieren una continuidad.

Ahora bien, aquello que continúa no puede renovarse; es obvio. Puede haber renovación únicamente cuando hay un final. Si mañana usted es el mismo que era hoy, ¿cómo puede haber renovación? Es decir, si está atado a una idea, a una experiencia que ha tenido ayer y cuya continuación desea mañana, no hay renovación; hay una continuidad basada en el recuerdo de la sensación de esa experiencia, pero la experiencia en sí está muerta. Lo que usted desea que continúe es la sensación de aquella experiencia. Y donde hay continuidad, es evidente que no hay renovación. No obstante, eso es lo que casi todos deseamos: deseamos continuar. Deseamos continuar con nuestras preocupaciones, con nuestros placeres, con nuestros recuerdos; por eso, muy pocos de nosotros somos creativos. No hay posibilidad alguna de un renacimiento, de una renovación. Mientras que, si muriéramos cada día, si al terminar el día acabáramos con todas nuestras preocupaciones, con todos nuestros celos, con todas nuestras idioteces y vanidades, con nuestra cruel murmuración —ustedes ya conocen todo el asunto—, si cada día hubiera una terminación de todo eso y no lo transportáramos hacia el mañana, entonces existiría una posibilidad de renovación, ¿no es así?

¿Por qué acumulamos, pues? ¿Y qué es lo que acumulamos, aparte de los muebles y unas cuantas cosas más? ¿Qué es lo que acumulamos? Ideas, palabras y recuerdos, ¿no es así? Y con estas cosas vivimos, somos estas cosas. Con ellas queremos vivir, con ellas queremos continuar. Si no continuáramos, sería posible una nueva comprensión, una apertura nueva. Esto no es metafísico, no es algo fantástico. Experimente usted mismo con ello y verá qué ocurre algo extraordinario. ¡Cómo se atormenta la mente con un problema, una y otra y otra vez, día tras día! Una mente así es incapaz de ver algo nuevo, ¿verdad? Estamos aprisionados en nuestras creencias —religiosas, sociológicas, o cualquier otra forma de creencia—, y esas creencias somos nosotros mismos. Las creencias son palabras, y la palabra se vuelve importante; y así vivimos, atrapados en una sensación y deseando que ésta continúe. Por lo tanto, no hay renovación posible.

Pero, si uno no da continuidad a una preocupación sino que la examina a fondo, la investiga plenamente y la disuelve, entonces la mente está fresca para enfrentarse a otra cosa de un modo nuevo. La dificultad es que la mayoría de nosotros vive en el pasado —en los recuerdos del pasado— o en el futuro —en esperanzas futuras, en anhelos futuros—, lo cual indica que el presente no es significativo; por eso vivimos en el ayer y en el mañana, y damos continuidad a ambos. Si uno experimenta realmente con esto, si de veras muere cada día, cada minuto, a todo lo que ha acumulado, entonces la inmortalidad es posible. Ésta no es continuidad, la cual es tiempo; hay continuidad sólo para la memoria, para las ideas, los recuerdos. Pero, cuando estamos libres de la continuidad, hay un estado intemporal, el que no puede ser comprendido si uno es tan sólo el resultado de la continuidad. Por lo tanto, es esencial morir a cada instante y volver a nacer, no como uno era antes. Si investigáramos esto seriamente, veríamos que es de veras muy importante, porque en ello hay una posibili-

dad de creación, de transformación. Y nuestras vidas son, en su mayoría, tan desdichadas debido a que no sabemos cómo renovarnos; estamos agotados, destruidos por el ayer, por los recuerdos del ayer, los contratiempos, la infelicidad, los incidentes, los fracasos. El ayer agobia nuestras mentes y nuestros corazones, y con esa carga queremos comprender algo que no puede ser comprendido dentro de los límites del tiempo. Por eso, si uno quiere ser creativo en el profundo sentido de esa palabra, es esencial que haya muerte para todas las acumulaciones de cada minuto. Esto no es fantástico, no se trata de alguna experiencia mística. Uno puede experimentarlo de manera directa, simple, cuando comprende todo el significado de cómo el tiempo, o sea, la continuidad, es un obstáculo para lo creativo.

Pregunta: ¿De qué modo una verdad, según usted ha dicho, al ser repetida se convierte en una mentira? ¿Qué es, en realidad, una mentira? ¿Por qué está mal mentir? ¿No es éste un problema profundo y sutil en todos los niveles de nuestra existencia?

KRISHNAMURTI: Hay dos preguntas contenidas en ésta, de modo que examinemos la primera: "¿De qué modo, cuando una verdad se repite, se convierte en una mentira?". ¿Qué es lo que repetimos? ¿Puede usted repetir una comprensión? Si comprendo algo, ¿puedo repetir eso? Puedo comunicarlo en palabras; pero no es, por cierto, la experiencia lo que se repite, sino que quedamos atrapados en la palabra y perdemos la significación de la experiencia. Si usted tuvo una experiencia, ¿puede repetirla? Puede tener el deseo de que se repita, de repetir la sensación de esa experiencia, pero una vez que hemos experimentado algo, eso se acabó, no puede repetirse. Lo que puede repetirse es la sensación y la palabra correspondiente que da vida a esa sensación. Y como casi todos somos, desafortunadamente, propagandistas, estamos atrapados en la repetición de la palabra. Vivimos, pues, a base de palabras, y así negamos la verdad.

Tomemos, por ejemplo, el sentimiento del amor. ¿Puede usted repetirlo? Cuando oye decir: "Ama a tu prójimo", ¿es eso una verdad para usted? Es una verdad únicamente cuando ama a su prójimo, y ese amor no puede ser repetido, sólo puede serlo la palabra. Sin embargo, la mayoría de nosotros se contenta con la repetición: "Ama a tu prójimo", o "No seas codicioso". De modo que la verdad de otro, o una verdadera experiencia que uno ha tenido, no se convierte en una realidad mediante la mera repetición. Por el contrario, la repetición impide la realidad. El mero repetir ciertas ideas, no es la realidad.

Ahora bien, la dificultad en esto es comprender el problema sin pensar en función del opuesto. Una mentira no es algo opuesto a la verdad. Uno puede ver la verdad de lo que se está diciendo, no en oposición o en contraste —como mentira o verdad—, sino viendo simplemente que la mayoría de nosotros repite sin comprender. Por ejemplo, hemos estado considerando el "no nombrar". Muchos de ustedes lo repetirán, estoy seguro, pensando que eso es "la verdad". Uno jamás repetirá una experiencia si es una experiencia directa. Podrá

comunicarla, pero cuando se trata de una experiencia real, las sensaciones que hubo tras ella han desaparecido, el contenido emocional tras las palabras se ha disipado por completo.

Tomemos, por ejemplo, la cuestión que discutimos hace varias semanas, de que el pensador y el pensamiento son una sola cosa. Quizá sea una verdad para usted porque la ha experimentado directamente. Pero si yo la repito, no será verdadera —*verdadera*, no como opuesto a lo falso, por favor—. No será real, será tan sólo repetitiva y, por lo tanto, carecerá de significación alguna. Pero ya lo ve, mediante la repetición creamos un dogma, construimos una iglesia, y en eso encontramos refugio. La palabra, no la verdad, se convierte en la "verdad". La palabra no es la cosa. Pero para nosotros, la cosa es la palabra, y por eso uno debe ser tan extremadamente cuidadoso en no repetir algo que no comprende realmente. Y si comprende algo, puede comunicarlo, pero las palabras y el recuerdo han perdido su significado emocional. Debido a eso, nuestra perspectiva, nuestro vocabulario, cambian en la conversación corriente.

Por lo tanto, como estamos buscando la verdad mediante el conocimiento propio y no somos meros propagandistas, es importante que esto se comprenda. Porque, a causa de la repetición, uno se hipnotiza a sí mismo con palabras o con sensaciones. De ese modo, queda aprisionado en la ilusión. Para liberarse de eso, es imperativo experimentar directamente. Y, para experimentar directamente, uno debe estar alerta a sí mismo en el proceso de la repetición, de los hábitos, de las palabras y las sensaciones. Esa percepción alerta le da a uno una libertad extraordinaria, de modo que puede haber una renovación, un constante experimentar, un estado en el que todo es nuevo.

Y está la otra parte de la pregunta: "¿Qué es, en realidad, una mentira? ¿Por qué está mal mentir? ¿No es éste un problema profundo y sutil en todos los niveles de nuestra existencia?". ¿Qué es una mentira? Una contradicción, ¿verdad?, una autocontradicción. Uno puede contradecirse deliberada, conscientemente, o inconscientemente; la contradicción puede ser muy, muy sutil, o muy obvia. Y cuando la grieta en la contradicción es muy profunda, o bien uno se desequilibra mentalmente, o se da cuenta de la grieta y empieza a repararla. Ahora bien, para comprender este problema —qué es una mentira y por qué mentimos—, uno tiene que examinarlo sin pensar desde el punto de vista de un opuesto. ¿Podemos considerar este problema de nuestra contradicción interna, sin tratar de no ser contradictorios? No sé si me expreso con claridad. Nuestra dificultad al examinar esta cuestión consiste en que condenamos tan prontamente una mentira, ¿no es así?; pero, para comprenderla, ¿podemos reflexionar sobre ella, no en función de verdad y falsedad, sino de lo que *es* la contradicción? ¿Por qué nos contradecimos? ¿Por qué hay contradicción en nosotros? ¿No existe un intento de vivir a la altura de un modelo, de una norma, una constante aproximación a un patrón de conducta, un esfuerzo constante para ser algo, ya sea a los ojos de otra persona o a nuestros propios ojos? Hay un deseo de ajustarnos a un modelo, y cuando no vivimos a la altura de ese modelo, hay una contradicción.

Y bien, ¿por qué tenemos una norma, un modelo, una aproximación, una idea a la altura de la cual procuramos vivir? ¿Por qué? Obviamente, para sentirnos seguros, a salvo, para ser populares, para tener una buena opinión de nosotros mismos, y así sucesivamente. Allí está la semilla de la contradicción. En tanto nos aproximemos a algo, tratemos de ser algo, tiene que haber contradicción; en consecuencia, tendrá que existir esta grieta entre lo falso y lo verdadero. Creo que esto es importante, si lo investigan serenamente. No es que no existan lo falso y lo verdadero, pero ¿por qué esta contradicción dentro de nosotros? ¿No es, acaso, porque intentamos ser alguna cosa: ser nobles, buenos, virtuosos, creativos, felices, etc.? Y, en el deseo mismo de ser algo, está la contradicción de no querer ser otra cosa que ésa. Y esta contradicción es muy destructiva. Si uno es capaz de identificarse por completo con algo, con esto o aquello, la contradicción deja de existir; pero cuando nos identificamos tan completamente, hay autoencierro, resistencia, lo cual genera desequilibrio; esto es un hecho evidente.

Entonces, ¿por qué hay contradicción en nosotros? He dicho algo, y no deseo que eso se descubra; he pensado algo que no es enteramente satisfactorio para mí, y ello me pone en un estado de contradicción que no me agrada. Por lo tanto, donde hay aproximación a un modelo, tiene que haber miedo, y este miedo genera contradicción. Mientras que, si no hay un devenir ni intento de ser alguna otra cosa, entonces no hay sentido alguno de miedo, no hay contradicción, no hay en nosotros mentira en ningún nivel, consciente o inconsciente —no hay nada para ser reprimido, nada para ser mostrado—. Y como nuestras vidas son, en su mayoría, una cuestión de estados de ánimo y poses, posamos de acuerdo con nuestro estado de ánimo, lo cual es una contradicción. Cuando el estado de ánimo desaparece, somos lo que somos. Lo realmente importante es esta contradicción, no si usted dice o no dice una cortés mentira de circunstancias.

En tanto exista esta contradicción, tiene que haber una existencia superficial y, por ende, temores superficiales que es necesario proteger; de aquí las mentiras de circunstancias y todo lo que sigue, usted sabe. Podemos considerar esta cuestión, no preguntando qué es una mentira y qué es la verdad, sino investigando el problema de nuestra contradicción interna, pero sin tomar en cuenta los opuestos, lo cual es sumamente difícil. Porque, como dependemos tanto de las sensaciones, nuestras vidas son, en su mayor parte, contradictorias. Dependemos de los recuerdos, de las opiniones, y tenemos numerosos temores que queremos disimular; todas estas cosas crean contradicción dentro de nosotros y, cuando esa contradicción se vuelve insoportable, nos trastornamos. Deseamos la paz, y todo lo que hacemos genera guerra, no sólo en la familia, sino afuera. Y, en vez de comprender lo que crea conflicto, sólo tratamos de ser una cosa o la otra —lo opuesto—, originando, de tal modo, una grieta aún mas grande.

¿Es posible, pues, comprender por qué hay contradicción en nosotros, no sólo superficialmente sino mucho más en lo profundo, psicológicamente? Ante

todo, ¿nos damos cuenta de que vivimos una vida contradictoria? Queremos paz, y somos nacionalistas; queremos evitar la desdicha social y, no obstante, cada uno de nosotros es individualista, limitado, está encerrado en sí mismo. De modo que vivimos constantemente en contradicción. ¿Por qué? ¿No es, acaso, porque somos esclavos de la sensación? Esto no es para que lo rechacen o lo acepten. Requiere que se comprendan a fondo las implicancias de la sensación, que son los deseos. Deseamos muchísimas cosas, todas en contradicción unas con otras. Somos múltiples máscaras conflictivas; nos ponemos una máscara cuando nos conviene y la negamos cuando algo diferente resulta más provechoso, más placentero. Éste es el estado de contradicción que da origen a la mentira. Y, en oposición a eso, creamos la "verdad". Pero la verdad no es, por cierto, el opuesto de la mentira. Lo que tiene opuesto no es la verdad. El opuesto contiene su propio opuesto; por lo tanto, no es la verdad, y para comprender bien a fondo este problema, debemos darnos cuenta de todas las contradicciones en que vivimos.

Cuando digo a alguien: "Te amo", ello va acompañado de celos, envidia, ansiedad, miedo, lo cual implica una contradicción. Esta contradicción es la que debemos comprender, y podemos comprenderla sólo cuando nos damos cuenta de ella, cuando la percibimos sin condenarla ni justificarla, simplemente mirándola. Y, para mirarla pasivamente, uno tiene que comprender todos los procesos de justificación y condena. No es un problema fácil mirar pasivamente algo, pero, al comprender eso, empezamos a comprender todas las modalidades de nuestro propio pensar y sentir. Y cuando nos damos cuenta del pleno significado que tiene nuestra contradicción interna, ello trae consigo un cambio extraordinario; uno es, entonces, lo que es, no algo que uno trata de ser. Ya no está siguiendo más un ideal, ya no está buscando la felicidad. Es lo que es y, a partir de allí, puede proseguir. Entonces resulta imposible la contradicción.

Pregunta: Siento sinceramente que deseo ayudar a las personas, y creo que puedo ayudarlas; pero cualquier cosa que digo o hago en relación con otro, se interpreta como una interferencia y un deseo de tiranizar. Así que me veo bloqueado por los otros y eso hace que me sienta frustrado. ¿Por qué me ocurre esto?

KRISHNAMURTI: Cuando decimos que queremos ayudar a otro, ¿qué entendemos por esa palabra *ayudar*? Tal como la palabra *servicio*, ¿qué significa? Usted llega con su automóvil a la estación de servicio, el empleado lo atiende y usted le paga, pero él usa la palabra *servir*, como la usan todos los comerciantes. Ahora bien, aquellas personas que desean servir, ¿no lo hacen, acaso, con el mismo espíritu? Desean ayudar si uno también les da algo; es decir, desean ayudar a fin de realizarse ellas. Y cuando uno se resiste, cuando comienza a mostrarse crítico, se sienten frustradas. En otras palabras, de hecho no lo están ayudando a uno. Por medio de la ayuda, del servicio, se están realizando ellas

mismas. O sea, están buscando la autorrealización bajo el pretexto de la ayuda y el servicio a los demás, el cual, cuando se ve bloqueado, da lugar a la ira, a la murmuración, y esas personas se atormentan, se derrumban. Esto es un hecho evidente, ¿no es así?

¿Puede usted ayudar y servir a otro sin pedir nada a cambio? Esto no es nada fácil, es sumamente difícil; uno no puede limitarse a decir: "Es posible hacerlo". Cuando usted le da algo a alguien, unos cientos de dólares, ¿no hay algo en usted que queda atado? ¿No se ata a sí mismo con esos cientos de dólares? ¿No trae cola eso? ¿Puede usted darlos y olvidarse? Este dar desde el corazón es generosidad. Pero la generosidad de la mano tiene siempre algo que retener y lo retiene. De igual manera, los que desean ayudar, cuando por distintas razones se ven impedidos de hacerlo, se sienten frustrados, perdidos; no tolerarán la crítica, dirán que lo que hacen es tergiversado, mal interpretado; mediante su ansiedad por ayudarlo a uno, ellos satisfacen su propia necesidad de realizarse.

Por lo tanto, el problema es si existe tal cosa como la autorrealización, ¿verdad? Ésa es la siguiente pregunta: ¿Existe la autorrealización? Esa palabra *autorrealización*, ¿no es una contradicción? Cuando usted quiere realizarse en algo, ¿qué es ese algo en el que usted se está realizando? ¿No es, acaso, una autoproyección? Digamos que yo quiero ayudarlo. Uso la palabra *ayuda,* que encubre mi deseo de autorrealización. ¿Qué ocurre cuando tengo un deseo semejante? Ni lo ayudo a usted ni me realizo. Porque, para la mayoría de nosotros, realizarse significa obtener placer haciendo algo que nos gratifica. En otras palabras, la autorrealización es gratificación, ¿no es así? Busco gratificación, superficial o permanente, y la llamo autorrealización. Pero, ¿puede ser permanente la gratificación? Obviamente, no. Por cierto, cuando hablamos de autorrealización, nos referimos a una gratificación más intensa, más profunda que la satisfacción superficial, pero ¿puede ser permanente alguna vez la gratificación? Como no puede serlo jamás, cambiamos la índole de nuestra autorrealización: en un período es esto, más tarde es aquello, y finalmente decimos: "Mi realización debe serlo en Dios, en la realidad". Lo cual quiere decir que hacemos de la realidad una gratificación permanente.

En otras palabras, cuando hablamos de autorrealización, lo que buscamos es gratificarnos. Y, en vez de decir: "Quiero ayudarlo a fin de gratificarme", lo cual sería demasiado crudo y somos demasiado sutiles para eso, decimos: "Quiero servirlo, quiero ayudarlo". Y, cuando se nos impide hacerlo, nos sentimos perdidos, frustrados, irritados, furiosos. Bajo el pretexto de la ayuda y el servicio, hacemos un montón de monstruosidades —engaños, ilusiones—. En consecuencia, palabras como *autorrealización*, *ayuda*, *servicio*, necesitan ser examinadas. Y cuando de veras las comprendemos, no sólo verbalmente, sino profundamente, a fondo, entonces ayudaremos sin esperar nada a cambio. Una ayuda así jamás será tergiversada —y aunque lo fuera, eso carecería de importancia—. Entonces no hay sentido alguno de frustración, no hay ira, críticas ni murmuraciones.

Pregunta: ¿Qué es la soledad creativa? ¿Es un estado místico? ¿No implica liberarnos de la relación? Esa soledad, ¿es una vía de comprensión o es una forma de escapar de los conflictos externos y de las presiones internas?

KRISHNAMURTI: ¿No tratamos, casi todos nosotros, de aislarnos en la relación? Tratamos de poseer a las personas, de dominarlas, lo cual es una forma de aislamiento, ¿verdad? Nuestras creencias, nuestras ideas, son una forma de aislamiento. Cuando nos apartamos, cuando renunciamos, eso es una forma de aislamiento. La presiones internas y los conflictos externos nos obligan a autoprotegernos, a encerrarnos en nosotros mismos. Ésa es una forma de aislamiento, ¿no es así? Y a través del aislamiento, ¿puede haber comprensión alguna? ¿Yo lo comprendo si lo resisto, si me encierro en mis propias ideas, en mis prejuicios, en mis críticas a su persona, etc.? Puedo comprenderlo únicamente cuando no estoy aislado, cuando no hay ninguna barrera entre nosotros, ni la barrera verbal ni la de los estados psicológicos ni la de los humores cambiantes o de las respectivas idiosincrasias. Pero, para comprender, tengo que estar solo, ¿no es así? Solo en el sentido de no estar encerrado en mis propios pensamientos, de hallarme libre de toda influencia. Creativamente solo.

Casi todos nosotros somos seres compuestos; estamos compuestos de recuerdos, de idiosincrasias, prejuicios. Innumerables influencias. Y, a través de todo eso, tratamos de comprender algo. ¿Cómo puede haber comprensión, cuando somos un producto, cuando estamos compuestos de tantas cosas? Cuando nos liberamos de todo eso, existe un estado de soledad que no es un escape. Por el contrario, consiste en la comprensión de todas estas cosas, la cual da origen a una soledad con la que nos enfrentamos a la vida directamente. Siendo una masa de opiniones, de creencias, estando compuesto de todo eso, uno piensa que es un ser integrado, o trata de buscar la integración con todas estas cargas. Por cierto, la integración puede ser completa de principio a fin y no limitada al nivel superficial, únicamente cuando nos liberamos, gracias a la comprensión, de todas las influencias que impactan constantemente sobre nosotros: creencias, recuerdos, idiosincrasias, etc.; uno no puede limitarse a desecharlas. Entonces, cuando comenzamos a comprenderlas, hay una soledad que no es contradicción, que no se opone ni a lo colectivo ni a lo individual.

Cuando uno quiere comprender algo, ¿acaso no está solo? En ese momento, ¿no está completamente integrado? ¿No está concediendo su atención total? ¿Puede haber comprensión alguna si uno se aísla, si resiste? Cuando uno renuncia a algo, ¿trae comprensión eso? La comprensión no llega, ciertamente, por obra de la resistencia ni del aislamiento ni de la renunciación. Sólo cuando comprendemos el pleno significado de un problema, el problema desaparece; no tenemos que renunciar a él. No tenemos que renunciar a la riqueza, a ciertas avideces muy obvias. Cuando somos capaces de mirarlas directamente, sin juicio crítico

alguno, pasivamente alerta a ellas, se desprenden por sí mismas de nosotros. Y, en ese estado de pasiva percepción alerta, ¿no hay, acaso, atención completa? —no como un opuesto o una concentración excluyente—. Es un estado de percepción inteligente exento de contradicciones; por lo tanto, desaparece esa otra soledad, la soledad del aislamiento. Casi todos nosotros somos seres aislados, solitarios; no hay profundidad, llegamos al fin rápidamente. Esa soledad es la que da origen a los retiros solitarios, a los escapes, a las simulaciones. Si queremos comprender esa soledad, debemos descartar todos estos encubrimientos y permanecer con ella. Ese ser es el que está creativamente solo. No se halla influenciado ni atrapado en estados de ánimo cambiantes; y es esencial estar así, creativamente solo, cosa que teme la mayoría de nosotros. Difícilmente salimos alguna vez solos; siempre tenemos la radio, las revistas, los diarios, los libros, y si no tenemos esas cosas, estamos ocupados con nuestros propios pensamientos. La mente jamás se halla quieta. Esta quietud es soledad creativa, la cual no es inducida, no es algo compuesto. Cuando hay muchísimo ruido y uno se halla en silencio, está solo, ¿no es así? Y es indispensable estar solo.

Cuando uno tiene éxito, entonces hay algo que, obviamente, está mal. La mayoría de nosotros busca el éxito, y eso es porque jamás estamos creativamente solos; estamos aislados, nos sentimos solos, pero jamás existe ese estado de madura soledad; sólo en ese estado podemos dar con aquello que es verdadero, que carece de toda comparación posible. Y, como casi todos tenemos miedo de estar solos, construimos diversos refugios, diversas salvaguardas que nos ofrecen escapes maravillosos, y les damos nombres altisonantes. Pero son todas ilusiones, nada significan. Únicamente cuando vemos que nada significan —cuando lo vemos de hecho, no verbalmente—, sólo entonces estamos creativamente solos y de veras podemos comprender. Eso quiere decir que debemos despojarnos de todas las experiencias pasadas, de los recuerdos, de las sensaciones que con tanta diligencia hemos cultivado y que protegemos tan cuidadosamente. Por cierto, sólo una mente no condicionada puede comprender lo que no es condicionado: la realidad. Y, para liberar a la mente de su condicionamiento, uno no sólo debe enfrentarse al doloroso sentimiento de soledad, sino que debe ir más allá; no debe aferrarse a los recuerdos que se agolpan en su mente. Porque los recuerdos son meras palabras, palabras que contienen sensaciones. Sólo cuando la mente está por completo quieta, libre de influencias, puede realizarse aquello que *es*.

27 de agosto de 1949

DECIMOCUARTA PLÁTICA EN EL ROBLEDAL

Esta mañana contestaré primero algunas de las preguntas, y después finalizaré con una charla. Son muchas las preguntas que hasta ahora me han entre-

gado y, desafortunadamente, no ha sido posible contestarlas todas. De modo que he seleccionado aquéllas que son representativas, tratando de contestar tantas como fuera posible. Además, al contestar las preguntas, uno no puede, naturalmente, entrar en todos los detalles, porque llevaría demasiado tiempo; por lo tanto, sólo es posible abordar las cosas fundamentales; los detalles deberán ser completados por ustedes mismos. Aquéllos que han estado viniendo regularmente, si no se llevan de aquí tan sólo un recuerdo de las palabras, y las gratas sensaciones de escuchar sentados bajo los árboles, de distraerse con los pájaros, las cámaras fotográficas, las notas y las diversas cosas que entretienen a la mente, si viven no sólo de las palabras, sino que viven y experimentan de veras esas cosas que hemos considerado, encontrarán que, habiendo comprendido el esbozo de las respuestas, que en cierto modo han sido breves y sucintas, podrán completar los detalles.

Pregunta: Es cierto que las ideas separan, pero las ideas también unen a las personas. Esto que hace posible la vida comunal, ¿no es la expresión del amor?

KRISHNAMURTI: Cuando usted formula una pregunta semejante, no sé si se da cuenta de que las creencias, las opiniones, separan a la gente, que las ideologías dividen, que las ideas inevitablemente fragmentan. Las ideas no unen a las personas, aunque usted pueda tratar de unirlas perteneciendo a ideologías que difieren entre sí y se oponen unas a otras. Las ideas jamás podrán unir a la gente, es obvio. Porque las ideas siempre pueden ser combatidas y destruidas a través del conflicto. Al fin y al cabo, las ideas son imágenes, sensaciones, palabras. ¿Pueden las palabras, las sensaciones, los pensamientos, unir a las personas? ¿O para unirlas se requiere algo por completo diferente? Uno ve que el odio, el miedo y el nacionalismo unen a las personas. Un miedo común, un odio común, a veces unen a las personas en oposición a otras, tal como el nacionalismo une a personas dentro de grupos contrarios. Por cierto, éstas son ideas. Y el amor, ¿es una idea? ¿Puede usted pensar acerca del amor? Puede pensar en la persona a la que ama o en el grupo de personas a las que ama. Pero ¿es amor eso? Cuando hay pensamiento acerca del amor, ¿es eso amor? Y, desde luego, sólo el amor puede unir verdaderamente a las personas, no así el pensamiento, no un grupo en oposición a otro grupo. Donde hay amor, no hay grupo ni clase ni nacionalidad. Así, pues, debemos averiguar qué entendemos por amor.

Sabemos lo que entendemos por ideas, opiniones, creencias; eso lo hemos discutido suficientemente durante las semanas pasadas. Entonces, ¿qué entendemos por amor? Es una cosa de la mente cuando las cosas de la mente llenan el corazón. Y con la mayoría de nosotros, eso es lo que ocurre. Hemos llenado nuestro corazón con las cosas de la mente, que son las opiniones, las ideas, las sensaciones, las creencias; y en torno a ellas y en función de ellas vivimos y amamos. Pero, ¿es amor eso? ¿Podemos pensar acerca del amor?

Cuando uno ama, ¿está funcionando el pensamiento? El amor y el pensamiento no se oponen el uno al otro; no los dividamos como opuestos. Cuando uno ama, ¿hay allí sentido de separación, de unir a las personas, o de dispersarlas, de apartarlas? Por cierto, ese estado de amor puede ser experimentado sólo cuando el proceso del pensamiento no está operando —lo cual no implica que uno haya de volverse loco, desequilibrado—. Por el contrario; ir más allá del pensamiento requiere la más elevada forma de pensar.

Así, pues, el amor no es algo de la mente. Sólo cuando la mente está de veras quieta, cuando ya no espera ni pregunta ni exige ni busca ni posee, cuando ya no siente celos ni miedo ni ansias, cuando está realmente en silencio, cuando ya no se proyecta a sí misma, cuando no persigue sus particulares sensaciones, requerimientos e impulsos, sus miedos ocultos, cuando no busca su propia realización y no se halla atrapada en la esclavitud de la creencia, sólo entonces, el amor es posible. Pero la mayoría de nosotros piensa que el amor puede ir acompañado de los celos, de la ambición, que puede marchar junto con la persecución de los deseos personales. Desde luego, cuando existen estas cosas, no hay amor. Por lo tanto, no tenemos que ocuparnos del amor, el cual adviene de manera espontánea sin que lo busquemos expresamente, sino que debemos interesarnos en las cosas que impiden el amor, en las cosas de la mente que se proyectan a sí mismas y crean una barrera.

Por eso, antes de que podamos saber qué es el amor, resulta esencial que conozcamos el proceso de la mente, donde tiene su morada el "yo". De modo que es importante profundizar cada vez más en la cuestión del conocimiento propio, no limitarse a decir: "Debo amar", o "El amor une a las personas", o "Las ideas fragmentan", lo cual sería una mera repetición de lo que he oído y, por ende, completamente inútil. Las palabras lo embrollan todo. Pero si podemos comprender en su totalidad lo que significan las modalidades de nuestro propio pensamiento, de nuestros deseos con sus búsquedas y sus ambiciones, entonces hay una posibilidad de que comprendamos y experimentemos aquello que es el amor. Pero eso requiere una comprensión extraordinaria respecto de nosotros mismos. Cuando hay abnegación, olvido de uno mismo —no intencional sino espontáneo, no como resultado de una serie de prácticas y disciplinas que sólo limitan—, entonces es posible el amor. Ese estado de abnegación se manifiesta cuando comprendemos todo el proceso del "yo", tanto el consciente como el inconsciente, tanto en las horas de vigilia como en las de sueño. Entonces, el proceso total de la mente se comprende tal como tiene lugar en la relación, en cada incidente, en la respuesta a cada reto que debemos afrontar. Al comprender eso y, en consecuencia, al liberar a la mente del proceso que ella misma genera y con el cual se limita, hay una posibilidad de amor.

El amor no es sentimentalismo, no es romanticismo, no depende de cosa alguna, y ese estado es extremadamente arduo y difícil de comprender o de alcanzar. Porque nuestras mentes están siempre interfiriendo, limitando, usurpando su funcionamiento; por lo tanto, es esencial comprender primero la mente y las maneras como actúa; de lo contrario, quedaremos aprisionados en

ilusiones, sensaciones y palabras con muy poca significación. Y, como para la mayoría de la gente, las ideas actúan tan sólo como un refugio, un escape —ideas que se han convertido en creencias—, es natural que impidan un vivir completo, una acción total, un recto pensar. Pensar rectamente, vivir libre e inteligentemente, es posible sólo cuando existe un conocimiento cada vez más amplio y profundo de nosotros mismos.

Pregunta: ¿Tendría usted la bondad de explicar la distinción que hace entre memoria factual y memoria psicológica?

KRISHNAMURTI: No nos preocupemos por el momento de la distinción entre memoria factual y memoria psicológica. Consideremos la memoria. ¿Por qué vivimos de recuerdos? Los recuerdos, ¿están separados de nosotros? ¿Es usted diferente de la memoria? ¿Qué entendemos por memoria? Es el residuo de ciertos incidentes, de ciertas experiencias y sensaciones, ¿no es así? Hemos tenido una experiencia ayer; ésta ha dejado cierta huella, cierta sensación. Esa sensación es lo que llamamos memoria, recuerdo, ya sea que lo verbalicemos o no; y somos la suma total de estos recuerdos, de estos residuos. Por cierto, uno no es diferente de su recuerdo. Hay recuerdos tanto conscientes como inconscientes. Los recuerdos conscientes responden de una manera fácil, espontánea; y los inconscientes son muy hondos, están ocultos, inmóviles, aguardando, vigilando. Todo eso somos, indudablemente usted y yo: lo racial, el grupo, lo particular; usted y yo somos todo eso, todos esos recuerdos. Usted no es diferente de sus recuerdos. Elimine sus recuerdos y ¿dónde está usted? Si los elimina, terminará en un asilo.

Pero, ¿por qué la mente se aterra al pasado? Ésa es la pregunta, ¿verdad? ¿Por qué la mente, el pensador —que es el producto de los recuerdos, del pasado, la consecuencia del ayer, de múltiples ayeres—, por qué se aferra al ayer? Los recuerdos sin ningún contenido emocional tienen su importancia; pero nosotros les agregamos un contenido emocional de agrado o desagrado: "Conservaré esto, no conservaré aquello". "Pensaré acerca de esto, y sobre aquello meditaré en mi vejez o continuaré haciéndolo en mi vida futura". ¿Por qué hacemos eso? Por cierto, ése es el problema, ¿verdad? No es que debamos olvidar los recuerdos factuales o psicológicos. Porque todas las impresiones, todas las respuestas, todo está ahí, inconscientemente: todos los incidentes, todos los pensamientos, todas las sensaciones que hemos vivido están ahí; ocultos, tapados, pero están ahí. Y, a medida que vamos envejeciendo, volvemos a esos recuerdos y vivimos en el pasado, o en el futuro, según sea nuestro condicionamiento. Recordamos los momentos gratos de nuestra juventud, o pensamos en el "futuro", en lo que vamos a ser.

Vivimos, pues, en estos recuerdos. ¿Por qué? Vivimos como si fuéramos diferentes de esos recuerdos. Ése es el problema, ¿no? Por recuerdos entendemos palabras, imágenes, símbolos, que son nada más que una serie de sensaciones, y vivimos a base de esas sensaciones. Por consiguiente, nos separa-

mos de las sensaciones y decimos: "Deseo experimentar esas sensaciones", lo cual implica que el "yo", habiéndose separado de los recuerdos, se adjudica permanencia a sí mismo. Pero no es permanente. Se trata de una permanencia ficticia.

Ahora bien, todo este proceso del "yo" separándose de la memoria y dando vida a esa memoria en respuesta al presente, la totalidad de este proceso, impide nuestro contacto directo con el presente, ¿no es así? Si quiero comprender algo, comprenderlo no de manera teórica, verbal, abstracta, sino de hecho, debo concederle toda mi atención. No puedo concederle la plenitud de mi atención si estoy distraído por mis recuerdos, mis creencias, mis opiniones, mis experiencias de ayer. Debo, pues, responder plenamente, adecuadamente, al reto. Pero ese "yo" que se ha separado de la memoria dándose de ese modo permanencia, ese "yo" mira el presente —mira el acontecimiento, la experiencia— y deriva del presente lo que le permite su condicionamiento pasado; esto es todo muy simple y claro si lo examinan. La memoria del ayer, de las posesiones, de los celos, la ira, la contradicción, la ambición, de lo que uno debe o no debe ser, todas estas cosas son las que componen el "yo"; y el "yo" no es diferente de la memoria. La cualidad no puede ser separada de la cosa.

Así, pues, la memoria es el "yo". La memoria es la palabra, palabra que simboliza la sensación, tanto la física como la psicológica, y a eso nos aferramos. Nos aferramos a la sensación, no a la experiencia, porque en el instante de la experiencia no existen ni el experimentador ni lo experimentado; sólo hay un experimentar. Cuando no estamos experimentando, nos apegamos a la memoria, como tantas personas lo hacen, especialmente cuando envejecen. Obsérvense a sí mismos y lo verán. Vivimos en el pasado o en el futuro, y usamos el presente como un mero pasaje del pasado al futuro; en consecuencia, el presente carece de significación. Todos los políticos se complacen en esto, todos los ideólogos, todos los idealistas: siempre miran hacia el futuro o hacia el pasado.

Por lo tanto, si uno comprende todo el significado de la memoria, no desecha los recuerdos ni los destruye ni intenta librarse de ellos, sino que comprende cómo la mente se apega a la memoria y, de tal modo, fortalece el "yo". El "yo", después de todo, es sensación, un haz de sensaciones. Es lo conocido, y desde lo conocido queremos comprender lo desconocido. Pero lo conocido tiene que ser, por fuerza, un impedimento para lo desconocido porque, para comprender la realidad, tiene que haber en la mente un estado de novedad, de frescura, no la carga de lo conocido.

Dios, o la realidad, o como quieran llamarlo, no puede ser imaginado, no puede ser descrito, puesto en palabras; y, si lo hacemos, eso que ponemos en palabras no es la realidad; es tan sólo la sensación de un recuerdo, la reacción a un condicionamiento y, por lo tanto, no es real. Si uno quiere comprender, pues, aquello que es eterno, intemporal, tiene que llegar a su fin la mente como haz de recuerdos. Ya no puede seguir aferrándose a lo conocido; en consecuen-

cia, debe ser capaz de recibir lo desconocido. Uno no puede recibir lo desconocido si la mente está agobiada de recuerdos, cargada con lo conocido, con el pasado. De modo que la mente ha de estar por completo silenciosa, lo cual es muy difícil, porque está siempre proyectando, siempre divagando, elaborando, engendrando; y este proceso tiene que ser comprendido en relación con la memoria. Entonces la distinción entre memoria psicológica y memoria factual es simple y obvia. Así, pues, al comprender la memoria, uno comprende el proceso del pensar; y esto es, al fin y al cabo, conocimiento propio. Para ir más allá de los límites de la mente, debemos estar libres del deseo de ser, de lograr, de obtener.

Pregunta: La vida, ¿no es genuina creación? ¿No estamos, de hecho, buscando la felicidad, y acaso no hay serenidad en la vida misma? ¿No se encuentra allí ese ser verdadero del que usted habla?

KRISHNAMURTI: Al contestar esta pregunta, para comprenderla de manera plena y significativa, ¿no deberíamos, quizá, comprender esta idea de buscar? ¿Por qué buscamos la felicidad? ¿Por qué esta incesante búsqueda de ser felices, alegres, de ser alguien? ¿Por qué este inmenso esfuerzo que hacemos para encontrar? Si podemos comprender eso y examinarlo a fondo, cosa que haré dentro de poco, tal vez sabremos qué es la felicidad sin tener que buscarla. Porque, después de todo, la felicidad es un derivado, tiene una importancia secundaria. No es un fin en sí misma; si lo es, no tiene sentido. ¿Qué significa ser feliz? El hombre que toma un trago es feliz. El que arroja una bomba sobre un gran número de personas, se regocija y dice que es feliz y que Dios está con él. Sensaciones momentáneas que desaparecen, producen ese sentimiento de ser feliz. Por cierto, hay una cualidad diferente que es esencial para la felicidad. Porque la felicidad no es un objetivo, tal como no lo es la virtud. La virtud no es un fin en sí misma; nos da libertad, y en esa libertad hay descubrimiento. Por lo tanto, la virtud es esencial. Mientras que una persona no virtuosa es esclava, desordenada, en todas partes se siente perdida, confusa. Pero tratar a la virtud como un fin en sí misma tiene muy poco sentido, igual que tratar a la felicidad como un fin en sí misma. De modo, pues, que la felicidad no es un fin; es una cuestión secundaria, una consecuencia que se manifestará si comprendemos otra cosa. Lo esencial no es la mera búsqueda de la felicidad, sino comprender eso otro.

Y bien, ¿por qué buscamos? ¿Qué significa hacer un esfuerzo? Nosotros hacemos un esfuerzo; ¿por qué? ¿Cuál es el significado del esfuerzo? Decimos que hacemos un esfuerzo con el objetivo de encontrar algo, de transformarnos, de ser alguien; que si no nos esforzáramos, nos desintegraríamos, o nos demoraríamos, o retrocederíamos. ¿Es así? Por favor, es muy importante que investiguemos esto a fondo, y esta mañana trataré de hacerlo tanto como me sea posible. Si no hiciéramos un esfuerzo, ¿qué ocurriría? ¿Nos estancaríamos? ¿Por qué hacemos esfuerzos? Esfuerzo para cambiar, esfuerzo para ser internamente

distintos, para ser más felices, más bellos, más virtuosos... una lucha y un esfuerzo constantes. Si podemos comprender eso, entonces quizá comprenderemos más profundamente otros problemas.

¿Por qué buscan ustedes? ¿Esa búsqueda es impulsada por la enfermedad, la mala salud, las disposiciones de ánimo? ¿Hacen un esfuerzo porque son desdichados y quieren ser felices? ¿Buscan porque van a morir y, por eso, anhelan encontrar? ¿Buscan porque no se han realizado en el mundo y, en consecuencia, quieren realizarse aquí? ¿Son desdichados y, abrigando la esperanza de ser felices, buscan, investigan, tratan de descubrir? Así, pues, uno debe comprender el motivo de su búsqueda, ¿no es así? ¿Cuál es el motivo para esta eterna búsqueda de ustedes, si es que realmente buscan, cosa que pongo en duda? Lo que desean es sustituir: "Como esto no me ha hecho feliz, quizás aquello lo hará". Por lo tanto, lo que de hecho busco, no es la verdad, la felicidad, sino una sustitución que habrá de darme felicidad, que resultará provechosa, segura, gratificante. No hay duda de que, si fuéramos más claros y honestos internamente, veríamos que eso es lo que estamos buscando, pero cubrimos nuestra búsqueda de gratificación con palabras como *Dios, amor,* etcétera.

Ahora bien, ¿por qué no abordamos esta cuestión de una manera diferente? ¿Por qué no comprendemos *lo que es*? ¿Por qué no somos capaces de mirar la cosa exactamente "como es"? O sea, si sufrimos, vivamos con eso, mirémoslo, no tratemos de transformarlo en otra cosa. Si soy desdichado, no sólo físicamente sino, y en especial, psicológicamente, ¿cómo he de comprenderlo? Por cierto, no deseando que eso sea distinto. En primer lugar, tengo que mirarlo, vivir con ello, examinarlo; no debo condenarlo ni compararlo ni desear que sea otra cosa. Debo estar totalmente con ello, ¿no es así?, lo cual es sumamente arduo, porque la mente rehúsa mirarlo. Quiere escaparse por una tangente; dice: "Busquemos una respuesta, una solución, tiene que haber una".

En otras palabras, la mente escapa de *lo que es*. Y este escape, que tiene lugar con la mayoría de nosotros, es lo que llamamos búsqueda: búsqueda del Maestro, búsqueda de la verdad, búsqueda del amor, búsqueda de Dios; ustedes conocen los distintos vocablos que usamos para escapar de lo que exactamente ocurre. Y, para comprender lo que ocurre, ¿tenemos que hacer un esfuerzo? El esfuerzo tenemos que hacerlo para escapar de ello cuando no lo deseamos. Pero, cuando está ahí, ¿es preciso que hagamos un esfuerzo para comprenderlo? Obviamente, hemos hecho un esfuerzo para escapar de *lo que es*, para eludirlo, para ocultarlo; y, con la misma mentalidad —la de hacer un esfuerzo para eludir, para escapar— abordamos *lo que es*. ¿Comprenden ustedes *lo que es*, por medio de un esfuerzo? ¿O para comprender *lo que es* no debe haber esfuerzo alguno? Ése es, por lo tanto, uno de los problemas, ¿verdad? Este constante esfuerzo para eludir la comprensión de *lo que es*, se ha vuelto habitual en la mayoría de nosotros, y con esa misma mentalidad de hacer un esfuerzo para escapar, decimos: "Muy bien, abandonaré todos los escapes y me esforzaré por comprender *lo que es*". Por medio del esfuerzo, ¿comprendemos

de manera real, significativa, profunda, algo que tenga un sentido? Para comprender algo, ¿no debe haber en la mente un estado de alerta y, no obstante, de pasividad? Por favor, usted no puede llegar a esa pasividad alerta de la mente por medio del esfuerzo, ¿no es así? Si hace un esfuerzo para mantenerse pasivo, deja de estar pasivo. Si comprende realmente eso, el significado de eso, si ve su verdad, entonces estará pasivo. No tendrá que hacer esfuerzo alguno.

Así, pues, cuando buscamos, lo hacemos ya sea con el motivo de escapar, o con el de procurar ser algo más que *lo que es*, o si no, decimos: "Soy todas estas cosas, debo huir de ellas", lo cual es desequilibrio, locura. Por cierto, la búsqueda de la verdad, del Maestro, es un estado de locura cuando la cosa que está ahí impulsando la búsqueda, debe ser comprendida antes de que podamos avanzar más. No hacerlo así, engendra ilusión, ignorancia. En consecuencia, primero debe uno descubrir qué está buscando y por qué. Casi todos conocemos lo que estamos buscando y, por lo tanto, eso es una proyección, es irreal, algo de fabricación propia. De modo que no es la verdad. Y, en la comprensión de este proceso de búsqueda, de este esfuerzo constante por ser, por disciplinarnos, por negar, por afirmar, uno debe investigar la cuestión de lo que es el pensador. Aquél que hace el esfuerzo, ¿está separado de la cosa que él quiere ser? Lo siento, puede resultar un poco difícil seguir esto, pero espero que no les importe. Ustedes han formulado la pregunta y yo voy a tratar de contestarla.

El hacedor del esfuerzo, ¿es diferente del objeto por el cual se esfuerza? Esto es realmente muy importante, porque si podemos descubrir la verdad al respecto, veremos que adviene una transformación inmediata, la que es esencial para la comprensión —o, más bien, es la comprensión—. Porque, en tanto haya una entidad separada que se esfuerza, una entidad separada como el experimentador, el pensador diferente del pensamiento, diferente del objeto, de la experiencia, siempre existirá este problema del buscar, del disciplinarse para llenar el abismo entre el pensamiento y el pensador, etc. Mientras que, si podemos descubrir la verdad de este asunto —si el pensador está separado del pensamiento—, operará un proceso por completo diferente. Por lo tanto, tenemos que averiguar, antes de buscar, antes de descubrir el objeto de nuestra búsqueda —ya sea que se trate del Maestro, del cine, o de cualquier otra excitación, están todas en el mismo nivel—, tenemos que averiguar si el buscador es diferente del objeto de su búsqueda, y por qué es diferente. ¿Por qué el hacedor del esfuerzo es diferente de aquello que él quiere ser? Y, ¿*es* diferente?

Expresémoslo de otro modo: Uno tiene pensamientos, y uno es también el pensador. Dice: "Yo pienso", "Yo soy esto y debo ser aquello", "Yo soy codicioso, o mezquino, o envidioso, o irascible", "Yo tengo ciertos hábitos y debo romper con ellos". Ahora bien, ¿es el pensador diferente del pensamiento? Si es diferente, entonces tiene que existir todo el proceso del esfuerzo para llenar el vacío, del esfuerzo que hace el pensador tratando de alertar al pensamiento, tratando de concentrarse, de evitar, de resistir las invasiones de otros pensamientos. Pero si él no es diferente, entonces hay una transformación completa

del modo en que uno vive. Así, pues, tendremos que investigar eso muy cuidadosamente y descubrir al respecto, no en el nivel verbal sino, de ser posible, por experiencia directa, a medida que avancemos en ello esta mañana. Lo cual implica que no deben sentirse hipnotizados por lo que estoy diciendo, ni aceptarlo —eso no tiene sentido—, sino que de veras deben experimentar por sí mismos si esta división es verdadera y por qué existe.

Ciertamente, los recuerdos no son distintos del "yo" que piensa en ellos. Yo soy esos recuerdos. El recuerdo del camino al lugar donde vivo, el recuerdo de mi juventud, los recuerdos de los deseos satisfechos y de los insatisfechos, los recuerdos de los agravios, de los resentimientos, de las ambiciones... todo eso soy yo; no estoy separado de eso. Se trata, sin duda, de un hecho obvio, ¿verdad? El "yo" no está separado, aun cuando uno pueda creer que lo está. Puesto que uno puede pensar en él, el "yo" sigue formando parte del pensamiento, y el pensamiento es el producto del pasado. Por lo tanto, el "yo" permanece dentro de la red del pensamiento, el cual es memoria.

Así, pues, la división entre el hacedor del esfuerzo, el buscador, el pensador, y el pensamiento, es artificial, ficticia; y la división ha sido hecha porque vemos que los pensamientos son efímeros, vienen y se van. En sí mismos carecen de sustancia y, por eso, el pensador se separa para otorgarse permanencia; él subsiste mientras los pensamientos cambian. Es una seguridad falsa, y si uno ve su falsedad, si la experimenta de hecho, entonces sólo hay pensamientos, no pensador y pensamiento. Entonces, si ésa es una verdadera experiencia —no tan sólo una afirmación verbal o un entretenimiento, un pasatiempo— descubriremos que hay una revolución completa en nuestro pensar, una verdadera transformación, porque ya no buscamos más la quietud o la soledad creativa y sólo nos interesamos en lo que es el pensar, en lo que es el pensamiento. Entonces, si esta transformación ocurre, veremos también que ha llegado a su fin todo esfuerzo y sólo hay una extraordinaria pasividad alerta en la que comprendemos cada relación, cada incidente apenas surge; en consecuencia, la mente está siempre fresca para encarar las cosas de un modo nuevo. De aquí que el silencio, que resulta tan esencial, no sea algo que pueda cultivarse, sino que adviene naturalmente cuando comprendemos este hecho fundamental: que el pensador es el pensamiento y que, por lo tanto, el "yo" es efímero, carece de permanencia y no es una entidad espiritual. Aunque uno pueda pensar que el "yo" es algo espiritual, eterno, es, no obstante, el producto del pensamiento y, por ende, de lo conocido; en consecuencia, no es verdadero.

Resulta, pues, verdaderamente importante, esencial, comprender, tener este sentido de completa integración —el que no puede ser forzado— entre el pensador y el pensamiento. Es como una experiencia profunda que no puede ser invitada; no podemos estar pensando conscientemente en eso. Debe ser visto inmediatamente, y no lo vemos porque nos aferramos a las creencias del pasado, al condicionamiento, a lo que hemos aprendido: que el "yo" es algo espiritual, que es más que todos los pensamientos. Por cierto, es muy obvio que cualquier cosa que pensamos es el producto del pasado, de nuestros re-

cuerdos, de palabras, sensaciones, de nuestro condicionamiento. No podemos pensar en lo desconocido; no podemos conocer lo desconocido y, por lo tanto, no podemos pensar en ello. Aquello en que podemos pensar es lo conocido. Por consiguiente, es una proyección del pasado.

Uno debe captar el significado de todo esto, y entonces podrá experimentar esa integración entre el pensador y el pensamiento. La división ha sido artificialmente creada por razones de autoprotección y, en consecuencia, es irreal. Una vez que experimentamos esa integración, hay una transformación completa respecto de nuestro pensar y sentir, de nuestra perspectiva de la vida. Entonces sólo existe un estado de experimentar, y no el experimentador que se separa de lo experimentado para alterarlo, modificarlo, cambiarlo. Existe únicamente un estado de constante experimentar; no el núcleo, el centro, el "yo", la memoria experimentando, sino sólo un estado de experimentar. Esto lo hacemos en ciertas ocasiones, cuando el "yo" está por completo ausente.

No sé si han notado que, cuando hay un profundo experimentar de algo, no existe ni la sensación del experimentador ni la de la experiencia, sino sólo un estado de experimentar, una completa integración. Cuando uno está violentamente furioso, no es consciente de sí mismo como el experimentador. Más tarde, a medida que se debilita la experiencia de la furia, uno se torna consciente de que está furioso. Entonces hace algo respecto de esa furia, ya sea para negarla, justificarla o tolerarla, ya conocen las diversas formas de intentar que desaparezca. Pero, si no existe la entidad que está furiosa, sino sólo ese estado de experimentar, lo que hay es una completa transformación.

Si quieren experimentar con esto, verán que esta transformación radical es una verdadera revolución. Entonces la mente está quieta; no ha sido disciplinada, obligada a aquietarse; una quietud así es estancamiento, muerte. Una mente aquietada por medio de la disciplina, de la coacción, del miedo, es una mente muerta. Pero, cuando existe el experimentar de aquello que es vital, esencial, verdadero, y que constituye el comienzo de la transformación, entonces la mente está quieta sin coacción alguna. Y cuando la mente está de ese modo quieta, es capaz de recibir, porque uno ya no emplea sus esfuerzos en resistir, en erigir barreras entre uno mismo y la realidad, sea lo que fuere esa realidad.

Todo cuanto uno ha leído acerca de la realidad, no es la realidad. La realidad no puede ser descrita y, si se la describe, eso no es lo real. Y, para que la mente sea nueva, capaz de recibir lo desconocido, debe estar vacía. La mente puede estar vacía sólo cuando comprendemos la totalidad de su contenido. Para comprender el contenido de la mente, uno debe estar alerta, atento a cada movimiento, a cada incidente, a cada sensación. Por eso es esencial el conocimiento propio. Pero, si uno busca realizarse por medio del conocimiento propio, entonces otra vez el conocimiento propio conduce al egocentrismo, y ahí queda uno atascado; y es extraordinariamente difícil librarse de esa red una vez que quedamos atrapados en ella. Para no quedar atrapados, debemos comprender el proceso del deseo, el anhelo de ser algo o alguien; no el deseo de

alimento, ropa y vivienda, que es por completo diferente, sino el anhelo psicológico de ser alguien, de alcanzar un resultado, de tener fama, posición, de ser poderoso, o de ser humilde. Por cierto, sólo cuando la mente está vacía puede ser útil. Pero una mente atestada de temores, de recuerdos acerca de lo que ha ocurrido en el pasado, de sensaciones de experiencias pasadas, una mente así es por completo inútil, ¿verdad?, es incapaz de saber qué es ser creativa.

Sin duda, todos debemos haber experimentado esos instantes cuando la mente está quieta y de pronto surge un destello de júbilo, una idea luminosa, una gran bienaventuranza. ¿Cómo ocurre eso? Ocurre cuando el "yo" está ausente, cuando el proceso de las preocupaciones, de los pensamientos, los recuerdos, las búsquedas, se halla inactivo. En consecuencia, la creación puede tener lugar sólo cuando la mente, por obra del conocimiento propio, ha llegado a esa condición en que está por completo desnuda. Todo esto significa ardua atención, no complacerse meramente en sensaciones verbales, en búsquedas, en ir de un gurú a otro, de un instructor a otro, en practicar absurdos e inútiles rituales, en repetir palabras, en buscar Maestros. . . Son todas ilusiones, no tienen sentido. Son pasatiempos. La verdadera religión consiste en investigar esta cuestión del conocimiento propio sin quedar atrapados en el egocentrismo, y así poder penetrar cada vez más intensa y profundamente dentro de nosotros mismos, de modo tal que la mente esté por completo quieta. Eso es verdadera religión. Entonces la mente es capaz de recibir aquello que es eterno.

28 de agosto de 1949

Londres, Inglaterra, 1949

PRIMERA PLÁTICA EN LONDRES

Ésta es la primera plática de la serie, y como la mayoría de ustedes no podrá asistir a todas ellas, trataré, si puedo, de hacer que cada plática sea completa en sí misma.

Para casi todos los que tenemos problemas, la dificultad radica en que tratamos de resolver cada problema en su propio plano. No intentamos resolverlo integralmente, como una totalidad, sino desde un determinado punto de vista; o procuramos diferenciar el problema, separarlo del proceso total que es la vida. Si tenemos un problema económico, intentamos resolverlo únicamente en ese plano, descuidando el proceso total de la vida; y es obvio que, cuando abordamos de ese modo cada problema, fracasamos en su solución, porque nuestra vida no se halla en compartimientos estancos. Es un proceso total, tanto psicológica como fisiológicamente, y cuando procuramos resolver los problemas psicológicos sin comprender los fisiológicos, ponemos un énfasis erróneo en ellos, con lo cual complicamos aún más el problema. Lo que debemos hacer, me parece, es tomar cada problema y no encararlo como una cuestión separada, sino como parte de una totalidad. Así, pues, ¿cuáles son nuestros problemas en la vida? Porque, si sabemos cómo abordar apropiadamente cada problema, seremos capaces de comprender no sólo ese problema, sino el significado total de la existencia. Y ésa es nuestra dificultad: cómo abordar un problema integralmente, y no mantenerlo en un nivel separado, no tratar de mirarlo desde un punto de vista en particular, sino como parte de una totalidad.

¿De qué modo es posible abordar un problema integralmente? ¿Qué es lo que entendemos por problema? Porque todos nosotros tenemos numerosos problemas, agudos o superficiales, inmediatos o que pueden ser pospuestos. Nos empujan innumerables problemas, sutiles u obvios; ¿cómo podemos abordarlos de una manera realmente apropiada? ¿Nos damos cuenta de que tenemos problemas y del modo como los abordamos? ¿Cuál es nuestra actitud hacia el problema?

¿Qué entendemos por problema? Nos referimos, ciertamente, a un estado en el que hay conflicto. Habiendo un conflicto en nosotros, consideramos ese

conflicto como un problema, como algo que debe ser disuelto, comprendido, solucionado, o como algo de lo que debemos escapar. Por lo tanto, abordamos un problema, un conflicto ya sea con el deseo de escapar de él, o con el de hallarle una respuesta, una solución.

Ahora bien, la solución ¿es diferente del problema, o se halla en la comprensión del problema mismo y no lejos de él? Obviamente, aquéllos que desean escapar de un problema tienen innumerables recursos: la bebida, los entretenimientos, las ilusiones religiosas o psicológicas, etc. Es realmente fácil encontrar un modo de escapar de nuestros problemas y cerrar los ojos ante ellos, cosa que casi todos hacemos porque no sabemos cómo habérnoslas con ellos. Siempre tenemos una respuesta preconcebida conforme a nuestras creencias, a nuestros prejuicios, a lo que nos ha dicho un instructor, un psicólogo, o alguna otra persona; y, con esa respuesta ya preparada, tratamos de resolver, de encarar el problema. Por cierto, eso no lo resuelve; no es sino otra forma de escape.

Me parece, pues, que para comprender un problema se requiere, no una respuesta preconcebida, no tratar de hallar una solución para el problema, sino una consideración directa del problema en sí, la cual consiste en abordarlo sin el deseo de encontrar una respuesta, si se me permite expresarlo así. Entonces uno está en relación directa con el problema, *es* el problema; el problema ya no está separado de uno mismo. Creo que eso es lo primero que uno debe comprender: que el problema de la existencia, con todas sus complejidades, no es diferente de nosotros mismos. Somos el problema, y en tanto lo consideremos como algo alejado, algo aparte de nosotros, nuestro modo de encararlo debe resultar, inevitablemente, en fracaso. Mientras que, si podemos considerar el problema como propio, como formando parte de nosotros, no como algo separado, entonces quizá seremos capaces de comprenderlo significativamente, lo cual quiere decir, en esencia, que el problema existe porque no hay conocimiento propio. Si no me comprendo a mí mismo, toda la complejidad de mí mismo, carezco de base para pensar. El "mí mismo" no se encuentra en ningún nivel especial; se encuentra en todos los niveles, en cualquier nivel que yo pueda situarlo. Por eso, mientras no me comprenda plena, significativamente a mí mismo, tanto lo consciente como lo inconsciente, lo superficial como lo oculto, es obvio que no tengo forma de encarar el problema, ya sea un problema económico, social, psicológico, o cualquier otro problema.

El conocimiento propio es el principio de la comprensión del problema. La creencia, las ideas, el conocimiento, nada significan realmente sin conocimiento propio, sólo nos conducen a la ilusión, a toda clase de complicaciones y estupideces hacia las cuales podemos escapar sutilmente; y casi todos lo hacemos. Por eso nos afiliamos a tantas Sociedades, a tantos grupos, a tantas organizaciones exclusivas y tantas Ligas secretas. ¿No está en la naturaleza misma de la estupidez el ser exclusiva? Cuanto más estúpido es uno, tanto más exclusivo, religiosa o socialmente; y cada exclusividad genera sus propios problemas.

Me parece, pues, que nuestra dificultad para comprender los múltiples problemas a que nos enfrentamos, tanto los problemas sutiles como los obvios, se origina en la ignorancia acerca de nosotros mismos. Nosotros creamos el problema, nosotros, que somos parte del medio, así como algo más que descubriremos si podemos comprendernos. Afirmar meramente que somos algo más, algo divino, que en nosotros hay algo eterno, cierta esencia espiritual... todo eso me parece que es, evidentemente, una ilusión, porque es la mera verbalización de algo que no conocemos. Podemos tener un sentimiento, una sensación, pero eso no es factual. Lo que es un hecho debe ser descubierto, experimentado. Pero, para experimentar algo de manera profunda, fundamental, no tiene que haber creencia alguna, porque si la hay, lo que experimentamos está condicionado por nuestra creencia. La creencia genera sus propias experiencias, las que, por lo tanto, no son verdaderas. Son tan sólo la respuesta condicionada ante un reto.

Así, pues, para comprender los innumerables problemas que tiene cada uno de nosotros, ¿no es esencial que hay conocimiento propio? Y ésa es una de las cosas más difíciles: conocerse uno a sí mismo, lo cual no implica aislarse, separarse de los demás. Obviamente, es esencial que uno se conozca a sí mismo, pero eso no quiere decir que se aparte de la relación. Sería, sin duda, un error pensar que uno puede conocerse de manera significativa, completa y plena, por medio del aislamiento, de la exclusión o acudiendo a algún psicólogo, a algún sacerdote, o pensar que puede aprender conocimiento propio en un libro. El conocimiento propio es un proceso, no un objetivo que hayamos de alcanzar, y para conocernos debemos estar atentos a nosotros mismos en la acción, en la relación. Uno se descubre a sí mismo no en el aislamiento, no en el retiro, sino en la relación: relación con la sociedad, con la esposa o el marido, con el hermano, con el hombre en general. Pero descubrir cómo reacciona uno, cuáles son sus respuestas, requiere un extraordinario estado de alerta mental, una gran agudeza de percepción.

Como cada problema es el resultado de un proceso total, y no un resultado excluyente, aislado, para comprenderlo debemos comprender el proceso total de nosotros mismos; y para comprendernos significativa y plenamente, no sólo en una o dos capas de la mente superficial, sino en el contenido completo de la conciencia, en el contenido total de nuestro ser, éste debe ser percibido y experimentado en la relación. Podemos hacer que esa relación sea excluyente, estrecha, limitada y, de tal modo, un obstáculo para el conocimiento propio, o podemos considerar esa relación, estar atentos a ella como algo total, como el medio de descubrirnos a nosotros mismos. Por cierto, sólo en la relación se revela el proceso de lo que soy, ¿no es así? La relación es un espejo en el que me veo tal como soy en realidad; pero, como a muy pocos nos agrada lo que somos, comenzamos a disciplinar, ya sea positiva o negativamente, lo que percibimos en el espejo de la relación. Es decir, descubro algo en la relación, en las acciones que tienen lugar en la relación, y eso no me gusta. Entonces, empiezo a modificar lo que no me gusta, lo que percibo como desagradable.

Deseo cambiarlo, lo cual implica que ya tengo un patrón previo de lo que yo debería ser. Tan pronto tengo una imagen de lo que deseo ser, o de lo que debería ser, o de lo que no debo ser —un modelo conforme al cual quiero transformarme—, entonces no hay, es obvio, comprensión alguna de lo que soy en el instante de la relación.

Creo que es realmente importante comprender esto, porque entiendo que aquí es donde nos extraviamos casi todos nosotros. No queremos saber lo que de hecho somos en un momento dado de la relación. Si nos interesamos tan sólo en el mejoramiento propio, no hay comprensión de nosotros mismos, de *lo que es*. Lo único que nos interesa es alcanzar resultados, y lograr un resultado es, a la larga, un fastidio espantoso, porque no lleva a ninguna parte. Pero conocer lo que soy, no lo que debería ser, es sumamente difícil, porque la mente es muy sutil, está muy ansiosa de eludir todo *lo que es*. De modo que, si uno quiere comprenderse a sí mismo, a ese "sí mismo" que no es una cosa muerta sino algo vital, la manera de abordar esa comprensión debe ser activamente nueva; por lo tanto, no puede haber en ella afirmación, ni positiva ni negativa, de un modelo.

En esa comprensión propia —que sólo puede darse en la relación, no fuera de ella—, tampoco debe haber condena alguna. Si condeno algo no lo comprendo, así como no lo comprendo si lo acepto. La aceptación es mera identificación con el problema, y la negación y la condena son otra forma de identificación. Pero, si podemos considerar el problema sin condenarlo ni justificarlo —esto es, el problema de mí mismo tal como actúo en la relación—, entonces hay una posibilidad de comprender *lo que es* y, por consiguiente, de poner al descubierto *lo que es*.

Así, pues, como nuestros problemas son el resultado del proceso total de nosotros mismos, es decir, de nuestras acciones en la relación, relación con cosas, ideas o personas, es esencial que nos comprendamos a nosotros mismos, ¿verdad? Sin conocerme a mí mismo, no tengo una base real para pensar. Puedo pensar —o al menos creo que puedo pensar—, puedo tener opiniones, innumerables creencias, puedo pertenecer a esta Sociedad, a aquella organización o iglesia, puedo tener conocimientos inmensos, pero todo eso no es, ciertamente, la base para un recto pensar; me conduce a la ilusión, a más conflicto, a una confusión mayor.

En consecuencia, para pensar rectamente es esencial que haya conocimiento propio, que implica conocerse uno a sí mismo tal como es de instante en instante, darse cuenta de todo lo que ocurre, de todas las respuestas internas a cada reto exterior, a cada experiencia. Pero uno no puede conocerse de manera plena, completa, profunda y amplia, si hay cualquier forma de creencia, de apego a una experiencia de ayer. Para comprender algo se requiere un estado de frescura mental, no una mente que prejuzga, que se halla trabada por la experiencia; y, para comprendernos a nosotros mismos, tiene que haber descubrimiento propio. Obviamente, el descubrimiento sólo puede ser de instante en instante; por lo tanto, ha de haber espontaneidad, no mero pensamiento

condicionado a un modelo en particular, por noble o por absurdo y estúpido que sea ese modelo.

Así, pues, no es muy fácil percibir todo el significado de una experiencia determinada, la cual es relación. Ello requiere una mente extraordinariamente alerta y aguda; pero la mente se embota al apegarse a una experiencia de ayer, se embota a causa de la creencia. Como dije, la experiencia que se basa en creencias no hace sino condicionar la mente; y una experiencia semejante, aunque sea muy satisfactoria, gratificadora, es obvio que limita el extraordinario y amplio conocimiento propio que adviene mediante la percepción alerta de nuestras respuestas en la relación. Porque, si tengo una experiencia y me apego a esa experiencia, que es recuerdo, y con ese pensamiento condicionado, con ese recuerdo, abordo un reto nuevo, es evidente que no hay comprensión de ese reto. Y la relación es, ciertamente, un reto, ¿verdad? No es algo estático. Debido a que no somos capaces de afrontar adecuadamente, plenamente, ese reto, tenemos problemas.

A causa de que somos católicos, protestantes, budistas, o Dios sabe qué más, o porque pertenecemos a esta Sociedad o a aquel grupo, todos los cuales nos limitan, somos incapaces de afrontar los retos que surgen constantemente; para afrontar un reto, tiene que haber completo conocimiento de nosotros mismos. Y el hecho de confiar en la memoria, en una experiencia pasada, como medio de descubrimiento propio, es evidente que limita nuestro pensar, nuestra percepción. Porque, al fin y al cabo, ¿qué es lo que busca la mayoría de nosotros? Aunque tengamos nuestros problemas, aunque estemos preocupados por lo económico, aunque haya una inseguridad inmensa, guerras, el fastidio del nacionalismo, el carácter exclusivo de innumerables cultos, religiones, y nuestro propio deseo de ser exclusivos, a pesar de todas estas estupideces, ¿qué es lo que, de hecho, estamos buscando? Si podemos saberlo, quizá seremos capaces de comprender. Porque buscamos de acuerdo con nuestra edad, con el período y las circunstancias de nuestras vidas.

¿No buscamos, acaso, a través de toda esta confusión, algo permanente, algo perdurable, algo que llamamos lo real, Dios, la verdad?... el nombre no importa, la palabra no es la cosa, obviamente. No quedemos, pues, atrapados en las palabras; eso dejémoslo a los conferencistas profesionales. En la mayoría de nosotros hay, indudablemente, una búsqueda de algo permanente, ¿no es así?, algo a lo que podamos asirnos, algo que nos dé seguridad, esperanza, un entusiasmo duradero, una constante certidumbre, porque dentro de nosotros mismos estamos muy inseguros. No nos conocemos. Conocemos muchísimo acerca de datos, de lo que han dicho los libros, pero no nos conocemos a nosotros mismos; no tenemos una experiencia directa.

Y ¿qué es lo que llamamos permanente? ¿Qué es lo que buscamos, queremos o esperamos que nos dé permanencia? ¿No buscamos, acaso, una felicidad, una gratificación, una certeza que sean perdurables? Queremos algo que dure eternamente, algo que nos gratifique para siempre. Si nos despojamos de todas las palabras y frases y lo consideramos realmente, vemos que esto es lo

que anhelamos. Anhelamos placer permanente, gratificación permanente, y a eso lo llamamos Dios o el nombre que quieran darle.

De modo que deseamos placer. Quizás eso sea expresarlo muy crudamente, pero eso es lo que, de hecho, deseamos: un conocimiento que nos dé placer, una experiencia que nos dé placer, una gratificación que no sea marchitada por el mañana. Y hemos experimentado con numerosas gratificaciones, y todas se han desvanecido; ahora esperamos encontrar una gratificación permanente en la realidad, en Dios. Por cierto, es lo que buscamos todos, los ingeniosos y los tontos, la persona teórica y la objetiva que se esfuerza tras algo concreto. ¿Existe una gratificación permanente? ¿Hay algo que sea perdurable?

Ahora bien, si ustedes buscan gratificación permanente, llamándola Dios, la verdad o como quieran —el nombre no importa—, es indudable que deben comprender eso que están buscando, ¿no es así? Cuando dicen: "Estoy buscando la felicidad permanente" —ya sea Dios, la verdad o lo que fuere—, ¿no deben comprender también aquello que está buscando, o sea, el buscador? Porque tal vez no haya tal cosa como la seguridad permanente, la felicidad permanente. La verdad puede ser algo por completo distinto, y entiendo que es totalmente distinta de todo lo que uno puede ver, concebir, formular. Así, pues, antes de que busquemos algo permanente, ¿no es necesario comprender al buscador? ¿Es el buscador diferente de la cosa que él busca? Cuando uno dice: "Estoy buscando la felicidad", ¿es el buscador diferente del objeto de su búsqueda? El pensador, ¿es diferente del pensamiento? ¿No son, acaso, un fenómeno conjunto y no procesos separados? Por lo tanto, es esencial comprender al buscador antes de intentar descubrir qué es lo que él está buscando.

Por eso me parece tan importante, tan esencial que nos comprendamos a nosotros mismos, porque en uno mismo está todo el problema y toda la solución del problema. Estipular, formular que somos la finalidad, el absoluto, Dios, esto o aquello, es una mera cuestión de palabras que nos ofrece un escape, y a través de ellas nos escapamos. Decir que somos tal cosa, o que no lo somos, que somos lo verdadero o que somos lo falso, no tiene sentido, porque carecemos de base para un pensar semejante, ya que sólo podemos pensar correctamente cuando nos conocemos a nosotros mismos. Para conocernos, debemos estar completamente alerta a cada movimiento del pensar; entonces, en ese estado de percepción alerta, descubriremos si el pensador es diferente de su pensamiento. Si es diferente, entonces tenemos los numerosos y complejos problemas de cómo controlar el pensamiento, y así comienzan todas las estupideces del disciplinarse: la meditación, la aproximación del pensador al pensamiento. Pero ¿hay un pensador diferente de su pensamiento? ¿Acaso el pensador no es el pensamiento? Son un proceso unitario, no están separados. Por lo tanto, uno es pensamiento, no es el pensador que piensa pensamientos. Esto tiene que ser una experiencia directa —este darnos cuenta de que el pensador es el pensamiento— y, cuando hay una experiencia semejante, veremos que es posible ir más allá del pensamiento.

Porque, al fin y al cabo, el pensamiento es tan sólo la respuesta de la

memoria, y lo que la memoria crea, fabrica, proyecta, no es lo real. Dios no es el resultado de la memoria, de la educación, de pertenecer a esta o aquella Sociedad, o de creer en tal o cual dogma. Ésos no son sino productos del pensamiento, el cual es la respuesta de la memoria, de la experiencia. Para descubrir si existe la realidad, si hay tal cosa como Dios, es esencial comprendernos primero a nosotros mismos, y no especular si Dios existe o no existe, porque toda especulación es una pérdida de tiempo.

Para comprender, pues, los problemas a que se enfrenta cada uno de nosotros, por complejos, por sutiles que sean, debemos comprender que no son algo exterior a nosotros, exterior a nuestro pensar, sino que estos problemas son el proceso o la consecuencia de nosotros mismos. El mundo somos nosotros, no está separado de nosotros. El problema del mundo es el problema de ustedes, es mi problema, no algo con lo que pueda habérmelas como si estuviera separado de mí. Y, para resolver estos problemas, no superficialmente, no transitoriamente, sino de manera fundamental, duradera, tengo que comprenderme a mí mismo y, para que eso sea posible, debe haber en la relación un estado de percepción alerta y sin opciones. Entonces me percibo a mí mismo tal como soy y, de ese modo, puedo seguir investigando con mayor amplitud y profundidad. Pero si encubro lo que soy, condenándolo o identificándome con ello, entonces no hay comprensión, y el proceso del conocimiento propio es limitado. Sólo cuando nos comprendemos plena y totalmente a nosotros mismos —tanto lo consciente como lo inconsciente—, cuando la mente está quieta, no aquietada, sólo entonces, existe una posibilidad de descubrir o experimentar o conocer lo real.

Por eso es importante la meditación, pero no la meditación en que se complace la mayoría de nosotros y que no es sino coacción o aproximación a una idea o un disciplinarse a fin de aquietar la mente, lo cual es infantil, porque la mente no puede ser obligada a aquietarse. ¿*Quién* es el que hace que la mente se aquiete? Un esfuerzo así nos conduce a la ilusión, cosa que trataremos en otra oportunidad. Pero cuando la mente está quieta, no mediante coacción ni aproximación alguna, cuando no está obligada, forzada a amoldarse, cuando está de veras quieta gracias a la comprensión de su propio proceso, sólo entonces, hay posibilidad de descubrir aquello que es eterno. Entonces no tenemos que buscar la verdad; buscar la verdad es negarla, porque no es posible ir a la búsqueda de la verdad; ésta debe venir a nosotros. Y puede hacerlo sólo cuando la mente está quieta. Y hay quietud, serenidad, silencio, únicamente por obra del conocimiento propio.

Me han entregado unas cuantas preguntas y trataré de responder a algunas de ellas.

Pregunta: ¿Va a haber otra guerra? En tal caso, ¿cuándo?

KRISHNAMURTI: ¡Usted me está pidiendo una predicción! ¡Así puede proteger sus inversiones! Ahora bien, ¿por qué formulan una pregunta seme-

jante? ¿No saben, acaso, si va a haber o no una guerra? Y no por los diarios ni por lo que puedan decir sus líderes políticos, ya que, después de todo, ustedes eligen a sus líderes de acuerdo con la propia confusión. Cuanto más confusos están, más líderes tienen; cuanto menos confusión, cuanta más claridad hay en ustedes —lo cual no ocurre por medio del estudio—, tanta menos necesidad tienen de líderes. Entonces, ¿no saben por sí mismos si va a haber o no va a haber una guerra?

¿Qué entendemos por guerra? La guerra no es tan sólo el dramático, espectacular derramamiento de sangre; ésa es la consecuencia última. Pero ¿no nos hallamos continuamente en guerra con nosotros mismos y, por ende, con nuestro entorno, con nuestros semejantes? Por cierto, no es necesario que se nos diga que estamos en guerra. Lo que somos, es lo que hacemos que el mundo sea. La guerra es inevitable mientras seamos nacionalistas; mientras usted sea inglés y yo sea hindú, es seguro que habrá guerra. En tanto haya fronteras, gobiernos soberanos, ejércitos separados, por fuerza tendrá que haber guerra.

Todos sabemos esto. Quizás ustedes hayan leído uno o dos libros de historia y tengan un conocimiento histórico superficial. Éstas son las causas obvias de la guerra: cuando una nación quiere ser superior a otra nación, cuando un grupo se siente inferior a otro grupo, cuando hay prejuicios —el blanco y el negro y el moreno y el morado, o cualquiera que sea el color—. ¿Cómo creen ustedes que sucede todo esto? Obviamente, lo que somos es lo que proyectamos. El mundo es el resultado de nosotros mismos, de nuestra propia proyección. Por lo tanto, habrá guerra en tanto seamos nacionalistas, en tanto seamos excluyentes en nuestras creencias, aunque podamos ser "tolerantes". La tolerancia es una cosa de la mente, inventada por las personas listas; cuando ustedes aman, no "toleran". Sólo cuando ustedes y yo no estemos más atados a castas, a clases, cuando ya no nos ate ninguna forma de religión, de creencia organizada, ya sea pequeña o grande, cuando ya no codiciemos el poder, la posición, la autoridad, las comodidades físicas, sólo entonces, habrá paz.

La paz no es el resultado de la legislación; la paz no va a llegar por acción de las Naciones Unidas. ¿Cómo puede una legislación externa hacer que sean pacíficos? ¿Cómo puede una coacción externa hacer que amen? Y si confían en que una autoridad externa hará que sean pacíficos, buenos, no codiciosos, entonces están contando con algo que jamás ocurrirá. Así que la guerra, el conflicto —ya sea en lo físico o en un nivel diferente, es todo lo mismo—, resulta inevitable en tanto nos estemos esforzando por nuestra propia seguridad a través del nacionalismo, de la creencia, de las ilusiones. Tan sólo estamos perpetuando el conflicto en nosotros mismos y, por lo tanto, exteriormente.

Vea, todos sabemos estas cosas. Cada predicador a la vuelta de la esquina habla de ellas. Pero no somos pacíficos; no hemos dejado de ser codiciosos. Aunque podamos no serlo con respecto al dinero, somos codiciosos respecto de poseer más cosas, más poder, más expansión propia, deseando ser "alguien" ahora o en alguna fecha futura. Todo este sentido de desarrollo jerárquico, so-

cial, o de desarrollo interno, denota, obviamente, un proceso que a la larga resultará en conflicto, en guerra, en destrucción y desdicha. Todos conocemos estas cosas y, sin embargo, no nos preguntamos por qué continúan existiendo. Por cierto, eso es mucho más importante: descubrir por qué no vivimos las cosas que sentimos. Probablemente, no las sentimos. Quizá vivimos tan sólo en el nivel verbal, diciendo: "No tiene que haber guerra. Creeremos todos en la hermandad, nos uniremos a distintas organizaciones que creen en la hermandad". Pero internamente estamos tan corruptos como la persona que, sentada en una oficina, planea la guerra, porque deseamos ser "alguien" en la familia, en un grupo, en la sociedad, en la nación. Deseamos poder. No nos contentamos con ser como la nada; nos arrebata el deseo de estimulantes externos, de exhibición externa, porque internamente estamos vacíos; y eso es lo que nos atemoriza. En consecuencia, acumulamos posesiones, ya sea de ideas o de cosas. Únicamente cuando nos contentemos con ser como la nada —lo cual no es el contentamiento de la satisfacción, de la pereza, del letargo, de la estupidez—, sólo cuando nos contentemos con *lo que es*, y esto requiere una extraordinaria comprensión respecto de todos los escapes, sólo entonces habrá paz.

Pregunta: ¿Qué es el prejuicio? ¿Cómo puede uno vencerlo realmente? ¿Cuál es el estado de la mente libre de todos los prejuicios?

KRISHNAMURTI: ¿Acaso puede usted vencer un prejuicio? Vencer algo es tener que vencerlo una y otra vez. ¿Puede usted realmente vencer un prejuicio? ¿O este vencerlo es tan sólo la sustitución de un prejuicio por otro? Nuestro problema no es, ciertamente, cómo vencer el prejuicio, porque entonces no hacemos sino buscar una sustitución; el problema consiste en comprender todo el proceso del prejuicio, cuáles son sus implicaciones, comprenderlo no sólo en el nivel verbal de la mente, sino de manera profunda, fundamental. Entonces hay posibilidad de librarnos del prejuicio. Pero si usted se esfuerza en vencer un prejuicio, o varios prejuicios, entonces está buscando tan sólo vencer una dificultad a la que llama "prejuicio", un obstáculo al que llama "prejuicio".

Ahora bien, ¿qué entendemos por prejuicio? ¿Cuándo estamos libres de prejuicio? ¿Cómo nace el prejuicio? Una manera es, evidentemente, a causa de la así llamada educación. Los libros de historia está llenos de prejuicios. Toda la literatura religiosa está llena de ellos, nos inculca la creencia; y esa creencia, creada, elaborada desde la infancia, crece y se convierte en prejuicio. Usted es eso, y yo soy aquello. Usted es protestante, y yo soy hindú; por consiguiente, su creencia y mi creencia entran en conflicto. Usted trata de convertirme y yo trataré de hacer lo mismo con usted. O somos "tolerantes": usted se aferra a su creencia y yo me aferro a la mía, y procuramos ser amigables. Es decir, yo vivo en mi fortaleza de prejuicio y usted vive en la suya; miramos por encima de los muros y tratamos de ser amigos, lo cual se llama "tolerancia", pero en realidad es intolerancia. Es, de hecho, la más absurda forma de procurar ser amigos.

¿Cómo podemos ser amigos, cómo puede haber verdadero afecto, si yo estoy viviendo encerrado en mi prejuicio y usted vive encerrado en el suyo?

Conocemos, pues, las diversas causas del prejuicio: la ignorancia, deliberadamente cultivada, crea prejuicios a través de la educación, de las influencias ambientales, de la religión, etc.; y está nuestro propio deseo de ser exclusivos, de sentirnos protegidos en nuestras creencias. Por cierto, es muy obvio cómo nacen los prejuicios. Y también nos gusta pensar en función de razas o nacionalidades, porque eso requiere menos esfuerzo que tratar a la gente como seres humanos individuales. Es más fácil habérselas con las personas cuando tenemos prejuicios. Cuando las llamamos alemanes, hindúes, rusos, negros, o lo que fuere, pensamos que hemos resuelto el problema. Pero mirar individualmente a cada persona exige mucha reflexión, mucho esfuerzo; y como no queremos eso, decimos: "Bueno, las llamaremos de alguna manera", y de tal modo creemos haberlas comprendido.

Por lo tanto, sabemos por qué nacen los prejuicios, cómo se producen para nuestra propia protección, lo cual es un proceso de aislamiento. Es mucho más fácil odiar, prejuzgar, ser limitado, y eso es lo que somos casi todos nosotros. Uno pertenece a esta o aquella Sociedad, lo cual es una forma de prejuicio. Usted cree que su experiencia es superior a la mía, o que es tan buena como la mía y, por lo tanto, está apegado a esa experiencia. Todo esto denota, ¿no es así?, distintas formas de prejuicio, formas de exclusión, defensas autoprotectoras que tan cuidadosamente hemos cultivado. ¿Cómo puede uno vencerlas? Cuando lo hace, encontrará sustituciones para ellas porque, si no tiene prejuicios, es sumamente vulnerable, sensible y sufre mucho más. En consecuencia, para defendernos, levantamos rápidamente muros, ya sean autoproyectados o muros que otras personas han creado para nosotros y que aceptamos. Y tratar de vencer prejuicios es encontrar otras formas de protección que serán más agradables, más instructivas, más cultas. Pero seguirán siendo prejuicios.

Así, pues, estar libre de todo prejuicio es vivir en un estado de incertidumbre, de inseguridad. Ahora bien, debemos comprender qué entendemos por inseguridad. Obviamente, tiene que haber una razonable seguridad física; de lo contrario, es imposible vivir. Pero esa seguridad física es negada cuando buscamos la seguridad psicológica, y eso es lo que hacemos. Cuando queremos estar psicológicamente seguros mediante el nacionalismo, la creencia, o mediante una determinada forma de sociedad, ya sea de la derecha o de la izquierda, este deseo psicológico, interno, de tener certidumbre, seguridad, de depender de algo, da origen a la inseguridad exterior. Sólo cuando la mente se halla libre de las reacciones internas autodefensivas, sólo entonces, tenemos la posibilidad de liberarnos del prejuicio.

"¿Cuál es el estado de la mente libre de todos los prejuicios?". Ésa es la pregunta que sigue. ¿Por qué quiere saberlo? Pienso que quiere saberlo con el fin de experimentarlo y, en consecuencia, convierte eso en un modelo, en algo que debe ser alcanzado. ¿O desea comprender qué es ser libre, lo cual implica,

para la mente, estar libre de reacciones autoprotectoras? Para descubrir eso, usted debe experimentarlo directamente, no limitarse a escuchar mis palabras o las de algún otro. Es decir, debe estar atento a su propio proceso de pensar y sentir, no sólo cuando se da el caso de que le agrada, sino todo el tiempo, lo cual implica, ciertamente, estar libre de prejuicio, el cual es una reacción autoprotectora, ya sea cultivada o surgida instintivamente; tiene que haber una percepción alerta del total proceso de nosotros mismos. Pero especular acerca de lo que es ese estado de la mente libre de todo prejuicio, es inútil, ¿no es así? Por lo tanto, todo cuanto podemos hacer es no preguntarnos acerca de tal estado, sino comprendernos a nosotros mismos. Y para comprendernos, tiene que existir una percepción alerta en la que no haya compulsión ni justificación ni condena; debemos estar atentos, sin dificultad alguna, sin ninguna forma de temor. En esa percepción alerta se revela el movimiento del pensar y sentir. Entonces, cuando la mente está quieta —no aquietada— es posible descubrir aquello que es intemporal.

2 de octubre de 1949

SEGUNDA PLÁTICA EN LONDRES

Probablemente, la mayoría de nosotros tiene opiniones definidas, o bien ha llegado a determinadas conclusiones de las cuales le resulta muy difícil desviarse, así como considerar algún otro punto de vista, porque casi todos hemos vivido bastante penosamente, hemos sufrido, arribando a ciertos puntos de vista que encontramos difíciles de cambiar. Y, si alguna vez escuchamos a otro, lo escuchamos a través de la pantalla de nuestras propias conclusiones o de nuestras experiencias o de nuestros conocimientos, y por eso es tan difícil comprender de manera plena y completa a otra persona. Si me permiten sugerirlo, deberíamos por ahora, o al menos durante esta mañana, dejar a un lado nuestras conclusiones y nuestros puntos de vista particulares, y tratar de considerar juntos los problemas a que nos enfrentamos. Nuestra dificultad va a ser que queremos conclusiones, respuestas a los múltiples problemas. Pero, si podemos examinar suficiente e inteligentemente cada problema que surge, o sea, sin estar atados a conclusiones, a opiniones definidas, entonces quizá seremos capaces de comprender el problema plena e integralmente.

Uno de los problemas de nuestra vida es el del individuo y su relación con el Estado. Tal vez, si podemos comprender todo el proceso del individuo, seremos capaces de comprender nuestra relación, no sólo con una o dos personas, sino con muchas, con la masa, con el país, con la gente en conjunto. Esta división entre el Estado y el individuo parece ser errónea ya que, al fin y al cabo, lo que somos es lo que hacemos que sea el Estado. Proyectamos lo que es cada uno de nosotros.

Esto puede parecer una filosofía muy simple, una idea muy simple y que no vale la pena examinar, porque nuestras mentes son tan complicadas, hemos leído tanto, somos tan inteligentes, tan ingeniosos, que no podemos pensar con simplicidad en un problema. Pero, a mi entender, debemos pensar en este altamente complejo problema, haciéndolo de manera muy simple y directa porque, después de todo, un problema complejo puede ser comprendido en plenitud sólo cuando lo abordamos negativamente. Y, al comprender al individuo y su proceso, quizá comprenderemos la relación del individuo con el Estado o con la masa o con otro individuo.

De modo que, para mí, el problema de la relación del individuo con el Estado puede ser comprendido sólo cuando comprendemos el proceso del individuo mismo, porque sin el individuo el Estado no existe. No hay tal cosa como la masa. Ésta es un instrumento político útil para muchos propósitos, para la explotación, etc. Y también lo es para casi todos nosotros que, cuando hablamos de la masa, lo hacemos como una manera conveniente de disponer de las personas, ya que, para considerar a un individuo, para considerar a otro ser humano, se requiere una gran dosis de atención, esmero, tacto, que no estamos dispuestos a conceder y, por eso, hablamos de masa —y la masa somos nosotros, ustedes y yo—.

Para comprender, pues, la proyección completa que llamamos sociedad, con todas sus complejidades, es indudable que debemos comprendernos a nosotros mismos. Pero muy pocos estamos dispuestos a comprendernos, porque ésa es una tarea tediosa, no es excitante, y pensamos que no significa mucho, que la comprensión propia no lleva a ninguna parte. Mientras que, si pudiéramos trabajar, ayudar a producir ciertas reformas, ciertas modificaciones en la sociedad, eso quizá valdría la pena. Además, existe la impresión de que, en la comprensión de nosotros mismos, nos volveremos inevitablemente seres egocéntricos, autoaislados.

Por cierto, comprenderse uno plenamente a sí mismo y comprender el proceso total de lo que es el individuo, no requiere que uno se aísle, que se aparte, sino que comprenda la relación, porque, al fin y al cabo, todas nuestras acciones son relación, no hay acción posible sin relación. Y, si en mi relación con otro hay antagonismo, codicia, envidia, todas las múltiples causas que originan conflicto, crearé sin duda una sociedad que será el resultado de esa relación. Así, pues, la comprensión propia no es un proceso egocéntrico; por el contrario, requiere un estado de percepción alerta en la relación. De modo que la relación es el espejo en el que me descubro a mí mismo, en el que me veo, ya sea que se trate de la relación con uno o con muchos, con la sociedad. Y, si quiero una transformación en la sociedad, es obvio que debo comprenderme a mí mismo.

Esto puede sonar más bien infantil y sin mucha significación, pero no creo que sea tan fácil, que pueda desecharse tan fácilmente. Ustedes podrán decir: "¿Cómo puede el individuo afectar la historia?". ¿Puede él hacer algo mediante su propia vida? No creo que uno vaya a detener inmediatamente las

guerras o a generar una mejor comprensión entre los diversos pueblos. Pero, al menos en el mundo en que vivo, en el mundo de mis relaciones inmediatas —ya sea con mi jefe, con mi esposa, con mis hijos o con un vecino—, al menos ahí, puedo producir cierta reforma, cierta transformación, cierta comprensión. Puedo no ser capaz de originar comprensión con los rusos, los alemanes o los hindúes, pero al menos en el mundo en que vivo, puede haber cierta paz, cierta felicidad, algo de amor, afecto y demás. Y creo que, aun cuando ello quizá no afecte extensamente al mundo, puedo ser un núcleo, un centro de valor diferente, de diferente comprensión y significación; y es posible que, gradualmente, pueda originar una transformación en el mundo.

Pero nosotros no estamos, por cierto, interesados fundamentalmente en la transformación del mundo, porque lo que yo haga, lo que ustedes hagan, tendrá poco efecto. Si puedo dejar de ser envidioso, no superficialmente sino en lo profundo, si puedo dejar de ser ambicioso, entonces quizá seré capaz de traer una nueva fragancia, una nueva comprensión a la vida. Y no hay duda de que ésa es la acción más efectiva y directa, ¿no es así?, generar una transformación, un cambio radical en uno mismo, porque así es, después de todo, como han comenzado todos los grandes movimientos: con el individuo, con uno mismo. Así, pues, mi relación —o la relación individual de cada uno de ustedes— con el Estado, puede ser comprendida y un cambio puede ocurrir en esa relación, cuando comprendo el proceso total de mí mismo.

Por favor, no desechen esto, no digan: "Es infantil, tonto, no tiene efecto alguno en el mundo". ¿Qué es lo que tiene un efecto fundamental en el mundo? ¿Un movimiento de masas? ¿O ese efecto fundamental se origina en unas cuantas personas creativas que no se hallan centradas en sí mismas, que no son egotistas, autoaisladas, que no proyectan sus intereses y ambiciones personales, unas cuantas personas de veras libres de su egocentrismo?

Para comprender esto, pues, uno debe conocer el proceso, debe percibirse a sí mismo en la acción, que es relación. Al comprender lo que somos, encontraremos solución a los múltiples problemas que debemos afrontar; se trata de comprendernos no sólo en los niveles superficiales de la mente, sino de conocer todo nuestro contenido interno, tanto el oculto como el evidente, tanto lo superficial como las numerosas capas de nuestra conciencia, de las cuales ahora somos inconscientes. Quizá nos damos cuenta de ellas en raros instantes, pero traer todo lo oculto a lo consciente y así disolver las egoístas, estrechas intenciones y búsquedas personales —estableciendo de tal modo la correcta relación—, me parece que es algo de máxima importancia.

Ésa es la única cosa que siento vale la pena discutir, hablar de ella, y vivir: cómo estar libre de codicia, no sólo superficialmente sino en lo interno. Porque ésa es una de las causas de conflicto, ¿verdad?, la codicia, no sólo de cosas, posesiones, sino codicia de poder, de conocimiento, de prestigio. Y comprender la codicia exige, por cierto, muchísima atención; no se trata de averiguar quién es codicioso, o de imitar el modelo de una persona no codiciosa, sino de percibirse uno mismo como codicioso, y seguir y comprender cada

implicación de esa codicia. Porque, obviamente, la codicia tiene un efecto social: los individuos que son codiciosos, buscadores de poder, originan un grupo o una nación que es igualmente codiciosa de poder, posición, prestigio, y que genera guerras.

¿Es posible estar libre de codicia viviendo en una sociedad que no es otra cosa que el resultado de la codicia, de la violencia? Creo que eso podrá ser respondido sólo mediante la experiencia directa, no tratando verbalmente de estar libres de codicia, sino conociendo la experiencia directa, la genuina experiencia de la no codicia. Al fin y al cabo, la codicia se expresa a sí misma de muchas maneras: Codicia respecto de la verdad, de la posición, de la felicidad, y codicia respecto de cosas, respecto de la seguridad personal. La seguridad externa, física, ¿acaso se nos niega cuando no hay seguridad interna, psicológica? ¿No es posible vivir en este mundo sin que cada uno busque su propia seguridad? Después de todo, cada uno de nosotros está buscando seguridad psicológica, mucho más que seguridad física. Usamos las posesiones, las cosas, la seguridad externa, como un medio de seguridad psicológica. Cuando la necesidad física necesita convertirse en necesidad psicológica, entonces la necesidad psicológica destruye la seguridad física. Podemos examinar esto, ¡es tan obvio! En tanto yo esté usando las cosas, la propiedad, las posesiones, como un medio de autoexpresión, como recurso para una existencia agresiva, autoproyectada, las necesidades se vuelven sumamente importantes, así como las cosas, la propiedad, etc., porque estoy usando todo eso para mi seguridad interna, psicológica.

¿Por qué queremos estar internamente seguros? Es esencial estar seguros externamente, materialmente; de lo contrario, no podríamos vivir. Ustedes y yo no podríamos encontrarnos aquí si yo no tuviera mi comida normal y ustedes no tuviesen la suya. Debemos tener seguridad externa. Pero yo siento que nuestra seguridad es negada, destruida, cuando usamos la seguridad externa como un medio de expansión interna, de interna persecución de la codicia, porque entonces utilizamos las cosas, no como necesidades, sino que les damos un significado psicológico. La propiedad se vuelve así, para nosotros, un medio de supervivencia psicológica, de certidumbre, seguridad psicológica; y en tanto busquemos la seguridad psicológica a través de las cosas, tendrá que haber disputas respecto de las cosas.

¿Es posible vivir en relación sin estar internamente seguro, sin certidumbre psicológica? Al fin y al cabo, eso es lo que entendemos por las palabras *cierto, seguro.* Casi todos buscamos seguridad psicológica, aparte de la seguridad física, ¿no es así? La seguridad física —mucha o poca, depende de nuestro entorno— es imprescindible. Pero la seguridad psicológica, ¿es necesaria? ¿La necesitamos? Aunque la estemos buscando, aunque estemos eternamente persiguiendo la seguridad interna, ¿no es ése un proceso erróneo, una manera equivocada de abordar la vida? ¿Existe la seguridad interna? Cuando quiero sentirme seguro en la relación —relación con una idea, una persona o una cosa—, ¿encuentro la seguridad, la certidumbre interna en esa relación?

Y, si estoy seguro en mi relación, ¿es eso una relación? Si estoy seguro de la otra persona, ya sea mi esposa, mi jefe o mi amigo, seguro en el sentido de usar a esa persona como medio para mi seguridad interna, ¿hay entre nosotros una relación? ¿Hay relación alguna cuando uso al otro? En tanto lo esté usando como medio para mi seguridad interna, ¿cuál es nuestra relación? El otro es tan sólo un instrumento útil para mí. No estoy relacionado con él. Es un mueble, está para ser usado, usado psicológicamente. Soy internamente pobre, vacío, insuficiente, de modo que uso al otro para ocultarme, para escapar de mí mismo. Y a un uso así lo llamamos amor, o el nombre que quieran darle.

A este escape lo llamamos relación, ya sea relación con la propiedad, con las personas o con las ideas. Y, por cierto, una relación así debe crear, inevitablemente, conflicto, dolor y desastre. Y ése es el estado en que vivimos: usando cosas y personas como medios para ocultar nuestra propia pobreza interior. Por eso, las cosas que usamos adquieren para nosotros suma importancia: la persona, la posesión, la idea, la creencia, se vuelven extraordinariamente importantes, porque sin ellas estamos perdidos; por lo tanto, ¡más conocimientos, más personas, más cosas! Sin embargo, jamás hemos comprendido lo que somos. Y me parece que, mientras sigamos buscando la seguridad psicológica, jamás nos comprenderemos. Pero, cuando nos damos cuenta de que estamos usando a las personas, las cosas y las ideas para escapar de nosotros mismos, cuando estamos conscientes de ese escape, ello genera, sin duda, una relación diferente. Entonces no nos apegamos a las cosas, a las personas; entonces hay un enfoque correcto respecto del problema de la propiedad. Pero no puedo abordarlo inteligentemente en tanto esté usando la propiedad como un medio de encubrir mi pobreza interna, porque mientras estamos apegados a las cosas, somos esas cosas. Mientras siga apegado a la propiedad, soy la propiedad, no soy una entidad espiritual —afirmar que lo soy no es más que un montón de palabras sin sentido—. En tanto esté apegado a una creencia, soy esa creencia. En tanto esté apegado a una persona, soy esa persona. Y nos apegamos tan desesperadamente, porque estamos vacíos por dentro, porque internamente nada somos; temerosos de esa vacuidad, nos aferramos a cosas externas, a ideas, ideales autoproyectados.

Así, pues, este problema de la relación no puede ser comprendido superficialmente o verbalmente, ni aprendido de los libros, sino que toda su significación, con sus complejidades y su profundidad extraordinaria, sólo puede comprenderse cuando estamos atentos, alerta a nuestra relación del uno con el otro. Lo que es esa relación, eso es la sociedad. Si no nos comprendemos a nosotros mismos, no tiene ningún sentido hablar de hermandad. Podemos afiliarnos a Sociedades, formar grupos de hermandad, pero en tanto estemos usando una Sociedad, o usemos a personas o cosas como medios para nuestra seguridad interna, estamos forzados a crear más conflicto, más ilusión, más dolor en el mundo; y eso es lo que está ocurriendo, tal como sucede con el nacionalismo que, usado como un medio para encubrir nuestra propia pobreza interna al identificarnos con un país determinado, nos conduce finalmente a la guerra.

Lo importante es comprendernos a nosotros mismos, enfrentarnos cara a cara con esa pobreza interna que evitamos, con esa vacuidad de la que todos huimos. Cuando comprendemos eso, cuando realmente lo experimentamos sin condenarlo, cuando estamos plenamente relacionados con esa vacuidad, sólo entonces, es posible ir más allá y descubrir qué es la verdad, qué es Dios.

Hay varias preguntas y trataré de responder a algunas.

Pregunta: Lo he intentado muy firmemente, pero no puedo dejar de beber. ¿Qué debería hacer?

KRISHNAMURTI: Vea, cada uno de nosotros tiene diversos escapes. Usted toma un trago, y yo sigo a un Maestro. Usted es adicto al conocimiento y yo a las diversiones. Todos los escapes son similares, ¿no es así?, ya sea que uno se dedique a la bebida, siga a un Maestro o sea adicto al conocimiento. Son todos iguales, no hay duda, porque la intención, el propósito es escapar. Quizá la bebida pueda tener un valor social, o pueda ser más dañina, pero no estoy del todo seguro de que los escapes ideacionales no sean peores. Son mucho más sutiles, mucho más ocultos, y es más difícil darse cuenta de ellos. Un hombre adicto a rituales, ceremonias, no es diferente del hombre adicto a la bebida, porque ambos tratan de escapar por medio de estimulantes,

Y yo pienso que es posible terminar con los escapes sólo cuando uno se da cuenta de que está escapando, de que usa todas estas cosas —la bebida, los Maestros, las ceremonias, los conocimientos, el amor al país, lo que fuere— como estimulantes, sensaciones, para escapar de sí mismo. A fin de cuentas, existen diversos métodos para dejar de beber. Pero si usted se limita a dejar de beber, se dedicará a alguna otra cosa. Quizá se convierta en nacionalista, o vaya a buscar un Maestro al otro lado del mundo, o se vuelve extravagante en sus ideas.

Por cierto, la razón para escapar es obvia: estamos insatisfechos de nosotros mismos, de nuestro estado, externa e internamente insatisfechos. Por eso tenemos numerosos escapes, y pensamos que habremos de comprender, de disolver el escape, la bebida, cuando descubramos la causa. Cuando conozcamos la causa del escape, ¿dejaremos de escapar? Cuando sepa que bebo porque riño con mi esposa o porque tengo un abominable empleo, cuando sepa la causa, ¿dejaré de beber? Seguramente no. Dejaré de beber únicamente cuando establezca la correcta relación con mi esposa, con otro ser humano, y elimine el conflicto que está causando sufrimiento.

O sea, expresado de una manera diferente, en tanto esté buscando la autorrealización, con sus inevitables frustraciones, necesito un escape. En tanto me sienta frustrado, debo encontrar un escape. Cuando deseo ser alguien —un político, un líder, el discípulo de un Maestro, lo que fuere—, estoy invitando a la frustración; y como sentirse frustrado es doloroso, busco escapar de ello, ya sea mediante la bebida, un Maestro, una ceremonia, o convirtiéndome en político, no importa qué, es todo lo mismo.

Surge, pues, la pregunta: ¿Existe la autorrealización? ¿Puede el "sí mismo", el "yo", ser alguien, convertirse en alguien? El "yo" es un haz de recuerdos, una cadena de recuerdos en reacción con el presente; yo soy el resultado del ayer en conjunción con el hoy. Y ese "yo" quiere perpetuarse por medio de la familia, de un nombre, de la propiedad, de las ideas. El "yo" *es* tan sólo una idea, una idea que resulta satisfactoria, que produce sensaciones, y a eso se aferra la mente; la mente es eso. Y en tanto la mente, es decir, el "yo", esté buscando realizarse, tendrá que haber frustración, es obvio; en tanto me asigne importancia a mí mismo como siendo "alguien", tendrá que haber frustración; en tanto yo sea el centro de todo, de mis pensamientos, de mis reacciones, en tanto me confiera importancia a mí mismo, es inevitable que haya frustración. Por lo tanto, tendrá que haber dolor, y de ese dolor procuramos escapar de innumerables maneras. Y los medios de escape son todos similares.

No nos preocupemos, pues, acerca de los medios de escape, de si su medio es superior al mío, etc. Lo esencial es darnos cuenta de que, en tanto uno busque realizarse a "sí mismo", tendrá que haber lucha, desdicha; y esta desdicha no puede ser evitada mientras el "sí mismo", el "yo", sea importante.

Entonces, usted dirá: "¿Qué tiene que ver la bebida con todo esto? Usted no ha contestado mi pregunta sobre cómo dejar de beber". Pienso que el problema de la bebida, como cualquier otro problema, puede ser comprendido y se le puede poner fin sólo cuando comprendemos el proceso de nosotros mismos, cuando hay conocimiento propio. Y ese conocimiento de uno mismo requiere un estado constante de alerta, no una conclusión, no algo a lo que usted pueda asirse, sino una percepción constante de cada movimiento del pensar y sentir. Estar alerta de ese modo es agotador, y entonces decimos: "Oh, no vale la pena". Lo hacemos a un lado y, por lo tanto, incrementamos el dolor, el sufrimiento. Pero es indudable que sólo en la comprensión de nosotros mismos como proceso total, podemos resolver verdaderamente los innumerables problemas a que nos enfrentamos.

Pregunta: Yo encuentro imposible creer en Dios. Soy un científico y, sin embargo, mi ciencia no me satisface. No puedo resignarme a no creer en nada. ¿Es sólo una cuestión de condicionamiento? En tal caso, ¿la fe en Dios es más real? ¿Cómo puedo llegar a tener esa fe?

KRISHNAMURTI: ¿Por qué creemos? ¿Qué necesidad hay de creer? Lo cual no quiere decir que usted no debe creer, ése no es el problema. ¿Por qué creemos? El creer sólo puede condicionar la experiencia. Aquello en que creo es lo que experimento. Si creo en Dios, eso es lo que experimentaré. Pero tal experiencia no es la realidad, es sólo una experiencia autoproyectada.

De modo que lo esencial es averiguar por qué creemos, ¿no es así? ¿Podemos descubrir algo por obra de la creencia? ¿O la mente es capaz de descubrir sólo cuando no está aferrada, atada a una creencia, a una conclusión? Pero ¿por qué creemos en Dios? Obviamente, porque vemos que todo cuanto nos

rodea es efímero, todo cambia, se destruye, llega a su fin: nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestra existencia; y queremos algo que sea permanente, perdurable. O bien creamos esa permanencia en nosotros mismos, llamándola el alma, el atman, o como prefieran llamarla, o proyectamos esa necesidad de permanencia, hacia una idea que llamamos Dios.

Las ideas jamás pueden ser permanentes. Me gustaría, quizá, que una idea fuera permanente, pero en sí misma no es permanente. Puedo desear la permanencia, pero en tanto la desee, estoy creando una permanencia inexistente. Y la creencia, la fe en Dios, no es sino la reacción, la respuesta interna de una persona que busca la permanencia. Por lo tanto, su experiencia se halla condicionada por su búsqueda. Esa persona dice: "Sé que Dios existe. He experimentado ese sentimiento extraordinario". Pero tal experiencia basada en el deseo de permanencia es, ciertamente, una experiencia autoproyectada y, por ende, no es una experiencia de la realidad. Lo que es real puede ser descubierto únicamente cuando ya no existe el problema de estar buscando seguridad, permanencia, o sea, cuando la mente está por completo quieta y libre de todo deseo.

Así, pues, mientras alimentamos creencias, jamás podemos descubrir. Por consiguiente, para descubrir qué es lo real, qué es Dios —cualquiera que sea el nombre que quieran darle—, tiene que haber libertad: libertad respecto del miedo, libertad respecto del deseo de estar internamente seguros, libertad respecto del temor a lo desconocido. Sólo entonces es posible experimentar eso, sea lo que fuere, y saber si lo que llamamos Dios, existe. Pero tanto el hombre que cree en Dios, como uno que no cree en Dios, si se apegan a esa conclusión, están ambos atrapados en lo ilusorio. Sólo puedo conocer ese "algo", comprenderlo, experimentarlo directamente, cuando no estoy condicionado por la creencia, por el miedo, la codicia, la envidia y demás.

Es obvio, pues, que la creencia destruye la experiencia de la realidad. Y es muy difícil pensar de ese modo, porque casi todos nosotros estamos tan condicionados para la creencia —tanto el científico como ustedes y yo—, que todos encontramos satisfacción en ella. Y, si no encontramos satisfacción en las cosas, en las personas, en las ideas, entonces creamos una superidea: Dios. Y a eso me aferro, porque es mucho más satisfactorio, más gratificante. Así, la búsqueda de gratificación debe crear, inevitablemente, barreras, y a estas barreras nos apegamos. Usted es creyente o no creyente; pero si usted y yo queremos, de veras, comprender si existe la realidad, si hay Dios, algo no elaborado por la mente, algo que no sea el resultado de la sensación o de la búsqueda de sensación, si queremos descubrir eso, debemos comprender el proceso de la sensación. Porque la creencia, igual que la bebida, nos brinda sensaciones, y a esas sensaciones autoproyectadas nos apegamos. Hacemos de nuestras mentes la imagen de Dios, y nos aferramos a esa imagen.

Pero si usted y yo experimentamos realmente ese algo innominable que no pertenece al tiempo, no podemos aferrarnos a creencias, que son imágenes autoproyectadas, porque cualquier cosa que se nombra, no es lo real; es el

resultado de la memoria, de nuestro condicionamiento; y, si pertenece al tiempo, entonces sigue formando parte de la mente, porque la mente es el producto del pasado, de las numerosas influencias sociales, ambientales, educativas, etcétera.

Si comprendemos, pues, el proceso del tiempo, del nombrar, si comprendemos las condiciones que existen en nosotros, las influencias en que estamos atrapados, esa comprensión trae consigo quietud mental. Como dije, la mente no ha sido aquietada. Cuando uno hace que la mente se aquiete, ésa es una mente muerta. Cuando uno disciplina la mente a fin de que se aquiete, aunque ésta pueda quedar superficialmente quieta, sigue estando agitada, como el niño que ponen castigado en un rincón. Pero, cuando comprendemos todo el proceso de la creencia, los estimulantes, el deseo de estar seguros, la búsqueda de permanencia; cuando comprendemos la verdad de todas estas cosas, cuando la comprendemos plenamente, no sólo de manera verbal o superficial, sino que de veras la experimentamos, entonces la mente está quieta, no tenemos que aquietarla. Uno es la mente, es tanto el pensador como el pensamiento. Pero si el pensador se separa y trata de controlar su pensamiento, eso conduce hacia la ilusión.

En consecuencia, si uno ve todo esto, si lo comprende, si lo experimenta de manera directa, la mente está quieta. Y en esa quietud sabremos si Dios, la realidad, existe o no existe; en esa serenidad, en ese silencio, lo sabremos. Antes de eso, especular sobre Dios o no Dios, o sobre si estamos siguiendo al Maestro apropiado o no... todo eso me parece muy infantil, inmaduro. Pero el experimentar la realidad no es algo que pueda ser imaginado, sobre lo que pueda especularse. Sólo en el estado de experimentar daremos con lo real; pero buscar la fe como un medio de estimulación, como una forma de escapar de nuestra existencia diaria de relación, debe conducirnos inevitablemente a las ilusiones, cualquiera que sea el nivel en que coloquemos tales ilusiones.

De modo que, para descubrir, tiene que haber libertad, debemos estar libres de codicia; y si usted es un científico y yo soy un lego, o si yo soy un ignorante y usted está lleno de conocimientos, ambos podremos dar con esa realidad sólo cuando nos comprendamos a nosotros mismos. Y, con la comprensión de nosotros mismos llega la serenidad, porque el conocimiento propio trae sabiduría. Y únicamente en la sabiduría hay serenidad, no en el conocimiento, no en el entretenimiento intelectual y en las ideaciones. No hay serenidad en las ideas. Esa serenidad nace solamente cuando la mente ya no persigue sus propias proyecciones. La experiencia de la realidad no es cosa que pueda serle transmitida a uno; ningún Maestro, ningún salvador, puede dárnosla. Surge sólo cuando nos comprendemos profundamente a nosotros mismos.

Pregunta: Si eso de que usted habla es tan raro y, aparentemente, sólo para unos pocos de vez en cuando, ¿qué propósito tiene el hecho de que nos hable? ¿Puede usted ser realmente de ayuda para nosotros, la masa?

KRISHNAMURTI: Pienso que el propósito de mi hablar es muy claro —al menos lo es para mí—. Ante todo, no estoy hablando para explotarlos. No obtengo de ello ningún estímulo ni me siento perdido si no hablo. No se trata de eso. Hablo por una simple razón: porque siento que ustedes y yo podemos ayudarnos el uno al otro a comprender nuestros problemas, y no porque sienta que soy una persona superior que ha alcanzado alguna cosa. Al hablar sobre los innumerables problemas que tenemos —problemas de relación, ya que no hay otros problemas—, podremos comprenderlos. Podemos hablar sobre ellos tranquilamente, libres de todo prejuicio, o, si tenemos ciertos prejuicios, podemos darnos cuenta de cuáles son.

Al fin y al cabo, estamos tratando de establecer una relación entre nosotros, entre ustedes y yo. Si yo los uso, o si ustedes me usan, no tenemos relación alguna. Entonces, ustedes me explotan y yo los exploto. Pero, si cada uno de nosotros trata de comprender el problema que es uno mismo, entonces estableceremos una relación correcta. Así, quizá, cuando discutamos —no intelectualmente, no verbalmente— podremos explorar dentro de nosotros mismos, podremos vernos tal como somos, porque, después de todo, la relación es un espejo en el que me veo a mí mismo exactamente como soy —es decir, si quiero verme—. Pero, como a la mayoría de nosotros le desagrada ver *lo que es*, hacemos de la relación una farsa. La relación se convierte, entonces, en un escape.

Si no quieren escapar a través de mí, ni yo quiero hacerlo a través de ustedes, entonces es posible que, al comprender juntos los diversos problemas, nos veamos tal como somos, ya sea que se trate de uno o de muchos. Para mí, no hay tal cosa como la masa. La masa somos cada uno de ustedes y yo. Pensamos que comprendemos a las personas llamándolas alemanes, rusos, ingleses, hindúes, etc. Es una mente perezosa la que hace eso, una mente floja la que dice: "¡Oh, usted es hindú!", o "Usted es inglés". Porque es mucho más fácil, ¿verdad?, denominar así a alguien, y después pensar: "Lo comprendo". Pero si no lo denomino a usted, tengo que mirarlo más de cerca; tengo que ver su rostro, estudiar los movimientos individuales de su pensar. Tengo que estar atento a usted como individuo. Si, en cambio, lo trato como formando parte de la masa, entonces puedo bombardearlo muy fácilmente, puedo destruirlo.

En consecuencia, para ayudar a otro, debo ver al otro no como siendo esto o aquello, como perteneciendo a tal o cual nacionalidad, sino verlo tal como es. No puedo verlo tal como es si estoy atrapado en mi propio y mezquino nacionalismo, en mis propias Sociedades, creencias, en ridículas supersticiones, en mi propia insensatez. Así, para comprendernos el uno al otro, debemos mirarnos muy claramente; es decir, para comprenderlo debo conocerme a mí mismo, debo verme con mucha claridad en mi relación con usted. Sólo entonces será posible que nos ayudemos mutuamente.

9 de octubre de 1949

TERCERA PLÁTICA EN LONDRES

Creo que es bastante obvio que, para comprender un problema complejo, y especialmente un problema psicológico, se requiere una mente muy quieta, serena, una mente pacífica, silenciosa, capaz de comprender directamente el problema complejo y su respuesta.

Lo que impide esta quietud de la mente, es el conflicto. Casi todos nosotros vivimos en un torbellino, atormentados con muchísimas cosas, ansiosos con respecto a la vida, a la muerte, a la seguridad y a nuestra relación. Hay una agitación constante, y es extremadamente difícil, para una mente tan agitada, comprender los siempre crecientes problemas, tanto los sociales como los psicológicos. Y, para poder comprender un problema en su totalidad, es esencial que haya una mente silenciosa, sin prejuicios, una mente capaz de ser libre, serena, y de permitir que el propio problema se despliegue y se revele. Y una mente así, quieta, silenciosa, es imposible cuando hay conflicto.

Ahora bien, ¿qué es lo que contribuye al conflicto? ¿Por qué cada uno de nosotros se encuentra en un conflicto semejante, y lo mismo el Estado y todo el mundo? ¿Por qué? ¿Cuál es el origen del conflicto? Cuando el conflicto cesa puede haber una mente en paz, es obvio; pero es imposible que haya serenidad en una mente atrapada en el conflicto. Y, deseando serenidad, cierta sensación de paz, tratamos de escapar del conflicto mediante toda clase de recursos: el servicio social, o absorbiéndonos en algún ritual, o en algún tipo de actividad, mental, etc. Pero, evidentemente, los escapes conducen a la ilusión y a más conflicto. Los escapes sólo dan por resultado el aislamiento y, por ende, mayor resistencia. Si uno no escapara, si se diera cuenta de los escapes y, en consecuencia, fuera capaz de comprender directamente el proceso del conflicto, entonces quizá podría haber un estado de quietud mental.

Pienso que es esencial ver que una mente serena es necesaria, pero no una serenidad forzada, que sigue siendo aislamiento, encierro; no una serenidad atada a una idea en particular, encerrada, aprisionada en esa idea, o en una creencia. Una serenidad así no es lo real; es muerte, porque en su aislamiento, en su autoencierro, no hay proceso creativo alguno.

Si pudiéramos, pues, comprender el proceso del conflicto y cómo surge, quizá serían posibles la libertad, la quietud mental. Pero, la dificultad en la comprensión del conflicto radica en que casi todos estamos muy ansiosos de librarnos del conflicto, de trascenderlo, de encontrar un modo de salirnos de él, de descubrir su causa; y yo no creo que el mero buscar o descubrir la causa del conflicto, vaya a resolverlo. Pero, si uno puede comprender el proceso total del conflicto, verlo desde todos los puntos de vista, tanto los psicológicos como los fisiológicos, si uno tiene la paciencia de investigarlo silenciosamente, sin condena ni justificación alguna, entonces quizá sea posible comprender el conflicto.

Al fin y al cabo, el conflicto surge a causa del deseo de ser algo, de ser otra cosa que *lo que es.* Este constante deseo de ser otra cosa que *lo que es,* es una de las vías del conflicto, lo cual no implica que debamos estar satisfechos con *lo que es* —uno nunca lo está—. Pero, para comprender *lo que es,* debemos comprender el deseo de ser otra cosa que *lo que es.* Yo soy esto o aquello: desagradable, codicioso, envidioso, y deseo ser otra cosa, lo opuesto de *lo que es.* Por cierto, ésa es una de las causas del conflicto, estos deseos opuestos y contradictorios de los que estamos compuestos.

Pienso que el simple hecho de considerar el conflicto, de estar atentos a su proceso, es en sí mismo liberador. Es decir, si estamos atentos sin fricción alguna, sin ninguna preferencia, simplemente atentos a *lo que es,* y si también nos damos cuenta del deseo de escapar de *lo que es,* escapar hacia un ideal autoproyectado —y todos los ideales son de fabricación propia y, por lo tanto, ficticios, irreales—, si simplemente estamos alerta a todo eso, entonces esa misma percepción alerta traerá consigo la serenidad de la mente. Entonces podremos proseguir con *lo que es,* y así habrá una posibilidad de comprender *lo que es.*

Pero el conflicto es, por cierto, mucho más importante que la mera fricción entre opuestos. El conflicto surge, ¿no es así?, al aproximar la acción a una idea. Todos tratamos de aproximar la acción a una idea, a un ideal, a una creencia. Tengo una idea de lo que yo debería ser, de lo que debería ser el Estado, y procuro vivir a la altura de ese ideal. En consecuencia, el conflicto surge cuando existe el intento de tender un puente entre la idea y la acción. Pero ¿es posible tender un puente entre ambas? La acción es real, factual, ¿no es cierto? Sin acción no puedo vivir. Pero ¿por qué este intento de amoldar la acción a una idea? ¿Es la idea más real que la acción? ¿Es más verdadera que la acción? Sin embargo, si nos observamos a nosotros mismos, vemos que toda nuestra acción se basa en una idea. Tenemos la idea primero, y después viene la acción. Sólo raramente hay acción espontánea, libre, no cercada por una idea.

¿Por qué, pues, existe esta división entre la acción y la idea? Si podemos comprender eso, quizá seamos capaces de poner radicalmente fin al conflicto, ya que el conflicto no es, obviamente, el camino hacia la comprensión. Si riño con usted, si estoy en conflicto con usted, con mi esposa, con la sociedad, con mis vecinos, próximos a mí o muy lejanos, no puede haber comprensión. ¿Llega la comprensión a través de la lucha entre tesis y antítesis, entre opuestos? La síntesis, ¿se genera por obra del conflicto? ¿O hay comprensión cuando no hay conflicto? Esa comprensión tratamos de traducirla mediante nuestras acciones, de las cuales vuelve a surgir el conflicto. Para expresarlo de manera diferente: Cuando hay creatividad, cuando tenemos ese sentimiento creativo, no hay lucha, lo cual implica que el "yo", con todos sus prejuicios, su condicionamiento, está ausente. En ese estado hay creatividad; y ese sentimiento creativo, ese estado creativo, tratamos de expresarlo en la acción: a través de la música, de la pintura o de lo que fuere. Entonces empieza la lucha: el deseo de ser reconocidos, etcétera.

Por cierto, el estado creativo no requiere lucha; por el contrario, cuando hay lucha no hay estado creativo. Cuando el "sí mismo", el "yo" está por completo ausente, hay posibilidad de que surja a la existencia ese estado creativo. Y, en tanto predomine la idea, tendrá que haber lucha, conflicto. Es decir, el hecho de acomodar la acción a la idea tiene que fomentar el conflicto. Por lo tanto, si podemos comprender por qué predomina la idea en nuestras mentes, quizá seamos capaces de abordar la acción de una manera distinta.

La mayoría de nosotros se interesa en cómo vivir de acuerdo con una idea. Tenemos la idea primero: cómo ser noble, cómo ser bueno, espiritual, y demás, y después tratamos de vivir conforme a eso. ¿Por qué lo hacemos? Primero establecemos un patrón mental al que llamamos idea, o ideal, y de acuerdo con ese patrón procuramos vivir. ¿Por qué? ¿Acaso todo el proceso de la ideación no se origina en el "yo", en el "sí mismo"? ¿No es una idea el "yo"? El "yo" no existe aparte de la idea del "yo". El "yo" genera el patrón. El "yo" es una idea y, conforme a esa idea vivimos, tratamos de actuar.

Así, pues, la idea es principalmente el resultado de la importancia que adquiere el "yo". Y, habiendo establecido la importancia del "yo" y "lo mío", el patrón de conducta, tratamos de vivir conforme a eso. En consecuencia, la idea controla la acción, la idea impide la acción. Consideremos, por ejemplo, la generosidad, la completa generosidad, no la generosidad de la mente sino la del corazón. Si uno viviera de acuerdo con ella, eso sería muy peligroso, ¿verdad? Si uno actuara con absoluta generosidad, ello conduciría a todo tipo de fricciones con los modelos existentes. Así, interviene la idea y controla la generosidad. Y es más seguro vivir conforme a la idea de generosidad que de acuerdo con la generosidad del corazón.

Cuando predomina, pues, la idea, es obvio que estamos buscando seguridad, certeza, consuelo, exclusión, aislamiento, y que, por lo tanto, creamos más fricción. Porque nada puede vivir en aislamiento; ser es estar relacionado. La idea trae consigo aislamiento, no así la acción. Y nuestro conflicto lo es siempre entre la acción y la idea. Y creo que si pudiéramos comprender este proceso de la ideación, comprendernos no superficialmente sino en la totalidad del proceso que somos nosotros mismos tanto en el nivel consciente como en el inconsciente, quizá comprenderíamos este conflicto. Después de todo, el conflicto surge porque el "yo" es importante, el "yo" que se ha identificado con el país, con determinada creencia, con el nombre personal o con la familia. Ése es el origen de todo conflicto, ¿no es así?, porque el "yo" está siempre buscando aislamiento, exclusión. La acción basada en la idea de exclusión debe, inevitablemente, generar conflicto, del cual tratamos de escapar y, de ese modo, el conflicto se incrementa.

Me parece, pues, que para comprender el conflicto es esencial conocer todo el proceso de nuestro propio pensar y darnos cuenta de cómo realmente, en nuestra vida diaria, tratamos de aproximar la acción a una idea. ¿Puede uno vivir sin el "yo"? Real y básicamente, llegamos a eso. ¿Puede uno vivir en este monstruosamente feo, conflictivo mundo, sin el pensamiento del "yo"? Eso

puede ser respondido de hecho, no teóricamente, sólo cuando comprendemos el proceso del "yo", lo que constituye el "yo". Uno ve que estos tortuosos comportamientos, las contradicciones, los rechazos, todo eso pertenece al patrón proyectado de una idea. Así, al conocerse uno totalmente —no en algún nivel de la conciencia, sino como un proceso total que prosigue de manera constante—, al darse uno cuenta de eso, adviene un estado de libertad con respecto al "yo", y sólo entonces es posible que la mente esté en silencio.

Únicamente en ausencia del "yo" la mente puede estar quieta y, de ese modo, comprender, recibir aquello que es eterno. Pero fabricarse una imagen de la eternidad, concebir una idea al respecto, o apegarse a una creencia acerca de la eternidad, es mera autoproyección; es una ilusión, carece de realidad. Para que lo intemporal se manifieste, es obvio que deben cesar por completo las operaciones, elaboraciones y proyecciones del "yo". Y, la terminación de esas autoproyecciones es el principio de la meditación, ¿no es así?, porque en la comprensión de uno mismo tiene su comienzo la meditación, y sin meditación no es posible comprender el "yo". Sin comprender el proceso del "yo", no hay base para el pensar, para el recto pensar. Es totalmente inútil limitarse a aproximar la acción a una idea o a un ideal. Mientras que, si podemos comprendernos a nosotros mismos en la acción, que es la relación en la vida cotidiana, la relación con la esposa, con el marido, la manera como hablamos a nuestros sirvientes, el esnobismo, el nacionalismo, los prejuicios, la codicia y la envidia en la vida de cada día —no el "yo" situado en un nivel superior, lo cual sigue estando dentro del campo del pensamiento y, por ende, formando parte del mismo "yo"—, si podemos darnos cuenta de todas estas acciones en la relación cotidiana, ése es el principio de la meditación. Y, al comprender esta acción del "yo" adviene, ciertamente, la serenidad. Sólo cuando la mente está de veras quieta, no aquietada, cuando no se la fuerza ni amolda, sino que está quieta, en silencio, sólo entonces hay posibilidad de descubrir aquello que es eterno.

Pregunta: ¿Tendría la bondad de decirnos qué es, según usted, la verdad que nos liberará? ¿Cuál es el sentido de su declaración: "La verdad debe llegar a uno; uno no puede buscarla"?

KRISHNAMURTI: Por cierto, al comprender qué es lo falso, qué es la ilusión, qué es la ignorancia, la verdad se manifiesta, ¿no es así? Usted no tiene que buscarla, porque el instrumento con que la busca es el pensamiento. Si soy codicioso, envidioso, si estoy lleno de prejuicios y trato de buscar la verdad, es obvio que mi verdad será el resultado de la codicia, de la envidia, del prejuicio; por lo tanto, no será la verdad. Todo cuanto puedo hacer es ver qué es falso, darme cuenta de que estoy condicionado, de que soy codicioso, envidioso. Eso es todo cuanto puedo hacer: darme cuenta de ello sin opción, sin preferencia alguna. Entonces, cuando estoy atento de ese modo y, por consiguiente, libre de codicia, la verdad se revela. Pero, si buscamos la verdad, el resultado

será, obviamente, la ilusión. ¿Cómo puede uno buscar la verdad? La verdad debe ser algo desconocido para una mente que está atrapada en lo falso; y nosotros lo estamos, porque nos hallamos condicionados, tanto psicológica como físicamente, y una mente condicionada, haga lo que hiciere, no puede medir lo inmensurable.

Esto no son sólo palabras. Usted puede ver la verdad de ello si está de veras dispuesto a escuchar correctamente. ¿Cómo puedo yo, cuando estoy condicionado por mi creencia, mi miedo, mi nacionalismo, mis prejuicios y, de innumerables maneras, por la codicia y la envidia, cómo puedo ver la verdad? Lo que vea será una autoproyección. Lo que el "yo" busca es, evidentemente, su propia creación; por lo tanto, no es verdadero. Y ver la verdad de esto, de lo que acabo de decir, ya es en sí un proceso liberador, ¿no es cierto? —el solo verlo, el darse cuenta de que la envidia, la codicia, no puede descubrir aquello que es verdadero—. El simple observarlo, el estar silenciosamente alerta a ello, originará no sólo la liberación respecto de la codicia, sino la comprensión de lo verdadero.

Así, pues, los que intentan buscar la verdad estarán, es obvio, atrapados en la ilusión; por eso la verdad debe venir a usted, usted no puede ir tras ella, no puede perseguirla. Porque, al fin y al cabo, ¿qué es lo que todos deseamos? Deseamos satisfacción, consuelo, seguridad interna, paz... y eso es lo que buscamos. Le damos un nombre, lo llamamos la verdad. Por consiguiente, lo que estamos buscando en diferentes formas, en niveles diferentes, es la satisfacción, no la verdad. La verdad puede revelársenos sólo cuando llega a su fin el deseo de satisfacción, de seguridad, lo cual es sumamente arduo, y como casi todos somos perezosos, flojos, pretendemos buscar la verdad y formar en torno a ella Sociedades y organizaciones.

Todo cuanto podemos hacer, pues, es darnos cuenta de nuestros propios apetitos, deseos y vanidades —sin importar el nivel en que podamos colocarlos—, estar atentos a todas esas cosas y liberarnos de ellas, lo cual implica liberarnos del "sí mismo", del "yo". Entonces no tendremos que buscar la verdad; la verdad vendrá a nosotros porque existe el campo propicio para ello: una mente quieta, no perturbada por sus propias agitaciones. Una mente así es capaz de recibir. Debe estar negativamente, pasivamente alerta, lo cual también es muy, muy arduo, ya que la mente desea ser alguna cosa, desea un resultado, un logro. Y si ha fracasado en una dirección, buscará el éxito en otra. A ese éxito deseado lo llama búsqueda de la verdad. Mientras que la verdad es lo desconocido; debe ser descubierta de instante en instante, no en alguna abstracción, en alguna acción aislada, sino en cada instante de nuestra existencia cotidiana. Ver lo falso como falso es el principio de la verdad —lo falso en nuestro hablar, lo falso en nuestras relaciones, en los mezquinos apetitos, en las triviales vanidades, en las barbaridades a que nos entregamos—. Ver la verdad con respecto a lo falso de todo eso, es comenzar a percibir lo verdadero.

Pero ya lo ve, la mayoría de nosotros no quiere estar tan atenta. Es agotador. Preferimos, más bien, escapar hacia alguna ilusión, hacia alguna creencia,

en la cual podamos encontrar aislamiento y consuelo; eso es mucho más fácil, y desde ese aislamiento decimos que buscamos la verdad. No es posible encontrar la verdad en el aislamiento. No es posible, estando psicológicamente asegurados, que se manifieste la gran incertidumbre de la verdad. Así, pues, todo cuanto podemos hacer si somos de veras serios, si estamos seriamente interesados, es darle a la verdad una oportunidad de manifestarse, comprendiendo nuestra relación con las cosas, las personas y las ideas. Entonces, la comprensión trae consigo libertad, y sólo en esa libertad puede revelarse lo real.

Pregunta: Sus enseñanzas de hace algunos años eran comprensibles e inspiradoras. En aquella época, usted hablaba seriamente acerca de la evolución, del sendero, del discipulado y de los Maestros. Ahora es todo diferente. Me siento totalmente perplejo. Le creía sin dificultad entonces, y quisiera poder creerle ahora. Estoy confundido. ¿Cuál es la verdad? ¿Lo que usted decía entonces o lo que dice ahora?

KRISHNAMURTI: Esto necesita realmente una consideración muy seria, y espero que aquéllos de ustedes que se aburren con esta clase de cosas, escuchen pacientemente.

Ante todo, no es una cuestión de creencia. Usted no tiene que creer en lo que yo digo, ¡lejos de eso! Si "cree" en lo que digo, entonces es su desdicha, no la mía; entonces me usará como otra autoridad y, por lo tanto, buscará refugio y consuelo en eso. Pero, lo único que yo digo es que, sin conocimiento propio no puede haber comprensión de la vida. Eso no requiere creencia alguna; exige cuidadosa vigilancia de su parte, no le exige creer en lo que digo. Seamos, pues, muy claros en ese punto, porque entiendo que la creencia es un obstáculo para la comprensión de la verdad, lo cual no quiere decir que usted deba convertirse en ateo, que es otra forma de creencia. Comprender el proceso total de la creencia es el principio de la sabiduría.

Creemos porque necesitamos aferrarnos a algo, porque deseamos seguridad; estamos internamente tan inseguros, tan insatisfechos, nos sentimos tan pobres, que deseamos algo rico para aferrarnos a ello. Tal como el hombre mundano se aferra a la propiedad, así el que se titula creyente se aferra a su creencia; no hay mucha diferencia entre ambos. Ambos desean seguridad, ambos desean comodidad, certidumbre. Estas creencias son autoproyectadas y, por consiguiente, no nos conducen a la realidad.

Ahora bien, el interlocutor desea saber por qué he cambiado. En un tiempo, hace algunos años, hablaba de los Maestros, del discipulado, del progreso, del crecimiento espiritual y toda esa clase de cosas. Y ahora no lo hago. ¿Por qué? ¿Dónde se produjo el cambio y qué ha originado? ¿No es ésa la base de la pregunta? Y él quiere saber en qué ha de creer, si en aquellas cosas que dije anteriormente o en lo que digo ahora.

Lo que se dijo anteriormente requería creencia. Después de todo, usted

necesita una creencia con respecto a los Maestros. Podrá racionalizar esa creencia, pero sigue siendo una creencia. Y es muy conveniente tener una creencia semejante, especialmente cuando el Maestro está en algún lugar muy lejano, porque entonces usted puede jugar con esa idea. Pero, si tiene un gurú, un instructor en relación directa con usted, físicamente hablando, eso es mucho más difícil, ¿no es así?, porque entonces él lo criticará, lo vigilará, lo reprenderá, y eso resulta penoso. Mientras que tener un Maestro en la India o en los Himalayas o en alguna montaña lejos de su vida cotidiana, es más conveniente, es muy alentador.

Y una cosa así necesita de la creencia; es una idea autoproyectada. Nos brinda consuelo, porque entonces podemos posponer la acción, entonces uno puede decir: "Bueno, seré como él en mi próxima vida. Me llevará mucho tiempo librarme de la codicia"... y a eso lo llaman ustedes evolución. La codicia no es, ciertamente, cosa que pueda posponerse; o uno está libre de la codicia ahora, o nunca lo estará. Decir que estaremos libres de la codicia algún día, es continuar con la codicia. Y la idea de que alguien cuida de usted, que lo felicita, que lo estimula, que le demuestra un interés especial, mientras usted se disciplina de acuerdo con él, con los ideales que él le ha transmitido, todo esto es, evidentemente, una manera de inflar el "yo". Es natural que eso lo estimule, que lo inspire a pensar que alguien se ocupa de usted, que tiene ante sí una eternidad para llegar a ser "alguien", que el sendero es una cosa para que usted la recorra lentamente, tomándose su tiempo, y que un día llegará.

Tales pensamientos, tales creencias son muy estimulantes e inspiradoras. Por eso las Sociedades están constituidas por personas que desean ser estimuladas. Un proceso semejante es, para mí, el camino de la explotación, porque a ustedes les gusta ser explotados por el Maestro, o por el representante del Maestro, y eligen al representante conforme a sus propios deseos y gratificaciones. Cuando se sienten gratificados, eso es muy inspirador —al menos, lo llaman inspirador—; en realidad, es otra forma de sensación.

Ahora bien, cuando usted ve todo eso como falso, carente por completo de base alguna, cuando ve que nada puede conducirlo a la verdad, nada excepto su propia comprensión acerca de usted mismo, su comprensión de que ningún Maestro puede darle la luz, que sólo usted puede hacerlo, entonces eso no es inspirador, no es estimulante, porque el conocerse a sí mismo exige observación, un estado constante de alerta y vigilancia; y es más bien fastidioso, agotador, depresivo, saber que uno es una persona desagradable. Pero que nos digan que dentro de nosotros hay algo que es maravilloso, eterno, eso sí que nos gusta. Y así seguimos al Maestro y aceptamos todas las ilusiones que lo acompañan. Eso nos brinda satisfacción y es, a fin de cuentas, lo que casi todos estamos buscando; no la verdad, no comprender qué es falso, sino que nos satisfagan. Y, tal como buscamos certidumbre, seguridad en el mundo físico, así trasladamos eso al mundo psicológico, espiritual. Pero no hay seguridad en el mundo psicológico; si buscamos la seguridad, lo que hay es ilusión, porque sólo en medio de una gran incertidumbre descubrimos.

Cuando usted ve eso, obviamente aparta de sí todas esas cosas. Ya no juega más con ellas. Y lo que yo digo ahora no está en la otra cara de la moneda; no tiene nada que ver con esas cosas, que son falsas. Comprendernos a nosotros mismos es el principio de la sabiduría. Cuando usted ve lo que es falso, está comenzando a ver lo que es verdadero. Evidentemente, toda esta estructura de autoexpansión, con sus grados espirituales de discipulado, su escala de logros jerárquicos, es totalmente falsa, porque lo verdadero carece de divisiones. Pero a nosotros nos agradan las divisiones, las exclusiones; socialmente nos gusta que nos llamen por nuestro título. Y un esnobismo igual lo transferimos al otro mundo. Pero cuando uno ve el carácter autoexpansivo de todo este proceso, cómo da importancia al "yo", a "lo mío", cómo otorga prestigio personal, entonces todo eso se desvanece; uno no tiene que luchar contra ello. Es como ver algo venenoso: no ejerce atracción alguna, ya no es genuino; por lo tanto, uno no pertenece más a esa forma de pensar.

Vea, todo esto implica que uno debe permanecer solo. Pero casi todos tenemos miedo de estar solos; no solos en el sentido de aislamiento, sino creativamente solos en el sentido de ver algo tal como es, ver lo falso como falso y lo verdadero como verdadero. Ver lo falso como falso cuando todos estamos viendo como verdadero lo que es falso, exige una percepción alerta y sin opciones. Y, debido a ese temor que casi todos tenemos de permanecer solos, serenos, libres de todas las ilusiones autoproyectadas, nos apegamos a las cosas producidas por la mente. Si usted no se comprende a sí mismo, entonces, haga lo que hiciere, ya sea que invente alguna teoría, algún Maestro, o siga alguna disciplina, ello no lo conducirá a la felicidad. Podrá engañarse a sí mismo, diciendo: "Lo que usted sostiene y aquello en que yo creo es la misma cosa; son las dos caras de la moneda". Podrá decir lo que guste, pero eso es mero autoengaño. En cambio, investigar todo este problema del "yo", ver todos sus recursos, sus engaños e ilusiones, sus consuelos, conocerse uno tan completamente a sí mismo, origina serenidad en la mente, una serenidad que ninguna otra persona puede darle. Entonces, en esa serenidad, puede revelarse aquello que es eterno.

Pregunta: ¿Cómo puede uno estar libre del miedo constante a la muerte?

KRISHNAMURTI: ¿Qué es lo que da origen al miedo? ¿Por qué teme uno a la muerte? Si no se opone, experimentemos con esto, no sólo con lo que he dicho anteriormente, sino también con esto. Vea, aunque casi todos tememos a la muerte, también sabemos por qué. Es obvio, no queremos que nos llegue el fin. Sabemos que el cuerpo va a perecer, que va a ser destruido como cualquier otra cosa que es usada constantemente. Pero en lo psicológico, no queremos que esto se termine. ¿Por qué?

Debido a que no queremos que nos llegue el fin, hemos racionalizado innumerables teorías: que continuaremos en el más allá, que hay reencarnación, que alguna clase de "yo" continúa, etc. Pero, a pesar de todas estas creen-

cias racionalizadas, de estas convicciones y determinaciones, el miedo sigue existiendo. ¿Por qué? ¿No es porque deseamos certidumbre respecto de lo desconocido? No queremos saber qué hay después de la muerte. Nos agradaría continuar con todas nuestras cualidades, con todos nuestros logros, con todas nuestras identificaciones. Buscamos permanencia, a la que llamamos inmortalidad. Buscamos permanencia en este mundo por medio del nombre, de la propiedad, de las posesiones, la familia y demás, lo cual es algo evidente que hacemos todo el tiempo. Y también deseamos continuar en otro reino del pensamiento, del sentimiento: en el mundo psicológico, el mundo espiritual.

¿Qué es lo que continúa? La idea, el pensamiento, ¿no es así? La idea de uno mismo como un nombre, como un individuo en particular identificado, lo cual sigue siendo una idea, que es memoria, que implica la palabra. Por lo tanto, el pensamiento, la mente, identificándose a sí misma como la memoria, como la palabra, el nombre, anhela continuar. Por cierto, la mayoría de nosotros se aferra a eso de diferentes maneras, ¿no es así? A medida que envejezco, miro por encima de la vida hacia atrás o hacia adelante, con miedo a la muerte. Así, pues, en una u otra forma, deseamos continuar. Y, estando inseguros respecto de esa continuidad, tenemos miedo. Uno no teme dejar a su familia, a sus hijos; eso es tan sólo una excusa. En realidad, teme que le llegue el fin.

Ahora bien, eso que continúa, que tiene una continuidad, ¿puede ser creativo? ¿Hay renovación en lo que continúa? Por cierto, hay renovación únicamente en lo que se termina. Donde hay un final, hay un renacimiento; no lo hay en aquello que continúa. Si continúo tal como soy, tal como he sido en esta vida, con toda mi ignorancia, mis prejuicios, estupideces, ilusiones, recuerdos y apegos, ¿qué es lo que tengo? Sin embargo, a eso es que nos aferramos tan tenazmente.

De modo que en el final hay renovación, ¿no es así? Sólo en la muerte puede nacer algo nuevo. No le estoy dando consuelo. Esto no es algo en lo que usted pueda creer o pensar, o algo que pueda examinar y aceptar intelectualmente, porque entonces lo convertirá en otro consuelo, tal como ahora cree en la reencarnación o en la continuidad en el más allá, etc. Pero el hecho es que aquello que continúa no renace, no se renueva. Por lo tanto, la renovación, el renacimiento está en el morir de cada día. Eso es inmortalidad. En la muerte hay inmortalidad, no en la muerte que usted teme, sino en la muerte de las conclusiones previas, de los recuerdos, de las experiencias, de todo eso con que usted se ha identificado como el "yo". En el morir del "yo" a cada instante, hay inmortalidad, eternidad, hay "algo" que debe ser experimentado, no se puede especular o disertar sobre ello, tal como ustedes lo hacen respecto de la reencarnación y toda esa clase de cosas. Sólo cuando uno llega a su fin como el "yo", cuando deja de estar atado a su familia, a sus propiedades, a sus ideas, sólo entonces hay inmortalidad, lo cual no implica que uno se vuelva indiferente, duro o irresponsable.

Cuando uno ya ha dejado de tener miedo, porque en cada instante hay un final y, por ende, una renovación, entonces está abierto a lo desconocido. La

realidad es lo desconocido. La muerte es también lo desconocido. Pero decir que la muerte es bella, que es maravillosa porque continuaremos en el más allá, y todo ese desatino, eso carece de realidad. Lo que tiene realidad es ver a la muerte tal como es: un final, un final en el que hay una renovación, un renacimiento, no una continuidad. Porque lo que continúa se deteriora; y aquello que tiene el poder de renovarse a sí mismo, es eterno. Pero una mente apegada, obsesionada, jamás puede renovarse a sí misma. En consecuencia, una mente así le tiene miedo a lo desconocido, al futuro. El miedo cesa sólo cuando hay renovación constante, lo cual implica muerte constante. Pero la mayoría de nosotros no quiere morir de ese modo. Nos agrada estar apegados a nuestros muebles, a nuestras propiedades, a nuestras creencias, a los que llamamos nuestros seres queridos. Deseamos continuar en ese estado, con nuestros conflictos, con nuestras experiencias, con nuestros apegos. Y, cuando todo eso se ve amenazado, tenemos miedo. Por eso se han escrito innumerables libros acerca de la muerte. Ustedes están más interesados en la muerte que en el vivir; mientras que, si comprenden el vivir, o sea, si se comprenden a sí mismos en la constante relación, en ver lo falso como falso y, debido a eso, mueren a cada instante —no en teoría, sino que de hecho mueren para las cosas a las que están apegados, para las creencias, para los recuerdos—, sólo entonces, hay una renovación en la que no existe la muerte.

16 de octubre de 1949

CUARTA PLÁTICA EN LONDRES

Durante las semanas anteriores hemos estado considerando el problema del conocimiento propio. Es, obviamente, esencial que uno se conozca por completo a sí mismo. Eso no implica retirarse de la vida, sino más bien comprender la relación, la relación con las cosas, las personas y las ideas. Y la experiencia puede ser comprendida únicamente por medio del conocimiento propio; la experiencia no está separada del conocimiento de nosotros mismos.

Desafortunadamente, la mayoría de nosotros no busca el conocimiento propio, sino aferrarse a la experiencia. Y usamos la experiencia como un patrón de medida para descubrir a Dios, la verdad, la realidad, o como prefieran llamarlo. De modo que la experiencia, para casi todos nosotros, se ha convertido en la norma de evaluación.

Pero la experiencia, ¿revela la verdad? Por cierto, la experiencia es una distracción, un proceso alejado de uno mismo. Es decir, casi todos nosotros ignoramos por completo el proceso total de nuestra existencia, no vemos que escapamos constantemente de nosotros mismos. Dentro de nosotros, lo admitamos o no, consciente o inconscientemente, hay un estado de pobreza, de vacuidad, que tratamos de encubrir, del cual procuramos escapar. Y, en el pro-

ceso de encubrir ese estado interno, tenemos numerosas experiencias, nos apegamos a diversos puntos de vista, a diversas creencias. Y estas distracciones, que evidentemente nos alejan de nosotros mismos, son las experiencias.

O sea, uno percibe, consciente o inconscientemente, una sensación de vacuidad interna, de insuficiencia, la sensación de que uno nada es. Casi todos nos damos cuenta de eso, pero no estamos dispuestos a afrontarlo, a comprender lo que es eso; procuramos escapar de ese estado de vacuidad, de ese estado de no ser, ya sea aferrándonos a la propiedad, o por medio del nombre, de la posición, de la familia, de las personas o del conocimiento. Este escapar de nosotros mismos es llamado experiencia, y a estos escapes nos apegamos; por consiguiente, los medios de escape se vuelven mucho más importantes que la comprensión de nosotros mismos. Los medios para escapar de nuestro propio estado nos ofrecen la felicidad, por eso la experiencia llega a ser un obstáculo para la comprensión de *lo que es.*

Es decir, expresándolo de una manera diferente: casi todos nos damos cuenta de que estamos solos y, para escapar de esa sensación de soledad, encendemos la radio o leemos un libro o nos apegamos a una persona o nos volvemos adictos al conocimiento. Este escaparnos de *lo que es,* nos brinda diversas experiencias a las que nos asimos. Entonces la propiedad, el nombre la posición, el prestigio, se vuelven extraordinariamente importantes. Asimismo, adquieren importancia las personas, ya sea que se trate de una o de muchas, del individuo o del grupo, la sociedad. Y de igual manera, se vuelve extraordinariamente importante el conocimiento como medio para escapar de nosotros mismos.

Encubrimos, pues, esa vacuidad, esa sensación de soledad, por medio del conocimiento, de la relación, de las posesiones; por eso las posesiones, las relaciones y los conocimientos adquieren una importancia extraordinaria, ya que sin eso nos sentimos perdidos. Sin eso, estamos cara a cara con nosotros mismos tal como somos, y para escapar de ello recurrimos a todos estos medios y quedamos atrapados en las experiencias de tales escapes. Usamos esas experiencias como una norma, un patrón de medida para descubrir la realidad. Pero la realidad, o Dios, es lo desconocido, y no puede ser medido por nuestra experiencia, por nuestro condicionamiento. Para dar con ello, debemos desechar todos los escapes y enfrentarnos a *lo que es,* o sea, a nuestra solitud, a nuestra extraordinaria sensación de ser nada. Porque, aunque no nos guste reconocerlo, estamos vacíos, y por eso nos hemos rodeado de cosas mediante las cuales escapamos de nosotros mismos.

Por consiguiente, la experiencia no es una medida, no es el camino hacia la realidad, ya que, al fin y al cabo, experimentamos conforme a nuestra creencia, a nuestro condicionamiento, y esa creencia es, evidentemente, un modo de escapar de nosotros mismos. Para conocerme, no necesito tener ninguna creencia; sólo debo observarme a mí mismo claramente y sin optar, observarme en la relación, en los escapes, en los apegos. Y esa observación debe estar exenta de todo prejuicio, de toda conclusión, de toda determinación previa.

En esa pasiva percepción alerta, uno descubre este notable sentido de soledad creativa. Estoy seguro de que la mayoría de ustedes lo ha experimentado: la sensación de un total vacío al que nada puede llenar. Únicamente permaneciendo en ese estado, cuando todos los valores han cesado por completo, cuando somos capaces de estar solos y de enfrentarnos, sin sentido alguno de escape, a esa soledad, únicamente entonces, se revela la realidad. Porque los valores no son sino el resultado de nuestro condicionamiento; se basa en una creencia y son un obstáculo para la comprensión de lo real.

Pero ésa es una tarea ardua que muy pocos estamos dispuestos a emprender. De modo que nos apegamos a las experiencias: místicas, supersticiosas, experiencias de relación, del así llamado amor, y las experiencias de posesión. Estas experiencias llegan a ser muy significativas, porque de ellas estamos hechos. Estamos hechos de creencias, de condicionamientos, de influencias ambientales; ése es nuestro trasfondo. Y desde ese trasfondo juzgamos, evaluamos. Y cuando uno pasa por todo el proceso de este trasfondo y lo comprende, llega a un punto en que está completamente solo. Y para dar con la realidad, uno tiene que estar solo, lo cual no quiere decir que ha de escapar, apartarse de la vida. Por el contrario, esta soledad es la completa intensificación de la vida, porque entonces uno está libre del trasfondo, del recuerdo de las experiencias de escape. En esa soledad no hay opciones, no hay miedo a *lo que es*. El miedo surge sólo cuando no estamos dispuestos a reconocer, a ver *lo que es*.

Por lo tanto, es esencial para que la realidad se manifieste, desechar los innumerables escapes que hemos establecido y en los que nos hallamos aprisionados. Después de todo, si ustedes observan, verán cómo usamos a las personas, cómo usamos a nuestras esposas, a nuestros maridos, a los grupos, a las nacionalidades, todo para escapar de nosotros mismos. Buscamos consuelo en la relación, lo cual genera ciertas experiencias, y a esas experiencias nos apegamos. Además, para escapar de nosotros mismos, concedemos una importancia extraordinaria al conocimiento, pero el conocimiento no es, evidentemente, el camino que pueda conducirnos a la realidad. Para que la realidad se manifieste, la mente debe estar por completo vacía y silenciosa. Pero una mente agitada todo el tiempo por sus conocimientos, adicta a ideas y creencias, siempre parloteando, no puede recibir aquello que *es*. De igual manera, si buscamos consuelo en la relación, ésta es, entonces, una forma de huir de nosotros mismos. Al fin y al cabo, en la relación deseamos consuelo, algo en qué confiar, en qué apoyarnos, queremos que se nos ame, que se nos posea, todo lo cual denota la pobreza de nuestro propio ser. También nuestro deseo de propiedades, fama, títulos, posesiones, denota esa insuficiencia interna.

Cuando uno se da cuenta de que éste no es el camino hacia la realidad, llega a ese estado en que la mente ya no busca más consuelo, en el que está por completo contenta con *lo que es* —lo cual no implica estancamiento—. En el acto de escapar de *lo que es*, hay muerte; en el reconocimiento y percepción de *lo que es*, hay vida. Por eso, la experiencia basada en el condicionamiento, en una creencia —que es el resultado de escapar de nosotros mismos— y la expe-

riencia de la relación, se convierten en un obstáculo, un bloqueo, encubren nuestras propias insuficiencias. Sólo cuando reconocemos que estas cosas son un escape y, por lo tanto, vemos su verdadero valor, sólo entonces, hay posibilidad de permanecer serenos, silenciosos en ese vacío, en esa soledad creativa. Y, cuando la mente se halla muy quieta, sin aceptar ni rechazar, cuando está pasivamente alerta a *lo que es*, entonces, esa inconmensurable realidad puede manifestarse.

Pregunta: ¿Existe o no existe un plan divino? Si no existe, ¿qué sentido tiene que nos esforcemos?

KRISHNAMURTI: ¿Por qué nos esforzamos? ¿Y respecto de qué nos esforzamos? Si no nos esforzáramos, ¿qué ocurriría? ¿Nos estancaríamos? ¿Nos deterioraríamos? ¿Qué es este constante esfuerzo por ser alguien? ¿Qué indica este esfuerzo, esta lucha? Uno se esfuerza constantemente por ser mejor, por cambiar, por encajar dentro de cierto molde, por llegar a ser "alguien": de oficinista a gerente, de sacerdote a obispo, etc. Y este esforzarse, ¿trae consigo comprensión?

Pienso que la cuestión del esfuerzo debe ser muy bien comprendida. Eso que hace el esfuerzo, ¿qué es? Y ¿qué entendemos por "la voluntad de ser"? Hacemos un esfuerzo, ¿no es así?, para alcanzar un resultado, para llegar a ser mejores, más virtuosos, o menos de alguna otra cosa. Existe esta constante batalla que se desarrolla dentro de nosotros entre los deseos positivos y los negativos, un deseo suplantando a otro, controlando a otro... sólo que llamamos a eso el "yo superior" y el "yo inferior". Pero sigue siendo deseo, es obvio. Usted podrá ubicarlo en el nivel que sea y darle un nombre diferente, pero sigue siendo deseo, un anhelo de ser alguna cosa. También está la constante lucha dentro de uno mismo y con otros, con la sociedad.

Ahora bien, este conflicto de deseos, ¿trae comprensión? ¿Genera clarificación el conflicto de los opuestos, el deseo y el no deseo? ¿Hay comprensión en la lucha por aproximarnos a una idea? De modo, pues, que el problema no es el esfuerzo, la lucha, o qué sucedería si no hiciéramos un esfuerzo, si no nos esforzáramos por ser alguna cosa, tanto psicológica como externamente; el problema es cómo nace la comprensión. Porque, una vez que hay comprensión, no hay lucha. Estamos libres de aquello que hemos comprendido.

¿Cómo nace la comprensión? No sé si alguna vez han notado que, cuanto más luchamos por comprender cualquier problema, tanto menos lo comprendemos. Pero, en el instante en que dejamos de luchar y permitimos que el problema nos cuente toda su historia, nos entregue todo su significado, hay comprensión, lo cual implica, obviamente, que para comprender, la mente debe estar quieta; debe hallarse en un estado de alerta pasivo y sin opciones. En ese estado, se comprenden los numerosos problemas de nuestra vida.

El interlocutor desea saber si existe o no existe un plan divino. Yo no sé qué entiende usted por "plan divino". Lo que sí sabemos es que estamos su-

friendo, que nos debatimos en la confusión, que la confusión y el dolor se hallan en permanente aumento, social, psicológica, individual y colectivamente. Eso es lo que hemos hecho de este mundo. Si esto es o no es un plan divino, carece en absoluto de importancia. Lo importante es comprender la confusión externa e interna en que vivimos. Y para comprenderla, es obvio que debemos empezar con nosotros mismos, porque nosotros *somos* la confusión; nosotros hemos producido esta confusión externa en el mundo. Y para aclarar esa confusión, debemos empezar por nosotros mismos, porque el mundo es lo que somos nosotros.

Entonces, ustedes dirán: "Bueno, pero llevará muchísimo tiempo generar de ese modo orden en el mundo". No estoy para nada seguro de que tengan razón, porque, a fin de cuentas, son uno o dos que tienen claridad y comprenden, los que dan origen a una revolución, a un cambio. Pero nosotros somos perezosos, ya lo ven; ésa es la dificultad. Queremos que cambien otros, que cambien las circunstancias, que el gobierno ordene nuestras vidas, o que ocurra algún milagro que nos transforme. Y así continuamos con la confusión.

Lo verdaderamente importante, pues, no es inquirir si existe o no existe un plan divino, porque sobre eso desperdiciaremos horas especulativas demostrando que existe o que no existe, lo cual se convierte en un juego para propagandistas. Lo importante es que uno mismo se libere de la confusión, y eso no lleva un largo período de tiempo. Es esencial ver que uno está confuso, que toda la actividad, todas las acciones que surgen de la confusión, también deben ser, por fuerza, confusas. Tal como sucede con la persona confusa que busca un líder: su líder también debe estar confuso. Lo fundamental, pues, es ver la propia confusión y no intentar escapar de ella, no tratar de encontrarle explicaciones, sino estar alerta pasivamente y sin preferencia alguna. Entonces verá usted que, desde esa pasiva percepción alerta, surge una acción por completo diferente, ya que si hace un esfuerzo para clarificar el estado de confusión, lo que provenga de eso seguirá estando confuso. Pero, si está alerta a sí mismo, pasivamente alerta, sin escoger esto o aquello, entonces esa confusión queda expuesta y desaparece.

Si experimenta con esto —lo cual no llevará mucho tiempo, porque el tiempo no está, en absoluto, involucrado en ello—, verá que surge la clarificación. Pero usted debe dedicarle su atención completa, todo su interés. Y no estoy para nada seguro de que a casi todos ustedes no les guste estar confusos, porque en ese estado de confusión uno no necesita actuar. Por eso estamos satisfechos con la confusión, ya que comprender la confusión en que vivimos, nos exige acción, y ésta no consiste en perseguir una ideación o un ideal.

Así, pues, la pregunta acerca de si existe o no existe un plan divino, es irrelevante. Tenemos que comprendernos a nosotros mismos y comprender el mundo que hemos creado: la desdicha, la confusión, el conflicto, las guerras, las divisiones, las explotaciones. Todo eso es el resultado de nosotros mismos en nuestra relación con los demás. Y, si podemos comprendernos en nuestra relación con los demás, si podemos ver cómo usamos a otros, cómo procura-

mos escapar de nosotros mismos por medio de las personas, de la propiedad, del conocimiento, y que por eso damos una importancia inmensa a la relación, la propiedad y el conocimiento, si podemos ver todo eso, darnos cuenta pasivamente de ello, estaremos libres de ese trasfondo que somos. Sólo entonces habrá una posibilidad de descubrir *lo que es*. Pero, emplear horas especulando acerca de si hay o no un plan divino, esforzarnos para descubrir al respecto, disertar sobre ello, a mí me parece muy infantil. Porque la paz no adviene en conformidad con algún plan, ya sea de la izquierda, de la derecha o divino. Esa conformidad es mera represión, y en la represión hay miedo. Sólo en la comprensión puede haber paz y serenidad, y en esa serenidad, en esa paz, la realidad revela su existencia.

Pregunta: La comprensión, ¿llega a uno súbitamente, sin relación alguna con el esfuerzo y la experiencia del pasado?

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendemos por experiencia del pasado? ¿Cómo experimenta usted un reto? Al fin y al cabo, la vida es un proceso de reto y respuesta, ¿no es así?, siendo el reto siempre nuevo; de lo contrario, no es un reto. Y nuestra respuesta es, inevitablemente, el resultado del trasfondo, de nuestro condicionamiento. Por lo tanto, si la respuesta no es adecuada, plena, completa en relación con el reto, debe generar fricción, conflicto. Este conflicto entre el reto y la respuesta es lo que llamamos experiencia. No sé si ha notado alguna vez que, si su respuesta al reto es completa, hay únicamente un estado de experimentar, no la recordación de una experiencia. Pero, cuando la respuesta no es adecuada al reto, nos aferramos al recuerdo de la experiencia.

Esto no es tan difícil, no se muestren tan perplejos. Explorémoslo un poco más y lo verán. Como dije, la vida es un proceso de reto y respuesta —en todos los niveles, no en un nivel determinado—, y en tanto esa respuesta no sea adecuada al reto, tiene que haber conflicto. Eso es obvio. Y el conflicto impide, invariablemente, la comprensión. A través del conflicto, uno no puede comprender ningún problema, ¿verdad? Si estoy riñendo constantemente con mi vecino, con mi esposa, con mis asociados, no es posible que comprenda esa relación. La comprensión es posible únicamente cuando no hay conflicto.

Y la comprensión, ¿llega súbitamente? ¿O debo pasar por innumerables conflictos, comprender cada conflicto, y entonces estaré libre de todos los conflictos? Es decir —planteando el problema de una manera diferente—, estoy seguro de que detrás de esta pregunta hay otra pregunta: "Puesto que usted ha pasado por las diversas brumas mentales, las confusiones, los conflictos, la creencia en los Maestros, en la reencarnación, por varias Sociedades, y así sucesivamente, ¿no debo también yo pasar por todo eso? Puesto que usted ha atravesado ciertas fases, ¿no debo también atravesar esas fases a fin de liberarme?". O sea, ¿no debemos todos experimentar la confusión a fin de liberarnos de la confusión?

De modo que el problema es el siguiente: La comprensión, ¿adviene me-

diante el seguimiento o aceptación de ciertas normas y viviendo conforme a ellas para ser libres? Digamos, por ejemplo, que en un tiempo usted creía en ciertas ideas, pero ahora las ha hecho a un lado, está libre y comprende. Y vengo yo y veo que usted ha vivido a base de ciertas ideas, pero las he desechado ganando así en comprensión. Por lo tanto, me digo: "Yo también seguiré esas creencias, o aceptaré esas creencias y, finalmente, daré con la comprensión". Ése es, por cierto, un proceso erróneo, ¿no es así? lo que importa es comprender. ¿Es un asunto de tiempo la comprensión? Indudablemente, no. Si usted está interesado en algo, no hay cuestión de tiempo. Todo su ser está ahí, concentrado, completamente absorto en esa cosa. Sólo cuando desea obtener un resultado, interviene la cuestión del tiempo. Por eso, si trata a la comprensión como un objetivo a ser alcanzado, entonces necesita tiempo, entonces habla acerca de lo "inmediato" y de lo "postergable". Pero la comprensión no es, por cierto, un proceso final. La comprensión llega cuando uno está sereno, cuando la mente está quieta. Y si usted ve la necesidad de que la mente esté quieta, de inmediato hay comprensión.

Pregunta: ¿Qué es, de acuerdo con usted, la verdadera meditación?

KRISHNAMURTI: Bueno, ¿cuál es el propósito de la meditación? ¿Qué entendemos por meditación? No sé si usted ha meditado, de modo que experimentemos juntos para descubrir qué es la verdadera meditación. No escuche tan sólo lo que yo expreso al respecto, sino que juntos descubriremos y experimentaremos qué es la verdadera meditación. Porque la meditación es importante, ¿no es cierto? Si usted no sabe qué es la genuina meditación, no hay conocimiento propio y, sin conocimiento propio, la meditación nada significa. Sentarse en un rincón o deambular por el jardín o por la calle y tratar de meditar, no tiene sentido; sólo conduce a una peculiar concentración, que es exclusión. Estoy seguro de que algunos de ustedes han intentado todos esos métodos. O sea, tratan de concentrarse en determinado objeto, tratan de obligar a la mente a que se concentre cuando ésta divaga por todas partes; y cuando eso fracasa, rezan.

Así, pues, si uno realmente quiere comprender qué es la verdadera meditación, tiene que descubrir cuáles son las cosas falsas que hemos llamado meditación. Evidentemente, la concentración no es meditación, porque, si lo observan, verán que en el proceso de concentrarse hay exclusión y, por lo tanto, distracción. Uno trata de concentrarse en algo y su mente se desvía hacia otra cosa; así se desarrolla esta constante batalla para que la atención quede fija en un punto mientras la mente rehúsa hacerlo y se aleja de allí. Y así gastamos años tratando de concentrarnos, de aprender concentración, la que es erróneamente llamada meditación.

Después, está la cuestión de la plegaria. Orar produce resultados, es obvio; de lo contrario, los millones que oran no lo harían. Y, al orar, aquietamos la mente; la repetición constante de ciertas frases, hace que la mente se quede

quieta. Y en esa quietud hay ciertas insinuaciones, ciertas percepciones, ciertas respuestas. Pero eso sigue formando parte de las estratagemas mentales porque, después de todo, mediante una forma de hipnosis podemos hacer que la mente se quede muy quieta. Y en esa quietud hay ciertas respuestas ocultas que surgen del inconsciente y desde fuera de la conciencia. Pero ése es aún un estado en el que no hay comprensión.

Y, la meditación no es devoción —devoción a una idea, a una imagen, a un principio—, porque las cosas de la mente siguen siendo idolátricas. Uno puede no venerar una estatua, considerando eso idolátrico, tonto y supersticioso; pero venera, como lo hace la mayoría de los seres humanos, las cosas que contiene la mente, y eso también es idolátrico. Ser devoto de una imagen o una idea, de un Maestro, no es meditación. Es, obviamente, una forma de escapar de nosotros mismos. Es un escape muy confortador, pero no deja de ser un escape.

Y ese constante esfuerzo para volvernos virtuosos, para adquirir virtud mediante la disciplina, o mediante el cuidadoso examen de nosotros mismos, etc., evidentemente, tampoco es meditación. Casi todos estamos atrapados en estos procesos y, puesto que no nos brindan comprensión de nosotros mismos, no son el camino de la verdadera meditación. Al fin y al cabo, sin comprendernos a nosotros mismos, ¿qué base tenemos para el recto pensar? Todo cuanto ustedes harán sin comprenderse a sí mismos, es amoldarse al trasfondo, a la respuesta de su condicionamiento. Y tal respuesta al condicionamiento no es meditación. Pero estar atentos, sin ningún sentido de condena, a esas respuestas, o sea, a los movimientos del pensar y sentir, de modo tal que las modalidades, los movimientos del "yo" sean totalmente comprendidos, ese camino es el camino de la verdadera meditación.

La meditación no es un apartarse de la vida. Es un proceso de comprensión de uno mismo. Y, cuando uno empieza a comprenderse, no sólo en lo consciente, sino también en todas las partes ocultas del ser, adviene un estado de serenidad. Una mente aquietada mediante las meditaciones, la compulsión, el amoldamiento, no es una mente quieta. Es una mente estancada. No es una mente alerta, pasiva, capaz de receptividad creadora. La meditación exige vigilancia constante, constante percepción de cada palabra, de cada pensamiento y sentimiento que revele el estado de nuestro propio ser, tanto lo oculto como lo superficial; y como esto es arduo, escapamos hacia toda clase de actividad consoladora, engañosa, y la llamamos meditación.

Si uno puede ver que el conocimiento propio es el principio de la meditación, entonces el problema se vuelve extraordinariamente interesante y vital. Porque, a fin de cuentas, si no hay conocimiento propio, ustedes podrán practicar lo que llaman meditación y seguir apegados a sus principios, a su familia, a su propiedad; o, renunciando a su propiedad, pueden apegarse a una idea y concentrarse tanto en ella, que produzcan más y más de esa idea. Por cierto, eso no es meditación.

Así, pues, el conocimiento propio es el principio de la meditación; no

hay meditación sin conocimiento propio. Y, a medida que profundizamos en la cuestión del conocimiento propio, no sólo adquiere quietud, serenidad la mente superficial, sino que se revelan las diferentes capas de lo oculto. Cuando la mente superficial está quieta, lo inconsciente, las capas ocultas de la conciencia se proyectan y revelan su contenido; entregan sus sugerencias e insinuaciones, de tal modo que comprendemos por completo el proceso total de nuestro ser.

En consecuencia la mente se aquieta; *está* quieta. No ha sido aquietada, obligada a aquietarse por medio de la recompensa o a causa del temor. Está sumamente quieta. Entonces hay un silencio en el que se revela la realidad. Pero ese silencio no es el silencio cristiano ni el silencio hindú ni el silencio budista. Ese silencio es *el* silencio, sin nombre. Por lo tanto, si usted sigue el sendero del silencio cristiano, hindú o budista, jamás estará en silencio. Un hombre que quiera descubrir la realidad, debe abandonar por completo su condicionamiento, ya sea cristiano, hindú, budista o de cualquier otro grupo. El limitarse a fortalecer el trasfondo mediante la meditación, mediante la conformidad a un modelo, genera el estancamiento, el embotamiento de la mente; y no estoy en absoluto seguro de que no sea eso lo que casi todos deseamos, porque es mucho más fácil crear un modelo y seguirlo. Pero liberarse del trasfondo exige una constante percepción alerta en la relación.

Y, una vez que existe ese silencio, hay en la mente un estado extraordinario, creativo; no es que uno deba escribir poemas, o pintar cuadros —podrá hacerlo o no—. Pero ese silencio no es para ser buscado, copiado, imitado; en tal caso, deja de ser silencio. Uno no puede llegar a ese silencio por ningún sendero. Surge únicamente cuando hemos comprendido los comportamientos del "yo" y el "yo", con todas sus actividades y perjuicios, llega a su fin. Es decir, la creación adviene cuando han cesado las creaciones de la mente. Por lo tanto, la mente debe volverse sencilla, debe aquietarse, debe *estar* quieta —el "debe" es erróneo; decir que la mente "debe" estar quieta es compulsión—. Y la mente está quieta sólo cuando ha llegado a su fin todo el proceso del "yo". Cuando todos los comportamientos del "yo" se han comprendido y, en consecuencia, han cesado las actividades del "yo", sólo entonces, hay silencio. Ese silencio es verdadera meditación, y en ese silencio se revela lo eterno.

23 de octubre de 1949

QUINTA PLÁTICA EN LONDRES

A casi todos debe parecernos muy difícil producir una verdadera transformación dentro de nosotros mismos. Vemos la necesidad de una revolución genuina, profunda, radical, tanto internamente como en las cosas externas; y es obvio que esta transformación no debe ser transitoria sino constante. Noso-

tros queremos producir cambios en el mundo: cambios económicos, sociales, etc., pero, a mi entender, uno no puede producir realmente un significativo cambio externo, a menos que haya una radical revolución, una transformación psicológica. Porque no hay duda de que lo interno se impone siempre sobre lo externo. Lo que somos, es lo que creamos externamente. Y, a menos que ocurra esta transformación, las meras reformas, los meros cambios externos, por cuidadosamente elaborados que estén, fracasarán inevitablemente, porque lo que se pasa por alto es esta revolución, esta transformación interna.

Y, ¿cómo ha de originarse esta transformación interna? Si podemos considerarlo esta mañana, quizá veamos que no es tan imposible, que no es sólo para unos pocos, sino para aquéllos que son de veras serios e intensos. Y, ¿qué entendemos por esta revolución, esta transformación interna? Porque, si no hay transformación interna, es obvio que cualquier cosa que podamos hacer en lo externo, cualquier tipo de reformas sociales que podamos producir, fracasarán inevitablemente. A menos que se comprendan los motivos, deseos e impulsos internos, éstos dominarán la estructura externa.

Por consiguiente, es esencial comenzar dentro de nosotros mismos, generar la transformación en nuestra propia actitud, en nuestras acciones y tendencias. Esa transformación debe comenzar, indudablemente, con el conocimiento propio, porque sin conocimiento propio no puede haber una revolución radical. La revolución no lo es conforme a una idea, a un modelo; en ese caso, no es revolución, es tan sólo una continuidad modificada. Pero, si uno puede comprender su propio proceso psicológico, las exigencias internas, las búsquedas, los temores, las ambiciones, las esperanzas, si puede examinar a fondo todo este proceso, entonces es posible generar una transformación. Por lo tanto, antes de que podamos originar una transformación, externa o interna, es indispensable que nos comprendamos a nosotros mismos.

Ahora bien, este estudio de uno mismo no puede tener lugar sin comprender la relación. Y, como he estado diciendo una y otra vez, sólo en la relación comienza uno a ver los comportamientos del "yo" —del "yo" en cualquier nivel que uno pueda situarlo—, porque la relación es nuestro problema fundamental, ¿no es así? Sin comprender la relación, la relación entre uno mismo y otro, y sin producir allí una transformación radical, los meros intentos de una revolución social fracasarán inevitablemente, porque toda nuestra existencia se basa en la relación: la relación con nuestra esposa, con nuestro prójimo y, por ende, la relación de la sociedad en conjunto. Allí es donde debe haber una transformación. Y no puede haberla si el "yo" no es totalmente investigado y comprendido, porque el "yo" es, sin duda, el origen de todo conflicto. Uno puede dar plena expresión a ese "yo" pensando que es la única cosa que tiene, pero ello originará, invariablemente, confusión y conflicto en la relación. Y la transformación es posible sólo cuando comprendemos la relación. Así, pues, la transformación debe comenzar con la relación, y no con el mero ordenamiento de las circunstancias externas.

De modo que el problema de la transformación, o sea, de la completa

revolución interna, no es tan difícil. Ella ocurre únicamente cuando comprendo la relación, porque la relación es el espejo en el que me descubro a mí mismo al actuar. Y, sin comprender el proceso total de mí mismo, no puede haber una revolución radical. Al desplegarse la relación comienzo, pues, a descubrirme, no sólo en el nivel superficial, sino también en los niveles más profundos. Por cierto, uno puede comenzar ahí, ¿verdad? Puede comenzar por observarse constantemente a sí mismo, observar el sentimiento de posesión, de dominación, el cual se expresa exteriormente en la oficina y en el hogar.

Y ¿por qué existe este sentimiento posesivo en la relación? Obviamente, si no poseyéramos a quien decimos que amamos, nos sentiríamos frustrados, perdidos, nos enfrentaríamos con nosotros mismos, con nuestro propio vacío y nuestra soledad. Por eso comenzamos a poseer, a dominar y, de tal modo, quedamos aprisionados en los celos. Así, pues, en la relación comenzamos a descubrirnos a nosotros mismos, pero en el poseer, en el dominar a otra persona, esa relación no se despliega, no se abre para revelar nuestro propio proceso interno.

Somos muy pocos los que queremos conocernos a nosotros mismos. Pero, si hemos de comprendernos, ese conocimiento propio es nuestra primera necesidad. Casi todos tememos conocernos, tememos descubrir lo que somos, sea ello lo que fuere. Escapamos, pues, de lo que somos y usamos la relación como un medio de lograr consuelo, seguridad; por lo tanto, jamás se comprende uno a sí mismo. El "sí mismo" es una puerta cerrada cuando buscamos consuelo en la relación. De este deseo de ser confortados provienen todas las complicaciones de la relación: la dominación mutua, los celos, las diferenciaciones, el amar a uno más que a otro, el tratar de que el amor sea impersonal, el intentar desapegarse, etc. Únicamente en la comprensión de uno mismo puede haber transformación. Sólo entonces es posible tener una mente quieta, una mente que no ha sido aquietada, sino que está quieta gracias a la comprensión.

Lo importante es la intención que tenemos de descubrir, en la relación, *lo que es*, lo que exactamente *es*. Y, al comprender *lo que es*, sin condenar, sin justificar cosa alguna, uno puede ir más allá. Esta capacidad de mirar claramente *lo que es* —los celos, la ambición, la codicia, o lo que fuere que descubramos a través de la relación—, esta capacidad de mirarlo, de permanecer con ello sin sentido alguno de condena, de represión o de escape, es lo que hace posible ir más allá de *lo que es*. Sólo entonces puede haber una transformación radical.

En consecuencia, la virtud es ese estado que nace cuando trascendemos *lo que es*. Pero el trascenderlo, el ir más allá de *lo que es*, no puede ocurrir si hay un esfuerzo para ser alguna cosa. Al fin y al cabo, eso es lo que todos tratamos de hacer, ¿no es así? Todos deseamos ser algo, más virtuosos, más religiosos, acercarnos a la verdad, o somos ambiciosos, mundanos, etc. Deseamos ser alguien. Deseamos tener una comprensión mayor, más felicidad, más

sabiduría. El mismo desear algo es la negación de *lo que es*. Si deseo ser alguna cosa, es que no comprendo lo que soy. Para comprender lo que soy, es preciso que comprenda este deseo de ser alguien, este deseo de devenir. ¿Por qué deseamos ser otra cosa que lo que somos? Si no me esfuerzo por ser alguien, ¿me conducirá eso a la satisfacción, a ese falso, respetable estancamiento? ¿Es ésa la razón de que deseamos ser alguien? ¿O la razón es que no queremos enfrentarnos a lo que somos y, por lo tanto, escapamos de *lo que es*? Este constante deseo de ser alguien, con todo su trastorno, su confusión, su lucha, su esfuerzo, es un escape respecto de *lo que es*, una forma de escapar de nosotros mismos. Y en tanto no nos comprendamos, en tanto nos limitemos a escapar de *lo que es*, sólo engendraremos un conflicto y una desdicha aún mayores.

Si podemos ver eso, ver la futilidad de querer llegar a ser alguien, de procurar obtener algo psicológicamente, entonces adviene un contentamiento con *lo que es*. Sólo así no hay lucha con *lo que es* tratando de convertirlo en alguna otra cosa, y entonces resulta posible comprenderlo. Pero, mientras estemos procurando modificar, cambiar *lo que es*, no podremos ir más allá. Descubrir *lo que es*, contentarnos con *lo que es*, no implica estancamiento; por el contrario, es la acción más efectiva; no engendra confusión, no crea enemistad. Hay muchísima enemistad y confusión en el mundo, mucha desdicha; y si queremos originar allí una transformación radical, debemos comenzar con nosotros mismos, comenzar a comprender *lo que es*, vivir con ello, mirarlo sin tratar de sublimarlo, cambiarlo o modificarlo en ningún sentido. Y eso es imposible cuando nos limitamos a descartar *lo que es*, nombrándolo, porque el nombrarlo mismo es un proceso de condena o aceptación. Pero, cuando no lo nombramos, *lo que es* se transforma; y con esa transformación llega el contentamiento —no el contentamiento de la adquisición, no el contentamiento de tener o poseer o alcanzar un resultado, sino el contentamiento que llega cuando no hay conflicto, porque lo que genera descontento es el conflicto—. Y el conflicto no es creativo, no puede traer comprensión. El conflicto es innecesario en la vida, y llega a su fin sólo cuando podemos comprender *lo que es*.

La comprensión de *lo que es* llega con la libertad respecto de todo el trasfondo de condena, justificación o identificación. Como lo discutimos el otro día, el acto de condenar surge únicamente cuando existe el analizador, el examinador, el observador. Pero el observador y lo observado son un fenómeno conjunto; y esa unificación, esa integración entre el observador y lo observado tiene lugar cuando no hay sentido alguno de justificación, identificación o condena, o sea, cuando estamos libres del trasfondo, que es el "yo" y "lo mío". Únicamente cuando existe esa libertad con respecto al trasfondo, hay posibilidad de responder al reto de una manera nueva.

La vida es un proceso de reto y respuesta, y cada vez que la respuesta es insuficiente, hay conflicto; y la insuficiencia de la respuesta sólo puede ser eliminada comprendiendo el problema de la relación. Y, a medida que comprendemos más y más el proceso de la relación, que es el proceso de uno mismo en la acción, hay una posibilidad de quietud en la mente. Una mente que

no está quieta —ya sea que persiga el conocimiento, o codicie algo, o desee llegar a ser alguna cosa ahora o en el más allá—, una mente así es incapaz de descubrir, porque para descubrir tiene que haber libertad. Y en tanto la mente esté tratando de ser alguna cosa, no puede haber descubrimiento. Sólo en libertad es posible el descubrimiento, y la libertad es virtud, porque la virtud nos hace libres. Pero esforzarnos por ser virtuosos no es libertad; es otra forma de devenir, el cual es autoexpansión.

Por consiguiente, la virtud es la negación del devenir, y esa negación tiene lugar sólo con la comprensión de *lo que es*. Y, cuando existe esta transformación radical por otra del conocimiento propio, es posible el vivir creativo. Porque la verdad no es algo que pueda obtenerse. Se revela de instante en instante. No es el producto del conocimiento acumulado, almacenado, el cual no es sino memoria, condicionamiento, experiencia. Pero la verdad se revela de instante en instante cuando la mente es capaz de liberarse de todas las acumulaciones. El acumulador es el "yo", el "yo" que acumula a fin de afirmarse, dominar, expandirse, realizarse. Únicamente con la libertad respecto del "yo" se manifiesta la verdad, no como un proceso continuo, sino para ser descubierta de instante en instante. Por lo tanto, para descubrir, la mente debe hallarse en un estado de frescura, alerta y quietud.

Pregunta: ¿De qué manera puedo ayudarlo en su trabajo?

KRISHNAMURTI: ¿Es mi trabajo, o es el trabajo de ustedes? Si es mi trabajo, ustedes se convertirán en propagandistas. Y aquéllos que hacen propaganda son incapaces de decir la verdad, porque son meras máquinas repetidoras, no saben lo que dicen. Podrán conocer las expresiones ingeniosas, los eslóganes, los clichés, pero jamás podrán descubrir lo verdadero. Y casi todos somos manejados por los propagandistas, porque vivimos mayormente de palabras sin mucho contenido. Aceptamos muy fácilmente las palabras, palabras como democracia, paz, comunista, Dios, alma, etc. Jamás investigamos estas cosas. Jamás vamos más allá de las transitorias sensaciones que las palabras evocan. Por eso, si usted es tan sólo un propagandista, o vive a base de propaganda, no podrá dar con aquello que es eterno. Y, sin el descubrimiento de la verdad, la vida se vuelve aburrida, angustiosa.

Así que ustedes no están haciendo mi trabajo, no me están ayudando. Lo que hacen en todo esto es descubrirse tal como son, comprenderse a sí mismos, porque si no se comprenden, carecen de base para actuar, para pensar rectamente. No me están ayudando, pues, en mi trabajo, sino comprendiéndose a sí mismos. Y, todo lo que comprendan de sí mismos es, por ahora, la verdad. Y eso puede ser descubierto únicamente en la relación de cada día; y en la relación entre ustedes y yo mientras hablo y escuchan, y también en el modo como escuchan. Si escuchan con ideas preconcebidas, con su propio trasfondo, con todas sus censuras, sus prejuicios a favor o en contra, entonces no están escuchando. Ustedes y yo no tenemos una relación. Pero si escuchan

para descubrir acerca de sí mismos, para descubrirse a sí mismos en la relación, entonces es el trabajo de ustedes, no mi trabajo.

Entonces, puesto que está usted buscando la verdad, no será un mero propagandista. No estará interesado en convencer a otro, en tratar de convertirlo a su particular forma de creencia, en procurar reformarlo, atraerlo a su grupo especial, a su Sociedad especial. Entonces "usted" no es importante. Pero sí lo es el hombre con la creencia, porque la creencia con la que él se ha identificado le confiere importancia. Aquél que busca el verdadero conocimiento propio, no está encerrado en una creencia; no se halla obstruido por ninguna Sociedad, ninguna organización, ninguna religión. Por lo tanto, no es ésta una cuestión de su trabajo y mi trabajo. Lo importante es descubrir la verdad, y el descubrimiento de la verdad no es "suyo" ni "mío".

Por consiguiente, y ya que no es mi trabajo sino el suyo propio, lo importante es cómo lo aborda usted, cómo aborda toda la estructura de su vida. Eso es lo que estamos discutiendo; cómo ver la estructura de nuestro propio ser y, de tal modo, originar una transformación. La percepción misma de *lo que es*, trae consigo una transformación radical. Pero si usted escucha con el fin de adaptarse a lo que yo digo, entonces será un mero propagandista, un creyente, y generará enemistad, disputas. Y Dios sabe que en el mundo hay ya suficientes grupos con sus creencias, todos disputando entre sí, peleando los unos con los otros por dinero, por ingresar como miembros, y todo ese disparate. Pero el hombre que busca conocerse no creará enemistad, porque es honesto, veraz consigo mismo, veraz con *lo que es*.

Así que lo esencial en esta cuestión es dejar de ser un propagandista y experimentar directamente, no por medio de un libro ni por medio de otro ni a través de las propias y peculiares ilusiones e imposturas, sino experimentar la verdad por uno mismo, directamente y de instante en instante. Una percepción así de la verdad es el proceso liberador. Trae júbilo a la vida, una intensidad que no depende de los estados de ánimo. Por lo tanto, esto es *su* trabajo, y ese trabajo empieza con el conocimiento propio.

Pregunta: ¿Es toda actividad un escape? El servicio a la humanidad, en su más noble realización, ¿es también un escape? ¿Acaso la expresión creativa individual no es una genuina manera de resolver nuestro conflicto interno?

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendemos por actividad y qué por escape? Aquéllos que están alerta saben, sin duda, cuán extraordinariamente vacuos y torpes somos. Poseemos abundancia de conocimientos acerca de lo que otros dicen, de lo que otros han escrito. Leemos, escuchamos, tratamos de copiar, de imitar. Pero internamente es como si nada fuéramos. Somos seres vacíos, insuficientes, pobres, solitarios, llevados como hojas de aquí para allá. Y, para escapar de eso, de ese sentimiento de enorme miedo, de esa corrosiva angustia de la soledad, hacemos toda clase de cosas, nos entregamos a toda clase de

actividades: religiosas, políticas, científicas, etc. Y a este escapar de nosotros mismos lo llamamos actividad. ¿Es actividad eso? Es movimiento, agitación, es algo que hacer, porque si uno se queda a solas consigo mismo, cobrará conciencia de esa angustiosa soledad. Por eso, uno enciende la radio, toma un libro, corre tras de alguien, o llora cuando ese alguien lo abandona o muere, porque uno se ha quedado consigo mismo.

Así, pues, sin percibir esa vacuidad, sin llevarla a su término comprendiéndola plenamente, completamente, ¿cómo puede usted ayudar a la humanidad? ¿Qué es la humanidad? Es usted mismo y otro, ¿no es así? Usted y su esposa, usted y su prójimo, el mundo inmediato en que vive —no el mundo ruso o el mundo indio, sino el mundo en que vive—. Si no hay comprensión allí, si hay conflicto, desdicha, lucha, celos, envidia, ¿cómo puede ayudar a la humanidad en general? No tiene sentido, ¿verdad? Es tan sólo una frase del que explota, del que pronuncia discursos.

Sin comprenderse, pues, a sí mismo, sin observar todas sus actividades —los escapes, el proceso de ocultar su propia fealdad, su propia pobreza interna, y también sus propias luchas, el seguimiento del Maestro, la persecución de la virtud—, cualquiera de esas actividades debe conducirlo a la confusión y a la enemistad. De modo que toda la actividad llega a ser un escape si no nos comprendemos a nosotros mismos. Pero, la comprensión propia no llega a través del aislamiento, de terminar con la actividad. La actividad es, obviamente, relación; la relación es acción, y si lo que usted descubre en esa acción —sea lo que fuere— es esquivado, apartado, reprimido, evitado, entonces esa actividad tiene que crear, por fuerza, daño y desdicha. Pero si en la acción, que es relación, usted se descubre tal como es —la mezquindad, la superficialidad, el esnobismo, el afán de dominar, etc.— y permanece con eso que usted es, desde allí surge, entonces, una acción que es por completo diferente de la actividad del escape. Esa acción es liberadora, creativa. Esa acción no es el resultado de un movimiento de autoencierro.

Y el interlocutor desea saber si la expresión creativa personal no es una forma de resolver el conflicto del individuo. Es decir, si uno tiene un conflicto, va, pinta y lo olvida; se libera por medio del color, de la acción: escribe un poema, sale a dar un paseo, escucha un concierto, lee un libro, va a la iglesia, piensa en el Maestro, sirve a la humanidad... hace alguna cosa. ¿Pondrá eso fin al conflicto? ¿Resolverá la lucha, el dolor? Usted puede, como científico, ser creativo en su habitación, en su laboratorio. O puede pintar creativamente. Pero ¿resolverá eso su conflicto? Podrá, en ese momento de expresión creativa, escapar de su conflicto o dejarlo a un lado. Pero, apenas ha finalizado su tarea, está de vuelta donde estaba, ¿no es así? Si es un científico, tan pronto abandona su laboratorio es un ser humano común, con sus prejuicios, su nacionalismo, su pequeñez, su ambición y demás. De igual manera si es un artista pintor, podrá tener instantes de comprensión creativa, de expresión creativa, y entonces pinta. Pero tan pronto deja de pintar, está otra vez consigo mismo.

Por cierto, ninguna de esas acciones lo ayudará a terminar con el conflicto, ninguna clase de actividad resolverá el conflicto. Lo que resuelve el conflicto es permanecer totalmente con él; y usted no puede estar en relación directa con el conflicto si trata de eludirlo. Una de las muchas maneras de eludirlo es condenándolo, sublimándolo, encontrándole sustituto. Pero, si no hacemos ninguna de estas cosas, sino que simplemente vivimos con el conflicto, estando pasivamente atentos a él, atentos sin optar, entonces el conflicto mismo revelará su significado, su contenido; y sólo cuando el contenido del conflicto se revela, nos liberamos del conflicto.

En consecuencia, una mente que escapa es incapaz de considerar con serenidad *lo que es*. Usted podrá situar ese escape en el nivel que fuere, ya sea la bebida, un templo, el conocimiento o la sensación. En tanto la actividad sea tan sólo un escapar de *lo que es*, debe engendrar inevitablemente disputas y enemistad. Pero, si se comprende *lo que es*, entonces hay liberación, y ésta trae consigo su propia acción, la cual es por completo diferente de la actividad del escape.

Pregunta: Pese a lo que usted diga, existen y tienen que existir líderes, guías, Maestros, instructores. Usted mismo es uno de ellos. ¿Cuál es su propósito al negar este hecho obvio, creando así un nuevo conflicto en nosotros?

KRISHNAMURTI: No importa si existen líderes, guías, Maestros e instructores; lo que sí importa es por qué ustedes los necesitan. Si empezamos a discutir sobre la existencia o no existencia de los Maestros, sobre guías e instructores, nos extraviaremos en opiniones y en la así llamada experiencia, que en realidad es una reacción autoproyectada. Lo importante es averiguar por qué requieren ustedes líderes, por qué siguen a los instructores, por qué veneran a los Maestros, por qué obedecen a guías o gurúes. De modo que si pueden descubrir por qué los desean, por qué los necesitan, entonces podrán habérselas con el problema.

Los necesitan, dicen, porque están confusos, no saben en qué dirección ir. Necesitan un refugio, un consuelo, una muleta, alguien en quien apoyarse; necesitan al padre glorificado, a la madre glorificada; necesitan a alguien que les diga lo que deben hacer, que les brinde un modelo de acción, un código, a alguien que los estimule, que les diga cuán maravillosos son, que están haciendo progresos. Todo esto se resuelve en un hecho muy simple: que viven en conflicto y confusión, luchando constantemente en medio de una irremediable infelicidad, atrapados en la tediosa rutina cotidiana de la relación. Por lo tanto, o crean un mundo romántico de Maestros, un mundo romántico de superconocimiento, o a causa de que están confundidos, quieren que alguien los ayude a aclarar la confusión.

En otras palabras, están confusos, son desdichados, y desean la ayuda de alguien para clarificar esa confusión. ¿Qué hacen, pues? Cuando desde su con-

fusión escogen un líder, un gurú o un Maestro, ese líder, ese gurú, ese Maestro, también debe estar confuso. Cuando hay claridad, ¿escogen ustedes? Si tienen claridad interna, no hay opción posible, no es cuestión de exigir, pedir o buscar a alguien que los guíe. Sólo cuando están confusos buscan un guía, un instructor; no cuando son dichosos, cuando están llenos de júbilo, cuando se han olvidado por completo de sí mismos. Únicamente estando consigo mismos, con sus desdichas, sus conflictos, desean escapar; sólo entonces buscan un guía y lo escogen desde su propia confusión. En consecuencia, lo que han escogido también debe estar confuso. Por eso, sus líderes, ya sean políticos o religiosos, están confusos.

Así, pues, quieren que alguien los ayude a salir de su confusión. Es decir, quieren escapar de su confusión. Y a quienes les ofrecen los medios de escapar, los veneran y los convierten en sus líderes. Y lo que ustedes han hecho, la confusión que han creado, es la consecuencia de ustedes mismos, el resultado del medio en que viven, de su trasfondo, de su educación, de sus influencias sociales y ambientales. Por consiguiente, siendo ustedes mismos la causa de toda esta confusión, de nada sirve que vayan a la búsqueda de alguien que los ayude. Ustedes mismos tienen que aclarar su confusión. Y como ésa es una tarea penosa, prefieren ser románticos, sentimentales. Así que persiguen a los gurúes, a los Maestros, y generan contienda entre el creyente y el no creyente. Mientras que, darse cuenta de la propia confusión, ver todas sus complejidades, sus sutilezas, su estructura, comprender quién crea la confusión —confusión con respecto a las cosas, a la propiedad, a las posesiones, confusión con respecto a las personas, a las relaciones, a las ideas: qué creer y qué no creer, qué es verdadero y qué es falso—, darse cuenta de todo este proceso, no sólo en el nivel superficial de la mente, sino también en las recónditas profundidades, es algo que exige un gran estado de alerta, de vigilancia. No requiere ningún instructor, incluyéndome a mí. Por el contrario, cualquier instructor que ustedes escojan los engañará, porque desean ser engañados. Lo que sí resulta fundamental es que observen este proceso de confusión, que se den cuenta de él en sus relaciones. En la percepción misma de *lo que es*, de este proceso de confusión, hay libertad.

Puesto que es nuestro problema, de ustedes y mío, ustedes y yo debemos esclarecerlo, no algún otro. Tenemos que ser luz para nosotros mismos, no buscar la luz de otro. No somos velas para ser encendidas por ningún salvador. Hemos creado esta confusión en el mundo, y el mundo es la consecuencia de nuestra propia confusión, de modo que no podemos esclarecerla salvo comprendiéndonos a nosotros mismos. Para eso, no necesitamos a un Maestro. El Maestro los llevará por mal camino, porque el Maestro que escojan será un Maestro autoproyectado. Para aclarar esta confusión en que viven, tienen que observarse a sí mismos en la relación, que es acción; tienen que estar atentos a sí mismos en la relación, en el modo como actúan de instante en instante, vigilando cada palabra, cada pensamiento, cada sentimiento, sin distorsión alguna, sin condenar, observándolo como observan a un niño que aman y a

quien desean comprender. Entonces hay libertad. Entonces ya no están creando confusión. La confusión surge sólo cuando existe un centro, el centro del "yo" y "lo mío", de los recuerdos acumulados, de las experiencias, frustraciones y temores. Y cuando ese centro no existe, ¿qué necesidad hay de un instructor, un Maestro, un guía?

Lo que importa es comprendernos a nosotros mismos, no quién es el instructor o quién es el guía, porque esa comprensión propia genera felicidad, júbilo creativo. Y ese júbilo, esa bienaventuranza, no es cosa que puedan aprender de un Maestro. Podrán aprender las palabras, la técnica, pero la técnica no es la cosa, la palabra no es lo real. Ustedes no pueden experimentar por medio de una técnica. El experimentar es un estado en el que no existe el "yo". El "yo" es la técnica, es el método mediante el cual obtenemos un resultado, un beneficio, o mediante el cual negamos; y el "yo" no puede hallarse jamás en ese estado de experimentar. Después de todo, cuando experimentamos algo no estamos conscientes del "yo". Pero el "yo" existe mientras hay conciencia del centro, que exige, rechaza y genera confusión. Esa conciencia del centro es un estado de experiencia, en el cual nombramos y registramos. Pero, si no hay un registrador como el "yo", sólo existe el estado de experimentar; y sin conocimiento propio, no es posible experimentar lo verdadero. Sin conocernos a nosotros mismos, el hecho de seguir a otro —no importa quién sea, si un líder político o religioso— nos conduce a la ilusión, a la destrucción y a la infelicidad.

Lo importante no es, entonces, averiguar por qué han creado ustedes los líderes, los Maestros, si éstos existen o no, si su existencia es o no es factual, sino descubrir por qué los siguen, por qué los escuchan y veneran. Ustedes rechazan la idolatría y, no obstante, ésta es una forma de idolatría. Niegan los ídolos fabricados por la mano, la imagen tallada, pero adoran la imagen tallada por la mente. Son todas formas de escapar de la propia pobreza interna, de la propia insuficiencia, de la propia desdicha; y podrán comprender ese conflicto únicamente cuando se enfrenten a sí mismos en la relación, que es acción.

Pregunta: ¿Qué es la verdadera sencillez?

KRISHNAMURTI: Para comprender una pregunta de esta clase, debemos considerarla no sólo en el nivel verbal, sino también experimentarla directamente. Tal vez podamos experimentar, aunque sea por unos minutos, con esta cuestión. Si bien la trataré verbalmente, dándole expresión a fin de comunicarla, podemos, sin embargo, descubrir qué es la verdadera sencillez y experimentarla. Lo que tiene importancia vital es el experimentar, no el mero escuchar las palabras.

Y bien, ¿qué es la verdadera sencillez, la verdadera simplicidad? Para descubrir eso, debemos abordarlo de manera negativa, porque nuestras mentes se hallan atestadas de concepciones positivas acerca de lo que es la sencillez conforme al diccionario, a la Biblia, a los libros religiosos, etc. Pero eso es tan

sólo imitación, aproximación. No es sencillez. Hay un hecho obvio: que una mente abarrotada de conclusiones no es una mente sencilla. Por lo tanto, podemos comprender la sencillez sólo mediante el proceso negativo.

La sencillez no comienza con el taparrabo. Poseer tan sólo unas cuantas cosas esenciales no denota sencillez. La renunciación y su efecto, el orgullo, no son sencillez. No hay sencillez en tanto la mente trate de obtener un resultado, en tanto esté deviniendo alguna cosa, en tanto se encuentre atrapada, positiva o negativamente, en el esfuerzo: el esfuerzo de ser o de no ser. Según parece, nosotros pensamos que la sencillez consiste mayormente en tener pocas posesiones. Las pocas posesiones son convenientes, eso es todo; si queremos viajar, tenemos que viajar ligeros de carga. Pero eso no es una virtud; no nos convierte en seres sencillos.

Para la mente, la sencillez es estar libre de creencias, estar libre de la lucha del devenir y permanecer con *lo que es*. Una mente atestada de creencias, luchas, esfuerzos, una mente que persigue la virtud, no es una mente sencilla. Desafortunadamente, nosotros veneramos la expresión externa de la sencillez; debido a que hemos abarrotado de tantas cosas nuestra vida, de propiedades, muebles, libros, ropas, etc., rendimos culto a alguien que niega todo eso; pensamos que es una persona maravillosamente sencilla, un santo. Por cierto, eso no es sencillez. La sencillez adviene cuando el "yo" se halla ausente. Y el "yo" existe cuando hay deseo de ser, positiva o negativamente; y el deseo de ser genera complejidad, confusión. Entonces, desde el temor, negamos esta confusión, esta complejidad, esta angustia, rindiendo culto a la simple expresión de poseer pocas cosas.

Por cierto, el hombre que ha renunciado al mundo, pero que vive en el mundo de las ideas y las creencias, de las búsquedas ocultas y las ambiciones secretas, que arde con sus propios deseos, no es una persona sencilla; no es un santo. Hay sencillez sólo cuando no existe el deseo de ser alguna cosa, positiva o negativamente; entonces hay ausencia del "yo", no hay un "yo" identificado con algo: una nación, un grupo, una ideología particular o un dogma religioso. Cuando ese "yo" está por completo ausente, hay sencillez, la cual se expresa a sí misma en el mundo de la acción. Pero copiar, imitar, tratar de poseer pocas cosas y tener nuestras mentes abarrotadas de ideas, creencias, deseos, pasiones... una vida así no es una vida sencilla.

Así, pues, la sencillez adviene sólo con el proceso de comprender el complejo "yo", la estructura de mí mismo. Cuanto más comprendo *lo que es*, y cuanto más amplia y profunda es esa comprensión, mayor es la libertad respecto del conflicto, de la desdicha. Y esta libertad es lo que trae sencillez a nuestra vida. Entonces la mente está quieta; ya no se halla más atestada de cosas, persiguiendo esto y lo otro. Igual que el estanque tranquilo, la mente está serena cuando hemos comprendido todo el proceso del esfuerzo. Y, en esa quietud de la mente, se revela lo intemporal. Aquello que no tiene causa es sencillo, simple; lo que es sin causa es lo verdadero. No puede ser inventado por nosotros, ya que nuestras invenciones, nuestras fabricaciones de lo verda-

dero, tienen un proceso causal. Pero aquello que es verdadero no tiene proceso causal alguno. Dios no tiene causa: *es*. Y, para que ese estado exista, la mente debe ser extraordinariamente sencilla, no regimentada, no disciplinada —la disciplina no es sencillez, es mera esclavitud—. Cuando la mente es sencilla, se manifiesta aquello que es bienaventuranza.

30 de octubre de 1949

Preguntas

BANGALORE, 1948

POONA, 1948

NUEVA DELHI, 1948

BENARÉS, 1949

OJAI, 1949

LONDRES, 1949

Índice